

DE LA AUTORA DE LA SERIE LOS ELEMENTOS OSCUROS,  
Nº1 EN LA LISTA DE VENTAS DE *THE NEW YORK TIMES*

de JENNIFER L.  
ARMENTROUT

FURIA  
Y  
TORMENTA

«¡La nueva y cautivadora fantasía de Jennifer L. Armentrout es su mejor trabajo hasta la fecha!» Gena Showalter,  
autora superventas de *The New York Times*

Puede que a sus dieciocho años Trinity Marrow se esté quedando ciega, pero es capaz de ver fantasmas y espíritus y comunicarse con ellos. Su extraordinario don forma parte de un secreto tan peligroso que Trinity lleva años escondiéndose en un aislado complejo fuertemente vigilado por Guardianes, gárgolas cambiaformas que protegen a la humanidad de los demonios. Si los demonios descubren la verdad sobre Trinity, la devorarán, literalmente, para aumentar sus poderes.

Cuando llegan Guardianes de otro clan con la alarmante noticia de que algo está matando tanto a demonios como a Guardianes, el seguro mundo de Trinity se hace añicos. En gran parte debido a que uno de los recién llegados es la persona más irritante y fascinante que jamás haya conocido.

Zayne guarda secretos que pondrán el mundo de Trinity del revés una vez más, pero se ven obligados a trabajar juntos cuando los demonios irrumpen en el recinto y el secreto de Trinity sale a la luz. Para salvar a su familia, y tal vez al mundo, Trinity tendrá que confiar en Zayne.



Jennifer L. Armentrout

# **Furia y Tormenta**

**El Heraldo - 1**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 04-03-2020

Título original: *Storm and Fury*  
Jennifer L. Armentrout, 2019  
Traducción: Aída Candelario Castro

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



Para ti, lector, y para las estrellas que aún puedo ver.

## Uno

—¿Solo un beso?

La emoción me corrió por las venas mientras apartaba la mirada de la pantalla del televisor y la posaba en Clay Armstrong. Mi endeble vista tardó un momento en enfocar y aunar el rostro de Clay.

Solo tenía unos meses más que yo y era muy guapo. El cabello castaño claro le caía siempre sobre la frente, rogando que deslizará mis dedos por él. Claro que yo nunca había visto a un Guardián que no fuera atractivo, aunque no estaba de ánimo para analizar cómo podían parecer humanos y Guardianes a la vez.

Clay se sentó a mi lado en el sofá de la sala de estar de sus padres. Estábamos solos y yo me preguntaba qué azares de la vida me habían llevado a acabar aquí sentada, con nuestros muslos rozándose. Como todos los Guardianes, Clay era muchísimo más grande que yo, a pesar de mi metro setenta y tres de altura, por el que nadie me consideraría bajita.

Clay siempre me había tratado con más amabilidad que la mayoría de los Guardianes, incluso había coqueteado conmigo, y eso me gustaba; me brindaba la clase de atención que veía que otros se dispensaban, pero que yo misma nunca había recibido hasta ahora. Nadie en la comunidad de los Guardianes, aparte de mi amiga Jada (y Misha, por supuesto), me prestaba mucha atención, y ninguno de ellos quería besarme.

Pero Clay siempre era amable, me hacía cumplidos incluso cuando yo sabía que estaba hecha un desastre y, durante las últimas semanas, había procurado pasar tiempo conmigo muy a menudo. Eso me gustaba, no había absolutamente nada de malo en ello.

Así que, cuando se me acercó en el Foso, que solo era una fogata muy grande donde los Guardianes más jóvenes se reunían por la noche para pasar el rato, y me preguntó si quería ir a su casa a ver una película, no tuvo que pedírmelo dos veces.

Ahora Clay quería besarme.

Y yo quería que me besara.

—¿Trinity? —dijo, y me sobresalté al ver que sus dedos estaban de pronto cerca de mi cara. Atrapó un mechón de pelo que había caído contra mi mejilla y me lo colocó detrás de la oreja. No apartó la mano—. Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Desaparecer —contestó. Era verdad, y lo hacía a menudo—. ¿Adonde has ido?

Sonreí.

—A ninguna parte. Estoy aquí.

Sus ojos de Guardián, de un brillante azul cielo, se clavaron en los míos.

—Bien.

Mi sonrisa se hizo más amplia.

—¿Solo un beso? —repitió.

La emoción aumentó un poco y exhalé despacio.

—Solo un beso.

Él sonrió mientras se inclinaba hacia mí y ladeaba la cabeza para que nuestras bocas se alinearan. Abrí la mía, expectante. Ya me habían besado antes. Una vez. Bueno, yo había dado el paso. Había besado a Misha cuando tenía dieciséis años y él me había devuelto el beso, pero luego nos sentimos muy raros porque era como un hermano para mí y a ninguno de los dos nos iba ese tipo de vida.

Además, se suponía que eso no debía pasar entre Misha y yo, por lo que era él.

Por lo que era yo.

Los labios de Clay rozaron los míos y los noté cálidos y... secos. Me sorprendí. Había pensado que serían..., qué sé yo, más húmedos. Pero esto era... agradable, sobre todo cuando la presión del beso aumentó y sus labios separaron los míos, y entonces mejoró. Su boca se movió contra la mía y le devolví el beso.

No quise detenerlo cuando la mano apoyada contra mi nuca se deslizó por mi espalda, hasta mi cadera. Eso también era agradable. Y, cuando me tumbó, no me opuse. Coloqué las manos sobre sus hombros mientras él se erguía encima de mí y sostenía el peso de su cuerpo con el brazo para no aplastarme.

La temperatura corporal de los Guardianes era alta (más que la de los humanos, más que la mía), pero él parecía más caliente aún, como si estuviera a punto de estallar en llamas.

Y yo... yo estaba más bien... tibia.

Nos besamos una y otra vez, y esos besos ya no eran secos. Me gustaba cómo la parte inferior de su cuerpo se apoyaba sobre el mío, cómo se movía contra el mío, con un ritmo misterioso que me daba la sensación de que debería... que podría llevar a algo más. Si yo lo deseaba.

Y eso era... agradable.

Agradable como cuando me había tomado de la mano de camino a su casa. Como la vela que había encendido con olor a sandía y limonada..., había algo romántico en eso, y en la forma en la que su mano se abría y se cerraba sobre mi cadera. Me invadía una sensación cálida y placentera, no estaba excitada en plan: «Arráncame la ropa y pongámonos a ello», pero eso era... Era muy agradable.

Entonces su mano se deslizó debajo de mi camiseta y subió hasta mi pecho.

Alto ahí.

Le agarré la mano mientras me apartaba y separaba nuestras bocas.

—¡Eh!

—¿Qué pasa?

Sus ojos seguían cerrados, su mano seguía sobre mi pecho y sus caderas seguían moviéndose.

—Dije solo un beso —le recordé mientras tiraba de su mano—. Eso es más que un beso.

—¿No te lo estás pasando bien?

¿Me lo estaba pasando bien? Sí, pero la palabra clave era «estaba».

—Ya no.

No se me ocurría qué parte de «ya no» podría traducirse como «bésame otra vez», pero eso fue lo que hizo Clay. Apretó su boca contra la mía, y esa presión ya no era agradable. Resultaba casi dolorosa.

La irritación cobró vida como una cerilla al encenderse. Le sujeté el brazo con más fuerza y le saqué la mano de debajo de mi camiseta. Lo empujé por el pecho para interrumpir el beso.

Lo fulminé con la mirada.

—Quítate de encima.

—Eso intentaba —refunfuñó, y se levantó; pero, en mi opinión, no fue lo bastante rápido después de ese comentario maleducado.

Lo empujé... Lo empujé fuerte. Clay perdió el equilibrio y cayó de lado, hacia donde no había nada. Aterrizó en el suelo y su peso sacudió el televisor e hizo que la llama de la vela parpadeara.

—¿Qué diablos...? —soltó Clay mientras se sentaba. Parecía atónito ante el hecho de que yo hubiera sido capaz de hacer eso.

—Te dije que no quería seguir. —Bajé las piernas del sofá y me puse en pie—. Y no te detuviste.

Clay se me quedó mirando y parpadeó despacio por el asombro. Fue como si ni siquiera me hubiera oído.

—Me apartaste de un empujón.

—Pues sí, porque eres un asqueroso.

Pasé por encima de sus piernas y crucé por delante de la ventana en dirección a la puerta.

Él se puso en pie a toda prisa.

—No te parecía asqueroso cuando me rogaste que te besara.

—¿Qué? Vale. Déjate de trolas —le espeté—. No te rogué nada. Me preguntaste si podías besarme y yo dije que solo un beso. No le des la vuelta a lo que acaba de pasar.

—Lo que tú digas. ¿Sabes qué? Ni siquiera estaba interesado.

Puse los ojos en blanco y me volví hacia la puerta.

—Pues parecía que sí.

—Solo porque eres la única tía de aquí que no espera que me empareje con ella.

Para los Guardianes, emparejarse no significaba liarse con alguien. Significaba casarse y tener un montonazo de bebés Guardianes. A esas alturas, me sentía tremendamente insultada. No solo porque ese comentario estaba completamente fuera de lugar, sino porque también ponía el dedo en la llaga.

No había nadie ahí para mí, ninguna relación que pudiera llegar a considerarse seria. Los Guardianes no se mezclaban con los humanos.

Ni siquiera se mezclaban con los que eran como yo.

—Estoy segura de que no soy la única tía de aquí que no quiere emparejarse contigo, imbécil.

Clay se movió con la velocidad de un Guardián. Primero estaba al lado del sofá y, un instante después, lo tenía delante de mí.

—No me seas...

—Elige tus palabras con cuidado, colega.

La irritación estaba dando paso rápidamente a la ira, así que procuré calmarme, porque... pasaban cosas malas cuando me enfadaba.

Y, por lo general, esas cosas malas implicaban sangre.



Un músculo palpitó en la mandíbula de Clay y su pecho se alzó al realizar una inspiración profunda antes de que su atractivo rostro se relajara.

—Empecemos de nuevo, ¿vale?

Su mano se desplazó fuera de mi campo de visión central y se posó en mi hombro. Di un respingo, sobresaltada ante el inesperado contacto.

Un movimiento equivocado por su parte, ya que no me gustaba que me sobresaltaran.

Le agarré el brazo.

—¿Me cuentas si te ha dolido mucho cuando te estrelles contra el suelo?

—¿Qué? —Clay se quedó un tanto boquiabierto.

—Porque estás a punto de llevarte un buen porrazo.

Le torcí el brazo y, durante un breve segundo, vi el asombro reflejado en su cara. Clay se había entrenado para ser un Guardián, se había preparado para convertirse en el guerrero con el que el mundo identificaba a los de su especie, y no entendía cómo lo había dominado tan rápido.

Y luego ya no pudo pensar en nada.

Lo hice girar y me apoyé en la pierna derecha. Le di una patada con la izquierda, sin contenerme lo más mínimo mientras mi pie impactaba justo en el centro de su espalda. Tremendamente orgullosa de mí misma, esperé a que se diera de bruces contra el suelo.

Salvo que eso no fue lo que pasó.

Clay salió volando por la habitación y chocó contra la ventana. El cristal se agrietó y cedió, y entonces Clay atravesó la ventana y llegó al patio. Lo oí chocar contra el suelo. Sonó como un pequeño terremoto.

—Uy —susurré mientras me llevaba las manos a las mejillas. Me quedé allí plantada como medio minuto y luego me puse en marcha y me dirigí a toda prisa hacia la puerta principal—. Oh, no, no, no.

Por suerte, la luz del porche estaba encendida y había suficiente claridad para ver dónde estaba Clay.

Había aterrizado en un rosal.

—Madre mía.

Bajé los escalones mientras Clay rodaba para salir del rosal y se quedaba tendido de costado, gimiendo. Parecía estar vivo. Eso era buena señal.

—Pero ¿qué demonios...?

Ese sonido me hizo dar un brinco y levanté la mirada al reconocer la voz. Misha salió de las sombras y se detuvo bajo el resplandor de la luz del porche. Estaba demasiado lejos para distinguirlo con claridad, pero no me hacía falta verle la cara para saber qué expresión tendría: una mezcla de decepción e incredulidad.

Misha desplazó la mirada de donde Clay yacía en el suelo a mí, a la ventana y luego de nuevo a mí.

—¿Quiero saber qué ha pasado?

No me sorprendía lo más mínimo ver a Misha. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que se diera cuenta de que me había escabullido del Foso y había acabado aquí.

Nos criamos juntos y recibimos el mismo entrenamiento en cuanto aprendimos a caminar. Él había estado a mi lado la primera vez que me raspé la rodilla al intentar, sin éxito, seguirle el

ritmo, por lo que se rio de mí, y había estado a mi lado la primera vez que mi vida se desmoronó a mi alrededor.

Misha había pasado de ser un adorable tontorrón pelirrojo con la cara llena de pecas a todo un bombón. A los dieciséis, había estado colada por él durante unas dos horas, que fue cuando lo besé.

Yo había tenido muchos enamoramientos breves.

Pero Misha era más que mi compinche o mi mejor amigo en el mundo entero. Era mi Protector, estaba ligado a mí desde que era una niña, y ese vínculo era intenso.

Tan intenso que, si yo moría, él también moriría; pero, si él moría primero, el vínculo se rompería y entonces otro Guardián ocuparía su lugar. Eso siempre me había parecido injusto, aunque el vínculo no era completamente unilateral. Lo que había en mí, lo que yo era, lo dotaba de energía, y sus habilidades de Guardián solían compensar mi parte humana.

En cierto sentido, éramos dos caras de la misma moneda y, al besarlo, violé algún tipo de norma celestial. Según mi padre, se suponía que los Protectores y aquellos a su cargo no debían hacer nunca cosas picantes y divertidas. Por lo visto, tenía que ver con el vínculo, pero yo no tenía ni idea de lo que significaba. Por ejemplo, ¿cómo podría afectar exactamente al vínculo? Se lo pregunté a mi padre, pero él me lanzó una mirada desdeñosa, como si le hubiera pedido que me explicara cómo se fabrican los bebés.

Nada de eso implicaba que me sintiera menos enfadada en ese momento.

—Lo tengo controlado. —Señalé a Clay, que gemía en el suelo. Vi unas manchitas oscuras en su cara. ¿Espinass? Dios, eso esperaba—. Evidentemente.

—¿Tú has hecho eso? —Misha me miró fijamente.

—Sí. —Me crucé de brazos mientras Clay empezaba a incorporarse—. Y no me arrepiento en absoluto. No entendió lo que significaba «solo un beso».

Misha se volvió hacia Clay.

—No me digas.

—Ya te digo —contesté.

Gruñendo en voz baja, Misha se dirigió con aire amenazante hacia Clay, que por fin se había puesto de rodillas. Estaban a punto de ayudarlo a ponerse en pie. Misha lo agarró por la parte de atrás de la camiseta, lo levantó del suelo y lo giró hacia él. Cuando lo soltó, el otro Guardián, que era más bajo, retrocedió un paso tambaleándose.

—¿Te dijo que no y no le hiciste caso? —exigió saber Misha.

Clay levantó la cabeza.

—No iba en serio...

Veloz como un rayo, Misha echó el brazo hacia atrás y plantó el puño justo en el centro de la cara de tonto de Clay, que se desplomó por segunda vez esa noche.

Sonreí con satisfacción.

—¿Igual que yo no iba en serio ahora? —dijo Misha, y se agachó—. Cuando alguien dice que no, va en serio.

—Joder —gimió Clay, que se había cubierto la mitad de la cara con la mano—. Creo que me has roto la nariz.

—Me da igual.

—Dios mío.

Clay empezó a levantarse, pero volvió a caerse de culo.

—Debes disculparte con Trinity —le ordenó Misha.

—Lo que tú digas, tío. —Clay se puso en pie con dificultad y su voz sonó amortiguada mientras se volvía hacia mí—. Lo siento, Trinity.

Levanté la mano y extendí el dedo corazón.

Misha no había terminado con él.

—No vuelvas a hablar con ella. Ni siquiera la mires ni respires en su dirección. Si lo haces, te lanzaré otra vez por la ventana y te haré cosas mucho peores.

Clay bajó la mano y vi la sangre oscura bajándole por la cara.

—Tú no me lanzaste por la...

—Está claro que no lo entiendes —gruñó Misha—. Yo te tiré por una ventana, y te haré algo peor la próxima vez. ¿Entendido?

—Sí. —Clay se pasó la mano por la boca—. Entendido.

—Entonces, lárgate de mi vista.

Clay entró en su casa a toda prisa y cerró de un portazo.

—Tienes que volver a la casa. —La voz de Misha sonó áspera mientras me tomaba de la mano y me llevaba por el patio hacia las sombras.

Le permití guiarme porque, en cuanto nos alejamos de las luces, no veía una mierda.

—Hay que contarle esto a Thierry —comenté cuando llegamos a la acera que conducía a la casa principal.

—Oh, por supuesto que sí, se lo voy a contar a Thierry. Tiene que saberlo, y Clay tiene que recibir algo más que una paliza épica.

—Estoy de acuerdo.

Una gran parte de mí quería regresar y lanzar a Clay por otra ventana, pero dejaría que Thierry se encargara de ahora en adelante, a pesar de que eso supondría tener una conversación muy incómoda con el hombre que era como un segundo padre para mí.

Pero Thierry era quien podía hacer algo más. Era el jefe aquí. Además, no solo era un líder de clan, sino un Duque, por lo que supervisaba los demás clanes y los numerosos puestos avanzados en la región del Atlántico Medio y el Valle del Ohio. Básicamente, era el responsable de entrenar a todos los nuevos guerreros y de asegurarse de que la comunidad permaneciera a salvo y relativamente oculta.

Él podría asegurarse de que Clay aprendiera que no debía volver a hacer eso nunca, jamás.

Misha se detuvo en cuanto estuvimos lo bastante lejos de la casa de Clay.

—Tenemos que hablar.

Suspiré.

—Ahora mismo no me apetece que me echen un sermón. Sé que tienes buenas intenciones, pero...

—¿Cómo lo lanzaste por una ventana? —me preguntó, y me interrumpió.

Fruncí los labios mientras observaba su rostro en sombras.

—Lo empujé y luego... Bueno, le di una patada.

Misha me soltó la mano y apoyó la suya en mi hombro.

—¿Cómo conseguiste lanzarlo por la ventana de una patada, Trin?

—Pues, verás, levanté la pierna, como me han entrenado...

—No me refería a eso, sabiondilla —me interrumpió—. Te estás volviendo más fuerte. Mucho más fuerte.

Un escalofrío me bajó por la espalda y danzó sobre mi piel. Era cierto que me estaba volviendo más fuerte, pero supuse que eso seguiría ocurriéndonos a ambos con el paso de los años hasta que...

¿Hasta que qué?

Por algún motivo, siempre había pensado que algo cambiaría cuando cumpliera dieciocho años, pero mi cumpleaños había sido hacía más de un mes y todavía seguíamos aquí, refugiados y bien escondidos, esperando el momento en el que mi padre me convocara para luchar.

No tenía vida.

Ni tampoco Misha.

Una conocida sensación de descontento empezó a envolverme como una manta demasiado pesada, pero la hice a un lado.

Ese no era el momento de pensar en nada de eso, porque la verdad era que, desde hacía un tiempo, me estaba volviendo más fuerte. Y también más rápida, pero había conseguido contenerme cuando entrenaba con Misha.

Esa noche simplemente había perdido los nervios.

Aunque podía haber sido mucho peor.

—No pretendía lanzarlo por la ventana exactamente, pero no me arrepiento —dije, y bajé la mirada hasta el jersey oscuro de Misha—. Clay parecía... estar flipando con mi fuerza.

—Claro que sí, Trin, porque aquí casi todos piensan que solo eres una humana.

Pero no lo era.

Tampoco era en parte Guardianas, que eran como auténticos superhéroes que cazaban a los malos. Si los superhéroes fueran..., bueno, gárgolas.

Hasta hacía poco más de una década, las estatuas con aspecto de bestias encaramadas sobre iglesias y edificios por todo el mundo solo se consideraban maravillas arquitectónicas, pero entonces hicieron público su secreto y revelaron al mundo que muchas de esas estatuas eran en realidad criaturas vivas.

Después de un periodo inicial de asombro, la gente comprendió que los Guardianes simplemente eran otra especie, y los aceptaron. Bueno, la mayoría de los humanos lo hizo. Había fanáticos, como la Iglesia de los Hijos de Dios, que creían que los Guardianes eran una señal del fin del mundo o alguna chorrada por el estilo, pero la mayoría de la gente no tenía nada en su contra. Sin embargo, aunque a veces ayudaban a las autoridades si se topaban con un humano cometiendo algún delito, en general los Guardianes andaban a la caza de tipos más malos.

Demonios.

El público en general no tenía ni idea de que los demonios eran reales, de qué aspecto tenían ni de cuántas especies diferentes había. Es más, no tenían ni idea de que muchos demonios se camuflaban tan bien entre ellos que a algunos incluso los habían votado para ocupar puestos de gran poder e influencia en el Gobierno.

La mayoría de la gente creía que los demonios eran criaturas de la mitología bíblica, porque algún tipo de norma celestial exigía que la humanidad no debía enterarse de la verdad en lo referente a los demonios, basándose en la inmutable idea de la fe ciega.

El hombre debía creer en Dios y en el Cielo y su fe debía proceder de un sentimiento puro, no del temor a un castigo celestial. Si los hombres descubrían alguna vez que el Infierno existía de verdad, las cosas se pondrían feas rápido para todos, incluidos los Guardianes.

Los Guardianes tenían la misión de eliminar a los demonios y de mantener a la humanidad en la ignorancia para que la gente pudiera vivir y ejercer su libre albedrío y todo eso.

Por lo menos, eso era lo que nos habían contado, lo que creíamos.

Cuando era más pequeña, no lo entendía. Es decir, si la humanidad supiera que los demonios eran reales, podrían protegerse. Si supieran que, por ejemplo, matarse unos a otros significaba de verdad ganarse un billete de ida al Infierno sin posibilidad de devolución, puede que se comportaran bien, pero tal vez no actuaran así por libre albedrío. Thierry me lo había explicado una vez.

La humanidad debía poder ejercer siempre su libre albedrío sin temor a las consecuencias.

Pero los Guardianes de las tierras altas del Potomac, la ancestral sede de poder de los clanes del Atlántico Medio y el Valle del Ohio, donde se entrenaba a los guerreros para proteger las ciudades humanas y luchar contra la creciente población de demonios, tenían un objetivo que iba más allá de entrenar guerreros.

Me estaban escondiendo.

La mayoría de los que vivían en la comunidad no lo sabían, incluidos Clay y su estúpido flequillo. Él ni siquiera sabía que yo podía ver fantasmas y espíritus, y, sí, había una gran diferencia entre ambos. Me alcanzaba con los dedos de una mano para contar cuántos sabían la verdad: Misha, Thierry y su marido. Matthew, y Jada. Y ya estaba.

Y eso no cambiaría nunca.

La mayoría de los Guardianes creían que no era más que una huérfana humana de la que Thierry y Matthew se habían compadecido, pero no era ni por asomo una simple humana.

Mi parte humana procedía de mi madre. Cada vez que me miraba en el espejo, la veía devolviéndome la mirada. Heredé su cabello oscuro y sus ojos castaños, además de la piel aceitunada cortesía de sus raíces sicilianas. También tenía su cara. Ojos grandes. Puede que demasiado grandes, porque podía poner cara de asombro sin esforzarme demasiado. Tenía sus pómulos altos y una nariz pequeña que se curvaba ligeramente hacia un lado en la punta. También tenía su boca ancha y, a menudo, expresiva.

Eso no era lo único que provenía de mi lado materno. También había heredado los genes de mierda de su familia.

Mi lado no humano... Bueno, digamos que no me parecía a mi padre.

En absoluto.

—Un humano no puede mover a un Guardián con un puñetazo o una patada, ni siquiera un centímetro —comentó Misha para señalar lo evidente—. No digo que no deberías haber hecho lo que hiciste, pero debes tener cuidado, Trin.

—Ya lo sé.

—¿En serio? —me preguntó en voz baja.

Me quedé sin aliento mientras cerraba los ojos. Sí, lo sabía. Dios, claro que lo sabía. Clay se merecía lo que le había hecho y más, pero debía tener cuidado.

Y, aunque Thierry debía saber lo que había pasado con Clay, porque, si se comportaba así conmigo, era poco probable que yo fuera la única, ya tenía muchas cosas de las que ocuparse.

Desde que el líder del clan de Guardianes de Washington D. C. había muerto en enero, las cosas habían estado tensas por aquí. Se habían producido un montón de reuniones a puerta cerrada, más de lo habitual, y había oído (bueno, en realidad había escuchado a escondidas) a Thierry hablar de que los ataques habían aumentado, y no solo contra puestos avanzados, sino también contra comunidades casi tan grandes como la nuestra, lo cual era raro.

Hacía apenas un par de semanas, los demonios habían llegado cerca de nuestros muros. Esa noche...

Había sido una mala noche.

—¿Crees que Clay dirá algo? —le pregunté.

—Si tiene dos dedos de frente, mantendrá la boca cerrada. —Misha me rodeó los hombros con un brazo y tiró de mí hacia delante. Me di de bruces contra su pecho—. Es probable que tenga demasiado miedo para decir nada.

—Miedo de mí —añadí con una amplia sonrisa.

Misha no se rio como pensé que haría. En cambio, sentí que apoyaba la barbilla sobre mi cabeza. Transcurrió un rato.

—La mayoría de estos Guardianes no tienen ni idea de lo que están escondiendo. No pueden enterarse de lo que eres. —Estaba diciendo algo que yo ya sabía, que siempre había sabido—. No pueden saberlo nunca.

Me desperté con un grito ahogado y me senté de golpe en la cama. Había demonios fuera de los muros del complejo.

Las sirenas no estaban sonando para advertir a los residentes que buscaran refugio, que era lo que ocurría cuando se acercaban demonios al muro. El recinto estaba silencioso como una tumba, pero yo sabía que había demonios cerca. Me lo decía algún tipo de radar interno de demonios.

El suave resplandor de las estrellas pegadas en el techo de mi cuarto se desvaneció cuando encendí la lámpara de la mesita de noche y me levanté a toda velocidad de la cama.

Me puse rápidamente un pantalón de chándal negro y una camiseta sin mangas, porque salir a investigar con unas bragas en las que ponía «Sexi» en el culo no era buena idea precisamente.

Salir siquiera ahí fuera probablemente se consideraría mala idea, pero no me di tiempo para pensar en ello.

Me puse las zapatillas de correr mientras agarraba las dagas de hierro de la cómoda, que fueron un regalo de Jada cuando cumplí los dieciocho, y salí en silencio al pasillo intensamente iluminado. Dejaban encendidas todas las luces de la casa para mí, por si me entraba hambre en plena noche. Nadie quería que tropezara debido a la falta de percepción de la profundidad y me rompiera el cuello al caerme por las escaleras, así que la mansión parecía un maldito faro.

La factura de la luz debía ser astronómica.

El frío metal de las dagas se calentó contra las palmas de mis manos mientras bajaba con destreza desde el tercer piso al primero y me daba prisa antes de que alguien, concretamente mi sombra constante, descubriera que no estaba acostada.

Misha se pondría hecho una furia si me descubría, sobre todo después de lo que había pasado con Clay la noche anterior.

Igual que Thierry.

Pero esa era la segunda vez en un mes que los demonios se habían acercado a los muros, y la última vez había hecho lo que se esperaba de mí. Me había mantenido a salvo, escondida dentro de la casa de Thierry, que parecía una fortaleza, protegida no solo por Misha, sino también por todo un clan de Guardianes dispuestos a dar su vida por mí, aunque no fueran conscientes de que eso era lo que hacían.

Dos de ellos habían muerto esa noche, destripados a causa de las afiladísimas garras de un demonio de Nivel Superior.

Era como volar.

La ráfaga de aire, la ingravidez, nada salvo oscuridad y unas tenues luces que titilaban en el cielo. Durante unos escasos y preciosos segundos, fui libre.

Y entonces me estrellé contra el muro, cerca de la cima. Tanteé el liso cemento de la parte superior y me agarré con la mano libre antes de caerme. Los músculos de mi brazo protestaron mientras me quedaba allí colgada durante unos precarios segundos, luego flexioné el cuerpo y me subí encima del muro.

Procuré recobrar el aliento mientras sacudía el dolorido brazo izquierdo. Sujeté las dagas con ambas manos y me esforcé por oír algo en la oscuridad, un indicio de dónde tenía lugar la acción.

Allí.

Ladeé la cabeza hacia la derecha. Oí voces masculinas que hablaban en voz baja cerca de la entrada. Guardianes. Aunque sus sentidos agudizados los alertarían de la presencia de los demonios, todavía no se habían dado cuenta. Pero mis sentidos eran mejores y sabía que en cuestión de minutos los Guardianes los detectarían.

Tenía dos opciones ante mí.

Dar la voz de alarma y enviar a los Guardianes a las colinas boscosas que rodeaban la comunidad. Había muchas posibilidades de que algunos resultaran heridos, puede que incluso murieran, pero eso era lo que Thierry exigiría de mí, lo que Misha estaba destinado a garantizar que ocurriera.

Eso era lo que me había limitado a hacer anteriormente, una y otra vez, en diferentes situaciones, y todas habían terminado igual.

Yo sin un rasguño y otra persona muerta.

O podría cambiar ese resultado, ocuparme de los demonios antes de que estos se dieran cuenta de a qué se enfrentaban.

Ya había tomado la decisión cuando salí de la casa.

Saltar al suelo desde ahí arriba haría que me rompiera uno o dos huesos, como me había demostrado la experiencia, así que me deslicé con cuidado por la estrecha cornisa hasta donde sabía que un árbol cercano se extendía hacia el muro, aunque no lo viera. Me detuve seis metros a mi izquierda, respiré hondo, recité una pequeña plegaria y entonces me flexioné. Los músculos de mis piernas se tensaron. Agarré las dagas con fuerza con las manos.

«Uno. Dos. Tres».

Salté hacia la nada y levanté las dagas mientras pegaba las rodillas al estómago. En cuanto noté el roce de las hojas, estiré las piernas y bajé bruscamente las dagas. Las puntas superafiladas se clavaron en la corteza y dejaron unas marcas profundas mientras me deslizaba por el árbol, hasta que me detuve al tocar una rama gruesa con los pies.

Exhalé con fuerza mientras liberaba las dagas, luego me arrodillé y usé las manos para guiarme. Cerré los ojos y permití que el instinto tomara el control. Bajé de la rama, aterricé en cuclillas sin hacer ruido y me mantuve inmóvil un momento antes de ponerme en pie. Eché a correr hacia la izquierda y me adentré en el bosque mientras dejaba que la creciente presión que notaba en la nuca me guiara. Unos treinta metros después, me detuve en un claro creado por un estrecho arroyo e iluminado por la tenue luz plateada de la luna. Percibí el aroma de la tierra fértil mientras miraba a mi alrededor. Se me aceleró el pulso cuando me invadió una intensa sensación de agobio.

Apretaba y relajaba los dedos alrededor del mango de las dagas al mismo tiempo que escudriñaba las sombras que se amontonaban en torno a los árboles. Parecían palpitar mientras las observaba con los ojos entornados y un impulso me exigía que me lanzara al ataque, pero sabía que no debía confiar en lo que me decían mis ojos. Me quedé completamente inmóvil y esperé...

Crac.

Una rama se partió detrás de mí. Me giré rápidamente y blandí la daga trazando un arco alto y amplio.

—Madre mía —gruñó una voz, y luego una mano dura y cálida me rodeó la muñeca—. Casi me arrancas la cabeza.

Trin.

Misha.

Entrecerré los ojos, pero no podía distinguir su cara en la oscuridad.

—¿Qué haces aquí fuera?

—¿De verdad me acabas de preguntar eso? —Siguió sujetándome el brazo mientras el aire se agitaba a nuestro alrededor. Misha se inclinó y lo único que pude ver fueron los vibrantes y brillantes ojos azules de un Guardián—. ¿Qué estás haciendo tú fuera de los muros en plena noche con tus dagas?

Ya no tenía sentido mentir.

—Hay demonios por aquí.

—¿Qué? Yo no siento nada.

—Eso no significa que no estén aquí. Yo sí que los siento —afirmé mientras tiraba de mi brazo. Misha me soltó—. Están cerca, aunque no puedas sentirlos todavía.

Se quedó callado un momento.

—Razón de más para que estés en cualquier otro sitio menos aquí fuera. —Su voz se tiñó de ira—. Deberías ser más sensata, Trinity.

La irritación me hormigó por la piel mientras le daba la espalda a Misha para mirar hacia las sombras, aunque fuera inútil, como si pudiera hacer que mis ojos funcionaran mejor como por arte de magia.

—Estoy harta de ser sensata, Misha. Ser sensata hace que muera gente.

—Ser sensata te mantiene viva, y eso es lo único que importa.

—Pero está mal. Eso no puede ser lo único que importe. —Casi di un pisotón en el suelo por la frustración, pero conseguí contenerme—. Y sabes que puedo luchar. Puedo luchar mejor que cualquiera de vosotros.

—Procura no presumir demasiado, Trin —contestó él con un tono tan seco como el desierto.

Hice caso omiso de ese comentario.



—Está pasando algo, Misha. Esta es la segunda vez en un mes que se han acercado demonios al muro. ¿Cuántas comunidades han sido atacadas en los últimos seis meses? Dejé de llevar la cuenta cuando pasaron de la decena, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta de que cada comunidad que han atacado estaba cada vez más cerca de esta, y siempre que han conseguido atravesar los muros de las otras comunidades es evidente que están buscando algo. Están peinando la zona.

—¿Cómo sabes eso? ¿Has estado espiando a Thierry otra vez?

Le dirigí una rápida sonrisa.

—Da igual cómo me haya enterado. Está pasando algo, Misha. Y tú lo sabes. Puede que los demonios vayan a por los complejos más pequeños en las ciudades, pero no son tan estúpidos para intentar atacar un lugar como este..., como hicieron con algunas de las otras comunidades.

Misha se mantuvo en silencio un momento.

—¿Crees que... saben lo que eres? ¿Que te están buscando? —me preguntó, y noté que un ligero escalofrío me bajaba por la espalda—. Eso es imposible. No tienen forma de saber que existes.

La inquietud anidó en la boca de mi estómago.

—Nada es imposible —le recordé—. Yo soy la prueba viviente de ello.

—Y, repito, si lo que sospechas es cierto, el último lugar en el que deberías estar es aquí fuera.

Puse los ojos en blanco.

—He visto eso —me espetó.

—Eso es imposible. —Miré por encima del hombro, hacia la zona aproximada donde se encontraba Misha—. Estás detrás de mí.

—¿No acabas de decir que nada es imposible?

—Lo que tú digas —refunfuñé.

El suspiro de Misha podría haber sacudido los árboles que nos rodeaban.

—Si tu padre supiera que estás aquí fuera...

Resoplé, como si fuera un cochinillo.

—Como si me prestara la más mínima atención.

—Eso no lo sabes. Podría estar observándonos en este mismo instante. Joder, podría haberte visto anoche con Clay...

—Puaj, venga ya. No digas eso.

—Solo... —Se interrumpió.

Entonces lo sintió.

Lo supe porque Misha maldijo entre dientes y la presión que notaba en la nuca dio paso a un intenso hormigueo que se extendió por el espacio entre mis omóplatos.

Los demonios estaban ahí.

—Si te pido que regreses al muro, ¿me harás caso? —me preguntó Misha mientras se situaba bajo la luz de la luna.

El brillo plateado se reflejó en una piel de color gris pizarra y unas grandes alas. Dos cuernos curvos surgían de su cráneo y separaban los rizos caoba.

Solté una risita burlona.

—¿Tú qué crees?

Misha suspiró.

—Que no te maten, porque me gustaría seguir vivo.

—Más bien procura que no te maten a ti —repliqué mientras examinaba las sombras cada vez más densas—. Porque no quiero acabar vinculada a un desconocido.

—Sí, eso sería una putada para ti —masculló mientras enderezaba los hombros y separaba las piernas—. Mientras tanto, yo simplemente estaré muerto.

—Bueno, si estuvieras muerto, te daría igual —razoné—. Porque estarías muerto, ya sabes...

Misha levantó una mano enorme con garras para hacerme callar.

—¿Oyes eso?

Al principio no oía nada salvo el lejano reclamo de un ave o puede que fuera un chupacabras. Estábamos en las montañas de Virginia Occidental, así que todo era posible. Pero entonces lo oí: arbustos que se movían y ramas que se partían, una serie de chasquidos y parloteos. Se me puso la piel de gallina en los brazos.

No creía que un chupacabras fuera quien estuviera haciendo esos ruidos.

Los focos situados en lo alto del muro se encendieron, inundaron el bosque con una intensa luz blanca azulada, lo que indicaba que los Guardianes apostados en el muro habían sentido a los demonios.

Y lo más probable era que acabaran descubriéndome aquí fuera y me metiera en un buen lío.

Pero ya era demasiado tarde.

Los sonidos que surgían del bosque se volvieron más fuertes y las sombras que había entre los árboles parecieron combarse y extenderse. Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. Y entonces aparecieron. Salieron de repente de entre los arbustos y cruzaron el claro a la carrera. Docenas de ellos.

Demonios Feroces.

## Dos

Yo no había visto nunca un demonio Feroz, solo había leído sobre ellos en clase y se los había oído mencionar a algunos Guardianes. Nada de lo que habían descrito les hacía justicia a estas criaturas.

Parecían ratas: gigantescas e inmensas ratas sin pelo que caminaban sobre dos patas, con unos dientes que serían la envidia de un gran tiburón blanco y con unas garras que podrían atravesar incluso la piel parecida a la piedra de un Guardián.

—Vaya, esto me va a provocar pesadillas durante un mes —murmuré.

Misha ahogó una carcajada.

Los demonios Feroces se encontraban en la parte más baja de la pirámide alimenticia, eran carroñeros que se alimentaban de humanos débiles, de cadáveres de animales y..., bueno, de cualquier cosa muerta. No atacaban complejos en los que vivían Guardianes.

—Aquí pasa algo raro —susurró Misha. Era evidente que estaba pensando lo mismo que yo—. Pero ahora mismo eso no importa.

No.

No importaba.

Seis de ellos, como mínimo, fueron directos a por Misha, al ver y sentir que era un Guardián. ¿En cuanto a mí? Prácticamente me ignoraron, probablemente porque olía como una humana común y corriente.

Ese fue su primer y último error.

El combate cuerpo a cuerpo no me resultaba precisamente fácil, pues mi campo visual se limitaba a un estrecho túnel, así que debía tener cuidado. Debía ser lista y mantener las distancias.

Misha se lanzó hacia delante y giró en un amplio círculo. Golpeó al demonio situado más cerca con una de sus alas e hizo que la criatura retrocediera un par de metros mientras hundía la mano con garras en el centro del pecho de otro demonio.

El crujido húmedo hizo que se me revoliera el estómago.

Otro demonio Feroz se elevó en el aire gracias a sus potentes patas. Se dirigía directamente hacia la espalda de Misha.

Dejé que mis afinados instintos tomaran el control. Eché el brazo hacia atrás y luego lancé la daga.

Dio en el blanco y se incrustó en el pecho del demonio. El ser soltó un chillido mientras se desplomaba hacia el suelo y caía de costado, ya muerto.

Misha se giró bruscamente hacia mí, un tanto boquiabierto.

—¿Cómo haces eso?

—Soy especial. —Me pasé la otra daga a la mano derecha—. Y tienes otro justo detrás.

Misha se volvió, atrapó a aquel cabrón y lo estampó contra el duro suelo.

Mi puntería había llamado la atención de varios demonios más. Uno se separó del grupo y corrió hacia mí mientras parloteaba más fuerte. Me atacó, pero me agaché y pude notar cómo el impulso del golpe me agitaba el pelo. Me incorporé detrás de la criatura y lancé una patada, que impactó contra su espalda. El demonio cayó al suelo y rodó, pero no le di tiempo para recuperarse. Empujé la daga de hierro hacia abajo e interrumpí el chillido de rabia del ser.

Giré, pero no vi la cola de otro demonio Feroz hasta que me golpeó la pierna. Solté un grito y retrocedí de un salto, pues sentí perfectamente la textura gruesa y gomosa a través del pantalón de chándal.

—Ay, Dios mío, tienes cola —gemí con un estremecimiento de asco—. Todos tenéis cola. Voy a vomitar.

—¿Puedes dejarlo para luego? —me preguntó Misha desde algún lugar a mi espalda.

—No prometo nada. —Me estremecí de nuevo mientras saltaba a un lado y giraba para hundir la daga en el pecho de otra criatura. Un caliente chorro de pringosa sangre de demonio me salpicó el pecho—. Ay, vaya, ahora voy a tener que ducharme.

—Por Dios, qué quejica eres.

Con una amplia sonrisa, salí disparada hacia la derecha. Encontré el cuerpo del demonio que había derribado con la primera daga y que se estaba descomponiendo rápidamente. El corazón me palpitaba con fuerza mientras le arrancaba el arma del pecho. A continuación, examiné el claro. Quedaban seis. Di un paso hacia delante.

—¡A tu lado! —gritó Misha.

Un ramalazo de pánico brotó en mi pecho mientras giraba la cintura. Retrocedí de un salto y evité por los pelos que unas garras me alcanzaran. Eso habría sido malo..., muy malo.

Si mi sangre se derramaba, en cuanto entrara en contacto con el aire, los demonios sentirían mi auténtica naturaleza.

Se pondrían frenéticos... por el hambre.

La criatura me atacó con la boca muy abierta. Una ráfaga de aliento rancio me golpeó al mismo tiempo que le clavaba mi daga en el pecho.

—¿Qué diablos has estado comiendo?

—No creo que quieras saberlo —gruñó Misha.

Muy cierto.

Me giré y descubrí que otro demonio Feroz venía a por mí. Esboqué una sonrisa ladeada mientras un torrente de adrenalina me corría por las venas. Esa sensación era mucho mejor que besarse. Hice girar las dagas en las manos para presumir sin pudor mientras al mismo tiempo daba un paso adelante...

Una masa enorme aterrizó delante de mí e hizo temblar el suelo y los olmos.

Eso fue lo que me pareció al principio, simplemente una masa sólida que desprendía un cabreo tan potente que era como una entidad tangible en el bosque. Unas alas de casi dos metros se extendieron y me bloquearon prácticamente toda la vista.

Y entonces mis ojos lo enfocaron. Vi un cabello pelirrojo que llegaba a la altura de los hombros, y se me cayó el alma a los pies. Matthew.

No solo se trataba del marido de Thierry, sino que también era el segundo al mando ahí, en la sede ancestral, y solo respondía ante Thierry.

Matthew me miró por encima del hombro. Sus facciones estaban borrosas, pero la ira era inconfundible en su voz.

—Por favor, dime que estoy alucinando y que, en realidad, no estás aquí fuera.

Miré a mi alrededor.

—Pues...

—Llévala de vuelta a la casa —bramó Matthew mientras aterrizaban varios Guardianes más, lo que provocó una especie de miniterremoto—. Si es que crees que puedes ocuparte de eso, Misha.

Ay, Dios.

El aludido dejó caer a un demonio Feroz y luego pareció esfumarse.

Abrí la boca con la intención de defender a Misha y también para señalar que no necesitaba que me llevaran a ninguna parte, pero, por una vez en la vida, tuve el tino de cerrar la boca.

Pero entonces Matthew, que era como un tercer padre para mí, habló de nuevo.

—Deberías ser más sensata, Trinity.

Y tuve el poco tino de abrir la boca.

—Lo tenía controlado. Evidentemente.

Matthew se giró hacia mí y entonces vi esos ojos azules, que ardían con una furia apenas contenida.

—Tienes mucha suerte de que sea yo el que está aquí en vez de Thierry.

Probablemente fuera cierto.

Misha apareció de pronto a mi lado y no pude hacer nada al respecto. Me rodeó la cintura con el brazo y luego flexionó las piernas. Lo que fuera que estuviera a punto de salir de mi boca se perdió en una mezcla de aire fresco y cielo nocturno.

Estaba metida en un lío. Un lío muy gordo.

Misha no me hablaba.

Estaba sentado en la sala de estar, con las largas piernas apoyadas en el sofá y los brazos cruzados sobre el pecho. Todo su cuerpo ocupaba los tres cojines. Estaba viendo un anuncio de algún tipo de sartén mágica como si fuera lo más interesante que hubieran puesto nunca en la tele.

Yo me paseaba de un lado a otro por detrás del sofá, con los nervios de punta. Podría haberme escondido en mi cuarto, hacerme la dormida, pero eso me habría convertido en una cobarde. Y no tenía sentido retrasar el monumental sermón que me esperaba.

Algo pasó rápidamente por delante de la tele. Misha no reaccionó, así que entrecerré los ojos. Se trataba de Cacahuete, que se podría decir que era mi amigo, aunque no estaba exactamente vivo. No había visto a ese gamberro en todo el día ni la noche. A saber qué estaría tramando.

Una puerta se abrió en algún lugar de la enorme casa y se cerró de golpe unos segundos después. Dejé de pasearme. Misha me miró entonces. Alzó las cejas.

Unos pasos pesados resonaron por el pasillo, que estaba situado fuera de la sala de estar y me giré hacia la entrada en forma de arco. Thierry entró mientras se ponía una camiseta limpia por encima de la cabeza calva. Todavía estaba demasiado lejos para poder distinguir la expresión de

su rostro de color marrón oscuro. Matthew, que iba justo detrás de él, era apenas un poco más bajo y menos ancho. Junté las manos.

—Tengo varias cosas que decir, pero quiero saber algo primero —tronó la voz profunda de Thierry—. ¿Qué diablos estaba haciendo ella fuera de los muros?

Me quedé boquiabierta.

—No tengo ni idea. —Misha bajó las piernas del sofá y se sentó y giró la cintura para poder mirar a Thierry—. Yo estaba durmiendo tranquilamente cuando se escabulló.

Cerré la boca de golpe y me pregunté cómo rayos supo Misha que había cruzado el muro si estaba dormido. El vínculo no lo habría avisado. No funcionaba así.

—Es tu responsabilidad saber dónde está en todo momento —repuso Thierry—. Aunque estés durmiendo.

—Bueno, eso parece un poco improbable —opiné para intervenir en la conversación—. Y yo soy la que cruzó el muro, así que no sé por qué le preguntas a él por qué lo hice.

Thierry se giró despacio hacia mí y, ahora que estaba más cerca, vi que tenía la mandíbula apretada y los ojos entornados. ¡Oh, oh! Probablemente debería haber mantenido la boca cerrada.

—Es tu Protector. Debería saber dónde estás.

No me hizo falta mirar a Misha para saber que me estaba lanzando una mirada asesina.

—No puede velar por mí mientras...

—No estoy seguro de si entiendes del todo su papel, pero, sí, debe velar por ti en todo momento. Da igual que esté dormido o despierto —me interrumpió Thierry mientras Matthew se apoyaba contra el respaldo del sofá—. ¿Qué hacías fuera de los muros, Trinity?

Me expliqué, aunque tenía la sensación de que ya lo había hecho mil veces esa noche.

—Me desperté y supe que había demonios cerca. Los sentí...

—¿Mientras estabas dormida? —me preguntó Matthew, que frunció sus cejas rojizas. Cuando asentí con la cabeza, miró a Thierry—. Eso es nuevo.

—No del todo —aclaré—. La última vez que vinieron, los sentí en plena noche. Me despertó.

—Y esa noche hiciste lo que sabías que debías hacer —respondió Thierry—. Te quedaste dentro, donde...

—Donde estoy segura. Ya lo sé. —Mi frustración aumentó—. Y esa noche murieron dos Guardianes.

—Da igual cuántos mueran. —Thierry dio un paso hacia mí—. Tu seguridad es la principal prioridad.

Inhalé bruscamente.

—Puedo luchar. ¡Puedo luchar mejor que la mayoría de los Guardianes! Me he estado entrenando para eso desde que aprendí a caminar, pero ¿se supone que tengo que quedarme de brazos cruzados mientras muere gente? Y no me digas que sus vidas no son importantes. Estoy harta de oír eso. —Apreté los puños—. La vida de Misha es importante. La vida de Matthew es importante. ¡Tu vida es importante! Todos los que viven aquí son importantes. —Menos Clay, pero eso no venía al caso—. Estoy harta de quedarme sentada sin hacer nada mientras muere gente. Ser sensata provoca que muera gente. Provocó que muriera mi madre...

Me interrumpí con una inhalación brusca.

Se hizo un silencio tan intenso que se podría haber oído estornudar a un grillo.

El ambiente de toda la habitación cambió. Misha se puso en pie, como si fuera a acercarse a mí, pero retrocedí un paso. No quería que me tocara. No quería su compasión ni su empatía.

Lo único que quería era hacer aquello para lo que me habían puesto en este mundo: luchar.

Todo en Thierry se suavizó, incluso su voz.

—Tú no provocaste que tu madre muriera.

Sí, claro. Eso era su opinión, no un hecho.

—Ya sé que quieres salir a ayudar —prosiguió Thierry—. Y sé que has entrenado y eres buena, pero Trinity... debes tener cuidado con tu vista, sobre todo de noche.

Enderecé bruscamente la espalda para ponerme a la defensiva.

—Ya sé cómo es mi vista por la noche, pero eso no me impidió patearles el culo a unos cuantos demonios. Nunca lo haré.

Todos los presentes en la habitación sabíamos que eso era mentira, porque, con el tiempo, mi vista sería un impedimento.

Me impediría hacer un montón de cosas, lo cual anulaba mi argumento de que era superespecial.

Pero eso no iba a pasar hoy ni tampoco mañana.

Levanté la barbilla mientras Matthew y Thierry intercambiaban miradas de impotencia.

—En algún momento, mi padre va a convocarme, y dudo que la lucha en la que quiera que participe ocurra solo de día. Y, aun así, mi vista sigue siendo una mierda. Eso no va a cambiar. Por eso entreno ocho horas al día y me paso todo el tiempo practicando. Debería estar ahí fuera, conseguir experiencia real antes de que me convoquen.

Thierry se dio la vuelta mientras se pasaba la mano por la lisa cabeza. Misha decidió intervenir por fin.

—Trinity no tuvo ningún problema —dijo, lo que era cierto al noventa y nueve por ciento. No había visto a aquel demonio hasta que fue demasiado tarde—. Lo hizo muy bien.

Le dediqué una sonrisa amplia y radiante.

Él me fulminó con la mirada.

—Y probablemente deberíamos contar con experiencia en la vida real.

Matthew observaba atentamente a su marido. Suspiró mientras se cruzaba de brazos.

—Estas no son horas para tratar este tema.

Aunque yo sí que quería hacerlo, también quería hablar de algo que me parecía mucho más importante.

—¿No es superraro que hubiera demonios feroces ahí fuera? Ha sido la primera vez que veo uno y, caray, dan muy mal rollo, pero creía que eran demonios carroñeros. De un nivel muy inferior.

—Así es —contestó Thierry, y miró a Matthew—. Se supone que no deberían estar en la superficie. Nunca podrían pasar desapercibidos.

Debido a la misma norma cósmica que imposibilitaba contarles a los humanos que los demonios eran reales, solo los demonios que no desentonaban entre los humanos tenían permitido estar en la superficie. Había bastantes que, a primera vista, parecían completamente humanos. Desde luego, unas ratas gigantes que caminaban sobre dos patas no entraban en esa categoría.

—Y no solo eso, los demonios Feroces suelen ser indicio de un problema mucho mayor —añadió Matthew—. Donde hay demonios Feroces, casi siempre hay demonios de Nivel Superior.

El corazón casi se me paró dentro del pecho. Probablemente nos hubieran enseñado ese detallito en clase, pero se me había olvidado. Le eché un vistazo a Misha y me di cuenta de que parecía tan intranquilo como me sentía yo.

Los demonios de Nivel Superior eran sin duda los más terribles.

Contaban con todo tipo de habilidades. Algunos podían influir en las mentes de los humanos para que hicieran cosas malas, muy malas. Otros podían crear fuego de la nada y hacer que lloviera azufre, cambiar de aspecto en un abrir y cerrar de ojos, transformarse en humanos y luego en un animal un instante después. Muchos eran más viejos que Matusalén. Todos podrían liquidar a un Guardián.

Y, si el hecho de que hubiera demonios Feroces por aquí significaba que había un demonio de Nivel Superior cerca, eso suponía un grave problema.

Crucé los brazos y me obligué a preguntar lo que ya sospechaba.

—¿Creéis que es posible que un demonio de Nivel Superior sepa que existo?

Thierry vaciló antes de contestar.

—Todos y cada uno de los de tu especie han sido masacrados, Trinity. Si un demonio de Nivel Superior supiera que estás aquí, estos muros ya habrían caído. No se detendría ante nada para llegar hasta ti.

Había un fantasma en el camino de acceso.

Otra vez.

Supuse que podría ser peor. Pero el ataque de los demonios Feroces había tenido lugar dos días atrás y un demonio de Nivel Superior no había derribado nuestros muros en su empeño por devorarme.

Literalmente.

Incluso con mi birria de ojos sabía que la figura que se paseaba delante de los setos que bordeaban el ancho camino de acceso estaba supermuerta. Más que nada, lo sabía porque su cuerpo aparecía y desaparecía constantemente, como la imagen de una tele vieja con mala señal.

No cabía duda de que no se trataba de un espíritu, y había visto bastantes de ambos a lo largo de mis dieciocho años de vida como para saber diferenciarlos. El hombre de ahí abajo, con su camiseta de color dorado, todavía no había cruzado.

Los espíritus eran los difuntos que habían visto la luz (y casi siempre había una luz), habían ido hacia ella y luego habían regresado por algún motivo. Por lo general, tenían un mensaje o solo querían comprobar cómo les iba a sus seres queridos.

Me arrodillé en la cornisa del Gran Salón, agarré el áspero borde del tejado con una mano y coloqué la otra en el hombro curvo de la gárgola de piedra que había a mi lado. El calor que irradiaba del caparazón me calentó la palma de la mano. Entrecerré los ojos detrás de las gafas de sol y me asomé todo lo que pude sin caerme de cabeza del tejado. El Gran Salón era casi tan alto como el muro y medía unas dos plantas más que la casa de Thierry.

Mientras observaba cómo el fantasma caminaba de un lado a otro, evidentemente confundido, me pregunté de dónde diablos habría salido. Nuestra comunidad no era un lugar de fácil acceso precisamente, estaba enclavada en la falda de las montañas y solo se podía llegar por medio de carreteras secundarias. Sinuosas carreteras secundarias llenas de curvas.



Probablemente habría sufrido un accidente de tráfico.

Muchos viajeros cansados y desprevenidos habían perecido en esas traicioneras carreteras, con sus curvas cerradas y sus terraplenes empinados y repentinos.

El pobre tipo seguramente perdió el control y despertó muerto antes de vagar hasta aquí, como hacían muchos fantasmas. La semana pasada había sido un excursionista que se había perdido en la montaña y había muerto al despeñarse. Hacía dos semanas, se trató de una sobredosis: un hombre mayor que había muerto en una de esas carreteras secundarias, demasiado colocado para darse cuenta de que se estaba muriendo y demasiado lejos de la ayuda de todas formas. El mes anterior había sido una niña, y su muerte había sido la peor que había visto en mucho tiempo. Se había alejado de su familia estando de acampada y se había topado con un ser malvado que era completamente humano.

El peso de ese recuerdo, de los gritos de la niña llamando a su madre, me oprimió el pecho. No había sido fácil convencerla para que avanzara, y no pasaba ni un solo día en el que no recordara su llanto.

Dejé de lado esos recuerdos y me concentré en el nuevo fantasma de allá abajo. Los accidentes de tráfico eran sucesos inesperados y, a menudo, traumáticos, pero no eran comparables a las víctimas de asesinatos o a aquellas personas que habían muerto llenas de ira. No sería difícil hacerlo avanzar.

No había visto ningún espíritu últimamente porque hacía más de un año que no salía de la comunidad. Las pocas veces que había conseguido escabullirme, no había llegado lo bastante lejos como para cruzarme con uno.

La inquietud me hormigueó por la piel y caló hondo. La sensación de estar atrapada se abrió paso a dentelladas hasta la superficie. ¿Cuánto tiempo planeaban tenerme ahí? ¿Para siempre? Me invadió la desesperación, seguida de inmediato por la culpa.

Thierry y Matthew seguían disgustados conmigo, y yo detestaba que estuvieran enfadados, que no entendieran por qué no podía quedarme sin hacer nada durante más tiempo.

Se me revolvió el estómago mientras dirigía la mirada hacia la estatua situada a mi lado. Estaba lo bastante cerca como para distinguir todos los detalles. La suave capa de piedra y los dos temibles y gruesos cuernos que podrían perforar el metal más resistente. En ese momento, las mortíferas garras que podrían rasgar cemento estaban relajadas. El rostro, a pesar del aterrador aspecto que le proporcionaban la nariz chata y la amplia boca de la que asomaban unos letales colmillos, estaba en calma. Descansando. Dormido.

Misha no me había perdido de vista desde el ataque de los demonios Ferozes. Me sorprendía que no hubiera intentado acampar en el suelo de mi cuarto las dos últimas noches.

«No estoy atrapada».

Esa era mi casa, no una cárcel. Ahí podría encontrar todo lo que necesitara. Sabía exactamente cuántas casas bordeaban las idílicas calles y parques. Además de la de Thierry, había ciento treinta y seis viviendas unifamiliares y varias docenas de dúplex y casas adosadas para los que no se habían emparejado. La comunidad rodeada por muros era como una pequeña ciudad, incluso contaba con su propio hospital, un centro comercial, un cine, un gimnasio y varios restaurantes y discotecas diseñados para satisfacer cualquier antojo o necesidad. Aquellos que no se entrenaban para ser guerreros trabajaban en la comunidad. Ahí todos tenían un propósito.

Menos yo.

Cuando llegamos, prácticamente todos los que vivían aquí nos habían aceptado a mi madre y a mí en el clan. Thierry nos protegió... Bueno, me protegió a mí, no a mi madre. Le tenía cariño, la había acogido y la había tratado como a una reina, y a mí como a una princesa, pero no había podido protegerla.

Protegerla nunca formó parte de la ecuación.

Pero, a fin de cuentas, yo no era una Guardiana y... me estaba quedando sin tiempo para salir ahí fuera y ver con mis propios ojos el mundo que se extendía más allá de las montañas de Virginia Occidental y Maryland.

Ya tenía dieciocho años y ninguna ley de los Guardianes se anteponía al hecho de que era una adulta y podía hacer lo que me diera la gana, pero marcharme no era algo sencillo.

Con un suspiro, aparté la mirada de la gárgola en reposo y observé el camino de acceso mientras el fresco aire de junio alzaba unos mechones de cabello oscuro que se me habían escapado de la coleta y los agitaba alrededor de mi cabeza.

«Seguro que me parezco a Medusa».

Entrecerrar los ojos no me ayudó a ver mejor, ni siquiera con la luz del sol desvaneciéndose detrás de Green Mountain, pero vi que el fantasma se detenía y se giraba hacia el camino. Un segundo después, se diluyó como humo en el viento y no volvió a aparecer.

Pero regresaría, lo sabía en el fondo de mi ser. Siempre regresaban.

Dirigí la mirada hacia el camino que se extendía más allá y hacia la densa arboleda compuesta de altos y viejos olmos que se apiñaban alrededor del pavimento. Todo aquello formaba una mezcla de colores: verdes, blancos y azules. Oí que las puertas se abrían por debajo de mí y, un instante después, vi la parte superior de la cabeza oscura de Thierry mientras se dirigía al camino de acceso.

Esperaba que no mirara hacia arriba.

Aunque no estaba castigada ni nada por el estilo. Joder, Thierry nunca me había castigado. Mamá, por el contrario, había sido otro cantar. Ella me castigaba cada cinco segundos.

Me mordisqueé la uña del pulgar mientras observaba cómo Thierry clavaba la mirada en el camino vacío bordeado de setos. Incluso desde donde estaba encaramada, percibía la tensión que emanaba de él: llenaba el fresco aire montañoso y flotaba en el viento.

Un momento después, Matthew se reunió con él. Se situó al lado de Thierry y colocó la mano en la parte baja de la espalda del otro hombre.

—Todo va a ir bien —dijo Matthew, y me puse tensa.

Thierry negó con la cabeza.

—Esto no me gusta.

—No tiene que gustarnos, pero... nos pidieron ayuda. —Matthew apretó los labios contra la sien de su marido—. Saldrá bien.

Thierry no respondió. A continuación, se quedaron en silencio, como si estuvieran esperando algo o a alguien.

Transcurrieron los minutos y entonces los oí antes de verlos. El crujido de unos neumáticos sobre la grava pugnó con el lejano canto de los pájaros. Me arrodillé y eché un vistazo alrededor de la forma dormida de Misha mientras un enorme todoterreno negro se acercaba por el camino y se detenía abajo.

Abrí mucho los ojos, llena de curiosidad. No pude ignorar el sonido de las puertas de un vehículo al cerrarse de golpe. Me incorporé unos centímetros, miré por encima de la cornisa y vi que Matthew y Thierry se acercaban a saludar...

Madre del amor hermoso, teníamos visita, y yo no tenía ni idea de que íbamos a tener visita. Si nuestro clan necesitaba reunirse con otro, uno de los Guardianes se marchaba para llevar a cabo dicha reunión en otra parte. Casi nunca se celebraba una reunión ahí, en la sede. Únicamente traían a los Guardianes jóvenes de la región del Atlántico Medio una vez al año, en septiembre, para que los de más edad los entrenaran hasta que alcanzaban la edad adulta, y, puesto que solo estábamos en junio, nuestros visitantes no podían haber traído a un joven.

Entorné los ojos, pero lo único que pude distinguir fue que había tres Guardianes, además de Matthew y Thierry. Uno tenía el pelo castaño bastante largo, otro llevaba el pelo castaño muy corto y el otro era rubio. No los acompañaba ninguna mujer. No me sorprendió. Las Guardianas rara vez abandonaban las comunidades o los puestos avanzados en los que vivían, pues solían ser el objetivo de demonios, al igual que los niños.

Los demonios eran sorprendentemente listos y lógicos. Sabían que, si eliminaban a quienes podrían producir la siguiente generación de Guardianes, lograrían asestarles un golpe del que les sería casi imposible recuperarse.

Y esa era una de las razones por las que, en conjunto, todas las clases de demonios superaban en número a los Guardianes por millones.

En cierto sentido, yo era como una Guardianas, encerrada ahí por mi propia seguridad, aunque por razones completamente diferentes.

Thierry saludó a cada uno de los recién llegados y les estrechó la mano, y deseé poder ver sus rostros. El grupo se giró para entrar en el Gran Salón.

¿Qué rayos estaba pasando?

Estiré la mano, golpeé el caparazón de piedra con los nudillos y obtuve de inmediato un grave y resonante gruñido de irritación. Solté una risita por lo bajo. A Misha le encantaba echarse la siesta bajo el sol poniente del atardecer. Era lo que siempre hacía después del entrenamiento y las clases.

—Vete a tu cuarto —fue la brusca respuesta de Misha—. Lee un libro. Ve una peli. Búscate un *hobby*.

Ignoré sus palabras, pues obtenía una perversa alegría al sacarlo de quicio cada vez que podía.

—Hay Guardianes aquí —dije, y las palabras salieron apresuradamente de mi boca por la emoción.

—Siempre hay Guardianes aquí, Trinity.

Me lo quedé mirando con el ceño fruncido.

—Estos Guardianes no viven aquí.

La estatua se movió. La piedra se fue volviendo menos dura y pasó de un tono gris oscuro al color del mercurio mientras las alas se desplegaban detrás de mí. Un cabello castaño rojizo apareció alrededor de los cuernos y los rizos se agitaron en el viento.

Unos ojos de un tono azul brillante con estrechas pupilas verticales se encontraron con los míos. Esos ojos reflejaban irritación. Los Guardianes tenían hábitos de sueño raros. Algunos se

quedaban levantados toda la noche y dormían por la mañana y a última hora de la tarde. El horario de Misha se basaba en lo que yo estuviera haciendo.

—Trinity...

Pasé por debajo de un ala y salí disparada mientras Misha se levantaba de donde estaba encaramado y se giraba.

—¡Maldita sea! —gritó.

Me conocía el tejado como la palma de mi mano, ni siquiera me hacía falta ver adonde me dirigía. Ya me encontraba en el otro extremo y me había subido a la cornisa, cuando Misha echó a volar a mi espalda.

—¡Que no te vean! —gritó mientras yo saltaba—. ¡Trinity, te juro por Dios que voy a encerrarte en tu cuarto!

No, nunca lo haría.

Al llegar al pequeño saliente que había debajo, me deslicé por el tejado redondeado. En cuanto solo toqué aire con los pies, me coloqué bocabajo. Me agarré del borde del tejado y balanceé el cuerpo hacia dentro, a través de la ventana que había dejado abierta cuando me reuní con Misha arriba.

Aterricé en el pasillo vacío e iluminado con una luz tenue, me giré rápidamente para cerrar la ventana detrás de mí y luego pasé el seguro por si acaso Misha intentaba seguirme. Tras guardarme las gafas de sol en el bolsillo trasero de los vaqueros, eché a correr por el pasillo y dejé atrás las puertas cerradas de varios cuartos de invitados y de habitaciones que casi nunca se usaban antes de abrir la puerta que conducía a una escalera que olía a humedad. Bajé los escalones saltando tres o cuatro a la vez y llegué al primer piso en diez segundos.

Una vez allí, reduje la velocidad y me mantuve pegada a la pared. Pasé sigilosamente junto a una cocina que solo se usaba cuando había banquetes y ceremonias. La actividad era frenética debido a la inminente Investidura, una gran ceremonia para celebrar que los Guardianes se convertían en auténticos guerreros. Implicaba mucha comida, mucha bebida y un montón de secretitos en torno a los Guardianes recién nombrados.

Más allá de la cocina, encontré la habitación que estaba buscando: una especie de zona de almacenamiento abarrotada de mesas plegables y de sillas amontonadas. Procuré no chocar con ninguna, lo que me obligó a caminar sumamente despacio.

Y eso requirió mucho esfuerzo.

Yo nunca iba despacio.

Las voces se fueron volviendo más fuertes a medida que me acercaba a las cortinas de un intenso color granate que separaban la zona de almacenamiento del Gran Salón.

Me detuve delante de las cortinas, rodeé con cuidado el borde de una con los dedos y la aparté unos centímetros para dejar a la vista el amplio salón en forma de cilindro en toda su gloria mientras se levantaba una nube de polvo.

Madre mía, ¿cuándo había sido la última vez que alguien tocó esa cortina?

Levanté la mirada de inmediato hacia el techo, a pesar de que ya no podía ver el mural, por muy iluminado que estuviera el salón. El techo estaba adornado con ángeles, muchos de los cuales eran ángeles de batalla: los Alfas. Esos ángeles supervisaban a los Guardianes y solían comunicarse con ellos, a veces incluso en persona, aunque yo nunca había visto a ninguno. Tenían

un aspecto imponente, los habían pintado con sus armaduras y blandiendo las espadas con las que impartían justicia.

—¿Qué tal el viaje hasta aquí? —preguntó Thierry mientras se situaba en mi línea de visión, y volví a concentrarme. Los visitantes permanecían de pie ante la tarima, esperando—. Espero que sin incidentes.

Matthew siguió a Thierry hasta el centro, hacia una silla que se suponía que no se debía denominar trono, según Thierry, pero que, con el enorme asiento y el respaldo con forma de escudo tallado en granito, a mí sin duda me parecía un trono.

Pero ¿qué sabía yo?

—Sí —contestó el Guardián situado más cerca de la tarima. No podía verlo con claridad, pero era el del pelo castaño y largo—. El trayecto fue largo, pero bonito.

—Hace muchos años que no voy a la capital del país —comentó Matthew con las manos unidas a la espalda—. Supongo que nuestra comunidad es muy diferente de a lo que estáis acostumbrados.

Madre mía.

¿Eran de Washington D. C.? El clan de D.C. era un puesto avanzado grande y su líder había muerto hacía poco, más o menos cuando Thierry había empezado a comportarse más estresado de lo normal.

Dirigí la mirada hacia el visitante que había hablado. Aparentaba cerca de treinta años y parecía demasiado joven para ser líder de un clan, pero él era el único que participaba en la conversación.

—Sí, es muy diferente —coincidió con una risita—. Creo que no había visto tanto espacio abierto desde hacía años.

Thierry se sentó.

—Bueno, nos alegra que hayáis podido venir, Nicolai.

Repetí su nombre en silencio. Me gustaba cómo sonaba.

—Gracias por recibirnos —contestó Nicolai—. Nos sorprendió que aceptarais nuestra solicitud.

A mí también.

—No aprobamos muchas solicitudes —dijo Thierry—. Pero consideramos que lo mejor sería reunirnos en persona contigo y con tu clan.

Así que sí que era el nuevo líder del clan. Desvié la mirada hacia los otros Guardianes. El del pelo oscuro más corto se encontraba al lado del rubio, que era el que estaba más cerca de mí, a unos treinta o sesenta centímetros de mi escondite detrás de la cortina. Todavía no podía verle la cara al rubio, pero, Dios mío, qué alto era, debía medir casi dos metros, y la camiseta térmica negra que vestía se tensaba sobre sus anchos hombros. El pelo le llegaba a los hombros y lo llevaba recogido en la nuca.

—Como sin duda sabréis, la actividad demoníaca ha ido disminuyendo en varias ciudades a lo largo de los últimos tres meses —añadió Nicolai, y atrajo de nuevo mi atención hacia el líder del clan—. Antes detectábamos unos dos o tres demonios de Nivel Superior a la semana. No hemos visto ninguno desde hace meses.

A mí eso me parecía una buena noticia, sobre todo porque podría haber uno merodeando por ahí.

—Bueno, eso no parece un problema —comentó Thierry.

—A primera vista no lo es, pero también se ha producido un incremento en la presencia de Esbirros y, lo que es aún más inquietante, de demonios de niveles inferiores que no podrían pasar desapercibidos entre la población ni queriendo —continuó Nicolai—. Zayne se ha topado con cuatro hordas de demonios Feroces solo este mes. Es extraño ver tanta actividad por parte de demonios de niveles inferiores sin que uno de Nivel Superior esté detrás.

Miré al rubio. Zayne. Así debía llamarse. Se giró ligeramente y todos mis pensamientos se desperdigaron como cenizas en el viento al verlo por primera vez. Una diminuta parte de mi cerebro que todavía funcionaba sabía lo malo que era dejarse distraer tanto por la apariencia, pero me quedé... pasmada.

Pasmada como una boba.

Me gustaba pensar que una cara bonita no me distraía fácilmente, pero aquel tipo era... Era guapísimo. Y eso era mucho decir, porque me pasaba el día rodeada de Guardianes superatractivos que hacían gala de un ADN estupendo cuando parecían humanos.

Este Guardián tenía la piel dorada, como si pasara bastante tiempo al sol. Poseía una mandíbula fuerte que parecía tallada en piedra, y esos labios... ¿Cómo podían parecer tan suaves y tan duros al mismo tiempo? Eso era algo muy raro en lo que fijarse, pero me fijé, lo que probablemente quería decir que estaba empezando a comportarme como una acosadora. Unos pómulos altos y angulosos hacían juego con una nariz recta y orgullosa. Me encontraba demasiado lejos para verle los ojos, pero supuse que serían como los de todos los Guardianes. Del azul más profundo y brillante posible.

Desde mi posición, solo aparentaba tener unos años más que yo y me recordó a los numerosos ángeles pintados en el techo del Gran Salón. Unas pinturas que yo ya no podía ver con detalle.

—Caray —susurré, y abrí tanto los ojos que probablemente parecía un bicho espachurrado.

Zayne se puso rígido y contuve el aliento, pues temí que me hubiera oído. Cuando no miró a su izquierda, hacia donde me encontraba, relajé un poco los hombros.

—Algo ha asustado tanto a los demonios de Nivel Superior que todos se han escondido. —Nicolai estaba hablando de nuevo—. Y ese algo nos está matando... Está matando a Guardianes.

## Tres

Inhalé bruscamente. ¿Algo estaba matando a Guardianes? Salvo por los demonios de Nivel Superior y, bueno, yo, los Guardianes eran prácticamente indestructibles, los criaban para resistir las batallas más encarnizadas.

No era fácil matarlos.

—Al principio pensábamos que se trataba de un demonio, que uno de Nivel Superior estaba eliminando a algunos de los de su propia especie —dijo Zayne—. Pero, aunque se pelean entre ellos, no matan así, como si no temieran exponerse. Entonces empezaron a aparecer Guardianes asesinados de la misma forma. Lo que está pasando ahora está afectando a demonios y Guardianes.

El Guardián con el pelo más corto dio un paso adelante.

—¿Se me permite añadir algo?

—Dez, sabes que no me van las formalidades —dijo Thierry.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Dez.

—Ya sé que Zayne y yo no contamos con las décadas de experiencia que tenéis Matthew y tú, pero lo que estamos viendo es algo completamente nuevo. Algunos de nuestros mejores guerreros han muerto, Guardianes a los que no habría sido fácil derrotar.

—¿Por qué es imposible que esto sea obra de un demonio de Nivel Superior sumamente hábil? —preguntó Matthew—. ¿Por qué pensáis que se trata de otra cosa?

—Tal vez nos equivoquemos. Tal vez un demonio esté orquestando todo esto —añadió Nicolai, y me di cuenta de que Zayne apretaba la mandíbula, como si se contuviera para no hablar—. Todavía no lo sabemos, pero esta semana perdimos a otro Guardián. Necesitamos refuerzos. Por eso estamos aquí.

Thierry se echó hacia atrás con los hombros tensos.

—Bueno, habéis venido en el momento perfecto. La Investidura está a punto de comenzar. Tendremos nuevos reclutas.

Nicolai intercambió una mirada con Zayne y Dez, pero no dijo nada.

—Vuestras habitaciones están listas y estamos preparando comida. Estoy seguro de que os gustaría descansar —estaba diciendo Thierry—. Os quedaréis para la Investidura.

Nicolai pareció tomarse un momento antes de contestar.

—Sería un honor quedarnos, pero es imperativo que regresemos a la ciudad...

—¿Crees que pasar una semana aquí va a inclinar la balanza? A mí me parece que no —dijo Thierry, y reconocí el tono que no admitía discusión. Ya lo había oído muchas veces. Pero, si

estaban muriendo Guardianes, debían regresar con ayuda—. Disponemos de mucho tiempo para hablar de vuestras necesidades. —Hubo una pausa—. Y de las nuestras.

Torcí las comisuras de la boca hacia abajo. Apreté la cortina con los dedos al mismo tiempo que, de forma inexplicable, Zayne retrocedía un paso, giraba la cabeza y...

Y miraba directamente hacia donde me encontraba.

Entonces... pasó algo.

Noté una punzada de reconocimiento seguida de una sensación de *déjà vu*, como si ya hubiera estado en esa situación, pero eso no tenía sentido. Esa era la primera vez que veía a Zayne. Me acordaría si lo hubiera visto antes.

Me quedé inmóvil mientras él me miraba. No podía moverme. Tenía los pies clavados en el suelo y me encontraba lo bastante cerca para verle la boca y leerle los labios cuando empezaron a moverse.

«Te veo».

Ay, Dios mío.

Me aparté de golpe y solté la cortina, que volvió a su sitio. Retrocedí despacio.

Joder, me había visto. Bueno, al menos había visto una parte de mí, pero probablemente le bastara para reconocermé después. Aparte del hecho de que no estábamos a mucha distancia, los Guardianes tenían una vista asombrosa, sobre todo de noche...

Me golpeé la cadera con el borde de una mesa apilada, lo que me provocó una llamarada de dolor en la zona. Maldije entre dientes mientras me daba rápidamente la vuelta y sujetaba la mesa antes de que cayera al suelo. En cuanto estuve segura de que no pasaría eso, salí pitando del Gran Salón hacia el fresco aire montañoso del atardecer.

El sol se había puesto, pero el sendero estaba bien iluminado cuando rodeé los amplios jardines situados detrás del muro. Mis pensamientos regresaron a lo que había oído. ¿Algo que podría no ser un demonio estaba matando a Guardianes... y también a demonios?

¿De qué podría tratarse?

Crucé el prado en dirección a la casa principal, pero reduje el paso al acercarme a la densa arboleda. A partir de ahí, solo contaba con el resplandor plateado de la luna para guiarme, lo que significaba que apenas veía una mierda, pero había recorrido ese sendero tantas veces que avanzaba con paso seguro, aunque con cierta prudencia..., a diferencia de la noche del ataque de los demonios Ferozes. Entonces me corría tanta adrenalina por las venas que todos mis pasos estaban llenos de confianza. No siempre era así.

Mis pensamientos pasaron de lo que había oído a mi reacción ante Zayne, esa extraña sensación. Había sido muy raro, pero probablemente se debiera a mi hiperactiva imaginación...

Una ramita se rompió justo detrás de mí. Demasiado cerca. Sofoqué la repentina sorpresa y reaccioné sin pensar, como me habían enseñado.

Levanté la mano y agarré un brazo. Noté un cosquilleo. Una descarga de electricidad estática me recorrió mientras me daba la vuelta, retorció el brazo y apoyaba el peso en la pierna derecha. Capté la imprecisa forma de alguien mucho más grande que yo mientras blandía el puño.

Con una velocidad sorprendente, me atraparon la mano y me hicieron girarme en la otra dirección y me colocaron de espaldas contra un pecho duro y un vientre que sin duda pertenecía a un hombre. En cuestión de segundos, el desconocido me sujetó los brazos y me rodeó un aroma a... menta fresca.



—¿Sueles saludar así a la gente? —me susurró al oído una voz vagamente familiar que empleó un tono engañosamente suave.

Me incliné hacia delante con la intención de poner suficiente espacio entre nosotros para asestarle una potente patada.

—Eso no sería nada prudente.

Realicé una áspera exhalación entrecortada mientras me enderezaba y forcejeaba para intentar liberarme.

—No es prudente asaltar a la gente por la espalda en la oscuridad.

—No te asalté —respondió él, que me sujetó con más fuerza cuando conseguí volver a poner unos centímetros de distancia entre nosotros—. Te llamé y no contestaste.

—No te oí. —Giré la cabeza hacia un lado—. Pero ¿eso es lo que sueles hacer cuando alguien no te responde? Asaltarlo por...

—No te asalté.

—Estabas justo detrás de mí —alegué, sumamente irritada porque hubiera conseguido incapacitarme tan rápido—. ¿Me puedes soltar?

—No sé yo. —Hubo una pausa—. ¿Vas a intentar pegarme otro puñetazo? ¿O una patada?

—No, si no intentas asaltarme otra vez —contraataqué.

Transcurrió un tenso momento y, a continuación, los brazos que me rodeaban se apartaron. Me lancé hacia delante como si tuviera resortes en los pies y puse un metro de distancia entre nosotros antes de darme la vuelta. La luna me proporcionó suficiente luz para verlo.

—Madre mía —susurré mientras retrocedía otro paso.

Era él.

El guapísimo Guardián rubio.

Zayne.

Él ladeó la cabeza.

—Eres... humana.

«Sí. Más o menos».

—¿Esperabas otra cosa?

—Sssííí —dijo, alargó la palabra y se tomó un momento antes de continuar, como si escogiera sus palabras con sumo cuidado—. Sobre todo si tenemos en cuenta dónde estamos.

Era bastante raro que vivieran humanos en las comunidades de los Guardianes, así que no me sorprendía que le sorprendiera.

—A menos —añadió mientras daba un comedido paso hacia mí— que no tengas permitido estar aquí.

Me puse tensa.

—Tengo permitido estar aquí.

—¿Como tenías permitido estar detrás de la cortina del Gran Salón, escuchando a escondidas? Vaya, maldita sea.

—Vivo aquí —dije, en lugar de responder a la pregunta. Gracias a Dios, la mayoría de sus facciones quedaban a oscuras, así que podía hablar con él en lugar de quedarme allí plantada babeando como si nunca hubiera visto a un tío bueno—. ¿Y qué haces aquí fuera? ¿No deberías ir a tu cuarto y luego a cenar?

—Me picó la curiosidad cuando te vi detrás de la cortina y decidí investigar.

—Me parece que no deberías estar aquí fuera siguiéndome.

—No sabía que, siendo un Guardián, no pudiera entrar y salir a mi antojo.

Mantuve los brazos relajados a los costados.

—¿Habías venido alguna vez de visita? —le pregunté, aunque conocía la respuesta.

—No.

—En ese caso, tal vez no deberías dar por sentado lo que puedes o no puedes hacer.

Zayne guardó silencio y luego soltó una risita profunda y áspera.

Fruncí el ceño.

—Tienes razón —admitió, y se hizo otra vez el silencio—. Tengo muchas preguntas.

No supe si eso era algo bueno o malo mientras miraba a mi alrededor, pero no pude ver nada más allá de los árboles oscuros y el tenue resplandor de las farolas solares.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. ¿Cómo diablos acabaste aquí? ¿Una humana viviendo en la comunidad regional, una humana que parece saber que los demonios son reales? Y es evidente que lo sabes, porque no huiste del salón gritando ni riéndote cuando hablamos de la actividad demoníaca.

Me froté las caderas con las manos y deseé poder ver su expresión.

—No soy la primera ni seré la última persona corriente que sabe lo de los demonios.

Eso era cierto. Había humanos que estaban enterados. La mayoría eran policías u ocupaban cargos dentro del Gobierno y trabajaban codo con codo con los Guardianes. Pero eran casos contados.

Zayne se acercó más y pude verle mejor la cara, aunque seguía estando borrosa en su mayor parte.

—Apostaría a que no hay nada corriente en ti.

No estaba segura de si eso pretendía ser un cumplido o no.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Vives aquí, en la sede de poder de docenas de clanes, y casi me das un puñetazo en la cara en menos de cinco segundos —explicó—. Y, además, estabas escondida detrás de una cortina, figoneando.

Me crucé de brazos.

—No soy una figona.

—¿En serio?

—Simplemente porque diera la casualidad de que estaba allí...

—Detrás de una cortina.

Hice caso omiso de eso.

—Simplemente porque diera la casualidad de que estaba detrás de una cortina...

—Escondida detrás de una cortina —me corrigió.

—Simplemente porque estuviera oculta en parte por una cortina, no significa que estuviera figoneando.

Zayne se encontraba ahora a solo unos treinta centímetros de mí y capté de nuevo ese aroma a menta fresca.

—¿Sueles encontrarte a menudo oculta en parte por cortinas?

Cerré la boca de golpe y luego realicé una inspiración larga y profunda.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

Él alzó un hombro y lo dejó caer.

—Porque afirmas que no eres una fisgona. A ver, a lo mejor siempre pasas tu tiempo libre detrás de cortinas. ¿Qué sé yo?

Entorné los ojos.

—Ah, sí, claro que me gusta estar detrás de las cortinas. Me gusta lo polvoriento que están.

—Puesto que detecto sarcasmo, básicamente admites que estabas fisgoneando.

—No he admitido tal cosa.

Zayne inclinó la barbilla.

—¿Por qué no lo admites de una vez?

Me dispuse a decirle que no había nada que admitir, pero sí que había estado fisgoneando. Evidentemente. Suspiré.

—No solemos tener... visita, así que, cuando os vi llegar, sentí curiosidad. No tenía ni idea de que hablaríais de algo importante.

—Vaya, ¿ha sido tan duro admitirlo?

—Sí —contesté con tono seco—. Me ha dolido. Muchísimo. Puede que nunca me recupere.

—¿Cómo acabaste viviendo aquí? —me preguntó, volviendo a dirigir la conversación al tema original.

—Es una larga historia que no tengo intención de contarte.

Transcurrió un momento y, aunque no le veía los ojos, pude sentir que me miraba fijamente.

—Eres... frustrante.

Alcé las cejas bruscamente. Caray.

—Bueno, pues tú eres prejuicioso. ¿Adivinas qué es peor?

Zayne soltó una carcajada, pero no fue como la risita profunda de antes. Esa fue seca como la arena.

—Es probable que yo sea la persona menos prejuiciosa que conozcas en tu vida.

—Yo diría que te equivocas en eso.

—No me conoces.

—Ni tú a mí y acabas de decir que soy frustrante —señalé.

—He llegado a esa conclusión después de hablar contigo unos minutos.

Apreté los puños al sentir el impulso de darle un puñetazo, lo que estaría mal. Sería satisfactorio, pero, aun así, estaría mal. Tenía que largarme de ahí.

—¿Sabes qué? Ni siquiera voy a mentir diciéndote que me ha gustado charlar contigo. Me marchó.

Empecé a dar media vuelta.

—¿Cómo te llamas?

Me detuve y me volví de nuevo hacia él.

—¿En serio?

—¿Cómo te llamas? —repitió. No, exigió saber.

Me indigné.

—Me llamo QueteDen.

—Qué... cutre —replicó Zayne.

Resoplé. Como un cochinito.

—A mí me ha parecido bastante ingenioso.

—Es evidente que tenemos ideas muy diferentes sobre qué es ingenioso —dijo Zayne. Entorné los ojos—. ¿Eres consciente de que me voy a enterar tarde o temprano?

Sí, pero no me daba la gana decírselo.

—Bueno, supongo que vas a tener que esperar. Chao.

Le hice una peineta, segura de que podría verlo con sus ojos de Guardián, y luego me di la vuelta, preparada para perderme de vista...

—¡Trinity Lynn Marrow! —gritó Misha—. Te juro por Dios que cuando te ponga las manos encima...

Me detuve en seco y cerré los ojos.

—Debo admitir que no esperaba averiguarlo tan pronto —bromeó Zayne con ironía.

—No te conozco —dije, y me volví—. Pero me caes mal.

—Eso no ha sido muy amable —objetó él.

Antes de poder informarle de que eso me traía sin cuidado, Misha irrumpió en el pequeño claro. En un abrir y cerrar de ojos, se situó delante de mí y se interpuso entre Zayne y yo como si pensara que el otro Guardián era un animal salvaje a punto de atacar.

—Retrocede —gruñó Misha, que levantó una mano en señal de advertencia en dirección a Zayne mientras yo me asomaba para echar un vistazo.

Zayne no retrocedió.

Avanzó, se detuvo a apenas un par de centímetros de la mano de Misha y luego se inclinó hacia un lado para mirarme.

—Aquí no sois muy simpáticos, ¿no?

Sonreí a mi pesar.

—Como te dije, no solemos tener visita.

—Ya lo veo —contestó Zayne con sequedad.

Misha se movió para bloquearlo de nuevo, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—¿Quién diablos eres y qué haces aquí?

—Se llama Zayne —contesté por él—. Es del clan de D.C. Los invitaron a venir.

—Nunca invitan a venir a nadie así sin más —espetó Misha.

—Bueno, supongo que hay una primera vez para todo. —La frialdad del tono de Zayne podría haber congelado las hojas de los árboles que nos rodeaban.

Yo solía opinar que Misha era uno de los Guardianes más altos y temibles que había visto en su forma humana, pero, en ese momento, pensaba que Zayne iba a ocupar el primer puesto de esa lista.

—Me da igual que seas un invitado o no —contestó Misha, que desprendía calor, y, así, adelantó a Zayne en el concurso extraoficial al Guardián más intimidante—. No deberías estar merodeando por aquí ni hablando con ella.

—En primer lugar, no estaba merodeando. Y, segundo, ¿por qué no puedo hablar con ella? ¿Porque es humana o porque intenta pegarte de buenas a primeras?

«¡Madre mía!» Esquivé a Misha y fulminé al Guardián rubio con la mirada.

—Lo hice porque...

—¿Me acerqué por la espalda? Lo siento. Procuraré no volver a hacerlo —respondió y, aunque no podía verle la cara, oí la sonrisa en su voz.

—¿Qué haces aquí fuera? —exigió saber Misha, y, por una vez, el reproche no iba dirigido a mí.

Zayne hizo una pausa antes de decir:

—Necesitaba un poco de aire fresco. Ha sido un viaje largo.

Enarqué una ceja, sorprendida de que no se hubiera chivado de lo que había hecho.

—Bueno, ahora que ya has tomado aire fresco, te sugiero que regreses al Gran Salón.

Una parte de mí suponía que Zayne se negaría. Parecía una persona combativa.

Pero me sorprendió verle dar un paso atrás.

—Sí, creo que es hora de regresar.

—Perfecto —gruñó Misha.

Zayne me dedicó una inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerte..., Trinity Lynn Marrow.

Me sentí a punto de estallar como un cohete de fuegos artificiales, de los que chillan, pero Misha me agarró del brazo, así que acabé tragándome un montón de palabrotas mientras gritaba:

—Voy a resistir la tentación e ignoraré eso.

—Pero caer en la tentación es mucho más divertido —contraatacó Zayne.

Me giré hacia él, pero Misha no me soltó y prácticamente me alejó a rastras antes de que se me ocurriera una respuesta apropiada.

—Maldita sea, Trin.

—¿Qué pasa? —Tuve que avanzar dando pasos más grandes de lo normal para seguir el ritmo de sus larguísimas piernas—. No he hecho nada.

—Tú nunca haces nada.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Ah, no lo sé. ¿Qué tal cuando te cabreaste y te escondiste en el Gran Salón un día entero e hiciste que todos pensarán que habías desaparecido? Y luego, cuando te encontraron, estabas en plan: «No he hecho nada malo».

—¿Qué? —Levanté un brazo e hice un gesto desdeñoso—. Entonces tenía unos ocho años, y tú estabas siendo muy malo conmigo.

—¿Y cuando lloriqueaste hasta que te llevé al cine fuera del complejo y luego me dejaste tirado para encontrarte con unos chavales que habías conocido por internet?

—Estaba trabajando.

—No, estabas jugando a *Entre fantasmas* —me corrigió.

—¡No estaba jugando! Había un espíritu que necesitaba transmitir un mensaje sumamente importante.

—¿Y aquella vez que te caíste del tejado y luego me echaron la culpa a mí? Eso fue hace cosa de un mes.

Fruncí los labios.

—¿Y la noche que cruzaste los muros y te pusiste a pelear contra demonios Feroces, Trin?

Se me pusieron las mejillas coloradas mientras salíamos de los árboles y la casa de Thierry quedaba a la vista.

—Ya sabes por qué tuve que hacerlo, y tú también cruzaste los muros.

—No estamos hablando de mí.

—Oh, claro que no.

Misha ignoró eso.

—Vas a acabar matándome.

—Me parece que eso es un poquito dramático —contesté, aunque podría pasar.

—¿En serio?

—Sí.

Él maldijo entre dientes.

—Bueno, ¿estabas escuchando a escondidas mientras Thierry hablaba con ellos?

—¿Te cabrearás si digo que sí?

—Trinity...

Suspiré.

—Sí. Estaba escuchando a escondidas. Zayne me vio y me siguió hasta fuera. Por eso estábamos hablando.

—¿Qué oíste?

—Han venido a buscar refuerzos. Está pasando algo en D.C.

—¿El qué?

—Dijeron que algo estaba matando a demonios y a Guardianes, y no creen que se trate de otro demonio. Me parece que querían marcharse de inmediato con los refuerzos, pero Thierry les va a hacer quedarse a la Investidura.

—¿Algo que podría no ser un demonio está matando a Guardianes?

—Ajá.

—Eso no tiene sentido.

—Ajá —repetí—. Pero puede que sea esto, ¿no crees? Hay algo muy malo ahí fuera matando a Guardianes. Puede que nos vayan a convocar.

Misha me miró con el ceño fruncido.

—No sé yo.

Sí, yo también lo dudaba, pero iban a convocarnos en algún momento. Nos marcharíamos de ahí. Juntos. Y nos marcharíamos para luchar. Me encogí de hombros.

—En fin, por lo que parece van a estar aquí una semana.

Misha se mantuvo callado un momento.

—Quiero que te quedes en la casa hasta que se vayan.

—¿Lo dices en serio? —protesté mientras recorríamos el camino de acceso. Los focos se encendieron al captar nuestra presencia e hice una mueca a causa del resplandor—. No puedo quedarme en la casa mientras están aquí.

—¿Has olvidado por qué no recibimos visitas? ¿O simplemente estás siendo imprudente y egoísta?

—¿Hay una tercera opción?

Misha se detuvo delante de los amplios escalones y del porche iluminado. Me miró mientras me rozaba las mejillas con las yemas de los dedos y yo mantuve la mirada centrada en él.

—¿Puedes hacerlo, por favor? ¿Quedarte unos días escondida?

La frustración me azotó como una tormenta de verano.

—No puedo quedarme siempre en la casa, Misha. Eso es ridículo. No soy una prisionera.

En su rostro se reflejó una expresión de exasperación.

—Solo será una semana, y eso si es que de verdad se quedan tanto tiempo.

—Una semana es una eternidad.

—Un par de días en una casa en la que hay prácticamente de todo para mantenerte ocupada no es una eternidad, niña mimada —continuó, y apartó las manos—. Puedes sentarte a comer y ver maratones de series de televisión en lugar de entrenar.

—No quiero quedarme sentada sin hacer nada. Eso me empujaría a hacer algo completamente irresponsable e imprudente.

—No me digas.

—¡Oye! Conozco mis límites.

—¿Sabes que la mayoría de la gente se alegraría de no tener obligaciones y poder relajarse?

—Yo no soy como la mayoría.

Nuestras clases terminaban a mediados de mayo, así que Misha y yo habíamos pasado de entrenar solo cuatro horas al día a unas ocho, cosa que significaba que todavía me aburría como una ostra durante otras diez horas aproximadamente.

Misha ignoró mi argumento perfectamente válido.

—Podrías considerarlo unas vacaciones.

—¿Vacaciones de qué, si puede saberse? —le espeté, sumamente irritada—. ¿Qué hago para necesitar vacaciones?

—Trin —contestó él con un suspiro.

—No me vengas con esas, Misha. Tú puedes marcharte de este complejo cuando te venga en gana...

—Eso no es del todo cierto y lo sabes. —Apretó la mandíbula, enfadado—. Si estás sugiriendo que yo tengo libertad mientras que tú no, no estás siendo justa.

Noté que la culpa se retorció en la boca de mi estómago, seguida rápidamente por una amarga punzada de pesar. Él tenía razón, y me estaba comportando como una niña mimada. Thierry no le dejó ninguna opción y lo unió a mí antes de que ninguno de los dos supiera qué significaba eso de verdad, preparándonos para...

Inspiré bruscamente mientras observaba al chico con el que había crecido. El chico al que había visto convertirse casi en un hombre y, por primera vez, se me ocurrió algo que me impactó tanto como si me hubiera atropellado un camión.

—¿Quieres esto? —susurré.

Misha juntó las cejas en un gesto de confusión.

—¿El qué?

—Nosotros. Estar vinculado a mí. Esta vida.

Por su cara, me di cuenta de que comprendía a qué me refería.

—Trin...

Le agarré las manos.

—Sé sincero conmigo, Misha. Ya sé que no podemos cambiarlo. Ya está hecho, pero... necesito saberlo.

Él se quedó callado, y cuanto más se prolongaba su silencio, más fuerte me palpitaba el corazón.

—Me han educado para esto, Trin. Es lo único que conozco y, como tú misma has dicho, no podemos cambiarlo.

Aparté la mirada, con el estómago un tanto revuelto, mientras le soltaba las manos.

—Eso no es lo mismo que querer hacerlo.

Se giró y lo miré, lo vi pasarse la mano por los rizos rebeldes. Él los odiaba, pero a mí siempre me habían parecido adorables. Mientras Misha observaba la casa en la que vivíamos, la casa en la que nuestros cuartos solo estaban separados por un par de paredes, de pronto sentí... ganas de llorar.

Tal vez me fuera a venir la regla, porque yo nunca lloraba.

Pero no se trataba de eso.

Me ardía el fondo de la garganta porque había pasado casi toda mi vida al lado de Misha y nuestras vidas estaban unidas de forma irrevocable. Nunca había pensado en qué opinaría él de todo eso, ¿verdad?

Sí que había pensado en ello, pero solo de manera superficial y, más que nada, centrándome en cómo me afectaba a mí.

—Soy egoísta —susurré.

Misha volvió la cabeza bruscamente hacia mí.

—Por lo general, agradecería esta insólita muestra de autodescubrimiento y no la cuestionaría, pero ¿por qué piensas eso?

Me tembló el labio inferior.

—Porque no me había dado cuenta de que tal vez no quieras esto.

—Trin, basta. —Se situó de nuevo frente a mí, con las manos sobre mis hombros—. Quiero esto. Es un honor ser tu Protector vinculado.

—¿En serio? —Solté una risa ronca—. Porque no...

—Es un honor —repetió mientras me apretaba los hombros, y el peso de sus manos me resultó reconfortante y, al mismo tiempo, agobiante—. Y lo digo en serio. Lo que eres, lo que significa para mí que me hayan escogido para estar a tu lado, es el mayor honor.

Parecía sincero, desde luego que sí, pero yo parecía sincera muchas veces sin serlo de verdad, sobre todo cuando lo que más deseaba era ser lo que fingía ser.

Misha me acercó a su pecho y me dejé llevar y le rodeé la cintura con los brazos sin apretar mientras los suyos me envolvían los hombros. Cuando era más pequeña, esos abrazos me encantaban más de lo que era capaz de entender e, incluso a medida que me fui haciendo mayor, siempre podía encontrar consuelo en ellos. Pero ¿ahora?

Ahora me sentía inquieta.

Misha permaneció callado un buen rato.

—Ha sido absurdo sugerir que te quedaras en la casa. Acabarías provocando un incendio o qué sé yo.

Sonreí.

—Pero ¿puedes hacerme un favor? —me preguntó, y asentí con la cabeza contra su pecho—. ¿Puedes mantenerte alejada de Zayne?

Eso no me lo esperaba.

Me eché hacia atrás para mirarlo.

—No es que espere convertirme en su nueva mejor amiga ni nada por el estilo, pero ¿a qué viene eso?



—He... He oído hablar de él —contestó mientras apartaba los brazos—. No es trigo limpio, Trin. No te conviene acercarte a Zayne.

## Cuatro

Me comporté y me quedé en mi cuarto como una buena chica, aunque Misha se había marchado después de acompañarme hasta ahí, porque me sentía mal por lo de la noche anterior. Me había quedado levantada hasta bastante tarde esperando a que Misha regresara, pero no lo hizo, de modo que supuse que se habría encontrado con Jade y su novio, Ty.

Así que me había quedado sola, lo que significaba que pasé mucho tiempo pensando, y llegué a la conclusión de que..., bueno, tal vez le debiera una disculpa a Zayne.

Anoche no me había asaltado, y quizá me había llamado, pero no lo había oído..., y era bastante posible que mi reacción hubiera sido un tanto excesiva e impulsiva.

Probablemente debería disculparme cuando..., si es que volvía a verlo. Pero no iba a buscarlo. Si Misha decía que no era trigo limpio, le creía.

Aunque me moría de curiosidad por averiguar a qué venía tanto problema con Zayne.

Porque estaba muy aburrida.

Puse los ojos en blanco, dejé el cepillo de dientes en el soporte y luego le eché un vistazo a mi reflejo. Unos finos mechones de pelo húmedo se me pegaban a las mejillas. Agarré las gafas del lavabo y me las puse.

Me acerqué a la cama arrastrando los pies y me dejé caer de espaldas. Las gafas se me deslizaron por el puente de la nariz mientras observaba el resplandor de las estrellas oscuras repartidas por el techo. Ahora apenas se veían, puesto que era de día.

Por lo menos, Netflix acababa de incorporar *El príncipe de Bel-Air* a su catálogo y había unas seis temporadas de Will Smith con las que disfrutar.

Cuando me coloqué de costado, mi mirada se posó en la fotografía enmarcada que había sobre la mesita de noche y el viejo y ajado libro situado a su lado. En la foto aparecíamos mi madre y yo hacía dos años. El 20 de mayo. Cuando cumplí los dieciséis. La foto solo era un borrón, pero se me había quedado grabada en el corazón y la mente. La había tomado Thierry en el Foso, durante el día. Mamá y yo estábamos sentadas en el banco de piedra, yo tenía la mejilla apoyada en su hombro y sujetaba un coche rosado de Barbie. Había pedido en broma un coche por mi cumpleaños. Lo dije en broma por dos motivos: nadie de la comunidad tenía coche (todos se desplazaban a pie... o volando) y yo nunca podría conducir. Mi vista no me lo permitiría. Así que, como mamá era así, me había dado el coche como parte de mis regalos.

Fue tan... típico de ella.

El libro también era suyo. Su favorito. Se trataba de un viejo ejemplar de tapa blanda de finales de los ochenta con una pareja en la portada abrazándose mientras la mujer miraba al

hombre con anhelo. *Corazones en llamas*, de Johanna Lindsey. A mamá le encantaban las novelas románticas históricas y se había leído ese libro cientos de veces.

Yo lo había leído una docena de veces, por lo menos, antes de que me resultara imposible distinguir las pequeñas letras, ni siquiera con gafas.

Dios, cómo echaba de menos leer, porque eso me hacía sentirme cerca de mi madre, en cierto sentido. Me había descargado el *ebook* en mi iPad, pero no era lo mismo que sujetar el ejemplar en papel.

Nunca era lo mismo.

Me senté y me enderecé las gafas. Las imágenes que aparecían en la pantalla del televisor estaban borrosas en su mayor parte, incluso después de que Thierry hubiera sustituido mi tele de treinta pulgadas por una de cincuenta. Agarré el mando a distancia...

—¿Quiénes son esos desconocidos que están en el Gran Salón? Uno se acaba de instalar en mi cuarto, Trinity. En mi cuarto.

Di un respingo al oír la pregunta y dejé caer el mando a distancia sobre la cama mientras Cacahuete cruzaba la puerta de mi cuarto..., la puerta cerrada de mi cuarto.

Cacahuete era un apodo extraño, pero me había dicho que sus amigos lo llamaban así porque medía poco más de un metro y medio. Él prefería ese nombre y yo no tenía ni idea de cómo se llamaba en realidad.

Cacahuete era... Bueno, había fallecido en extrañas circunstancias: en un concierto de Whitesnake, ni más ni menos, en algún momento de la década de los ochenta. Había muerto después de cometer la idiotez de subirse a una de las torres de sonido del concierto durante una tormenta, lo que demostraba que no era muy espabilado. Al parecer, cayó un rayo cerca de la torre, lo sobresaltó y acabó matándose al resbalarse.

Ese día había cumplido diecisiete años.

Qué tragedia.

Lo había visto por primera vez hacía unos ocho años, cuando mi madre y Thierry me llevaron a un oculista en Morgantown, que solo estaba a unas dos horas de ahí. En ese entonces yo tenía diez años y ya había visto suficientes fantasmas y espíritus como para reconocer lo que era cuando lo vi en la acera, con pinta de estar aburrido y un tanto perdido.

El concierto en el que había muerto había tenido lugar cerca y Cacahuete se había pasado sabía Dios cuánto tiempo vagando por las calles de Morgantown. Se encariñó conmigo en cuanto se dio cuenta de que podía verlo y hablar con él, y había hecho lo mismo que hacían algunos fantasmas.

Me había seguido hasta casa.

Yo había intentado hacer que avanzara, pero se había negado. Lo que significaba que estaba estancado en su estado de muerte y tenía el mismo aspecto que cuando había fallecido, en lugar de parecer sano e ileso como los espíritus. Su camiseta era claramente *vintage*, con el nombre del grupo escrito con letras blancas y la foto del vocalista estampada. Llevaba unos ajustados vaqueros negros y unas zapatillas Chuck Taylor rojas.

Irónicamente, ahora su atuendo estaba bastante de moda.

Tenía el pelo negro desgreñado, lo que era un alivio, pues ocultaba la ligera muesca que tenía en la parte posterior de la cabeza y que yo había tenido la desgracia de ver una vez. Había sufrido algún tipo de traumatismo craneal grave.

Así que, sí, Cacahuete era un fantasma. Un fantasma tan estancado en los años ochenta que la mitad del tiempo yo no tenía ni idea de lo que intentaba decirme.

Además, era un fantasma poco común: sabía que estaba muerto y podía interactuar con su entorno, había muerto hacía décadas y no había cruzado al más allá, pero, aun así, se las arreglaba para ser bueno y amable.

Ahora Cacahuete era una especie de compañero de cuarto que solo yo podía ver, y se suponía que debía llamar antes de flotar a través de las paredes y las puertas.

Literalmente, esa era la única norma.

Bueno, eso y no trastear con mis cosas, sobre todo teniendo en cuenta que había aprendido a acceder a mi iPad y a mi portátil y que tenía el horrible hábito de volver toda mi ropa del revés.

Lo cual era particularmente raro.

—Se supone que tienes que llamar antes de entrar —le recordé mientras calmaba los latidos de mi corazón—. Son las normas.

—Perdona, tía. —Alzó sus brazos transparentes y, por algún motivo, hizo el signo de la paz con las manos—. ¿Quieres que vuelva a salir al pasillo y llame a la puerta? Lo haré y me saldrá perfecto. Golpearé la puerta hasta que la casa...

—No. Ya no hace falta. —Puse los ojos en blanco—. ¿Dónde te habías metido?

—Aquí y allá. —Se deslizó hacia la ventana, y digo deslizó porque sus pies no tocaron el suelo. La parte superior de su cuerpo desapareció a través de la cortina mientras echaba un vistazo hacia fuera—. ¿Quién es el tipo que hay en mi cuarto?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué habitación consideras tu cuarto?

—Todas las habitaciones del Gran Salón son mis cuartos.

—Esas habitaciones no son tus cuartos.

Se apartó de la ventana y apoyó las manos en las caderas.

—¿Y por qué no?

—Eres un fantasma, Cacahuete. No necesitas un cuarto.

—Necesito espacio para deambular, vivir, respirar, ser creativo...

—No estás vivo ni respiras, y hay más cuartos de invitados vacíos aquí —señalé—. Así que puedes ser creativo en ellos.

—Pero me gusta esa habitación del Gran Salón —se quejó—. La que da al jardín. Y tiene su propio baño.

Me lo quedé mirando.

—Estás muerto. No necesitas un baño.

Él me sostuvo la mirada.

—No me conoces. No sabes nada de mi vida, mis deseos y mis necesidades.

—Oh, por el amor de Dios, Cacahuete. Ya te vale. —Fui hasta el borde de la cama y apoyé los pies en el suelo—. Los otros cuartos están bien.

—Esto es inaceptable.

Sacudí la cabeza.

—¿Quién está en tu cuarto, que en realidad no es tu cuarto?

—Un tipo rubio y grandote.

El estómago me dio un vuelco. Debía estar sufriendo una indigestión..., aunque era la primera vez que me pasaba.

—¿Zayne?

—¿Se llama así? —Flotó hacia mí con los pies a unos quince centímetros del suelo—. ¿Thierry está llevando a cabo algún tipo de programa de intercambio de estudiantes con Guardianes sexis?

Resoplé.

—Eh, no. Esos Guardianes han venido de visita desde la capital.

—Ah, ya. Eso es muy distinto, ¿no? Ahora mismo no acepta críos para entrenarlos.

—No, no es época de empezar con nuevas clases, y no han venido por eso. —Hice una pausa—. Conocí a uno de ellos anoche. Al rubio. Zayne.

—Cuenta, cuenta. —Apoyó la barbilla en el puño—. Tengo todo el tiempo del mundo, pero más vale que la historia incluya qué tipo de ejercicio hace ese tío para conseguir esos abdominales, porque acabo de verlo en toda su gloria...

—Un momento. ¿Cómo es que lo has visto en toda su gloria? —Me puse colorada al pensar en toda la gloria de Zayne. Puede que lo considerase sumamente irritante y prejuicioso, pero eso no cambiaba el hecho de que ese tipo pudiera subirle la temperatura a cualquiera—. Por favor, dime que no lo estabas espiando.

—¡Fue un accidente! —exclamó, y alzó las manos—. Yo estaba entrando en mi cuarto...

—No es tu cuarto.

—Y él salía de la ducha, solo con una toalla, y me quedé impresionado. Impresionado, te lo aseguro.

Se sentó en mi cama y se hundió varios centímetros, e hizo que la mitad de su torso y sus piernas desaparecieran. Parecía que la cama se hubiera comido la mitad de su cuerpo.

—Entonces empezó a vestirse y yo me quedé en plan: «Agárrate que vienen curvas, esta no es la tierra prometida, pero es la otra vida que buscaba».

—Ni siquiera sé cómo responder a eso.

—Empieza pasándome la ficha de ese clan de D.C.

¿Su ficha? Sacudí la cabeza.

—No sé mucho de ellos. Han venido a buscar refuerzos.

—Qué aburrido. ¿Por qué se tomaron la molestia de venir desde D.C. para eso? —Cacahuete se elevó de modo que parecía que de verdad estaba sentado en la cama—. A ver, hola, McFly, tienes FaceTime y Skype.

Me lo quedé mirando y tardé un momento en volver a concentrarme.

—Sí, es raro que vinieran... Incluso que les dieran permiso.

—Ajá. —Se levantó flotando de la cama—. Tal vez...

Alguien llamó a la puerta y nos interrumpió, y luego oí que Misha decía:

—Trin, ¿estás despierta?

—Ha llamado —señaló Cacahuete.

—Sí. —Me levanté de un salto de la cama—. ¡Pasa!

La puerta se abrió y Misha entró en mi cuarto vestido con unos pantalones negros de nailon, una camiseta sin mangas y zapatillas de deporte. Tenía pinta de acabar de regresar de correr.

Sonrió mientras cerraba la puerta.

—Pareces muy alegre esta mañana.

—Es que estoy encantada de verte —contesté, y luego hice una mueca cuando Misha atravesó a Cacahuete—. Eh...

Cacahuete se dispersó como si fuera humo atrapado en una fuerte brisa y Misha se detuvo de golpe y abrió mucho sus brillantes ojos azules.

—¿Acabo de atravesar a ese fantasma?

—Sssííí —dije, alargando la palabra.

Cacahuete volvió a unirse detrás de Misha y se cruzó de brazos.

—¿Qué maleducado!

Misha se estremeció.

—Eso me da un mal rollo tremendo y me hace sentir muy incómodo.

—¿Y cómo crees que me siento yo? —protestó Cacahuete, a pesar de que Misha no podía oírlo—. Estabas literalmente dentro de mi cuerpo. Dentro de cada parte de mí. De cada parte.

Arrugué la nariz.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Misha con tono brusco.

—No quieras saberlo —le advertí—. Ha venido porque está enfadado porque nuestros invitados se han apropiado de «sus» cuartos. Intenté explicarle que, como está muerto, no necesita un cuarto, pero no lo capta.

—No tienes en cuenta mis sentimientos. —Cacahuete extendió los brazos y se dirigió hacia la puerta con aire indignado—. Voy a ir a ver si Zayne se está desnudando otra vez. ¡Me piro!

Me quedé boquiabierta.

—¿Sigue aquí? —preguntó Misha mientras recorría el cuarto con la mirada.

—No. En este momento se está comportando como un perverso.

Misha arrugó la nariz.

—Tienes razón, no quiero saberlo. La verdad es que estoy sorprendido.

—¿Por qué?

—No esperaba que estuvieras aquí. —Sonrió cuando puse los ojos en blanco—. ¿De verdad estás intentando pasar desapercibida?

—Por el momento —mascullé—. ¿Te lo pasaste bien anoche en el Gran Salón con todos los demás?

Misha esbozó una sonrisita burlona mientras se daba la vuelta.

—Pareces celosa.

—No estoy celosa.

—¿En serio?

Fue hacia la silla del escritorio y se sentó. Cuando se volvió hacia mí, me dirigió una mirada que indicaba que no se lo creía.

—Lo que tú digas —contesté mientras me cruzaba de brazos.

—En realidad, he venido a contarte que anoche por fin tuve ocasión de hablar con Thierry de Clay.

—¿Qué dijo?

—Va a hablar con él y con sus instructores. —Misha se movió trazando un círculo lento—. Y creo que retrasarán su Investidura un año para asegurarse de que sea «maduro» y «respetuoso» y puedan confiar en él para asignarlo a uno de los puestos avanzados.

—Vaya.

Sabía que Thierry haría algo, pero me sorprendía hasta dónde había llegado. A una diminuta parte de mí le inquietaba que, de algún modo, eso me metiera en problemas. Era una tontería, pero no podía evitarlo, aunque sabía que no había hecho nada malo. El problema era que, desde que nacían, a los Guardianes masculinos los ponían en un pedestal y toda la estructura social era un caldo de cultivo para la misoginia. Más o menos lo mismo que pasaba en el mundo humano.

—Bien hecho, Thierry.

—¿Te sorprende? —me preguntó Misha, e inclinó las comisuras de la boca hacia abajo.

—Un poco. A ver, ya sabes cómo son las cosas. —Me senté en el borde de la cama—. Sabía que Thierry haría algo y me alegro de que vaya a asegurarse de que Clay no sea un...

—¿Asqueroso que se propasó? —me sugirió.

Asentí.

Misha efectuó otro lento círculo con la silla.

—Pero mantente alerta. Es probable que Clay se vaya a cabrear.

—Seguramente —murmuré.

—No es que no sepas defenderte, pero...

—Lo sé. —Suspiré mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara—. ¿Viste a nuestros invitados?

—Sí, estaban allí, aunque no parecía hacerles mucha gracia. —Fruñí el ceño al ver su sonrisa de suficiencia—. En fin, mueve el culo y ponte la ropa de ejercicio para que podamos completar el entrenamiento de hoy —dijo mientras se levantaba de la silla.

—Te veo allí en diez minutos.

Misha se detuvo en la puerta.

—Oh, no estarás lista en diez minutos, pero te esperaré fuera.

—¿Por qué? —pregunté, confundida.

—Le dije a Thierry que anoche estuviste escuchando a escondidas su reunión —me explicó, y me quedé boquiabierta. Sonrió de oreja a oreja—. Estoy seguro de que querrá hablar contigo primero.

—¡Serás cretino! —grité mientras Misha cerraba la puerta detrás de él.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama y solté un gemido. Me iba a meter en un buen lío.

Un lío enorme.

La siguiente persona que llamó a mi puerta fue Jada, después de que me pusiera unas mallas de deporte negras y una camiseta blanca suelta que se me resbalaba constantemente de un hombro y sin duda me iba a estar incordiando todo el día.

Me recogí el pelo en una coleta mientras Jada me esperaba sentada en la esquina de la cama. Mi amiga se había puesto un bonito vestido azul cielo que le dejaba los hombros al descubierto y contaba con una larga falda ondulante. Le quedaba increíble contra su piel de color marrón oscuro. Llevaba el pelo negro muy corto.

A veces odiaba lo fabulosa que estaba sin tener que esforzarse.

—No puedo creerme que Misha le contara que estuve en el salón —refunfuñé mientras me apretaba la coleta.

—Supongo que pensó que debía hacerlo por si acaso otra persona se lo decía a Thierry — razonó Jada.

A veces también odiaba lo lógica que era.

Salí del baño arrastrando los pies mientras me subía la camiseta para que me cubriera los dos hombros.

—Terminemos con esto de una vez.

Jada se puso de pie, riéndose.

—Lo siento. Parece que te dirijas a tu ejecución.

—Tu tío da miedo cuando está enfadado.

Salí del cuarto detrás de ella y cerré la puerta. Miré a mi alrededor mientras recorríamos el pasillo, pero no vi a Cacahuete.

—Sí, te entiendo. —Jada llegó a la parte superior de la escalera—. ¿Sabes?, esperaba que al menos consiguieras pasar un día sin que alguno de ellos te viera.

—Bueno, ya me conoces. —Empezamos a bajar la escalera—. Me gusta superar las expectativas.

Ella resopló cuando llegamos al rellano del segundo piso.

—Bueno, ¿en serio intentaste pegarle a Zayne?

—¿Cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho Misha?

—Sí. —Soltó una risita mientras yo gemía—. Así que es verdad. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Lo has conocido?

—Anoche. —Me miró por encima del hombro, con una amplia sonrisa en la cara—. Es... guapo.

—No estoy segura de que ese sea un adjetivo adecuado, y me pregunto qué opinaría Ty si te oyera decir que te parece guapo.

Jada se rio.

—Puede que, a su debido momento, me vaya a emparejar con Ty, pero eso no significa que ya no me funcionen los ojos.

Emparejarse era la forma arcaica y bastante asquerosa que tenían los Guardianes para referirse a lo que las personas normales llamaban casarse. Celebraban una ceremonia muy parecida, salvo que este ritual duraba tres días, y el emparejamiento era... Bueno, con los Guardianes era para siempre. No reconocían cosas como el divorcio o la separación, y eso también me parecía superarcaico, porque todavía se producían bastantes emparejamientos concertados.

Aunque Ty y Jada tenían suerte. Estaban enamorados de verdad de la buena. Yo nunca había sentido eso. Ser amada así ni amar así, de una forma apasionada que te hacía querer hacer cosas ridículas, como ofrecerle tu vida a otra persona.

Y tampoco lo sentiría nunca, si me quedaba ahí.

—Deberías escribir un libro sobre cómo impresionar y ganarte a las nuevas personas que conoces —sugirió.

—Cierra el pico.

Me reí y la empujé por la espalda. Jada bajó un escalón a trompicones.

—Pero ¿por qué rayos intentaste pegarle? —me preguntó mientras me guiaba por un laberinto de pasillos muy iluminados. Thierry siempre dejaba las luces encendidas, ya fuera de día o de



noche—. Parece un tío genial.

—¿Qué? —Alcé las cejas—. Conmigo fue bastante borde.

—¿Eso fue después de que intentaras pegarle?

—Bueno, sí, pero... —Cerré la boca de golpe, pues no quería pensar en Zayne ni hablar de él—. ¿Sabes qué? Da igual. ¿Te has enterado de lo que el líder de su clan opina sobre lo que está pasando en la ciudad?

—Mientras cenaban, solo hablaron de cosas aburridas, como el tiempo y qué congresistas creían que estaban manipulando demonios —contestó Jada. En mi opinión, este último tema no era nada aburrido—. Pero Misha mencionó algo sobre eso después. ¿Creen que algo está matando a Guardianes y a demonios?

—¿Tú qué opinas?

Me sorprendí cuando dejamos atrás el despacho de Thierry. No debía haberme metido en un lío muy grande, porque, cuando estaba muy enfadado, le gustaba sentarse detrás de su enorme escritorio y sermonearme.

—No sé si de verdad habrá algo más, Trin. Parece una locura... Cuidado, puerta. —Me agarró del brazo y me hizo situarme a su lado. Estaba tan concentrada en la conversación que no me había fijado en que la puerta estaba abierta—. Tiene que tratarse de un demonio, pero ¿exponer los cuerpos de los Guardianes y los demonios de una forma tan pública? Eso suena arriesgado. Si el público general se entera de la existencia de los demonios, todos ellos morirán. Los Alfas exterminarán a los demonios.

También exterminarían a todos los Guardianes, y acabarían eliminando a un montón de humanos inocentes junto con ellos.

Al menos, eso era lo que nos habían contado.

—¿De verdad crees que pasaría eso? A ver, entiendo que los demonios existen por todo ese tema de que debe haber equilibrio entre el bien y el mal, pero, si los demonios sabían que los Alfas podrían exterminarlos, ¿por qué se produjo el levantamiento de hace diez años?

Jada se me quedó mirando, como si le costara creer que estuviera poniendo en duda esa antigua creencia.

—Muchos de los demonios que participaron en el levantamiento eran de nivel inferior, demasiado estúpidos para darse cuenta de que estaban firmando su propia sentencia de muerte. Pensaban que podrían apoderarse del mundo y convertirlo en su infierno perfecto. Ya lo sabes. Nos lo enseñaron.

—También nos enseñaron que siempre hay un demonio de Nivel Superior manejando los hilos de otro de nivel inferior —le recordé.

Mi amiga me miró mientras abría la puerta de la cocina. Yo era consciente de que lo que estaba diciendo era raro, pero me venían pensamientos extraños a la cabeza cuando estaba confinada en la casa.

Aunque solo hubiera sido durante doce horas.

—Hola, Thierry —dijo Jada, y mi mirada recorrió la luminosa y espaciosa cocina hasta que lo vi sentado en la isla central, con una taza de café frente a él y las manos oscuras apoyadas sobre la encimera de mármol blanco.

—Hola, pequeña. —Le sonrió a su sobrina mientras esta se inclinaba para darle un beso en la mejilla antes de dirigirse hacia la nevera—. No sabía que estabas aquí.

—Acabo de llegar. Mamá me envía a buscar una receta de estofado al estilo de Misisipi que tiene Matthew. Y mira a quién me he encontrado.

Saludé con incomodidad desde la puerta.

El rostro de Thierry se volvió inexpresivo mientras estiraba el brazo y daba unas palmaditas sobre el taburete.

—Ven a sentarte conmigo.

Arrastré los pies hacia él, me sentía como si tuviera seis años y me hubieran pillado comiéndome los malvaviscos de la caja de cereales Lucky Charms, y me senté.

—Hola —dije con tono vacilante, y lo miré de reojo.

A Thierry se le arrugó la piel alrededor de los ojos.

—Hola.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó Jada mientras se servía un vaso de zumo de manzana.

Negué con la cabeza y decidí terminar con eso de una vez.

—¿Me he metido en un lío muy grande?

Thierry ladeó la cabeza.

—¿Tú qué crees?

Levanté las manos y las separé unos treinta centímetros.

—¿Así de grande?

—No estoy muy seguro de qué representa eso, pero anoche me planteé brevemente atrancarte puertas y ventanas. —Agarró su taza—. Fuiste al Gran Salón, aunque sabías que no debías hacerlo. Si el resto del clan te hubiera visto, ¿qué crees que habrían pensado?

Junté las manos en mi regazo.

—¿Que soy... una entrometida?

—Sí, pero, lo que es más importante, se preguntarían por qué no me di cuenta de que una chica estaba escuchando a escondidas una conversación muy importante. ¿Comprendes lo que implica eso sobre mi control aquí, sobre mi autoridad? Nuestros visitantes podrían haberse sentido ofendidos al saber que no garanticé la seguridad de la reunión.

Le eché un vistazo a Jada y vi que observaba atentamente sus uñas pintadas de color rosa brillante.

—Soy el Duque, y nunca debería darse la circunstancia de que alguien escuche mis reuniones a escondidas —continuó Thierry, y me sentí del tamaño de un plátano, y yo odiaba los plátanos—. Tienes suene de que fuera Zayne quien te viera y de que el asunto parece haberle dado más bien risa.

¿Risa? ¿Yo le daba risa? Menudo...

—Ya sabes que pueden desafiar mi autoridad en cualquier momento.

Ahogué una exclamación mientras lo miraba fijamente. Yo era consciente de eso, pero ¿de verdad algún Guardián consideraría el hecho de que yo estuviera escuchando a escondidas un enorme fracaso por parte de Thierry? ¿Algo tan grave que debería ser destituido como Duque?

Eso parecía una respuesta excesiva.

Sus brillantes ojos azules se encontraron con los míos y me sostuvieron la mirada.

—Ahora mismo están pasando demasiadas cosas y no podemos permitirnos ningún error ni contratiempo.

Me mordisqueé la uña del pulgar, algo que solía hacer cuando estaba nerviosa, y desvié la mirada hacia la isla.

—Ya sabes lo importante que es, para tu propia seguridad, que te comportes con más inteligencia que anoche. —Me tocó el brazo con suavidad para hacer que volviera a centrar mi atención en él—. A tu padre no le gustaría enterarse de esto. De eso puedes estar segura.

En circunstancias normales, me habría reído del comentario sobre mi seguridad, pero ¿al mencionar Thierry a mi padre? Eso era harina de otro costal. Se me heló la piel. No me hizo falta mirar a Jada para saber que ella había sentido el mismo escalofrío. No pude evitar preguntar:

—¿Vas...? ¿Vas a contárselo?

Thierry me miró por encima del borde de su taza. Entonces me fijé en que ponía: «Hoy no puedo comportarme como un adulto». Matthew. Esa frase era tan típica de Matthew... Thierry bajó la taza.

—No.

El alivio recorrió la cocina como una brisa de verano.

—Pero solo porque hoy no me apetece hablar con ese santurrón hijo de puta.

Me quedé atónita.

Thierry contrajo los labios.

—Habría preferido que nuestros visitantes se fueran sin haberte visto, pero eso ya ha quedado descartado. Saben que vives aquí, o Zayne por lo menos, y, si de repente no se te vuelve a ver, podrían pensar que estamos ocultando algo. Eso no quiere decir que quiera que los busques. Sé lo curiosa que eres, a menudo demasiado curiosa para tu propio bien. Córdalo de raíz.

Supuse que ese no era un buen momento para señalar que sí que estábamos ocultando algo. A mí. Pero esa era una de esas escasas ocasiones en las que sabía que no debía decir lo primero que me viniera a la mente.

Así que dije lo segundo.

—¿No debería buscarlos porque Zayne es un mal tipo?

Thierry alzó sus cejas oscuras.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso?

Le eché una ojeada a Jada.

—Pues... no lo sé.

Las comisuras de la boca de Thierry se torcieron hacia abajo.

—Zayne es... muy honorable para ser tan joven. Es lo opuesto a un... mal tipo.

Vale. Bueno, eso era justo lo contrario de lo que me había dicho Misha, lo cual era raro. ¿Cómo podría saber Misha algo sobre Zayne que Thierry desconociera?

Dejé esa anomalía de lado por el momento.

—No los buscaré ni nada por el estilo, pero... —Inspiré hondo—. Si alguno de ellos me hace preguntas sobre mí y qué hago aquí, ¿qué les digo?

—Diles la verdad.

Jada se atragantó con el zumo.

—¿Qué? —exclamé con voz aguda.

—Sentirán tu parte humana y nada más.

—¿Y si preguntan cómo terminó aquí? —intervino Jada—. ¿Les decimos que la trajo una manada de lobos?

La miré con rostro inexpresivo.

—Si te preguntan cómo terminaste aquí, les cuentas la verdad que conoce el resto de los que viven en esta comunidad —me explicó Thierry, que apoyó los brazos en la isla—. Tu madre y yo nos conocimos cuando estuve en Nueva York, cuando tú eras una niña. Tu madre estuvo expuesta a los demonios y resultó herida de tal forma que habría despertado las sospechas de los humanos, así que la trajimos aquí. Y se quedó con nosotros. ¿Entendido?

Eso era... más o menos la verdad, pero no del todo. Asentí de todas formas.

Thierry me miró de nuevo a los ojos.

—No sabemos de qué son capaces, Trinity. Ya lo aprendimos por las malas con personas que creíamos conocer. El ansia de poder no hace distinciones ni conoce límites.

Volví a experimentar aquella gelidez, que se filtró a través de mi piel hasta llegar a la médula y se me revolvió el estómago de repente. Yo ya lo sabía. Dios, claro que lo sabía.

Parte del precio que pagamos por aprenderlo fue... mi madre.

—Lo sé —susurré.

—Bien —contestó Thierry—. Porque nunca deben averiguar lo que eres.

## Cinco

—No puedo creerme que no te hayas metido en un lío —comentó Misha mientras me pasaba la daga de hierro.

La agarré y rodeé con los dedos el mango forrado de cuero.

—Siento decepcionarte.

Sus cejas, que eran más bien de color castaño que pelirrojas, descendieron.

—Espero que por lo menos te gritara.

—Nadie te ha pedido tu opinión, pero, sí, me echó un sermón. Gracias a ti.

Misha resopló.

—Qué putada para ti.

—Es culpa tuya.

—¿Y si te lo compenso trayéndote patatas fritas con extra de queso y beicon para cenar? ¿De las que te gustan de ese restaurante que está fuera de los muros?

—Outback —susurré. Abrí mucho los ojos, como si un coro entero de ángeles se hubiera puesto a cantar delante de mí—. ¿Patatas fritas con queso de Outback?

—Ay, espera. Tengo planes luego. No puedo ir.

Entorné los ojos.

—Eres un imbécil.

Misha soltó una risita, pero probablemente fuera buena idea que no me trajera las patatas fritas con queso. Los Guardianes tenían un metabolismo increíblemente rápido y mi ADN humano contaba con el tipo de metabolismo que consideraba constantemente que me hacía falta almacenar grasa, como si fuera un oso a punto de entrar en hibernación.

Por suerte, o por desgracia, gran parte se almacenaba en la zona del pecho. Y en las caderas.

Y los muslos.

Qué más daba.

Aun así, me zamparía encantada ese plato de patatas fritas con queso yo sola si se me presentara la oportunidad. Me rugió el estómago. En realidad, haría cosas muy malas por esas patatas fritas.

Suspiré mientras recorría la enorme sala con la mirada. Las patatas fritas no iban a aparecer por arte de magia en el extenso centro de entrenamiento donde se adiestraba a los Guardianes en todo tipo de combate: cuerpo a cuerpo, lucha, maniobras de derribo defensivas y ofensivas, artes marciales mixtas... Incluso había salas para realizar prácticas de tiro con armas de fuego. No es

que ese tipo de armas fueran precisamente útiles a la hora de despachar a los demonios, pero un disparo en la cabeza podría frenarlos e incluso dejarlos inconscientes un rato.

Sin embargo, algunas de las salas cumplían una doble función. En la que nos encontrábamos Misha y yo estaba llena de gruesas colchonetas azules para suavizar el golpe cuando te estampaban contra el suelo para enseñarte a realizar un derribo o sobreponerte a uno. También se usaba para jugar con cuchillos, lo que significaba lanzarles dagas muy afiladas a muñecos muy reales.

Abrí los dedos y los volví a cerrar para notar el peso de la daga en la mano. El hierro era mortífero para los demonios. Al igual que las garras y los dientes de los Guardianes, pero, si querías cargarte a un demonio sin acercarte demasiado, una hoja de hierro bendecida con agua bendita era lo más apropiado.

Observé la figura inexpresiva y sin pelo situada al otro extremo de la sala. Estaba demasiado lejos como para ver las numerosas marcas que cubrían casi cada centímetro de su carne de aspecto muy real. Desde donde me encontraba, solo era una forma borrosa.

—¿Sabes?, estaba pensando en lo de pasar desapercibida mientras estén aquí. —Misha se movió a la vez que yo, para no alejarse demasiado de mi vista periférica—. No es que quiera pedirle peras al olmo, pero tal vez deberías mantenerte alejada del Gran Salón.

—Dudo que vuelva a verlos —contesté y levanté la daga mientras pensaba en lo que Thierry había dicho sobre Zayne, que era muy diferente de la advertencia de Misha.

—¿No vas a ir esta noche a la Investidura? Estarán allí.

—Eso no significa que los vea. Dudo que se fijen en mí.

—Creo que subestimas lo mucho que destacas.

Lo miré y fruncí el ceño.

Misha alzó una ceja.

—Es la parte humana. Podemos sentirla con facilidad.

—Y, sinceramente, tampoco es para tanto, ¿verdad? No soy idiota. No voy a acercarme a uno de ellos y soltarle: «Hola, encantada de conocerte, soy un mito viviente. ¿Quieres mi ficha?».

—¿Tu ficha?

Suspiré. Cacahuete estaría muy decepcionado.

—Da igual.

Misha cruzó los brazos y ladeó la cabeza.

—En realidad, eso no me sorprendería.

—Cierra el pico.

Sonrió con suficiencia.

Puse los ojos en blanco.

—¿Vas a hacerlo de una vez?

Me concentré de nuevo en el muñeco. Di un paso adelante, incliné ligeramente el cuerpo y luego lancé la daga.

Dio en el blanco, golpeó al maniquí en el centro del pecho y se hundió hasta el mango. Bajé la mano, exhalé y miré a Misha.

Él tenía la mirada clavada en el muñeco.

—Sigo sin entender cómo lo haces.

Le dediqué mi mejor sonrisa insolente.

—Soy especial, un espécimen único y maravilloso.

Misha resopló.

—Eres de lo que no hay.

La verdad era que solo se me daba tan bien porque tenía que practicar y entrenar más duro que los demás. Tenía que concentrarme más para compensar. Se me daba tan bien porque no podía permitir que mi vista defectuosa fuera un estorbo. Todavía no, al menos, hasta que no fuera un obstáculo insalvable, e, incluso entonces, tendría que adaptarme.

Y eso significaba entrenar aún más duro.

Poder usar las dagas era importante, igual que saber luchar, y no solo para saber defenderme.

El objetivo era poder detenerme.

Lo que les había hecho a los demonios Feroces no era ni un atisbo de lo que era capaz de hacer si no me controlaba.

—¿No te parece raro que Thierry le ordenara al clan de D.C. que se quedara para la Investidura? —le pregunté con la mayor indiferencia posible.

Misha no respondió, pero frunció el ceño.

—A ver, ¿cuándo ha asistido algún clan, aunque supieran que les asignarían a algunos de los nuevos guerreros? —señalé—. No ha pasado nunca.

—¿Qué insinúas?

—En realidad, no lo sé. Simplemente me parece raro. No quieren quedarse. —Me encogí de hombros—. Y la verdad es que no hay ningún motivo para que estén aquí.

Misha se me quedó mirando un buen rato.

—Creo que, si pasas más de una hora al día en tu cuarto, a tu cerebro empiezan a ocurrírsele cosas muy raras. ¿Has estado viendo otra vez programas de investigaciones criminales?

—Qué gracioso. —Sonreí—. Estuve viendo *El príncipe de Bel-Air*.

Misha cruzó la sala y agarró el mango de la daga. Se oyó un repugnante sonido de succión cuando extrajo la hoja.

—¿Otra vez?

Asentí con la cabeza mientras él se acercaba para devolverme la daga. La agarré y dirigí la mirada hacia Misha.

—Dijiste que habías oído hablar de Zayne y que es un mal tipo. ¿Qué sabes de él?

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque soy una entrometida —respondí, lo que era completamente cierto.

Misha cruzó los brazos sobre el pecho.

—Su clan no le tiene mucho aprecio. No confían en él.

Qué raro, teniendo en cuenta que el líder de su clan lo había traído con ellos.

—¿Dónde te enteras de estas cosas? ¿En algún tipo de foro de mensajes para Guardianes?

Soltó una risita burlona.

—Sí, justo eso. Conocía a uno de los Guardianes que enviaron el año pasado a su clan para ayudar. Me contó algunas cosas sobre él.

Bajé la mirada hacia la daga. Sabía que, si seguía acosándolo con preguntas sobre Zayne, Misha sospecharía. Me conocía demasiado bien. Le confiaría mi vida, pero tuve que preguntarme si su advertencia no se basaría en hechos sino en algún tipo de amor fraternal. En plan: ningún

chico era lo bastante bueno. Pero yo solo había hablado con Zayne una vez, y no había sido precisamente amor a primera vista. Más bien odio a primera vista. Miré de nuevo a Misha.

Su mirada se dirigía constantemente hacia la puerta. No me hizo falta mirar ni tampoco comprobarlo para saber quién nos estaba observando. A medida que Misha se fue acercando, el centro de sus mejillas empezó a tornarse de color rosa pálido.

—Te estás poniendo colorado —comenté con una amplia sonrisa.

—Cierra el pico —refunfuñó mientras se situaba de espaldas a la puerta.

Apenas un momento después, echó un vistazo por encima del hombro.

Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Creo que a Alina le gustas —dije, refiriéndome a la guapa Guardiana de piel oscura que, sin lugar a dudas, nos observaba desde la puerta.

Misha me miró bruscamente.

—Y creo que a ti te gusta Alina.

—Trin...

Pensé en lo que Misha me había dicho la noche anterior. Su vida estaba irrevocablemente ligada a la mía. Él no había usado esas palabras, pero ese era su significado, y eso no era justo. Misha solo era unos meses mayor que yo y, al igual que yo, cargaba con una responsabilidad que pocos adultos tenían.

—Deberías ir a hablar con ella.

Esa idea le hizo ensanchar ligeramente los ojos, como si nunca se le hubiera ocurrido hablar con ella. Luego su rostro se volvió inexpresivo, desprovisto de toda emoción.

—Estoy trabajando.

—De eso nada. —Me reí—. Ya hemos terminado de entrenar, en su mayor parte, y no me haces falta aquí para practicar con las dagas. No puedes enseñarme nada sobre este tema. Soy un millón de veces mejor que tú.

—No me refería a eso. No deberías estar...

—Puedo estar sola. Aquí no corro peligro.

—La seguridad en cualquier sitio no es algo que podamos dar por sentado.

Ignoré el escalofrío que me recorrió la piel.

—Estoy bien. Solo voy a practicar un poco más con las dagas y luego regresaré a la casa, a ver qué anda haciendo Jada. No necesito que te comportes como mi Protector cada segundo del día...

—Eso no es lo único que hago.

Lo miré a los ojos mientras las comisuras de mis labios se curvaban hacia abajo y bajé la daga.

—En realidad, ¿no haces justo eso?

Misha me sostuvo la mirada un momento.

—Me refería a que también soy tu amigo y no solo tu Protector.

—Vale. —Lo miré fijamente y pensé que se estaba comportando de un modo extraño—. Yo también te considero mi amigo y, como amiga, te digo que deberías ir a hablar con Alina.

Misha miró de nuevo por encima del hombro, y lo vi reflejado en su cara. Anheló. Fue algo breve, pero inconfundible. Yo sabía cómo era.

Sabía cómo te hacía sentir.



Eso era lo que me había llevado a la casa de Clay. Lástima que aquello hubiera terminado con él aterrizando sobre un rosal, pero a veces el anhelo era tan intenso que no podía soportarlo.

—Mira, me parece que ni tú ni Thierry os dais cuenta de lo sospechoso que es que me sigas a todas partes como una sombra mientras nuestros invitados estén aquí. —Me encogí de hombros—. Ve a hablar con ella. Invítala a tomar un café, un batido o algo por el estilo. Te enviaré un mensaje luego.

Durante un largo momento, no creí que Misha fuera a hacerlo, pero luego inspiró hondo haciendo que su pecho se elevara y se volvió hacia mí.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—No más de media hora. Luego voy a volver a la casa.

—¿De verdad vas a volver a la casa?

Suspiré.

—Sí.

Misha pareció decidirse. Asintió con la cabeza.

—Vale. Mándame un mensaje luego.

—Claro. —Me mordí el labio y sonreí—. Dile que hoy está guapa y escúchala cuando hable.

—Cierra el pico.

Empezó a darse la vuelta.

—Y no te quedes mirándole...

—Sé comportarme delante de una chica.

—¿En serio?

Daba la impresión de que Misha estaba a punto de estrangularme, así que solté una carcajada. Él sacudió la cabeza mientras se daba la vuelta y lo vi dirigirse hacia la puerta, donde se encontraba Alina. Esperé hasta que sus formas desaparecieron en el pasillo y luego fui hacia la mesita situada contra la pared. La segunda daga de hierro estaba sobre una bolsa de cuero.

La agarré mientras me preguntaba cuánto tiempo pasaría Misha con Alina antes de apresurarse a retomar su deber.

«También soy tu amigo».

No me parecía que estuviera mintiendo, y yo tampoco lo hice cuando le dije que era mi amigo. Era mi amigo, uno de mis mejores amigos, al igual que Jada e incluso Ty. Y también Cacahuete. Aunque fuera un fantasma, aun así contaba. Aparte de ellos, no estaba muy unida a nadie en la comunidad.

Había creído que las cosas serían diferentes con Clay. No es que estuviera locamente enamorado de mí ni tampoco que me deseara desesperadamente, pero pensé que... Que podría haber algo entre nosotros.

Y eso sería mejor que nada.

Deseché ese pensamiento, igual que hacía cada vez que pensaba demasiado en el futuro.

Aunque los demás me aceptaban, algunos estaban hartos de que hubiera una «humana» entre ellos. Algunos me ignoraban directamente. Era difícil trabar amistad con alguien cuando no sabían la verdad sobre mí.

Y había otros que me miraban como si no mereciera estar entre ellos, cosechar el fruto de sus sacrificios. Yo sabía lo suficiente del mundo fuera de esos muros para entender que nuestras

comunidades eran prácticamente utopías en comparación, completamente autosuficientes y con pocos de los problemas a los que se enfrentaba el mundo exterior.

También me resultaba duro preguntarme si Misha sería mi amigo si no lo hubieran vinculado a mí. Y era aún más duro preguntarme si lo sería Jada si no fuera porque su tío nos había acogido a mi madre y a mí.

Había días y momentos, como ahora, en los que me sentía completamente sola. Pero luego también me sentía tonta por sentirme así, porque tenía amigos, amigos que eran como mi familia, mejores que la mayoría de las familias. Adoraba a Misha y a Jada, pero echaba de menos a mi madre, y...

Quería más.

Quería el anhelo que se había reflejado en la cara de Misha al ver a Alina esperándolo en la puerta. Quería la pasión que compartían Jada y Ty. Quería el amor que veía en las miradas que se dirigían Thierry y Matthew, en las palabras que solían susurrarse en voz baja.

Lo quería todo.

Y no obtendría nada de eso ahí.

Apesadumbrada, regresé adonde me encontraba antes y me volví hacia el muñeco. Me quedé mirando las dagas durante lo que me pareció una breve eternidad y me dije que no tenía sentido obsesionarse con hipótesis ni cavilar sobre lo que no se podía cambiar.

Podía elegir.

Podía quedarme ahí. Esa sería la elección inteligente. Estaría a salvo, y Thierry y mis amigos no tendrían que preocuparse por mí. O podía irme, y podía... podía vivir la vida, aunque eso significara tener que mirar por encima del hombro a cada hora. Pero Misha y yo seguiríamos vinculados. Podría encontrarme dondequiera que fuese, me sentiría si se acercaba a unos pocos kilómetros. Y, si me pasaba algo, le pasaría también a él. No era justo ponerlo en peligro al huir.

Un temblor me recorrió el brazo. Sabía lo que debía hacer. Sabía lo que quería hacer. Y había poco margen en esta vida para las cosas que uno quería.

Inspiré, contuve el aliento y luego lancé la daga. El satisfactorio sonido del impacto se oyó apenas un segundo después y me hizo esbozar una leve sonrisa. Me pasé la segunda daga a la mano derecha y la lancé. Se hundió hondo, justo debajo de la otra. Exhalé con fuerza y dejé caer la mano...

Unos aplausos me sobresaltaron y atrajeron mi mirada hacia la puerta. Estaba vacía. Miré hacia la derecha.

Ay, mierda.

Era él.

Zayne.

## Seis

Zayne estaba apoyado contra la pared, junto a la puerta, con los tobillos cruzados. Se encontraba demasiado lejos para poder distinguir su expresión. Iba vestido de forma bastante parecida a la noche anterior: camiseta negra de punto y vaqueros oscuros, lo que creaba un asombroso contraste con su piel y pelo dorados.

—Se te da muy bien —dijo, y cruzó los brazos—. Y estoy tremendamente agradecido de que no llevaras esas dagas encima anoche.

—Gracias —contesté, el corazón me palpitaba con fuerza mientras recorría la sala con la mirada, que estaba vacía aparte de nosotros, y luego volvía a posarla en él—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente para preguntarme si intentabas memorizar cada centímetro de la daga antes de lanzarla.

Me puse colorada. «Genial».

—¿Sueles observar a la gente sin avisarles de tu presencia?

—Creía que me habías visto —contestó, y supuse que era cierto. Era normal que pensara eso—. No es que estuviera escondido detrás de una cortina ni nada por el estilo.

Entorné los ojos.

—Podrías haber saludado en lugar de observarme en silencio.

—Bueno, la última vez que traté de avisarte de mi presencia, intentaste matarme.

Alcé las cejas.

—No intenté matarte.

—Eso no es lo que parecía desde mi perspectiva.

—Pues entonces tu perspectiva tiene tendencia a exagerar.

—Es difícil hablar contigo —dijo Zayne después de un momento.

Ofendida, lo fulminé con la mirada.

—Claro que no.

—Vale, déjame expresarlo de otra forma. Te gusta llevar la contraria.

—Claro que no.

Zayne se me quedó mirando, como si el hecho de llevarle la contraria en ese momento ya demostrara su afirmación.

Más o menos lo demostraba, y eso me molestó.

—¿Qué haces aquí?

—En la Tierra, en este sitio, ahora mismo y en este momento preciso...

—No me refería a eso. —Lo interrumpí, y juraría que noté una sonrisa en su voz. ¿Estaba... tomándome el pelo?—. ¿Qué haces en esta sala, observándome?

—Haces que parezca que te esté acosando.

—Lo has dicho tú, no yo.

Zayne se apartó de la pared, pero no se acercó.

—Me sorprende un poco encontrarte aquí —dijo, en lugar de responder qué hacía él ahí.

—¿Y eso por qué? —Me encaminé hacia el muñeco para recuperar las dagas—. ¿Porque soy humana?

—Bueno, sí. —Hizo una pausa—. Hay muchos Guardianes que no pueden acertar en un blanco tan bien como acabas de hacerlo tú.

No pude evitarlo. Ese pequeño cumplido, intencionado o no, puso una sonrisa en mi cara y me hizo sentir muy orgullosa.

—Has recibido entrenamiento, ¿verdad? Por eso reaccionaste así anoche.

Me detuve delante del muñeco y extraje la primera daga.

—Tengo cierto entrenamiento. —Cuando salió la segunda daga, me di la vuelta. Zayne ya no estaba junto a la pared. Se encontraba en el centro de la sala. Realicé una inspiración corta. Antes me había dicho que necesitaba disculparme con él, y supuse que ese era un buen momento—. Sobre lo de anoche... Creo que te debo una disculpa.

—¿Lo crees?

—Bueno, lo sé.

Zayne se acercó más y vi que llevaba el pelo suelto y le rozaba la fuerte línea de la mandíbula.

—¿En serio? —Sonaba sorprendido, lo cual era una estupidez, puesto que no me conocía—. ¿Te vas a disculpar?

Fui hacia él sujetando las dagas con una mano, y, a medida que me acercaba, los impresionantes detalles de su rostro se volvieron más nítidos. Casi habría preferido que siguieran borrosos. Bajé la mirada hacia su cuello.

Era un cuello bonito.

Qué cosa más rara pensar que su cuello era bonito.

—Ahora me parece que no debería hacerlo, porque me estás irritando otra vez.

—No permitas que eso se convierta en un obstáculo.

—Ya es un obstáculo —contesté con tono seco—. Pero... reaccioné de forma exagerada. No me asaltaste.

Cuando levanté la mirada, descubrí que me estaba mirando fijamente, y por fin me encontraba lo bastante cerca para verle los ojos. Eran... Eran de un tono azul muy pálido y estaban enmarcados por las pestañas más densas que había visto en un tío. El color era extraño, porque todos los Guardianes tenían los ojos de un azul brillante, pero los suyos eran ojos de lobo, fríos como escarcha invernal. Me picó la curiosidad.

Carraspeé.

—Así que... estuvo mal por mi parte y todo eso.

—¿Y todo eso? —Una sonrisa se dibujó en sus labios carnosos—. Acepto tu disculpa.

—Bien.

Dirigí la mirada por encima de su hombro. Si Misha regresaba y encontraba a Zayne ahí, le daría un infarto y nunca volvería a alejarse de mi lado.

—En realidad, te estaba buscando.

Me invadió la sorpresa y retrocedí un pequeño paso. A Zayne se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Por qué?

—Porque empezamos con mal pie —me explicó—. Soy un invitado aquí y, por lo general, soy más... amigable de lo que demostré anoche.

Parte de la tensión se desvaneció de mis hombros.

—Bueno, intenté pegarte, y digamos que eso marcó el tono.

—Pues sí, pero fue culpa mía. Es que me sorprendió mucho ver a una humana en la sede regional. —Sus densas pestañas descendieron y ocultaron esos extraños ojos—. ¿Puedo?

Tardé un momento en darme cuenta de que se refería a las dagas.

—Por supuesto.

Sus dedos rozaron los míos al agarrar una, lo que hizo que ese ligero y extraño cosquilleo me recorriera el brazo. Una sensación de... familiaridad se apoderó de mí, un sentimiento de idoneidad, de muchas piezas móviles que encajaban por fin en su sitio.

Aparté la mano de golpe.

Alcé la mirada hacia la suya e inspiré bruscamente.

Zayne tenía los ojos muy abiertos y la cabeza ligeramente ladeada, como si... Como si sintiera algo que no entendía.

O puede que simplemente me estuviera mirando porque me estaba comportando de forma rara.

Probablemente se tratara de eso.

Zayne carraspeó. La daga parecía mucho más pequeña en su mano.

—No le conté al Duque que anoche estabas en el Gran Salón.

—Gracias. —Lo observé mientras se giraba y se dirigía hacia donde me encontraba cuando lancé la daga—. De todas formas, Misha se lo dijo, así que...

—¿El tío que estaba contigo anoche? —Me miró por encima del hombro—. Parece... envarado.

Eso me hizo soltar una risita mientras me apartaba de la trayectoria hasta el muñeco.

—Se podría decir que es su trabajo.

Zayne se volvió hacia el muñeco y me miró.

—¿Su trabajo es ser envarado?

Mierda.

¿Por qué le había dicho eso? Me dieron ganas de darme un puñetazo a mí misma.

—Me refería a que su personalidad es así. No fue nada personal.

Salvo que sí que era algo personal. Misha había dicho que Zayne era un mal tipo, pero no hacía falta que se lo contara.

Zayne clavó la mirada en la daga. Me dio la impresión de que quería decir algo, pero se estaba conteniendo.

—¿Vas a lanzarla? —le pregunté.

Me dedicó una sonrisa mientras encogía un hombro.

—Puede que simplemente me guste sostenerla en la mano. Me temblaron los labios.

—Puede ser. —Pensé en lo que había oído la noche anterior. Esa era mi oportunidad de averiguar qué diablos estaba pasando—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿De verdad crees que lo que está matando a Guardianes y a otros demonios no es un demonio?

—Estabas allí. —Hizo una pausa—. Escondida detrás de la cortina. Así que ya oíste lo que pienso.

Ignoré el comentario de la cortina.

—Pero ¿qué más podría ser?

Zayne permaneció en silencio un buen rato.

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe, y todos hemos visto cosas raras... No tan raras como una humana con entrenamiento completo viviendo en la sede regional, pero sí bastante raras. Eso es lo que nos preocupa.

Que yo viviera ahí era raro, pero no tan raro.

—Creo... que yo también estaría preocupada.

—Cabría esperar que el Duque también lo estuviera.

—Seguro que lo está. A Thierry se le da muy bien ocultar lo que piensa. —Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro—. ¿Sabías que dos días antes de que aparecierais había demonios Feroces en el bosque situado fuera de nuestros muros?

Sus facciones se tensaron.

—No, no lo sabía. Nadie nos lo había mencionado.

Abrí la boca para responder y luego me di cuenta de que, si todavía no se lo habían contado, probablemente debería haber mantenido la boca cerrada.

—Ah. Bueno, estoy segura de que ya saldrá el tema.

—¿Por qué rayos vendrían demonios Feroces hasta aquí?

—Buena pregunta —murmuré—. No había un demonio de Nivel Superior con ellos. Solo una horda de demonios Feroces, como lo que contasteis sobre D.C.

Zayne guardó silencio un momento.

—Sabes mucho sobre demonios.

No lo había planteado como una pregunta, así que me encogí de hombros.

—He aprendido bastante viviendo aquí.

—¿Te has enterado de los ataques a otras comunidades?

—Sí, pero Thierry no sabe que estoy al tanto.

—¿Fisgoneando de nuevo detrás de cortinas?

Contuve una sonrisa.

—Más bien permaneciendo al otro lado de puertas cerradas.

—¿Haces eso muy a menudo?

—Lo suficiente para saber que no debería.

Zayne inclinó la cabeza.

—No tiene sentido que ningún demonio intente invadir este sitio si tenemos en cuenta la cantidad de Guardianes en diferentes etapas de entrenamiento que hay aquí.

Estuve de acuerdo. Solo tendría sentido si los demonios supieran qué más había dentro de esos muros.

—Tal vez estaban perdidos. O aburridos.

—Puede ser. —Me dio la impresión de que no estaba de acuerdo con eso en absoluto, y rogué que no le mencionara a nadie lo que le había contado—. Además de lanzar dagas y lo que vi anoche, ¿qué otro entrenamiento has recibido?

Crucé los brazos y mentí.

—No demasiado. Solo algunas cositas que me ha enseñado Misha.

—¿Él te enseñó a lanzar?

Misha no había sido el único que me había entrenado. Thierry y Matthew habían tenido mucho que ver.

—Sí, pero a mí se me da mejor.

Zayne se rio entre dientes, y ese sonido me pareció tan agradable como anoche. Entonces, echó el brazo hacia atrás. Se movió con rapidez y lanzó la daga antes de que me diera cuenta. El arma se estrelló contra el muñeco y, al acercarme a toda prisa, comprobé que se había clavado en el estómago.

—¿Estabas apuntando ahí? —le pregunté. El mango todavía seguía vibrando cuando lo rodeé con los dedos.

—Si dijera que sí, ¿me creerías?

—No —contesté con una carcajada mientras extraía la daga.

—Estaba apuntando al pecho.

—Entonces, también se me da mejor que a ti —dije mientras me daba la vuelta.

—Eso parece. —Se pasó una mano por el pelo—. Hace una eternidad que no uso dagas.

—En realidad no te hace falta.

—¿Y a ti?

La pregunta me pilló desprevenida y mi mente se apresuró a encontrar una respuesta que no resultara sospechosa.

—Eh..., nunca se sabe. Es decir, vivo con una raza que es el blanco predilecto de los demonios, y hasta tuvimos demonios Feroces fuera del muro. —Vale. Había sido una buena respuesta, y me sentí bastante orgullosa de mí misma—. Por eso he recibido entrenamiento básico y sé lanzar una daga.

—Muy sensato. Si tienes que vértelas alguna vez con uno de ellos, podrás defenderte si llevas dagas.

Lo que él no sabía era que, en realidad, no me hacían falta dagas. A la hora de la verdad, podría derrotar a Zayne. Podría derrotar a todos los Guardianes que había ahí sin apenas sudar.

Regresó hasta mí y, cuando me entregó la daga, me aseguré de que nuestros dedos no se tocaran.

—¿Has visto algún demonio? —me preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

Zayne soltó entonces una carcajada, y fue real. Profunda. Ronca. Supersexi.

—Eres una listilla.

—Me declaro culpable.

—¿Qué tipo de demonios has visto? ¿Solo a los Feroces?

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

Me dirigí hacia la mesa.

—Me provocas muchísima curiosidad.

—¿Porque vivo aquí? —Coloqué las dagas en sus pequeñas ranuras—. Si nos cruzáramos por la calle, ni me mirarías dos veces.

—Eso no es cierto.

Aparté los dedos de las dagas al mismo tiempo que dirigía rápidamente la mirada hacia él, que ahora se encontraba a mi lado.

—Siempre miro dos veces, o puede que incluso tres, a una chica guapa. —Aquella sonrisa relajada había regresado y había curvado hacia arriba una comisura de sus labios—. Me parece que no debería admitirlo, ni hacerlo, pero es la verdad.

Yo seguía mirándolo.

La sonrisa se hizo más amplia y suavizó esos fríos ojos azules.

—¿Me he pasado de la raya?

—No. —Parpadeé y volví a concentrarme en la bolsa. Cerré los laterales y los até—. Tu curiosidad te va a conducir a un chasco épico.

—¿Por qué crees eso?

—Porque no soy muy interesante.

—Es probable que eso sea lo más inexacto que he oído en todo el día.

Reprimí una sonrisa al pensar que Zayne no tenía ni la más remota idea de la verdad.

—Mi madre conoció a Thierry antes de que se convirtiera en Duque, cuando él vivía en Nueva York. La atacó un demonio, se vio expuesta a ellos cuando yo era niña, y el resto es historia — dije, repitiendo lo que Thierry me había indicado que contara—. Cuando se convirtió en Duque, vinimos aquí con él.

—¿Tu padre no vino?

Una risa casi histérica brotó de mi garganta.

—No. Anda cerca, pero no está aquí.

Zayne frunció el ceño, como si estuviera intentando descifrar esa información. Nunca lo conseguiría. Ni en un millón de años.

—¿Y tu madre?

Aparté la mirada al notar una fuerte punzada de dolor en el centro del pecho.

—Ya no está.

Zayne no respondió durante un buen rato.

—¿En plan... ya no está entre nosotros?

Asentí mientras tragaba saliva para aliviar el repentino nudo que siempre se me formaba en la garganta al pensar en mamá.

—Sí.

—Lo siento mucho. —Cuando volví la vista hacia él, me recorrió la cara con la mirada—. Perder a un padre es... Nunca es fácil.

Sus ojos se encontraron con los míos y no se apartaron. Le pregunté:

—¿Sabes... lo que se siente?

—Mi madre murió al darme a luz, como les pasa a muchas de nuestras mujeres. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Mi padre murió hace unos meses.

Se me encogió el corazón ante la inesperada revelación de información.

—Lo siento. Dios, qué... fuerte. Lo siento mucho. Mi madre murió hace como un año, así que todavía es reciente, pero no... no tanto.



—Gracias —dijo, y apartó la mirada.

Caí en la cuenta de algo mientras estudiaba su perfil. Me dio un vuelco el estómago.

—¿Tu padre era Abbot? ¿El líder del clan de D.C.?

Giró la cabeza de nuevo hacia mí.

—Sí.

—Lo siento mucho. —Me incliné hacia un lado para mirarlo a los ojos—. Murió como un guerrero.

—Así es.

—Sé que eso no hace que sea más fácil.

—No.

No era fácil matar a los Guardianes, pero la muerte era como una sombra que siempre los seguía a unos pasos de distancia, como si fuera una parte horrible de su vida cotidiana. Eso no hacía que la muerte resultara más fácil de procesar.

—Lo siento mucho —repetí, pues me pareció que debía decirlo de nuevo.

Apreté la bolsa de cuero contra el pecho mientras otra cosa comenzaba a encajar en mi mente. Abbot, su padre, era el líder del clan de D.C., lo que significaba que, tras su muerte, Zayne debería haber ocupado el cargo. ¿Nicolai lo había desafiado y había perdido? ¿O se había negado a aceptar el cargo? Eso último parecía imposible de creer.

Pensé en la advertencia de Misha. ¿El clan no había aceptado a Zayne como líder? Era joven, solo debía tener unos pocos años más que yo, pero ¿se trataba de algo más? Lo cual no tenía sentido porque, si fuera así, Thierry lo sabría y no diría que Zayne era honorable.

—Bueno —dije mientras deslizaba los dedos sobre el cuero suave. Sabía que lo que estaba a punto de preguntar era extremadamente personal, pero, como había dicho Thierry antes, solía ser demasiado curiosa para mi propio bien—. ¿Por qué no eres el líder del clan?

Zayne me miró.

—No puedo hablar contigo de eso.

Me llevé una decepción, aunque la respuesta no me pilló por sorpresa.

—¿Porque no soy una Guardiana?

Él esbozó una sonrisa tensa a modo de respuesta.

—Y porque no te conozco.

La vergüenza hizo que se me revolviera el estómago.

—Lo siento. No debería haberlo preguntado. Suelo ser impulsiva y entrometida.

—¿Entrometida? Nunca lo habría adivinado.

Zayne había empleado un tono desenfadado, incluso de broma, pero, aun así, noté que el centro de las mejillas se me ponía colorado.

Eché un vistazo hacia la puerta y decidí que ya era hora de hacer lo más inteligente y volver a llevar mi culo a la casa antes de que acabara diciendo algo más que no debería.

—Tengo que irme. —Retrocedí un paso, pues me sentía tremendamente incómoda—. Ha estado bien... eh... aclarar las cosas. Y, de nuevo, siento lo de anoche.

Su sonrisa se relajó.

—¿Eso significa que no me odias?

Hice una mueca.

—Dije eso anoche, ¿no?

—Pues sí.

—Suelo decir cosas que no debería. Puedes añadir eso a impulsiva y entrometida.

Zayne se rio entre dientes mientras introducía las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Me aseguraré de añadirlo a la elogiosa lista de cualidades.

—Claro. —Tras retroceder otro par de pasos, dije—: Hasta luego, Zayne.

Giré sobre mis talones y di varios pasos más.

—Trinity.

Me detuve y cerré los ojos. No supe qué pensar del ligero estremecimiento que se abrió paso por mis entrañas en respuesta a su forma de decir mi nombre. Fue una reacción fuerte, pero pronunció mi nombre como si... Como si lo estuviera saboreando.

—¿Sí?

Como si no tuviera control sobre mí misma, me volví hacia él.

Zayne no se había movido y, de nuevo, me encontraba demasiado lejos para verle los ojos con claridad, pero sentí su mirada, intensa y pesada. Se me aceleró el corazón.

—¿Cómo murió tu madre? ¿Fue un demonio? ¿O algo natural?

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. Una parte de mí sabía que no debía responder con sinceridad, pero las palabras acudieron a la punta de mi lengua. Una verdad que casi nunca se mencionaba.

—No —contesté—. Fue un Guardián.

## Siete

Jada dejó escapar un fuerte suspiro de fastidio mientras se recostaba en el sofá situado junto a mi silla.

—Qué pesado es.

—Y que lo digas.

Tomé un sorbo de mi batido de fresas mientras observaba cómo Clay empujaba a un chico más joven por el pecho y se reía cuando este retrocedió a trompicones contra las piedras de la fogata del tamaño de un todoterreno.

¿Por qué no me había fijado en ese comportamiento antes? ¿Me había cegado el hecho de que me prestara atención? Suspiré. La respuesta era «probablemente», lo que significaba que necesitaba tomar mejores decisiones en mi vida.

—Ojalá lo asignen a algún sitio muy muy lejos de aquí. —Jada agitó los dedos y le pasé el batido—. Como la Antártida.

—Eso todavía está demasiado cerca. —Ty estaba sentado al otro lado de Jada y tenía las largas piernas estiradas. Se había cortado el pelo hacía poco y todavía me estaba acostumbrando a su nuevo *look*— Con mi suerte, acabarán asignándolo a la misma ciudad que a mí.

El año siguiente, por esas fechas, sería su Investidura y luego, igual que Clay y los demás, se trasladaría a una ciudad. Jada, evidentemente, iría con él, y yo... lo más probable era que siguiera ahí. Noté una opresión en el pecho e intenté deshacerme de esa sensación.

Jada tomó un sorbo de mi batido.

—Y, cómo no, ahí va la camiseta.

Me volví de nuevo hacia la fogata con el ceño fruncido. Las llamas rugieron detrás de Clay mientras este se sacaba la camiseta por encima de la cabeza y se la lanzaba al chico al que acababa de empujar al mismo tiempo que gritaba algo.

—¿Por qué hace eso? —pregunté.

—No lo sé —susurró Jada, y sacudió la cabeza—. Es como su llamada de apareamiento o algo así.

—Puaj. —Me estremecí.

—Deberías ir a hablar con él, Trin. —Ty alzó las cejas cuando lo fulminé con la mirada—. Le gustas.

Sí, ya había pasado por eso.

—Bueno —dijo Ty, que se apoyó en Jada—. ¿Qué está pasando ahí con tu colega?

Dirigí la mirada hacia donde Misha estaba sentado junto a Alina y di una palmada de alegría.

—Mi pequeñín se está haciendo mayor.

Jada soltó una risita.

—Miradlo —susurré mientras volvía a agarrar el batido. Misha le estaba mostrando algo a Alina en su móvil—. Está compartiendo. Formando un vínculo con ella. Antes de que me dé cuenta, se emparejará y...

Misha giró la cabeza hacia mí. Fue como si tuviera algún tipo de sexto sentido o algo así, porque yo sabía perfectamente que no podía oírnos.

Los tres lo saludamos con la mano.

Misha sacudió la cabeza antes de volverse de nuevo hacia Alina.

—¿Conocéis a Alina? —les pregunté mientras reprimía un bostezo.

—No muy bien, pero parece bastante simpática. —Jada apoyó la mejilla en el hombro de Ty—. Es un poco tímida. Callada. Se está entrenando para ser sanadora en la clínica.

Tomé otro sorbo de batido mientras observaba a Misha y a Alina y me debatía entre interrumpir su conversación y comportarme de forma detestable, como era habitual en mí, o hacer lo que no hacía normalmente, que era darles el espacio que Misha merecía.

—¿Esos son los tipos del clan de D.C.? —preguntó Ty, y seguí su mirada.

Mi estúpido estómago dio un vuelco cuando me puse a examinar las caras borrosas de dos figuras masculinas sentadas no demasiado lejos de nosotros, bajo varias guirnaldas de luces.

—Sí —contesté—. Esos son Dez y Zayne.

Se hizo el silencio mientras Jada y Ty me miraban.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

Ty levantó las cejas.

—¿Cómo sabes cómo se llaman?

—No le conté que te colaste en el Gran Salón cuando llegaron —dijo Jada mientras levantaba la cabeza del hombro de Ty y sonreía.

Adopté una expresión impasible.

—Sí, oí sus nombres cuando estaba escuchando a escondidas.

Jada me miró de forma extraña y, como si no tuviera control sobre mí misma, mi mirada encontró el camino de regreso hacia Zayne y Dez. El segundo parecía estar riéndose de algo que había dicho Zayne, y me pregunté de qué estarían hablando y si Zayne estaría sonriendo.

¿Zayne sabría que yo estaba ahí?

En cuanto esa pregunta se formó en mi mente, me dieron ganas de darme una bofetada a mí misma. Qué estupidez preguntarme eso. Zayne no estaba aquí afuera buscándome ni pensando en mí. Sí, ayer me estaba buscando en el centro de entrenamiento, pero simplemente sentía curiosidad por saber por qué vivía aquí. No podía culparlo por eso.

¿Y por qué estaba pensando siquiera en él? No había ningún motivo, y no estaba pensando en él. En ab...

—Te has quedado mirándolos —comentó Jada, que se inclinó hacia mí.

Parpadeé. Sí que me había quedado mirándolos. Ninguno de los dos había mirado hacia aquí, gracias a Dios.

—Me quedé ensimismada —expliqué, y sentí que me ponía colorada—. Vaya.

Jada me estaba mirando otra vez de forma rara.

—¿Qué pasa?

Mi amiga volvió a mirar hacia donde estaban sentados Dez y Zayne y dijo:

—Nada.

—¡Eh! —gritó Clay y, al levantar la mirada, vi que venía hacia nosotros, todavía sin camiseta.

—Mierda —refunfuñó Ty entre dientes.

Bajé el batido mientras Clay se dirigía con aire arrogante hasta donde estábamos sentados. No tendría la desfachatez de pretender hablar conmigo después de lo que había pasado entre nosotros, ¿no?

Ninguno de los tres lo saludó mientras él permanecía allí de pie. Me limité a mirarlo.

Impertérrito, Clay miró a Jada y a Ty y luego volvió a centrarse en mí.

—¿Sabes qué deberías estar haciendo ahora mismo?

Me puse tensa.

—Deberías traerme algo de beber —dijo con voz tan fuerte que la mitad de la gente que había en el Toso debía haberlo oído—. Tengo las manos vacías.

Me quedé boquiabierta.

—¿Cómo dices?

—Algo de beber. —La sonrisa de Clay fue lenta y estudiada, de un modo que demostraba que él pensaba que era sexi y cautivadora. Algo con lo que yo solía estar de acuerdo—. Deberías traerme algo de beber.

Me incliné hacia delante.

—¿Me estás hablando en serio?

Su sonrisa simplemente se hizo más amplia.

—Sí, claro. Porque ¿qué más estás haciendo?

—¿Estás drogado? —le preguntó Jada.

Clay la miró mientras se pasaba una mano por el pecho.

—Uno no consigue un cuerpo como este drogándose.

Se me escapó una carcajada.

—No puedo creerme que acabes de decir eso. En voz alta. Y delante de la gente.

—¿Qué pasa? —Clay bajó la mano—. Es la verdad.

Ty resopló mientras sacudía la cabeza.

—Vamos, Trin. Tráeme algo de beber y luego podemos hablar. —Clay ignoró a Ty y no se atrevió a meterse con Jada. Era un cretino, pero no era tan estúpido como para tratar mal a la sobrina del Duque—. Porque me parece que tenemos mucho de qué hablar.

—Preferiría lanzarme a esa fogata con un traje de poliéster.

—Creo que ya tienes tu respuesta —dijo Ty, que rio descaradamente.

—¿Por qué tienes que ser así? —me preguntó Clay, que ignoró a Ty—. Mira, solo intento arreglar las cosas. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que me hiciste.

Me puse rígida.

—¿Lo que yo te hice? ¿Estás seguro de que no estás drogado?

—¿De qué está hablando? —preguntó Jada.

—Sí, supongo que piensas que no hiciste nada.

Clay levantó los brazos, inclinó la espalda e hizo crujir la columna. Cuando terminó de ejercer de su propio quiropráctico, se agachó y colocó una mano en el brazo de mi silla y la otra detrás de mí, en el cojín del respaldo. Alineó su cara con la mía.

—¿Vas a volver a lanzarme por una ventana?

—¿Qué? —exclamó Jada.

—No. —Se me erizó el vello de la nuca mientras me echaba hacia delante, lo que hizo que estuviéramos tan cerca como cuando nos habíamos besado—. Te voy a lanzar a la fogata si no te apartas.

—Claro. —Me habló directamente al oído, para que solo yo lo oyera—. Me gustaría verte intentarlo.

Cada célula de mi cuerpo me exigía que pusiera toda la distancia posible entre nosotros, porque estaba a punto de convertirlo en una antorcha de Guardián.

—¿En serio? Porque lo haré con mucho gusto.

Clay sonrió con suficiencia.

—Tengo una pregunta para ti —le dije—. Has visto *Juego de Tronos*, ¿verdad?

En su cara se dibujó un atisbo de confusión.

—Sí, ¿y qué?

—¿Te acuerdas del rey Joffrey? —Sonreí con dulzura—. Me recuerdas a él.

A Jada parecía estar dándole un ataque a mi lado.

Aquella sonrisa demasiado cautivadora vaciló. Clay se me quedó mirando un buen rato.

—Lo pillo.

—¿Qué pillas?

—A ti.

Alcé las cejas.

—¿Hay algún problema? —Misha apareció de repente, detrás de Clay—. Porque recuerdo con claridad la conversación que tuvimos tú y yo.

—Sí, yo también me acuerdo. —Clay sonrió de nuevo mientras se daba la vuelta. Miró a Misha y luego le dio una palmadita en el hombro—. Un día de estos.

Tras eso, Clay se alejó, levantó los brazos y los extendió mientras echaba la cabeza hacia atrás y soltaba un rugido que no tenía nada de humano.

Dirigí la mirada hacia donde estaban sentados Zayne y Dez. Encorvé los hombros al darme cuenta de que ambos parecían estar mirando hacia ahí. Por supuesto que habían presenciado eso.

—Es un gilipollas —gruñó Misha mientras miraba a Clay por encima del hombro—. No puedo creerme que tuviera la cara de hablar contigo.

—Bueno, ¿qué rayos pasó entre vosotros? —preguntó Jada.

Respondí antes de que Misha pudiera hacerlo y les ofrecí un rápido resumen, sin incluir lo de lanzarlo por la ventana de una patada.

—Así que, sí, me asombra bastante que me hablara siquiera.

Jada miraba con hostilidad en dirección hacia donde había ido Clay.

—¿Y Thierry retrasó su Investidura?

Asentí.

—Bien.

—Eso es muy fuerte. —Ty se inclinó hacia delante—. No me malinterpretes. Se merecía eso y más. Pero, por mucho que me duela admitirlo, en realidad es muy buen Guardián, en cuanto a destreza. Es casi imposible derribarlo en clase. Es rápido, y no solo en su forma de Guardián.

—Bueno, él mismo se lo buscó. —Reprimí otro bostezo, le pasé el batido a Jada para que se lo terminara y me levanté—. Voy a volver.

—¿Por qué? —Mi amiga puso cara de preocupación—. ¿Por Clay? Porque, en serio, no dejes que te estropee la noche.

—No es por él. En realidad, estoy bastante cansada —expliqué, y era cierto.

Jada me miró como si no estuviera segura de si estaba diciendo la verdad, pero no insistió.

—Muy bien —dijo Misha—. Déjame despedirme de Alina...

—No. Quédate. —Me estiré para darle una palmadita en la cabeza y me aparté con agilidad de la trayectoria de su mano cuando intentó pegarme—. Voy a regresar a la casa directamente. No necesito que me acompañes.

Misha vaciló.

—Te enviaré un mensaje cuando llegue, ¿vale?

—Está bien —cedió después de un momento.

No me entretuve, porque, de lo contrario, Misha cambiaría de opinión y dejaría a Alina sentada junto al fuego. Me despedí, rodeé el sofá y luego miré por encima del hombro hacia las guirnaldas de luces.

Dez y Zayne seguían allí, así que aparté la mirada con rapidez.

Me encaminé hacia la casa. Menos mal que Misha no sabía que ayer me había encontrado con Zayne.

Ni lo que le había contado.

Todavía me estaba fustigando por eso, pero, si Misha lo hubiera sabido, habría estado aquí conmigo en lugar de quedarse con Alina y divertirse.

Pensé en lo que Clay me había dicho mientras seguía la acera de regreso a la casa. Había sido... raro. «Lo pillo». ¿Qué diablos había querido decir? La cuestión era que Clay no lo pillaba.

¿Zayne lo habría oído? Suspiré. Probablemente. No es que fuera nada vergonzoso ni...

—Eh.

El corazón me dio un brinco en el pecho al oír la voz de Zayne. Fue como si lo hubiera hecho aparecer entre las sombras. Me detuve y me di la vuelta, e ignoré cómo se me aceleró el pulso.

—No has intentado pegarme. —Se detuvo como a un metro de mí, bajo el suave resplandor de una farola, con las manos en los bolsillos—. ¿Tratas de hacer borrón y cuenta nueva?

—Ja, ja —refunfuñé—. Puede que simplemente esta vez me llamas lo bastante fuerte como para oírte.

—Puede ser. —Se le dibujó una sonrisita—. Bueno, ¿de qué iba todo eso?

Yo sabía perfectamente de qué estaba hablando, pero me hice la tonta.

—¿A qué te refieres?

—A ese chico. Gritando no sé qué sobre que le trajeras algo de beber.

—Lo oíste. —Suspiré.

—Estoy seguro de que todo el estado de Virginia Occidental lo oyó.

Sacudí la cabeza y levanté las manos.

—No fue nada.

—No parece nada si te marchas inmediatamente después.

Bajé las manos.

—Vaya. Estabas prestando mucha atención.

—Pues sí.

La sorpresa me impidió hablar durante un momento.

—¿Por qué?

—Porque te vi allí, así que estaba prestando atención.

—Ni siquiera me miraste hasta después de que Clay se pusiera en ridículo.

Aquella sonrisa relajada y socarrona hizo acto de presencia de nuevo mientras Zayne se mordía el labio inferior.

—Así que tú también estabas prestando atención.

Noté calor en las mejillas.

—Para nada.

Zayne se rio entre dientes mientras se colocaba un mechón de pelo rubio detrás de la oreja.

—Eres ridícula.

—¿E insufrible?

—Eso también. —Miró hacia su izquierda y luego de nuevo a mí—. ¿De qué va ese tal Clay?

—Solo es... Solo es un gilipollas. —Una ráfaga de aire levantó las puntas de mi pelo. Un leve y extraño escalofrío me bajó por la espalda. El viento arreció y me lanzó el pelo sobre la cara. Retrocedí un paso—. Tengo que volver a casa.

—Puedo acompañarte.

Una voz susurró «sí», una voz surgida de una necesidad casi desesperada de recibir algo más que atención pasajera, pero esa necesidad era irresponsable, imprudente... e interesante.

—De todas formas, voy en esa dirección —añadió Zayne, y señaló con la cabeza hacia mi casa y el Gran Salón, situado más allá—. No es nada del otro mundo.

Exhalé con suavidad y asentí.

—Vale. Claro. Haz lo que te dé la gana.

Zayne soltó una risita.

—¿Te estás riendo de mí?

—Más o menos.

—En ese caso, me retracto de aceptar tu oferta.

Me di la vuelta y eché a caminar.

Él me alcanzó con facilidad.

—No, no. No puedes retractarte.

Luché por reprimir una sonrisa y gané.

Caminamos un rato en silencio y luego Zayne me preguntó:

—¿Cómo ha sido vivir aquí?

—¿A qué te refieres?

—¿Otros Guardianes se han comportado como Clay o son amables contigo?

Lo miré de reojo.

—Casi todos han aceptado mi presencia aquí, si te refieres a eso. Clay no es más que un... Bueno, es un cretino, pero crecí con muchos de los Guardianes más jóvenes. Incluido Clay.

—¿Y estudiaste con ellos? ¿Cómo fue?

—Estuvo bien, supongo. Aprendía sobre la guerra de Secesión en una clase y sobre las diferentes especies de demonios en la siguiente. Lo que significa que probablemente tuve una experiencia educativa más interesante que la mayoría de los humanos.



Todas las comunidades contaban con sus propios colegios. Por supuesto, eran mucho más pequeños que la mayoría de los colegios del mundo de los humanos. En un mismo edificio se daban clases desde preescolar hasta secundaria y, por lo general, en cada aula no había más de diez o quince alumnos.

—¿Y tú? ¿Creciste en una de las comunidades?

—Nací en una en Virginia, a las afueras de Richmond, pero no recuerdo nada de eso.

—Entonces, ¿siempre has vivido en uno de los puestos avanzados? —le pregunté, refiriéndome a los lugares donde vivían los Guardianes entrenados que patrullaban y cazaban demonios.

—Sí —respondió—. ¿Y tú nunca has vivido en ningún otro sitio salvo aquí y... en Nueva York?

Me sorprendió que lo recordara.

—Llegué aquí con mi madre cuando tenía ocho años. —Cruzamos la calle y nos dirigimos hacia el muro de piedra más pequeño que separaba la casa principal de la comunidad—. Es lo único que conozco.

Cuando Zayne se mantuvo callado, le eché una rápida mirada furtiva. Parecía concentrado en el camino poco iluminado y, entonces, inclinó la barbilla hacia mí.

Aparté la mirada mientras inspiraba una bocanada corta de fresco aire nocturno con aroma a pino.

—¿Cómo era la vida en el puesto avanzado?

—No se parecía en nada a esto. Crecí rodeado de Guardianes entrenados y bastante cerca de..., bueno, de todo. Pasaba tanto tiempo en la ciudad como en el complejo. Allí nunca hay tanto silencio.

—Me lo imagino —murmuré, aunque, en realidad, no podía imaginármelo. No recordaba gran cosa de mi época en el estado de Nueva York. Vivíamos en un barrio residencial a las afueras de Albany, no en un lugar como Washington D. C. o la ciudad de Nueva York—. ¿Te educaron en casa?

—Sí. Mi padre trajo a alguien para que se ocupara de mi educación, un humano al que no le asustaba demasiado estar rodeado de Guardianes.

—Debió ser duro, ser el único niño.

—Yo no era el único niño —repuso, y me picó la curiosidad. Sin embargo, antes de que pudiera pedirle más detalles, dijo—: ¿Puedo preguntarte algo?

—Si te dijera que no, probablemente me lo preguntarías de todos modos.

—No lo haría. Si lo dices en serio.

El tono sincero de su voz me hizo mirarlo. La verdad era que... me lo creí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuántos años tienes?

Alcé una ceja.

—Dieciocho. ¿Y tú?

—Veintiuno. Cumpliré veintidós dentro de unos meses. En septiembre.

Crucé los brazos sobre el vientre mientras rodeábamos el muro de piedra y nos acercábamos a la casa.

—Tienes dieciocho años y tu madre ha muerto... y lo siento mucho. —Añadió esa última parte con rapidez—. Pero ¿por qué sigues aquí?

## Ocho

Ay, maldita sea, esa era una pregunta difícil de responder, porque no podía ser sincera. Cuando llegamos a la casa, todavía no se me había ocurrido una respuesta. Nos detuvimos en el borde de la luz que proyectaba el foco del porche delantero.

—¿Es porque no tienes otro sitio adonde ir? —me preguntó—. No lo digo con mala intención. Me imagino que sería duro crecer aquí y luego salir ahí fuera, al mundo.

—Pero yo quiero salir ahí fuera.

En cuanto lo dije, me maldije mentalmente sin parar. En serio, necesitaba controlar mi boca.

Zayne ladeó el cuerpo hacia mí.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—No es... No es tan simple —admití—. Me refiero a que no tengo adonde ir. Como tú mismo has dicho. Es duro venir de aquí y salir ahí fuera. Ahora el Comité de Educación reconoce nuestros diplomas, al igual que la mayoría de las universidades, pero ¿de dónde sacaría el dinero? Sería difícil obtener una beca, porque los Guardianes no tienen derecho a ellas, y, aunque yo no soy una Guardian, mi educación sugiere que sí. Sería un lío, y aquí todos tienen mejores cosas que hacer que ayudarme a resolverlo.

—Parece que lo has investigado.

Sí. Mucho. Y toda esa investigación había sido en vano, porque la universidad no formaba parte de mi futuro. Eso no era para lo que había... nacido. Después de que mataran a mi madre, había mirado universidades, pues supuse que no había ningún motivo por el que no podría estudiar y estar lista para cuando me convocaran.

Pero ¿cómo lo pagaría? ¿Pedirles el dinero a Thierry y Matthew? Ya me habían proporcionado todo lo que tenía. No podía pedirles eso también.

—Tengo otra pregunta —dijo Zayne.

—Vale —suspiré, con cierto miedo de adonde conduciría esa.

—¿Qué le pasó al Guardián que mató a tu madre?

La pregunta me impactó, y me alejé un paso de él.

—No debería haberte contado eso.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta hablar de eso ni pensar en ello.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. No debería haberlo mencionado.

Inspiré de forma entrecortada mientras me daba la vuelta para subir los escalones, luego me detuve y me giré hacia Zayne.

—El Guardián está muerto. De lo contrario, no me habría quedado aquí.

—Me imagino que no —contestó él en voz baja—. Lo siento, Trinity.

El aire se me quedó atascado en la garganta. Ahí estaba de nuevo. Su forma de pronunciar mi nombre. Un hormigueo tenso y caliente me recorrió la piel, y ese hormigueo me hizo pensar en el anhelo que había percibido en la cara de Misha al ver a Alina. Ese hormigueo me hizo pensar en cálidas noches de verano, en piel contra piel.

El calor aumentó en mi interior, me bajó por la garganta y se propagó por mi pecho, e hizo a un lado la amarga pena que siempre rodeaba los pensamientos sobre mi madre, y supe que era hora de irme.

Y eso fue lo que hice en ese momento, sin mediar palabra, sin mirar atrás.

El fantasma confundido había regresado. Iba de acá para allá por el camino de acceso al Gran Salón, y ya era hora de que hablara con el pobre tipo y lo ayudara a avanzar.

—Esto me hace sentir incómodo —refunfuñó Misha, que iba detrás de mí mientras recorríamos el sendero adoquinado que rodeaba el Gran Salón.

Sonreí.

Jada también odiaba que la hiciera acompañarme cuando me ocupaba de ese tipo de cosas. En realidad, Misha debería estar con todos los demás en el Gran Salón para la Investidura, pero, como de costumbre, le tocaba hacerme de canguro.

—Ni siquiera puedes verlos, así que no entiendo por qué te hace sentir tan incómodo.

—Aunque no pueda verlos, sé que están ahí.

Misha me agarró por el borde de la camiseta y tiró de mí hacia un lado antes de que pasara rozando un pequeño abeto que no había visto.

—Gracias —murmuré.

Me detuve en la esquina del edificio. Había anochecido y el resplandor de unas tenues luces llegaba desde la entrada del Gran Salón.

El fantasma se había detenido junto a los setos, tenía los brazos levantados y se tiraba del pelo con las manos. Se me encogió el corazón a causa de la lástima.

—¿Qué está haciendo? —susurró Misha.

—Agobiándose —contesté.

Llegaba suficiente luz del edificio como para ver adonde me dirigía. Empecé a avanzar, pero me detuve y levanté la mirada hacia los amplios escalones.

Risas y vítores apagados brotaron del salón y llamaron mi atención. Las Investiduras eran muy entretenidas. Bailar. Festejar. Estar en familia. De eso se trataba. De estar en familia.

Le eché un vistazo a Misha. Él también estaba mirando hacia el salón y me pregunté si estaría pensando en Alina.

—¿Alina está en la Investidura?

—Sí —respondió, y me di cuenta de que había sido una pregunta tonta. Todos los Guardianes mayores de edad que no tuvieran que cuidar de un niño estarían en la Investidura.

Misha también debería estar allí. No aquí fuera conmigo, ocultándose entre las sombras mientras yo hablaba con fantasmas.

Me volví hacia él y me mordisqueé la uña del pulgar.

—¿Por qué no entras a ver qué está pasando? Me reuniré contigo en cuanto consiga que don fantasma avance.

La cara de Misha quedaba a oscuras.

—¿Por qué iba a querer entrar sin ti?

—Porque es mejor que estar aquí afuera conmigo mientras hablo con fantasmas.

—Prefiero estar aquí fuera contigo, incluso con todo el tema del fantasma.

Me temblaron los labios.

—Eso es mentira.

—Qué va. Además, no puedo dejarte sola mientras hablas con un fantasma. Si alguien sale y te ve, pensará...

—¿Que me falta un tornillo? —aporté.

—No iba a sugerir eso. Iba a decir que pensará que es raro y empezará a hacer preguntas.

Me volví de nuevo hacia el fantasma y vi que seguía junto a los setos. Fui hacia él, procurando mantenerme cerca de estos. El fantasma no pareció oír cómo me aproximaba y, ahora que me encontraba más cerca, vi que llevaba la camiseta de color dorado y azul de los equipos deportivos de la Universidad de Virginia Occidental. También vi que le había pasado algo a esa camiseta.

La parte posterior estaba rota y manchada de un color más oscuro. El corazón me dio un pequeño brinco, como me pasaba siempre que me encontraba tan cerca de un fantasma o un espíritu, por muchos que hubiera visto.

Carraspeé.

—Hola.

El fantasma se desvaneció como humo en el viento. Me quedé boquiabierta.

—Qué maleducado.

Un momento después, comenzó a tomar forma de nuevo, esa vez frente a mí. La cabeza y los hombros se formaron primero y luego quedó a la vista el resto, pero su cuerpo de cintura para abajo era transparente.

—¡Joder! —exclamé con voz ahogada.

Abrí los ojos como platos cuando pude ver bien al hombre mientras oía cómo Misha se detenía aproximadamente un metro por detrás de mí.

El fantasma era joven, debía tener veintitantos años, y tenía la cara completamente lívida. Pero eso no fue lo que hizo que se me revolviere el estómago debido a unas intensas náuseas. La parte delantera de su camiseta estaba desgarrada, al igual que la carne que había debajo. Tenía el vientre hecho jirones.

Retrocedí un paso. No había conseguido ver todo eso desde el tejado. Puede que me equivocara en lo del accidente de tráfico.

—¿Puedes verme? —me preguntó el fantasma mientras corría hacia mí... y luego a través de mí.

Unos mechones de pelo flotaron hacia atrás y se apartaron de mi cara mientras me azotaba un viento gélido. Me estremecí y tragué saliva con fuerza, pues odiaba esa sensación.

—¿Acaba... acaba de atravesarte? —La voz de Misha sonaba como si estuviera a punto de vomitar.

—Por desgracia. —Al darme la vuelta, descubrí que el fantasma se estaba mirando el cuerpo—. Oye, no hagamos eso de nuevo.

—Lo siento. No era mi intención. No entiendo cómo pasó. —El pánico se fue apoderando de la voz del hombre mientras se acercaba otra vez a mí, pero se detuvo—. ¿Puedes verme y hablar

conmigo?

—Sí. —Bajé la mirada y comprobé que sus piernas se habían solidificado—. ¿Cómo te llamas?

—Wayne... Wayne Cohén. ¿Puedes ayudarme? Creo que no sé volver a casa.

Ay, Dios.

Comencé a mordisquearme la uña de nuevo mientras bajaba la mirada. Tenía que saber que estaba muerto, ¿no?

—Puedo ayudarte, Wayne, y puedo ayudarte a volver a casa, pero no es la casa en la que estás pensando.

Wayne frunció el ceño.

—No lo entiendo. Necesito ir a casa...

—¿Sabes que estás muerto? —le pregunté. Era mejor no prolongarlo.

A mi espalda. Misha soltó un sonido estrangulado.

—Caray. Cuánta delicadeza.

Lo ignoré.

—¿Te...? ¿Te has mirado?

—Sí, pero... —Se colocó dos dedos contra un lado del cuello mientras se miraba el cuerpo—. No... no puedo estar muerto. Iba de regreso a casa y entonces... —Dejó caer la mano, sin apartar la mirada de su pecho destrozado—. Iba a pedir una *pizza*. De carne y con los bordes rellenos.

Cuando las personas morían, solían preocuparles las cosas más triviales, junto con las más importantes.

—¿De... de verdad estoy muerto?

—Estás muerto sin ninguna duda —le confirmé.

—No puedo creerme que esté muerto —susurró.

—Lo siento. —Y era cierto, aunque no lo conocía de nada. La muerte casi nunca era fácil de aceptar—. ¿Qué te pasó, Wayne?

—No lo... Se me averió el coche. Un pinchazo. —Se volvió hacia Misha—. ¿Él también puede verme?

—No, él no te ve.

—¿Me está mirando? —murmuró Misha—. Por favor, dime que no me está mirando.

Wayne ladeó la cabeza.

—Pues sí, y puede oírte —le dije, y le lancé una mirada sombría que pedía a gritos que cerrara el pico—. Wayne, ¿qué pasó con la rueda pinchada? Así no te hiciste eso en... el pecho.

—Ay, Dios —farfulló Misha—. ¿Qué aspecto tiene su pecho?

Wayne miró a Misha y sacudió la cabeza despacio en un gesto de confusión.

—Estaba cambiando la rueda y entonces... Salió de la nada.

—¿Qué? ¿Un puma?

—¿Me estás tomando el pelo? —exclamó Misha.

—Hay pumas por aquí. —Volví a concentrarme en Wayne—. ¿Eso es lo que te atacó? ¿O tal vez un oso?

—¿Tiene muy mala pinta? —quiso saber Misha, que hizo una mueca.

No pensaba responder a esa pregunta delante del pobre Wayne, pero tenía mala pinta, muy mala, y, aunque Wayne ya tenía que saberlo, no me apetecía confirmárselo. Tenía tan mala pinta que sin duda me provocaría pesadillas.

A veces, sobre todo después de ver algo como eso, sabía que Misha o Jada me preguntarían por qué no me limitaba a ignorar a los muertos. Parecía la opción más sencilla, pero eso no me salvaría de ver esas muertes tan perturbadoras y horripilantes. Algunas veces, incluso me había hecho a mí misma esa pregunta, sobre todo después de ver a aquella niña.

Pero no podía ignorar a esas personas.

Siempre, en todo momento, estaba dispuesta a ayudar a los fantasmas y espíritus. A lo largo de los años, me había vuelto muy hábil tratando con ellos. Aunque sonara a cliché, poder ayudarlos era... Era algo especial. Y, a fin de cuentas, no iba a poder verlos para siempre. El tiempo no estaba de mi lado.

Así que no huía de lo que podía hacer.

No me escondía.

—Era grande, pero no un felino grande. Caminaba sobre dos patas. —Wayne me miró—. Aunque no era un oso.

Se me puso la carne de los brazos de gallina mientras le echaba otro vistazo a su pecho.

—¿No era un animal?

—Estaba oscuro y pasó muy rápido, pero... Ay, Dios. ¿Sabes?, una vez vi un programa sobre monstruos. Parecía un monstruo, algo irreal, y... tenía alas. Alas enormes. Las oí. Las vi, aunque no pude ver nada más.

Se me erizó todo el vello del cuerpo. Los monstruos, esos en los que él estaba pensando, no eran reales, pero, si eso no se lo había hecho un oso ni un puma hambriento, solo quedaba otra posibilidad.

Y no se trataba de un chupacabras.

Ni de Bigfoot.

—Creí que había escapado. A ver, por eso estoy aquí. Escapé —estaba diciendo Wayne—. ¿Verdad?

Negué con la cabeza.

—¿Dónde estabas cuando se te pinchó la rueda?

—Cerca de la antigua torre de vigilancia de incendios. Como a un kilómetro y medio de distancia.

Sentí un escalofrío. La torre de vigilancia abandonada no estaba lejos de ahí. Apenas a unos pocos kilómetros.

—¿Tienes familia?

—Eh..., solo mi madre y un hermano —contestó con voz ronca—. ¿Cómo puedes verme si estoy muerto?

—Porque sí.

Wayne clavó la mirada en el camino de acceso. Estaba demasiado oscuro para distinguir su expresión. Creí saber qué podría estar viendo.

—¿Hay una luz ahí? —le pregunté, esperanzada—. ¿Una luz blanca y muy brillante que podría haberte seguido hasta aquí?

—Sí. —Su risa se convirtió en un sollozo, y se me encogió de nuevo el corazón—. Hay... hay una jodida luz ahí. Lleva ahí desde que... desde que escapé de esa cosa.

—Eso es bueno. Sé que suena a cliché, pero tienes que ir hacia la luz —le expliqué y, por suerte, Misha sabía que esa era la parte en la que debía mantenerse muy callado.

—¿De verdad?

—Sí.

—No lo entiendo. —Me estremecí cuando se le quebró la voz.

—Todo cobrará sentido en cuanto te adentres en la luz. Tienes que irte —le aseguré—. No puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no? —dijo con un suave gimoteo.

Esa era una pregunta habitual.

—Porque se supone que debes avanzar hacia lo que te aguarda.

—¿C-cómo sabes qué me aguarda?

Otra pregunta habitual.

—No lo sé exactamente, pero sí sé que, si ves una luz, es algo bueno.

Nunca me había encontrado con un fantasma que no viera una luz, aunque hubieran muerto mucho antes de cruzarme con ellos. Esa luz los seguía a todas partes como un cachorrito feliz.

Algunas personas estaban demasiado asustadas o confundidas para entrar en la luz. No podía culparlas. Yo también estaría asustada. ¿Y quién no? La muerte era el gran misterio.

—¿Veré a mi padre? —Wayne todavía mantenía la mirada clavada en el oscuro camino de acceso, donde ahora me daba cuenta de que la luz lo estaba esperando—. Murió hace un año. Un accidente de coche en la Ruta 50.

Yo procuraba no mentirles a los que estaban a punto de cruzar, porque me parecía mal hacerlo.

—Ojalá pudiera decirte que sí, pero la verdad es que no lo sé. Solo sé que tu sitio está en esa luz. No va a hacerte daño.

Wayne se quedó callado de nuevo y luego dio un paso adelante, y entonces me acerqué a él.

—Vale —dijo—. Muy bien. Puedo hacerlo.

Me llevé la uña del pulgar a la boca una vez más y entrecerré los ojos hasta que su cara se volvió más nítida. Ahora su imagen era más bien espectral, pero, aun así, vi su expresión en el instante en el que decidió ir hacia la luz.

Mis labios se separaron al realizar una suave inspiración.

Wayne abrió mucho los ojos y luego sus facciones se inundaron de calidez mientras en su cara se dibujaba la expresión de quien está presenciando mil mañanas de Navidad condensadas en una. Comenzó a avanzar.

Entonces le hice la misma pregunta que siempre les hacía cuando veía aparecer esa expresión en sus caras.

—¿Qué ves?

Wayne no contestó.

Nunca lo hacían.

Ni siquiera los espíritus que habían cruzado y luego habían regresado hablaban de lo que habían visto. Supuse que debía haber algún tipo de norma cósmica al respecto, como todas las demás normas estúpidas.



De lo que no me cabía duda era de que la luz en la que Wayne estaba a punto de entrar lo enviaría arriba... o abajo. Cielo o Infierno. Ambos eran reales y, basándome en la expresión de su cara, tuve la sensación de que Wayne estaba a punto de experimentar algo mágico y puro. Nunca me había encontrado con nadie que pareciera asustado tras decidir entrar en la luz, así que tenía la teoría de que eso significaba que todos los fantasmas a los que había ayudado iban rumbo al Cielo.

Wayne dio otro paso y luego desapareció.

Dejé escapar un suspiro entrecortado. De repente, tenía los ojos llorosos. Siempre me sentía así después de que alguien cruzara. Ni siquiera sabía por qué. Levanté una mano y me coloqué el pelo detrás de las orejas.

—¿Se ha ido? —preguntó Misha en voz baja.

—Sí. —Carraspeé y me giré despacio hacia él, haciendo a un lado la persistente tristeza—. Tenemos que ver a Thierry de inmediato.

—¿Qué? —Su tono estaba cargado de confusión—. ¿Por qué?

Di un paso hacia él.

—Porque ese hombre fue asesinado cerca de aquí... por un demonio de Nivel Superior.

## Nueve

Los demonios de Nivel Superior podían parecer humanos, al igual que un Guardián, y, curiosamente, cuando lucían su verdadero aspecto, también tendían a parecerse a un Guardián, menos por la piel de color gris pizarra y los cuernos.

Eso era algo en lo que siempre se equivocaban las representaciones de los demonios. No tenían cuernos.

Pero los Guardianes sí.

—Quédate aquí —me ordenó Misha.

Nos habíamos detenido justo fuera del salón principal de banquetes, en el atrio adornado con estatuas de gárgolas que no se convertían en criaturas reales y vivas. Había aproximadamente un metro de distancia entre ellas y estaban encaramadas en los laterales de las paredes, con las alas desplegadas.

Misha desapareció antes de que me diera tiempo a decir ni una palabra, se deslizó por las puertas abiertas y me quedé sola con las estatuas.

Miré a mi izquierda. La boca abierta con colmillos de una de ellas se encontraba a unos centímetros de mi cara.

Qué mal rollo.

Me aparté el pelo por encima del hombro, me acerqué rápidamente a las puertas abiertas de par en par y eché un vistazo al salón muy iluminado.

Mis sentidos se vieron abrumados de inmediato. Había muchísimas personas, muchas de las cuales iban vestidas con los brillantes colores ceremoniales: amarillos magníficos y azules brillantes. El aroma a carne asada me habría tentado a entrar a toda prisa y agarrar un plato para ir a ponerme morada en algún rincón si no acabara de ver el pecho y el vientre de Wayne.

Al recorrer el salón con la mirada, no vi a Misha, pero sabía que seguramente se estaría dirigiendo a la tarima elevada, donde Thierry estaría sentado junto con Jada y su madre, Aimee. Nuestros invitados estarían sentados con ellos en un puesto de honor y, si yo hubiera decidido asistir esta noche, también me encontraría allí.

Ni siquiera sabía por qué no había ido. Me había sentido rara todo el día, apenas había realizado los movimientos del entrenamiento con Misha y había rechazado la oferta de ir con Jada y Ty a picar algo después.

Me había pasado la mayor parte del día recluida en mi cuarto con Cacahuete, viendo *El príncipe de Bel-Air*.

Agarré los bordes de la puerta mientras deslizaba la mirada por las docenas de mesas rectangulares, hacia el sonido de una estrepitosa risa masculina.

Había un Guardián de pie en el centro del salón, vestido con el atuendo ceremonial de quien está a punto de recibir su Investidura: pantalones de lino blanco y una camiseta sin mangas. Se encontraba demasiado lejos para ver de quién se trataba, y ese año se graduaban veinte como mínimo.

Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro con impaciencia. Lo que me había contado Wayne no podía esperar. Todos sabíamos que los demonios de Nivel Superior solían controlar a los demonios Feroces, y lo que Wayne había descrito...

—¿Te estás escondiendo otra vez?

Di un brinco al oír la voz de Zayne y me giré bruscamente. Dios mío, este tío era más silencioso que un fantasma cuando se movía. Se encontraba a solo un metro de mí.

Lo primero en lo que me fijé fue en que llevaba el pelo recogido una vez más, exhibiendo esos pómulos altos y anchos y la dura línea de su mandíbula. No estaba segura de cómo me gustaba más. No es que debiera importarme, pero decidí que me gustaba más suelto.

Y también decidí que necesitaba controlarme.

Lo segundo en lo que me fijé fue en que no iba vestido como los demás Guardianes que asistían al banquete. Llevaba su ropa habitual: camiseta negra de punto y vaqueros oscuros.

¿No iba a asistir al banquete?

Zayne alzó las cejas y me di cuenta de que me había quedado mirándolo como una tonta.

Salí de mi estupor con un movimiento brusco. Un mechón de pelo me cayó sobre la mejilla.

—¿Me estás acosando? Porque estoy empezando a preguntármelo.

En sus labios se dibujó una sonrisita burlona.

—Sí. Cuando acoso a alguien, siempre le alerto de mi presencia.

—Puede que seas una birria de acosador.

—Puede ser.

Hizo una pausa mientras me recorría con su pálida mirada. Llevaba el pelo suelto y no me hacía falta tocármelo para saber que podría ser la doble de una chica de un vídeo musical de los ochenta. Según Cacahuete, al menos. Era patético lo fácil que se me enredaba el pelo.

—Podría dárseme tan mal acosar como a ti esconderte.

Me crucé de brazos.

—No me estoy escondiendo.

—¿De verdad vamos a volver a tener esta discusión? —Zayne se acercó y bajó la barbilla mientras hablaba en voz baja—: Porque sin duda parece que te estás escondiendo otra vez.

Me puse de puntillas para mirarlo a los ojos.

—Si eso es lo que te parece que hago, entonces no tienes grandes dotes de observación.

—No sé yo. —Se enderezó. Dirigió la mirada por encima de mi cabeza, hacia la puerta abierta—. ¿No se te permite entrar? ¿Por eso te escondes?

Esa pregunta me desconcertó y miré detrás de mí.

—No me estoy escondiendo y, sí, puedo asistir a la Investidura si quiero. —Me volví de nuevo hacia él—. ¿Por qué no estás ahí dentro? Eres un invitado del clan.

—No me van ese tipo de cosas. —Me rozó la mejilla con los dedos, atrapó un mechón de pelo y me lo colocó detrás de la oreja. Di un respingo de sorpresa, pues no había visto cómo se movía

su mano. Dejó de tocarme, con el ceño fruncido—. Nunca te haría daño.

Noté calor en las mejillas.

—Claro que no, porque yo no te lo permitiría.

Aquella sonrisa ladeada reapareció, pero no se reflejó en su mirada.

—Me imagino que no.

Me sentí consciente de mí misma de un modo extraño, descrucé los brazos y me toqué las puntas enredadas del pelo.

—¿Qué tiene de malo el banquete?

Zayne alzó un hombro y luego lo bajó.

—Es aburrido.

—¿Y merodear aquí fuera no lo es?

Aquellos ojos pálidos se caldearon cuando se encontraron con los míos.

—No hay absolutamente nada aburrido aquí fuera.

Me quedé anonadada.

—¿Estás... coqueteando conmigo?

Zayne se mordió el labio inferior y arrastró los dientes sobre la carnosa piel rosada mientras me observaba a través de sus densas pestañas.

—Nunca se me ocurriría hacer tal cosa.

No supe decir si estaba siendo sincero o no. Los Guardianes solo coqueteaban con otros Guardianes. Bueno, salvo Clay, pero aquello no había terminado bien.

Pero ¿y si de verdad estaba coqueteando conmigo? ¿Y si le resultaba... atractiva? El anhelo brotó en mi interior. Como una flor en busca de sol y agua, extendió sus raíces en lo más profundo. ¿Y si quería besarme?

Madre mía.

Debía echar el freno. Estaba dejando volar demasiado la imaginación. Me puse colorada mientras clavaba la mirada en una de las estatuas.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

Abrí mucho los ojos mientras mi mirada regresaba de golpe hacia él. Era imposible que Zayne supiera el rumbo que habían tomado mis pensamientos. De lo contrario, me daría un patatús y me moriría allí mismo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—En este momento, tienes la cara roja como un tomate maduro.

Y podía notar que me ponía más roja a cada segundo que pasaba.

—Me imagino que, lo que sea que se te esté pasando por la cabeza, debe ser algo que me encantaría oír.

El revoloteo que notaba en el pecho emprendió el vuelo.

—No estoy pensando en nada.

—Ya.

No sonó como si me creyera ni por un momento.

Necesitaba cambiar de tema desesperadamente.

—En fin, no me estoy escondiendo. Estoy esperando a Thierry.

—¿Para qué?

—No puedo hablar contigo de eso —contesté, y repetí lo que él me había dicho aquel día en el centro de entrenamiento.

—*Touché* —murmuró—. Apuesto a que lo averiguaré tarde o temprano.

—Apuesto a que no.

—Ya lo veremos.

Dirigió la mirada por encima de mí e inclinó la cabeza. Al girar la cintura, me encontré con Misha.

—Zayne —dijo Misha con voz monótona.

El aludido sonrió levemente.

—Misha.

Fruncí el ceño.

Misha se volvió hacia mí.

—Thierry quiere que nos reunamos con él en la casa. Estará allí en unos minutos.

—Vale.

Miré a Zayne, que nos observaba con curiosidad. Aquel estúpido estúpido revoloteo se había trasladado a mi estómago.

—Nos vemos —dijo, y tuve la sensación de que así sería.

Misha y yo llegamos a la casa antes que Thierry y lo esperamos en su despacho.

—Tenemos que hablar antes de que llegue Thierry —anunció Misha.

Me dejé caer en la mullida silla acolchada situada justo enfrente del enorme escritorio que solía ocupar el líder del clan.

—¿De qué?

—Debes tener cuidado con él.

—¿Con quién? —le pregunté, aunque me imaginaba a quién se refería.

—Con Zayne. —Prácticamente escupió el nombre.

Me crucé de brazos y alcé una ceja.

—Dos cosas.

Misha entornó los ojos mientras se apoyaba contra el escritorio de Thierry.

—En primer lugar, ya hemos tenido esta conversación. No hace falta que me adviertas de que tenga cuidado con él. No vamos a convertirnos en amigos del alma ni nada por el estilo. Se irá en un par de días.

Noté una extraña punzada de decepción en el pecho, y no tuve ni la más remota idea de a qué se debía, porque solo habíamos hablado un par de veces, y nos habíamos pasado la mayor parte del tiempo insultándonos.

—Eso es un par de días de más.

—Vale, y ese comentario me lleva a la pregunta más importante de la noche. ¿Qué problema tienes con ese tío? Y no puede ser que yo haya hablado con él. —Hice una pausa—. A menos que estés enamorado de mí en secreto y estés celoso.

El rostro de Misha se volvió inexpresivo.

—No lo conoces.

—Tú tampoco. Lo único que has dicho es que es mal tipo y que su clan no confía en él, pero eso no tiene sentido. Si su clan no confiara en él, ¿por qué lo traerían aquí?

Misha miró hacia la puerta mientras se pasaba la mano por su mata de pelo rojizo.

—¿Lo has mirado bien?

Lo había mirado muy bien, pero me guardé eso para mí.

—¿Podrías ser un poco más específico?

—¿Te has fijado en sus ojos? —Misha dejó caer la mano—. Puede que no te hayas acercado lo bastante para verle los ojos...

—Le he visto los ojos —lo interrumpí, y su mirada se volvió más intensa—. Son un poco diferentes.

—¿Un poco diferentes?

Fruncí el ceño.

—Son de un azul más claro.

—¿Y habías visto alguna vez a un Guardián con los ojos de ese color? Todos tenemos los ojos del mismo color, Trin. Nos crearon así.

—Vale. El hecho de que los ojos de Zayne sean diferentes es raro, pero ¿qué pasa? ¿Ahora discriminamos a los Guardianes de ojos claros?

—No seas tonta —me espetó—. No hay otro Guardián como él.

—No hay otro ser como yo —señalé.

—No es lo mismo. Ni de lejos. Mira, tiene los ojos así porque... Ha perdido una parte de su alma.

De entre todas las cosas que podría haberme esperado que dijera, eso no formaba parte de la lista. Me incliné hacia delante y casi me caí de la silla.

—¿Qué?

Misha echó un vistazo hacia la puerta antes de continuar.

—No conozco los detalles, pero su clan crío a una chica que era mitad Guardianes y mitad demonio.

—¿Qué? —exclamé a medio camino entre un susurro y un grito—. ¿Cómo es que no me había enterado de eso hasta ahora?

Se me quedó mirando, confundido.

—¿Por qué iban a contártelo?

—Porque... Vale, no tengo un buen motivo —cedí, y de inmediato recordé que Zayne me había dicho que él no era el único niño que se había criado en su complejo. ¿Se refería a esa chica?—. Continúa, por favor.

—La chica era la hija de Lilith.

Inspiré bruscamente.

—¿Esa Lilith?

Misha asintió, y parpadeé despacio. Lilith era la madre de un montón de demonios muy peligrosos, criaturas que podían arrebatarse un alma con un roce. Los llamaban Lilin, y había algo en eso que me resultaba vagamente familiar. Varios meses atrás, había oído a Matthew y Thierry hablar de esas criaturas. Había sido por la misma época en la que había muerto el padre de Zayne.

—No sé en qué circunstancias pasó, pero Zayne perdió una parte de su alma —continuó Misha.

Me recosté contra la silla, sin saber qué pensar.

—¿Dices que... no tiene alma?

Misha negó con la cabeza.

—No digo eso, porque, en ese caso, dudo que siguiera vivo. Su clan se habría encargado de él.

Encargarse de él.

Como si fuera un animal rabioso.

Me estremecí y me aferré a los brazos de la silla.

—Entonces, ¿qué insinúas?

—¿Por qué crees que no es el líder del clan? Era el hijo del último líder, se había preparado para asumir el mando y no lo hizo.

Yo le había planteado esa pregunta y todavía me sentía como una entrometida por ello.

—Puede que simplemente eligiera no hacerlo.

Misha me miró como si fuera medio tonta.

—Lo dudo. Es evidente que el clan no confía en él para ocupar ese tipo de puesto, sobre todo porque sigue siendo amigo de ese demonio.

—¿La mitad demonio y mitad Guardiania?

Aquello no me cabía en la cabeza. Ni siquiera sabía que insertando la pestaña A en la ranura B entre un Guardián y una mujer demonio se pudiera concebir un hijo.

—La hija de Lilith —me corrigió—. Y se sabe que Zayne ha trabajado con demonios.

—¿En serio?

Me reí de lo absurda que era esa afirmación. No solo porque era una locura pensar que un Guardián haría eso, sino también porque un demonio nunca se acercaría a un Guardián por propia voluntad. Era evidente que esta mitad demonio, la hija de Lilith, era la excepción, y eso se debía a que también era mitad Guardiania.

—¿Dónde has oído estas tonterías?

—Yo no soy el único que ha oído cosas. Oí a Matthew y a Thierry hablando de ello hace meses, al parecer, cuando pasó todo esto. Y no son tonterías, Trin.

Empecé a mordisquearme la uña del pulgar.

—No parece que le falte una parte del alma.

—¿Y qué aspecto tiene uno cuando le falta una parte del alma?

—¿Malvado? —sugerí—. Y Zayne no parece malvado.

Misha me miró a los ojos.

—¿No es ese el mayor logro del mal? ¿Que suele ocultarse en la inocencia?

Bueno, en eso tenía bastante razón.

No tenía ni idea de qué pensar acerca de la advertencia de Misha. Tal vez a Zayne le faltara una parte del alma. Tal vez no se pudiera confiar en él para ser el líder del clan y tal vez, aunque fuera una locura aún mayor, había trabajado con demonios.

Misha tenía razón. El mal solía envolverse en un manto de inocencia.

Debería tener cuidado con Zayne, sobre todo teniendo en cuenta los riesgos, pero la verdad era que lo que me había contado Misha solo me hacía sentir más curiosidad por él.

Thierry apareció poco después, y no llegó solo. Había traído compañía con él, y no solo a Matthew, a quien no me sorprendió ver. Fue la última persona que entró por la puerta la que me dejó asombrada.

Nicolai.

Miré a Misha con los ojos muy abiertos. ¿No le había dejado claro a Thierry de qué trataría esa conversación? Misha parecía tan confundido como yo.

—¿Te importaría cerrar la puerta, Nicolai? —le preguntó Thierry mientras cruzaba la habitación y se sentaba detrás de su escritorio. Matthew se reunió con él y se colocó de pie a su derecha. Entonces se dirigió a mí—: Misha me ha dicho que tienes algo que contarnos que no puede esperar hasta después del banquete.

—Sí, pero... —Me interrumpí cuando Nicolai se sentó en la silla situada a mi lado.

—Me parece que Trinity todavía no conoce a Nicolai —intervino Matthew con soltura. El cabello pelirrojo le cayó hacia delante y le rozó la frente.

—No, no nos conocemos. —Nicolai me dedicó una sonrisa—. Encantado de conocerte.

—Igualmente. —Mi confusión estaba alcanzando niveles épicos cuando volví la mirada de nuevo hacia Thierry—. No lo entiendo...

—No te preocupes. Puedes hablar abiertamente delante de Nicolai —me aseguró Thierry con una leve sonrisa.

Misha alzó las cejas.

Yo no tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando.

—Eh... No estoy segura...

—Adelante. Nicolai comprende que lo que oiga en esta habitación no puede salir de aquí.

Nicolai asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—¿Qué tienes que contarnos? —me animó Matthew.

Le eché un vistazo a Misha, que fruncía el ceño con tanta fuerza que pensé que se le iba a partir la cara.

—He visto... —Respiré hondo mientras el corazón me empezaba a palpar con fuerza—. He visto un fantasma fuera del Gran Salón esta noche.

Nicolai giró la cabeza bruscamente hacia mí.

—¿Cómo dices?

Miré a Thierry, sin saber qué responder.

—Trinity puede ver fantasmas y espíritus —explicó Thierry con bastante calma, como si le estuviera diciendo a Nicolai que podía caminar hacia atrás mientras me daba palmadas en la tripa y me frotaba la coronilla—. Eso es todo.

Capté el mensaje implícito.

—¿En serio?

No me hacía falta girar la cabeza para saber que Nicolai se había quedado mirándome.

—Sí.

Me hundí en la silla y me sentí como un extraño insecto bajo un microscopio.

—Nunca he conocido a nadie que pudiera hacer eso.

Sonreí con los labios apretados, terriblemente cohibida.

—Sí, ya me lo imagino —murmuró Matthew.



Lo miré con los ojos muy abiertos y él me guiñó un ojo. No acababa de comprender qué estaba pasando, pero supe en un instante que pasaba algo, y algo importante debía haber cambiado para que Thierry pasara de «no deben saber nada» a revelar una de mis habilidades a Nicolai.

Me mordisqueé la uña mientras le echaba un vistazo al líder del clan de D.C., que, efectivamente, seguía mirándome.

—Por favor, Trinity, continúa —me instó Thierry.

Aparté la mirada de Nicolai.

—El fantasma... Ese hombre fue asesinado por un demonio —anuncié—. Y no fue un demonio Feroz.

La tensión se propagó por la habitación mientras Thierry decía:

—Cuéntanoslo todo.

Y eso hice, a continuación les relaté lo que Wayne me había contado.

—¿Cómo puedes estar segura de que fue un demonio y no un animal? —me preguntó Matthew—. Hay osos en estas montañas.

—El único animal que se me ocurre que podría hacerle eso sería un chupacabras, y la última vez que lo comprobé no eran reales.

—Un chupacabras —repitió Nicolai, y sacudió la cabeza.

Matthew se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre el escritorio.

—¿Cuánto hace que falleció?

—No estoy segura. Estaba demasiado confundido para decírmelo, pero lo vi por primera vez el día que llegaron ellos. —Miré a Nicolai—. Desapareció antes de que pudiera hablar con él, pero no creo que fuera hace mucho. Puede que unos días.

—Tiempo suficiente para que un demonio haya descubierto la comunidad —comentó Matthew, y miró a Thierry.

—Y la torre de vigilancia abandonada está a solo unos kilómetros de aquí —les recordó Misha—. Pero esto podría haber ocurrido más o menos cuando los demonios Ferozes estuvieron aquí.

A Nicolai no pareció sorprenderle en absoluto oír mencionar el ataque, por lo que o bien Thierry lo había puesto al corriente o lo había hecho Zayne.

—¿Es posible que este hombre lleve muerto tanto tiempo? —me preguntó Thierry.

—No soy forense ni interpreto a una en la tele, así que no puedo decirte la hora de la muerte. Podría haber ocurrido antes del ataque de los demonios Ferozes o después —contesté.

—Enviaremos un equipo hoy a explorar la zona. —Thierry comenzó a levantarse—. No quiero que ninguno de los dos le cuente esto a nadie, ni siquiera a Jada. ¿Entendido? No quiero provocar una alarma innecesaria.

—Entendido —dijo Misha, y yo asentí.

Después de eso, nos dio permiso para retirarnos y subí a mi cuarto. Misha me siguió y, en cuanto abrí la puerta, supe que algo iba mal.

El cuarto parecía una nevera.

Recorrí la habitación con la mirada y vi las cortinas ondeando sobre el diván color crema.

—Cacahuete —refunfuñé mientras me dirigía rápidamente a la ventana. Aparté las cortinas, cerré la ventana y luego me giré de nuevo hacia Misha.

—Ese fantasma es muy raro.

—No tanto como lo que acaba de pasar ahí abajo. No me puedo creer que Thierry me hiciera hablar delante de Nicolai. —Me acerqué a la cama y me dejé caer sentada—. Está pasando algo, Misha.

—Por lo general, te diría que estás paranoica, pero tienes razón. —Se apoyó contra la puerta—. Ha sido raro de narices.

—Y que lo digas. —Me lo quedé mirando mientras me frotaba los muslos con las palmas de las manos—. Saber que puedo ver fantasmas y espíritus no es para tanto, pero...

—Pero saber eso es estar un paso más cerca de descubrir lo que eres.

No podía dormir.

Probablemente porque solo eran las once de la noche o así y, por lo general, ni siquiera me planteaba meterme en la cama antes de la medianoche, pero me sentía... rara.

Otra vez.

Inquieta. Impaciente. Irritada.

Ni siquiera sabía por qué me sentía irritada, pero así era.

Había rechazado la oferta de Misha de ir al Foso. Me sorprendió un poco saber que la gente estaba allí, pero tal vez la Investidura había terminado pronto. ¿Quién sabía? Lo único que yo tenía claro era que Misha quería ir al Foso porque Alina probablemente también estaría allí, así que aquí me encontraba, y me sentía...

Impaciente.

Inquieta.

Nerviosa.

Irritada.

Expectante...

No entendía eso último, ni nada de aquello, pero así me sentía: como si estuviera esperando que pasara algo. Como si todo estuviera a punto de cambiar.

O como si algo hubiera cambiado.

Tumbada en la cama, observé las estrellas que brillaban con suavidad mientras levantaba una pierna. El corazón me latía demasiado rápido, como si estuviera en medio de una sesión de entrenamiento con Misha, pero lo único que había estado haciendo durante la última hora era estar ahí acostada. Antes de eso había ido a buscar a Cacahuete, pero supuse que estaría en el Gran Salón espiando a Zayne.

Zayne.

Puf.

Me cubrí la cara con las manos y las deslicé hacia abajo. ¿Había estado coqueteando conmigo? ¿En serio? Aunque daba igual. Cuando se fuera, no volvería a verlo, y se marcharía pronto. La ceremonia final era al cabo de tres días.

Y había cosas mucho más importantes en las que pensar.

Me coloqué de costado, con los ojos bien abiertos. Mil cosas distintas me daban vueltas por la mente. Me preocupaba lo que había matado a Wayne y si el grupo que había salido a explorar encontraría algo. No notaba la presencia de un demonio, pero eso solo significaba que no había uno cerca de los muros.

No podía dejar de pensar en que Thierry y Matthew habían llevado a Nicolai a aquella reunión y le habían contado lo que yo podía ver, lo cual era rarísimo.

Y, sí, también me preguntaba si a Zayne de verdad le faltaba una parte de su alma.

Estaba claro que no iba a dormirme pronto.

Para nada.

Me senté, saqué las piernas de la cama y luego estiré la mano para encender la lámpara de la mesita de noche. Parpadeé hasta que mis ojos se adaptaron y luego me puse en pie. Busqué unas mallas y me las puse, junto con un sujetador deportivo, antes de agarrar una camiseta térmica que le había robado a Misha hacía una eternidad. Era holgada, me quedaba casi como una túnica, y me encantaba porque era cómoda y calentita y siempre olía a clavo, por muchas veces que la lavara.

Salí del cuarto y bajé la escalera. Al pasar por delante del despacho de Thierry, vi que una tenue luz se filtraba por debajo de la puerta de dos hojas. Oí voces. La de Matthew. La de Thierry. Y también una tercera, pero no pude distinguir qué estaban diciendo.

Más reuniones a puerta cerrada.

Si Cacahuete estuviera por aquí, lo enviaría dentro a espiar para mí, algo que estaría encantado de hacer. Decía que lo hacía sentir como Davey Osborne, aunque yo no tenía ni idea de quién era ese, pero suponía que se trataba de algo relacionado con los años ochenta. Sin embargo, Cacahuete sentía tanta curiosidad por nuestros invitados que lo único que hacía era merodear por el Gran Salón.

Bajé la barbilla, salí por la puerta trasera y crucé el patio, y seguí el sendero desgastado que no me hacía falta ver, pues ya había recorrido esa ruta cientos de veces. Me cubrí las manos con las largas mangas y crucé los brazos para protegerme del frío aire nocturno mientras llegaba al muro de piedra más pequeño que el que rodeaba toda la comunidad. Este muro circundaba uno de los parques boscosos más grandes.

Justo al final del muro estaba el Foso.

Me dirigí hacia la abertura que daba al Foso. Me envolvió el aroma a madera quemada. Las risas y el murmullo de las conversaciones se mezclaban con el suave arrullo de la música.

Me detuve en la abertura y observé cómo las llamas danzaban contra el cielo nocturno. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Estaba a punto de meterme en medio de Misha y Alina? Si lo hacía, él se concentraría en mí en lugar de en ella. En lugar de divertirse.

¿Y si Misha no había querido que lo vincularan a mí?

En cuanto ese pensamiento apareció en mi mente, me dieron ganas de restregarme el cerebro con un cepillo de alambre para borrarlo. Ninguno de los dos había tenido elección, ni yo desde que nací ni él desde que me conoció. Misha había dicho que era un honor, y me lo creía, pero simplemente porque algo fuera un honor no significaba que uno lo quisiera.

Di media vuelta, con el estómago revuelto, y empecé el camino de regreso a la casa. Tal vez Thierry y Matthew hubieran terminado lo que estaban haciendo en el despacho y podría darles la lata.

Tal vez volviera a meterme en la cama y me obligara a dormir. Eso sonaba muy divertido.

A mitad de camino desde el Foso, me detuve y levanté la mirada hacia el cielo. Era una noche bastante despejada. Podía ver cuatro puntitos brillantes. Estrellas. Cerré el ojo derecho. Corrección. Podía ver tres puntitos brillantes. Probablemente había más. Probablemente todo el cielo estaba lleno de estrellas, y tal vez si me quedaba mirándolo el tiempo suficiente...

Oí pasos detrás de mí y, en lugar de asestar un puñetazo como había hecho varias noches antes, comencé a darme la vuelta.

Noté un estallido de dolor en la parte posterior de la cabeza, que me bajó por la columna vertebral, provocó un cortocircuito en mis sentidos y me dejó aturdida.

Y entonces me desplomé.

## Diez

Mis rodillas se estrellaron contra el pavimento y me raspé las palmas de las manos contra la superficie áspera.

«Respira».

Eso fue lo que me dije mientras me obligaba a mantener los ojos abiertos, y por poco me abrumaron las náuseas y un dolor agudo y punzante. «Sigue respirando. No te desmayes. Respira». Mi vista se convirtió en un túnel más estrecho de lo habitual y luché para no ceder ante la creciente oscuridad y el dolor palpitante.

Un brazo me rodeó la cintura, una ráfaga de aire se agitó a mi alrededor y me levantaron del suelo. En el fondo de mi mente, lo sabía... Sabía qué me había agarrado. No percibí a un demonio y ningún humano podría alzarme en el aire así.

Un Guardián.

Afloraron recuerdos de un año atrás. Los ojos marrones de mamá abiertos de par en par, llenos de horror, al darse cuenta de lo que estaba a punto de pasar. Nos habían pillado desprevenidas, nos habían traicionado.

«No. Ni hablar».

No iba a pasar eso de nuevo.

Un ramalazo de miedo me atravesó como un disparo y puso en marcha años de entrenamiento, y me obligó a sobreponerme al pánico y el dolor. Apoyé un pie en el suelo y eché el otro hacia atrás para golpear la pantorrilla de mi atacante.

Obtuve un gruñido de dolor como recompensa y el brazo que me rodeaba se aflojó. Dejé de oponer resistencia y el repentino peso muerto de mi cuerpo lo desconcertó. Me dejó caer y choqué contra el suelo y entrechoqué los dientes. Me sobrepuse de nuevo, al dolor de cabeza que me dejaba atontada y a la apabullante confusión. Rodé, luego me levanté de un salto y me di la vuelta.

Y vi una máscara. Una de esas máscaras de muñeca, blanca, de plástico, con las mejillas pintadas de rojo y una amplia sonrisa rosada.

—Voy a necesitar terapia después de esto —dije, y me estremecí mientras retrocedía un paso a trompicones.

El Guardián estaba en su forma humana. Me di cuenta porque empezó a transformarse al mismo tiempo que se lanzaba contra mí. La camiseta oscura se le desgarró por los hombros cuando desplegó las alas y dejó a la vista la piel de color gris oscuro.

Eso era malo..., muy malo. Aunque tuviera mis dagas, que no era así, me aguardaría una pelea completamente diferente en cuanto se le endureciera la piel.

Finté a la izquierda cuando intentó apresarme. Me giré, doblé la cintura y lancé una patada. Mi pie impactó contra un lado de su cara, le echó la cabeza hacia atrás y agrietó la máscara de plástico. Empezó a caérsele, pero no pude ver nada más que sombras debajo de la máscara.

El Guardián retrocedió un paso, tambaleándose, y luego asestó un golpe. Fue demasiado potente y demasiado rápido, procedente de la periferia de mi punto ciego. Salté hacia atrás mientras su mano se transformaba y formaba unas garras muy afiladas. Me enganchó la manga de la camiseta. La tela se rompió y, a continuación, sentí un dolor ardiente en el hombro.

Un calor húmedo me bajó por el brazo mientras giraba para alejarme de su alcance e hizo que me invadiera un terror puro y descarnado. El miedo no se debía a la herida ni al hecho de que un Guardián quisiera hacerme daño... Se debía a la sangre.

Mi sangre.

Su olor llenó el aire y se alzó con el viento, un aroma metálico y dulce que no se podía ocultar.

Los atraería, y saberlo activó aquello que reposaba en el fondo de mi ser, un poder que me habían enseñado a mantener bajo control desde que nací, a mantener oculto hasta que llegara el momento en que mi padre lo desatara..., me desatara.

—No —susurré, a pesar de que era inútil.

Se había activado y no había forma de detenerlo.

Un calor se propagó por mi pecho, el poder y la calidez de mil soles. Me corrió por las venas como una tormenta y rayos ardientes.

Mi gracia salió a la superficie, se apoderó de mí aunque me resistí, aunque intenté pensar en el invierno, en mañanas frías y lluvia helada. No sirvió de nada.

La sentí.

El calor me bajó por el brazo y una luz blanca llenó los bordes de mis ojos.

—Deberías huir.

El Guardián no me hizo caso.

Un fuego blanco brotó de mi brazo y estalló de mi mano y se extendió en forma de llamaradas crepitantes mientras mis dedos se cerraban alrededor de la empuñadura caliente que ya se estaba formando contra la palma de mi mano. La espada pesaba, y ese peso me resultó intrínsecamente familiar, a pesar de que solo la había invocado una vez antes. Los bordes afilados llamearon mientras el propio aire crepitaba y silbaba.

El Guardián desplegó las alas al mismo tiempo que yo levantaba la espada en alto. Las llamas trazaron un arco cuando la hice descender y golpeé a mi oponente en el hombro. La piel de los Guardianes es casi impenetrable. Casi. La espada se hundió en él como si fuera un cuchillo caliente que se deslizara por la mantequilla y quemó piel y sangre antes de que pudiera derramarse en el aire y cortara al Guardián por la mitad mientras el fuego divino lo invadía, consumiendo cada centímetro de su cuerpo antes de que pudiera gritar siquiera.

En cuestión de segundos, no quedó nada del Guardián salvo un montón de cenizas iluminadas por la crepitante espada ardiente. El único rastro era la máscara medio derretida.

La gracia retrocedió y la espada se replegó y se transformó en volutas de humo y en una fina capa de luz dorada que se evaporaron en el viento.

Un hilito de sangre me goteaba de la nariz.

Me agaché despacio y recogí la máscara destrozada. En cuanto mis dedos la rozaron, el plástico se deshizo y se unió al polvo del suelo.

—Vaya —susurré, y luego me enderecé.

Me estremecí, jadeando, y di un paso atrás. La sangre... Me bajaba por el brazo izquierdo, me goteaba de las yemas de los dedos y caía sobre la acera.

Eso era malo, muy malo.

Necesitaba ver a Thierry, de inmediato. Había que limpiar ese desastre antes de que fuera demasiado tarde. Eso era lo prioritario, más importante que intentar averiguar por qué un Guardián había intentado matarme otra vez.

Di media vuelta y eché a correr. Corrí más rápido que en toda mi vida y no reduje la velocidad, a pesar de que cada paso hacía que me martilleara la cabeza como si una batería se hubiera instalado dentro de mi cráneo. No aflojé el paso ni cedí a la oscuridad que me perseguía. Si me desmayaba y no conseguía llegar hasta Thierry, y seguía sangrando, vendrían.

Sobre todo si lo que había matado a Wayne seguía por los alrededores. Vendrían en tropel.

Llegué al borde del muro que rodeaba mi casa, giré a la derecha...

Y me estrellé contra algo cálido y duro, algo que olía a... menta fresca.

Zayne.

Salí despedida hacia atrás, tambaleándome.

—Pero ¿qué rayos...? —exclamó él mientras me agarraba del brazo. El brazo herido. Ahogué un grito y me lo tragué mientras el dolor me abrasaba—. ¿Trinity?

Tiró de mí tan rápido que no pude detenerme. Reboté contra su pecho y luego no llegué muy lejos. Me agarró el otro brazo para ayudarme a recobrar el equilibrio. El aroma a menta fresca desplazó el olor metálico de mi propia sangre. Mi mirada desenfrenada se posó en su cara, pero había demasiada oscuridad para poder verlo.

—Joder —susurré, y sentí náuseas—. Eres como un muro. Un muro cálido y duro.

—¿Un muro cálido y duro? Un momento. —Su voz se llenó de preocupación al desplazar las manos—. Estás sangrando. Joder. Estás sangrando mucho.

Fui vagamente consciente de que me tocaba con más delicadeza mientras el corazón me repiqueteaba en el pecho.

—Más o menos.

—¿Más o menos? ¿Qué te ha pasado? —Zayne me sujetó por un brazo. La ira se unió a la preocupación y endureció su tono al hablar—. ¿Quién te ha hecho esto?

Comencé a responder, pero me detuve.

—No... no lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. —Tragué saliva para tratar de contener las náuseas. Dios, iba a vomitar. O a desmayarme. Puede que ambas cosas—. Necesito... Necesito ver a Thierry.

—Me parece que necesitas un médico.

Una mano me tocó la mejilla y volví a sentir aquel extraño cosquilleo: una aguda sensación de reconocimiento. Me aparté bruscamente.

—Lo siento —fue la áspera respuesta—. No te preocupes. Todo va a ir bien.

Yo no estaba tan segura de eso.

—Nicolai —gritó Zayne, y el estómago me dio un vuelco. No estaba solo. Genial. ¿Cómo les íbamos a explicar eso?—. Tenemos un problema.

—No hay ningún problema —murmuré al darme cuenta de que el líder del clan de D.C. se unía a nosotros.

—¿Qué demonios ha pasado? —exigió saber Nicolai.

—Tuve un accidente —contesté.

—¿Con una motosierra? —sugirió Zayne—. ¿Estás herida en otro sitio?

—Estoy bien. —Me aparté de sus manos. Mis piernas... A mis piernas les pasaba algo raro—. Solo necesito llegar a la casa. Matthew está... Él puede ayudarme.

—Trinity...

—Necesito ver a... —El mundo se tambaleó un poco—. Vaya.

—Vaya ¿qué? —La mano volvió a posarse en mi mejilla, con los dedos extendidos, y se deslizó por un lado de mi cuello y entre mi pelo. A pesar de que tenía ganas de vomitar, me estremecí en respuesta al lento roce de su piel sobre la mía—. También te sangra la cabeza.

¿Ah, sí? No debería sorprenderme. El Guardián había intentado aplastarme el cráneo.

—Solo necesito...

—Creo que no se encuentra bien —dijo Nicolai con voz urgente.

Zayne se acercó a mí y me vi atraída por el calor de su cuerpo. Aquella sensación rara que notaba en las piernas se incrementó y la poca luz que podía ver se apagó. Me pareció que Zayne gritaba mi nombre.

Cuando volví en mí, ya no estaba sobre mis pies. Me... me llevaban en brazos. Mi mejilla estaba apoyada contra un pecho..., contra el pecho de Zayne.

Pero ¿qué diablos...?

—Déjame en el suelo —le ordené mientras intentaba levantar la cabeza, pero la notaba rara. Como si pesara una tonelada.

—No pienso dejarte en el suelo. —Sus pasos eran largos y rápidos—. Te acabas de desmayar y no me apetece tener que atraparte de nuevo.

La confusión me inundó.

—No... no me he desmayado.

—¿De verdad vas a discutir conmigo cuando te acabas de desplomar como un saco de patatas?

¿Un saco de patatas? Qué... halagador.

—Nunca me he desmayado en toda mi vida.

—Bueno, hay una primera vez para todo.

Intenté ver dónde estábamos, pero no había suficientes luces.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde está Nicolai?

—Se adelantó para buscar a Thierry. No tengo ni idea de dónde hay un hospital en este sitio. Si lo supiera, ahí estarías metida.

Cerré los ojos con fuerza e intenté no pensar en el hecho de que iba en los brazos de Zayne, que no solo era el tío más atractivo que había visto nunca, sino también...

—Te... huelo.

—¿Qué? —exclamé entre dientes mientras abría los ojos de golpe. Ahora estábamos bajo unas luces, unos focos, y Zayne me miraba fijamente mientras avanzaba dando grandes zancadas—. ¿Me estoy desangrando y tú te tomas el tiempo de decirme que huelo?

—¿No decías que estabas bien?

—No... No huelo.



—Claro que sí. —Parecía confundido—. Hueles a... helado.

Me lo quedé mirando y pensé que el golpe en la cabeza me había afectado al oído.

—¿Qué?

—Es la verdad. —Soltó una carcajada breve e indecisa—. Ni siquiera sabía que tuviera un olor específico, pero lo tiene. A vainilla y azúcar —continuó, y no supe decir si estaba hablando en serio o no.

—No huelo a helado —refunfuñé—. Y déjame en...

—¡Trinity! —Thierry rugió mi nombre tan fuerte que estaba segura de que lo habrían escuchado en el Cielo, y entonces apareció allí, a nuestro lado. Me tocó la mejilla—. Dios Santo, llévala dentro ya.

A Zayne no le hizo falta que se lo dijeran dos veces. Subió los escalones y entramos por la puerta abierta hacia la casa bien iluminada. Entreví fugazmente a Matthew. Se acercaba a toda prisa con un botiquín en el que esperaba que llevara medicamentos muy muy potentes.

—¿Ha sido Clay? —me preguntó Thierry.

Zayne se puso tenso.

—¿Quién diablos es Clay?

El corazón me dio un brinco en el pecho. ¿Habría hecho esto por lanzarlo por la ventana de una patada? Recordé lo que había dicho en el Foso. «Un día de estos». Había sido una especie de advertencia.

—No... no lo sé. —No estaba segura de cuánto podía decir delante de Zayne, y no tenía ni idea de dónde estaba Nicolai—. No vi quién era, pero ya no...

Me interrumpí y miré a Thierry a los ojos, y deseé que entendiera lo que no podía expresar con palabras.

Sus ojos se ensancharon ligeramente y supe que lo había entendido.

—Ay, Trinity —susurró—. ¿Dónde ha pasado esto?

Se lo conté y luego susurré:

—Lo siento.

—¿Qué te tengo dicho? —me preguntó mientras me tocaba la frente.

—No lo sé —contesté con un susurro—. Me has dicho muchas cosas.

Thierry soltó una risita ronca.

—Te lo volveré a preguntar más adelante, la próxima vez que te disculpes por lo que no puedes evitar.

Entonces apareció Matthew e hizo a un lado a Thierry. Me recorrió con la mirada y se entretuvo en el brazo aplastado contra el pecho de Zayne.

—¿En qué te has metido esta vez, Trin?

—Un problemilla.

Las comisuras de la boca de Matthew se curvaron hacia arriba.

—Acabas de toparme con un problemilla, ¿no?

—Como siempre —susurré.

—¿Puedes ayudarla? —nos interrumpió Zayne, y dirigí la mirada hacia él. Levanté la vista y no pude... No pude volver a apartarla. Zayne me estaba mirando fijamente, con la fuerte línea de la mandíbula apretada—. Porque me parece que se está desangrando encima de mí.

Empecé a fruncir el ceño. No hacía falta que sonara tan ofendido.

—No te obligué a llevarme en brazos.

—¿Debería haberte dejado allí tirada en el suelo?

—Sí —dije con actitud desafiante—. Y no estaba tirada en el suelo. Por poco me arrollas.

—Te chocaste conmigo.

—¿Porque estabas escondido detrás de un muro!

—Sabes perfectamente que yo no soy el que se esconde detrás de las cosas. —El magnífico rostro de Zayne reflejaba desconcierto—. Entonces, ¿preferirías que te hubiera dejado allí?

—Es preferible a oírte protestar como un quejica por sangrarte encima.

—Eres tan... insufrible.

Le devolví la mirada hostil.

—Espero haberte manchado la ropa.

Le temblaron los labios al mismo tiempo que esos ojos fríos se caldeaban.

—Estoy seguro de que lo has logrado.

—Perfecto —mascullé.

—Bueno, veo que no está a las puertas de la muerte, si está discutiendo. Tráela a la cocina —ordenó Matthew—. Será más fácil limpiar allí.

Zayne siguió a Matthew por el pasillo, y yo seguí... Seguí mirándolo. Y él... Él siguió mirándome. No me explico cómo se las arregló para no chocarse con una pared u otra cosa.

—¿Dónde está Misha? —exigió saber Thierry desde algún lugar a nuestra espalda.

Zayne parpadeó y levantó la mirada.

—Está... ocupado —contesté.

—Eso es inaceptable —soltó Thierry, que se adelantó con paso airado.

Por fin conseguí apartar la mirada de Zayne.

—No es culpa suya...

—Se supone que debe estar contigo —bramó Thierry, lo que me hizo dar un respingo—. Tiene un solo trabajo. —Agitó una mano en el aire—. ¡Uno! Eso es todo.

Los brazos de Zayne se tensaron a mi alrededor.

—¿Por qué no te calmas un poco?

La cabeza del Duque se giró hacia él.

—¿Cómo dices?

—No creo que gritar vaya a ayudar a Trinity en este momento. —Zayne sostuvo la mirada incrédula del Duque, y entonces decidí que no era tan irritante como había pensado antes—. Le estás haciendo dar brincos como si fuera un pez moribundo.

Vale. Seguía siendo insoportablemente irritante.

Matthew apareció de pronto en mi línea de visión y apartó dos sillas del camino.

—Zayne tiene razón, Thierry. Ya habrá tiempo para gritar luego. Déjala aquí.

—¿En el suelo? —Zayne vaciló—. Estaría más cómoda en una cama o, por lo menos, en un sofá.

—Sí, pero necesito que la dejes en el suelo —explicó Matthew—. Ya.

—No pasa nada. El suelo está bien —le aseguré con la mirada clavada en el botiquín situado sobre la silla.

Durante un momento, pensé que Zayne no iba a hacer caso, pero luego se arrodilló. Me depositó con cuidado sobre lo que parecía una manta. Supuse que entonces se apartaría, pero no lo

hizo. Me asombró que se quedara arrodillado a mi lado.

—Vale. Intentaré no hacerte daño. Trin —dijo Matthew, pero yo estaba observando de nuevo el rostro de Zayne—. Solo necesito revisarte el brazo y luego...

—La cabeza —respondió Zayne por mí, y luego me hundí en esos ojos de color azul pálido. Eran insondables y... de repente me recordaron a los ojos de otra persona. No conseguía recordar de quién se trataba, pero comprendí que ya había visto unos ojos como los suyos. O la pérdida de sangre me estaba haciendo pensar eso—. Le sangra la cabeza y también la nariz.

—Gracias. —Los dedos de Matthew se movieron con suavidad y rapidez y desprendieron la manga destrozada—. Ay, cielo. Esto va a necesitar puntos.

La mirada de Zayne se apartó de la mía.

—Dios mío. Le han... Le han clavado unas garras. —Un músculo le palpitó en la mandíbula mientras levantaba la mirada hacia Thierry, que se encontraba junto a mi cabeza—. ¿Por qué iban a clavarle unas garras aquí?

—Llama a Misha —le ordenó Thierry a alguien que no pude ver—. Averigua qué diablos lo tiene tan ocupado. Necesito que alguien encuentre a Clay y se asegure de que sigue... aquí. Y envía un equipo ahí fuera, junto al parque, a limpiar la sangre enseguida.

—¿Clay? —quiso saber Zayne de nuevo, y me miró a los ojos—. ¿Era ese Guardián que se estaba metiendo contigo en el Foso?

No contesté.

—Si fue él, ya no le causará más problemas a nadie —comentó Matthew en voz baja.

Zayne no respondió a eso, porque supuse que sabía lo que significaba. Si había sido Clay, estaba más que muerto. Matthew deslizó los dedos debajo de mi cabeza y palpó alrededor. Hice una mueca y cerré los ojos con fuerza al sentir una punzada de dolor.

Thierry ordenó:

—Tú. Necesito tu ropa ya.

—¿Qué? —exclamó Zayne.

—No quiero tener que repetirme. Necesito que te quites la ropa ya. Hay que destruirla.

Madre mía. Abrí los ojos, porque, si se iba a desvestir, me iba a comportar como Cacahuete. No me avergonzaba. Si moría desangrada... al menos moriría tras conseguir ver lo que había debajo de esa camiseta.

Era una persona horrible.

—¿Por qué hay que destruir mi ropa? —preguntó Zayne.

—Haz lo que dice —lo interrumpió Nicolai. Caray, me había olvidado de que estaba ahí presenciando todo eso—. Estoy seguro de que te proporcionará algo que ponerte y respuestas.

No me parecía que fueran a obtener las respuestas que buscaban.

—No noto nada demasiado preocupante en tus heridas, pero voy a tener que coserte este brazo. —Matthew volvió a depositar mi cabeza en el suelo y abrió su botiquín—. Voy a darte algo que te dejará inconsciente, ¿vale? No hace falta que estés despierta para esto.

—Vale. —Miré a Zayne, porque no quería ver aquella aguja. Para nada—. No me gustan las agujas.

Las manos de Zayne descansaban sobre sus rodillas y estaban teñidas de rojo... Estaban cubiertas de mi sangre.

—Como a la mayoría de la gente, supongo.

Tragué saliva cuando los dedos de Matthew me rozaron el centro del brazo.

—Tú pareces alguien a quien le gustan las agujas.

—¿Porque soy como un dolor de muelas?

Mi risa se transformó en un grito ahogado cuando la aguja se me clavó en el brazo.

—Lo has dicho tú. No yo.

Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

—¿Vas bien?

—Sí. —Parpadeé despacio y noté cómo la hormigueante calidez me subía por la nuca y se propagaba por mi cráneo—. ¿Y tú?

La otra comisura de esos labios se elevó.

—Sí.

—Eso está bien, porque, si te desmayas, podrías caerme encima —dijo—. Y pareces pesar mucho.

—Peso mucho. —Miró a Matthew un instante y luego de nuevo a mi, y me sostuvo la mirada justo cuando yo me disponía a comprobar qué estaba haciendo Matthew con aquella aguja—. ¿Quieres oír algo raro?

Tragué saliva al sentir cómo la calidez me inundaba el pecho.

—Claro.

Zayne se inclinó hacia mí y, cuando habló, su voz sonó muy baja.

—Siento como si... como si ya nos hubiéramos conocido antes —dijo, y fui vagamente consciente de que los dedos de Matthew se detenían—. Me sentí así la primera vez que hablamos, pero no nos habíamos visto nunca. Me acordaría.

Mi pulso se aceleró con dificultad, porque yo... yo también me había sentido así.

—Me pasa lo mismo —murmuré—. Qué raro, ¿no?

—Sí —contestó él.

—Thierry —susurró Matthew, pero no oí lo que dijo, si es que dijo algo más.

Lo último que vi fueron esos ojos de color azul pálido, y luego ya no vi nada más.

## Once

Cuando volví a abrir los ojos, la cara transparente de Cacahuete estaba justo encima de la mía.

—Creí que estabas muerta —comentó.

Solté una exclamación ahogada mientras me encogía de nuevo en la cama y me alejaba de él.

—Por el amor de Dios, no vuelvas a hacer eso nunca.

El fantasma ladeó la cabeza.

—¿El qué?

—¡Eso! —chillé—. Flotar sobre mí mientras duermo.

—Lo hago constantemente.

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué?

—Lo siento. Olvídalo. —Se deslizó hacia un lado, hasta algún punto fuera de la línea de mi visión—. Me alegro de que no estés muerta.

—Yo también. —Tenía la boca y la garganta increíblemente secas, así que me senté y miré a mi alrededor. Estaba en mi cuarto y la lámpara de la mesita de noche estaba encendida y proyectaba un suave resplandor en la oscuridad. Encima de mí, las estrellas del techo resplandecían—. ¿De verdad haces eso mientras duermo?

—¿De verdad quieres que te conteste?

Lo medité.

—No.

Él soltó una risita.

Aparté la manta y me eché un vistazo.

—¿Cómo acabé en pijama?

—Una mujer te lavó y te cambió de ropa. Creo que quemaron tu ropa o algo así. Estabas fuera de combate. —Cacahuete flotó hasta el centro del cuarto—. No miré. Lo juro. Solo espío a los desconocidos.

—Eso... Eso no es mejor.

—No me juzgues a mí ni mi vida ni mis decisiones.

Me lo quedé mirando y luego volví a tumbarme. Me sentía como si no tuviera tendones entre los huesos y los músculos. Era consciente de que ese profundo agotamiento no tenía nada que ver con los medicamentos que Matthew me hubiera inyectado.

Hablando de medicamentos... Me subí la manga del brazo izquierdo. Tres inflamadas marcas rojas se extendían a lo largo de unos diez centímetros por mi piel. Los puntos eran pulcros y

precisos, pero... sin duda me iba a quedar cicatriz.

Una cicatriz no tenía importancia.

Lo que había pasado y por qué sí que tenía importancia. Si no había sido Clay, entonces tenía... tenía que ser como lo que le pasó a mi madre, y eso significaba que no estaba segura ahí.

En realidad, no estaba segura en ningún sitio.

¿Y si había sido Clay? No tenía ni idea de lo que significaría eso. Me había defendido, pero los Guardianes... Bueno, a veces estaban por encima de lo que yo consideraba que estaba bien o mal.

Peor aún, había sangrado por todas partes. Si había más demonios Feroces por los alrededores, o si ese demonio de Nivel Superior estaba cerca, se transformarían en enormes sabuesos, rabiosos y voraces. Olfatearían esa sangre y vendrían aquí.

Los demonios solían volverse un tanto... caníbales cuando atrapaban a alguien como yo. Esa era una de las razones por las que era la última de mi especie.

Todo eso tenía importancia, por lo que una cicatriz no era nada.

Me solté la manga y dejé caer la mano sobre el vientre mientras asimilaba lo que me había pasado.

Todo estaba a punto de cambiar.

—Viene alguien —anunció Cacahuete y, un segundo después, la puerta se entreabrió.

Me apoyé en los codos y entrecerré los ojos. Era Thierry.

—¿Trin?

—Estoy despierta —dije con voz ronca.

La puerta se abrió del todo y vi que no estaba solo. Matthew lo seguía y llevaba lo que esperaba que fuera un vaso de agua. Esperaba ver a Misha justo detrás de ellos, pero Matthew cerró la puerta.

Qué... raro.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Thierry, que casi atravesó a Cacahuete de camino a la silla del escritorio.

—Bien. —Vi cómo Cacahuete agitaba el brazo en vano delante de la cara de Thierry—. Solo cansada.

Matthew se sentó junto a mis piernas.

—¿Crees que puedes sentarte y beber un poco de agua?

—De hecho, saltaría por esa ventana por un poco de agua —contesté mientras me incorporaba. Los puntos me tiraron del brazo.

—Eso sería interesante —comentó Cacahuete mientras Thierry acercaba la silla a la cama.

—No hace falta llegar tan lejos. —Thierry estiró las manos detrás de mí y ahuecó las almohadas para que pudiera recostarme contra ellas—. ¿Estás muy agotada?

Thierry sabía lo que me pasaba después de usar mi gracia. Había pocas cosas que él no supiera.

—Igual que siempre.

—La hemorragia nasal no parece tan grave esta vez —opinó Matthew mientras me ofrecía el vaso.

Así era. La última vez, había estado sangrando durante horas.

Agarré el vaso de manos de Matthew y bebí con avidez hasta que sus dedos cubrieron los míos y me apartaron el vaso de los labios.

—Despacio. No vaya a sentarte mal.

—Y acabes potándote encima —añadió Cacahuete, que ahora se encontraba detrás de Thierry.

—¿Puedes hablar sobre lo que pasó? —me preguntó Thierry.

De mala gana, bajé el vaso casi vacío.

—Estaba aquí, pero... no podía dormir, así que me levanté y fui al Foso, pero, cuando llegué allí, cambié de opinión. En el camino de regreso, oí a alguien detrás de mí. Antes de poder echar un vistazo, me pegaron en la nuca. El golpe me dejó aturdida.

—¿No viste quién fue? —inquirió Thierry.

Apuré el resto del agua y le di las gracias a Matthew con un murmullo cuando agarró el vaso.

—Llevaba una máscara.

Matthew enderezó la espalda y sus ojos azules saltaron de mí a Thierry.

—¿Qué clase de máscara?

—Una máscara de muñeca que daba muy mal rollo. De esas con las mejillas pintadas de rojo.

—Me estremecí—. No llegué a verle la cara, pero sé que era un Guardián. —Me preparé para la respuesta a mi siguiente pregunta—. ¿Fue Clay?

—Todavía no lo hemos encontrado —respondió Thierry—. No estaba en su casa ni en el Foso.

Miré a uno y luego al otro.

—Entonces, ¿podría haber sido él?

—Tal vez —dijo Thierry.

No sabía qué pensar. ¿De verdad Clay me habría atacado porque se había metido en problemas por lo que pasó entre nosotros? Era horrible planteármelo siquiera, pero, al mismo tiempo, ¿era mejor que el atacante fuera un enemigo desconocido?

—Están haciendo un recuento de todo el mundo para ver si falta alguien —prosiguió Thierry, como si pudiera leerme la mente—. En breve sabremos quién fue.

Realicé una inspiración corta y me centré en Thierry.

—Lo siento mucho. Intenté impedirlo, y me resistí, pero no estaba... preparada. —La vergüenza me obstruyó la garganta—. Me atacó por la espalda y me arañó. Supongo que el instinto se apoderó de mí. No pude...

—Basta. —Thierry me cubrió la mano con la suya—. No tienes nada por lo que disculparte. Hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Pero...

—Sin peros. Lo que pasó no es culpa tuya. Si alguien tiene la culpa es el cabrón que te atacó, y Misha...

—No es culpa de Misha.

—Ya he hablado con él. —Thierry se echó hacia atrás—. Misha sabe que él es responsable en parte. Debería haber estado contigo...

—Le dije que iba a quedarme en casa toda la noche, y no lo hice. Él no sabía que iba a salir —razoné, pues no quería que Misha tuviera problemas—. Creía que aquí estaba a salvo.

Thierry apretó la mandíbula.

—Su deber no es hacer lo que le digas ni asumir que vas a hacer una cosa u otra, Trinity. Ya lo sabes.

—No puede cuidar de mí a todas horas. Necesita tener una vida.

—Tú eres su vida —protestó Thierry—. Puede sonar extremo, pero es la verdad.

—Ella ya lo sabe, al igual que Misha —intervino Matthew con soltura—. Pero son jóvenes. Ambos. Van a cometer errores. Bien sabe Dios que nosotros hemos cometido muchos. —Miró a Thierry—. Hemos cometido graves errores que, inevitablemente, han conducido a otros.

Yo no tenía ni idea de a qué se refería.

Thierry se recostó en la silla con el ceño fruncido. Transcurrió un largo momento.

—¿Hay algo más que puedas contarnos sobre la persona que te atacó?

Todavía quería asegurarme de que Misha no estuviera metido en demasiados problemas, pero también sabía que debía responder a todas las preguntas que pudiera.

—No dijo nada. Simplemente se me acercó sigilosamente y me golpeó en la nuca. Me defendí, y creo que eso lo sorprendió. No lo sé, pero lo único que puedo describiros es la máscara.

Thierry se quedó callado y me fijé en que Cacahuete había desaparecido. Me recosté contra las almohadas apiladas.

—¿Creéis que es como lo que pasó... cuando mataron a mi madre?

Matthew bajó la cabeza, pero Thierry se inclinó hacia mí.

—No lo sé, Trin. Después de lo que le pasó a tu madre, localizamos a todos los Guardianes que trabajaban con Ryker.

Se me heló la piel ante la mención de ese nombre. Nunca se pronunciaba en voz alta. Ni siquiera me acordaba de la última vez que lo había oído.

—Podría habérsenos escapado uno —añadió Thierry con un suspiro—. Es una posibilidad.

No me parecía que Clay hubiera estado muy unido a Ryker.

—Si se trata de un seguidor de Ryker, entonces ¿por qué ahora? ¿Por qué venir a por mí después de todo este tiempo?

Thierry y Matthew intercambiaron una larga mirada, un gesto que me provocó muchísima curiosidad. Fue Matthew quien respondió.

—Alguien podría haber descubierto lo que eres. No sé cómo. Hemos tenido mucho cuidado.

En mi opinión, contarle al líder del clan de D.C. que podía ver fantasmas y espíritus no era tener demasiado cuidado, pero yo tampoco lo había tenido cuando lancé a Clay por una ventana de una patada.

Por supuesto, Clay nunca habría descubierto lo que era, pero tuvo que darse cuenta de que había algo raro en mí.

—Es que... no entiendo por qué un Guardián querría hacerme daño —dije después de un momento—. Tampoco lo entendí entonces. No soy peligrosa.

Ambos hombres se quedaron callados y fue Matthew quien rompió el silencio de nuevo.

—Pero sí que lo eres.

El corazón me dio un vuelco mientras lo miraba a los ojos.

Él esbozó una débil sonrisa.

—Thierry y yo sabemos que nunca supondrías un peligro para un Guardián, pero eres un arma, Trinity, y, cuando alguien que se supone que no debe saber lo que eres lo descubre, reacciona



como nos han entrenado a todos a reaccionar ante un arma que podría acabar con nuestras vidas en cuestión de segundos.

Oír eso me hizo sentir como si me pasara algo malo. Como si no fuera... una persona capaz de contenerse para no ceder ante tendencias salvajes y violentas.

—Eso no implica que lo que Ryker hizo ni lo que este Guardián intentó hacer esté bien — continuó Matthew.

Thierry se pasó una mano por la cabeza y se agarró la nuca.

—Con suerte, mañana ya sabremos quién fue y con quién se relacionaba y así descubriremos quién más podría estar al tanto.

La inquietud nunca me había invadido tan rápido como en ese momento. ¿Y si había más?

Thierry empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—También tengo buenas noticias. Los exploradores han regresado. No encontraron demonios cerca de la comunidad.

Era una buena noticia, pero todavía no estábamos fuera de peligro. Después de todo, me había puesto a sangrar como un cerdo ensartado.

—Quiero que descanses un poco. —Thierry se inclinó y me depositó un rápido beso en el centro de la frente—. ¿De acuerdo?

—Vale —le prometí.

Thierry se marchó entonces y cerró la puerta, y Matthew y yo nos quedamos solos.

—¿Qué más está pasando? —le pregunté—. Todos os comportabais de forma muy rara, incluso antes de que pasara esto. Todas esas reuniones a puerta cerrada. Permitisteis que Nicolai se quedara en la habitación y os pareció genial que supiera que puedo ver fantasmas y espíritus.

Matthew negó con la cabeza despacio, con la mirada clavada en la silla en la que se había sentado Thierry.

—No está pasando nada, Trin.

—¿En serio?

Se inclinó hacia mí y se movió despacio para que pudiera verlo acercarse. Deslizó los dedos por mi pelo enmarañado y me lo echó hacia atrás.

—Que Nicolai sepa que puedes ver espíritus y fantasmas no le ayuda a saber lo que eres. Hay muchos humanos por ahí que pueden hacer lo mismo.

Sí, pero la sangre de esos humanos estaba muuuy diluida y no tenían idea de cómo habían obtenido sus dones sobrenaturales.

Matthew se puso en pie con fluidez.

—Por cierto, tienes visita.

—¿Misha?

Matthew me dedicó una amplia sonrisa.

—Parece que te has hecho amiga del joven Guardián de la capital.

—¿Qué?

Abrí los ojos como platos.

—Pues sí. Ha estado esperando para verte. —Matthew hizo una pausa—. Ahí fuera, en el pasillo, concretamente. Se niega a irse hasta comprobar con sus propios ojos que no te desangraste encima de él. Estoy bastante seguro de que esas fueron sus palabras exactas.

Cómo no.

Matthew abrió la boca y luego la cerró.

—¿Dónde estaba Zayne cuando te topaste con él?

—Estaba rodeando el muro interior, junto a esta casa. Iba con Nicolai. ¿Por qué?

—¿No te dijo qué estaba haciendo allí fuera?

—No. ¿Por qué? —Me puse tensa—. ¿No creerás que tuvo algo que ver con... con lo que me pasó? —Ni siquiera me parecía bien sugerir eso—. ¿Matthew?

—No. En absoluto. —Su sonrisa fue breve—. Simplemente fue... muy oportuno.

Desde luego.

—¿Te sientes con ánimos para verlo un momento?

Todavía estaba un tanto estupefacta ante el hecho de que Zayne quisiera verme, y que Thierry y Matthew se lo permitieran.

Y que Misha no estuviera en el pasillo hecho una furia por ello.

Así que asentí y esperé no verme tan mal como me sentía, y luego, de inmediato, me dije que mi aspecto no importaba para nada.

Matthew abrió la puerta y salió al pasillo. Lo oí hablar y luego, un segundo después, Zayne apareció en la puerta. Se había cambiado y ahora llevaba lo que habría jurado que era ropa de Thierry: una camiseta blanca y un pantalón de chándal de nailon. Tenía el pelo húmedo y apartado de la cara.

De pronto recordé lo que me había dicho antes de perder el conocimiento. «Me siento como si ya nos hubiéramos conocido antes». ¿De verdad había dicho eso? ¿O había sido cosa de los medicamentos que Matthew me había inyectado en las venas? No estaba segura, pero, a medida que Zayne se acercaba, sin apartar los ojos de mí ni una sola vez, supe que yo también me había estado sintiendo así desde el principio.

Era como si lo conociera.

Se detuvo al pie de la cama.

—Me alegra ver que no estás muerta.

Me temblaron los labios.

—Soy difícil de matar.

—Es bueno saberlo. —Se giró hacia la silla que había ocupado Thierry—. ¿Puedo?

—Claro.

Hice caso omiso del leve hormigueo nervioso que me recorrió las venas cuando se sentó en la silla. Eché un vistazo hacia la puerta, todavía esperando ver aparecer a Misha.

—¿Cómo te sientes?

Miré a Zayne y aquel desasosiego regresó con ganas. Me había equivocado sobre lo que era. No era nerviosismo. Era como tomar un trago de una bebida energética muy potente, como la excitación por el exceso de cafeína.

—¿Trinity? —dijo, y ladeó la cabeza.

—Lo siento. —Parpadeé—. Estoy bien. Solo un poco dolorida.

Su mirada se dirigió hacia mi hombro, donde yo sabía que solo se veían los bordes de las marcas de garras. También sabía que, dentro de un día aproximadamente, esas marcas estarían casi curadas.

—¿Qué te pasó ahí fuera?

—No estoy muy segura.

Y era la verdad.

Zayne acercó la silla a la cama, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Un mechón de pelo húmedo cayó hacia delante y le rozó la mejilla.

—Thierry y Matthew no me contaron mucho, pero tengo la impresión de que quienquiera que te atacó está muerto. ¿Es así?

—Sí —admití.

—Bien.

Di un respingo de sorpresa.

—Intentaba hacerte daño. —Señaló mi brazo con un gesto de la barbilla—. Te hizo daño. Se llevó su merecido.

Madre mía.

Zayne era un tanto sanguinario.

Eso me gustó bastante.

—¿Y lo hiciste tú? ¿Mataste a un Guardián? —prosiguió, pero no respondí—. ¿Cómo?

Negué despacio con la cabeza.

—¿Las dagas? —sugirió, y luego añadió—: O has recibido muchísimo más entrenamiento de lo que admites.

Una sonrisa me tiró de las comisuras de los labios. Hora de cambiar de tema.

—¿De verdad has estado esperando en el pasillo todo el rato?

—Salvo cuando me cambié de ropa y me duché, sí. —Se volvió a colocar el mechón de pelo detrás de la oreja. Esperé que Cacahuete no lo hubiera estado espionando otra vez—. A tu sombra no le hizo mucha gracia.

—¿Viste a Misha?

—Brevemente. —Se tiró del cuello de la camiseta—. ¿Es tu... novio?

—¿Qué? —Solté una carcajada—. Es un Guardián.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —repetí, y abrí mucho los ojos—. Los Guardianes solo salen con otros Guardianes.

Él frunció el ceño.

—Eso no es cierto.

—¿Tú has salido con humanas?

—He salido con chicas que no eran Guardianas.

—Ah. —No supe qué hacer con esa información aparte de aferrarla fuerte para fantasear con ella luego—. Misha y yo nos besamos una vez. Bueno, en realidad, yo lo besé a él. Fue muy raro, porque es como un hermano para mí... Me dio muy mal rollo. —No sabía por qué le estaba contando eso, pero Zayne me estaba escuchando—. En fin, en realidad es como mi hermano, salvo por ese único beso..., que me pareció incestuoso.

Zayne apretó los labios.

—Demasiada información, ¿no?

—Un poco. Lo añadiré a tu lista de cualidades. —No pudo seguir conteniendo la sonrisa—. Debo decir que lo vi muy preocupado por ti.

Miré hacia la puerta. ¿Dónde estaba Misha?

—Yo también estaba preocupado por ti.

Mi mirada regresó bruscamente hacia él.

—¿Por qué?

Alzó las cejas al mismo tiempo que se le borraba la sonrisa.

—¿De verdad me estás preguntando eso?

—Sí. Creía que me considerabas insufrible y frustrante.

—Así es. —Una rápida sonrisa apareció y luego desapareció—. Eso no significa que no pueda preocuparme.

—Bueno, como puedes ver, estoy perfectamente.

—Nadie puede estar perfectamente después de sangrar tanto —comentó y, bueno, no pude discutirlo—. Thierry y Matthew reaccionaron de forma un tanto extraña ante todo el tema de la sangre.

Mierda. Deberían haberlo pensado antes de ponerse como locos por culpa de la sangre.

—Son... muy tiquismiquis con la sangre y esas cosas.

—Ya.

No se lo había tragado ni por asomo.

—He visto muchas cosas raras. Ya te lo he dicho. —Hizo una pausa—. He pasado por muchas cosas raras.

Bueno, si había perdido una parte de su alma, eso sin duda se consideraría raro. Probablemente estaría en el primer puesto de la lista de cosas raras.

Zayne no había terminado.

—Tú, este clan y todo lo que ha pasado desde que llegué os disputáis el premio a lo más raro. No vinimos para asistir a la Investidura. Vinimos a buscar refuerzos, y Thierry exigió que nos quedáramos, lo cual es de lo más extraño porque casi nunca le dan permiso a nadie para venir, mucho menos para quedarse un tiempo. Y luego estás tú.

—¿Yo? —exclamé con voz aguda.

—Una humana que vive en la sede regional de poder, una humana que puede matar a un Guardián. ¿Y todo eso de la sangre? Sí. Esta mierda es rara de narices.

—No tengo idea de qué responder a eso.

—Bueno, prepárate, porque sé algo más sobre ti. —Me puse tan tensa que una sorda punzada de dolor me recorrió el brazo—. Nicolai me dijo que puedes ver fantasmas.

Mi boca se abrió y luego se cerró. Me costó un momento poder hablar.

—Se suponía que no debía contarle.

—Hay muy pocas cosas que Nicolai no me cuente —contestó, y ladeó la cabeza—. Entonces, ¿es cierto?

Sacudí ligeramente la cabeza mientras repetía lo que me había dicho Matthew.

—No soy la única persona que hay por ahí que puede ver fantasmas y espíritus, Zayne. Mucha gente puede hacerlo. No es para tanto.

Soltó una risita suave mientras dejaba que las manos le colgaran entre las rodillas.

—Solo tú pensarías que eso no es para tanto. Sí que lo es. No conozco a nadie más que pueda hacer eso.

—Puede que sí que conozcas a otros que también los vean, pero no te lo hayan dicho.

—Lo dudo —murmuró—. ¿Siempre has podido verlos?

—Sí —admití. Me resultaba raro, pero agradable a la vez, hablar con Zayne sobre lo que podía ver—. Siempre.

—¿Cómo es? —me preguntó, y la curiosidad se reflejó en su voz.

Alcé las cejas.

—Es difícil de explicar. A ver, los fantasmas y los espíritus son diferentes. ¿Lo sabías?

Negó con la cabeza.

—Pues sí. Los fantasmas no han avanzado. O bien no saben que están muertos o se niegan a aceptarlo. Normalmente están en su estado de muerte, por lo que a veces pueden dar bastante repelús. Los espíritus han avanzado, han ido adondequiera que se supone que deben ir, pero han regresado para comprobar cómo les va a sus seres queridos o para entregar un mensaje.

—¿Y eso es lo que haces? ¿Entregar mensajes a la gente?

—Cuando veo espíritus, sí, pero hace una eternidad que no veo ninguno —admití mientras jugueteaba con la manta—. Cuando veo fantasmas, los... los ayudo a avanzar hacia la luz. Para que puedan encontrar la paz.

—Eso suena difícil, pero también... alucinante —opinó, y, cuando levanté la vista, descubrí que me estaba mirando fijamente—. Seguramente algunas personas decidirían ignorarlos o tenerles miedo.

—No podría hacer eso. Necesitan ayuda, y, si los vieras, sobre todo a los fantasmas... Están muy confundidos. No estaría bien dejarlos así. —Me quedé callada mientras me mordía el labio inferior—. Aunque también hay otros seres con los que no pienso relacionarme.

—¿Espectros?

Me quedé atónita.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por desgracia, me he cruzado con ellos.

Los espectros eran humanos a los que les habían arrebatado el alma antes de morir. No podían avanzar, no podían ir al Cielo ni al Infierno. Estaban atrapados y, cuanto más tiempo seguían así, menos se asemejaban a los humanos.

—También están... los Sombras —añadí mientras rodeaba el borde de la manta con los dedos—. ¿Has oído hablar de ellos?

—Demonios de nivel inferior —dijo, y yo asentí—. No son fantasmas ni espíritus.

—Lo sé, pero suelen confundirlos con ellos. Solo he visto uno una vez. Fue acojonante. —Hice una pausa—. ¿Cómo te cruzaste con los espectros?

Zayne dejó escapar un profundo suspiro y se miró las manos.

—Mientras figoneabas, ¿no oíste hablar de ello?

—Yo no figoneo —refunfuñé—. Demasiado.

Sus pestañas se alzaron y un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Es tarde y deberías estar descansando.

—Estoy descansando. —Me señalé haciendo girar las muñecas—. Estoy en la cama.

Cuando él no dijo nada, entorné los ojos.

—¿O crees que no debería oír esa historia porque no soy una Guardiana? ¿Porque no me conoces?

Su obstinado silencio me irritó.

—Me haces un montón de preguntas y, sin embargo, te niegas a responder al noventa por ciento de las mías. Eso no mola.

Zayne se mordió el labio inferior.

—Tuvimos un Lilin en D.C.

Si hubiera estado sentada, habría perdido el equilibrio.

—¿Me estás tomando el pelo?

Él negó con la cabeza.

—Había un demonio que quería liberar a Lilith —me explicó y, de inmediato, pensé en la chica mitad demonio a la que había criado su clan. La hija de Lilith, supuestamente—. Se convenció de que estaba enamorado de ella e intentó llevar a cabo un ritual para liberarla. Se llamaba Paimón.

Sentí que los ojos estaban a punto de salirse de las órbitas. Paimón era un antiguo demonio de Nivel Superior, uno de los más viejos. Un Rey del Infierno que tenía cientos de demonios a sus órdenes.

—¿Paimón estaba en la superficie?

—En realidad, tenemos a unos cuantos peces gordos en D.C. Con todos esos políticos a los que corromper, supongo que se ven atraídos hacia allí. En fin, creímos que lo habíamos detenido a tiempo, pero resultó que el ritual se había completado. —Apretó la mandíbula mientras transcurría un momento de silencio—. Se creó un Lilin y, por desgracia, atacó a unos cuantos humanos. A algunos les arrebató el alma de inmediato. Con otros estuvo jugando, les quitó un poco de aquí y de allá, lo que nos dejó con espectros con los que lidiar.

Mientras procesaba esto, quise preguntarle si eso era lo que le había pasado a su alma o si de verdad tenía algo que ver con la hija de Lilith, pero ni siquiera sabía si eso era cierto. Y, aunque era impulsiva y solía hablar antes de pensar, no era tan imbécil como para preguntarle a alguien a bocajarro si había perdido una parte de su alma.

Así que, en cambio, le pregunté:

—¿Cómo os encargasteis del Lilin?

—No fue fácil. Requirió mucho esfuerzo acabar con él. Mucho sacrificio. El Lilin había creado un ejército de espectros y, de algún modo, los introdujo en unas viejas estatuas de gárgolas que cobraron vida. Fue... Fue una locura. Uno de ellos atacó a mi padre. Así fue como murió, luchando contra el Lilin. Yo estaba allí, pero no pude llegar hasta él.

—No fue culpa tuya.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó, y me miró a los ojos.

—Porque estoy segura de que hiciste todo lo que pudiste —afirmé, y, aunque apenas lo conocía, creía con todo mi ser que eso era cierto—. Lo siento, Zayne. Sé que lo que has... experimentado no fue fácil.

Asintió y apretó la mandíbula.

—Murió luchando, pero también murió para proteger a alguien que le importaba mucho. Saber eso... Hace que sea más fácil de procesar. De asimilar.

—Lo entiendo —respondí y deseé tener algo mejor que decir, algo más elocuente.

—¿Sabes?, eres la primera persona, aparte de las que estaban allí, con la que he hablado de mi padre —comentó Zayne, y me dejó asombrada una vez más. Se le dibujó una sonrisa adorable

mientras sacudía la cabeza—. Sorprendente.

—¿Por qué? Es fácil hablar conmigo.

Sonrió con aire burlón.

—¿En serio?

—En serio. —Le dediqué una amplia sonrisa—. Es otra de mis cualidades.

—Tendré que recordarlo —dijo, y supe que no importaba, porque se marcharía—. Cuando estábamos en el centro de entrenamiento, me dijiste algo. Dijiste que un Guardián mató a tu madre.

Ay, Dios, no debería haber dicho eso.

—Así es.

—Y ahora te ha atacado un Guardián. ¿Esos dos hechos están relacionados?

Me dieron ganas de abofetearme a mí misma, pero mi cabeza ya había sufrido bastante, así que me contuve.

—No lo sé.

Zayne se miró las manos de nuevo.

—Si te pregunto algo, ¿me responderás con sinceridad?

—¿Sí?

Ojalá fuera una pregunta que pudiera responder con sinceridad, pero apostaba a que no sería así.

Aquellas densas pestañas se alzaron.

—¿Estás segura aquí?

Abrí la boca, pero luego la cerré, porque no tenía ni idea de cómo responder a eso y, por algún motivo, no... no quería mentirle.

Y eso era una tontería, porque le había estado mintiendo de muchas maneras desde la primera vez que había hablado con él.

Un músculo le palpó en la mandíbula.

—Si no estás segura aquí, podemos llevarte con nosotros cuando nos vayamos. Ayudarte en lo que necesites.

Me quedé muda de asombro mientras notaba que algo se hinchaba en mi pecho, como si fuera un globo a punto de flotar hacia el techo.

—Es... una oferta muy amable por tu parte.

—No estoy siendo amable —repuso, y me sostuvo la mirada—. Lo digo en serio. Si no estás segura aquí, podemos llevarte a algún sitio donde lo estés.

Aparté la mirada y me concentré en la colcha, pues me resultaba difícil no ser completamente sincera con él si lo miraba a los ojos.

—Estoy bien aquí, pero gracias.

Se quedó callado tanto tiempo que tuve que mirarlo de nuevo. Me estaba observando.

—Vale.

—Vale —repetí.

Zayne agarró los brazos de la silla y se puso en pie con la elegancia inherente que poseían todos los Guardianes.

—Debería irme ya.

No dije nada, porque quería que se quedara.

Como si pudiera leerme la mente de alguna forma, se detuvo. Ni siquiera sabría decir por qué, pero me quedé sin aliento, y esperé de nuevo.

—¿Qué hacías fuera anoche? —solté.

Zayne frunció el ceño.

—¿Sabes?, fue una cosa superrara. Había estado inquieto toda la tarde. Intranquilo, aunque estaba con Dez y Nicolai, y esto... esto te va a sonar extraño, pero sentí el repentino... impulso de tomar un poco de aire fresco. —Soltó una carcajada—. Qué oportuno, ¿eh?

—Sí —contesté—. Muy oportuno.



## Doce

—Tengo un trabajo para ti —le dije a Cacahuete.

Segundos después de que Zayne se marchara, el fantasma había atravesado la pared de mi cuarto. No había llamado, por supuesto, pero me sentía demasiado cansada como para mantener esa conversación con él.

—Me apunto a lo que sea. ¿Sabes por qué? «La vida pasa muy deprisa. Si no te paras y miras a tu alrededor, te la podrías perder».

Parpadeé despacio.

—¿Qué?

La expresión transparente de Cacahuete se abatió.

—¿Ferris Bueller? *¿Todo en un día?*

—Ya. Vale. En fin, ¿puedes prestarles atención a Matthew y Thierry? ¿Ver si puedes oír algo de lo que dicen?

—¿Cómo qué?

Buena pregunta, porque yo tampoco estaba muy segura.

—Como si hablan de nuestros invitados o... o de lo que me pasó. No lo sé. Cualquier cosa rara.

Cacahuete asintió con la cabeza.

—Puedo hacerlo. Puedo hacerlo toda la noche. En realidad, puedo hacerlo ahora mismo. Estaban abajo susurrando entre ellos y con el otro tipo. Nicolai.

—Vale. Sí. Creo que ahora sería un buen momento para espiar para mí.

—¡Genial!

Levantó los pulgares y entonces se evaporó sin más.

Volví a dejar caer la cabeza sobre la almohada. No creía que pudiera dormir, pero era como si la explosión de energía que había experimentado cuando Zayne entró en el cuarto hubiera desaparecido con él.

Lo que era rarísimo.

Acabé quedándome frita bastante rápido.

Dormí durante lo que me pareció una eternidad y me desperté poco después de las diez de la mañana. Lo primero que quise hacer fue buscar a Misha, pero antes me duché, me sequé el pelo con una toalla y me lo desenredé con un peine. Tenía el brazo un poco dolorido, pero el enrojecimiento ya había comenzado a disminuir. Al igual que los Guardianes, me curaba bastante

rápido. Mañana los puntos probablemente ya se habrían disuelto y, el fin de semana, las cicatrices tendrían un leve tono rosado.

Tras ponerme unos vaqueros oscuros, una camiseta y unas chancas, salí en busca de Misha. No tuve que buscar mucho. Respondió cuando llamé a su puerta.

—Hola —dije mientras entraba, y luego cerré la puerta detrás de mí.

Su cuarto estaba poco iluminado. Las cortinas estaban cerradas y solo había una pequeña lámpara encendida junto a la cama. Misha estaba sentado en el escritorio y cerró su portátil.

—Hola —contestó, pero no se volvió hacia mí.

Me detuve junto a la puerta, pues de pronto me sentí... incómoda. Miré a mi alrededor. La cama estaba tan bien hecha que supe que no había dormido en ella, porque siempre estaba hecha un desastre. Esperé a que se diera la vuelta y, cuando no lo hizo, se me formó un nudo de inquietud en el estómago. Abrí la boca, la cerré y luego volví a intentarlo.

—¿Va todo bien?

—Sí —fue la breve y brusca respuesta.

Uní las manos.

—Entonces, ¿por qué me das la espalda?

Misha hizo girar por fin la silla. No dijo nada, y había demasiada penumbra para poder distinguir su expresión.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Estás... cabreado conmigo?

—¿Por qué iba a estar cabreado contigo, Trin?

No estaba segura.

—¿Por lo de anoche? Te dije que me iba quedar en casa...

—No estoy cabreado contigo.

—¿En serio?

—En serio. Ojalá te hubieras quedado en casa como dijiste, o me hubieras mandado un mensaje para avisarme de que querías salir, pero lo que te pasó no fue culpa tuya.

Algo más aliviada, me acerqué un poco.

—Entonces, ¿por qué...?

Me interrumpí, pues no estaba segura de cómo preguntar lo que quería saber.

—¿Por qué qué?

Inspiré hondo. Nunca antes me había contenido con Misha.

—¿Por qué no viniste a verme anoche?

—Quise hacerlo, pero, después de que Thierry me echara el sermón, me pareció que mi compañía no sería muy agradable.

Supuse que tenía sentido, pero aun así...

—Siento que te metieras en un lío. Le dije a Thierry que no fue culpa tuya.

—Lo sé, pero Thierry tenía razón. Debería haberme quedado en casa —dijo, y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Y no discutas conmigo sobre eso. No vas a cambiar cómo me siento.

—Misha...

—Mira, mi trabajo es asegurarme de que estés a salvo. Y anoche fracasé.

Crucé los brazos mientras me mordía el labio para mantener la boca cerrada, pero no pude quedarme callada.

—¿Sabes?, anoche no te necesité.

Misha enderezó la cabeza.

—Me protegí. Me salvé.

—Usaste tu gracia, Trin. Así es como te protegiste.

La irritación me hizo hormigear la piel.

—Ya sé que no debería haberla usado, pero lo hice, y estuvo bien. Y si la hubiera usado la última vez...

—Aun así no habrías salvado a tu madre, Trin —dijo con voz suave—. Aunque hubieras usado tu gracia, no habría cambiado nada. No te culpes por eso.

Apreté los labios. La culpa relacionada con la muerte de mi madre era... un tema muy complicado, pero Misha se equivocaba. Su muerte era culpa mía por múltiples razones.

Misha se inclinó hacia delante en la silla.

—Entonces, ¿insinúas que ya no me necesitas?

—No me refería a eso, y lo sabes. —Me acerqué a la cama y me dejé caer sentada en el borde—. Somos un equipo, pero no hay motivos para que te quedes sentado en tu cuarto de morros porque otra persona intentó hacerme daño.

Se puso rígido.

—Y tampoco había motivos para que Thierry te echara un sermón. En lugar de que él se dedique a gritarte y tú a estar de morros, deberíamos estar averiguando quién intentó matarme anoche.

Misha apartó la mirada y se pasó una mano por la cabeza. Transcurrió un buen rato.

—Tienes razón.

—Pues claro.

Él resopló.

—Pero es que... —Se recostó en la silla—. Da igual. ¿Cómo te sientes?

—Bien. —Me subí la manga de la camiseta, pues sabía que él podría verlo—. ¿Lo ves? No es para tanto.

Misha se frotó la frente con los dedos.

—Te va a quedar cicatriz.

Solté la manga y encogí el otro hombro.

—Fue Clay —me dijo.

Me quedé sin aliento.

—¿De verdad?

—Hablé con Thierry esta mañana. Todos están localizados menos él. Y Thierry no cree que se marchara de la comunidad.

No supe qué decir.

—¿Cómo pueden estar seguros de que no se marchó? Podría haber salido volando por encima de los muros.

—Sí, podría ser, pero tenemos cámaras. Han revisado las grabaciones y, por ahora, no han visto desertar a nadie.

Me miré las manos, inquieta.

—¿Crees...? ¿Crees que fue a por mí porque se metió en problemas con Thierry?

—Sí.

Sacudí ligeramente la cabeza.

—Qué idiota.

—Una verdad como un templo —contestó Misha.

Se me revolvió el estómago. No era culpa. Me había defendido. Si no hubiera luchado y matado a Clay, podría haber muerto, y eso significaba que Misha también lo habría hecho. Pero me sentía rara.

No era la primera vez que mataba a alguien.

Y probablemente no sería la última.

Levanté la cabeza.

—Para serte sincera, no creí que fuera él. A ver, tenía sentido, pero... ¿Cuánto tiempo llevaba Clay aquí? Desde que era niño, ¿no?

Misha frunció el ceño.

—Eso es.

—En ese caso, habría conocido a Ryker.

—Sí, por supuesto, pero eso no significa que compartiera sus... creencias.

No estaba segura. Misha tenía razón. Tenía sentido. Clay estaba cabreado, y me había dicho cosas que podrían considerarse una amenaza, pero, sin embargo, había algo que no encajaba.

—¿Sabes?, he estado pensando. —Misha echó la cabeza hacia atrás—. No sentí nada anoche. No sentí nada cuando te hirieron, y creo que debería haberlo sentido.

Sin saber muy bien qué decir, levanté las manos y luego las dejé caer.

—El vínculo no funciona así.

—El objetivo del vínculo es avisarme cuando estés en peligro —explicó mientras me miraba—. Estabas en peligro, y no sentí nada.

Se suponía que debería estar descansando, pero eso no era lo que estaba haciendo. Ni siquiera estaba en la casa y, si Misha o alguien más descubría que no estaba en mi cama, se iba a armar la gorda.

Pero me encontraba en una misión: una misión para localizar y recuperar a Cacahuete.

Se podría considerar un séptimo sentido, pero estaba segura de que aquel fantasma perverso estaba escondido en el cuarto de Zayne.

No había vuelto a verlo desde que se había ido la noche anterior para espiar a Matthew y Thierry, y supuse que no habría oído nada importante de lo que informar.

Y, sí, puede que quisiera hablar con Zayne, darle las gracias por llevarme a ver a Thierry tan rápido la noche anterior y por ir a comprobar cómo me encontraba. Me parecía que no le había dado las gracias.

Y puede que no quisiera estar sola mientras la conversación con Misha se repetía una y otra vez en mi mente. Entre averiguar que había sido Clay quien había intentado matarme y que Misha no había sentido nada que indicara que me encontraba en peligro a través del vínculo, necesitaba una distracción.

Tras ponerme mis gafas de sol favoritas (unas enormes y oscuras que, aun así, no bloqueaban lo suficiente los brillantes rayos del sol), me dirigí al Gran Salón y entré por la entrada lateral sin que me vieran. Mientras subía la escalera, me pregunté cómo iba a averiguar en qué habitación se

quedaba Zayne. No había tenido eso en cuenta y llamar a todas las puertas no era un plan muy inteligente.

Probablemente debería haber pensado en eso.

Ahora ya era demasiado tarde. Abrí la puerta de la escalera, entré en el amplio pasillo del segundo piso y casi me choqué con Nicolai y Dez.

—Vaya. —Me detuve de golpe con una pequeña carcajada—. Lo siento. No esperaba veros.

Nicolai dio un paso adelante de inmediato.

—¿Qué haces levantada? ¿Cómo te sientes? ¿Deberías estar...?

—Estoy bien —le aseguré para interrumpir la andanada de preguntas—. Solo un poco dolorida. Muchas gracias por ayudarme anoche.

—No es necesario que me des las gracias —contestó, y frunció el ceño en un gesto de preocupación mientras yo le echaba un vistazo a Dez—. Me alegro de verte en pie.

—Lo mismo digo. —Dez sonrió—. Soy Dez. Me parece que no nos conocemos. —Hizo una pausa—. Yo también me alegro de verte en pie.

—Gracias.

La sonrisa de Dez se hizo un poco más amplia.

—Esta es la parte en la que me das la mano.

—Oh. Lo siento. —Bajé la mirada mientras me ponía colorada, y, efectivamente, Dez me había ofrecido la mano y yo no lo había visto. Se la estreché—. En realidad, he venido para..., eh..., darle las gracias a Zayne. No tuve la oportunidad anoche. ¿Sabéis si está en su cuarto?

—Creo que sí. —Dez miró por encima del hombro—. Su habitación es la quinta a la derecha.

Sonreí para agradecer aquella pequeña e inesperada dosis de serendipia.

—Gracias.

Ambos hombres asintieron con la cabeza y, justo después de rodearlos, Nicolai dijo:

—¿Trinity?

Me giré.

—¿Sí?

Sondeó mi mirada mientras daba un paso adelante y bajó la voz.

—Zayne nos dijo que te ofreció la oportunidad de marcharte con nosotros si lo consideras necesario. Solo quiero que sepas que apoyo completamente su oferta.

El asombro que sentí cuando Zayne me hizo esa oferta regresó mientras miraba a los dos Guardianes.

—Igual que yo —añadió Dez—. Sabemos que dijiste que estabas segura aquí, pero, si eso cambia, incluso después de que nos marchemos, tienes amigos en D.C. que pueden ayudarte.

Se me formó un nudo en el pecho.

—Gracias —contesté, y lo decía en serio—. Lo... Lo recordaré.

Nicolai asintió y luego ambos hombres se fueron y desaparecieron por la escalera por la que yo acababa de subir. Me quedé allí plantada un momento. Eran... Eran buenas personas.

Recorrí el pasillo, sonriendo, y fui contando las puertas con los ojos entornados. Cuando me detuve delante de la quinta a la derecha, mi sonrisa vaciló y luego se desvaneció.

¿Qué iba a decirle a Zayne? ¿«Oye, puede que haya un asqueroso fantasma mirón en tu cuarto»? Bueno, era cierto que debía darle las gracias, pero eso podría haber esperado.

—Mierda. Mierda. Mierda.

Retrocedí un paso y empecé a darme la vuelta...

La puerta se abrió antes de que pudiera alejarme.

—¿Trinity?

Me di la vuelta mientras intentaba desesperadamente que se me ocurriera una buena razón para estar allí que no tuviera nada que ver con él, y entonces me quedé completamente inmóvil.

Zayne estaba desnudo... Desnudo y mojado.

Abrí los ojos como platos. Vale, no estaba completamente desnudo. Tenía una toalla de color azul oscuro enrollada alrededor de sus esbeltas caderas, pero llevaba esa toalla tan caída que resultaba indecente. Había unas hendiduras a cada lado de sus caderas, y no me expliqué cómo había conseguido tener músculos allí.

Misha estaba cachas, pero él no tenía esas hendiduras. Estaba segura. Lo había visto medio desnudo un millón de veces.

También había un fino vello muy interesante, de un tono rubio un poco más oscuro, que partía de su ombligo y seguía bajando...

Una sensación de calor brotó en mi estómago y me hizo enrojecer la piel. Parecía que estuviéramos en pleno verano, no a principios de junio, y que yo llevara un suéter de cuello alto y una chaqueta.

Y una manta.

Dios mío, Zayne era... Era impresionante, y yo tenía que dejar de mirarlo embobada, pero no podía evitarlo. También sabía, en el fondo de mi ser, que era algo más que una reacción visceral. Pero no era el primer chico por el que me había sentido atraída, así que no entendía por qué él me afectaba tanto.

Aquellas caderas se movieron y Zayne pareció separar los muslos.

—Estoy empezando a sentirme un poco violado.

—¿Eh? —Parpadeé y deslicé la mirada hacia su cara—. ¿Qué?

Recién salido de la ducha, llevaba el pelo mojado apartado de la cara.

—Me estás mirando fijamente.

Las mejillas se me pusieron aún más rojas. Yo no era mejor que Cacahuete.

—Claro que no.

—Te has quedado mirándome como si nunca hubieras visto a un chico.

—¡De eso nada! Y ya he visto a chicos... A un montón de chicos.

Una ceja se alzó a la perfección.

—Así que has visto a un montón de chicos desnudos, ¿eh?

Entorné los ojos.

—No, no me refería a eso.

—Es lo que insinuaste.

La verdad era que nunca había visto a un tío completamente desnudo... ni con tan poca ropa como él.

—¿Por qué estás casi desnudo?

Zayne ladeó la cabeza.

—Acabo de salir de la ducha.

Eso era evidente.

—¿Así que siempre abres la puerta así?

—Oí pasos y supuse que sería mejor comprobarlo.

—Pero vas en toalla —señalé—. ¿Y cómo rayos me oíste? No estaba dando pisotones aquí fuera.

—Tengo muy buen oído. Deberías saberlo, puesto que vives con un montón de Guardianes.

Él tenía razón. El oído y la vista de los Guardianes eran asombrosamente buenos. Los odiaba.

—¿Siempre abres la puerta en toalla cuando oyes a alguien? —pregunté curiosa.

—Por lo general, no. —Bajó la mano y rodeó con los dedos la parte donde se unían los bordes de la toalla—. Pero estabas plantada fuera de mi puerta soltando tacos, así que supuse que debería ver qué necesitabas.

¿Qué necesitaba? La boca se me secó de repente, así que tragué saliva. No estaba segura de lo que necesitaba.

—Y cuando te oí mascullar «mierda» una y otra vez entre dientes, me dije que seguro que esa no podía ser Trinity.

Volví a concentrarme en la conversación.

—¿Por qué no?

—Porque pensaba que después de casi desangrarte...

—¿Encima de ti?

—Sí, gracias por recordármelo. Pensé que, después de lo que pasó anoche, estarías en tu cuarto descansando en lugar de vagando por ahí sola.

Eso me hizo enfadar.

—Bueno, pues me he levantado de la cama y estoy vagando por ahí, algo para lo que tengo permiso. —Eso no era precisamente verdad—. Y lo que pasó anoche no me va a hacer esconderme en mi cuarto.

—Por lo visto, tampoco te hace emplear el sentido común. —Zayne suspiró—. ¿Qué quieres, Trinity? Me gustaría secarme y ponerme algo de ropa.

Como señaló de nuevo que solo llevaba puesta una toalla, no pude evitar mirar. Esa vez mi mirada se detuvo en su pecho, y estábamos lo bastante cerca para que, incluso teniendo en cuenta mis ojos, viera una gota de agua que se deslizaba entre sus pectorales y bajaba por los duros músculos de su vientre.

—Me estás mirando fijamente otra vez.

—No estaba... —Vale, a esas alturas, mentir era una estupidez—. Lo que tú digas.

Zayne me miró un momento y luego se mordió el labio.

—Espera un segundo.

No me dejó elección. Dio un paso atrás y abrió la puerta del todo. No vi a Cacahuete, pero tampoco podía ver todo el cuarto. Zayne se giró, lo que me permitió verle fugazmente la espalda antes de que se perdiera de vista. Regresó en menos de diez segundos, tras haberse puesto un pantalón de chándal de nailon. Eso era bastante mejor que solo una toalla, pero, si hubiera encontrado una camiseta, habría sido muchísimo mejor.

—¿Qué pasa? —me preguntó, todavía de pie dentro de la habitación.

—No pasa nada. Solo quería darte las gracias por lo de anoche, pero lo estoy reconsiderando.

—¿Por qué querías darme las gracias por lo de anoche?

—Porque me ayudaste. Te aseguraste de que estuviera bien y regresara con Thierry y Matthew. «Y quisiste comprobar si estaba bien». Pero no dije eso.

—No hace falta que me des las gracias. Solo hice lo correcto.

Así era.

Pero ¿había algo más?

Puf.

Qué pensamiento tan estúpido. Por supuesto que no había nada más.

—¿Por qué lo estás reconsiderando?

—¿Eh?

—Dijiste que estabas reconsiderando darme las gracias.

—Ah. Sí. —Encogí el hombro del brazo sano—. Porque estoy enfadada contigo otra vez.

Zayne soltó una risita, y me estremecí, pues odié y me encantó aquel sonido al mismo tiempo.

—No tiene gracia —protesté.

Él se sentó en la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Casi perfecta —contesté con sinceridad—. El brazo apenas me duele.

—Eso es sorprendente. —Ahora estaba tan lejos que veía su cara borrosa—. Esas marcas de garras eran bastante profundas.

Maldita sea.

—Bueno, Matthew me dio unos medicamentos estupendos, así que probablemente por eso no me duele mucho. —Sacudí la cabeza mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro—. Vuelve a preguntármelo cuando se me pase el efecto.

Zayne se quedó callado un momento.

—Anoche tuviste suerte.

No tuve suerte.

Simplemente era poderosa, pero asentí de todos modos.

—Sí.

—¿Has oído algo sobre quién podría haber sido el responsable?

Se recostó apoyándose en un codo y esa imagen hizo que me diera un vuelco el estómago.

Asentí con la cabeza.

Zayne me miró desde su posición reclinada.

—Puedes entrar, ¿sabes? No tienes que quedarte en el pasillo.

—Ya lo sé.

No me moví.

—A ver, no tengo ningún problema en que te quedes ahí fuera si es lo que prefieres. Pero supuse que estarías más cómoda dentro, puesto que quieres hablar.

¿Quería hablar? Había ido a buscar a Cacahuete, pero ¿era esa la única razón para ir? No. Era lo bastante madura como para admitirlo, pero también había ido a asegurarme de que Cacahuete no estuviera espiando.

No sabía por qué seguía en el pasillo. Zayne solo era un chico. Vale, también era un Guardián y era guapísimo, pero solo era un chico que me sacaba de quicio.

También me había hablado de su padre y se había ofrecido a llevarme con él si no estaba segura ahí.

Entré en el cuarto y meforcé por mantener la mirada apartada de él, porque, cuanto más me acercaba, más me fijaba en que los músculos del brazo en el que se apoyaba hacían cosas



interesantes.

Miré a mi alrededor y descubrí a cierto incordio.

Cacahuete estaba en un rincón del cuarto, sentado sobre la cómoda con una enorme sonrisa en su estúpida cara.

—¿Estás bien? —me preguntó Zayne.

Cacahuete se llevó un dedo a la boca y me guiñó un ojo.

Lo miré con los ojos entornados.

—Sí. Yo estoy bien.

—Uy, qué miedo —dijo Cacahuete mientras sacudía brazos y piernas.

—Vaaaale —contestó Zayne, que alargó la palabra—. ¿Te has quedado mirando la cómoda por algún motivo en concreto?

—Buena pregunta —se entrometió Cacahuete.

Aparté la mirada del fantasma.

—Me pareció ver un bicho.

Cacahuete ahogó una exclamación.

—¿Me estás llamando plaga?

—¿Tenéis problemas con los bichos? —me preguntó Zayne.

—A veces —mascullé—. Pero, si el bicho sabe lo que le conviene, se largará de aquí.

Cacahuete resopló.

Zayne parpadeó.

—Eres... Eres rarísima.

—Qué incómodo oír eso —comentó Cacahuete.

Lo ignoré.

—Bueno, ¿qué has averiguado sobre la persona que te atacó anoche?

—Fue Clay —contesté con un suspiro—. O, por lo menos, eso es lo que creen.

—¿El chico del Foso? —me preguntó, y asentí—. ¿Sabes por qué?

Una parte de mí no quería hablar de eso, pero lo hice.

—Clay siempre fue... más amable conmigo que la mayoría de los que viven aquí. A ver, no es que los Guardianes sean maleducados ni nada por el estilo, pero no me prestan atención. La semana pasada estaba pasando el rato con él... y nos besamos.

—Vale, esto es cada vez más incómodo —opinó Cacahuete.

Lo fulminé con la mirada.

—En fin, al principio me pareció bien, pero luego se puso supersobón y, cuando le dije que parara, al principio no lo hizo. Quiero decir que tuve que obligarlo a parar. Si no lo hubiera conseguido, no sé si Clay habría... —Clavé la mirada en la moqueta color beis—. Se lo conté a Thierry, y él retrasó la Investidura de Clay un año.

—Bueno —dijo Zayne después de un momento—. Eso sin duda lo haría cabrear.

Me volví bruscamente hacia él.

—Hiciste lo correcto al contárselo a Thierry. Clay necesitaba saber que sus actos tenían consecuencias, aprender que no debía volver a hacer algo así. —Sus hombros se alzaron cuando respiró hondo—. Conocí a un tipo así una vez. También está muerto.

No me había esperado que dijera eso.

Zayne continuó.

—¿Sabes?, la gente piensa que los Guardianes somos incapaces de hacer algo malvado debido a la pureza de nuestras almas. Incluso otros Guardianes piensan eso, pero lo único que nadie tiene en cuenta es que, al igual que los humanos, también tenemos libre albedrío. Los Guardianes no somos incapaces de cometer actos de gran maldad, y lo que somos no debería protegernos de las consecuencias.

Me lo quedé mirando durante lo que me parecieron unos cinco minutos.

—Nunca había oído a nadie decir eso.

—Ya, bueno, hay que decirlo más a menudo.

Tenía razón en eso.

—¿Quién mató al Guardián al que conocías?

—Un demonio. Lo mató un demonio por lo que intentó hacerle a alguien.

—No tengo ni idea de qué decir a eso.

Y era cierto. Sobre todo, teniendo en cuenta que Misha afirmaba que Zayne trabajaba con demonios.

—Como la mayoría. Tengo una pregunta para ti. ¿Cómo mataste a Clay?

—Con las dagas —mentí—. Se las clavé... en el cuello. —Era una zona vulnerable, incluso para los Guardianes—. Fue rápido.

—Ya —murmuró Zayne, que me observaba.

Bajé la mirada.

—Lo... lo maté, y no lo lamento, porque me estaba defendiendo. —No sabía por qué le estaba diciendo eso, pero no podía detenerme—. Pero preferiría no haber tenido que matarlo.

Zayne no respondió durante un buen rato y luego se sentó con fluidez y apoyó los brazos sobre las piernas.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Eso es todo lo que necesitas decirte.

Al ser un Guardián, él había matado muchas veces. Siempre a demonios. Pero eso no era lo mismo que matar a un Guardián o a un humano.

—¿Alguna vez has...?

—¿Alguna vez he qué? —repitió, y extendió los dedos contra las rodillas.

Negué con la cabeza.

—Da igual. Es una estupidez.

—Déjame decidir eso a mí.

Realicé una inspiración corta mientras me cruzaba de brazos.

—Has matado demonios. Probablemente a cientos, si no a miles, pero ¿alguna vez has tenido que matar a un Guardián o... a un humano?

Zayne me miró a los ojos.

—No, pero me ha faltado muy poco, y ha habido ocasiones en las que he querido hacerlo.

—¿En serio?

Pensé en el Guardián al que conoció, al que había matado un demonio.

Él asintió con la cabeza.

—Si lo hubiera conseguido, no me habría sentido culpable ni un maldito momento. Los Guardianes no son intrínsecamente buenos —repitió—. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de eso, pero es evidente que a ti no te costó tanto.

—No, no lo son —susurré, pues me sentía como si estuviera cometiendo una traición.

—Me cae bien —dijo Cacahuete, lo que me recordó que seguía allí.

Me acordé de lo que me había contado Misha, sobre la chica mitad demonio y que él trabajaba con demonios.

—¿Puedo preguntarte algo?

Zayne se recostó de nuevo y, una vez más, los músculos de sus hombros y vientre hicieron cosas interesantes que deseé poder ver con más claridad.

—Claro.

—¿Es verdad... que has trabajado con demonios en el pasado?

Algo se reflejó en su cara, pero desapareció demasiado rápido para descifrar de qué se trataba.

—Alguien te ha estado contando secretitos.

—Puede ser.

Zayne ladeó la cabeza.

—¿Qué pensarías si dijera que es verdad?

Buena pregunta.

—No lo sé. Pensaría que es increíble.

—Como la mayoría.

—¿Pero?

—Pero supongo que la mayoría también pensaría que ver fantasmas y espíritus es increíble.

Fruncí el ceño mientras le echaba un vistazo a Cacahuete, que me hizo una peineta. Me temblaron los labios.

—Ver fantasmas y espíritus no es lo mismo que trabajar con demonios.

—No, pero, para algunas personas, los fantasmas y los espíritus son demonios.

—¿Cómo se atreven! —exclamó Cacahuete con voz ahogada.

—Pero eso no es cierto —argumenté.

—No digo que lo sean, pero hay humanos por ahí que lo creen.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué intentas decir con tu argumento de Chewbacca?

—¿Argumento de Chewbacca?

—Sí, solo sueltas un montón de palabras sin sentido y las unes como si significaran algo.

Me dio la impresión de que Zayne intentaba contener una carcajada.

—Lo que digo es que los Guardianes no somos puros e inocentes simplemente por haber nacido Guardianes. Se podría decir lo mismo acerca de que algunos demonios no son malvados ni corruptos.

Me quedé boquiabierta. ¿Estaba insinuando que había algunos demonios que no eran malvados? Eso era una auténtica locura, además de peligroso.

—¿Crees eso por la mitad demonio a la que acogió tu clan?

Se produjo un cambio radical en él en un instante. Su mandíbula se endureció y aquellos ojos se convirtieron en escarcha.

—Eso no es de tu incumbencia. ¿Necesitabas algo más? Porque, si no, tengo cosas que hacer.

Di un respingo, dolida por la inesperada actitud arisca y la evidente despedida.

—Bueno, vale. No necesito nada más.

Me dispuse a marcharme y luego me detuve.

—Por cierto, hay un fantasma sentado encima de la cómoda —anuncié, y sonreí con malicia cuando vi que se quedaba lívido—. Se llama Cacahuete, y te ha cogido cariño. ¡Que te diviertas!

## Trece

No pude quitarme de la cabeza la conversación con Zayne durante el resto de la mañana ni de la tarde, lo que hizo que me resultara difícil concentrarme en otra cosa.

La forma en la que Zayne se había cerrado en banda al mencionar a la mitad demonio era elocuente, al igual que el hecho de que había insinuado que no todos los demonios eran malvados. Ni siquiera sabía cómo procesar eso.

Como tampoco sabía procesar que le hubiera contado cómo me sentía después de matar a Clay. Ese hecho me hacía sentir inquieta e incómoda en mi propia piel, porque no debería sentir nada después de lo que había hecho la noche anterior aparte de aceptación. Después de todo, Matthew y Thierry tenían razón.

Yo era un arma.

Y un arma no se sentía mal por matar en defensa propia.

Suspiré mientras me pasaba las manos por debajo de las gafas. Tenía cosas más importantes de las que preocuparme que las reacciones de Zayne o mis sentimientos repentinamente delicados. Como el hecho de que Clay había conseguido arañarme. Necesitaba entrenar más duro y prepararme mejor. Necesitaba averiguar cómo actuar sin depender de mis ojos, porque debería haber sido más rápida que Clay. Debería haber procurado mantenerme a distancia de él.

Cacahuete flotó sobre la cama para captar mi atención. Estaba nadando hacia atrás por el cuarto. No tenía ni la más remota idea de qué decir al respecto.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Mis ejercicios diarios. —Llegó a las cortinas de la ventana—. Tengo que mantenerme delgado y en forma.

Bajé las manos.

—¿Los fantasmas engordan?

—Sí.

Empezó a nadar de nuevo hacia mí.

—No creo que eso sea cierto.

—¿Eres un fantasma?

—No —suspiré.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—No me hace falta estar muerta para entender que el hecho de que los fantasmas necesiten mantenerse en forma no tiene sentido desde un punto de vista lógico ni científico.

Cacahuete nadó por encima de mi cabeza.

—No sabía que fueras científica. ¿Debería empezar a llamarte doctora Marrow?

Puse los ojos en blanco.

—Voy a conseguir unos abdominales como los de don tío bueno.

Se detuvo en medio del cuarto, justo debajo del ventilador de techo, y se puso a hacer abdominales.

—Se llama Zayne.

Se me ensanchaban los ojos con cada abdominal. Cada vez que Cacahuete se incorporaba, el aspa del ventilador le atravesaba la cabeza.

—Me voy a poner cachas —añadió, gruñía cada vez que hacía una abdominal—. Tendré abdominales de acero. Voy a ponerme tan grande como Hulk Hogan y Randy Savage.

Me lo quedé mirando.

—Sin dolor no hay beneficio —prosiguió—. El sudor es la gloria.

—¿Estás sudando?

Cacahuete se detuvo y me miró como si fuera medio tonta.

—Los fantasmas no sudan.

Me quedé boquiabierta.

—¿Tú te oyes cuando hablas?

—En realidad, no —contestó—. No me puedo creer que le dijeras que estaba en su cuarto cuando te fuiste.

Sonreí encantada al recordarlo.

—Pensé que se iba a poner a rociar sal y salvia por el cuarto.

—¿Eso funciona?

—Funciona cuando lo hacen los hermanos Winchester.

Lo miré fijamente.

—Eres increíble.

La mitad del cuerpo de Cacahuete desapareció mientras me dedicaba una sonrisa de oreja a oreja.

—Increíblemente sexi. —Bajó del techo y se detuvo a unos treinta centímetros del suelo—. Por cierto, oí a Thierry y Matthew hablando de algo raro.

—¿Y no me lo dices hasta ahora?

—He estado ocupado, Trin. Tengo una agenda muy apretada. Como acabas de ver, tenía que entrenar...

—¿Qué oíste? —lo interrumpí.

—No mucho. —Sus pies tocaron el suelo—. Fue esta mañana, cuando estaban en su cuarto.

—Cacahuete, no pretendía que entraras en su cuarto.

Él se encogió de hombros.

—Si dos personas se van a contar secretos, lo harán en su cuarto. —Tenía razón en eso, pero, aun así, me parecía mal como te iba diciendo, los oí hablar de que habían cometido algún tipo de error. Matthew dijo eso, pero luego Thierry se puso en plan: «No fuimos los únicos que se equivocaron».

Fruncí el ceño.

—Matthew dijo algo parecido anoche. ¿No comentaron de qué error se trataba?

El fantasma negó con la cabeza.

—No, pero luego Thierry dijo que ahora no se podía hacer nada. Que ya se estaba «solucionando» solo. No tengo ni idea de lo que significa eso. ¿Y tú?

—No —susurré, y negué con la cabeza—. Yo tampoco.

—¿Vas a ir a la ceremonia final mañana? —me preguntó Jada mientras se dirigía conmigo a las instalaciones de entrenamiento.

Me encogí de hombros y entrecerré los ojos detrás de las gafas para protegerme del brillante resplandor del sol de primeras horas de la mañana.

—No lo sé.

—Thierry querrá que vayas. —Entrelazó su brazo con el mío—. Y yo quiero que vayas.

—¿Para no aburrirte sola?

Jada soltó una carcajada.

—Puede ser.

Le lancé una larga mirada que solo hizo que se riera más fuerte. La ceremonia final de la Investidura duraba horas. Entre los discursos y la cena, me volvería loca allí metida, pero, puesto que todavía no había asistido a ninguna parte de la Investidura, probablemente debería hacer acto de presencia.

—No tengo nada que ponerme —le dije.

Mi amiga resopló.

—Puedo prestarte un vestido. No me mires así. Tengo muchos vestidos que te quedarán bien.

Solté un gemido mientras abría la puerta y abandonamos el cálido sol para adentrarnos en el fresco vestíbulo interior.

—Por cierto, ¿dónde está Misha? —quiso saber Jada.

Me coloqué las gafas de sol encima de la cabeza y encabecé la marcha.

—Está con Matthew. Están entrevistando a los entrenadores para ver si pueden obtener alguna información... sobre Clay. Para ver si dijo algo sobre lo que... estaba planeando hacer.

Jada sacudió la cabeza mientras liberaba su brazo.

—Todavía no me lo puedo creer. Y Ty tampoco. A ver, ese tío era un cretino, pero nunca habría sospechado algo así.

—Yo tampoco. Es que... Supongo que nunca se sabe de qué es capaz la gente.

Jada se mantuvo callada mientras me seguía y dejábamos atrás las numerosas salas ocupadas por Guardianes. Me dirigía a la que Misha y yo solíamos utilizar para entrenar, ya que normalmente estaba libre.

—¿Crees que deberías estar aquí? ¿Sin Misha? No es que no puedas defenderte, evidentemente, pero...

—Pero Misha está ocupado, estoy harta de estar en mi cuarto y el asunto de Clay fue un caso aislado. Eso creemos, al menos. ¿Y sabes qué estuvo haciendo Cacahuete todo el día de ayer?

—Quién sabe.

—Estuvo nadando de un lado a otro por el techo de mi cuarto porque quería «hacer ejercicio».

—Me coloqué la bolsa de cuero contra la sangradura y fui hacia la puerta azul sin ventanas—. Se puso a hacer abdominales y saltos de tijera mientras cantaba *Beat It*, de Michael Jackson. Si paso un minuto más allí dentro, me voy a volver loca.

—¿Qué? —Jada se atragantó debido a otra carcajada—. Ay, Dios mío, eso es lo más rocambolesco que he oído desde hace mucho tiempo.

—Bienvenida a mi vida —mascullé mientras abría la puerta de golpe, y luego me detuve en seco—. Oh.

Jada chocó contra mi espalda.

—¿Por qué te has...?

Se interrumpió al ver lo mismo que yo: a Zayne y Dez entrenando.

No se habían percatado de nuestra presencia mientras Dez atacaba a Zayne. El Guardián rubio giró para apartarse de su alcance con la ágil elegancia de un bailarín y pasó por debajo del brazo extendido de su oponente. Se incorporó detrás de él y agarró al Guardián de más edad por los hombros a la vez que se agachaba. No supe cómo hizo lo que hizo a continuación, porque se movió a tal velocidad que no vi más que una mancha borrosa. En un abrir y cerrar de ojos, había levantado a Dez completamente del suelo y lo sostenía por encima de su cabeza. Un segundo después, Zayne estampó a Dez contra la colchoneta.

—Madre mía —murmuró Jada.

—Ajá —contesté, y asentí.

Me puse tensa cuando Zayne se enderezó y se apartó de la cara un mechón de pelo suelto mientras dirigía la mirada hacia nosotras.

Dez gimió y rodó de costado.

—Eso no ha dolido nada.

Zayne se rio entre dientes mientras se volvía de nuevo hacia Dez y le tendía una mano.

—Tenemos compañía.

—Ya lo veo.

Dez agarró la mano de Zayne, que lo ayudó a ponerse en pie. Nos saludó con la mano y le devolvimos el gesto.

—Me alegra tener público mientras me dan una paliza. —Se llevó una mano a la parte baja de la espalda—. Deberíais haber aparecido hace quince minutos, cuando tenía a Zayne contra la colchoneta.

El aludido sonrió con suficiencia.

—Eso solo pasó en su imaginación.

—No es cierto. —Dez hizo crujir su espalda con la pericia de un quiropráctico—. ¿Necesitáis algo?

—No —contesté.

Todavía seguía viendo cómo Zayne había levantado a Dez en el aire, como si el otro Guardián no pesara más que un saco de grano.

Zayne ladeó la cabeza.

—Bueno, buscábamos una sala disponible —aclaré.

—No sabíamos que estabais aquí —añadió Jada.

—Ya hemos terminado —anunció Dez—. Bueno, por lo menos yo. —Le lanzó una mirada a Zayne antes de volver a centrarse en Jada y en mí—. ¿Has venido a practicar con las dagas?

La sorpresa me hizo sujetar más fuerte la bolsa de cuero.

—Zayne me dijo que se te daba muy bien —agregó Dez mientras el otro Guardián se dirigía a un rincón de la sala con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No se me da mal.



—¿Que no se te da mal? —Jada se rio mientras me empujaba hacia delante—. Se le da mejor que a la mayoría de los Guardianes.

Como no me quedó otra opción, avancé y le lancé miradas furtivas a Zayne mientras me detenía a su lado. La última vez que habíamos hablado no nos habíamos despedido de un modo precisamente afectuoso y ahora él se mostraba anormalmente callado.

—¿Me harías una pequeña demostración? —me pidió Dez.

—Por supuesto —respondió Jada por mí, y me volví para fulminarla con la mirada. Me arrebató la bolsa de las manos y cruzó la sala con aire resuelto en dirección a la mesa—. Le encanta presumir.

Eso era... cierto.

Por lo general.

Ahora mismo, más bien me apetecía regresar a mi cuarto, porque, al mirar a Zayne, ya no lo vi estampar a Dez contra la colchoneta.

Lo vi con total claridad, cubierto únicamente por una toalla, con el pecho húmedo y...

—Me estás mirando fijamente otra vez —dijo Zayne, que se inclinó hacia mí para susurrarme al oído—. Supuse que deberías saberlo.

—De eso nada —protesté con las mejillas coloradas mientras me apartaba de él.

Dez nos observaba con curiosidad. Al igual que Jada, que no se molestó en disimular la sonrisa cuando me pasó las dagas.

—¿Qué tal tu brazo? —me preguntó Zayne mientras me situaba en un lateral de la sala para alinearme con la mancha borrosa de aspecto humano situada en el otro extremo.

—Bien. —Cerré los dedos alrededor del conocido peso del mango—. ¿Qué tal tu humor?

—¿Qué?

—¿Es mejor que la última vez que te vi? —le pregunté y reprimí una sonrisa cuando lo vi fruncir el ceño.

—Era mejor —contestó él después de un momento.

Eso me provocó una sonrisita de satisfacción mientras levantaba la daga.

—Dime dónde apuntar.

—¿Cualquier sitio? —Dez se volvió hacia el muñeco—. ¿Qué tal... al pecho?

—Eso es demasiado fácil —intervino Jada—. Elige otra zona.

—Vale. —Dez soltó una risita—. ¿La cabeza?

La cabeza era una mancha borrosa más pequeña de color beis, pero la memoria muscular asumió el control y lancé la daga. Dio en el blanco y se clavó en el centro de la cara del muñeco.

—Caray —dijo Dez.

—Dale en el cuello —me ordenó Jada.

Sonriendo, me pasó la daga a la mano de lanzar. La hoja también se clavó donde apunté, justo en el centro de la garganta.

Dez se volvió hacia mí.

—Creo que podríamos usarte para enseñar a nuestros guerreros.

Sonreí de oreja a oreja mientras Jada se acercaba rápidamente al muñeco para recuperar las dagas.

—Eres buena, muy buena. —Una media sonrisa apareció en la maravillosa cara de Zayne cuando lo miré—. Pero es un poco más difícil cuando el objetivo no está inmóvil.

—Ya lo sé —le espeté—. ¿Quieres probar?

—Qué va. —Descruzó los brazos—. Soy más hábil en el combate cuerpo a cuerpo.

Me dije que debía cerrar el pico, pero mi boca empezó a moverse antes de poder contenerme.

—Apuesto a que también se me da mejor.

Zayne resopló.

—Trinity, no seas insensata.

—Oh, no lo soy. —Me enfrenté a él—. ¿Crees que eres mejor solo porque eres un Guardián?

—Sé que soy mejor, porque he recibido años de entrenamiento y tú solo has aprendido lo básico. —Esa suposición no era correcta ni por asomo—. Por no mencionar que soy más grande y más fuerte que tú.

Le dediqué la clase de sonrisa que sacaba a Misha de sus casillas.

—La velocidad y la inteligencia siempre se impondrán a la fuerza y el peso. —Hice una pausa—. ¿No deberías saberlo?

Apretó la mandíbula mientras me fulminaba con la mirada.

—Tengo la sensación de que acabas de insultar mi inteligencia.

—Jamás se me ocurriría.

Zayne alzó las cejas.

—¿De verdad crees que puedes derrotarme?

—No lo creo. Lo sé.

Lo vi entrecerrar los ojos.

—¿Sabéis?, de pronto me ha entrado mucha hambre —anunció Jada mientras colocaba mis dagas en la bolsa.

—¿Qué? —Me volví hacia ella con las manos en las caderas—. Acabamos de comer.

—Sí, pero me apetece tomar postre. —Le sonrió a Dez con un brillo pícaro en los ojos—. ¿Has tenido ocasión de probar los pastelitos de terciopelo rojo que tienen en la cafetería?

—No, en realidad no. —La sonrisa de Dez fue tan amplia que me asombró que no se le agrietara la cara—. Me encantaría probar uno.

—Perfecto. —Jada miró a Zayne de pasada—. Zayne, ¿puedes asegurarte de que Trinity regrese a la casa sana y salva?

Abrí la boca, pero él contestó con un tono cargado de burla:

—Será un placer.

Olvidándome de Jada y Dez, me volví bruscamente hacia Zayne.

—Caray. Por lo menos, podrías fingir que te apetece hacerlo.

—Dije que sería un placer.

Aquellos ojos pálidos se clavaron en los míos.

—En ese caso, tu idea del placer debe ser muy diferente de la mía.

—¿Sabes...? —Se mordió el labio inferior—. Voy a tener que estar de acuerdo en eso. Vamos, agarra tus dagas y te acompañaré a casa.

Tuve la sensación de que lo que había dicho era una pulla y estuve a punto de preguntarle si pasar el rato con demonios era algo que le resultaba placentero, pero logré contenerme. Era una maleducada, pero no tanto.

Además, no estaba lista para volver a casa.

Estaba ansiosa y llena de energía y sentía la necesidad de demostrar mi valía.

—Así que estás admitiendo que puedo vencerte. Lo sabes, ¿no?

Se me quedó mirando como si le hablara en un idioma antiguo y desconocido.

—No he admitido tal cosa.

—Entonces, venga. —Retrocedí y le hice señas con la mano—. Vamos allá.

Zayne se rio. Tuvo la desfachatez de soltar una profunda carcajada que activó de inmediato mis instintos de zorra.

—No puedes hablar en serio.

—Hablo muy en serio.

—Mira, no me va avasallar a chicas para demostrar mi técnica ni mi habilidad, y menos aún a chicas a las que acaban de herir —dijo mientras se daba la vuelta—. Agarraré tus dagas...

Esperé hasta que estuvo a solo treinta centímetros de distancia antes de lanzarme hacia delante, veloz y ligera de pies. Salté y lo agarré por los hombros mientras le clavaba una rodilla en la espalda. Zayne se desplomó, más que nada por la sorpresa, pero yo ya lo había anticipado. Usando sus hombros, me lancé por encima de él y rodé al aterrizar, lo que hizo que me doliera el brazo herido, antes de levantarme de un salto y girarme hacia él.

Zayne ya se había vuelto a poner en pie y me miraba boquiabierto.

—Pero ¿qué diablos...?

—¿Qué decías sobre avasallar a chicas?

En su boca se dibujó una sonrisa lenta y misteriosa.

—Estás como una cabra.

—No creas que debes contenerte conmigo —dije, y luego lo atacué.

Zayne fintó en una dirección para evitar un fuerte empujón, pero me lo esperaba. Giré y le asesté una patada lateral en el vientre que le hizo gruñir. Se giró y me agarró el brazo ileso mientras yo agarraba el suyo. Usándolo para mantener el equilibrio, salté y me di la vuelta al mismo tiempo que lanzaba una violenta patada giratoria que lo hizo retroceder cerca de un metro.

—¿Estás seguro de que has recibido años de entrenamiento? —me burlé sin dejar de acercarme a él.

Se le habían soltado varios mechones de pelo que le rozaron las mejillas cuando se volvió hacia mí.

—¿Estás segura de que tú solo has recibido unas cuantas sesiones?

—¿Sabes qué? —Me lancé al suelo para esquivar un golpe y apoyé las manos en la colchoneta mientras le lanzaba una patada a las piernas que lo derribó—. Mentí.

—Ya lo veo —gruñó.

—Admítelo. Soy mejor que tú.

Zayne exhaló con fuerza y saltó apoyándose en las puntas de los pies.

—No voy a admitir eso todavía, princesa.

—¿Princesa? —repetí, asombrada—. No soy una princesa.

—Eres de lo que no hay.

Sonrió con suficiencia y luego ejecutó una patada de mariposa que casi no vi a tiempo.

Me enfrenté a él con una risa desenfadada. Golpe tras golpe, fuimos el uno a por el otro. Al principio, la primera vez que lo atacué, noté que se estaba conteniendo, pero, después de que varios puñetazos y patadas atravesaran sus defensas, se dejó de juegos.

—Pero ¿qué diablos...?

—¿Qué decías sobre avasallar a chicas?

En su boca se dibujó una sonrisa lenta y misteriosa.

—Estás como una cabra.

—No creas que debes contenerte conmigo —dije, y luego lo atacué.

Zayne fintó en una dirección para evitar un fuerte empujón, pero me lo esperaba. Giré y le asesté una patada lateral en el vientre que le hizo gruñir. Se giró y me agarró el brazo ileso mientras yo agarraba el suyo. Usándolo para mantener el equilibrio, salté y me di la vuelta al mismo tiempo que lanzaba una violenta patada giratoria que lo hizo retroceder cerca de un metro.

—¿Estás seguro de que has recibido años de entrenamiento? —me burlé sin dejar de acercarme a él.

Se le habían soltado varios mechones de pelo que le rozaron las mejillas cuando se volvió hacia mí.

—¿Estás segura de que tú solo has recibido unas cuantas sesiones?

—¿Sabes qué? —Me lancé al suelo para esquivar un golpe y apoyé las manos en la colchoneta mientras le lanzaba una patada a las piernas que lo derribó—. Mentí.

—Ya lo veo —gruñó.

—Admítelo. Soy mejor que tú.

Zayne exhaló con fuerza y saltó apoyándose en las puntas de los pies.

—No voy a admitir eso todavía, princesa.

—¿Princesa? —repetí, asombrada—. No soy una princesa.

—Eres de lo que no hay.

Sonrió con suficiencia y luego ejecutó una patada de mariposa que casi no vi a tiempo.

Me enfrenté a él con una risa desenfrenada. Golpe tras golpe, fuimos el uno a por el otro. Al principio, la primera vez que lo atacué, noté que se estaba conteniendo, pero, después de que varios puñetazos y patadas atravesaran sus defensas, se dejó de juegos.

Zayne bloqueó una serie de patadas y golpes que habrían hecho que un humano se cayera de culo. Mantuvo el ritmo de los movimientos con facilidad.

—Vamos, Trinity, ¿puedes hacerlo mejor? Me estoy aburriendo.

Como ya me había pasado en otras ocasiones, la forma en la que pronunció mi nombre hizo que un estremecimiento me bajara por la espalda y un rubor se extendiera por mi piel. Odié esa sensación.

Sonreí con aire despectivo mientras daba media vuelta y lanzaba una patada giratoria contra sus estúpidas piernas que lo derribó. Cayó de espaldas con fuerza y dejó escapar un gruñido. Jadeando, me acerqué con aire altivo hacia donde estaba tendido.

—¿Ahora te aburres, *caraculo*?

Zayne tosió mientras se colocaba de costado y levantó la mirada hacia mí.

—¿*Caraculo*? ¿En qué década vives?

Veloz como un rayo, me agarró las piernas antes de que pudiera verlo moverse. Enganchó el borde de mi pie y tiró.

Perdí el equilibrio y caí sobre su firme cuerpo. Me recuperé rápido y le rodeé el cuello con la mano mientras me sentaba a horcajadas encima de él.

—Si tuviera mis dagas, ahora mismo estarías muerto.

Zayne bajó la barbilla y luego levantó la mirada hacia la mía. Aquellos ojos pálidos ya no eran tan gélidos. Estaban llenos de fuego, y me quedé un tanto ensimismada mientras los miraba fijamente. Las pupilas habían empezado a estirarse verticalmente, una clara señal de que estaba a punto de transformarse.

—Gané.

—No del todo —repuso.

Parpadeé, confundida.

—Gané. Es imposible que...

Mis palabras terminaron en un chillido cuando Zayne se incorporó bruscamente, me rodeó la cintura con las piernas y me hizo caer de espaldas con un giro de caderas. En un abrir y cerrar de ojos, me había inmovilizado completamente debajo de él.

—¿Ganaste? —me preguntó con una amplia sonrisa.

Intenté golpearlo con las piernas, pero la férrea fuerza de sus muslos me las sujetó contra el suelo. Cuando levanté la parte superior del cuerpo para desequilibrarlo, me obligó rápidamente a volver a tumbarme a base de pura fuerza bruta mientras me sujetaba las muñecas contra la colchoneta por encima de la cabeza.

—La velocidad y la inteligencia te llevarán lejos —dijo, y acercó tanto la cabeza a la mía que las puntas de su pelo me rozaron la mejilla—. Pero la velocidad, la inteligencia y la fuerza siempre ganan al final.

Puesto que no estaba lista para admitir la derrota, eché la cabeza hacia atrás mientras conseguía retorcerme hasta sacar una pierna de debajo de él. Me dispuse a plantar el pie en alguna zona sensible, pero liberar la pierna hizo que ocurriera algo completamente inesperado. Su cuerpo se movió y se acomodó entre mis piernas de modo que alineó nuestros cuerpos en un lugar muy interesante. Su torso y sus piernas se apretaron contra los míos de una forma que me hizo pensar en otras cosas..., cosas que no implicaban luchar, pero que incluían menos ropa.

Con su cara a pocos centímetros de la mía, nuestros ojos se encontraron. Dejé de moverme. Puede que incluso dejara de respirar.

Se produjo un rápido cambio en la atmósfera que nos rodeaba, noté una repentina carga de tensión embriagadora al mismo tiempo que me invadía una salvaje oleada de deseo que luchaba por liberarse. Me recordó a cuando la gracia me incendiaba las venas y me quemaba la piel y la carne.

Me costaba respirar mientras seguíamos mirándonos fijamente. Zayne no se apartó de mí, pensé que ya lo habría hecho a esas alturas, pero seguía encima de mí y sus pupilas continuaban estirándose. Sus carnosos labios se separaron.

Lo... lo deseé.

Nunca antes había sentido verdadero deseo, pero ahora me estaba consumiendo por dentro. Ansia. Necesidad. Eso era lo que faltaba cuando había besado a otro. Eso era lo que significaba el anhelo. Y, cuando levanté la cabeza de la colchoneta y acerqué tanto nuestras bocas que pude saborear el aliento de Zayne en mis labios, pensé que podría ahogarme en esa sensación. Él no se apartó. En cambio, me dio la impresión de que se quedaba aún más inmóvil.

Lo besé.

No fue un gran beso al principio, solo el roce de mis labios contra los suyos, y, cuando él no se movió, presioné más fuerte. Un escalofrío se propagó hasta la punta de mis pies cuando

nuestras bocas se tocaron. Le acaricié los labios con la punta de la lengua, lo lamí.

Sus manos me apretaron las muñecas y luego se aflojaron. Un tenso instante después, sus manos se movieron y se deslizaron por mis brazos. Los callos ásperos que noté en sus palmas me dejaron sin aliento.

Y entonces, a partir de ese momento, yo no fui la única que participaba en el beso.

Zayne hizo presión, sus cálidos labios se movieron contra los míos durante un breve y sensual segundo, y en ese momento se esfumó.

Se apartó bruscamente de mí y se puso en cuclillas sobre las puntas de los pies, jadeando, mientras la piel se le oscurecía y se le endurecía. Ya no podía verle los ojos, pero sabía que sus pupilas eran verticales.

Estaba empezando a transformarse y yo...

Me senté y retrocedí rápidamente mientras respiraba hondo con dificultad. ¿Qué acababa de hacer? Lo había besado. Bueno, en realidad, más bien lo había lamido, y él me estaba mirando como si hubiera hecho justo eso.

«Joder».

Tenía la sensación de que todo el cuerpo se me había puesto rojo como un tomate mientras me levantaba a toda prisa, vacilante y mareada.

—Lo siento —dije mientras retrocedía—. No... no pretendía hacer eso.

Zayne se puso en pie despacio y me observó como si yo fuera un animal salvaje capaz de abalanzarse sobre él en cualquier momento.

—Lo siento mucho...

Di media vuelta y, para mi horror, vi a Misha en la entrada, manteniendo la puerta abierta con una mano.

Crucé a toda prisa las colchonetas en dirección a la puerta sin mirar atrás, ni una sola vez, antes de pasar junto a Misha y adentrarme en el pasillo, mucho más fresco.

«Joder, he besado a Zayne».

Lo había besado y él había salido disparado, se había apartado de mí como si llevara un cohete atado a la cintura.

—Trinity —me llamó Misha.

Seguí caminando rápido mientras abría y cerraba las manos a los costados. ¿En qué estaba pensando?

Misha me alcanzó.

—¿A qué ha venido todo eso?

—A nada —contesté mientras realizaba una inspiración temblorosa—. Absolutamente nada.

## Catorce

—¿Lo...? ¿Lo besaste? —me preguntó Jada. Su voz sonó apagada desde el otro lado de la puerta del baño—. Cuando os dejé ayer, supuse que simplemente... Qué sé yo, que seguiríais discutiendo y coqueteando. Has superado mis expectativas una vez más.

Me situé delante del espejo e intenté subirme el corpiño del vestido prestado, pero, en cuanto lo solté, se deslizó hacia abajo y dejó a la vista muchísimo escote.

Suspiré y me di por vencida. El vestido blanco también me quedaba un poco ajustado en las caderas, pero era del largo perfecto y me quedaba bien en los demás sitios. Iba a tener que servir, ya que Jada amenazaba con llevarme a rastras a la ceremonia final llevara lo que llevase.

Levanté los brazos, me agarré el pelo y extendí los espesos mechones sobre mis hombros desnudos. No estaba mal. Eso ocultaba el hecho de que mi brazo estaba casi curado, lo cual era sospechoso de narices. Además, el pelo cubría un poco la zona del pecho.

Un poco.

—¿Trinity?

Cerré los ojos con fuerza, probablemente haciendo que se me corriera el rímel que había robado del cuarto de Jada. Una gran parte de mí deseaba no haberle dicho nada a mi amiga, pero tenía que contárselo a alguien.

Si no se lo hubiera dicho, habría acabado reventando.

—Lo besé —dije mientras abría los ojos y sacaba un pintalabios de color melocotón.

—¿Y te devolvió el beso?

—Pues... no lo sé —contesté mientras le quitaba la tapa.

Se produjo una pausa.

—¿Cómo no vas a saberlo, Trin?

—Bueno, al principio pensé que sí, pero ahora, cuanto más lo pienso, ya no estoy segura. —Me apliqué el pintalabios y apreté los labios—. A ver, fue un beso rápido. —Demasiado breve, pero todavía recordaba la sensación de su boca contra la mía—. Y se apartó de mí como si hubiera salido disparado.

Hubo un largo momento de silencio.

—¿Te dijo algo?

—No.

Suspiré de nuevo, pues me sentía confundida, avergonzada y enfadada, lo cual no era buena combinación en absoluto.

No había vuelto a ver a Zayne desde el día anterior por la tarde. Las dagas y las gafas de sol que dejé en la sala de entrenamiento habían aparecido esa mañana como por arte de magia en la isla de la cocina. O bien Zayne las había devuelto o Misha las había ido a buscar.

—No sé qué decir —comentó Jada por fin.

—Ya, yo tampoco. —Abrí la puerta del baño—. ¿Cómo estoy?

—Fabulosa. —La que estaba despampanante era ella con un vestido blanco de estilo griego con una cinta dorada atada alrededor de su estrecha cintura—. Lo bastante guapa para devolverte un beso.

Me la quedé mirando y parpadeé despacio.

—¿Podéis dejar de hablar de besos?

Esquivé a Jada y ahogué una exclamación, pues vi a Misha sentado en el borde de mi cama, vestido con un pantalón de lino negro y una camiseta sin mangas a juego parecida a una túnica.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente para saber por qué saliste corriendo de la sala de entrenamiento con la cara ardiendo.

—Te odio —mascullé, y me crucé de brazos.

—No te conviene hacer eso —me aconsejó Jada mientras me miraba el pecho—. Reventarás alguna costura.

Descrucé los brazos y puse los ojos en blanco.

—Os odio a los dos.

—Nosotros no vamos por ahí besando a cualquier chico —comentó Misha.

—¡Ni yo tampoco!

—Mira, esto no es lo mismo que con Clay —intervino Jada para defenderme—. Después no lanzó a Zayne por una ventana de una patada.

Abrí la boca y luego la cerré de golpe.

—Bueno, la verdad es que le pegué varias patadas antes del beso.

Misha alzó las cejas.

—¿Por qué eres tan violenta?

Levanté las manos y luego las dejé caer.

—Necesito ayuda urgentemente.

Misha, que seguía sentado en mi cama, asintió con aire solemne.

—Pero es que vosotros no lo entendéis —protesté, y me sentí como una auténtica quejica mientras miraba a Jada—. Tú tienes a Ty. —Luego me volví hacia Misha—. Y tú estás empezando algo con Alina. Thierry tiene a Matthew, y ya sé que piensas que Zayne es un mal tipo —le dije a Misha—, pero no creo que lo sea, y yo solo quiero... solo quiero una pizca de eso. Quiero que...

«Eres un arma, Trinity».

—¿Qué? —me preguntó Jada en voz baja.

—Nada —respondí, y negué con la cabeza—. ¿No deberíamos irnos?

—No, no es nada. —Jada me bloqueó el paso y se convirtió en una fuerza inamovible—. ¿Qué quieres?

Me habían entrenado para luchar..., para matar cuando fuera necesario. Contaba con la gracia, un arma poderosa con la que podía matar a demonios y a Guardianes y a cualquier cosa entre



medias. Había sido un arma desde que había nacido y muy pocas cosas me asustaban, pero no tuve el valor de decir lo que quería.

Que era que me quisieran por algo que no fuera aquello para lo que nació.

Misha se levantó de la cama y me pasó un brazo por encima de los hombros.

—Venga, vámonos o llegaremos tarde.

Durante un momento, pensé que Jada no iba a ceder, pero asintió y se dio la vuelta mientras hacía girar su falda con elegancia. Tras guiarme fuera de mi cuarto, Misha me hizo detenerme en lo alto de la escalera y me preparé para un sermón monumental. Cuando habló, su voz fue un susurro contra mi oído.

—Yo sé lo que quieres —dijo mientras me apretaba contra su costado—. Quieres que te quieran, y eso no tiene nada de malo, Trin. En absoluto.

Había un espíritu en el Gran Salón.

Estaba segura de que no formaba parte del equipo de los vivos porque su cuerpo estaba haciendo eso de parpadear y, aunque se encontraba justo detrás de Dez y Nicolai, estos no eran conscientes de su presencia y hasta habían atravesado al espíritu más de una vez al apartar sus sillas.

Dez y Nicolai estaban sentados justo enfrente de nosotros, en el lado opuesto de la ancha mesa. Había una silla vacía al otro lado de Nicolai y, si yo hubiera albergado alguna esperanza de que Zayne apareciera (cosa que no hacía), me habría llevado una desilusión.

No iba a venir a la ceremonia.

Aunque no me sorprendía. Había dicho que no le iban ese tipo de cosas y, si se había enterado de que yo vendría, no podía culparlo por estar en cualquier parte menos ahí.

Me sentía como una completa idiota... Una idiota que no entendía los límites personales. Solté un suspiro exagerado y me dije que eso daba igual.

Los Guardianes de D.C. se habrían ido mañana, junto con los refuerzos que necesitaban. Todo volvería a ser normal por la mañana... Bueno, todo lo normal que podían ser las cosas, pero, si Zayne ya no estaba, yo dejaría de... dejaría de querer lo que no podía tener.

Mientras jugueteaba con el borde de la servilleta, volví a dirigir la mirada hacia el espíritu. Todavía seguía detrás de Dez y Nicolai, como si formara parte de la conversación que mantenían.

Era muy extraño. Había algo en el espíritu que me resultaba vagamente familiar, aunque nunca había visto a aquel hombre mayor. ¿Estaba conectado con Dez y Nicolai de algún modo? ¿O con otra persona de ahí?

De cualquier forma, mientras lo observaba con cautela, supe que sin duda había visto la luz y había cruzado. Tenía la piel de un saludable tono dorado y, si no estuviera parpadeando así, parecería humano, que era el motivo por el que a veces, debido a mis ojos, solía confundir a los espíritus con personas vivitas y coleando.

Se trataba de un hombre atractivo con una melena de color rubio rojizo que me recordó a un león. Era grande y ancho de hombros y supe que, si estuviera vivo, habría llamado la atención de todos los presentes.

¿Había sido un Guardián? No era imposible. Ya había visto a algunos espíritus de Guardianes. Alguien se rio.

Aparté la mirada del espíritu y eché un vistazo hacia la cabecera de la mesa. Thierry estaba reunido con alguien, así que su silla estaba vacía. Matthew estaba allí sentado junto a Jada y su madre, y su pelo rojizo parecía llamear bajo las brillantes luces del salón.

Volví a mirar al espíritu, que había clavado la mirada en la entrada, con el ceño fruncido.

—¿Qué miras tanto, Trinity? —me preguntó Dez.

«Ay, mierda».

Por lo visto, no estaba siendo tan discreta como pensaba. Puesto que no sabía si Nicolai o Zayne habían puesto a Dez al corriente de todo el tema de «veo muertos», me obligué a sonreír.

—Nada. Solo me he quedado ensimismada.

Él alzó una ceja.

—¿La cena es tan aburrida?

Fruncí los labios.

—¿Me creerías si te dijera que no?

Dez se rio entre dientes mientras se recostaba en su silla.

—En absoluto.

Le dediqué una sonrisa y miré hacia el escenario. Thierry ya había dado su discurso y enumerado las habilidades y los éxitos de aquellos Guardianes que iban a recibir la Investidura. Todavía teníamos que tragarnos los discursos de los entrenadores y luego empezaría el baile.

Misha colocó el brazo sobre el respaldo de mi silla, giró el cuerpo hacia mí y bajó la barbilla.

—¿Qué estás mirando? —me susurró.

Bajé la mirada.

—No quieras saberlo.

—¿Un fantasma? ¿Cacahuete?

Negué con la cabeza.

Misha se quedó callado un momento.

—¿Un espíritu?

—Ajá.

—Qué interesante —murmuró mientras miraba hacia donde había estado el espíritu, pero ya se había ido.

Pero ¿qué...?

Recorrí con la mirada la habitación grande y bien iluminada y las paredes color crema con adornos de mármol hasta que por fin lo divisé en el centro de la sala.

Aparté la silla y aproveché la oportunidad para distraerme.

—Vuelvo enseguida.

Misha agarró los brazos de su silla, haciendo ademán de levantarse, pero lo detuve.

—No hace falta que me acompañes —le dije, consciente de que Dez y Nicolai nos estaban observando—. Voy al baño.

En su cara se reflejó una expresión de duda, pero se volvió a sentar, pues sabía que, si me seguía ahora, parecería superraro. Le sonreí de oreja a oreja al imaginarme la sarta de palabrotas que se le estaría ocurriendo, y saludé con un gesto de la cabeza a los dos Guardianes sentados frente a mí.

Procuré no chocar con las mesas que atravesaba el espíritu mientras los ocupantes enderezaban platos y velas y expresaban su confusión con exclamaciones.

Aceleré el paso y pasé junto a dos guerreros que aún no habían finalizado su entrenamiento y aguardaban junto a las puertas. Al salir al pasillo, que estaba iluminado con una luz mucho más suave, miré a ambos lados. Ahí fuera había gente charlando en grupitos. Tardé un momento, pero vi al espíritu una vez más al final del pasillo, junto a las puertas que daban al jardín. Un segundo después, flotó a través de ellas.

Me agarré la falda del vestido para no tropezar, recorrí el pasillo y me detuve al llegar a las puertas. El jardín solo estaba iluminado con cálidas guirnaldas de luces y antorchas. ¿Qué era peor para mi vista que una habitación extremadamente brillante?

Escasa o ninguna luz.

Suspiré, abrí la puerta usando la cadera y salí al porche, donde me recibió el aire cálido de principios de junio. Avancé con cautela, pues recordé que había escalones y mi percepción de la profundidad no era muy buena de noche. Bajé despacio hasta el sendero adoquinado.

No oí a nadie fuera mientras recorría el sendero y me preguntaba si sería capaz de ver al espíritu ahí.

Dejé atrás lo que me parecieron varios bancos vacíos, seguí la curva que describía el camino y me sorprendí al descubrir que llevaba a una zona abierta que estaba bien iluminada por varias farolas de estilo antiguo. Había una estatua en el centro: un ángel de batalla que alzaba una espada con un brazo mientras agarraba la cabeza de un demonio con la otra.

Rodeé la estatua, pero me detuve en seco al descubrir al espíritu al otro lado. El corazón me dio un pequeño brinco, como me pasaba siempre que me encontraba tan cerca de un fantasma o un espíritu, por muchas veces que hubiera visto alguno.

El espíritu miraba fijamente la estatua y, ahora que estábamos más cerca, no pude quitarme de la cabeza que sus facciones me resultaban familiares. Tal vez lo hubiera visto antes, cuando estaba vivo.

Me solté la falda del vestido y eché un vistazo alrededor. No oí a nadie más por ahí, pero eso no significaba que no hubiera alguien.

Me mordí la uña del pulgar y la curiosidad me llevó a un estado de imprudencia.

Ignoré la forma en la que se me revolvió el estómago. Fue una reacción extraña a la presencia del espíritu, que no entendí, así que la hice a un lado para analizarla más tarde...

—Hola —dijo el espíritu.

Di un respingo y retrocedí un paso cuando se giró hacia mí y se volvió transparente de cintura para abajo. Noté que los ojos se me abrían como platos.

—¿Sabes que puedo verte?

—¿Por qué no iba a saberlo?

—¿Porque estás muerto? —sugerí.

Una comisura de sus labios esbozó una media sonrisa que me puso la carne de los brazos de gallina.

—Sí, pero no soy el primer espíritu que has visto.

—No. Ni de lejos. ¿Cómo lo sabes?

El espíritu me observó un momento.

—Porque sí.

—Esa es una respuesta vaga. ¿Qué tal si te hago otra pregunta? Has cruzado, ¿verdad? — Cuando asintió, me rodeé la cintura con los brazos para protegerme de la fresca brisa de montaña

que se deslizaba por el jardín y agitaba las hojas—. Pero has regresado.

—Así es.

Esperé a que me diera más detalles, pero, cuando no lo hizo, insistí.

—¿Por qué has regresado?

La leve sonrisa se desvaneció de su cara mientras levantaba la mirada hacia la estatua.

—Quería ver.

Fruncí el ceño.

—¿Ver qué?

Transcurrió un momento antes de que contestara:

—Ver cuánto me equivoqué.

Entonces lo comprendí. Ese espíritu había regresado porque se arrepentía de algo que había hecho o debería haber hecho, o de algo que había dicho o desearía haber dicho.

Podía ayudarlo con eso.

—Eres un Guardián, ¿verdad?

El espíritu asintió.

—Y tú... no eres una Guardiana.

—No.

Me miró mientras su cara se volvía casi transparente.

—Sé quién eres.

Sorprendida ante tal afirmación, no supe qué decir. Nunca me había encontrado con un espíritu ni con un fantasma que lo supiera. ¿Ese Guardián había vivido ahí? ¿Tal vez cuando yo era más joven?

—¿Lo sabes?

—Estar muerto hace que algunas cosas estén mucho más claras, mientras que otras no tanto. — Se giró completamente hacia mí y sus facciones se volvieron más nítidas, más claras—. Ya sé por qué he vuelto justo ahora, en este momento.

Un escalofrío me bajó por la espalda.

—Es curioso cómo el destino logra corregirse contra viento y marea, ¿verdad?

Vale, esa era la conversación más rara con un espíritu, y realmente de locos, pero aún más de locos era que... ¿no era eso lo que Cacahuete le había oído decir a Thierry?

Antes de poder preguntarle a qué se refería, en sus facciones se reflejó una tristeza tan profunda que pude sentirla en mi propio pecho. Un segundo después, el espíritu se esfumó. Enarqué las cejas mientras la brisa alzaba un mechón de mi pelo y me lo lanzaba a la cara.

Esperé.

El espíritu no volvió a aparecer.

Me crucé de brazos, con el ceño fruncido.

—¿Por qué has huido?

—No me explico por qué alguien huiría de ti.

## Quince

Casi se me salió el corazón del pecho al oír una profunda voz cargada de diversión y con un toque de sarcasmo. El dobladillo del vestido giró alrededor de mis tobillos cuando di media vuelta.

—Zayne —dije, y abrí tanto los ojos que estaba segura de que parecía un bicho espachurrado.

Se encontraba como a un metro de mí y tenía un aspecto majestuoso, vestido con el atuendo ceremonial de un guerrero. Pantalones blancos de lino y una túnica sin mangas a juego. El pelo, que llevaba suelto, le rozaba los hombros.

Su repentina aparición me dejó tan asombrada que me quedé allí plantada, mirándolo, y en lo único que pude pensar fue en el hecho de que lo había besado. Y que tal vez... tal vez él me había devuelto el beso. Pero, aunque eso fuera cierto, lo que estaba claro era que se había apartado bruscamente de mí, como si me estuviera quemando. Él no se había perdido en el caótico remolino de deseo que se había apoderado de mí.

Una comisura de su boca se curvó hacia arriba mientras yo continuaba mirándolo boquiabierto.

—¿Estás bien? —Transcurrió un momento—. Estoy empezando a preocuparme un poco.

Noté calor en la cara mientras salía de mi estupor. Encontré la voz.

—Lo siento. Me has asustado.

Aquella media sonrisa aumentó.

—Ya lo veo. No fue mi intención. —Le echó un vistazo a la estatua y luego volvió a mirarme—. Aunque fui bastante silencioso.

—Evidentemente —contesté mientras movía las manos a los costados con nerviosismo.

Pasó un momento mientras Zayne recorría el jardín con la mirada.

—Entonces, alguien... ¿ha huido de ti?

Asentí. Antes me había resultado divertido tomarle el pelo acerca de la presencia de Cacahuete, pero ya no me lo parecía tanto.

—Vas vestido como si fueras a asistir a la Investidura.

—Así es.

—No estabas dentro.

—Decidí asistir en el último momento. —Un mechón de pelo rubio le cayó contra la mejilla y levantó la mano para colocárselo detrás de la oreja—. Me sorprende que hayas venido.

¿En serio? ¿Y por eso había decidido asistir, porque pensaba que yo no iría? Junté las manos y levanté la barbilla.

—Básicamente, he venido en contra de mi voluntad.

Se rio entre dientes.

—Me cuesta creer que alguien pueda obligarte a hacer algo en contra de tu voluntad.

Los labios me temblaron a modo de respuesta.

—Bueno, como puedes ver, en realidad no estoy asistiendo a la ceremonia, y tú tampoco, al parecer. —Miré a mi alrededor, pero no vi al espíritu—. Para ser te sincera, ni siquiera estoy segura de si tengo permitido estar aquí.

—¿Por qué no?

—Se supone que estos jardines son sagrados —le expliqué—. Solo pueden entrar guerreros entrenados.

Zayne ladeó la cabeza y pareció estudiarme.

—Dudo que esta sea la primera vez que no sigues las normas.

Me encogí de hombros.

—En realidad, no puedo culparte. Yo también preferiría estar aquí fuera mirando los árboles y esta estatua que dentro de ese salón.

No pude contenerme y me reí.

Él se acercó más.

—Pero, sin duda, esto es mucho mejor que mirar estatuas y árboles.

Noté un revoloteo en el centro del pecho, pero lo ignoré.

—Eso no es mucho decir.

—Voy a tener que discrepar. —Sus labios se elevaron un poco más—. Eso es decir un montón.

No supe cómo responder a eso.

—Hace una noche preciosa —comentó mientras levantaba la mirada—. El cielo está despejado y se ven muchísimas estrellas.

Seguí su mirada, entrecerré los ojos y pude ver las tenues luces titilantes. Sabía que para él eran más brillantes y que probablemente podría ver muchas más. Yo podía ver... cuatro. Cerré el ojo derecho. Corrección. Podía ver tres. Se me tensaron los hombros.

—Sí —murmuré mientras hacía a un lado la opresiva sensación de finalidad.

—Y tú... pareces una diosa, Trinity. Estás preciosa.

Sentí que el aliento se me quedaba atascado en la garganta mientras dirigía la mirada bruscamente hacia él. ¿Lo decía en serio? Estaba segura de que muy poca gente, si es que había alguien, me miraría y pensaría en la palabra «diosa». ¿A Jada? Sí. ¿A mí? Yo era más bien como la sucia ninfa del bosque que huía de los dioses.

Zayne apartó la mirada y carraspeó, y deseé oírle decir esas palabras de nuevo mientras una clase diferente de calidez se extendía por mis mejillas y me bajaba por la garganta.

—¿De verdad? —susurré y, en cuanto esas palabras salieron de mi boca, quise hacerlas desaparecer.

Él bajó la barbilla y me pareció que aquel gesto de sus labios podría haberse transformado en una amplia sonrisa.

—Sí, de verdad.

Me mordí el labio para no ponerme a sonreír como una idiota.

—Gracias. Tú tampoco estás mal.

Se rio entre dientes mientras me miraba de nuevo.

—En realidad, esperaba poder hablar contigo. Quería hablar de lo de ayer.

Cerré los ojos mientras se me tensaban todos los músculos del cuerpo.

—Sobre eso... Siento cómo me comporté.

—¿Por qué parte de tu comportamiento te estás disculpando? —me preguntó, y su voz sonó más cerca.

Abrí los ojos y descubrí que apenas estaba a unos treinta centímetros de distancia.

—Bueno, probablemente haya múltiples aspectos de mi comportamiento de ayer por los que podría disculparme.

—¿Como incitarme a pelear contigo? —sugirió.

Apreté los labios y asentí con la cabeza.

—Sí, por eso, pero...

—¿O por sugerir que mi entrenamiento no era lo bastante bueno?

—Me parece que no sugerí eso.

—Oh, a mí me parece que sí.

Hundí los dedos en la falda.

—Vale, puede que lo hiciera, pero me estaba disculpando por...

—¿Por llamarme *caraculo*?

Sí que lo había llamado eso.

—¿O te estás disculpando por mentir sobre lo de haber recibido un entrenamiento mínimo? —continuó con soltura.

Empecé a fruncir el ceño.

—Ah, espera. —Me miró a los ojos—. ¿Te estás disculpando por negarte a admitir la derrota cuando gané?

Respiré hondo.

—¿Ya has terminado?

—No lo sé. —La lenta sonrisa burlona me irritó y me excitó al mismo tiempo, y esa última emoción me frustró aún más—. ¿He olvidado algo?

—Sí —le espeté—. Justo la única cosa por la que iba a disculparme.

—¿El qué?

Iba a obligarme a decirlo. Cabrón.

—Por besarte.

Me ardía la cara como si la tuviera en llamas.

Zayne ladeó la cabeza y transcurrió un largo momento.

—Eso es lo único por lo que no necesitas disculparte.

—¿Qué?

Encogió un hombro.

—Pasó. No hace falta que te disculpes.

—Ya, pero no debería haberlo hecho. A ver, nadie debería ir por ahí besando a la gente, y no parecía que tú estuvieras interesado...

—Tú no sabes lo que me interesa y lo que no.

Me quedé callada, pues no estaba segura de cómo tomármelo. ¿Qué significaba eso? Estaba convencida de que yo no podía ser la única persona a la que esa afirmación dejaría completamente confundida.

—Pasó —dijo Zayne en voz baja.

—¿Pasó? —repetí—. Haces que suene como si me hubiera resbalado y mi boca hubiera chocado contra la tuya.

Él soltó una carcajada, y fue una de verdad, agradable y profunda.

—No tiene gracia.

—Tu forma de describirlo ha sido bastante graciosa.

—Me alegro de que te lo parezca.

Suspiré y giré el cuerpo lejos de él.

—Trinity, no eres la primera chica que me besa.

—Caray. —Volví a mirarlo—. ¿Tienes ese problema a menudo? ¿Las chicas se te echan encima así sin más?

—Yo no diría que te me echaste encima ni tengo ese problema. A lo que me refería es que... sentiste algo y actuaste en consecuencia. Esas cosas pasan.

Me sentí más inexperta que nunca en mi vida y no supe qué decir. No era para nada aceptable sentir algo y simplemente actuar en consecuencia, y tenía la fuerte sospecha de que solo me estaba diciendo eso para hacerme sentir mejor. Aunque se lo agradecía, en realidad me hizo sentir peor.

—Bueno, de todos modos, lo siento y quería que lo supieras. —Carraspeé—. Probablemente debería volver a entrar...

—¿Cuánto tiempo llevas entrenando? —me preguntó, y me detuvo—. Es imposible que aprendieras todo eso con solo unas cuantas sesiones con Misha o con cualquiera de los entrenadores de aquí.

Como ayer había sentido la necesidad de presumir, ahora me vi arrinconada por mis propias acciones.

—He recibido... una cantidad considerable de entrenamiento. Probablemente tanto como cualquiera de los Guardianes que van a recibir la Investidura.

Era probable que él ya se lo hubiera imaginado, pero aun así, se reflejó cierta sorpresa en su cara.

—¿Por qué iban a entrenar así a una humana?

Esa era la pregunta del millón de dólares, pero era algo a lo que no podía responder. No con sinceridad.

Zayne negó con la cabeza.

—Eso es lo que no entiendo de ti. Eres humana, pero puedes ver fantasmas y espíritus. Y, sí, ya sé que otros humanos pueden hacer eso, pero vives con Guardianes y te has entrenado con ellos hasta el punto de que podrías defenderte de uno de nosotros.

—Me gusta pensar que hice algo más que solo defenderme de ti —señalé, lo cual no me ayudó en absoluto.

—Tienes razón. Has matado a uno de nosotros en defensa propia —añadió, y sentí una fría punzada de consternación en el estómago—. Te atacaron, y ni a una maldita persona de las que viven aquí, incluida tú, parece preocuparle lo más mínimo.

—Les preocupa. Me preocupa...

—¿En serio? —me retó—. Porque andas deambulando sola como si no te preocupara para nada que haya alguien aquí que quiera hacerte daño.

—Para ser precisos, se supone que no debería andar deambulando, y la amenaza contra mí..., bueno, ya se ha solucionado. No es que esté perdiendo el tiempo por ahí.



—Eso es justo lo que haces —repuso con tono seco—. Por cierto, ¿qué estabas haciendo aquí fuera? Estabas hablando con alguien.

Suspiré.

—Sí.

Zayne alzó las cejas mientras se cruzaba de brazos.

—Ví un... espíritu.

Lo vi ensanchar ligeramente los ojos.

—¿Aquí? ¿En la Investidura?

Me recordó tanto a Misha que tuve que reírme.

—Sí, hay espíritus por todas partes. Incluso aquí. Aunque fue raro. —Volví la mirada de nuevo hacia la estatua—. No lo había visto nunca, pero él parecía conocerme. —Me encogí de hombros—. Supongo que era un Guardián de aquí.

—¿Ves...? ¿Ves espíritus de Guardianes?

Asentí, aliviada de hablar de un tema más seguro y no tan embarazoso.

—No los veo a menudo, y nunca he visto el fantasma de uno, pero he visto a unos cuantos espíritus.

Zayne pareció meditarlo.

—¿Por qué crees que nunca has visto el fantasma de un Guardián?

—Supongo que todos avanzan. A diferencia de los humanos, ellos tienen poco que temer al morir.

—Supongo que sí...

Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo. Oleadas de tensión brotaron de él mientras clavaba la mirada en los árboles y arbustos que había a nuestro alrededor. Se quedó tan inmóvil que ni siquiera supe decir si respiraba. Entonces descruzó los brazos.

Noté un nudo de inquietud en el estómago que se fue propagando como un virus, y entonces lo sentí... Era como un cálido aliento contra la nuca, un peso repentino en la parte baja de la columna.

Recorrí el jardín a toda prisa con una mirada desenfrenada, pasando de Zayne a la estatua y a todos los rincones sombríos que nos rodeaban.

Demonios.

Había demonios cerca.

Me quedé sin aliento por la sorpresa cuando la mano de Zayne me rodeó el brazo. Un cosquilleo de electricidad pasó de sus dedos a mi piel y me subió por el brazo, seguida de una extraña sensación de agudo reconocimiento, pero la sensación fue rápida y luego ya no volví a pensar en ello.

Primero me encontraba junto a la estatua, hablando de fantasmas y espíritus, y, un instante después, me vi girando en el aire cuando Zayne me empujó detrás de él y me mantuvo allí, a unos quince centímetros del suelo.

Algo... pasó. Algo le pasó a Zayne. El brazo que me rodeaba la cintura era como una banda de acero y la espalda a la que estaba pegado mi pecho se volvió dura como la piedra y caliente como si estuviera tomando el sol. Oí un sonido de desgarrar, de tela rompiéndose, y luego una rápida corriente de aire que me arremolinó el pelo alrededor de la cara cuando las alas de Zayne se desplegaron.

Se estaba transformando.

Realicé una inspiración entrecortada al mismo tiempo que el aire parecía explotar a nuestro alrededor.

## Dieciséis

Un grito de sorpresa se me quedó atascado en la garganta cuando Zayne se inclinó y me depositó en el suelo, de rodillas.

¿Qué diablos estaba pasando?

Mi cerebro no podía procesar los gritos que provenían de todas direcciones, el rugido de las sirenas sonando, el sonido de cristales al romperse y los gritos..., los agudos gritos de terror. Habíamos pasado de hablar de espíritus a que el mundo entero explotara a nuestro alrededor. Por mucho que me hubiera entrenado, nada podría haberme preparado para eso, para reaccionar tan rápido como me hacía falta.

Algo se estrelló contra el suelo cerca de nosotros, rebotó en el mármol y se incrustó profundamente en la tierra.

Balas.

Había balas, y eso no tenía sentido. Los demonios no usaban armas de fuego.

El cemento se astilló y salieron volando diminutos fragmentos de piedra que me golpearon los lados de la cara y los brazos. Me mordí el labio hasta que noté el sabor de la sangre y cerré los ojos con fuerza. Por muy formidable que me considerara, mi cuerpo era en parte humano. Las balas no eran mis amigas, y llovían a nuestro alrededor.

En mi interior, la vibrante y poderosa calidez de mi gracia despertó.

El brazo de Zayne se apretó alrededor de mi cintura y sentí la siguiente inspiración que realizó como si fuera la mía.

—Quédate agachada.

No tuve ocasión de responder. Un segundo después, apartó el brazo de mi cintura y me plantó la mano en el centro de la espalda. Me vi obligada a tenderme en el suelo, con los dedos extendidos contra el pavimento roto. A continuación, el peso y el calor se apartaron de mi cuerpo en medio de una ráfaga de viento y del sonido de unas alas batiendo el aire.

Algún tipo de necio instinto primario se apoderó de mí y silenció la voz del sentido común, que me decía que mantuviera la cabeza agachada. Levanté la barbilla. Parpadeé y luego entrecerré los ojos para intentar ver a través de los mechones de pelo que oscurecían la mayor parte de mi vista ya de por sí bastante mediocre.

Vi... piernas. Unas piernas que venían hacia mí.

Zayne aterrizó en cuclillas delante de mí e hizo temblar el suelo. El corazón me dio un vuelco cuando me apoyé en un codo, me aparté el pelo de la cara y lo vi.

Vi cómo era Zayne realmente.

Cuando se irguió cuan alto era, tenía la misma forma y tamaño que unos momentos antes, pero ahora la túnica blanca le colgaba hecha jirones de la cintura. Los músculos se le tensaban a lo largo de la espalda desnuda y se movían bajo una piel de un intenso tono gris pizarra, y sus...

Madre del amor hermoso, sus alas se extendían a cada lado de su cuerpo. Debían tener una envergadura de unos dos metros y medio, ¿puede que tres? Separando su pelo rubio, dos tembles cuernos se curvaban hacia atrás.

Siempre había pensado que Misha era un Guardián grande, pero no podía compararse con Zayne.

Zayne salió disparado hacia delante y oí un agudo grito de dolor. Algo cayó al suelo. Un momento después, me di cuenta de que era algún tipo de rifle. Lo siguiente que chocó contra el suelo fue un cuerpo, con el cuello retorcido en un ángulo extraño. Se me revolvió el estómago mientras Zayne giraba hacia la derecha, se elevaba del suelo y descendía de nuevo. Oí un chasquido carnosos, el sonido de piel y músculo cediendo. Hundí los dedos en el suelo cuando resonaron más disparos.

No entendía eso..., nada de eso. Los demonios no usaban armas, y las balas eran prácticamente inútiles contra los Guardianes. En cuanto se transformaban, una bala no podría atravesarles la piel.

La mía sí, así que me mantuve agachada y giré la cabeza hacia la derecha, en dirección al Gran Salón. Los rápidos disparos parecían provenir de todas partes al mismo tiempo, y Jada estaba allí dentro. Al igual que Misha, Matthew y todos los demás.

No podía quedarme ahí tumbada sin hacer nada. Flexioné los brazos y...

Un fuerte estruendo me retumbó en los oídos, y entonces ya no oí nada más. La noche se convirtió de repente en día con un destello ultrabrillante de luz blanca anaranjada. Una ráfaga de aire caliente y abrasador llegó a continuación, con tal fuerza que me derribó de nuevo y me dejó sin aliento. Aturdida, me quedé inmóvil un momento y luego empezaron a caer escombros al suelo. Grandes trozos de cemento se estrellaron a mi alrededor. Me cubrí la cabeza con los brazos y gruñí mientras el mundo parecía desmoronarse.

Entonces, el fin del mundo se detuvo.

El sonido regresó con una fuerza arrolladora y los gritos... Lo único que oía eran gritos y personas llamando a otras.

Con brazos y piernas temblorosos, me puse de rodillas y vi una espesa nube blanca que se elevaba de un lado del edificio. Donde antes había una pared, ahora había un enorme agujero con cables que colgaban. Los focos se encendieron con una serie de ruidos sordos y una luz brillante se derramó por el jardín y atravesó el humo. Un olor a metal y plástico quemados y algo que me recordó a... una barbacoa me rodeó mientras estiraba las manos en busca de apoyo. Lo que fuera que agarré se desmoronó mientras me ponía en pie. Bajé la mirada y, al ver que estaba sujetando la espada de la estatua, una risita casi histérica brotó en mi garganta.

Me esforcé por respirar a medida que la nube de denso polvo blanco se extendía por el jardín. Tropecé con los escombros e intenté encontrar refugio. No vi a Zayne ni a nadie más. La explosión había ocurrido cerca y no tenía ni idea de qué clase de daño podría causarle eso a un Guardián ni a qué distancia estaba Zayne cuando pasó.

—¿Zayne? —lo llamé, e hice una mueca debido a lo seca que tenía la garganta. Lo intenté de nuevo.

El pánico me clavó sus afiladas garras mientras me esforzaba por ver a través del denso humo. Agarré el brazo de piedra mientras lo llamaba.

—¿Zayne?

Supuse que nadie podría oírme debido a los gritos y al aullido de las sirenas que alertaban a todos los que vivían en la comunidad de que se había producido una brecha y debían refugiarse en un lugar seguro.

La nube de humo blanco se agitó delante de mí mientras se extendía y se despejaba. Vi a un hombre... a un hombre con esmoquin y una máscara blanca. Otra de esas espeluznantes máscaras como de muñeca de porcelana, con círculos rosados pintados en las mejillas y una brillante sonrisa de color rojo.

La misma máscara que llevaba Clay.

—Pero ¿qué diablos...? —susurré.

Bajé la mirada. El hombre llevaba algo en las manos, y mi cuerpo reaccionó antes de que mi cerebro asimilara lo que había visto.

Blandí la espada de piedra con todas mis fuerzas y la descargué contra su brazo, lo que hizo que soltara el objeto..., el rifle. Oí un grito de dolor que me recordó brevemente al ruido que haría un animal. No me detuve ahí. Volví a levantar el brazo y golpeé al enmascarado debajo de la barbilla y le eché la cabeza hacia atrás. Se desplomó en el suelo y se sacudió.

Solté la espada de piedra, me lancé hacia delante y me senté a horcajadas sobre el atacante. Sin pensar, le agarré la cabeza y la retorcí bruscamente. La criatura se estremeció debajo de mí antes de quedarse inmóvil. Introduje los dedos debajo de la máscara y tiré hasta que la correa que la sujetaba en su sitio se soltó. Me encontré mirando la cara de un...

—Humano.

Me eché hacia atrás, atónita. Ese hombre... Era un humano. Negué con la cabeza despacio mientras me ponía en pie y retrocedía.

Entonces lo comprendí. Podía sentir a los demonios, pero ese hombre no era un demonio, y de pronto tuvo sentido. Podía sentir a los demonios a veces minutos antes que los Guardianes. No había sentido a los hombres en el jardín, ni los había oído como Zayne. No había demonios ahí.

Todavía.

Una mano se posó en mi hombro y me hizo ahogar una exclamación. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con Zayne en su forma de Guardián.

Era su cara, pero al mismo tiempo no lo era. Los pómulos seguían siendo altos, pero la frente era más amplia, la nariz, más chata y la mandíbula, más ancha.

Era hermoso de la forma más primitiva posible.

—¿Qué te había dicho? —me soltó con una voz más profunda y áspera. Vi dos colmillos blancos—. Sé que sabes luchar, pero tienen armas. Te dije que te quedaras agachada.

—Son humanos —dije, y realicé inspiraciones profundas—. Son humanos y he... he matado a uno.

La línea de su mandíbula pareció suavizarse, pero su voz sonó brusca cuando le echó un breve vistazo al hombre que había detrás de mí, en el suelo.

—No te preocupes. Hiciste lo que tenías que hacer.

Abrí la boca para coincidir, para decir que sí, que se lo merecía si formaba parte de lo que estaba ocurriendo ahí, pero había matado a un humano, y era la primera vez que mataba a un

humano.

—¿Estás bien? —me preguntó. Me recorrió la cara con sus extraños ojos y luego retrocedió para observar el resto de mí—. ¿Estás herida? ¿Trinity?

Recobré la compostura.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Sí.

—¿Son...? —Miré a mi alrededor, más allá del hombre muerto, hacia las puertas por las que había salido antes. Había... Había formas en el suelo, inmóviles—. ¿Son...?

—No. —Me rodeó la nuca con la otra mano y dirigió mi mirada de nuevo hacia él—. No mires.

El corazón se me subió a la garganta.

—También son humanos, ¿verdad? Hay más...

—¡Trinity! ¿Estás aquí? ¡Trinity!

Me liberé de las manos de Zayne al reconocer el sonido de la voz de Misha. Busqué desesperadamente entre el humo que se iba desvaneciendo, pues necesitaba verlo, saber que estaba bien aunque ya lo sabía, porque lo habría sentido a través del vínculo si algo espantoso hubiera pasado, pero, aun así, necesitaba comprobarlo con mis propios ojos.

Lo vi. Por fin. Salía a grandes zancadas por el agujero en el lateral del edificio, tras apartar los cables.

—¡Misha! —grité, y me encaminé hacia él. Estaba demasiado lejos para ver si estaba herido—. ¡Misha!

Zayne me rodeó con un brazo antes de avanzar ni medio metro. Agarré su brazo y noté la piel dura y caliente bajo mis dedos.

—Suéltame —dije, pero tiró de mí hacia atrás—. ¡Que me sueltes!

—No puedo.

—¿Qué? —chillé mientras forcejeaba—. Tengo que...

Las alas de Zayne se acercaron desde los lados, se plegaron sobre mí y taparon a Misha, el jardín..., el mundo entero.

—Joder —jadeé, y me desplomé contra su pecho.

No podía ver nada. Estaba completamente a oscuras, como... como si estuviera ciega. Un nudo de pánico amargo y descarnado se me formó en el fondo de la garganta.

—Escúchame. —El aliento de Zayne me agitó el pelo alrededor de la oreja—. No es seguro que cruces el jardín a lo loco. Podría haber más humanos con armas.

—No puedo ver —susurré mientras intentaba tomar aire, pero el nudo se iba expandiendo por mi garganta.

—Podría haber más bombas —continuó Zayne, como si no me hubiera oído—. No puedo permitir que salgas corriendo.

—No puedo ver —repetí mientras mi pecho subía y bajaba bruscamente.

—Estás bien. Estás...

—¡No puedo ver! —chillé, y me arañé la garganta.

Sus alas se abrieron tan de repente que mi vista no tuvo tiempo de adaptarse. Hice una mueca de dolor cuando la brillante luz me golpeó los ojos. Parpadeé varias veces y conseguí enfocar la vista justo al mismo tiempo que Misha pasaba a toda prisa sobre un murete de piedra.

—¡Trin! —exclamó. Tenía la cara cubierta de hollín. Pude ver una mancha roja debajo de su nariz—. ¿Estás bien?

—Está bien —respondió Zayne mientras apartaba el brazo de mi cintura.

Me liberé y me encontré con Misha a medio camino.

—¿Cómo está Jada? ¿Y Ty? ¿Thierry y Matthew...?

—Están bien. —Miró a Zayne—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Entraron... humanos —le expliqué mientras miraba por encima del hombro—. Entraron con armas, disparando, y maté a uno de ellos.

Misha me sujetó la cara con las manos ahuecadas y me miró a los ojos.

—¿Has...?

Sabía lo que me estaba preguntando.

—No, no lo hice.

—Bien. —Dejó caer las manos y se volvió hacia Zayne—. Ella no debería haber estado aquí.

Esa afirmación me pilló desprevenida.

—Él no me hizo venir. Estaba aquí sola y nos encontramos.

Misha fulminó a Zayne con la mirada como si todo eso fuera culpa suya, lo cual era ridículo, y, ahora mismo, su enfado injustificado no importaba.

—¿Qué diablos acaba de pasar? Eran humanos —dije, señalando lo evidente—. Pero sentí...

Me interrumpí antes de soltar que había sentido a un demonio. Siendo humana, eso era imposible.

Zayne me miró fijamente, con una expresión calculadora en su rostro duro y brutal.

—¿Qué sentiste?

—Miedo —mentí, y me volví rápidamente hacia Misha—. ¿Había demonios?

—No, solo humanos —gruñó. Miró a Zayne—. ¿Había algún demonio aquí?

—No. —Zayne seguía mirándome mientras sus pesadas alas se movían y agitaban el aire a nuestro alrededor—. Solo humanos.

—Pero, aun así, podría haber demonios —afirmé mientras agarraba los brazos de Misha.

Él comprendió lo que yo no podía decir. Podía sentirlos. Estaban cerca. Cuando asintió, le solté los brazos.

—No entiendo qué ha pasado aquí.

Sacudí la cabeza, aturdida, mientras me giraba hacia el Gran Salón. Ni siquiera quería pensar en cómo los humanos habían conseguido cruzar los muros. Siempre estaban vigilados, y eso significaba...

Eso significaba que habían muerto Guardianes.

## Diecisiete

Misha me había llevado de regreso a la casa principal, y estábamos solos. Me había puesto a caminar de un lado a otro del vestíbulo, todavía con aquel vestido estúpido puesto, pero había subido corriendo a buscar mis dagas por si acaso.

—¿Dónde está Jada? —pregunté con el estómago revuelto.

—Creo que fue con Ty a su casa a encerrarse —contestó Misha, que estaba de pie montando guardia junto a las ventanas delanteras—. Sé que está a salvo, Trin. En cuanto empezaron los disparos, se transformó, al igual que Ty, y luego él la obligó a acompañarlo.

Una pizca de alivio se filtró en mis músculos tensos.

—¿Y estás seguro de que Thierry y Matthew estaban bien?

—Sí. Las únicas heridas que vi eran muy leves. —Me miró por encima del hombro—. ¿Estás segura de que tú estás bien?

—Sí. Solo son arañazos. —Se oyó el frufú de la falda contra mis pantorrillas cuando pasé junto a él—. No puedo creer que fueran humanos trabajando con demonios. Al principio, pensé que podría ser esa gente de la Iglesia de los Hijos de Dios, pero, si odian a los Guardianes, ¿por qué trabajarían con demonios?

Misha tenía la espalda rígida.

—Porque esos idiotas no se dan cuenta de que los demonios son reales. Serían fáciles de manipular por ellos o por cualquiera que les brindara la oportunidad de atacarnos.

Eso era cierto, pero...

—Pero llevaban las máscaras, Misha. —Me estremecí—. Las mismas máscaras que llevaba Clay y... y a Wayne lo mató un demonio cerca de aquí. El grupo de reconocimiento dijo que no había ningún indicio, pero es evidente que se equivocaron. Y todavía puedo sentir demonios.

—Ya se lo he dicho a Thierry. Están buscando. —Se apartó de la ventana—. Pero no hay duda de que está pasando algo.

El eufemismo del año.

—¿Dónde crees que están Thierry y Matthew? —pregunté, estaba estresada como... como una humana.

—Probablemente estén en los muros.

Los muros estaban a menos de un kilómetro y medio de ahí, y el Gran Salón estaba situado en medio. Una distancia equiparable a varios campos de fútbol separaba la casa principal de la comunidad y el otro muro mucho más pequeño, pero, si los demonios o humanos idiotas y



caprichosos llegaban ahí, a esta casa, atravesarían esa comunidad como un cuchillo al hundirse en un cuerpo.

La mayoría de los Guardianes que había ahí, aparte de los que vigilaban los muros y daban las clases, no eran guerreros expertos. Había más mujeres y niños que hombres y, debido a esa estructura ridícula y sexista de narices, las Guardianas no se entrenaban.

Ni siquiera Jada.

Me volví, giré sobre mis talones y luego me detuve cuando la sirena volvió a sonar. Misha y yo dejamos de movernos, dejamos de respirar, mientras escuchábamos. Si sonaba dos veces, todo estaba despejado. Tres veces significaba malas, muy malas noticias.

La sirena bramó una vez, dos veces, al mismo tiempo que aquella conocida sensación agobiante se asentaba sobre mis hombros... y luego una tercera vez antes de sumir la enorme y laberíntica casa en un inquietante silencio.

Un escalofrío me bajó por la espalda cuando me volví hacia Misha. Bajo la brillante luz del vestíbulo, sus rizos rojizos parecían llamas otoñales.

—Los demonios están aquí.

—Así es.

Las pupilas de sus brillantes ojos azules comenzaron a estirarse verticalmente. Tenía la mandíbula apretada cuando se volvió hacia las grandes puertas de hierro fundido.

Durante todos los años que llevaba viviendo entre los Guardianes de las tierras altas del Potomac, nunca se había producido una brecha, y mucho menos algo como eso.

Un temblor me recorrió los brazos mientras me dirigía hacia la puerta. Al tirar de la manecilla descubrí que no estaba cerrada con llave.

—Trin, no...

Cuando abrí la puerta, el sombrío aire nocturno entró de golpe y se deslizó por mis brazos desnudos.

—¿De verdad crees que una puerta los va a detener si llegan hasta aquí?

—Por lo menos los retrasaría.

Noté el frío cemento del porche bajo los pies cuando salí. No oí nada. Ni siquiera un ave ni el chirrido de un insecto, como si ellos pudieran sentir algo antinatural en el aire.

Todo estaba tranquilo..., demasiado tranquilo cuando dirigí la mirada hacia el camino de acceso iluminado por los poderosos focos y más allá, hacia la oscuridad que ninguna luz podría penetrar.

—¿Puedes ver algo? —le pregunté.

Misha se situó a mi lado en lo alto de los escalones. Aunque mis ojos no fueran una mierda, su vista aún sería un millón de veces mejor que la mía.

—No veo nada —me informó, y me miró—. Salvo ese vestido. Podrías haberte cambiado. Lo único que va a ver un demonio es tu...

—Cierra el pico —refunfuñé.

—¿Sabes?, tal vez deberías ir al muro. Estoy seguro de que, si un demonio te viera con ese vestido, se lo pensaría dos veces antes de intentar sitiarnos.

Le pegué un empujón.

—Eres un idiota. Zayne me dijo que parecía una diosa.

Misha resopló.

—¿En serio?

—Y que estaba preciosa —añadí, y esa vez le di un codazo.

—¿El mismo tío que no te devolvió el beso? ¿El mismo tío del que te advertí que te mantuvieras alejada? —Me devolvió el empujón y choqué con la barandilla—. ¿Creías que no te lo iba a recordar?

Puse los ojos en blanco.

—Este no es el momento más adecuado para sermonearme sobre eso. ¿Por qué no esperas hasta que no nos estén sitiando humanos y demonios?

Él suspiró.

—Deberías volver a entrar, Trin.

Ignoré lo que me dijo, como hacía con la mayoría de las cosas que me ordenaba o gritaba.

—¿Crees que Jada está bien? —pregunté por lo que debía ser la quinta vez.

—Está con Ty. Estoy seguro de que está bien —me tranquilizó una vez más—. Además, todas las casas cuentan con habitaciones del pánico por si ocurre algo como esto, y ahí es donde deberías estar tú, pero eso no va a pasar. Estarán bien. Todos ellos.

A menos que los demonios abrieran una brecha en los muros y arrasaran la comunidad al incendiar las casas, como había oído que le había ocurrido a una comunidad al oeste de la nuestra hacía varios meses, y esas habitaciones del pánico no los habían salvado a todos. Algunas habitaciones no habían resistido el fuego antinatural que habían empleado los demonios.

—¿Y si pasara eso aquí? —Cerré los ojos mientras me recorría un estremecimiento—. Esto es culpa mía.

—¿Qué? No, claro que no. —La respuesta de Misha fue rápida, casi demasiado rápida—. Esto no es culpa tuya.

Negué con la cabeza y noté un ardor que me subía por la garganta.

—Pero sí que lo es. Clay me pilló desprevenida y sangré por todas partes, Misha. Utilicé mi gracia cuando simplemente debería haber salido huyendo...

—Si no hubieras usado tu gracia, podrías haber muerto. —Sus cálidos dedos me rozaron las mejillas—. Yo podría haber muerto. Te protegiste. Hiciste todo lo que pudiste.

Abrí los ojos y lo miré. Bajo la luz del porche, sus ojos eran como lagos de color azul medianoche.

—¿Por qué siempre tienes que sonar tan lógico?

Bajó la cabeza para que nuestros ojos estuvieran a la misma altura mientras deslizaba los pulgares por mis pómulos.

—Porque tú siempre eres tan ilógica.

Solté una risa entrecortada.

—Tienes razón en eso.

—Y también tengo razón...

Un repentino hormigueo en la nuca y entre los omóplatos me dejó sin aliento. Apreté las dagas hasta que los mangos se me quedaron grabados en las palmas de las manos y susurré:

—Ya vienen.

Misha bajó las manos y se giró hacia el camino de acceso.

—Vuelve dentro.

Esa vez obedecí y me alejé unos pasos para darle espacio. Misha estaba a punto de adoptar su verdadera forma y no pude apartar la mirada de él cuando lo hizo. Nunca había sido capaz de hacerlo, y deseé haber visto el momento exacto en el que Zayne se había transformado.

La piel pálida y rosácea de Misha fue lo primero que cambió. Adquirió un tono más oscuro a medida que se endurecía y pasó a un intenso gris pizarra. Sus manos se curvaron y formaron unas garras lo bastante afiladas como para atravesar piedra. Unos llamativos cuernos brotaron entre la masa de rizos de color castaño rojizo. Los huesos de sus hombros se movieron debajo de la piel y los omóplatos sobresalieron. Las alas se formaron y se extendieron detrás de él a ambos lados.

No me había equivocado. Misha era enorme, pero Zayne era aún más grande.

Me miró por encima del hombro y vi que su cara había cambiado. Las fosas nasales se habían achatado hasta no ser más que finas rendijas. Su boca se había ensanchado para hacerles sitio a unos colmillos que podrían desgarrar carne y metal. Sus ojos eran lo único que seguía igual: azul Guardián.

—¿Me vas a hacer caso por una vez y entrar en la casa? —me preguntó, y ahora su voz era más ronca, más sonora.

Resoplé.

—¿Y dejarte toda la diversión de matar demonios para ti solo? Ja. No.

—A ti te pasa algo malo, algo terriblemente malo. —Cuando se volvió de nuevo hacia el camino de acceso, sonreí a pesar de todo eso—. ¿Y si hay más humanos?

Se me heló la piel al mismo tiempo que se me borraba la sonrisa.

—Puedo hacerlo.

—Solo intenta mantener el control, Trin.

Supe a qué se refería.

—Claro, jefe.

El sonido de unos pasos pesados resonó por el camino de acceso y Misha saltó y aterrizó en cuclillas a un par de metros de los escalones. Me quedé sin respiración cuando algo voluminoso pasó corriendo bajo la luz del foco, y entonces lo vi.

Dios mío, era un Trepador Nocturno.

Atónita, reconocí la piel del color de la piedra lunar. Nunca había visto ninguno en persona. Solo en los textos que estudiábamos en el colegio, junto con cosas normales como Inglés y Cálculo. Al igual que ocurría con los demonios Feroces, se suponía que los Trepadores Nocturnos no debían estar en la superficie, en la Tierra, porque no había ninguna posibilidad de que pasaran desapercibidos entre los humanos. Su veneno era tóxico, paralizaba a sus víctimas en cuestión de minutos, a veces incluso menos. Ese se encontraba demasiado lejos como para poder ver los detalles de su cara, ni siquiera con las brillantes luces, pero supuse que eso era una bendición.

Tenían fama de ser feísimos.

Misha se elevó del suelo, pero yo podía ser más rápida. Eché el brazo hacia atrás, me concentré y el mundo que me rodeaba desapareció. Lancé la daga.

Dio en el blanco y se hundió en el pecho del Trepador Nocturno antes de que Misha pudiera remontar el vuelo siquiera.

La criatura se tambaleó mientras dejaba escapar un rugido de dolor y rabia, un sonido tan horrible que me sacudió las entrañas. Unas llamas brotaron de su pecho y envolvieron su cuerpo en cuestión de segundos.

El hierro era mortal para los demonios y, si los herían con hierro en un lugar vital, como el pecho, se volvían prácticamente inútiles de inmediato.

Mi daga de hierro repiqueteó contra el camino de acceso y se posó sobre una pila de polvo de demonio.

Misha aterrizó a unos treinta centímetros de donde había estado el Trepador Nocturno y se volvió hacia mí.

—No puedes verme si me muevo unos centímetros a la izquierda, pero te cargaste a ese cabrón en un abrir y cerrar de ojos.

Otro Trepador Nocturno apareció en el borde de la luz que proyectaba el foco.

—Este es mío.

Misha despegó y hendió el aire con sus alas. Un segundo después, se estrelló contra la criatura y la hizo retroceder unos metros, hacia la oscuridad y el vacío que yo no podía ver.

Fui corriendo hacia mi daga y la recogí, ignorando lo caliente que estaba el metal. Me quedé muy quieta y escudriñé la oscuridad mientras oía los gruñidos que provenían de donde Misha luchaba contra el Trepador Nocturno. ¿Cuántos más habrían logrado superar a los Guardianes apostados en los muros? El miedo se fue filtrando en mi torrente sanguíneo, pero lo ignoré y lo hice a un lado para no sucumbir ante él. El miedo podía resultar útil. Podía afinar los sentidos, pero también podía abrumar. Había una delgada y peligrosa línea entre ambas opciones, y no estaba dispuesta a explorarla en ese momento.

Algo se movió a mi derecha y se desplazó demasiado rápido en mi visión periférica para poder enfocararlo. Giré justo a tiempo mientras una forma alta y ágil se abalanzaba hacia mí. Parecía humana. Se trataba de una mujer preciosa, hermosa como un ángel, cuya belleza sin duda había atraído a muchos hombres y mujeres a un destino horrible.

Un demonio de Nivel Superior.

Vi sus ojos amarillentos mientras abría la boca de par en par, desencajaba la mandíbula de una forma de lo más antinatural y soltaba un gruñido bajo que me recordó a un gato muy grande y muy enfadado. Se me puso el vello de punta por todo el cuerpo.

Me lancé hacia la izquierda, pero la mujer demonio era rápida..., más rápida que nada a lo que me hubiera enfrentado antes. Una corriente de aire se arremolinó a mi alrededor cuando agarró un puñado de tela de mi vestido y me lanzó a un lado. Me estampé contra el lateral del porche. Se me llenó la vista de brillantes destellos de luz mientras me ponía en pie con dificultad, todavía agarrando las dagas.

La mujer demonio se me echó encima en un nanosegundo. Me agarró por el hombro y tiró de mí hacia ella. No tenía ni idea de lo que planeaba hacerme, ni esperé para averiguarlo.

Dejé que el instinto tomara el control. Me giré y vi la sorpresa reflejarse fugazmente en su cara un segundo antes de asestarle una patada. Mi pie se estrelló contra un lado de su bonito rostro y le empujó la cabeza hacia atrás con un chasquido repugnante. La mujer demonio dio media vuelta y se giró de nuevo hacia mí con la cabeza colgando en un ángulo muy poco natural, y su cuello...

—Tía —susurré mientras abría mucho los ojos—. Tienes el cuello superroto.

Ella soltó una brusca carcajada.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte.

Tardaría muchos años en poder borrar esa imagen de mis recuerdos.

La mujer demonio se transformó. Su piel se volvió de un intenso tono anaranjado. Sus alas se desplegaron y, durante un breve momento, me permití asombrarme de cuánto se parecían los demonios de Nivel Superior a los Guardianes. Entonces me lancé hacia delante...

Una mano con garras le atravesó el pecho y salpicó sangre densa y oscura por el aire. La mano retrocedió y la mujer demonio se tambaleó hacia un lado. La sorpresa se convirtió en horror cuando se miró el pecho.

—Creo que eso era tu corazón —le dije.

La mujer demonio levantó la barbilla y luego estalló en llamas y se incineró en el acto.

Dirigí la mirada hacia Misha, que se estaba limpiando la mano en los pantalones ceremoniales negros.

—Qué asco.

—Tú no acabas de meterle la mano dentro.

—Bueno, soy lo bastante lista como para dejar que las dagas se encarguen.

—Más bien necesitas dagas porque no cuentas con estas bellezas. —Agitó los dedos ensangrentados hacia mí—. ¿Y no te dije que...?

El suelo tembló cuando algo grande y pesado aterrizó detrás de Misha. Entrevi unas alas negras y entonces Misha me agarró del brazo y me arrastró tras él mientras volvíamos a subir corriendo los escalones para entrar en la casa.

Si algo había hecho correr a Misha, entonces se trataba de algo grave, muy grave. Miré por encima del hombro mientras cruzábamos el porche, pero lo único que vi fue una forma negra que subía despacio los escalones, caminando tranquilamente, como si diera un paseo por el parque...

Misha me empujó hacia el vestíbulo y me soltó el brazo al mismo tiempo que se giraba y cerraba la puerta de golpe.

Me volví hacia él.

—Pero ¿qué...?

La puerta de acero se desprendió bruscamente de los goznes, salió volando y chocó contra Misha. Grité y fui hacia él cuando se estrelló contra la pared. La puerta se hizo añicos con el impacto. Misha se desplomó en el suelo. Al llegar a su lado, sujeté las dagas con una sola mano y lo agarré del brazo, pero, cuando levanté la vista, me quedé inmóvil.

Una densa oscuridad aceitosa llenaba la entrada destrozada y lamía las paredes con gruesos zarcillos. A continuación, noté una ola de calor mientras soltaba el brazo de Misha y me enderezaba.

Nunca había visto nada parecido. Nunca había oído hablar de nada parecido.

La negrura similar al humo arremetió y me golpeó en el vientre. Me elevé en el aire, salí despedida hacia atrás y me estampé contra el suelo del pasillo. Rodé hasta chocar contra una pared y se me escapó una de las dagas de la mano. Aturdida y desorientada, me puse de pie a duras penas mientras la masa llenaba el vestíbulo.

Permití que el instinto tomara el control, apunté y lancé la daga hacia el centro de la masa.

La oscuridad se desvaneció y la daga se hundió en la pared que había detrás. Tras un instante de asombro, vi aparecer la masa justo delante de mí.

—Joder —susurré.

La cosa tomó forma rápidamente. Primero no era más que una serie de sombras palpitantes y vibrantes y, un segundo después, había un hombre mirándome, con los ojos dorados y los labios

curvados en una sonrisa cruel.

—Hola —me dijo—. Te he estado buscando.

Le lancé un puñetazo, pero él me agarró el brazo con una mano y estrelló el puño contra el centro de mi pecho, lo que me dejó sin aliento y me hizo perder el equilibrio. Me deslicé hacia atrás, más allá de los despachos, hasta llegar a la cocina, y choqué contra los taburetes.

El poder de mi gracia empezó a despertar, pero lo reprimí, respirando con dificultad. Di media vuelta y agarré un taburete mientras sentía cómo el calor me invadía las venas. No podía permitir que el demonio supiera lo que era. No podía...

Misha venía por el pasillo apoyando una mano en la pared, todavía en su forma de Guardián.

El demonio de Nivel Superior se volvió hacia él y blandí el taburete con todas mis fuerzas.

Nunca impactó.

Una mano salió disparada y el demonio atrapó la pata del taburete. Me miró por encima del hombro y sonrió. Un olor a madera quemada llenó la cocina. Un segundo después, el taburete se incendió y se convirtió en polvo en un instante.

—Jesús —susurré mientras apartaba el brazo de golpe. Ese demonio podía controlar el fuego.

—No precisamente, querida.

A la mierda con no usar la gracia. Extendí los brazos y dejé que la calidez que notaba en la boca del estómago creciera.

—¡Hazlo! —gritó Misha al mismo tiempo que algo pesado golpeaba la puerta de la cocina y aterrizaba dentro.

El impacto fue como un terremoto. Sin mirar, supe en el fondo de mi ser que se trataba de Zayne, que estaba a punto de presenciar el espectáculo de su vida...

Todo sucedió muy rápido, demasiado deprisa para que me diera tiempo a reaccionar.

Algo parecido al reconocimiento se reflejó un instante en la cara del demonio de Nivel Superior cuando su mirada se cruzó con la de Zayne. Luego giró y se lanzó hacia Misha. Se estrelló contra él y después ambos se elevaron en el aire y volaron de regreso hacia la entrada principal.

Salí disparada para perseguirlos mientras el pánico apagaba el fuego que crecía dentro de mí. Resbalé al pisar las tablas destrozadas del suelo y tropecé con la puerta rota mientras corría hacia la entrada.

—¡Misha!

Zayne me agarró y apoyó una mano cálida y pesada sobre mi hombro.

—Trinity...

—¡No! ¡Ayuda a Misha! —Forcejeé contra él para intentar liberarme—. ¡Suéltame! Tenemos que...

—Ya es demasiado tarde.

—¡No! —grité mientras lanzaba patadas hacia atrás y lo golpeaba en las piernas—. ¡Suéltame!

—No puedo. —Me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho—. No puedo dejar que te atrapen. No puedo. Ya se han ido.

Dejé de luchar y clavé la mirada en el cielo, incapaz de ver las estrellas, mientras me invadía el horror. Zayne tenía razón. Misha se había ido, hacia la noche, hacia la oscuridad.

## Dieciocho

Estaba sentada en el sofá, con las rodillas apretadas y las manos unidas en el regazo. Todavía llevaba puesto el vestido prestado.

Estaba destrozado.

La parte delantera del vestido estaba desgarrada a la altura de las rodillas. Hollín y sangre de demonio salpicaban el corpiño y la cintura. Necesitaba cambiarme de ropa y darme una ducha, porque sentía que tenía encima una capa de mugre y sangre, pero no podía marcharme hasta que regresara el grupo que había salido a buscar a Misha.

Era un grupo muy numeroso, entre los que se incluían Dez y Zayne. Incluso Matthew había ido con ellos, y ahora Nicolai y Thierry estaban en un rincón de la habitación y hablaban en voz baja. Jada había llegado con Ty en cuanto sonó la señal de que todo estaba despejado. Estaba sentada a mi lado y su mirada nerviosa saltaba constantemente de Ty a mí. Se había dado por vencida y había dejado de intentar hablar conmigo hacía como media hora. Me sentía demasiado tensa para formar palabras.

—Pero ¿qué ha pasado? No entiendo qué ha pasado —repetía Cacahuete una y otra vez mientras flotaba cerca del sofá.

Ya le había explicado lo que sabía, pero él seguía sin entenderlo, porque nada de eso parecía real.

El demonio de Nivel Superior se había llevado a Misha. La rabia era como una tormenta en mis entrañas, una furia dirigida contra Thierry, Matthew y todo el mundo, pero sobre todo contra mí misma, porque podría haber hecho algo para detener eso. Si hubiera usado mi gracia en lugar de luchar contra ella, habría podido detener al demonio antes de que se llevara a Misha.

En cambio, como todas las otras malditas veces, había hecho lo que se esperaba de mí. Había ocultado mi verdadero poder. Igual que cuando asesinaron a mi madre.

Se trataba de algo más que de mi inacción. Ese demonio había venido a por mí.

Curvé los dedos alrededor de las rodillas mientras cerraba los ojos. Si le pasaba algo a Misha... Dios mío, nunca podría perdonármelo. Nunca podría...

Unas voces procedentes de la parte delantera de la casa me sacaron de mi ensimismamiento. Abrí los ojos y me puse en pie y me situé al lado de Nicolai.

Zayne y Dez entraron primero, en su forma humana, y detrás de ellos iba Matthew. En cuanto mi mirada se encontró con la de Matthew supe... que no habían encontrado a Misha.

Dez fue el primero en acercarse a mí, con una mirada sombría en los ojos. La compasión se dibujó en sus atractivas facciones cuando me colocó una mano en el hombro.

—Lo siento.

—No está muerto —dije, y respiré hondo mientras me apartaba de él—. Sé que no está muerto.

Dez miró a Zayne y luego hacia Thierry y Nicolai. No entendían que yo lo sabría si Misha estuviera muerto. El vínculo me lo diría si muriera, y no había sentido eso.

Me volví hacia Thierry.

—Misha sigue vivo.

Él asintió con la cabeza y luego se concentró en el grupo.

—¿Encontrasteis algo?

—Sí —contestó Zayne—. A unos tres kilómetros de aquí había una furgoneta grande de pasajeros a un lado de la carretera. El conductor seguía allí, pero estaba muerto.

—¿Humano? —preguntó Nicolai.

Zayne asintió.

—Muerto. Degollado. Nos ocupamos de ello.

Ocuparse de ello significaba que, probablemente, se deshicieron de la furgoneta y del cuerpo.

—No había nada más —dijo Matthew con tono de cansancio. Se sentó al lado de Jada mientras yo permanecía de pie en el centro de la habitación—. Nada que nos indicara si pertenecían a la iglesia, pero podemos asumir que sí.

Eso no tenía sentido para mí.

—Los demonios son manipuladores, pero había Trepadores Nocturnos con ellos. ¿Cómo rayos habrían podido ocultarlos los demonios?

—Puede que nunca los hubieran visto —sugirió Zayne—. Podrían haber venido hasta aquí por separado, pero reconocí al demonio que se llevó a Misha. —Su mirada saltó de mí al líder de su clan—. Ya lo he visto antes en D.C. Me he enfrentado a él un par de veces. Es rápido, fuerte y puede controlar el fuego, algo que suele usar como la distracción perfecta para huir. Se llama Bael.

¿Bael?

Se me aflojaron las piernas. Bael no era otro demonio antiguo y poderoso más.

—¿Bael? —repitió Jada mientras miraba a su alrededor—. Todos acabáis de quedaros muy callados. Entiendo que es un demonio de Nivel Superior, pero ¿presiento que hay más?

Los Guardianes que no se entrenaban solo recibían una educación superficial en demonología. No se enteraban de todos los detalles sangrientos.

—Bael es un Rey del Infierno —explicó Nicolai—. En la antigüedad, solía vagar por la superficie como un falso dios. Uno de nuestros Guardianes lo vio por primera vez en enero aproximadamente, pero Bael no quiso pelear. Pensamos que estaba en la ciudad jugando con algún político. Bael es famoso por su habilidad para influenciar mentes. Cada vez que lo veíamos, se mantenía a distancia y nos obligaba a perseguirlo por toda la ciudad. Como dijo Zayne, usa el fuego para que lo ayude a huir. Incendió un montón de edificios en el proceso, pero no lo hemos visto desde... Joder, ¿cuánto hace? ¿Tres meses?

—La última vez que lo vi fue a finales de marzo —añadió Zayne—. Fue el último demonio de Nivel Superior que vi en la ciudad.

—¿Creéis que siguió a vuestro clan hasta aquí? —preguntó Ty, que se situó de pie detrás de Jada. Le colocó las manos sobre los hombros.



Nicolai tardó un buen rato en responder.

—Cualquier cosa es posible, pero, de ser así, ¿por qué esperarían hasta ahora para atacar? Llevamos aquí casi una semana.

A una parte de mí le costaba creer que solo hubiera pasado una semana. Parecía mucho más tiempo.

—Los Guardianes apostados en el muro fueron asesinados de tal forma que sugiere que no lo vieron venir —explicó Dez mientras se cruzaba de brazos—. A todos les dispararon estando en su forma humana, directamente al pecho o a la cabeza.

—Lo que pasó esta noche tiene que estar conectado con Clay —dije, y sacudí la cabeza—. ¿Y los demonios Feroces? Sabemos que nunca se los ve sin un demonio de Nivel Superior cerca. Estaban justo al otro lado de estos muros. Y a ese pobre humano, Wayne, lo mató un demonio de Nivel Superior. ¿Y los ataques contra las otras comunidades? Estaban buscando...

—Estamos investigando todas las conexiones posibles —me interrumpió Thierry antes de que me diera tiempo a decir lo que podrían haber estado buscando.

—Ya sé que Clay era un completo gilipollas, pero ¿trabajar con demonios? ¿Cómo podría haber estado en contacto con ellos? —Ty se pasó una mano por el pelo corto—. No sé yo, Trin.

Pero algunos Guardianes sí que trabajaban con demonios.

Mi mirada se deslizó hacia Zayne y sentí que me daba un vuelco el estómago. Él había trabajado con demonios e incluso había sugerido que no creía que todos los demonios fueran malvados. Una incómoda pesadez se apoderó de mí y me quedé mirándolo fijamente mientras el resto del grupo hablaba sobre incrementar la seguridad en el muro y enviar grupos de reconocimiento con mayor frecuencia por si había planeado un segundo ataque.

Nada de eso había empezado hasta que él llegó. Clay no había intentado atacarme hasta que nuestros invitados llevaban aquí unos días, pero ¿por qué estaría Zayne o cualquiera de ellos detrás de eso? Después de todo, no conocían mi secreto.

Al menos, eso creía yo.

El corazón comenzó a latirme con fuerza en el pecho. El clan de D.C. sabía que podía ver fantasmas y espíritus, y Zayne se había dado cuenta de que era más fuerte de lo que parecía, más rápida de lo que se había esperado. Yo no había intentado ocultárselo precisamente y, durante todo el tiempo que llevaba aquí, siempre parecía estar dondequiera que yo fuera.

Zayne dirigió la mirada despacio hacia mí. Su magnífico rostro me resultó ilegible cuando nuestras miradas se encontraron. Un escalofrío se deslizó por mis brazos y me puso la carne de gallina.

Aunque yo estuviera en lo cierto, todavía no sabía por qué Zayne o su clan estarían detrás de eso, razón por la cual no dije nada. Puede que fuera impulsiva, pero era lo bastante lista como para no sugerir tal cosa sin pruebas sólidas.

Pero ¿ya habría pruebas?

A Zayne le faltaba una parte de su alma, y esa podría ser razón suficiente para hacer cosas malvadas.

Jada se había quedado dormida en el sofá y el clan de D.C. se había retirado con Thierry y Matthew al despacho. Ty había llevado a Jada escaleras arriba, a una de las habitaciones libres, y

yo los seguí y me dirigí a mi cuarto. Me quité por fin el vestido destrozado y lo dejé en el suelo del baño, donde formó una masa arrugada de gasa y algodón.

No quería volver a verlo nunca.

Me agaché y lo recogí. Hice una bola con él, lo metí en la papelera y luego retrocedí para examinarme el cuerpo.

Tenía las rodillas rojas y con manchas, como una fresa. Giré la cintura y vi que los codos estaban igual. No tenía importancia. En absoluto, porque podría haber sido muchísimo peor.

¿Qué le estaría pasando ahora mismo a Misha?

Cosas horribles, espantosas.

No era capaz de procesar lo que había ocurrido. Eso no era una pesadilla. Era real. Se habían llevado a Misha y, si por casualidad el demonio no sabía quién o qué era Misha para mí, lo mataría.

¿Y si Bael lo sabía y por eso se lo había llevado?

En ese caso, existía la posibilidad de que lo mantuviera vivo. Supuse que se lo habría llevado para usarlo como garantía. Al menos, eso era lo que esperaba, porque significaba que había alguna posibilidad de recuperarlo.

El vapor llenó el baño. Entré en la ducha y solté un silbido cuando el agua caliente cayó sobre los rasponazos que tenía en la piel. El agua parecía estar casi hirviendo, pero no consiguió aliviar el frío que se había filtrado hasta el fondo de mis huesos y mi médula.

Me duché a toda prisa y observé cómo el agua sucia giraba en el desagüe. Cuando salí de la bañera con las piernas temblorosas, estaba agotada. No me detuve a mirarme otra vez mientras me secaba y me ponía la ropa que había llevado al baño. Me costó un poco subirme las mallas con la piel todavía húmeda, lo que aumentó mi rabia y frustración. La camiseta me dio menos problemas, gracias a Dios, y, cuando salí del baño de sopetón, ya había empezado a sudar. Lo único que quería hacer era acostarme, pero no había tiempo para eso.

Cacahuete flotaba junto a mi cama cuando me dirigí con paso decidido hacia la puerta del cuarto.

—¿Qué vas a hacer, Trinnie?

—Volver a bajar a ver qué están haciendo para recuperar a Misha —contesté mientras abría la puerta y salía al silencioso pasillo.

Cacahuete me siguió hasta la puerta cerrada del despacho situado en el primer piso. Llamé y la voz apagada de Thierry respondió. Al abrir la puerta, descubrí que todos seguían dentro. Los Guardianes de la capital habían encontrado camisetas para sustituir las que habían destrozado al transformarse. Thierry se encontraba detrás de su escritorio y Matthew estaba apoyado contra el borde, con cara de cansancio.

A Thierry no pareció sorprenderle verme cuando entré en el despacho.

—¿Qué pasa, Trinity?

—Quiero saber cómo vamos a recuperar a Misha —dije, y me detuve detrás de donde estaban sentados Nicolai y Dez.

No miré a Zayne, pero sabía que estaba de pie junto a la ventana. Mantuve la mirada fija en Thierry. Este se recostó en la silla, que crujió bajo su peso.

—Vamos a enviar más exploradores por la mañana —me explicó.

—¿Y si ya no están por aquí? —pregunté—. Cuando los exploradores salieron antes, no vieron ningún indicio de Misha ni del demonio.

—Esa es una buena pregunta —intervino Cacahuete.

—Eso no significa que no se hayan escondido en alguna parte —razonó Matthew—. No dejaremos piedra sin mover.

Eso... eso no me bastaba.

Quería gente ahí fuera ahora mismo, buscándolo.

—Ya sabes lo que Misha significa para mí —dije, y me esforcé por no alterar la voz—. Todavía sigue vivo, pero cuanto más esperemos...

—¿Por qué crees que todavía sigue vivo? —me preguntó Zayne desde su posición, atrayendo mi mirada—. Espero que lo esté, y eso sería una gran noticia, Trinity, pero los demonios no mantienen vivos a los Guardianes a menos que...

—¿Quieran jugar primero con su presa? —terminé por él, y sentí que se me revolvía el estómago—. ¿O usarlos para atraer a más Guardianes? Ya sé lo que los demonios les hacen a los Guardianes.

—Espero que no estén torturando a Misha —susurró Cacahuete—. Siempre flipa en colores cuando sabe que estoy ahí, pero me cae bien.

Nicolai se giró hacia mí.

—Sé que oír esto puede resultar duro, pero las probabilidades de que esté vivo...

—No está muerto —insistí—. Yo lo sé...

—No vamos a renunciar a él —aseguró Thierry, que me interrumpió—. Vamos a seguir buscándolo.

Un «pero» quedó suspendido en el aire entre nosotros. Un «pero» que significaba que lo buscarían, pero que no pondrían en peligro a otros Guardianes al hacerlo. «Pero» significaba que, al final, Misha era desechable, porque, si lo mataban, el vínculo se rompería, pero mi padre se lo reasignaría a otro.

«Pero» significaba que podía dar por muerto a Misha.

—Vamos a volver a casa por la mañana —estaba diciendo Nicolai—. También lo buscaremos en D.C.

—Así que, ahora que ya tenéis vuestros refuerzos, ¿ya está? —solté, incapaz de detenerme—. Venís aquí pidiendo nuestra ayuda, pero, cuando os la brindamos, ¿os largáis sin más?

—¡Así se habla, Trinnie! —exclamó Cacahuete, que alzó un puño en el aire.

—Trinity —me advirtió Thierry.

—En realidad, no nos llevamos refuerzos. —Una vez más, fue Zayne quien habló—. Después de la magnitud de este ataque, la comunidad no puede permitirse enviar a ningún nuevo recluta con nosotros.

—Vaya, qué putada —refunfuñé, y él ladeó la cabeza—. Lamento oírlo.

—Caray —murmuró Cacahuete—. Podrías sonar un poco más convincente.

Entonces se me ocurrió algo.

Zayne había dicho que había reconocido al demonio, así que era probable que ese demonio llevara a Misha a D.C. Y, ahora que no iban a conseguir refuerzos, todavía tenían que ocuparse de su propio problema..., el problema de qué estaba matando a demonios y Guardianes.

No tenía nada en contra de Zayne ni de su clan, pero no iba a confiar en que buscaran a Misha, y no podía ir a la capital sola. Nunca había estado allí y no tenía ni idea de dónde buscar. Si sumaba a eso mis problemas de vista, necesitaría ayuda.

—Quiero ir a D.C. —anuncié, pero eso no me llevó a ninguna parte.

Cacahuete ahogó una exclamación.

—Desde luego que no —protestó Thierry, mientras colocaba las manos sobre el escritorio—. Eso no va a pasar.

Lo ignoré y me volví hacia Nicolai.

—Puedo ayudaros.

Cuando Nicolai me miró, era evidente que se sentía incómodo.

—Trinity, ya sé que estás preocupada por Misha, pero...

—Sí, estoy preocupada por él. Es como un hermano para mí y no me parece bien dejar que todos los demás lo busquen mientras yo me quedo aquí refugiada —contesté, e ignoré cómo se endureció la mandíbula de Thierry.

—Ya sé que has entrenado y sabes defenderte —dijo Zayne mientras se alejaba de la ventana—. Y siento lo que le ha pasado a Misha. Lo buscaremos. Te lo prometo. Pero no disponemos de recursos para hacerte de canguro mientras correteas por D.C. buscándolo.

—¿Hacerme de canguro? —me burlé, y apreté los puños—. ¿En serio?

—Oh, oh. —Cacahuete apoyó las manos en las caderas—. Tío, están a punto de partirte la cara.

—Me parece que su intención no era que sonara así —intentó mediar Dez.

—En realidad, esa era justo mi intención —repuso Zayne.

—No te he pedido tu opinión —le solté.

—Te la ofrezco con mucho gusto.

—Aunque Zayne podría haberlo expresado mucho mejor, él tiene razón —continuó Dez, que alzó la voz por encima de las nuestras—. Tenemos un problema importante en casa, y sin refuerzos...

—Sin refuerzos, ambos sabemos que no os tomaréis la molestia de buscar a Misha, y es muy probable que este demonio lo lleve a D.C. Dijisteis que lo habíais visto allí. —El corazón empezó a palpitarme con fuerza mientras me volvía hacia Nicolai, pues, a fin de cuentas, era quien tendría que acceder para que pudiera acompañarlos—. Tenéis un problema, y yo puedo ayudaros mejor que cualquier otro Guardián.

—Trinity. —Thierry empezó a levantarse—. No...

Matthew estiró la mano a su espalda y la colocó sobre el brazo de Thierry para detenerlo.

—No tengo elección —murmuré con un hilo de voz—. No me mantendré al margen ni permitiré que le hagan daño a Misha cuando puedo hacer algo al respecto.

—Oh, no... —Cacahuete flotó hasta el techo—. Oh, no, Trinnie, ¿qué vas a hacer?

Les iba a mostrar exactamente cómo podía ayudarlos.

Thierry lo vio escrito en mi cara cuando di un paso atrás. Levantó las manos como si pudiera detenerme.

—Tu padre...

—Me da igual lo que piense. No puedes detenerme, Thierry. Ni él tampoco. Tengo dieciocho años y no hay ninguna ley que se anteponga al hecho de que soy una adulta —dije mientras le daba

la bienvenida al cálido resplandor que despertó en el fondo de mis entrañas—. Te quiero..., os quiero a los dos, pero tengo que hacer algo.

Entonces, dejé que la gracia se apoderara de mí.

## Diecinueve

Un poder cálido y embriagador iluminó mis venas y transformó los bordes de mi vista de oscuridad a luz. Pude ver el momento exacto en el que los presentes en la habitación comprendieron que no era quien creían que era. Por algún motivo, me centré en Zayne.

Sus ojos se ensancharon mientras retrocedía un paso para alejarse del resplandor que empezaba a irradiar mi piel. Descruzó los brazos y los dejó colgar a los costados.

—Pero ¿qué demonios...? —musitó alguien.

—Más bien al contrario —repuse mientras extendía la mano derecha.

Sentí brotar el torbellino de fuego blanco, que bajó rodeándome el brazo hasta darle forma a la espada, que se parecía mucho a la que había sostenido la estatua del ángel de batalla.

—Madre mía —susurró Cacahuete desde algún lugar por encima de mí.

La espada, cálida y pesada contra la palma de mi mano, escupía y goteaba fuego blanco. Aparté la mirada de la expresión anonadada que se había instalado en la cara de Zayne y la posé en las de los Guardianes de D.C. de más edad. El resplandor de mi gracia danzó sobre sus rostros.

—Puedo ayudaros a derrotar a lo que sea que esté matando Guardianes —ofrecí, consciente del hecho de que a Thierry y Matthew parecía estar a punto de darles un infarto—. Esta espada puede acabar en un instante con un Guardián que se haya transformado por completo, sin dejar ni rastro de él. Lo mismo con un demonio..., cualquier demonio. —Alcé la espada y me la acerqué al pecho, lo que hizo que ambos Guardianes se estremecieran. Volví la cabeza hacia donde estaba Zayne—. Así que, como puedes ver, no necesito una niñera. Vosotros me necesitáis.

—Ya es suficiente —intervino Thierry con voz cansada mientras se volvía a sentar en su silla.

—¿Tú crees? —lo desafié mientras recorría la habitación con la mirada—. Porque solo quiero asegurarme de que todos los presentes comprendan que no soy una carga. Soy un recurso.

—Estoy seguro de que todos lo han comprendido ya —dijo Matthew, que suspiró—. Por favor, Trinity, déjalo. Creo que estás empezando a asustarlos.

Con una sonrisita de suficiencia, inspiré hondo y obligué a mis músculos a relajarse. El fuego blanco que rodeaba la espada llameó y luego parpadeó antes de que la espada se replegara y dejara un fino brillo de polvo dorado que se evaporó antes de tocar el suelo. Supe en qué momento dejaron de ver lo que existía en mi interior cuando los bordes de mi vista volvieron a sumirse en aquella vaga y turbia oscuridad.

Sintiéndome incómoda en mi propia piel, crucé los brazos y levanté la barbilla.

—Si me ayudáis a encontrar a Misha, os ayudaré a resolver vuestro problema.

—¿Qué...? —Zayne carraspeó y, cuando lo miré, supe instintivamente que no tenía ni idea de qué era yo. Nadie podría fingir la conmoción que se reflejó en su cara. Eso no significaba que confiara en ninguno de ellos por completo, pero estaba claro que Zayne no lo había sabido hasta ahora—. ¿Qué eres?

—Es una Sangre Original —respondió Thierry, y nunca lo había oído sonar tan cansado—. Mitad humana...

—¿Mitad ángel? —terminó Nicolai por él. Tenía los ojos muy abiertos mientras me miraba con una mezcla de asombro y... algo más, algo mucho más potente. Miedo—. Eres una nefilim.

—Yo prefiero Sangre Original —dije—. Nefilim es tan... anticuado.

Cacahuete resopló, lo que me recordó que todavía estaba en la habitación.

—¿Cómo? —Zayne extendió la mano y agarró el respaldo de una silla vacía—. ¿Cómo es posible? Creía que...

—¿Creías que todos los Sangre Original habían desaparecido? ¿Que demonios y Guardianes por igual les habían dado caza hasta extinguirlos y no eran nada más que mitos y leyendas? —sugirió Matthew—. Es cierto.

—Pero... pero está aquí de pie. —Zayne dio un paso hacia mí y luego se detuvo en seco—. ¿Cómo?

—Es la última de su especie —explicó Matthew—. Y nos han encomendado mantenerla oculta y a salvo en nuestra comunidad desde que era una niña. Así ha sobrevivido tanto tiempo.

—Ese no es el único motivo —repuse. Noté que una calidez húmeda comenzaba a gotearme de la nariz. Levanté la mano y me la pasé por debajo de la nariz. Al bajar la mirada, vi que tenía el dedo manchado de sangre. Suspiré—. Por eso me han entrenado.

—¿Y... simplemente te han mantenido aquí? —preguntó Zayne.

—Hasta que mi padre me convoque. —Me encogí de hombros mientras Matthew se acercaba a mí y se sacaba un pañuelo del bolsillo—. Para el fin de los tiempos, supongo, o algo así. Pero he estado a salvo gracias a Misha.

Matthew levantó la mano despacio para asegurarse de que lo viera antes de pasarme el pañuelo con suavidad por debajo de la nariz.

—Ay, Trinity —murmuró, y me entregó el pañuelo.

—¿Por qué está sangrando? —exigió saber Zayne.

—Es por la gracia —contestó Matthew, que retrocedió—. Siempre ha sufrido hemorragias nasales después, y eso la debilita. Puede que Trinity sea un mito viviente, pero sigue siendo medio humana. Usar la gracia es duro para su lado humano. Se acurrucará a dormir en algún sitio dentro de poco.

Eso me hizo esbozar una leve sonrisa, porque lo dijo como si fuera una niña que se había agotado jugando.

—Creo que ya sé cuál es el papel de Misha en esto —comentó Dez, que habló por primera vez desde que decidí hacer mi demostración—. Si no recuerdo mal, cuando había muchos más Sangre Original, estaban... vinculados a Guardianes. Su fuerza los ayuda a... ¿Cómo lo diría? ¿Compensar algunas de las desventajas humanas? ¿Y viceversa? ¿El lado angelical refuerza al Guardián, lo hace más fuerte y más rápido?

Asentí con la cabeza.

—Misha es mi Protector. Si me lleváis con vosotros y me ayudáis a buscarlo, os ayudaré con vuestro problema. Me quedaré con vosotros todo el tiempo que sea necesario, incluso después de que lo encontremos.

—Así sabes que no está muerto —dijo Zayne—. ¿Porque estás vinculada a él?

—Sí. Lo sentiría. —Me llevé el puño al pecho y estrujé el pañuelo con la mano—. Y no lo he sentido. Todavía no. Hasta que no sienta eso, no puedo darlo por perdido. No lo haré. ¿Lo harías tú?

Un músculo palpitó en la mandíbula de Zayne, que apartó la mirada.

—Increíble —murmuró Nicolai—. ¿Quién sabe lo que es Trinity?

—Muy pocos —respondió Matthew mientras se dejaba caer en el asiento libre—. Si llegara a saberse, habría demonios intentando cruzar estos muros todos los días para llegar hasta ella. Los demonios creen que es humana a menos que huelan su sangre.

—Por eso reaccionasteis así cuando sangró —dijo Zayne, que maldijo entre dientes—. ¿Pueden percibir su sangre y eso les dirá que es mitad ángel? Mierda. No podrían contenerse e irían a por ella, ya que es lo más cerca que estarán nunca del Cielo.

—Sí, y suelen ponerse en plan ñam, ñam, ñam —añadí, y me estremecí—. Los demonios creen que, si devoran a un Sangre Original, podrán entrar en el Cielo.

—Joder —susurró Dez—. ¿Es verdad?

—No tenemos ni idea —contestó Matthew—. Pero los demonios lo creen y, mientras lo crean, suponen una amenaza.

—Y no solo eso —dijo Thierry—. La sangre, los huesos, el pelo e incluso los músculos de un Sangre Original son codiciados para realizar conjuros y hechizos. Todas las partes de su cuerpo se consideran valiosas en el mercado oscuro.

El mercado oscuro era algo así como el mercado negro de los donantes de órganos..., salvo que el mercado oscuro lo frecuentaban brujas, demonios y un montón de tipos malos sobrenaturales.

—Soy especial. —Me encogí de hombros de nuevo—. Muy especial.

Zayne se me quedó mirando mientras abría la boca y luego volvía a cerrarla.

—¿Por eso puedes ver fantasmas? —me preguntó Nicolai.

—Vaya, ¿ahora a la gente le interesa verme? —Cacahuete suspiró con aire dramático desde su posición cerca del ventilador de techo.

Lo miré y sacudí la cabeza.

—Sí, se debe a que los ángeles pueden ver espíritus y las almas de los que han muerto. Y los otros humanos que pueden hacerlo tienen sangre angelical diluida. Probablemente debido a alguna tataratataratarabuela que hace mil generaciones se enrolló con un ángel.

—Creo que huelga decir que no debéis contarle a nadie qué es Trinity, ni siquiera a los otros miembros de vuestro clan —les advirtió Thierry, y algo se reflejó fugazmente en la cara de Zayne, como si estuviera armando un rompecabezas en su mente y hubiera encontrado la pieza que le faltaba—. Nos encomendaron mantenerla a salvo hasta que la necesiten...

—Y ahora me necesitáis —le dije.

—Ya sé que Misha es como un hermano para ti, pero no puedes exponerte a los demonios —añadió Thierry en voz baja, intentándolo de nuevo—. Él no querría que corrieras el riesgo de ir a buscarlo, y esto podría ser una trampa.



—Me da igual. Pude haber detenido a ese demonio. Debería haber usado mi gracia para hacerlo, pero no lo hice. Puedo controlarla. Ya lo sabes. No puedo quedarme sentada sin hacer nada, Thierry. Lo siento. Y, si me lo prohíbes o les prohíbes ayudarme, te juro por Dios que me marcharé por mi cuenta. No podrás detenerme. Y lo sabes.

Thierry lo sabía.

Se recostó en la silla y se pasó la mano por la cara mientras sacudía lentamente la cabeza.

—Esto se veía venir —le dijo Matthew—. En el fondo, lo sabíamos. Ella tiene razón. No podemos detenerla. Solo su padre puede hacerlo.

—¿Quién es su padre? —preguntó Zayne.

—No queráis saberlo —masculló Thierry entre dientes, y eso me hizo resoplar. No, desde luego que no querían saberlo. Thierry alzó la cabeza y dejó caer la mano—. Trinity es un arma, y podrá ayudaros con cualquier problema que tengáis en D.C. Eso es cierto. Pero ¿estáis dispuestos a ayudarla?

Me quedé sin aliento al comprender lo que estaba pasando. Thierry estaba cediendo. Joder.

—Sí. —Fue Zayne quien respondió, lo que me sorprendió—. Sí, la ayudaremos. Tienes razón —me dijo entonces—. Yo tampoco le daría la espalda a esto, si se tratara de alguien a quien conociera y me importara. Así que lo entiendo. De verdad.

Agaché la barbilla, pues me sentía un poco mal por sospechar de él.

—Gracias.

La mirada de Nicolai pasó de mí a Zayne y luego a Thierry.

—Sí, la ayudaremos.

Casi me desmayé, allí mismo. Una parte de mí no acababa de creerse que eso estuviera pasando. Me ayudarían a encontrar a Misha y me... me iba a marchar de la comunidad, a marchar de verdad, por primera vez desde que era una niña. Saldríamos por la mañana y tendría que hacer la maleta.

Todavía me sentía aturdida cuando Cacahuete dijo:

—Me voy contigo.

Esa afirmación me sorprendió tanto que olvidé que estaba con otras personas cuando me volví hacia él.

—¿Qué?

El cuerpo de Cacahuete era completamente visible y tenía los ojos muy abiertos.

—Me voy contigo. A D.C.

—Pero no has salido de la comunidad desde que viniste aquí conmigo.

—¿Con quién...? ¿Con quién está hablando? —preguntó Dez.

—Con Cacahuete, probablemente. —Thierry suspiró—. Es un fantasma.

—¿Tenéis un fantasma aquí? —La voz de Nicolai tenía un tono extraño.

—Sí —respondió Matthew—. Por lo visto, la siguió hasta aquí hace unos diez años...

Mientras Matthew explicaba quién y qué era Cacahuete, me centré en mi compañero de cuarto fantasma.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Segurísimo. Si te vas, yo también me voy.

—Pero voy a volver —le dije.

Una expresión de duda se dibujó en su pálido rostro.

—Si te vas, me voy contigo. Ni siquiera intentes discutir conmigo. Sabes que es inútil. Te seguiré de todas formas y te rondaré. Sabes que lo haré.

Sí, lo sabía. Y él no dudaría en hacer eso.

—Está bien. —Me volví hacia los demás—. Bueno, al parecer, os vais a llevar una oferta especial de dos por uno. Cacahuete también se viene.

Despedirme de Jada y Ty a la mañana siguiente fue más duro de lo que me habría imaginado, aunque fuera algo temporal.

—Ojalá pudiéramos ir contigo —dijo Jada, con un brillo en sus hermosos ojos de color azul intenso—. Me voy a estresar muchísimo mientras tú estás ahí fuera y yo aquí atrapada.

—No te preocupes por mí —le aseguré mientras le apretaba las manos—. Sabes que sé cuidarme y no voy a estar sola.

—Lo sé, pero eso no significa que vayamos a preocuparnos menos. —Ty estiró la mano y la colocó sobre mi hombro—. Promete llamarnos todos los días.

Asentí con la cabeza.

—Por supuesto.

—Por FaceTime —aclaró Jada—. Tienes que llamarnos por FaceTime, aunque sé que lo odias.

—Lo haré, aunque lo odio muchísimo —contesté, y me reí—. No estaré fuera tanto tiempo, y volveré antes de que os deis cuenta, con Misha.

—Sí. —Jada me apretó las manos—. Con Misha.

Jada y Ty me hicieron compañía mientras terminaba de preparar la maleta, un proceso que consistió en lanzar todas las mallas y camisetas que pude, junto con unos cuantos jerséis finos, dentro de una maleta enorme. Solo estábamos a principios de verano, así que supuse que todavía podría hacer fresco algunas noches. A sugerencia de Jada, añadí unos cuantos vaqueros. Después de que se fueran, metí todas las bragas y sujetadores que tenía en una maleta pequeña, porque en realidad no sabía cuánto tiempo iba a estar fuera. Estaba intentando ser optimista, pero, incluso con la ayuda del clan de D.C., no creía que fuera a presentarme allí y encontrara a Misha de inmediato, y eso sí es que...

—Basta —susurré, y cerré los ojos.

Misha todavía estaba vivo, y seguiría así. Me negué a creer lo contrario.

Abrí los ojos y cerré la cremallera de la maleta, luego agarré mi portátil y lo metí en una bolsa junto con mis gafas y las dagas. Me acerqué a la mesita de noche y recogí la fotografía de mi madre y el libro. Los guardé con cuidado en la bolsa y los coloqué entre los jerséis que no cabían en la maleta para que estuvieran a salvo. Estaba recorriendo el cuarto con la mirada en busca de cualquier otra cosa que pudiera necesitar cuando alguien llamó a la puerta abierta. Al darme la vuelta, me encontré con Zayne.

Me invadió un batiburrillo de emociones al verlo. La sospecha seguía presente, pero se veía eclipsada por la anticipación y por algo más agudo, más intenso.

—¿Puedo pasar?

Asentí.

—Casi he terminado. Solo estoy asegurándome de que no me olvido nada.

—Está bien. Tenemos tiempo. —Se sentó en el borde de mi cama y me miró fijamente con aquellos pálidos ojos azules—. Anoche no dormí bien. Y estoy seguro de que tú tampoco.

—Dormí como una hora —contesté mientras toqueteaba el asa de la bolsa con los dedos.

Zayne parecía cansado. Unas tenues sombras habían aparecido debajo de sus ojos.

—Nicolai. Dez y yo nos quedamos levantados para decidir cómo íbamos a hacer esto sin contárselo al resto del clan.

Me senté a su lado y coloqué la bolsa en el suelo.

—Bueno, ¿y cuál es el plan?

—Va a ser demasiado difícil mantener en secreto lo que eres en el complejo —me explicó mientras se pasaba una mano por el pelo suelto—. Ya va a ser bastante difícil explicar tu presencia en la ciudad, pero, como yo... hace meses que no vivo en el complejo, supusimos que lo mejor sería que te quedaras en mi piso.

—¿Qué? —exclamé con un grito ahogado, no por el hecho de quedarme sola con él en su piso, y eso era todo un notición, sino más bien porque viviera solo—. ¿No vives en el complejo?

—No.

—¿Por qué? Vivir solo es muy peligroso. Los demonios pueden sentir lo que eres —dije, poniéndome en plan Capitán Obvio.

—Mi piso está en un buen barrio y, de momento, se ha mantenido relativamente libre de demonios. —Sonrió—. Así será más fácil y, con suerte, retrasaremos el tener que explicar tu presencia.

—Pero ¿cómo vamos a retrasarlo? Si vamos a buscar a Misha y eso que os preocupa, participará todo el clan, ¿no?

Zayne giró el cuerpo hacia mí.

—Todo el clan no puede participar en la búsqueda de Misha. No será posible si necesitamos ocultar lo que eres. Dez nos ayudará, pero básicamente vamos a ser tú y yo. Es la mejor opción.

Lo medité. No me quedaba más alternativa, y aquel plan tenía sentido.

—Vale. Servirá. —Cuando él no respondió, lo miré. Me estaba observando fijamente—. ¿Qué pasa?

—Ahora sé por qué tu olor me recordó al helado.

Me sonrojé.

—Qué absurdo.

Se le dibujó una rápida sonrisa y luego se desvaneció.

—Seguro que sabes que el Cielo huele, ¿verdad? Ese olor es diferente para cada persona, pero siempre es algo que le gusta o le hace sentir bien. Mi comida favorita es el helado.

—¿En serio?

—Pareces muy sorprendida.

—Supongo que me sorprende. No lo sé. Me esperaba que tu comida favorita fuera bistec con patatas.

—Esa sería la segunda. Pero ahora entiendo por qué noté ese olor en ti cuando te hirieron.

—Fue por mi sangre —terminé la explicación por él—. No sabía nada de eso. Bueno, sabía que los demonios podían olería.

—Pero ¿no sabías que la luz huele?

Negué con la cabeza al pensar que yo nunca había olido nada ninguna de las veces que había visto la luz.

—¿Y tú cómo sabes estas cosas?

—Cada vez que los Alfas vienen a vernos, siempre llega primero una densa luz dorada. Ni siquiera estoy seguro de que sea luz, porque me recuerda a algo líquido. Siempre que he estado cerca de ellos, he notado ese olor. —Sacudió la cabeza—. Ahora muchas cosas tienen sentido, y casi me cuesta creer que no me haya dado cuenta.

—¿Cómo ibas a hacerlo? Se supone que los Sangre Original son cosa del pasado. —Apoyé las manos en los muslos—. No quiero que me trates de manera diferente ahora que sabes lo que soy.

Zayne se rio entre dientes con suavidad.

—No estoy seguro de poder hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque sé lo que eres, Trinity.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —Se rio de nuevo—. ¿Te estabas conteniendo conmigo aquel día en la sala de entrenamiento?

Esa pregunta me alegró tanto que ni siquiera intenté reprimir una amplia sonrisa. Estaba demasiado cansada para eso.

—En realidad, no. Eres muy bueno, pero es que yo soy...

—¿Mejor?

Me reí un poco entre dientes.

—Que no te deprima demasiado. Ni siquiera Misha... —Inspiré bruscamente y lo intenté de nuevo—. Ni siquiera él puede ganarme.

La mirada de Zayne me recorrió la cara.

—No sé lo que es estar vinculado a alguien que te importa, pero sí que sé lo que es crecer con alguien y que luego desaparezca prácticamente de tu vida.

—¿Ah, sí?

Asintió con la cabeza.

—No por las mismas razones. Nada como esto, pero es duro estar cerca de alguien casi todos los días y que luego ya no forme parte de tu vida ni... ni tener ni idea de cómo es su vida ahora.

Quise insistirle para que me diera más información, pero se levantó de la cama.

—¿Lista? —me preguntó en voz baja, y extendió la mano.

Le di la espalda y le eché otro vistazo a mi cuarto: la cama y las estrellas pegadas en el techo, el escritorio que casi nunca usaba y la silla en un rincón. Una repentina sensación de incertidumbre se apoderó de mí. Les había dicho a Jada y Ty que no estaría fuera mucho tiempo, pero, mientras recorría el lugar con la mirada, no pude evitar tener la sensación de que esa sería la última vez que veía ese cuarto..., que me iba a marchar y no regresaría.

Inquieta, coloqué la mano en la de Zayne y noté aquel cosquilleo danzando sobre mis dedos mientras los cerraba alrededor de los suyos.

—Lista.

## Veinte

Debido a la falta de sueño y a que nuestra partida se retrasó (porque tuve que asegurarme de que Cacahuete estuviera con nosotros, y lo estaba, y porque Thierry y Matthew me habían tratado como supuse que hacían los padres cuando su hijo se iba a la universidad), terminé quedándome dormida a los treinta minutos de ponernos en marcha. Intenté luchar contra el arrullo del zumbido del todoterreno y del silencio que reinaba dentro del vehículo, porque nos dirigíamos a un lugar en el que yo nunca había estado y quería verlo todo, pero perdí la batalla.

«¿Trinity?»

Fruncí el ceño cuando el sonido de mi nombre atravesó las capas de sueño. Lo ignoré, porque mi cama estaba calentita. Volví a acurrucarme y mi... mi cama se movió ligeramente debajo de mí. Qué raro.

—¿Trinity? —Volví a oír aquella voz y empecé a liberarme de las telarañas del sueño—. Ya hemos llegado.

Algo me rozó la mejilla y atrapó los mechones de pelo que habían caído allí y me los colocó detrás de la oreja. Le di un manotazo, pero solo golpeé mi propia cara. Entonces mi cama soltó una risita.

¿Una risita?

Las camas no hacían eso.

—Duermes como un tronco. —Una mano me rodeó el hombro y me sacudió con suavidad—. Vamos, Trinity, despierta, ya hemos llegado.

«Ya hemos llegado».

Esas tres palabras se abrieron paso entre la bruma del sueño. Abrí los ojos de golpe y, en cuanto mi vista se adaptó al sombrío interior, vi una pierna cubierta con unos vaqueros oscuros... Un muslo, en realidad.

«Ay, Dios mío». Mi estupefacción alcanzó proporciones épicas.

Me incorporé bruscamente y dirigí una mirada de asombro hacia Zayne, a quien, al parecer, había estado usando de almohada.

—Gracias por reunirte por fin conmigo. Estaba empezando a preocuparme. —Me miró con esa pequeña y burlona media sonrisa suya—. Sobre todo, cuando empezaste a babear.

Me despejé de golpe.

—¿Babear?

Vi aparecer calidez en aquellos ojos glaciales.

—Solo un poco.

—No estaba babeando.

Me pasé rápidamente el dorso de la mano por la boca. Se me quedó húmedo.

—Cretino —mascullé.

Él se rio entre dientes y luego señaló con la cabeza hacia la parte frontal del vehículo. Dez y Nicolai nos observaban desde los asientos delanteros.

—Hola —me saludó Dez con una amplia sonrisa.

—Hola —rezongué, y noté que me ponía colorada—. Entonces, ¿ya hemos llegado?

Dez asintió.

—Perfecto.

Localicé la manija de la puerta y tiré, pero descubrí que el cierre estaba activado. Solté un profundo suspiro, esperé a que Dez desbloqueara las puertas y entonces quedé libre. Salí del vehículo, lista para ver Washington D. C. por primera vez, y vi...

Nada más que sombras.

Pero ¿qué...? Me di la vuelta. Esperaba ver el Monumento a Washington, edificios y gente, y, aunque podía oír el sonido de los cláxones, vi...

Un momento. Estábamos en un aparcamiento, cerca de unos ascensores. Qué rollo.

Los demás se bajaron del todoterreno en un santiamén y descargaron mi maleta y mi bolsa... y también a Cacahuete, que iba sentado en la maleta, aunque de eso Zayne no tenía ni idea.

Parpadeé despacio. Cacahuete tenía una sonrisa tan amplia en la cara que parecía un poco trastornado cuando Zayne agarró la maleta por el asa y me la acercó rodando... junto con Cacahuete.

—¿Estás bien? —me preguntó Zayne.

La risita de Cacahuete me puso los pelos de punta.

—Sí, solo... sigo un poco grogui.

Zayne se detuvo y su mirada pasó de mi a la maleta.

—¿Es el fantasma?

—Sssííí —contesté alargando la palabra, y Cacahuete dio una palmada como una foquita feliz.

—¿Quiero saberlo?

—No —contesté.

Me dirigí a la parte trasera del todoterreno y agarré mi bolsa. Nos despedimos de Dez y Nicolai y seguí a Zayne hasta las puertas del ascensor. Él apretó el último botón y tuvo que introducir un código. No vi cuántos pisos había, pero, teniendo en cuenta que los oídos se me destaponaron a media ascensión, supuse que estábamos subiendo mucho. El viaje fue suave y rápido y, cuando el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y dejaron ver una enorme habitación iluminada por la luz del sol, que entraba a raudales por una pared de ventanales que parecían ser de cristal polarizado, porque el resplandor no me tumbó.

Cacahuete bajó de la maleta de un salto.

—¡Me voy a explorar!

No dije nada mientras se desvanecía.

—Vamos —me indicó Zayne mientras mantenía las puertas abiertas para dejarme pasar.

Entré arrastrando los pies, miré a mi alrededor y me sentí... completamente confundida.

El suelo era de cemento visto y del alto techo colgaban grandes ventiladores que giraban despacio. A mi izquierda había una zona para cocinar. Una hilera de armarios blancos separados

por una cocina de gas y un extractor de acero inoxidable. Había una isla larga y rectangular, lo bastante grande como para que cupieran varias personas, pero solo había dos taburetes a un lado, de metal negro y aspecto robusto. Enfrente de la cocina había un enorme sofá modular, lo bastante ancho para que dos Guardianes se tumbaran uno al lado del otro, situado delante de un televisor grande. A la izquierda había un espacio abierto. Distinguí un saco de boxeo y lo que parecían ser colchonetas azules contra la pared, como las que había en nuestras instalaciones de entrenamiento en casa. Había varias puertas cerradas y eso... eso era todo.

Todo era muy industrial, muy vacío.

—¿Estás seguro de que vives aquí? —le pregunté, todavía sorprendida de que viviera solo. Era algo insólito.

Zayne me dirigió una larga mirada de reojo.

—Sí. ¿Por qué?

—No parece que nadie viva aquí —contesté mientras dejaba la bolsa sobre la isla de la cocina.

—Tiene todo lo que necesito. —Fue hacia la nevera, abrió la puerta y sacó dos botellas de agua. Colocó una sobre la isla, luego agarró mi maleta y la arrastró rodando detrás de él—. Sígueme.

Agarré la botella de agua y lo seguí a través de la amplia habitación mientras buscaba algo que probara que Zayne vivía ahí. Como unos zapatos olvidados, una revista o una lata de refresco a medio beber. No había nada.

—Este es uno de los baños. Aunque no tiene ducha. —Señaló con un gesto de la cabeza hacia nuestra derecha mientras me guiaba hacia la puerta del centro—. Este es el dormitorio.

Abrió la puerta y encendió una luz. Mi mirada pasó de las ventanas, que iban del techo al suelo, cubiertas con persianas opacas, a la enorme cama situada en el centro, junto a la mesita de noche. No había nada más en la habitación. Ni una cómoda. Ni un televisor. Ni siquiera una alfombra.

Zayne pasó a mi lado y abrió una de las puertas, que dejó a la vista otro baño, mientras yo permanecía inmóvil en el umbral del cuarto.

—Este es el baño principal. Tiene una ducha y una bañera.

El plástico de la botella de agua se arrugó bajo mis dedos mientras clavaba la mirada en la cama..., la única cama que había visto en todo ese sitio. ¿Cuál era el plan? ¿Íbamos a compartir la cama? Una cantidad incómoda de calor me inundó el cuerpo ante esa idea.

Negué con la cabeza, porque era imposible que esa fuera la intención de Zayne. Se trataba del mismo tío que se había apartado de mí de un salto cuando lo había besado, y que me dijera que estaba preciosa y que le recordaba a una diosa no borraba eso.

Me aparté de la puerta del dormitorio y entré en la habitación principal mientras Zayne pasaba a mi lado. No vi a Cacahuete, pero eso no significaba que no estuviera por allí. Me dirigí hacia las ventanas. Cuanto más me acercaba, más intenso era el resplandor, pero eché un vistazo hacia fuera y vi edificios de ladrillo al otro lado de la calle. Miré hacia abajo... No me había equivocado al suponer que estábamos en un piso alto. Todo lo que había al nivel del suelo era una mancha borrosa que se movía.

Me aparté de las ventanas y me volví hacia Zayne.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Descansar. Tú quédate con la cama y yo dormiré en el sofá.

Lo miré mientras abría un armario de ropa blanca y sacaba una almohada y una manta fina.

—¿No deberíamos empezar a buscar a Misha?

—Si sabes algo sobre demonios, sabrás que no están tan activos por la tarde —me explicó mientras lanzaba la manta sobre el respaldo del sofá.

—Pero eso no significa que no podamos empezar a buscarlos.

—Pues no, pero solo dormiste cerca de una hora anoche y otra de camino aquí —señaló.

—Estoy bien. Estoy completamente despierta.

No era del todo mentira. Si me acostaba, probablemente volvería a dormirme, pero quería ponerme manos a la obra.

Y quería ver la ciudad.

—Yo tampoco dormí apenas anoche y, a diferencia de ti, no tenía una pierna cómoda sobre la que echarme la siesta —me recordó mientras tiraba la almohada sobre el sofá—. Mira, puedes quedarte sentada y deprimirte durante el próximo par de horas o puedes ser lista y descansar un poco.

—Mientras tú descansas, yo puedo empezar a buscar a Misha...

—¿Buscarlo dónde? —Zayne se volvió entonces hacia mí con las cejas levantadas—. ¿Sabes lo grande que es esta ciudad? ¿Cuántas personas viven en ella? ¿Cuántas personas trabajan aquí, pero viven en otro sitio? —Me lanzó la andanada de preguntas a toda velocidad—. ¿Sabes dónde se reúnen los demonios? ¿Dónde es habitual encontrar uno?

—Bueno, no, pero...

—No hay pero que valga, Trinity. No tienes ni idea de adonde ir. —Se pasó una mano por el pelo y luego se agarró la nuca—. Mira, dije que te ayudaría a buscar a Misha, y lo haré. No hago promesas que no pretendo cumplir, pero vamos a hacer esto con cabeza. No sabemos si el demonio que se llevó a Misha sabe lo que eres, pero, si lo sabe, te estará buscando.

—Bien —le espeté—. Así mi trabajo será mucho más fácil, porque, esta vez, usaré mi gracia.

—No vas a salir de aquí sin mí y, si lo intentas, lo sabré.

Abrí mucho los ojos.

—¿Ahora soy una prisionera?

—Eres una invitada que va a usar el sentido común —contraatacó Zayne—. Así que puedes sentirte como una prisionera o puedes sentirte como una invitada que ha descansado bien. En cualquier caso, yo me voy a acostar, porque me va a hacer falta dormir un poco antes de hacer lo que vamos a hacer esta noche.

—¿Y qué será? —Me crucé de brazos, frustrada—. ¿Peinarnos el uno al otro y probarnos mascarillas faciales?

—Oh, ¿me trenzarás el pelo?

Zayne bajó la mano y apretó el puño al costado. Parecía tener ganas de estrangularme. Yo era consciente de que estaba siendo un incordio, pero ¿ese demonio tenía a Misha y se suponía que debía echarme una siesta?

—¿Sabes lo que se siente al saber que alguien está en peligro y tienes que mantenerte al margen sin hacer nada? —le pregunté, y sentí que se me cerraba la garganta—. ¿Lo sabes?

La expresión de Zayne se suavizó mientras daba un paso hacia mí.



—Sí, lo sé, Trinity. Sé lo que es verte obligado a presenciar cómo le hacen daño a alguien que te importa y ser completamente incapaz de hacer nada al respecto.

Sus palabras se abrieron paso a través de mi irritación y me hicieron cerrar la boca de golpe.

—Puede que pensemos que nos conocemos, y sé que has oído cosas sobre mí, pero no me conoces. No sabes lo que he experimentado y lo que no. Igual que yo no sé todo por lo que has pasado tú. Pero lo que sí sé sobre ti es que eres fuerte y dura, y leal. Y también sé que eres lo bastante lista para darte cuenta de que ambos necesitamos descansar bien para estar preparados para cualquier cosa.

Realicé una inspiración temblorosa y cerré los ojos al sentir el repentino ardor de lágrimas.

—Tienes razón —admití mientras contenía las lágrimas—. Y lo... lo siento. Es que estoy...

—Estás preocupada. —Su voz sonó más cerca y, cuando abrí los ojos, Zayne estaba a menos de treinta centímetros de mí. No me cabía en la cabeza cómo conseguía moverse con tanto sigilo. Lo vi levantar una mano y atrapar un mechón de mi pelo que había caído hacia delante. Me lo colocó detrás de la oreja, pero no apartó la mano—. Lo entiendo, Trinity. De verdad.

Mi cuerpo tomó el control. Cerré los ojos y presioné la mejilla contra la cálida palma de su mano. No debería hacerlo. Lo sabía, pero había algo tranquilizador en su forma de tocarme, reconfortante. Era como si lo hubieran creado simplemente para ello, y era muy raro tener esa sensación.

—Estás cansada. Descansa un par de horas.

—¿Tengo tan mala pinta?

—No. Estás perfecta.

Abrí los ojos y su mirada se apoderó de la mía. Algo misteriosamente posesivo se reflejó en su cara antes de que dejara caer la mano y retrocediera un paso.

Desconcertada, crucé los brazos sobre el pecho.

—Vale. Entonces, dormimos, ¿y luego...?

—Conozco a alguien. No puedo creerme que me esté planteando esto siquiera, pero, si alguien sabe dónde podría estar Bael, será él. Debería estar disponible esta noche. No tiene precisamente un horario normal.

—¿Quién es? ¿Otro Guardián?

Zayne se volvió a reír, y esa vez su risa no reflejó mucho humor.

—No. No es un Guardián. Seguramente sea el mayor grano en el culo que he tenido nunca. —Hizo una pausa—. Lo que significa que, probablemente, te llevarás bien con él.

## Veintiuno

Me desperté con una exclamación ahogada, me incorporé de golpe y me encontré frente a frente con Cacahuete...

Que me estaba soplando en la cara.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con el corazón acelerado.

—Asegurándome de que no estás muerta. —Flotó hasta el otro lado de la cama—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

Me aparté un puñado de pelo de la cara al mismo tiempo que un peso invisible se posaba sobre mis hombros. Sabía lo que significaba esa sensación.

—Demonios —susurré mientras me quitaba la gruesa manta de encima y bajaba las piernas de la cama—. Hay demonios cerca.

—¿Qué? —chilló Cacahuete.

Salté de la cama, corrí hacia la puerta del cuarto y la abrí de golpe. Mis pies descalzos patinaron sobre el frío suelo de cemento mientras recorría la habitación con la mirada en busca de Zayne. Vi una forma bastante grande e inmóvil en el sofá y lo rodeé a toda prisa.

Zayne estaba dormido boca arriba, con la cabeza girada hacia el respaldo del sofá. Tenía un brazo debajo de la cabeza y la otra mano cerrada, sin apretar el puño, sobre su pecho.

Su pecho desnudo.

La manta gris se le había amontonado alrededor de las esbeltas caderas, y deseé con todas mis fuerzas que no estuviera completamente desnudo ahí abajo. No creía que lo estuviera, teniendo en cuenta mi presencia, pero la mayoría de los Guardianes dormían en su verdadera forma. Así conseguían un sueño más profundo, por lo que me resultó extraño ver a Zayne durmiendo así.

—Zayne —lo llamé con la voz pastosa por el sueño—. Despierta.

No se movió.

Estiré la mano hacia él y le toqué el hombro con suavidad. Una extraña descarga de electricidad estática me subió por los dedos, lo cual no tenía sentido.

—Zayne...

Se movió tan rápido que ni siquiera supe qué estaba pasando hasta que me encontré tumbada de espaldas y a él encima de mí, con una mano plantada en mi hombro, empujándome contra los gruesos cojines del sofá. Mi asombrada mirada se posó en su cara y vi que tenía las pupilas verticales.

—Madre mía —jadeé, paralizada.

Pareció tardar un momento en reconocermé y darse cuenta de que me tenía inmovilizada debajo de él. Las pupilas volvieron a transformarse en ojos normales de aspecto humano.

—Trinity, ¿qué haces?

—¿Que qué hago? —Parpadeé una vez, y luego otra—. ¿Me preguntas qué hago cuando acabas de darme la vuelta en el aire?

—Sí. —Seguía encima de mí, pero me apartó la mano del hombro y la apoyó en el cojín, junto a mi cabeza—. Estaba dormido.

—Ya lo sé. —Me atreví a bajar la mirada y comprobé que no estaba desnudo, gracias a Dios. Llevaba lo que parecía ser un pantalón de chándal gris—. Intenté despertarte. Te llamé, pero no respondiste.

—Lo siento —gruñó—. No estoy acostumbrado a que haya gente aquí.

—Se nota.

—¿Qué hora es? —Miró hacia la cocina—. Solo son las cuatro, Trinity. Todavía deberías estar durmiendo.

—Lo sé, pero me desperté. —Mantuve los brazos inmóviles a los costados—. Sentí demonios. Eso me despertó.

—Yo no los siento —repuso, y ladeó la cabeza y varios mechones de pelo dorado le cayeron sobre la mejilla.

—Yo soy más sensible a ellos. Por lo general, puedo sentirlos minutos antes que un Guardián, y puedo sentirlos ahora. Hay demonios aquí, Zayne. No en tu piso, pero cerca. Probablemente fuera, en las calles o...

—Probablemente estén fuera, en las calles —me interrumpió con un suspiro.

—Vale. En ese caso, tenemos que levantarnos e ir...

—Aquí hay demonios por todas partes. —Sus ojos se encontraron con los míos. Bueno, solo uno. El pelo le tapaba el otro—. Es probable que solo sean Esbirros que pasean por ahí. Son los únicos que están activos por el día, normalmente a última hora de la tarde.

—¿Y seguimos aquí tumbados porque...?

—Los Esbirros son relativamente inofensivos, Trinity. Lo único que hacen es trastear con aparatos electrónicos y cosas así. En realidad, no se meten con los humanos.

Yo ya sabía que los Esbirros eran bastante inofensivos y que parecían tan humanos como nosotros a menos que te fijaras muy bien en sus ojos. La luz se reflejaba en ellos de forma extraña. Los Esbirros eran prácticamente el motivo de que existiera la ley de Murphy. Si un día todo te salía mal (tu coche se averiaba, los semáforos no funcionaban, tu cafetería favorita estaba cerrada y tu oficina se quedaba sin electricidad), lo más probable era que un Esbirro fuera el responsable.

—¿No los... cazas? —le pregunté, confundida.

Tardó un buen rato en responder.

—Solía cazar demonios de manera indiscriminada, sin importar de qué fueran culpables.

—¿Como Guardián, ese no es tu trabajo?

—Sí.

Cuando no añadió nada más, lo único que hice fue mirarlo y preguntarme en qué diablos me habría metido. No me extrañaba que no fuera el líder del clan. ¿Cómo podía serlo si no cazaba a los Esbirros? Y no podía olvidarme de que había trabajado con demonios. Pero su clan parecía

confiar en él, al menos lo suficiente para permitirme quedarme en su piso a pesar de conocer mi secreto.

—Eres un Guardián raro —susurré.

Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

—Y tú solo eres... rara.

—Creo que me siento ofendida.

La media sonrisa se convirtió en una sonrisa completa.

—Vas a tener que acostumbrarte a sentir a los demonios. No bromeaba cuando he dicho que aquí los hay por todas partes, sobre todo de nivel inferior, como los Esbirros.

—Vale —contesté, porque no sabía qué más decir. Era perfectamente consciente de que seguía tumbada debajo de él y, aunque nuestros cuerpos no se tocaban, podía sentir el calor que desprendía su piel. La última vez que estuvimos en esa posición, lo había besado, y ambos llevábamos muchísima más ropa puesta entonces—. Bueno, eh..., ¿vas a dejar que me levante?

Zayne parpadeó como si acabara de darse cuenta de que estaba debajo de él y, por algún motivo, eso me resultó más ofensivo que el hecho de que me llamara rara. A ver, ¿era tan físicamente ambivalente hacia mí?

Mierda.

—Sí, supongo que puedo hacerlo.

Se echó hacia atrás con soltura y yo salí de debajo de él y luego me levanté del sofá. Me puse en pie. Zayne bajó la barbilla mientras se mordía el labio inferior. Se le tensaron los hombros y desvió la mirada.

—Probablemente deberías intentar dormir otra hora más o así.

Me dispuse a protestar, puesto que los dos estábamos ya despiertos, pero en ese preciso momento me di cuenta de que no me había puesto el pijama antes de echarme la siesta. Lo único que había hecho era quitarme los vaqueros, lo que significaba que solo llevaba una camiseta y las bragas, y la camiseta no era muy larga.

Zayne podía verme las bragas.

Las bragas con calaveras blancas y negras estampadas.

Ay, Dios mío.

Di media vuelta, con la cara ardiendo, crucé la habitación a toda velocidad y entré en el dormitorio y cerré la puerta detrás de mí. Me apoyé contra ella con los ojos cerrados.

«Eres un desastre, Trinity», me dije.

Eran casi las seis cuando Zayne y yo salimos de su piso para ir a hablar con ese amigo suyo... al que no parecía tenerle mucho aprecio.

Antes de salir del cuarto de Zayne por segunda vez, me aseguré de llevar los pantalones puestos y localicé la funda de cadera para llevar las dagas. Se trataba de otro regalo de Jada que en realidad nunca había usado, pero me sentí aliviada al ver que me servía y quedaba bien escondida debajo de una camiseta mucho más larga.

Ahora me encontraba en el garaje mirando fijamente un Chevy Impala negro y de líneas elegantes que había aparcado junto a una moto con pinta de ser muy rápida mientras intentaba desesperadamente no pensar en el hecho de que Zayne me había visto en bragas.

Me quedé impresionada mientras observaba el Impala, pues no había visto ninguno tan clásico en persona.

—¿Eres fan de *Sobrenatural*? —le pregunté.

Zayne me rodeó y abrió la puerta del acompañante.

—No hasta hace poco. Me compré este coche antes de iniciarme en el mundo de los Winchester.

—Ah.

Se volvió hacia mí mientras sostenía la puerta. Al igual que yo, llevaba gafas de sol. Las suyas eran plateadas, de estilo aviador y con cristales reflectantes. Las mías eran tan enormes que probablemente me hacían parecer un insecto y tenían los cristales más oscuros que pude conseguir.

Una comisura de aquellos labios carnosos se elevó.

—¿Vas a entrar?

—Ah —repetí—. Sí.

Tuve la sensación de que solo transcurría un nanosegundo antes de que Zayne se situara al volante, y entonces giró la llave. El motor arrancó con un ruido sordo.

—Bueno, ¿adonde vamos?

—Al otro lado del río. No deberíamos tardar demasiado en llegar allí. —Me echó un vistazo mientras salía de la plaza de aparcamiento—. Abróchate el cinturón.

Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo había hecho. Me puse el cinturón y luego prácticamente pegué la cara a la ventanilla mientras salíamos del garaje y nos deteníamos al encontrarnos con tanto tráfico que los coches iban prácticamente pegados unos a otros. Mi mirada asombrada intentaba asimilar todo lo que estaba viendo.

No se parecía en nada a lo de antes, cuando había mirado por la ventana desde lo alto.

Edificios de todos los tamaños y colores parecían amontonarse unos encima de otros como si fueran dedos gruesos que se extendían hacia el cielo vespertino y bloqueaban la mayor parte de la menguante luz del sol. Había gente por todas partes.

Por todas partes.

Nunca había visto tanta gente en una acera. Ni siquiera en Morgantown, cuando era más pequeña, era nunca así. Tenía que haber cientos de personas. Sus formas y caras no eran más que manchas borrosas para mí mientras rodeaban a toda prisa a personas que caminaban más despacio y se interponían delante del tráfico. Los cláxones resonaban. La gente gritaba. No solo eso, sino que todavía sentía demonios, y sabía que algunas de esas personas no eran exactamente personas. Llegaban sonidos desde todas las direcciones, y todo aquello resultaba un poco abrumador. Ya me costaba bastante distinguir a los humanos de los fantasmas, ¿cómo iba a poder hacerlo ahora?

—Hay un montón de gente.

—En realidad, ahora no está tan mal —contestó Zayne, y me volví hacia él, atónita.

—¿En serio? —susurré.

Él asintió con la cabeza.

—Es después de la hora punta. Si hubiéramos salido unas tres horas antes, habría habido el doble de gente.

—Joder.

Me alegré de no haber salido sola. No me daban miedo las grandes multitudes o, por lo menos, eso había creído. Ahora no estaba segura.

Me volví hacia la ventanilla del acompañante. Mis pensamientos vagaron mientras miraba hacia fuera y contemplaba una vista borrosa de edificios que acabaron convirtiéndose en un caleidoscopio de olmos y parques. Me puse a pensar en Misha, en lo que le podría estar pasando, y tuve que obligarme a dirigir mis pensamientos en otra dirección. No podía permitirme caer por esa madriguera de conejo. No había sentido la pérdida del vínculo, por lo que seguía vivo, y eso era lo que importaba.

Me encontré pensando en lo que Zayne me había dicho antes sobre verse obligado a presenciar cómo le hacían daño a alguien que le importaba y no ser capaz de ayudarlo. Él había estado en lo cierto una vez más. No sabía mucho sobre él, y quería... quería saber más.

—Ya hemos llegado —anunció, y me sacó de mi ensimismamiento.

Me concentré en lo que nos rodeaba y me sorprendió descubrir que estábamos en algún tipo de camino privado y que nos habíamos detenido delante de... ¿una mansión?

Pegué la cara a la ventanilla y estudié con los ojos entrecerrados la enorme estructura de ladrillo, de dos pisos de altura, con unas puñeteras columnas blancas que bordeaban un amplio porche que parecía rodear toda la casa.

Sí, eso era sin lugar a dudas una mansión.

No me moví, ni siquiera cuando Zayne apagó el motor, y, mientras realizaba una inspiración corta, sentí la intensa presencia de... demonios. Podrían estar literalmente en cualquier parte. Los había sentido durante casi todo el trayecto hasta ahí, salvo cuando cruzamos un puente.

—¿Estás bien?

—Sí —susurré—. ¿Dónde estamos?

—Justo al otro lado del río, en Maryland. Es la... Es una casa particular —dijo con un tono tan distante que atrajo mi mirada. Él también observaba la casa con expresión tensa—. Aquí viven dos personas, pero creo que otras vienen y van.

—Caray. ¿Solo viven dos personas aquí?

—Sí —murmuró mientras se quitaba las gafas de sol y las colocaba en la visera—. Pero fíjate en la casa de Thierry. Es el doble de grande que esta y... ¿cuántas personas viven allí? ¿Cuatro?

En eso tenía razón.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Zayne parpadeó y, cuando me miró, su expresión se suavizó.

—Siempre.

Levanté las cejas, pero él abrió la puerta y salió, y decidí que era hora de que yo hiciera lo mismo. Dejé mi bolso en el asiento, pero me llevé el móvil.

Mientras recorría los adoquines grises, me di cuenta de que ahí hacía más calor a pesar de que el sol estaba detrás de la casa. La brisa no era tan fresca como en las montañas.

—Oye.

Me detuve y me volví hacia él.

Me miró fijamente mientras el viento le arrojaba un mechón de pelo contra la mejilla. Entonces su pecho se elevó cuando respiró hondo.

—Para que no te pille por sorpresa, el tío que estás a punto de conocer es... diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—Es un demonio.

—¿Qué? —exclamé con un grito ahogado mientras dirigía las manos hacia las dagas por costumbre.

—Trinity mala —murmuró Zayne, y me sujetó las muñecas antes de que pudiera agarrar las dagas—. Escúchame. No hay motivos para matar a nadie. Ninguna de las personas que hay aquí...

—Querrás decir ninguno de los demonios que hay aquí...

—Ninguna de las personas que hay aquí va a hacernos daño a ninguno de los dos —prosiguió Zayne, que mantenía la voz baja y tranquila, pero con los ojos entornados.

Joder, Zayne de verdad trabajaba con demonios. No estaba segura de qué había pensado. ¿Que era algo que solo había hecho en el pasado? ¿Que ya no trabajaba de forma activa con demonios ahora?

Se colocó delante de mí mientras me sujetaba todavía las muñecas.

—Sé que esto es raro, pero te aseguro que son de fiar. Conozco a una de ellas desde hace media vida y, si queremos ayuda para encontrar a Misha, estas son las personas que pueden brindárnosla.

Supe de inmediato de quién estaba hablando.

La chica... La mitad Guardian y mitad demonio que se había criado con él. ¿Ella era quien vivía ahí? Me mordí el labio mientras miraba por encima del hombro en dirección a la enorme casa. ¿Podría hacerlo? ¿Entrar en una casa en la que vivían demonios y pedirles ayuda?

¿Qué pensaría mi padre?

Madre mía, le daría un ataque. Una parte de mí esperaba verlo aparecer, cargarse a Zayne y luego llevarme de vuelta a casa de Thierry.

—Aquí estamos a salvo —continuó Zayne. Me soltó una muñeca y me levantó las gafas de sol y me las colocó encima de la cabeza, para poder verme los ojos—. ¿Confías en mí, Trinity?

—Eh... —No estaba segura de cómo responder a esa pregunta. Una parte de mí confiaba en él, porque no me había dado ninguna razón real para no hacerlo, pero aún recelaba de él, de todo eso. Realicé una inspiración breve—. ¿De verdad crees que pueden ayudarnos?

Zayne asintió.

—Sí.

Eso era un paso trascendental y una locura en potencia, pero haría cualquier cosa para encontrar a Misha, aunque eso implicara ir en contra de todo lo que había aprendido.

—Vale —acepté.

Zayne me soltó la muñeca, se giró conmigo hacia la casa y nos dirigimos hacia allí.

Las puertas de bronce de doble hoja ya estaban abiertas y había un hombre allí de pie. El pelo rubio pálido le llegaba por debajo de los hombros y llevaba puesto... ¿un mono corto?

Pues sí.

No cabía duda de que era un mono corto y negro.

El aliento caliente en mi nuca y la pesadez se incrementaron. Dejé de caminar y dirigí las manos de inmediato hacia las dagas.

El hombre del mono era un demonio.

Zayne me colocó una mano en la parte baja de la espalda y me dio un suave empujón hacia delante mientras el demonio se detenía en lo alto de los escalones.

—Qué sorpresa —dijo.

Me detuve al pie de los escalones y miré a Zayne.

—No pasa nada. —Su cálida mano envolvió la mía. Me guio escalones arriba—. Este es Cayman.

El demonio ladeó la cabeza mientras nos observaba y pasaba la mirada de uno al otro.

—Cuánto tiempo sin verte, Zayne.

—Sí, bastante. —Se detuvo delante de Cayman y, puesto que nos encontrábamos cerca, noté que sus ojos eran de un color miel intenso. No era un demonio de nivel inferior—. ¿Está aquí? Necesito verlo.

—Los dos están aquí.

Zayne apretó la mandíbula.

—Genial.

Cayman bajó la mirada hasta nuestras manos unidas y la volvió a subir despacio.

—Sí que lo es. —Dio media vuelta con los pies descalzos—. Seguidme.

Se me puso la piel de gallina cuando lo seguimos y entramos en un amplio vestíbulo. Levanté la vista y vi una enorme araña de cristal. Cuánto lujo. Zayne me soltó la mano mientras pasábamos bajo una ancha escalera de caracol. Al mirar a mi alrededor, me fijé en unos... cuadros raros que había en la pared. Algunos consistían en tonos apagados de rojo y negro, pinturas de fuego al lado de grandes fotografías ampliadas, en blanco y negro, de rascacielos.

—Bueno, Zayne, amigo mío, ¿cuándo vas a dejarme dar un paseo en esa monada? —le preguntó Cayman mientras le echaba un vistazo por encima del hombro. Tenía las cejas casi negras y el contraste era impresionante.

—Cuando dejes de hacer tratos, Cayman.

Mi mirada se agudizó. ¿Cayman era un demonio negociante? Se trataba de demonios de Nivel Superior, aunque más bien eran... cargos intermedios que hacían tratos con los humanos a cambio de sus almas. En la cultura pop se los conocía como demonios de encrucijada, pero no era necesario buscar una carretera en algún lugar perdido del sur del país para invocar a uno. A menudo podías encontrarlos en bares y otros lugares hacia los que se sentían atraídos los humanos que estaban llenos de angustia.

—Bueno, eso no va a pasar nunca —aseguró el demonio.

—Ya lo sé —contestó Zayne.

No me cabía en la cabeza cómo podía charlar con un demonio que le robaba el alma a la gente.

—Siento lo de la sala de estar. Está hecha un desastre. Estábamos haciendo un maratón de películas de Los Vengadores y nos construimos una especie de fuerte de almohadas en el proceso.

¿Un... fuerte de almohadas?

Abrí los ojos de par en par cuando un tío alto y de pelo oscuro entró en la habitación procedente de lo que supuse que sería la cocina. Iba vestido todo de negro: vaqueros negros y camiseta negra. Era muy probable que fuera incluso más alto que Zayne. Desde luego no tan ancho, pero sí más alto. Se encontraba demasiado lejos para poder distinguir sus facciones.

—¿Qué pasa, Rocosó?

¿Rocosó?

Miré a Zayne.

El aludido fulminó al demonio con la mirada.



Sin amilanarse ante el frío saludo, el chico pasó por detrás del sofá y luego se detuvo en seco cuando su mirada se posó en mí.

Ladeó la cabeza mientras daba un paso hacia mí y, de repente, lo tuve justo delante y pude ver sus facciones con claridad. Era... Era increíblemente atractivo, con facciones marcadas y angulosas y ojos de color dorado, como los de Cayman, luminosos y ligeramente curvados, lo que le proporcionaba un aspecto felino. Sus labios se separaron al realizar una inspiración brusca y audible.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Zayne mientras se apartaba de la pared.

El chico no respondió. Levantó el brazo como si estuviera en trance y extendió los dedos hacia mí.

—No me toques —protesté mientras me apartaba a un lado, me tambaleaba, y chocaba con Zayne.

Este me apretó contra él y en un instante quedé atrapada entre los dos, notaba en la espalda el calor que desprendía Zayne y lo mismo de parte del tipo que tenía delante.

—Recuerda lo que te dije. No va a hacerte daño —me aseguró Zayne—. No te mentí. Simplemente se está comportando más raro de lo normal.

—Esto se está poniendo extraño —comentó Cayman desde el sofá—. Y bastante sexi, algo que no me esperaba para nada.

Me lo quedé mirando.

—¿Qué? —El chico que tenía delante parpadeó y luego se miró la mano. En su cara se reflejó brevemente una expresión de sorpresa, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Su mano se curvó mientras bajaba el brazo—. Vaya.

—¿Vaya qué? —Zayne me hizo moverme y me situó un poco detrás de él—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Ya voy! —gritó una voz femenina, y oí que Zayne maldecía entre dientes—. Siento...

—Todo va bien —gritó el chico nuevo mientras se alejaba un paso de nosotros—. No entres aquí, Layla. Lo digo en serio. Dame unos segundos.

El estómago me dio un vuelco cuando a Zayne se le tensaron los músculos de la espalda.

—Mierda.

Eso tampoco me tranquilizó.

El demonio levantó la barbilla.

—¿Dónde la encontraste? ¿En una iglesia o algo así?

Empecé a fruncir el ceño. ¿Zayne solía encontrar a gente en iglesias?

—No. No la encontré en una iglesia. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Vale. Bueno, dondequiera que la encontraras, tienes que volver a dejarla allí, Rocosó.

—No soy un juguete —le espeté mientras me apartaba de Zayne—. Ni un objeto inanimado que se puede agarrar y volver a dejar en su sitio.

Aquellos feroces ojos color ámbar se posaron en mí.

—Oh, sé exactamente lo que eres.

Me quedé completamente rígida.

—¿Cómo? —exigió saber Zayne—. ¿Cómo sabes lo que es?

—No soy un simple demonio, Rocosó. —Su piel pareció volverse más fina y unas sombras oscuras brotaron debajo—. Soy Astaroth, Príncipe Heredero del Infierno, y lo sé.

## Veintidós

Por los clavos de Cristo, ¿Zayne me había llevado a ver al Príncipe Heredero del Infierno?

Pero ¿qué diablos...?

Mis dedos ansiaban sentir el peso de las dagas, pero, lo que era aún peor, podía sentir la gracia despertando en el centro de mi estómago. La reprimí, pero todavía seguía allí, exigía que la liberase.

—¿Eres un príncipe de verdad? —le pregunté.

El demonio inclinó la cabeza.

—Soy el Príncipe Heredero del Infierno.

Me volví hacia Zayne, boquiabierta.

—Cuando me soltaste la bomba de que íbamos a ver a unos demonios, se te olvidó mencionar que uno de ellos era el Príncipe Heredero.

—Lo siento, esperaba que Roth se guardara ese detallito —gruñó Zayne—. Pero es... así de singular.

—Y que lo digas —respondió Roth.

—Singularmente pesado —añadió Zayne y, cuando me volví de nuevo hacia Roth, lo vi hacer un mohín—. Es el Príncipe Heredero, pero no es... tan malo.

Roth inhaló bruscamente mientras se llevaba la mano al corazón.

—Rocoso, ¿acabas de hacerme un cumplido?

Zayne lo ignoró.

—No es un mal tipo —repitió.

—¿Otro cumplido? Oh, caray, me voy a poner colorado. Pero eso no cambia el hecho de que estoy muy muy disgustado contigo por haber traído eso a mi casa.

Zayne se colocó de repente delante de mí para ocultarme por completo.

—He venido a pedirte ayuda, Roth.

—¿Has traído eso a mi casa estando Layla aquí? —repitió Roth—. ¿Te has vuelto loco?

—Vale —intervino Cayman desde algún lugar detrás de ellos—. Tengo mucha curiosidad por saber qué está pasando aquí.

Zayne ignoró a Cayman mientras yo me asomaba por detrás de él.

—Ya sé lo que es... y ella también lo sabe, pero no supone una amenaza para ti. Hemos venido porque necesitamos tu ayuda.

—Muy bien, no voy a esperar más, porque estoy segura de estar escuchando la voz de Zayne y eso... —anunció la voz femenina, probablemente desde la cocina.

Roth gritó algo antes de desvanecerse delante de nosotros. Ahogué una exclamación cuando reapareció al otro lado del sofá al mismo tiempo que Zayne se quedaba tan rígido a mi lado que creí que se había transformado.

Levanté la mirada hacia él. Era como si un velo se hubiera deslizado sobre su cara. Si antes me había parecido desprovisto de emoción, me había equivocado. Ahora parecía una estatua. Seguí su mirada hasta una chica que ahora se encontraba cerca del extremo del sofá.

En cuanto la vi, no pude apartar la mirada. Era... preciosa de una manera irreal y etérea y, si no hubiera sabido lo que ambas éramos, habría pensado que ella era la Sangre Original. Con el largo pelo rubio platino y unos grandes ojos de color azul pálido, parecía llevar más sangre de ángel que yo, pero sabía lo que era aquella chica.

Era mitad demonio y mitad Guardiania, y no tenía ni una gota de sangre angelical.

—Zayne —dijo la chica, con una sonrisa en la cara—. Me... me alegro mucho de verte. Ha pasado demasiado tiempo.

—Sí. Mucho. —Su voz sonó áspera, de un modo extraño—. ¿Trinity? Esta es Layla. Nosotros..., eh..., crecimos juntos.

—¿Se llama Trinity? —Roth parecía haberse atragantado, pero lo ignoré mientras me concentraba en alguien que era tan poco común como yo.

Layla seguía mirando a Zayne, y tuve la sensación de que ni siquiera me había echado un vistazo todavía. Me recordó a una muñeca de porcelana, de esas que son bonitas, pero que también dan un poco de mal rollo y es posible que estén poseídas. Miré a Roth.

Lo que también me daba mal rollo era su forma de mirarme desde donde se encontraba, al lado de Layla. Me miraba como... como yo miraba un plato de patatas fritas con queso.

Estaba empezando a sentirme superincómoda.

Layla apartó por fin la mirada de Zayne y me miró. Su sonrisa vaciló y sus ojos azules se ensancharon.

—Joder —susurró.

Me quedé inmóvil.

—Eh...

—¿Qué ves? —le preguntó Roth a Layla mientras le colocaba una mano en el brazo.

Un momento. Podía creerme que el Príncipe Heredero del Infierno fuera capaz de sentir lo que era yo, pero ¿una mitad Guardiania y mitad demonio? Eso no tenía ningún sentido para mí.

—No lo sé —contestó Layla mientras rodeaba a Roth, pero él la agarró del brazo y no le permitió alejarse demasiado—. Nunca he visto nada igual.

Alcé bruscamente las cejas.

—Ojalá alguien me pusiera al corriente. —Cayman suspiró—. Me siento excluido.

—¿Por qué me has traído aquí? —le pregunté a Zayne.

—Esa es una pregunta increíblemente buena que yo llevo haciendo un rato —comentó Roth, sin soltar a Layla, y... y ahora era ella la que me miraba como si fuera un plato de patatas fritas con queso aderezadas con salsa.

—No deberían saber lo que soy. Pero esos dos me están mirando de una forma que me hace sentir muy incómoda.

—No deberían saberlo, pero Roth es... muy especial —dijo Zayne—. Por lo visto.

—¿Estás coqueteando conmigo, Rocosito?

—Sí, eso es lo que hago, Roth. —Zayne se volvió hacia mí y me dijo en voz baja, mientras me miraba a los ojos—: No creo que Layla sepa lo que eres, pero... —Le echó un vistazo a la chica—. Está viendo tu alma.

—¿Qué? —exclamé con voz aguda mientras los miraba. Ahora Layla estaba intentando liberarse del brazo de Roth—. ¿Estás completamente seguro de que son buena gente?

Zayne le lanzó una mirada de advertencia a Roth mientras contestaba:

—Sí. Puedes confiar en mí. Y puedes confiar en ellos.

—No sé yo. —Me volví hacia ellos—. Me están mirando como si quisieran comerme.

—Con suerte, dejarán de hacerlo —les aconsejó Zayne—. Ya mismo.

—Veo esa mirada —comentó Cayman—. Ahora la veo. Layla, tal vez quieras..., ya sabes..., controlarte un poco.

—¿Qué? —Layla parpadeó, miró a su alrededor y se puso colorada al darse cuenta de hasta dónde había estirado el brazo de Roth—. Oh, vaya. Lo siento.

—No pasa nada. —Roth la rodeó con los brazos y la acercó a él... como Ty solía abrazar a Jada. No entendí aquello, esa forma de abrazarla. No entendía nada de lo que estaba pasando—. Yo tuve la misma reacción.

Layla colocó las manos en el brazo de Roth. Seguía mirando a mi alrededor, viendo... ¿mi alma?

—¿Qué ves, Layla? —le preguntó Zayne.

—Veo... —Frotó una mano sobre el brazo de Roth—. Veo blanco puro... y negro puro.

Zayne me miró. Yo no tenía ni idea de qué significaba eso, pero él parecía sorprendido.

—Lo mejor de ambos mundos —murmuró Layla, y me estremecí—. ¿Qué es? —repitió, y lo preguntó de una manera que me recordó a un niño pidiendo algo de picar.

—Es una Sangre Original —respondió Roth, y sentí que me daba un vuelco el estómago. Sí que sabía lo que era—. Más conocidos como neofilim.

Layla se quedó boquiabierta.

—¡Me cago en la leche! —exclamó Cayman mientras se levantaba de golpe y saltaba por encima del sofá. En realidad, saltó hasta el otro lado.

Me sentí bastante orgullosa de esa reacción, teniendo en cuenta que los otros dos tenían pinta de querer pasar a un terreno mucho más íntimo.

Zayne sonrió con aire de suficiencia.

—Vaya, Cayman, creo que nunca te había visto moverte tan rápido.

—Pero ¿tú de qué vas, Zayne? Le dije que se sentara a mi lado. Justo a mi lado. Eso es muy rastrero —protestó Cayman mientras sacudía la cabeza—. Nunca había visto a un Sangre Original. Madre mía. —Retrocedió con los ojos muy abiertos—. No me va este tipo de vida.

—No... no voy a haceros daño —dije, y me sentí como una tía dura y un bicho raro a la vez—. Es decir, no quiero haceros daño. —Miré a Zayne, desconcertada por todo eso—. ¿Verdad?

Una comisura de sus labios se elevó.

—Verdad.

—Pero puedes —repuso Roth mientras apoyaba la barbilla sobre la cabeza de Layla—. Solo hay dos cosas en este mundo con las que ni siquiera yo quiero encontrarme cara a cara. Y ninguna de las dos es un Guardián.

Zayne suspiró.

—Y una de ellas es un Sangre Original —añadió Roth.

No pude evitar preguntar:

—¿Cuál es la otra?

La sonrisa de Roth me recordó al humo mientras me devolvía la mirada, lo que me hizo estremecer.

—Trinity no tiene ningún motivo para haceros daño —afirmó Zayne—. Así que no se lo deis, porque, si sabéis algo sobre los Sangre Original, entenderéis que no podré detenerla si la hacéis cabrear.

Roth apretó los labios.

—Y, aun así, la traes aquí, poniendo a Layla en peligro...

—Hemos venido a pedirte ayuda...

—Me gusta cuando me necesitas, Rocosó —dijo Roth con una amplia sonrisa.

—Dios, cómo te odio —refunfuñó Zayne.

—¡Oye! Es la primera vez que usas mi nombre.

Zayne puso los ojos en blanco.

—En fin, hemos venido porque confío en que podáis pasar por alto el hecho de que es en parte ángel, sobre todo si ella va a pasar por alto el hecho de que todos vosotros sois demonios. —La voz de Zayne se endureció—. Así que, por favor, ¿podemos volver a centrarnos?

Nadie habló, así que levanté la mano.

—Tengo una pregunta.

—¿Qué? —Zayne dejó escapar otro suspiro que me recordó tanto a Misha que me provocó una punzada de dolor en el pecho.

Miré a Layla.

—¿Cómo es que puedes ver las almas?

Layla miró brevemente a Roth antes de contestar.

—¿Sabes lo que soy?

—¿Mitad Guardian y mitad demonio?

—Vale. ¿Sabes quién era mi madre? Aunque «madre» no sea la palabra más adecuada para describirla.

—¿Lilith? —dije al recordar lo que me había contado Misha. Noté que Zayne daba un respingo de sorpresa, pero lo ignoré—. ¿Tu madre es Lilith?

—Sí, y los dones de mi madre se manifestaron de manera diferente en mí debido a mi sangre de Guardian —me explicó mientras frotaba todavía los brazos de Roth con sus pequeñas manos—. Puedo ver las almas. Son como auras para mí. Las almas blancas son las más puras: los Guardianes, los ángeles y los humanos sin pecado tienen almas puras. —Hizo una pausa mientras su mirada revoloteaba a mi alrededor—. Tú tienes un alma pura y...

—¿Y qué? —Entrecerré los ojos y deseé poder ver lo mismo que ella.

—No lo sé. Nunca he visto un alma tan oscura. —Me quedé atónita—. A ver, como los demonios no tienen alma, no hay nada ahí.

Roth hizo un mohín detrás de ella.

—Y los humanos realmente malos, realmente malvados, tienen almas muy oscuras, pero ¿de un negro puro? ¿Negro puro y blanco puro? —En su cara se reflejó una expresión de asombro—. Supongo que se debe a lo que eres, y por eso nunca he visto nada igual.

—Pero ¿por qué sería negra también? —le pregunté—. Es decir, si cuanto más oscura es el alma, más malvada es la persona...

—Yo puedo responder a eso por ti —ofreció Roth con amabilidad—. Probablemente estés pagando por los pecados de tu padre. Después de todo, no creo que los ángeles tengan permitido tirarse a humanas.

—Qué va —murmuró Cayman.

—Durante mucho tiempo sí —señalé—. Solía haber miles de los míos.

—¿Y cuántos cientos de años hace de eso? Las cosas han cambiado desde entonces. La procreación entre ángeles y humanas ha sido prohibida —respondió Roth.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Zayne.

—Soy un demonio. Soy el Príncipe Heredero. Sé qué está prohibido y qué no. —Sonrió con petulancia—. Lo que me hace preguntarme por qué un ángel rompería esa norma fundamental, te crearía y te dejaría vivir.

Alcé una ceja al oír la parte de «te dejaría vivir».

—Y también plantea la pregunta de quién es tu padre —añadió Roth.

—¿Tienes otras habilidades como tu madre? —le pregunté a Layla, e ignoré la pregunta de Roth—. Por ejemplo, ¿puedes arrebatarse almas?

—Sí, pero no lo hago —contestó y, al mirarme a los ojos, fue evidente que vio la duda en ellos—. Quiero decir que intento no hacerlo. He tenido algunos tropiezos en el pasado... —Le echó un vistazo a Zayne, y lo supe en el fondo de mi ser. Misha tenía razón cuando me dijo que a Zayne le faltaba una parte de su alma. Y supe que había sido Layla quien se la había arrebatado—. Pero intento por todos los medios no hacerlo.

—Y casi siempre lo consigue. —Roth le depositó un beso en la coronilla—. E, incluso cuando no lo logra, sigue siendo perfecta.

Una suave sonrisa tiró de los labios de Layla mientras echaba la cabeza hacia atrás. El beso que le dio Roth fue suave y rápido, pero, aun así, me dejó pasmada. Me desconcertó el afecto, el evidente amor que había entre ellos. Estaba muy confundida.

Nunca me habían enseñado que los demonios podían... amar. Sí, podían experimentar la lujuria, pero ¿el amor? Todas las clases a las que había asistido daban a entender que eran incapaces de sentir una emoción tan humana.

Los ángeles, los de sangre pura, no podían amar como los humanos. Joder, al principio ni siquiera los Guardianes podían experimentar el amor. Habían aprendido a amar al relacionarse con los humanos. A lo largo de cientos de años, se convirtió en un comportamiento aprendido. ¿Les había pasado lo mismo a los demonios?

Miré a Zayne. Permanecía callado y tenso mientras los observaba a través de sus densas pestañas, que mantenía bajadas.

Transcurrió un largo momento y luego el príncipe demonio condujo a Layla al sofá y tiró de ella para que se sentara a su lado.

—Siéntate, Trinity. Al parecer, tenemos que charlar.

No me apetecía sentarme.

Zayne me dio un empujoncito suave.

—Adelante.

Resistiendo el impulso de protestar, fui hacia el sofá arrastrando los pies y me senté mientras Cayman dejaba de dar la impresión de intentar fundirse con la pared. En cambio, parecía sentir curiosidad otra vez.

Roth se inclinó hacia delante. Su mirada iba de mi a Zayne.

—Bueno, «Trinidad», que podría ser o no ser santa, ¿cómo conociste a Rocoso? Me muero por oír la historia.

—Yo también —murmuró Layla.

Miré a Zayne. Había bajado la barbilla y tenía pinta de estar a punto de arrancar la librería de la pared y lanzársela a Roth a la cabeza.

—Cómo nos conocimos no importa en este momento —dijo Zayne con la voz tensa por la impaciencia.

—En realidad, yo creo que sí que importa. Quiero saber cómo os conocisteis —intervino Layla, que desvió la mirada hacia mí.

Realicé una inspiración corta.

—Pues... vino a la comunidad en la que vivo.

—¿Vives en una comunidad? ¿En una comunidad de Guardianes? —El tono de Layla se tiñó de sorpresa.

—En la sede regional —contesté, sin dar más detalles, pero ella pareció entender lo que significaba.

Sus ojos se volvieron aún más grandes.

—¿Y cuánto tiempo llevas viviendo allí?

—Desde que era pequeña. Desde los siete u ocho años —admití. No estaba segura de qué podía contar que no supusiera traicionar al clan que me había protegido—. Estaba... escondida allí. Muy pocos sabían lo que soy.

—Qué interesante —murmuró Roth de una forma que me indicó que pensaba justo lo contrario—. Pero me interesa más saber por qué Zayne necesita nuestra ayuda.

—La comunidad fue atacada anoche y alguien... cercano a Trinity fue capturado por un demonio al que reconocí. Uno de Nivel Superior que he visto en D.C. —explicó Zayne—. Necesitamos encontrarlo, y es muy posible que el demonio volviera aquí.

Roth se recostó y apoyó un tobillo en la rodilla opuesta.

—¿Y esa persona cercana a Trinity es un Guardián?

—Sí —contesté.

—¿Por qué creéis que esa persona sigue viva? —preguntó Roth mientras tiraba del pelo de Layla—. A excepción de las guapas mitad Guardianas, los demonios no suelen mantener vivos a sus cautivos.

—Sé que está vivo. Es mi Protector vinculado. Yo lo sabría si estuviera muerto, y no lo está.

—¿Protector vinculado? —musitó Layla para sí.

—Entonces, ¿es cierto? —Roth meneó el pie—. ¿Los Sangre Original estaban vinculados a Guardianes?

Asentí con la cabeza.

—Y, si todavía está vivo, probablemente haya una razón —sugirió Cayman, que se colocó detrás de Roth y Layla—. Y no es una buena razón. Van a...

—Usarlo para obtener información sobre la comunidad o hacerme salir de mi escondite si saben qué es él y qué soy yo —lo interrumpí—. Ya lo sé, pero no estamos seguros de si este demonio sabe lo que soy.

—Si entró en una comunidad de Guardianes y solo se llevó a tu Protector, creo que podemos asumir casi con total seguridad que lo sabe —apuntó Cayman.

Roth levantó una mano.

—Ya que estamos haciendo lo de levantar las manos... —Me guiñó un ojo—. Tengo una pregunta. ¿Cómo consiguió un demonio entrar en esa comunidad y logró escapar con vida y con un Guardián... que encima es un Protector vinculado?

Buena pregunta. Zayne se hizo cargo de explicar lo que había ocurrido, incluido el ataque anterior de los demonios Feroces, los humanos con aquellas máscaras espeluznantes y los Trepadores Nocturnos. Lo único que omitió fue el hecho de que Clay me atacara.

Mientras Zayne hablaba, todavía apoyado contra la pared y con los brazos cruzados, me di cuenta de que, aunque estaba en la habitación, no quería formar parte de ese grupo.

—Si había humanos trabajando con este demonio, es muy posible que estén poseídos —opinó Layla, que miró a Zayne—. Ya lo hemos visto antes. Un demonio con talento para la posesión puede crear un pequeño ejército.

No me había planteado esa idea y ahora me sentía tonta por no pensar en ello.

—¿Qué más sabéis? —inquirió Roth.

—También atacaron a Trinity mientras yo estaba en la comunidad —respondió Zayne.

Bueno, ahí acababa lo de no contar eso.

La mirada de Roth se volvió más penetrante.

—Más detalles, por favor. Eso también podría ser información útil.

—¿Un Guardián te atacó? —me preguntó Layla, que parpadeó deprisa.

Asentí.

—¿Y qué le pasó a ese Guardián?

—Está muerto —contesté mientras reprimía un estremecimiento—. Lo maté.

—Buena chica —dijo Roth mientras me lanzaba una sonrisa de aprobación.

Un escalofrío me recorrió la piel mientras lo miraba. Dios mío, qué sonrisa tan inquietante.

—El ataque anterior tiene que estar relacionado, porque el Guardián que fue a por Trinity llevaba el mismo tipo de máscara que usaron los humanos durante la invasión —explicó Zayne. Hizo una pausa—. Hay algo más.

—¿Qué? —preguntó Layla.

Zayne me miró y tardé un momento en comprender a qué se refería. Se me tensaron los músculos.

—No está relacionado con eso —le aseguré—. En absoluto.

—¿El qué? —insistió Layla.

Apreté los labios y negué con la cabeza. Jamás de los jamases había esperado tener que explicarles a unos demonios lo que le había pasado a mi madre, pero ahí estaba.

—Mi madre fue asesinada hace aproximadamente un año por un Guardián en el que confiábamos.

—Ay, Dios mío. —Layla apretó la mano contra el centro de la camiseta negra que llevaba—. Lo siento mucho.



—Gracias —murmuré mientras entrelazaba las manos sobre las rodillas.

—¿Y por qué estás segura de que eso no está relacionado? —me preguntó Zayne en voz baja.

—Porque el Guardián que mató a mi madre intentaba matarme a mí, porque creía... creía que yo era una abominación —dije, y me miré los dedos—. Que suponía una amenaza contra los Guardianes, más que cualquier demonio. Nos pilló desprevenidas, y mi madre... fue muy valiente. Se interpuso entre nosotros y eso... Sí, eso fue todo.

—Dios mío —murmuró Zayne.

—Ya, así que no tiene que ver con eso. —Realicé una inspiración entrecortada y levanté la mirada hacia los demonios que tenía enfrente—. Misha es más que mi Protector. Es como un hermano para mí. Crecimos juntos y, aunque nos sacamos de quicio el uno al otro, no sé qué será de mí si le pasa algo.

Una sonrisa triste apareció en los labios de Layla mientras su mirada pasaba de mí a Zayne.

—Sé lo que se siente.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que estaba hablando de Zayne. Era evidente que esos dos habían tenido una pelea épica. ¿Se habían peleado porque ella le había arrebatado una parte de su alma? Eso sería motivo suficiente. ¿O se trataba de algo más? Miré a Roth. ¿Tuvo que ver con él?

—Ya veo —dijo Roth, y no tuve ni idea de qué era lo que veía. Miró por encima del hombro en dirección a Cayman—. ¿Sabéis por casualidad quien es ese demonio?

—Bael —respondió Zayne.

—Joder —masculló Roth, y Layla pareció ponerse pálida—. ¿Ha vuelto a la ciudad?

—Bueno, eso creo. Estuvo un tiempo dando vueltas por la ciudad, y fue él sin lugar a dudas quien se llevó a Misha.

—¿Conoces a Bael? —le pregunté.

—Sí, por supuesto. Todos los demonios somos amigos en Facebook. —Entrecerré los ojos y él sonrió de oreja a oreja—. Lo conozco, y no me cae bien.

—El sentimiento es mutuo —añadió Cayman—. Bael siempre ha estado celoso de Roth.

—Porque tengo mejor pelo —explicó el príncipe demonio.

Empecé a fruncir el ceño.

—En realidad, porque Roth siempre ha sido el favorito del Jefe —aclaró Cayman. Tuve la inquietante sospecha de que el Jefe era Lucifer, y no supe qué decir al respecto—. Bueno, era el favorito del Jefe. Ya no tanto.

Roth asintió despacio.

—Eso es cierto, pero, si tenéis razón y Bael tiene a tu Protector, la cosa no pinta bien.

—Ya me había dado cuenta —repuse.

Él se inclinó hacia delante.

—No, me parece que no te das cuenta, Trinity. Bael no es un simple demonio de Nivel Superior con una vena mezquina y celosa. Solo sale a jugar cuando la recompensa es grande. No se llevaría a un Guardián simplemente para echarse unas risas. Se llevó a tu Guardián, y, si te quedaba alguna duda de que no sabe lo que eres, lo que es tu Guardián, bórrala ya. Se lo llevó para llegar hasta ti, lo que significa que deberías cortar por lo sano y largarte lo más lejos que puedas de aquí.

Ahugué una exclamación aguda.

—¿Cortar por lo sano? No puedo hacer eso. No pienso hacer eso.

Roth ladeó la cabeza.

—¿Qué crees que pasará si Bael te pone las manos encima?

—Sé que pasará exactamente —le espeté—. Que lo mataré.

Él apretó la mandíbula mientras continuaba mirándome fijamente y luego se echó hacia atrás. Echó un vistazo por encima del hombro.

—A ver qué puedes averiguar sobre Bael.

—Por supuesto. —Cayman se giró de nuevo hacia Zayne—. Siempre es un placer verte. —Luego me miró—. Me das miedo.

Y entonces Cayman se desvaneció.

Roth dijo:

—Dadle un par de días...

—¿Un par de días? —Me quedé sin aliento y me eché rápidamente hacia delante—. Puede que Misha no tenga un par de días.

—Puede ser —contestó Roth—. Pero intentemos mantener una actitud positiva. Tenemos que usar la cabeza. Los demonios como Bael no son estúpidos. Si empezamos a arrasar cada rincón oscuro de esta ciudad, todo el que sepa algo desaparecerá del mapa.

Apreté los labios y sacudí la cabeza mientras luchaba contra la creciente frustración.

—Descubriremos dónde está tu Protector —afirmó Roto—. Soy como *El equipo A*.

—Claro, si la «A» es de «anormal» —comentó Zayne, lo que me hizo abrir los ojos de par en par.

—La verdad es que eso ha sido bastante gracioso. —Roth soltó una carcajada mientras se levantaba y se acercaba a donde estaba la masa de galleta. Se la entregó a Layla y luego se situó delante del fuerte.

Todavía quedaba una gran pregunta.

—¿Por qué estás dispuesto a ayudarme?

—Porque siempre había querido que un Sangre Original me debiera un favor —contestó con una sonrisa.

Me estremecí al pensar que quizá no me hiciera falta saber el motivo.

—Y porque te ha traído Zayne —añadió Layla—. Eso me indica que eres importante para él.

Abrí la boca, pero no supe qué responder a eso. Al mirar a Zayne de reojo, no pude descifrar su expresión.

—Me está ayudando porque prometí ayudar a su clan —dije mientras observaba a Zayne. Seguía sin reaccionar.

—¿Ayudarlos con qué? —preguntó Layla mientras partía un trozo de masa.

—Ya sabes que hay algo en esta ciudad que está matando a Guardianes y a demonios de Nivel Superior —respondió Zayne después de un momento—. Sea lo que sea, es poderoso, pero dudo que sea tan poderoso como una Sangre Original.

Me invadió una extraña sensación de decepción. Había sido yo quien había sugerido que solo me estaba ayudando debido al trato que habíamos hecho, pero... quería que él lo negara y dijera que era porque éramos amigos.

Pero no estaba segura de que fuéramos amigos.

—¿Podemos hablar? —preguntó Layla, y miró a Zayne—. ¿Solo un momento?

—Ahora no me viene bien —se apresuró él a contestar—. Tenemos que irnos.

—Solo serán un par de minutos. Eso es todo.

—De verdad que no tengo tiempo.

Layla se inclinó hacia delante y abrió la boca, la cerró y luego volvió a intentarlo.

—Hacía meses que no te veía, Zayne. Meses. Te he llamado y te he mandado mensajes y no me has respondido, y luego te presentas aquí, sin avisar, con esto.

«¿Con esto?» Las comisuras de mis labios empezaron a inclinarse hacia abajo. Su forma de decirlo me hizo sentir como si yo fuera una ETS, de esas de las que no puedes librarte.

—Layla... —empezó a decir Roth.

—No —lo cortó ella, y lo señaló con el paquete de masa de galletas.

Roth levantó las manos en un rápido gesto de rendición.

Layla se puso de pie bruscamente y luego se volvió hacia Zayne.

—Vi a Dez hace un par de semanas. ¿Lo sabías?

Zayne no respondió, pero incluso yo pude ver el músculo que le palpitaba en la mandíbula como si fuera el mecanismo de una bomba de relojería.

—¿Y sabes qué me dijo Dez? —despotricó Layla mientras se le sonrojaban las mejillas—. Que te has mudado. ¡Solo! Ningún miembro de un clan hace eso y sobrevive... —Se interrumpió, respiró hondo y soltó un gruñido de exasperación—. ¿Por qué te mudaste?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? ¿Te presentas aquí después de meses de silencio con una nefilim, después de enterarme de que te has mudado, y luego me dices que «no es asunto mío»? Pero ¿tú quién eres?

—Evidentemente, no quien creías que era —le espetó Zayne—. ¿Eso responde a tu pregunta?

Layla se puso rígida y bajó el tubo de masa de galletas. Una mezcla de dolor y rabia se reflejó en su cara. Luego se giró bruscamente hacia mí con el paquete de masa de galletas en la mano y supe que lo que fuera que estaba a punto de salir de su boca no iba a ser agradable.

Estaba harta de morderme la lengua.

—Vale. No sé qué está pasando aquí y, para ser sincera, me importa un bledo. En serio. ¡Un demonio se ha llevado a mi mejor amigo, y es posible que lo estén torturando mientras nosotros estamos aquí sentados gritándonos unos a otros por unas llamadas sin devolver!

Layla cerró la boca de golpe.

Había cogido carrerilla y no me iba a detener.

—Y, por si eso fuera poco, me criaron para creer que los demonios eran malvados, sin puntos intermedios, y aquí estoy, con el Príncipe Heredero del Infierno, que construye fuertes de almohadas como si eso fuera lo más normal...

—Para mí es normal —murmuró Roth—. Me gustan los fuertes de almohadas.

Hice caso omiso de eso.

—¡Y estoy sentada frente a una mitad Guardiania y mitad demonio que se ha comido como diez kilos de masa de galletas en diez segundos! Entiendo que tenéis problemas que resolver, pero no son más importantes que lo que podría estar pasándole a Misha. Necesito encontrarlo antes de que lo maten.

—¿Y si no lo encuentras a tiempo? —me preguntó Roth, y se hizo el silencio en la habitación.

—¿Si está muerto? —Se me rompió el corazón y no pude pensar en eso—. Entonces, lo asumiré.

—Hay cosas peores que estar muerto, Trinity.

Un escalofrío me recorrió la piel cuando mi mirada se encontró con aquellos ojos de color ámbar.

—Tendré que confiar en tu palabra sobre eso.

—Deberías hacerlo. —Roth cruzó los brazos—. Creo que es hora de que os vayáis. Estaremos en contacto. —Fulminó a Zayne con la mirada—. Y, la próxima vez que te llamemos, procura contestar el teléfono.

## Veintitrés

—Bueno, qué divertido, ¿verdad? Estoy deseando repetir —dije cuando Zayne se situó al volante del Impala.

Esperé hasta que cerró la puerta y luego me incliné y le pegué un puñetazo en el brazo.

—Ay. —Me miró con los ojos muy abiertos—. ¿A qué ha venido eso?

—Eso ha sido por no avisarme de que íbamos a ver al maldito Príncipe Heredero del Infierno. Le di otro puñetazo.

Se apartó de mí mientras se frotaba el brazo.

—¿Y eso?

—Eso ha sido por ser un gilipollas con Layla.

Eché el brazo hacia atrás una vez más. La mano de Zayne salió disparada y me atrapó el puño.

—No está bien pegar a la gente. Y no fui un gilipollas con ella.

—Claro que sí.

Intenté liberar la mano, pero él no me soltó.

—Mírate. Te reúnes una vez con demonios y ahora los defiendes.

Zayne bajó mi mano hacia el espacio que había entre nosotros.

—No los estoy defendiendo. —Sí que lo hacía—. ¿Qué diablos pasa entre vosotros dos?

Los pálidos ojos de Zayne se encontraron con los míos.

—¿No vas a volver a pegarme si te suelto? Soy frágil. Resoplé.

—No volveré a pegarte.

Me soltó y luego hizo girar la llave en el contacto. El motor arrancó con un rugido sordo.

—¿Y bien? —le pregunté.

Zayne suspiró mientras ponía en marcha el Impala.

—Las cosas con Layla son... complicadas, y eso es todo lo que puedo decir al respecto.

—Eso no me dice mucho más de lo que ya sé.

Cuando no respondió, la irritación aumentó y, por debajo de ella, noté una punzada de decepción en el pecho. ¿Por qué no quería contarme qué había pasado entre ellos? Había un muro enorme alrededor de Zayne hecho de granito y terquedad.

Se mantuvo callado mientras conducía. El sol se había puesto, así que me saqué las gafas de encima de la cabeza y las coloqué en la visera.

—¿Crees que van a ayudarnos? —le pregunté para centrarme en cosas importantes que no fueran sus problemas personales.

—Sí, nos ayudarán. —Mantuvo una mano en el volante y apoyó el brazo derecho en el respaldo de nuestros asientos—. Si alguien puede encontrar información sobre dónde se esconde Bael o qué está planeando, es Cayman.

Pensé en el demonio con el mono corto.

—Parecía tenerme mucho miedo.

—Sí. —Zayne soltó una risita—. Así es.

Era algo raro de lo que reírse, pero sonreí.

—Entonces, ¿hace tratos?

Zayne asintió con la cabeza.

—No va en busca de humanos. Ellos suelen encontrar el camino hasta él, al querer o necesitar algo por lo que renunciarían a cualquier cosa, incluso a su alma. Lo más retorcido es que la mayoría de los humanos quieren cosas completamente intrascendentes. Renuncian a una parte de su alma por un ascenso o por estar con alguien que probablemente ni siquiera los merece.

—¿Solo una parte? Creía que renunciaban a toda su alma.

—No, solo a una pequeña parte.

—Y... ¿eso te parece bien?

—Creo que, cuando los humanos ejercen su libre albedrío y ponen en peligro dónde terminarán cuando mueran, la culpa es suya. Hacemos todo lo posible para mantenerlos a salvo de los demonios que infringen las normas, y sabes que hay normas. Debe haber un equilibrio entre el bien y el mal —dijo mientras nos acercábamos al puente que Levaba a la ciudad—. Cayman cumple esas normas.

Yo sabía que había normas y que el equilibrio entre el bien y el mal derivaba del concepto de libre albedrío.

—No sé qué pensar de todo eso —admití mientras miraba su perfil, envuelto en sombras.

Zayne se mantuvo en silencio un buen rato.

—¿Sabes?, yo fui como tú durante..., joder, toda mi vida. Veía las cosas en blanco y negro. Sin tonos grises..., salvo por Layla. —Mantuvo la vista al frente mientras hablaba—. Solía pensar que su parte de Guardianas contrarrestaba la parte de ella que era un demonio. Incluso se lo decía, cuando era más joven y acudía a mí preocupada por lo que era, disgustada porque el clan nunca la aceptaría o preguntándose si le pasaba algo malo. Yo siempre recalcabá que era en parte Guardianas y que eso era lo único que importaba. Me equivocaba.

Mantuve la boca cerrada y lo escuchó, pues supe instintivamente que no hablaba mucho de esto.

—Debería haberle dicho que aceptara su parte de demonio, y yo también debería haberla aceptado, porque lo que Layla me demostró..., lo que comprendí muy tarde... fue que lo que eres al nacer no define en quién te conviertes. —Apretó la mandíbula—. Hasta hoy, ¿sabías que los demonios podían amar?

—No —susurré—. No lo sabía.

—Ya, bueno, yo no lo supe hasta que conocí a Roth. Es uno de los demonios más poderosos con los que podrías cruzarte, y sigue siendo letal cuando lo provocan. Pero el hecho de que sea capaz de sentir la clase de amor que siente por Layla me indica que, a fin de cuentas, lo que nos han enseñado no es necesariamente la verdad.

Jugueteé con la correa de mi cinturón de seguridad, todavía sin tener ni idea de qué decir. Mostrarme de acuerdo con él también iba en contra de todo lo que me habían enseñado, pero tenía razón acerca de que Roth amaba a Layla. Lo había visto con mis propios ojos, lo había oído en su forma de hablarle.

¿Y si estuviéramos inherentemente equivocados acerca de algunos demonios? Y, en ese caso, ¿cómo podríamos empezar a descifrar siquiera cómo proceder con ellos? ¿Algunos solo intentaban sacarle el máximo provecho a su vida, y se suponía que los Guardianes simplemente debían ignorarlos? ¿Cómo podrían diferenciarlos los Guardianes?

Zayne pareció leerme la mente.

—No hay muchos demonios como los que acabas de conocer, y es bastante fácil diferenciarlos.

—¿Cómo?

—Por lo general, puedes basarte en un simple hecho. —Me dedicó una amplia sonrisa—. No intentan matarte en el acto.

Zayne y yo estábamos patrullando y eso implicaba... caminar mucho.

Caminar un montón.

Y eso no era precisamente fácil con mi vista. Deseé que estuviera anocheciendo, ya que era el momento del día en el que podía ver mejor. En ese caso, hasta podría examinar la ciudad. Las aceras estaban lo bastante iluminadas como para poder caminar sin tropezar, pero mi percepción de la profundidad era mala y me costaba mucho no chocarme con la gente mientras intentaba descifrar si todas las personas que veía en las concurridas aceras estaban vivas o si algunas estaban muertas, o eran demonios.

Habíamos regresado al piso de Zayne, comimos algo rápido en un restaurante que había calle abajo y luego cumplí mi parte del trato.

Patrullé con él para buscar al misterioso ser que estaba matando a Guardianes y a demonios por igual.

Llevábamos con ello unas dos horas como mínimo y, de momento, lo único que habíamos visto era un puñado de Esbirros que se largaron pitando en la dirección opuesta en cuanto vieron a Zayne.

—¿Eso es normal? —le pregunté mientras nos acercábamos a una entrada de metro—. ¿Que los Esbirros salgan huyendo en cuanto te ven?

—Sí. Nunca se enfrentan.

Zayne empezó a bajar los escalones del metro. El corazón me dio un vuelco. Odiaba bajar escalones con poca luz. Me agarré del pasamanos y avancé con cautela.

—Los dejo en paz. Algunos de los otros Guardianes no lo hacen, pero, como te dije antes, son relativamente inofensivos.

Una parte de mí se sintió aliviada al oír eso, porque muchos de los Esbirros que había visto esa noche parecían jóvenes, adolescentes, y no estaba segura de si esa era su verdadera edad o no.

—Tengo otra pregunta —le dije cuando conseguí bajar los escalones sin matarme y llegamos al frío y húmedo andén, que olía a moho.

—Cómo no —suspiró.

Llevaba acribillándolo a preguntas toda la noche, y sabía que estaba siendo muy pesada, pero ahora tenía una pregunta más seria que hacerle.

—Entonces, ¿el mudarte y ser independiente tiene que ver con Layla?

Zayne se adelantó.

—¿Por qué te interesa?

—Porque sí. —Me apresuré a alcanzarlo—. Y porque el hecho de que vivas solo es raro y, oye, si hubieras contestado a esa pregunta antes, no seguiría haciéndotela.

Exhaló con fuerza mientras se detenía bajo el resplandor de una luz fluorescente.

—Solo necesitaba espacio, Trinity. Después de la muerte de mi padre, y después de lo que pasó con... con Layla, rechacé hacerme cargo del clan, porque necesitaba espacio para mí.

Durante un momento, me quedé asombrada de que al fin estuviera respondiendo a la pregunta.

—¿Qué pasó con Layla?

Apartó la mirada.

—Es una historia larga y complicada, pero, en resumen, el clan se volvió contra ella. No todos, pero los suficientes. Después de verla crecer desde que era una niña hasta convertirse en una joven, de saber lo que era y no era capaz de hacer, asumieron lo peor de ella y casi la mataron. Mi padre encabezó el ataque contra ella —añadió, y sentí que se me revolvía el estómago—. Y fue culpa mía.

—¿Por qué fue culpa tuya? ¿Qué...? —Me interrumpí, entrecerré los ojos y observé el espacio detrás de Zayne—. Eh... Puede que los ojos me estén engañando, pero...

Nos encontrábamos como a un metro y medio de la escalera y el espacio oscuro entre nosotros y los escalones estaba... titilando y vibrando. El aliento que había estado conteniendo salió bruscamente y formó vaporosas nubecitas blancas. Un viento gélido surcó el túnel a toda velocidad y me echó el pelo hacia atrás.

—Pero ¿qué diablos...? —murmuré.

Zayne se giró y me hizo retroceder.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa? —le pregunté mientras me asomaba por detrás de él, y entonces aquel zumbido bajo de advertencia me presionó la base del cuello.

La masa adquirió forma en cuestión de segundos. Era una criatura parecida a un hombre, de más de dos metros de altura. Sus músculos se tensaban bajo la brillante piel de color ónice. Dos gruesos cuernos le sobresalían de la parte superior de la cabeza y se curvaban hacia dentro. Las puntas eran afiladas y no me cabía ninguna duda de que, si esa criatura le daba un cabezazo a alguien, lo empalaría.

Unas pupilas con la misma forma que las de un felino eran visibles en medio de unos iris del color de la sangre. Entonces, la criatura sonrió y mostró dos colmillos que parecían muy afilados.

Un Sicario Infernal.

Estas criaturas, que habían sido creadas por medio de dolor y sufrimiento, no caminaban sobre la faz de la Tierra. Había leído acerca de ellos en uno de los enormes libros que Misha y yo habíamos estudiado. Moraban en las entrañas del Infierno, donde torturaban las almas de los condenados. Tenían prohibido subir a la superficie y, sin embargo, había uno plantado delante de los escalones que conducían al mundo... adonde la gente paseaba tranquilamente.

Pero eso no era lo más perturbador.



—Está desnudo. Muy desnudo —dije mientras me llevaba las manos a las dagas.

—Ya lo veo.

—No puedo quitarme esa imagen de la mente, Zayne. Está superdesnudo. —Sacudí la cabeza —. No puedo concentrarme. Ay, Dios mío. Lo tiene todo ahí colgando, a la vista.

—¿Podrías hacerme el favor de dejar de comentarlo?

—Pero ¿por qué está desnudo? ¿No hay ropa en el Infierno?

Me pareció que era una pregunta válida.

—Tal vez quería impresionarte.

Sentí arcadas.

—Voy a vomitar.

—Intenta no hacerlo encima de mí.

Entonces, Zayne se lanzó hacia delante y se transformó mientras corría hacia el Sicario Infernal. Ya había adquirido por completo la forma de Guardián cuando se estrelló contra la criatura. El Sicario Infernal rugió y lo lanzó a un lado. Zayne chocó contra la pared con un gruñido. Trozos de cemento se desprendieron con el impacto.

Solté una maldición y empecé a avanzar hacia Zayne, que se estaba poniendo en pie. Aliviada al ver que estaba bien, me giré hacia el Sicario Infernal.

La adrenalina me agudizó los sentidos mientras el ser me miraba. Ladeó la cabeza y olfateó el aire a través de unos orificios nasales parecidos a los de un toro. Ignorando el hecho de que estaba completamente desnudo, eché el brazo hacia atrás y me dispuse a lanzar una de las dagas y entonces el Sicario Infernal simplemente desapareció. Un segundo después, sentí su aliento en el cuello. Me di la vuelta. Dos agujeros comenzaron a sangrar cuando las garras de Zayne le atravesaron el abdomen musculoso.

Ataqué al Sicario Infernal con mi daga de hierro, pero se desvaneció y reapareció a mi izquierda, aproximadamente a un metro. Me agaché y fui a por sus piernas mientras hacía una mueca de asco porque, sí, estaba desnudo. Antes de que mi patada pudiera impactar, la criatura desapareció de nuevo.

—¡Joder! —grité, enfadada.

El sonido de su risita profunda y gutural me alertó de dónde se encontraba ahora mi oponente. Me puse en pie de un salto y apunté con la daga hacia su vientre...

Moviéndose a una velocidad alarmante, la criatura me atrapó el brazo y luego me rodeó el cuello con la mano y me levantó del suelo. Su cuerpo vibró y entonces apareció un hombre delante de mí, casi demasiado hermoso para mirarlo. Los cuernos seguían presentes, al igual que los colmillos, pero aquel hombre parecía haber salido de un calendario de tíos buenos desnudos.

Tíos buenos desnudos con cuernos.

La criatura olfateó de nuevo el aire y gruñó.

—Dijo que sería fácil encontrarte. Pero no pensé que iba a ser tan fácil.

—¿Quién? —pregunté con voz ahogada.

El Sicario Infernal de pelo oscuro sonrió y mostró unos colmillos que no tenían nada de humanos mientras tiraba de mí hacia delante, hacia su boca.

—El que está haciendo sangrar a tu Protector.

La furia estalló en mi interior. La gracia me ardió en las venas, pero la contuve. A pesar de que ya sabían qué era yo, no me convenía anunciárselo a cualquier otro demonio que hubiera por

los alrededores. Agarré sus muñecas carnosas, levanté las piernas y usé su pecho a modo de trampolín. El movimiento hizo que la criatura me soltara. Rodé al caer y me volví a poner en pie de un salto.

Zayne cruzó el andén a la carrera y saltó por encima de la barandilla. Golpeó al aturdido Sicario Infernal en la espalda y lo derribó. Ambos cayeron al duro suelo de cemento y rodaron, de modo que se acercaron peligrosamente al borde del andén y a las vías que había abajo.

—¡No lo mates! —grité—. ¡Tiene información sobre Misha!

—No prometo nada —contestó Zayne mientras le asestaba un puñetazo en la mandíbula.

Durante un momento, me quedé un tanto fascinada por la brutalidad que se reflejó en el impresionante rostro de Zayne cuando echó el brazo hacia atrás para lanzar otro puñetazo. Tal vez se debió a que esa era la primera vez que estaba ahí fuera, peleando así. Misha y yo nos habíamos entrenado para este día, pero, aparte de los demonios Feroces y del ataque cuando lo capturaron, yo nunca había experimentado esto.

El Sicario Infernal se esfumó y Zayne cayó al suelo, aunque logró evitar darse de bruces contra el cemento. La criatura reapareció encima de él, lo agarró por el pescuezo y lo levantó. Zayne arqueó la espalda y balanceó las piernas hacia atrás para rodear a su oponente por la cintura mientras usaba ambos brazos para liberarse. Se inclinó hacia abajo y plantó ambas manos en el suelo sucio. Aprovechando el impulso y el peso del Sicario Infernal, lanzó a la criatura de cabeza.

Noté un aliento gélido en el cuello desnudo. Giré sobre mis talones y me encontré cara a cara con otro Sicario Infernal.

Ese tenía la piel roja como las brasas. La criatura brilló y se transformó en otro hombre de una belleza inhumana... que también estaba superdesnudo.

—¡Agárrala! —gritó el primer demonio.

—Hecho —respondió el que estaba delante de mí, y su voz también era profunda y gutural.

—¿No tenéis ropa en el Infierno?

Permití que el instinto tomara el control. Pasé por debajo del brazo de la criatura, le rodeé el cuello con el brazo y apreté mientras uno de los trenes del metro hacía sonar la bocina a lo lejos.

El Sicario Infernal se rio.

—¿Te gusta lo que ves?

—Lo siento —gruñí—. No me interesa.

—Oh, pero tú a mí sí.

Se inclinó bruscamente y me lanzó por encima de su hombro.

Me golpeé la espalda contra el borde del andén. Me invadió un estallido de dolor que me dejó aturdida un momento. En un instante, la criatura estaba de pie encima de mí. Rodé, pero no lo bastante rápido. Me asestó una patada directa en la espalda y, antes de poder impedirlo, me caí por el borde del andén.

La caída fue de poco más de un metro, pero, aun así, el aterrizaje me dolió una barbaridad. Por suerte, no caí sobre el tercer riel, y el estruendo de la bocina del tren que se acercaba a toda velocidad hizo que me olvidara del dolor. Me puse en pie a toda prisa, ignorando el dolor, y agarré el borde del andén.

—¿Adonde te crees que vas? —El Sicario Infernal, que estaba detrás de mí, me apartó del andén—. ¿No íbamos a jugar?

Entrevi brevemente cómo Zayne se situaba detrás de la otra criatura y le hundía el puño con garras en la espalda. Un chorro de sangre oscura y aceitosa brotó del pecho del Sicario Infernal cuando se formó un agujero donde debía estar su corazón, porque supuse que debían tener corazón.

El rugido de agonía del demonio me indicó que no me había equivocado. Bueno, no iba a obtener ninguna información de ese.

Zayne soltó a la criatura mientras esta estallaba en llamas. En cuestión de segundos, no quedó nada salvo cemento chamuscado y un olor a azufre.

Cuando levantó la cabeza y me vio, exclamó:

—¡Mierda!

Un segundo después, aterrizó en cuclillas en las vías, a mi lado.

—No des ni un puto paso —advirtió.

El Sicario Infernal volvió a adoptar su verdadera forma y se rio.

—Apártate o extenderé tus entrañas por este sitio y me daré un festín con tu corazón, Guardián.

—Me gustaría verte intentarlo.

—Me gustaría verte morir —gruñó la criatura, y enseñó los colmillos.

Una luz los envolvió cuando el tren tomó la curva que había a algo más de medio kilómetro de distancia. El pulso se me disparó cuando el Sicario Infernal desapareció.

—¡Detrás de ti! —me gritó Zayne.

Di media vuelta y lancé un puñetazo, pero el demonio me atrapó la mano. Ladeó la cabeza.

—O puede que a ti simplemente te haga revivir tu peor recuerdo una y otra vez hasta que te arañes la piel y supliques la muerte. Ah, sí... ¿Mami? ¿Quieres que te recuerde cómo murió? ¿Cómo...?

La rabia, potente y letal, me recorrió en venenosas oleadas y sentí que la gracia me hacía arder la piel.

—Que te jodan.

Dejé de pensar. Giré y doblé la cintura al mismo tiempo que el Sicario Infernal se acercaba y entonces le lancé una patada y lo golpeé con la bota justo debajo de la barbilla, lo que hizo que echara el cuello bruscamente hacia atrás. Me di la vuelta y le atravesé el cuello con la daga, solo para oír su grito gutural.

—¿Dónde está Bael?

—Mátame ya. —Le salió sangre de la boca—. Porque nunca te lo diré.

Bajé la daga y la presioné contra su pecho para clavársela.

—¡Dime dónde diablos está Bael!

El Sicario Infernal bajó la cabeza, soltó una carcajada ensangrentada y luego se apretó por completo contra mi daga. Como estaba tan afilada, se le hundió profundamente en el pecho.

—¡Maldita sea! —grité mientras apartaba la mano.

Esa criatura también estalló en llamas y después no quedó ni rastro. Empecé a girarme hacia Zayne...

Él se lanzó hacia delante, presionó su cuerpo contra el mío y me sujetó contra la pared de piedra. No había espacio entre nosotros. Un rugido ensordecedor me llenó los oídos mientras el tren pasaba a nuestro lado a toda velocidad. El chirrido agudo de las ruedas al deslizarse sobre las vías me hizo estremecer. Sentí cómo el cuerpo de Zayne se tensaba a mi alrededor mientras yo

le clavaba los dedos en los brazos. El tren parecía interminable. El viento que generaba su velocidad nos azotó y nos sacudió la ropa y el pelo.

Por fin, el último vagón pasó y, una vez desaparecida la amenaza de que el tren nos arrollara, fui consciente de todos los sitios en los que parte de su cuerpo tocaba el mío. Ninguno de los dos se movió. Yo no podía moverme, pues su cuerpo se apretaba con fuerza contra mí.

Aunque tampoco es que quisiera hacerlo.

Zayne todavía estaba en su forma de Guardián, con la camiseta hecha jirones por la transformación, y el calor que brotaba de su cuerpo me atravesaba la ropa. Bajo mis manos, la piel de sus brazos era suave y dura como una piedra, al igual que la piel de su pecho contra mi mejilla. Todavía mantenía la cabeza pegada a la mía y seguía rodeándome la nuca con la mano. No me había dado cuenta de que lo había hecho cuando saltó hacia mí, pero había colocado la mano entre mi cráneo y la pared para protegerme mientras me obligaba a pegarme a ella.

Zayne olía... Dios mío, olía de maravilla. Aquel aroma a menta fresca invadió todos los poros de mi cuerpo y, cada vez que inspiraba, notaba su sabor en la punta de la lengua.

Separé los labios mientras cerraba los ojos, sorprendida de que siguiera abrazándome, y temí de pronto, con desesperación, que, si me movía o hacía algo, me soltaría.

No quería que pasara eso.

Quería tenerlo cerca. Quería tenerlo todavía más cerca. El pulso empezó a latirme de forma desenfadada al mismo tiempo que me daba cuenta de que el corazón de Zayne palpitaba con fuerza contra mi mejilla. La mano que me sostenía la nuca sufrió un espasmo y los dedos se enredaron en mi pelo, lo que hizo que un escalofrío me bajara por la espalda.

El cálido aliento de Zayne se fue deslizando por un lado de mi cuello a medida que levantaba la cabeza despacio. Me obligué a permanecer lo más quieta posible mientras notaba su aliento en la mejilla, y entonces ya no pude seguir quieta.

Moví la cabeza para perseguir su aliento y solo me detuve cuando lo sentí en los labios. Abrí los ojos y lo único que vi fueron esos pálidos ojos de lobo, ardientes y arrolladores. Bajé la mirada y vi los estrechos colmillos que le separaban los labios, pero no estaba asustada.

Estaba embelesada.

Me pregunté cómo sería besarlo en su verdadera forma, y algo que nunca jamás había experimentado antes me invadió. Un deseo potente y paralizante cobró vida, y me dejó fuera de control, aturdida y como si...

Como si hubiera estado esperando eso toda la vida... Esperándolo a él.

Zayne interrumpió el contacto de repente y saltó al andén, y me dejó con frío ante la ausencia del calor de su cuerpo y preguntándome qué acababa de pasar.

—Trinity —dijo, y extendió un brazo mientras se agachaba.

Tiró de mí y acabamos de costado, uno frente al otro. Rodé sobre la espalda dolorida y doblé las rodillas.

—Madre mía.

—Y que lo digas. —Soltó un profundo suspiro—. ¿Te mordió?

—No —contesté. Las mordeduras de los Sicarios Infernales eran extremadamente venenosas. Matarían a un humano en segundos y podían paralizar a un Guardián durante días—. ¿Y a ti?

—No. ¿Estás bien?

—De maravilla. —Me estremecí al sentarme—. Bueno, ha sido divertido. Me estaban buscando. El primero dijo...

—Oí lo que dijo. Podría haber mentido. —Volvió la cabeza y me miró—. Solo para comerte el coco.

—Puede ser —susurré, pero sabía que no era probable. Y Zayne también—. ¿Viste lo que hizo ese Sicario Infernal? Se empaló con mi daga.

—Lo vi.

—Prefirió suicidarse antes que decimos dónde está Bael.

—No me sorprende. —Se apartó un mechón de pelo de la cara de un manotazo—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Qué? —gemí mientras intentaba sacudirme el polvo sin éxito. Parecía que me había caído sobre un montón de azúcar glas.

—Bael sabe que estás aquí.

## Veinticuatro

—Sabe que estoy aquí —le conté a Jada a la mañana siguiente mientras permanecía tumbada en la cama.

Según lo prometido, mi teléfono estaba apoyado contra una almohada de sobra y estábamos hablando por FaceTime. Mi amiga tenía un aspecto increíble, con los ojos brillantes y acurrucada bajo su edredón con estampado de cachemira en todos rosados y grises. Yo, por el contrario, estaba medio oculta por la manta de Zayne y me sentía muy agradecida de no poder verme en el cuadradito que había en la parte superior de la pantalla de mi móvil.

—Bael envió a dos Sicarios Infernales a por mí.

—Joder.

—Ajá. —Sostuve la manta contra mi barbilla—. Ni siquiera los sentí hasta que aparecieron de la nada. Me había olvidado de que podían hacer eso. Intentamos mantenerlos con vida, pero Zayne tuvo que matar a uno y el otro se empaló a sí mismo en mi daga.

—Dios mío, Trin, eso no es bueno para ser tu primera noche ahí. —Estiró la mano y ajustó la posición del móvil para acercárselo a la cara—. Seguro que sabe lo que sois Misha y tú.

—Ya lo sé. —Me estremecí—. Bueno, supongo que eso es una buena noticia.

Ví que se quedaba boquiabierta.

—¿Qué te hace pensar que es una buena noticia?

—Porque significa que va a mantener vivo a Misha. —Hice una pausa—. Probablemente como cebo, lo cual es un asco, pero está vivo, y eso es lo único que importa.

Jada se quedó callada un buen rato y luego me preguntó:

—¿Lo es?

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Su suspiro fue audible.

—Ni siquiera quiero pensar en esto, y sé que tú tampoco, pero solo Dios sabe lo que le estarán haciendo a Misha y cómo va a afectarle. No estoy diciendo que estar muerto sea mejor, pero... es probable que sea muy duro cuando lo recuperes.

—Lo sé. —Las lágrimas me hicieron arder los ojos—. No quiero... No puedo pensar en ello. No importa en qué... estado esté, conseguiremos que se recupere.

—Así es —coincidió, parpadeó rápido y luego se pasó la palma de la mano por debajo de los ojos—. Vale. Cuéntame algo más. ¿Has podido ver la ciudad?

Dejé escapar un suspiro entrecortado para agradecer el cambio de tema.

—La verdad es que no. Ayer nos quedamos en casa y descansamos durante el día y luego salimos por la noche —le conté, y me salté la reunión con Roth y Layla. No creí que Jada entendiera que les pidiéramos ayuda a unos demonios cuando ni yo misma lo entendía.

—¿Vas a buscar tiempo para ver algunas cosas?

—Me gustaría, pero me parece un poco raro hacer turismo mientras Misha está... —me interrumpí y sacudí suavemente la cabeza.

—Sí, tienes razón. —Una leve sonrisa apareció en su cara y luego desapareció—. Me encantaría ver los museos. Siempre he querido ir, pero eso no va a pasar.

Sentí compasión por ella mientras la observaba. Mantenían a las Guardianas encerradas en jaulas de oro.

—Tal vez asignen a Ty aquí el año que viene. Es evidente que necesitan ayuda.

—Tal vez —contestó ella con un suspiro—. ¿Sabes?, entiendo por qué no puedo ir a verte o ayudar, pero es...

—Es un asco. Si entrenaran a las Guardianas para luchar, no seríais tan... —Me quedé callada mientras intentaba encontrar la palabra correcta.

—Inútiles —añadió Jada por mí—. Así me siento. Inútil.

No supe qué decir.

—No me malinterpretes. Tengo suerte, ¿sabes? Quiero a Ty y sé que seré feliz con él, pero... saber que mis amigos están ahí fuera y necesitan ayuda y que yo no puedo hacer nada es un asco. —Exhaló con fuerza—. Y también me cabrea, porque no tiene por qué ser así.

—Pues cámbialo.

—¿Cómo?

—Thierry te escucha. Si alguien puede ayudarte a cambiar las cosas, es él.

Me pareció oír a Zayne en la sala de estar, así que me moví un poco para mirar hacia la puerta cerrada del cuarto. Gemí al notar una punzada de dolor en la espalda.

—¡He visto eso! —exclamó Jada—. ¿Estás herida?

—En realidad no. Solo tengo la espalda dolorida. El Sicario Infernal me zarandeó de acá para allá como si fuera una muñeca de trapo. Oye, te llamo luego...

—¡Espera! Una pregunta rápida. ¿Cómo van las cosas con Zayne?

Volví a dirigir la mirada al móvil.

—Bien. Supongo. A ver, todavía no hemos intentado matarnos el uno al otro.

—¿Has vuelto a besarlo?

—Ay, Dios mío —gemí, y pensé en la noche anterior—. No, pero gracias por recordármelo. Voy a colgar ya.

Jada soltó una carcajada.

—Llámame luego, ¿vale?

—Lo haré. Te quiero.

—Yo te quiero más —contestó ella, y cortó la llamada.

Apenas me había tumbado sobre la espalda dolorida y había posado la mirada en la foto que había sobre la mesita de noche, junto al libro, cuando Zayne habló desde el otro lado de la puerta.

—¿Trinity? ¿Puedes salir?

Me levanté de la cama mientras gemía por lo bajo y salí del cuarto arrastrando los pies. Capté de inmediato un aroma a café y... ¿beicon? Me gruñó el estómago al ver a Zayne delante de los

fogones. Llevaba el pelo recogido en la nuca. Hasta ese preciso momento, no me había dado cuenta de que sabía apreciar a un hombre con un moño bien hecho.

Jada se descojonaría de risa si me oyera decir eso.

—Vamos. —Zayne echó un vistazo hacia donde yo permanecía en medio de la sala—. Supuse que tendrías hambre.

No había caído en la cuenta de lo hambrienta que estaba hasta ese momento.

—Sí, mucha.

—En ese caso, siéntate y déjame alimentarte.

Hice justo eso y subí al taburete de un salto. Zayne estaba apagando el fuego. Ya había dos platos listos, ambos cubiertos con papel de cocina.

—¿Bebes café? —me preguntó mientras me miraba por encima del hombro. Negué con la cabeza—. Tengo un poco de zumo de naranja.

—Perfecto. —Comencé a bajarme del taburete—. Puedo alcanzarlo si me...

—Quédate sentada. —Sacó un vaso de un armario y luego se dirigió a la nevera—. Después de ver cómo te perseguían unos Sicarios Infernales desnudos, supuse que lo mínimo que podía hacer era prepararte el desayuno.

Me estremecí.

—Voy a necesitar años de terapia intensiva para borrar esos recuerdos.

—Y yo también.

Colocó el plato y el vaso de zumo de naranja delante de mí, y me comí el beicon en un santiamén. Estaba delicioso, salado y dulce al mismo tiempo. Sabía a sirope de arce y tuve que contenerme para no lamerme los dedos al terminar.

Zayne se terminó el suyo con un café negro mientras me observaba por encima del borde de la taza.

—¿Qué pasa? —le pregunté mientras deslizaba el dedo por el borde de mi plato.

—Lo estás haciendo muy bien.

—¿El qué? ¿Comer beicon? Soy muy hábil en eso.

Él sonrió.

—Todo esto. Nunca antes has estado patrullando y, aunque te has enfrentado a demonios, no es algo habitual para ti, y anoche lo hiciste muy bien.

Me obligué a encogerme de hombros, complacida por el cumplido.

—Para eso me entrenaron, ¿sabes? Tal vez no para enfrentarme a Sicarios Infernales desnudos, pero me he pasado toda la vida entrenando con...

Me interrumpí y clavé la mirada en mi plato vacío. Ojalá hubiera más beicon, y puede que también chocolate.

Un montón de chocolate.

—¿Misha? —dijo Zayne en voz baja.

Asentí.

—Hemos estado entrenando desde siempre para el día que nos convoquen.

—¿Os convoquen para qué?

—¿Sabes?, eso nunca nos lo llegaron a especificar —contesté mientras me bajaba del taburete, e hice una mueca de dolor cuando el movimiento me sacudió la espalda—. Solo que mi padre nos convocaría en algún momento, para luchar.



Zayne bajó su taza.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

—Acabas de estremecerte. —En su asombroso rostro se reflejó que acababa de comprender qué me pasaba—. ¿Estás herida?

—Estoy bien —le aseguré mientras llevaba mi plato al fregadero, y técnicamente estaba bien.

Zayne permaneció inmóvil y luego, de repente, estaba detrás de mí. Se había movido tan rápido que ni siquiera lo vi.

—¡Odio que hagas eso! —le espeté.

—Ajá.

Me agarró la camiseta y me la levantó, ignorando mis protestas. Maldijo entre dientes, y supe lo que había visto. Lo había comprobado en el espejo cuando me había levantado esa mañana para ir al baño.

—¿Por qué no dijiste algo, Trinity?

Liberé mi camiseta de su mano y me dirigí hacia mi vaso de zumo de naranja. Lo agarré bruscamente.

—Estoy bien —repetí.

—No estás bien —me soltó él—. Tu espalda parece un saco de boxeo desgastado.

Fruncí el ceño.

—Bonita descripción.

—¿Te pasó con los Sicarios Infernales? ¿O hace tiempo que la tienes así?

—Fueron los Sicarios Infernales. Probablemente cuando me tiraron del andén.

—Deberías haber dicho algo.

Tomé un sorbo y encogí un hombro mientras Zayne me rodeaba con paso airado. Sus pies descalzos se deslizaban con un susurro por el cemento.

—¿Por qué no dijiste nada?

Fue detrás de la isla, abrió uno de los cajones y sacó un frasquito.

—No lo sé.

Para ser sincera, no quería que él pensara que era una quejica.

—Puede que seas una temible Sangre Original, pero sigues siendo medio humana. Te salen moretones con más facilidad que a los Guardianes y, si hubieras sido completamente humana, anoche te habrían matado una docena de veces.

Me observó desde donde se encontraba y noté su mirada penetrante incluso aunque sus facciones estaban borrosas a esa distancia.

Puse los ojos en blanco.

—Simplemente no quería dar la impresión de que me estaba quejando y..., en realidad, no es tan grave. Solo son moretones y desaparecerán pronto.

—¿Solo moretones? —Cuando regresó hacia mí, me di cuenta de que llevaba algo en la mano—. No estoy acostumbrado a... patrullar con medio humanos, así que no conozco tus límites, y necesito conocerlos para que no te hagas daño.

—No me he hecho daño.

—Siento discrepar. —Me sujetó la mano libre con la suya—. Y esta es la primera vez que te enfrentas con demonios a diario. Ni siquiera tú conoces tus límites.

—Estás reaccionando de forma exagerada.

—¿Te has visto la espalda?

Me llevó a rastras al dormitorio y luego al baño, donde encendió las luces brillantes.

Me estremecí.

—Me la he visto y no es para tanto.

Me soltó la mano.

—Solo tú discutirías conmigo sobre el estado de tu espalda. —Colocó el frasco sobre la encimera—. Necesito que te desvistas de cintura para arriba.

—¿Qué? —Lo miré boquiabierto—. Por lo general, un chico me dice que soy guapa antes de exigir que me quite la camiseta.

Zayne me lanzó una mirada inexpresiva.

—¿Eso es lo único que hace falta para que te quites la camiseta? Eres muy guapa, Trinity.

Entorné los ojos mientras colocaba el vaso de zumo de naranja en la encimera para no lanzárselo a la cara.

—Eso no es lo único que hace falta, muchas gracias, y ni siquiera parecías decirlo en serio.

—Oh, lo dije en serio.

—Da igual. ¿Por qué tengo que quitarme la camiseta?

—Para poder ponerte esto... —agarró el frasco— en la espalda. Hará que los moretones se curen más rápido y, a menos que tengas articulaciones dobles, te va a hacer falta ayuda para aplicártelo. Necesito verte la espalda.

Lo miré fijamente.

Él me sostuvo la mirada.

—Estás siendo ridícula, Trinity. No estoy intentando verte medio desnuda. Solo intento asegurarme de que no estás más herida de lo que creo, y también de que te cures para que podamos seguir patrullando.

Una pequeña parte de mí se sentía... decepcionada de que no estuviera intentando que me desnudara porque se sentía atraído por mí. Qué retorcido. No tenía ni idea de por qué eso me decepcionaba. No debería. Zayne era el eterno caballero..., insufrible y un sabelotodo, pero un caballero hasta la médula. Sin embargo, la extraña punzada de decepción se transformó en algo explosivo.

No sabría decir exactamente por qué hice lo que hice a continuación, pero tenía una lista entera de razones para perder el control, así que podía echarle la culpa a cualquiera de ellas por lo que hice.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, bajé las manos, me quité la camiseta y luego la dejé caer al suelo.

—¿Ya estás contento?

Zayne se mantuvo increíblemente inmóvil mientras seguía sosteniéndome la mirada, y lo hizo durante tanto tiempo que pensé que podría haberse quedado dormido de pie con los ojos abiertos, pero entonces su mirada descendió y contuve la respiración. No llevaba nada sexi. Solo un sujetador normal, negro y liso con los bordes festoneados a lo largo de las copas.

Un músculo palpitaba en la mandíbula de Zayne cuando su mirada ascendió despacio hacia la mía. Sin interrumpir el contacto visual, estiró la mano y me pasó la toalla.

La agarré, pero no me tapé.

—¿También tengo que quitarme el sujetador?

Zayne alzó una ceja y transcurrió un largo momento.

—Probablemente sea más fácil.

Durante un breve segundo, me imaginé quitándome también el sujetador, justo delante de él. Probablemente le daría un infarto allí mismo. Valdría la pena por ver la cara que pondría, pero me acobardé antes de planteármelo en serio siquiera.

—¿Puedes darte la vuelta?

Arqueó una ceja y se giró hacia la ducha con movimientos exagerados para apartarse del espejo.

Giré la cintura para dejar la toalla en el lavabo y luego me desabroché el sujetador, que se deslizó por mis brazos hasta el suelo. Lo empujé con el pie debajo de la camiseta que había dejado caer y luego recogí la toalla y la sostuve sobre mi pecho. Pude verme la espalda en el espejo. Parecía un tablero de ajedrez de escaques rosados y azules.

—Estoy más o menos decente —anuncié, y vi que Zayne se daba la vuelta detrás de mí.

—Madre mía —gruñó, y no en respuesta a mi casi desnudez—. No puedo creerme que no hayas dicho nada, y no me digas que no te duele. Eso tiene que doler, Trinity.

Sí que dolía.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

—Sí, pero debería haberte protegido mejor.

—No es culpa tuya.

Olfateé el aire cuando desenroscó la tapa del frasco. El olor me recordó al de la crema Icy Hot para dolores musculares, pero había algo más debajo de ese aroma.

—¿Qué es eso?

—Un ungüento que preparó Jasmine, la mujer de Dez. Se le dan muy bien este tipo de cosas. Es una mezcla de árnica, cúrcuma y mentol. Creo que incluso puede tener un poco de avellano de bruja. Es un antiinflamatorio y reduce el dolor y la hinchazón —me explicó—. Esta cosa hace milagros.

Entonces, Zayne colocó los dedos contra mi piel y di un respingo al sentir el contacto.

—Lo siento —murmuró.

El ungüento era frío y viscoso, pero fueron sus dedos los que me provocaron esa reacción. Aparte de tomarme de la mano o tirarme al suelo de vez en cuando, Zayne no tenía la costumbre de tocarme.

Y ahora me estaba tocando de verdad.

Extendió el espeso bálsamo de un lado a otro de mi piel y luego hacia arriba y alrededor. Me rozó con los dedos el lateral del pecho y noté una extraña calidez en la piel mientras levantaba la mirada hacia el espejo.

Lo único que veía era a él de pie detrás de mí, tan increíblemente alto y ancho, con la cabeza dorada inclinada mientras se concentraba en lo que estaba haciendo.

Verlo detrás de mí no me ayudó para nada a refrescarme la piel.

—¿Cómo es Jasmine? —le pregunté para intentar no pensar en el hecho de que estaba completamente en toples.

Zayne soltó una risita.

—Ella y su hermana, Danika, suelen saltarse las normas siempre que pueden, pero ella y Dez tienen suerte. Se quieren, lo suyo es amor de verdad, y tienen gemelos. Los dos son muy graciosos. La niña, Izzy, está aprendiendo a transformarse y volar. Siempre se va derechita al ventilador del techo.

—Madre mía —murmuré, y mi cuerpo se estremeció por propia voluntad al pensar en Cacahuete cuando estaba cerca de algún ventilador. Lo que me hizo rogar que el fantasma no apareciera de repente—. Siempre me ha gustado observar a los niños de la comunidad cuando empiezan a transformarse. Es adorable verlos aprender a caminar y usar las alas.

—Lo siento —musitó cuando me estremecí de nuevo.

—No pasa nada.

Curiosamente, tenía mucho calor, lo cual era extraño, porque el bálsamo estaba muy frío.

Zayne prosiguió en silencio y deslizó los dedos bajo los bordes de la toalla y a lo largo de mis costillas, lo que me hizo temblar, y no sabría decir si tenía moretones allí o no. Cuando sus manos retrocedieron, no estuve segura de si debería sentirme aliviada o decepcionada.

—¿Crees que podré conocer a Danika y Jasmine? —pregunté para intentar distraerme desesperadamente.

—Si quieres, no veo por qué no.

Su respuesta en voz baja también me calentó por dentro.

—Me gustaría conocerlas.

Levantó la mirada brevemente y nuestros ojos se encontraron en el espejo durante un segundo.

—En ese caso, me aseguraré de ello.

Transcurrieron varios segundos más y me puse a pensar en cosas raras (en cualquier cosa, en realidad) para mantener la mente lejos de sus manos.

—Cuando era niña, antes de saber lo que era... o supongo que antes de entender lo que era, creía que era normal y quería ser mil cosas diferentes. Ninguna de ellas era esto, pero...

—¿Cuáles eran algunas de las cosas que querías ser?

—Oh, algunas eran muy estúpidas.

—Lo dudo.

Resoplé.

—Después de ver *Parque Jurásico*, quería ser arqueóloga.

—Eso no me parece una tontería —contestó y, aunque no pude ver su sonrisa, la sentí.

—Y quería criar llamas.

La mano de Zayne se detuvo de nuevo.

—¿Llamas?

—Sí. —Solté una risita—. Y ni siquiera me preguntes por qué. No tengo ni idea. Simplemente quería una granja de llamas. Me parecen los animales más increíbles del mundo. ¿Sabías que los niños pueden montarlas? Los adultos no. No sería muy agradable para ti ni para la llama.

—No, no lo sabía. —Se rio entre dientes—. Es probable que eso sea lo más raro que he oído desde hace tiempo. —Sus hábiles dedos se deslizaron sobre mi columna vertebral—. ¿Querías ir a la universidad?

—Sí. —Inspiré para calmarme y percibí el fresco aroma del mentol—. Pero mi madre siempre se opuso, ¿sabes?, antes de que yo comprendiera lo que era —admití, y cerré los ojos—. Quería

ver el mundo un poco, lo cual es raro porque, la primera vez que pude ver D.C., cuando fuimos a casa de Roth, me dio miedo. Suena estúpido, ¿verdad?

La mano de Zayne se quedó inmóvil.

—No, para nada. La ciudad supone mucho que asimilar si no estás acostumbrado a ver a tanta gente.

Una sonrisa irónica me tiró de los labios.

—Fue abrumador. Había tanta gente... No sabría decirte cuántas veces no supe si una persona estaba viva o muerta cuando nos cruzábamos con ella por la calle.

—Eso tiene que ser un problema.

Su mano empezó a moverse de nuevo y mi espalda se arqueó un poco.

Tardé un momento en reorganizar mis pensamientos.

—Sí, un poco.

—Hablando de fantasmas, ¿el que vino contigo...?

—¿Cacahuete?

—Sí. —Hizo una pausa—. Él. ¿Puede... mover cosas?

Se me dibujó una amplia sonrisa.

—Sí. ¿Ha movido algo?

—Esta mañana mis zapatos estaban en la nevera.

Se me escapó una risita.

—Lo siento. Cacahuete es muy... muy raro, pero es inofensivo. Solo quiere llamar tu atención y tiene una forma extraña de demostrarlo.

—¿Puedo serte sincero?

—Claro.

—Estoy intentando ignorar el hecho de que ahora un fantasma ronda mi casa.

—En realidad, no se trata de eso. Considéralo más bien un compañero de piso.

Zayne resopló.

—Casi he terminado. —Su mano estaba en el otro lado, extendiendo el bálsamo por mi costado—. Ya deberías estar empezando a sentirte mejor.

—Así es.

Y era cierto, pero, cuando los dos nos quedamos callados, no pude seguir ignorando sus manos sobre mi piel y cómo me hacían sentir. Era como si fluyera electricidad de sus dedos y se propagara por mi piel y, cuando esos dedos largos rozaron la sensible curva cerca de mis costillas, inspiré con suavidad.

—Lo siento. —Su voz sonó diferente, más ronca incluso—. ¿Estás bien?

—Sí. —Carraspeé—. Sí. —Intenté encontrar otra distracción—. ¿Sabes qué es lo que más envidia de los Guardianes?

—¿El qué?

—Vuestra habilidad para volar. Soy una temible Sangre Original, pero no tengo alas. Es un asco.

Zayne se rio entre dientes.

—No tiene gracia. —Hice un mohín—. Me encantaría volar y acercarme a las estrellas. Solía intentar convencer a Misha para que me llevara a surcar el cielo, pero nunca quiso, aunque probablemente podríais volar con un coche a cuestas. Menudo aguafiestas.

Me hizo darme la vuelta con cuidado y luego sus manos se apartaron de mí. Lo miré a los ojos. Quedé atrapada de inmediato y me sentí caliente y mareada, como si hubiera estado sentada al aire libre, tomando el sol en una playa de arena blanca, y, aunque él ya no me estaba tocando, todavía sentía sus dedos y las palmas de sus manos. No podía dejar de preguntarme qué pasaría si dejaba caer la toalla.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. ¿Dejar caer la toalla y quedarme en toples delante de Zayne? Dios mío, el pobre sufriría un derrame cerebral. ¿En qué estaba pensando?

Pero quería hacerlo, porque quería... quería sentir de nuevo sus manos sobre mi piel. Quería sentir su boca sobre la mía, y esa vez quería que me besara.

Algo cambió en su expresión.

Aquellos ojos pálidos, normalmente tan fríos, estaban llenos de fuego, y su mandíbula formaba una línea dura y recta. Sus facciones eran hermosas y brutales, una combinación en estado puro.

—Puede que tengamos que volver a hacerlo —dijo, y su voz sonó extraña, más profunda y áspera.

Por mi parte, estaba deseando repetir.

Separó los labios como si estuviera a punto de añadir algo más, pero su móvil sonó en la otra habitación. Vaciló mientras me miraba todavía a los ojos y luego dejó el frasco sobre la encimera antes de girar sobre sus talones y salir.

—Dios mío —susurré, y me volví hacia el espejo.

Realicé otra inspiración temblorosa, pues sentía todavía demasiado calor. Tenía que volver a ponerme el sujetador y la camiseta. Eso era lo apropiado, sobre todo antes de que Zayne regresara, pero me quedé allí, mirando mi reflejo en el espejo.

No parecía yo misma.

Bueno, el moño despeinado y medio caído era típico de mí, pero los ojos vidriosos, los labios separados y la piel sonrojada no se parecían en nada a mí. Otro leve estremecimiento me recorrió la piel mientras el calor descendía y se acumulaba en mis entrañas. Zayne ya ni siquiera estaba conmigo en el baño, pero todavía sentía sus manos en la piel de mi espalda, a lo largo de mis costados, hasta donde únicamente las yemas de sus dedos me habían rozado los lados de los pechos.

Un intenso hormigueo se propagó por mis venas mientras inspiraba bruscamente y un peso cálido y agradable se asentó sobre mí.

«Es normal».

Eso era lo que me repetía a mí misma. Lo que estaba sintiendo solo era la reacción de mi cuerpo al tocarme alguien que me atraía, y me sentía atraída por Zayne, pero eso era todo, solo una... atracción carnal, que estaba segurísima de que no era correspondida.

Pero ¿y si lo fuera?

Se me cortó la respiración. Eso complicaría las cosas, ¿no? Pero a mi cuerpo le importaba un bledo. Al igual que a esa parte primaria de mi cerebro que empezó de pronto a mostrarme imágenes para acompañar el recuerdo de sus manos desnudas, resbaladizas y suaves contra mi piel, y esas imágenes eran tan claras como la realidad.

El reflejo de Zayne apareció en el espejo, lo que me hizo ahogar una exclamación. Su mirada se encontró con la mía en el reflejo.

—Pensaba que estarías vestida.

—Eh... —Me volví hacia él, sin tener ni idea de qué decir, pues supuse que la toalla resultaba más modosa que mi espalda desnuda—. Es que... todavía estoy húmeda.

En aquellos ojos pálidos llameó un calor invernal mientras bajaba la mirada.

—¿En serio? —dijo, y sus palabras sonaron como un ronroneo contra mi piel.

Me ardió la cara al darme cuenta de lo que había dicho y de cómo podía interpretarse.

—El ungüento... El ungüento todavía está húmedo y pensé que debía dejar que se secase un poco.

Zayne asintió despacio mientras se mordía el labio inferior. Esas densas pestañas descendieron y ocultaron su mirada.

—¿Quién te acaba de llamar?

—Roth —contestó, y la piel se me enfrió de inmediato—. Quiere reunirse con nosotros. Esta noche.

## Veinticinco

El lugar en el que íbamos a reunirnos con Roth resultó ser un restaurante llamado Zeke's. Tuvimos que dejar el coche en un aparcamiento, calle abajo, y me resultó un poco raro caminar al lado de Zayne, pues me preguntaba si alguna de las personas con las que nos cruzamos por la calle sabría que era un Guardián.

Me gustó el restaurante en cuanto entramos. El interior, que estaba iluminado con una luz suave, era una mezcla de madera y acero vistos. Los reservados parecían cómodos, con almohadones gruesos y abundantes cojines. Tenía un aire entre rústico y moderno que me recordó a las montañas y a Colorado.

Lo cual era raro, porque yo no había estado nunca en Colorado, pero, por alguna razón tonta, supuse que habría un montón de sitios como ese allí.

La encargada de recibir a los clientes pareció reconocer a Zayne. Con una sonrisa sincera y una prolongada mirada por la que no pude culparla, nos acomodó en un reservado sorprendentemente privado cerca de una gran chimenea de piedra. Aquel lugar tenía un ambiente romántico que me hizo ser plenamente consciente de Zayne y me hizo sentir que debería haberme puesto algo más... bonito que unos vaqueros y una camiseta.

A la mierda.

Estaba cómoda y eso era lo único que importaba.

En cuanto la camarera se marchó, después de dejar nuestras bebidas en la mesa, una Coca-Cola para mí y agua para Zayne, le pregunté:

—¿Está bien que nos reunamos aquí?

La luz de la vela que había en el centro de la mesa titiló sobre su rostro mientras asentía.

—La gente que viene aquí no se entromete en los asuntos de los demás.

—Ah. —Jugueteé con la servilleta mientras miraba a mi alrededor—. ¿Saben lo que eres?

—Saben que soy un Guardián, pero no saben lo que es Roth. ¿Cómo tienes la espalda?

—Perfecta. —Y era la verdad. No me dolía ni me palpitaba al hacer movimientos bruscos. Coloqué las manos en el regazo y recorrí el restaurante con la vista antes de que mi mirada encontrara el camino de regreso hasta Zayne—. Gracias por hacer eso.

Él bajó la barbilla, lo que hizo que un mechón de pelo se deslizara contra su mejilla.

—Fue un placer.

Un cálido cosquilleo me recorrió las venas.

—Estoy segura de que podrías estar haciendo cosas mejores que restregarme pringue por toda la espalda.



—Tienes razón. Podría estar haciendo cosas mejores con mi tiempo.

Vaya, eso me dolió.

La calidez se desvaneció.

—Pero eso no significa que no lo disfrutara —añadió, y mi mirada se dirigió de golpe hacia la suya. Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

Antes de que pudiera ocurrírseme una respuesta, sentí aquel repentino peso en los hombros.

—Creo que ya ha llegado —anuncié—. O hay otro demonio aquí.

Un momento después, Zayne dijo:

—Ahora lo siento. Es asombroso que puedas sentirlo antes que yo.

Se levantó y se situó en mi lado de la mesa. Se sentó junto a mí, muslo contra muslo.

—¿Tú qué sientes?

—Una especie de aliento caliente en la nuca —contesté en voz baja—. Y un peso en los hombros. ¿Tú sientes lo mismo?

Asintió con la cabeza.

Roth llegó, iba vestido de forma muy parecida a la primera vez que lo vi. Todo de negro. No estaba solo. Lo acompañaba el demonio con el pelo rubio pálido, que se había hecho dos trenzas y le quedaban sorprendentemente bien.

—Espero haberos hecho esperar. —Roth se sentó frente a nosotros en el reservado, seguido de Cayman—. Y, sí, lo he dicho así a propósito.

—Acabamos de llegar —respondió Zayne mientras me estiraba el brazo sobre el respaldo del reservado—. No llevamos esperando mucho rato.

—Lástima —dijo Roth. Su brillante mirada color ámbar se clavó en mí mientras se situaba—. Qué raro.

—¿El qué?

Se inclinó hacia delante.

—Todavía quiero tocarte.

Se me ensancharon los ojos.

—Eres un príncipe demonio extraño y que da mal rollo.

Roth sonrió.

—Bueno, a mí todavía me das miedo —anunció Cayman mientras Roth se inclinaba más hacia mí y deslizaba una mano sobre la mesa.

—Nada de tocar —le advirtió Zayne.

El príncipe demonio hizo un mohín mientras retiraba la mano.

—Qué aburrido.

—¿Dónde está Layla? —pregunté para buscar otro tema de conversación que no fuera todo aquello de tocarme.

Roth esbozó una sonrisa tensa.

—Decidió que sería mejor saltarse esta reunión.

Le eché un vistazo a Zayne. No había ni un atisbo de emoción en su cara.

—Hacéis una parejita preciosa —comentó Cayman, que nos miraba fijamente.

—¿Ah, sí? —murmuró Zayne.

—Pues sí —respondió Roth—. Me gusta. Mucho.

El dedo de Zayne comenzó a dar golpecitos contra el respaldo del reservado.

—Me alegra mucho oírlo, porque he estado esperando con el corazón en un puño para conocer tu opinión.

Roth sonrió con aire de suficiencia.

—¿Habéis pedido algo? —preguntó Cayman mientras ojeaba el menú—. Me muero de hambre.

No habíamos pedido nada, y no tuve ocasión de redirigir la conversación hacia por qué estábamos ahí porque la camarera apareció y Roth y Cayman pidieron algo de beber, junto con unos aperitivos.

Cuando la camarera se marchó a toda prisa, me incliné hacia delante.

—¿Habéis averiguado algo?

Fue Cayman quien respondió.

—Tengo noticias no muy buenas y malas.

Me puse tensa mientras el estómago me daba un vuelco.

—Vale.

—He tenido los oídos bien abiertos, pero nadie dice nada de tu Misha, ni de Bael... ni de ti —explicó Cayman.

—No sé si esa es la noticia no muy buena o la mala —contesté, y miré a Zayne.

—Es la no muy buena. Significa que Bael no quiere que nadie lo sepa, lo que es extraño, porque a los demonios nos gusta alardear —dijo Cayman con una sonrisa—. Y no me refiero a alardear con humildad como los Guardianes.

Zayne resopló.

—Dos Sicarios Infernales nos atacaron anoche. Los envió Bael.

—Bael tiene un maldito ejército de Sicarios Infernales a su disposición, así que deberíais esperar seguir viéndolos si los tiene buscándote.

—¿Y cuál es la mala noticia? —pregunté.

Zayne me tocó la parte posterior del hombro y me apartó el pelo para llegar a los músculos que se me estaban tensando en esa zona.

Roth me miró a los ojos y sus facciones se suavizaron un poco.

—Nadie sabe dónde está escondido, pero creo que él es la razón por la que hemos estado viendo un aumento en la actividad de los demonios de nivel inferior. Puesto que él está en la superficie, lo están siguiendo.

Zayne se movió a mi lado sin apartar la mano de mi hombro.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que, cuando localicemos a Bael, no estará solo. Evidentemente, tiene montones de Sicarios Infernales con él, pero podéis esperar ver a muchos más.

—Genial —murmuré.

—Y Bael no tiene fama de ser hospitalario —comentó Cayman mientras agarraba su copa de vino—. Ni siquiera cuando intenta ser amable.

Mi mirada se dirigió bruscamente hacia Roth, que encogió un hombro para indicar que estaba de acuerdo.

—Pero sé que eres consciente de eso, y ya sabes que mantiene vivo a Misha por una razón, que se ve respaldada por el roce que tuvisteis anoche con los Sicarios Infernales. Está usando a Misha para hacerte salir y enviando Sicarios Infernales a por ti.

—No van a atraparla —aseguró Zayne.

Le lancé una mirada, pues me sentía... halagada por su tono de certeza.

—Pero esto nos lleva a la parte de la noticia rara —continuó Roth—. Nadie habla de ella. No se oye ni un susurro sobre que haya un Sangre Original en la zona.

—Bueno, eso no es malo, ¿no? —opiné.

—Tampoco es bueno. —Los dedos de Zayne seguían en la parte posterior de mi hombro y me tocaban con suavidad, pero de un modo extrañamente reconfortante—. Porque no nos dice qué es lo que intenta conseguir Bael aquí, aparte de capturarte.

—Echarte el guante puede ser motivo suficiente para él. —Roth deslizó el dedo alrededor del borde de su vaso—. Ya sabes lo que le harán los demonios a un Sangre Original.

Agarré mi vaso para reprimir un estremecimiento.

—¿Bael podría estar detrás de lo que está atacando a los Guardianes y a otros demonios?

Roth se encogió de hombros.

—Bael es un tipo importante. Es lo bastante poderoso, pero...

—No crees que se trate de él, ¿verdad? —le preguntó Zayne.

El príncipe demonio no respondió de inmediato.

—¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Qué podría ganar arriesgándose a exponerse? No, Bael tiene agallas, pero no es estúpido.

Llegaron los aperitivos: pasteles de cangrejo, cócteles de gambas, salsa de cangrejo para untar y patatas fritas. La comida tenía un aspecto y un olor maravillosos, pero no la toqué.

—¿Sabíais que varios Dirigentes Infernales se han ido de la ciudad o están planeando hacerlo? —Roth agarró una gamba y le echó un vistazo a Zayne—. ¿No os parece... sospechoso?

Los Dirigentes Infernales eran demonios de Nivel Superior que controlaban legiones de demonios inferiores. En cierto sentido, eran como ejecutivos, y supuse que eso convertiría a alguien como Roth en director ejecutivo, mientras que su jefe, Lucifer, sería el presidente. Pero ¿eso significaría que Bael también era una especie de director ejecutivo...?

Me dolía la cabeza.

Los dedos de Zayne se extendieron sobre mi hombro.

—Así que lo que sea que haya ahí fuera en las calles también les da miedo, ¿no?

—Los Guardianes no son los únicos que están apareciendo muertos de forma muy gráfica —le recordó Roth.

—Eso es algo que no entiendo —dije, y bajé la mirada hacia el pastel de cangrejo que Zayne había deslizado en un plato delante de mí—. Si se trata de un demonio, ¿por qué atacaría a otros demonios?

Roth sacudió la cabeza mientras se servía una cucharada de salsa en el plato.

—Supongo que quiere ser el pez más gordo del mar.

—¿Y vosotros dos no estáis preocupados? —les pregunté, y fruncí el ceño de nuevo cuando un tenedor acabó entre mis dedos—. ¿Asustados? Ambos sois... peces demonio gordos.

Zayne se rio entre dientes.

—Nunca me habían llamado pez demonio, pero, sí, me gusta pensar que somos importantes —contestó Cayman antes de meterse una patata en la boca.

La sonrisa de Roth fue lenta y picara.

—¿Preocupado? Sí. ¿Asustado? Nunca.

—Arrogante —murmuró Zayne mientras yo cortaba mi pastel de cangrejo y él agarraba una gamba al vapor—. Deberías estar un poco asustado, si no por ti mismo, entonces por Layla.

La perezosa expresión de diversión se desvaneció de las facciones de Roth mientras su mirada se posaba en el Guardián sentado a mi lado.

—¿Acaso te he pedido consejo sobre qué debería preocuparme o asustarme?

—No, pero está claro que parece que lo necesitas.

Tomé un bocado de pastel de cangrejo para mantenerme ocupada y por poco dejé escapar un gemido de placer. Estaba increíble. Consistía en carne en su mayor parte, sazonada con especias Old Bay. Tomé otro bocado, a punto de hundir toda la cara en el pastel, mientras Zayne y Roth se fulminaban el uno al otro con la mirada.

—Acostúmbrate, Trinity.

Levanté la mirada hacia Cayman.

—¿Acostumbrarme a qué?

—A que discutan e intenten demostrar cuál de los dos es más listo. —Me guiñó un ojo—. A alguna gente le resulta tedioso, pero a mí me parece muy entretenido. Estoy esperando el momento en el que pasen de discutir acaloradamente a hacer el amor apasionadamente.

Me temblaron los labios mientras Roth gruñía algo en voz baja. Me terminé el delicioso pastel de cangrejo.

—He estado pensando. Bael tiene la habilidad de controlar a los humanos, ¿verdad?

—¿Más allá de lo que podemos hacer todos normalmente? Sí. Pero ¿a la clase de nivel que viste durante el ataque a la comunidad? Me sorprendería —contestó Roth—. A Bael se le da particularmente bien influir en los humanos, pero, para llevar a cabo esa cantidad de posesiones, creo que hizo falta algo más.

—¿El qué? —pregunté, y bajé la mirada hacia mi plato cuando un poco de salsa y unas patatas fritas acabaron en él. El queso fundido con cangrejo tenía un aspecto delicioso.

—Un hechizo —contestó Roth.

—Brujos —dijo Zayne, que asintió con la cabeza—. Eso tendría sentido.

—¿Brujos? —repetí, y me volví hacia él, sorprendida.

Los brujos, los brujos reales, eran humanos cuyos antepasados, en algún momento, se habían liado con un demonio, y esa sangre demoníaca diluida les había proporcionado ciertas habilidades que, por lo general, involucraban los cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. También tenían una habilidad especial para realizar hechizos y encantamientos.

—¿Tenéis aquelarres aquí?

—Pues sí. Algunos muy activos. Suelen esconderse tanto de los demonios como de los Guardianes, y por ese motivo se las han arreglado para mantenerse con vida y fuera del radar de los Guardianes en su mayor parte —me explicó Roth, que le lanzó una mirada a Zayne—. Porque, ya sabes, a los Guardianes les gusta matar indiscriminadamente.

Zayne suspiró.

—¿A los Sangre Original les gusta matar indiscriminadamente? —me preguntó Roth, y ladeó la cabeza mientras esa mirada color ámbar se deslizaba hacia mi.

—¿En este momento? Sí —contesté, enfadada.

Zayne se rio por lo bajo mientras Roth sonreía y se inclinaba hacia delante.

—Me caes bien.

—Qué alegría oírlo —murmuré.

Su sonrisa se volvió más amplia.

—Existe la posibilidad de que usaran brujos y, aunque la mayoría de ellos se mantienen tan alejados de los míos como de los Guardianes, hay algunos aquelarres a los que les gusta juntarse con demonios. Conozco a uno en particular. —Roth se echó hacia atrás—. Naturalmente, Zayne no podría hablar con ellos. No les gustan los Guardianes.

—Pero ¿tú sí que les gustas? —le pregunté.

—Yo le gusto a todo el mundo. Podrías reunirte con ellos. No sabrían lo que eres, y puedo llevarte allí. Hay un grupo bastante numeroso que suele reunirse los sábados.

El sábado era dentro de otra semana. Siete malditos días enteros. Me invadió la impaciencia, teñida de frustración. ¿Sobreviviría Misha otra semana?

Zayne se puso tenso.

—No me convence esa idea.

La mirada del príncipe demonio se posó en él.

—Pensaba que confiabas en mí.

—Confío en ti, pero no confío en que tomes decisiones sensatas —contestó Zayne, y apartó el brazo del respaldo del reservado.

Roth se llevó una mano al pecho.

—Me siento ofendido.

—Me apunto. —Ignoré la mirada que me dirigió Zayne—. Si hay siquiera una pequeña posibilidad de que puedan darnos alguna información, estoy dispuesta a acompañarte y reunirme con ellos.

—Perfecto —ronroneó Roth, aunque Zayne no parecía nada contento.

—Bien. —Me recosté contra el reservado—. Solo tienes que prometerme que no vas a intentar... comerme o algo así.

Aquella sonrisa traviesa volvió a aparecer en los labios de Roth.

—Bueno, eso podría ser pedir demasiado.

## Veintiséis

—No me gusta esto —dijo Zayne mientras salíamos del restaurante.

Me mantuve cerca de él, ya que la acera estaba poco iluminada.

—¿El qué?

—Que vayas con Roth a ver a los brujos.

—Creía que confiabas en él... —No vi el bordillo y tropecé cuando se me enganchó la punta de la bota—. Mierda.

Zayne me agarró del brazo.

—¿Estás bien?

—Sí. —Liberé el brazo mientras fulminaba con la mirada la acera que no podía ver—. Solo he tropezado. Estoy bien.

Transcurrió un momento.

—Confío en Roth, pero no confío en los brujos. Todo lo que hacen es para obtener algo a cambio. Debes tener mucho cuidado con ellos.

—Así que ¿no debo permitir que me corten mechones de pelo ni trozos de uñas?

Zayne resopló mientras nos dirigíamos al aparcamiento.

—Sí, intenta evitar eso, pero tampoco hagas ningún trato con ellos para obtener información. A veces te ayudan, pero el precio que pagas nunca es el que esperas.

—Pagaría cualquier precio.

Al oír mis palabras, Zayne se detuvo tan de repente que fue inevitable que chocara contra él y reboté un paso hacia atrás. Me invadió la irritación al mismo tiempo que él se volvía hacia mí.

—¿Ves?, eso es lo que me preocupa.

Me lo quedé mirando. Era capaz de distinguir sus facciones bajo la intensa luz blanca del aparcamiento.

—No deberías preocuparte.

—¿Que no debería preocuparme? Es peligroso que estés dispuesta a hacer cualquier cosa para conseguir la más mínima información sobre Misha. Sobre todo, cuando te vas a reunir con un aquelarre de brujos, que tienen fama de aprovechar la desesperación de la gente y manipularla en su propio beneficio.

Me crucé de brazos.

—No soy fácil de manipular.

—No he dicho que lo fueras, pero también sé que estás desesperada, y lo entiendo...

—¿En serio? —le espeté—. No sé yo. Haces constantemente esas vagas afirmaciones sobre que sabes lo que es ver en problemas a alguien que te importa y no poder hacer nada al respecto. Si fuera cierto, lo entenderías. Harías cualquier cosa...

—Sé que esto es peligroso, porque sí que lo entiendo. —Dio un paso adelante para intentar intimidarme, pero me mantuve firme—. Me he sentido lo bastante desesperado como para hacer cualquier cosa, y eso nunca acaba bien, Trinity.

La constante sensación de impotencia aumentó de pronto y me quitó el filtro de la boca.

—¿Así perdiste una parte de tu alma?

Zayne retrocedió como si le hubiera pegado. Un velo descendió sobre su cara y sus facciones quedaron desprovistas de toda emoción.

—¿Quién te dijo eso?

Cerré la boca de golpe.

—¿Quién fue? —exigió saber, e hizo ademán de agarrarme, pero luego se detuvo en seco—. ¿Quién te dijo eso?

Descrucé los brazos y aparté la mirada, deseaba haber mantenido la boca cerrada. No poner difícil, incluso cuando estés descansando.

—No hace falta que te disculpes. No es culpa tuya. En realidad, estás haciendo todo lo que puedes. Es solo que... No sé. Siento que no tengo control sobre nada de esto y estoy...

—¿Qué?

«Confundida. Inquieta. Indecisa».

—Simplemente estoy... Estoy asustada. Sé que no debería admitirlo, pero tengo miedo de no encontrar a Misha a tiempo o de que, cuando lo haga, sea demasiado tarde, porque debe estar pasando por cosas que ni siquiera puedo imaginarme.

Zayne cruzó los brazos sobre el pecho con suavidad.

—Está bien tener miedo, Trinity. Está bien preocuparse.

—Ya lo sé —contesté, y sujeté la manta con más fuerza.

—Entonces, deja de ser tan dura contigo misma.

Exhalé con fuerza.

—Y... soy yo la que debería disculparme contigo. No debería haberte preguntado eso antes. No era de mi incumbencia y me... me comporté como una imbécil, y tú estabas intentando ayudarme.

—No pasa nada. No hace falta que te disculpes. —Dobló una pierna—. Simplemente me pilló desprevenido. Me sorprendió un poco que no hubieras dicho nada hasta esta noche, teniendo en cuenta todas las preguntas que haces.

Resoplé.

—Sí, yo también estoy bastante sorprendida.

—Simplemente... quiero que sepas que sí que entiendo por qué necesitas hacer todo lo que esté en tu mano —dijo mientras yo luchaba con el deseo de preguntarle qué había pasado.

Doblé las rodillas debajo de la manta y apoyé la barbilla en ellas. Era más fácil decirlo que hacerlo.

—Entonces, ¿te parece bien que me reúna con los brujos?

—Qué remedio me queda.

—No... no estás acostumbrado a no participar en las cosas, ¿verdad?

—Ni por asomo.

Eso me hizo sonreír y me sentí un poco mejor por lo que había pasado en el aparcamiento.

—¿Crees que estos brujos de los que hablaba Roth van a poder contarnos algo?

—A estas alturas, ¿quién rayos sabe? —Me dio un golpecito en las rodillas con la suya—. Pero, si esos humanos que atacaron la comunidad junto a Bael estaban bajo un hechizo, deberían saber quién lo hizo o, al menos, quién es capaz de hacerlo y, a través de esa persona, tal vez podamos averiguar dónde está Bael y si todavía tiene a Misha.

—¿Y si los brujos a los que vamos a ver son los que ayudaron a Bael?

—En ese caso, las cosas se van a poner feas. —Hizo una pausa—. Ya sé que te han enseñado a no usar tu gracia, porque te debilita y puede atraer a otros demonios hacia ti, pero, si alguna vez te encuentras en una situación de la que no puedas salir luchando, úsala.

Al principio, no supe cómo responder.

—¿Sabes?, eres la primera persona que me dice eso. Ni Misha ni Thierry me han dicho eso nunca.

—Sé que supone un riesgo para ti hacerlo, pero prefiero hacerles frente al riesgo y a las consecuencias a que acabes herida o algo peor —me dijo, y noté una sensación cálida y agradable en el pecho—. Si los brujos intentan algo, acaba con ellos.

—Eres bastante sanguinario.

—He aprendido a serlo.

Así era. Aparté la mirada de la suya, la levanté hacia el techo y deseé poder ver las estrellas.

—Echo de menos mi techo.

—¿Qué? —dijo Zayne, y se rio.

Una leve sonrisa me tiró de los labios.

—En casa tengo en el techo unas estrellas increíblemente horteras que brillan en la oscuridad. Son blancas, no verdes. No soy tan hortera.

—Jamás —murmuró—. Recuerdo haberlas visto.

—En fin, me gusta mirarlas. —Encogí un hombro, lo que hizo que me doliera un poco la espalda—. Es una estupidez, ya lo sé.

—No —contestó él—. Es familiar.

No pude evitar preguntarme si alguna vez volvería a tumbarme debajo de ellas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asentí.

—Por supuesto.

—¿Qué le pasó exactamente a tu madre? Odio sacar el tema y me sentí como una mierda por hacerlo cuando estábamos en casa de Roth y Layla, pero dijiste que ese Guardián pensaba que eras...

—¿Una abominación? —aporté, y suspiré.

No solía hablar de mi madre, porque siempre terminaba preguntándome por qué nunca había visto su fantasma ni su espíritu, pero quería hablarle de ella a Zayne. ¿Tal vez porque él no me conocía cuando pasó y eso hacía que me resultara más fácil abrirme? ¿O tal vez porque, a diferencia de Jada o Ty, él sabía lo que era perder a un padre? No estaba segura.

—Mi madre había recibido entrenamiento. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía.



Una pequeña sonrisa me tiró de los labios.

—Quiso entrenar por si pasaba algo. Era así de fuerte, no quería que nadie la cuidara mientras ella se quedaba sentada como una flor frágil.

—Me recuerda muchísimo a su hija.

Eso hizo que se me ensanchara la sonrisa.

—Eso es un cumplido.

—Esa era la intención. ¿Quién la entrenó?

—Thierry y Matthew. Ellos... la querían —dije, y me tumbé de costado para mirar a Zayne de frente—. Y creo que... que todavía lloran su muerte tanto como yo. —Realicé una inspiración corta—. Ryker era un Guardián en el que mi madre confiaba, al igual que Matthew y Thierry. Eran amigos y... siempre fue amable conmigo, pero yo... metí la pata.

—¿En qué sentido?

Cerré los ojos.

—Pasó aproximadamente un año antes de que matara a mi madre. Yo tenía dieciséis años y estaba entrenando con Misha. Me tenía contra las cuerdas. —Hice una pausa—. Solía sacarme ventaja a menudo porque conocía mis debilidades y las aprovechaba para intentar hacerme mejorar.

—Eso tiene sentido.

—Sí, así es. —Pensé en cómo Misha solía mantenerse a propósito en mis puntos ciegos para que aprendiera a reaccionar incluso cuando no podía ver lo que estaba pasando—. En fin, me cabreeé... y, como ya te habrás dado cuenta, puedo ser un poquito impulsiva.

—Solo un poco —contestó, y noté la dulzura en su voz.

—Bueno, Misha se estaba metiendo conmigo, simplemente hacía el tonto, pero perdí los estribos..., el control. Dejé que la gracia se apoderara de mí para recordarle que, a fin de cuentas, nunca podría vencerme. No es que necesitara que se lo recordara, pero me comporté como una cría y... y Ryker me vio. En ese momento no me di cuenta de que me había visto, y ni siquiera sé cómo pasó, porque nunca iba a las instalaciones de entrenamiento, pero..., basándose en eso, averiguó lo que yo era. Me veía como una abominación y una amenaza para otros Guardianes. También sabía que podía atraer demonios a la comunidad, por lo que era una amenaza doble. Se lo contó a otros miembros del clan y decidieron que debían... eliminarme.

—Madre mía. —Zayne sonaba horrorizado.

—Lo más retorcido es que esperó casi un año para ir a por mí. Un año durante el cual fingió ser mi amigo, fue amable con mi madre y ocultó el hecho de que me odiaba. —Dejé escapar un suspiro entrecortado—. En fin, yo solía ir a ver a un médico en Morgantown para algo para lo que no podían tratarme en la comunidad, y Ryker ya nos había acompañado antes, un montón de veces, en realidad, pero... esa vez fue diferente. Después de la cita con el médico, de camino a casa, se detuvo y dijo que había un problema con el coche. Mamá y yo nos bajamos, y entonces actuó. Se transformó y fue a por mí, y me quedé pasmada. Me quedé allí plantada como una imbécil, y mamá... saltó delante de mí, y eso fue..., eso fue todo.

Me tumbé de espaldas mientras Zayne permanecía en silencio y, de alguna forma, cuando estiré las piernas, estábamos más cerca. Mi pierna descansaba junto a la suya.

—Durante prácticamente toda mi vida, me han enseñado a controlar mi gracia. A no usarla hasta que llegue el momento. Pero, si la hubiera usado, podría haberlo detenido..., como hice con

Clay. Podría haber salvado a mi madre...

—Trinity, no sigas por ahí. Acabo de conocerte, pero sé que llevas dos años culpándote. Tú no eres la responsable de la muerte de tu madre.

Tragué saliva sin acabar de creerme todavía que estuviera hablando de eso. Jada estaría tan asombrada que querría grabar ese momento.

—¿Ah, no? Porque ¿y si ese era el momento en el que se suponía que debía usarla? ¿Y si nos estábamos tomando todo ese asunto de «cuando mi padre me convoque» de forma demasiado literal? ¿Y si...?

—Basta. Tú no eres la responsable. Tú no le hiciste daño. Fue ese Guardián. Él. No tú.

Yo sabía que no le había hecho daño a mi madre con mis propias manos, pero no podía evitar pensar que se lo había hecho con mis actos. Me resultaba difícil ignorar que, a fin de cuentas, mi comportamiento había dado lugar a una cadena de acontecimientos que habían conducido a su muerte.

Zayne se mantuvo callado un rato.

—Creo... A veces creo que mi padre sigue aquí.

Levanté la mirada hacia él y apreté los labios.

—Es casi como si pudiera... ¿sentirlo? Sé que no está aquí, y probablemente se deba a que a veces me olvido de que se ha ido. Me encuentro pensando en contarle algo, y entonces me acuerdo. Se ha ido.

—Yo todavía tengo días de esos —admití—. Creo que nunca dejaremos de tenerlos.

—No, probablemente no. —Realizó una inspiración profunda, y pude sentirla—. Las cosas no iban bien entre nosotros hacia el final. Apenas nos hablábamos.

Até cabos basándome en lo que me había contado antes.

—¿Por Layla?

—Sí, por ella. —Se quedó callado de nuevo, tanto rato que empezaron a cerrármese los ojos, y luego volvió a hablar—. Pero, antes de morir, había empezado a darse cuenta de que cómo hubiera nacido alguien y qué fuera no dictaba que esa persona fuera buena o mala. La vida, incluso para las criaturas que creemos que no disponen de libre albedrío para elegir entre el bien y el mal, no es la suma de su ADN. Todo el mundo es... mucho más complicado que eso.

—¿Tuvisteis ocasión de hablarlo antes de que muriera?

—Un poco. —Zayne guardó silencio, y fue como si una eternidad se extendiera entre nosotros antes de que dijera—: ¿Te parece bien que apague la luz?

Abrí los ojos.

—¿Te vas a ir?

—Si quieres, sí.

—No quiero que te vayas.

—En ese caso, no lo haré por ahora.

Las palabras «por ahora» quedaron suspendidas en el espacio que nos separaba mientras yo miraba hacia donde había caído mi mano.

—¿Puedes quedarte un ratito?

—Sí. —La cama se movió un poco cuando estiró la mano hacia la lámpara. Un momento después, la habitación se sumió en las sombras—. Esa foto... Te pareces a tu madre.

Sonreí en la oscuridad.

—Sí.

—Buen material de lectura, por cierto.

—Cierra el pico. —Mi sonrisa se ensanchó. Debía haberlo visto antes de apagar la luz—. Era el libro favorito de mi madre... y el mío.

—Puede que tenga que leerlo.

—No estoy segura de que los vikingos sean lo tuyo.

—Nunca se sabe. —Se produjo una pausa—. Creo que a mi techo le vendrían bien algunas estrellas.

Tardé un momento en darme cuenta de a qué se refería.

—¿En serio?

—Sí. —Soltó una risita suave—. Da la impresión de que no me crees.

—Pensé que te parecerían infantiles o algo así, y no te imagino con estrellas por todo el techo.

—Estoy lleno de sorpresas, Trinity.

Su forma de pronunciar mi nombre me hizo enroscar los dedos de los pies.

No sé cuánto tiempo pasó después de eso, pero todavía seguía despierta y... quería saber más acerca de Zayne.

—Tengo preguntas.

Una risita suave brotó de él y sacudió la cama.

—No me sorprende ni lo más mínimo.

Mi sonrisa volvió a hacer acto de presencia.

—¿Por qué no tienes novia?

—¿Qué? —Resopló en voz baja—. No estoy seguro de cómo responder a eso. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no tienes novio?

—Eso es fácil de responder —dije, y deseé enterrar la cara en la almohada—. Soy una Sangre Original que vive con Guardianes que piensan que soy humana. No tengo muchos candidatos con los que salir precisamente.

—Cierto. —Se movió y noté que su pierna rozaba ligeramente la mía—. ¿Y nunca ha habido nada entre Misha y tú?

—No. En serio. Ya te dije que estuve colada por él durante unos cinco segundos. He estado colada por muchos chicos, pero Misha y yo nunca nos hemos visto así. Además, se supone que los Sangre Original no deben liarse con sus Protectores.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Va contra las normas y, supuestamente, afecta al vínculo. No sé cómo. La verdad es que nunca me lo explicaron. —Hice una pausa—. Y no has respondido a mi pregunta.

—Pues porque, en realidad, no sé cómo responder.

—Eres guapo. Eres divertido y encantador cuando no estás siendo un incordio.

—Gracias. —Una pausa—. Creo.

—Eres... un buen tío. Así que me sorprende que no tengas novia.

Zayne pareció meditarlo.

—Ya sabes que se espera que los Guardianes se emparejen. Tengo casi veintidós años. La mayoría de los Guardianes de mi edad ya se han emparejado y tienen un hijo en camino.

—Sí. Así que ¿por qué no te has emparejado y te has puesto a fabricar bebés?

Se movió a mi lado.

—Si les preguntas a los miembros de mi clan, te dirán que siento poco respeto por la tradición, pero nadie me va a obligar a comprometerme de por vida, aunque esa vida no vaya a ser muy larga.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Tienes planeado morir pronto?

—Me levanto cada día sabiendo que podría ser el último. No lo tengo planeado. Simplemente lo acepto. Fue para lo que me entrenaron desde que nací.

Reflexioné sobre eso y comprendí que decía la verdad. No había muchos Guardianes que llegaran a la edad de jubilación. Esa era una de las razones por las que se emparejaban y tenían hijos tan pronto.

—¿Alguna vez has querido hacer otra cosa?

Zayne suspiró.

—Haces un montón de preguntas.

—Pues sí. —Mis manos se relajaron sobre mi estómago—. Entiendo que tienes este enorme e importante deber, pero ¿ha habido alguna vez en la que no hayas querido estar ahí fuera? ¿En la que quisieras hacer otra cosa? ¿Ser un guerrero es lo que quieres?

—Caray. Vale. Esas son muchas preguntas. ¿Quiero estar ahí fuera? ¿Es esto lo que quiero? —Repitió mis preguntas y luego soltó una breve carcajada—. ¿Sabes?, nadie me ha preguntado eso nunca. Ni siquiera... —Se interrumpió y me pregunté cómo habría terminado esa frase—. Es lo único que conozco, Trinity.

Me mordí el labio.

—Eso no responde a mis preguntas.

—Ya lo sé.

La presión que notaba en el pecho aumentó.

—¿Qué...? ¿Qué harías si no fueras un Guardián?

—No puedo responder a eso.

—Inténtalo —insistí, y le di un golpecito en la pierna con la rodilla.

—De verdad que no puedo. —Apartó el brazo de mi alcance—. Nunca lo he pensado. Nunca me lo he planteado siquiera.

¿Qué clase de vida era esa sin opciones, sin ni siquiera sueños imposibles? Yo los tenía antes de saber lo que era. Todavía soñaba con hacer más que aquello para lo que había nacido, aunque mis opciones estuvieran superlimitadas.

Se hizo el silencio entre nosotros y, después de un momento, le pregunté:

—Cuéntame... Cuéntame cómo es crecer aquí, en la ciudad. —Hice una pausa—. ¿Por favor?

Oí de nuevo esa risa áspera y luego me contó cómo había sido crecer siendo el único niño en una casa enorme, con guerreros entrenados como única compañía hasta que llegó Layla. Aunque no habló mucho de ella. En cambio, habló sobre cómo pasaba las tardes siguiendo a su padre, aprendiéndose todas las calles y los diferentes edificios. No sé cuánto tiempo estuvimos hablando, pero, después de un rato, empecé a sentir sueño.

Me quedé dormida con una sonrisa en los labios.

## Veintisiete

Me senté en la cama, con las piernas cruzadas, y observé la foto de mamá y yo. Acababa de hablar por teléfono con Jada y Ty. Cacahuete estaba en la sala de estar, bailando al ritmo de una música que solo él podía oír, mientras Zayne hablaba con alguien por teléfono. Era por la tarde, alrededor de las tres, y todavía faltaban varias horas para que empezáramos a patrullar.

A lo largo de los últimos días, solo habíamos visto Esbirros. Ni Sicarios Infernales ni demonios Feroces. Ninguna criatura extraña que matara tanto a Guardianes como a demonios. Las noches habían sido bastante largas y aburridas, pero, cuando regresábamos al piso de Zayne, normalmente cerca de las tres de la madrugada... Entonces, eran cualquier cosa menos aburridas. Desde aquella noche en que mi pesadilla lo había despertado, él entraba en el cuarto y se quedaba conmigo hasta que me dormía. Por la mañana, siempre se había ido y, aunque hablábamos de todo durante el tiempo que tardaba en quedarme dormida, a veces minutos y otras veces horas, cuando estábamos despiertos y brillaba el sol, él no mencionaba esas visitas ni yo sacaba el tema.

No estaba segura de a qué se debía, si Zayne solo intentaba ser amable y mantenerme distraída o si había algo más, pero enseguida me vi deseando que llegara ese momento y el final de cada patrulla.

Echaba de menos a Misha con cada fibra de mi ser y había solo unos pocos minutos cada día en los que no pensaba en él, pero, en cuanto lo encontrara, las cosas cambiarían entre Zayne y yo. No me iría de la ciudad, ya que debía cumplir mi parte del trato, pero dudaba que siguiera quedándome en casa de Zayne. ¿Misha y yo nos mudaríamos al complejo? Estaba segura de que volvería a ver a Zayne, pero las cosas... las cosas serían diferentes.

Hice esos pensamientos a un lado.

Mañana nos reuniríamos con Roth y los brujos y, con suerte, averiguaríamos algo que nos conduciría hasta Misha.

Dejé el móvil sobre la cama y le eché un vistazo a la puerta abierta. Zayne ya no estaba cuando me desperté esa mañana, y su visita en plena noche parecía un sueño.

Esperaba que no lo fuera.

Me levanté de la cama, fui hacia la ventana y abrí las persianas lo suficiente como para mirar fuera. Hacía un día radiante y parecía hacer calor. Solté un profundo suspiro y apoyé la frente contra la pared. Cerré los ojos mientras me rodeaba la cintura con los brazos.

Echaba de menos a mamá.

Echaba de menos a Misha.

Echaba de menos a Jada y Ty.

Echaba de menos a Thierry y Matthew.

Mamá se había ido y sabía que todos los demás estaban a salvo, excepto Misha, y no... Dios, no pude evitar pensar en lo que me había dicho Jada. ¿En qué estado iba a estar Misha? Físicamente, sospechaba que hecho un desastre. Lo mismo emocional y mentalmente, pero lo ayudaría a recuperarse.

Con la ayuda de Jada y los demás, podríamos... Podríamos hacer que mejorara, si era necesario. Misha era muy fuerte, así que estaba segura de que estaría haciendo todo lo posible para aguantar. No se desmoronaría. Iba a sobrevivir...

—¿Trinity?

Abrí los ojos y me giré al oír la voz de Zayne. Estaba en la puerta.

—Hola —dije, y lo saludé con la mano con torpeza.

Entró en el cuarto.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Por supuesto.

—¿Estás ocupada? ¿Ahí apoyada contra la pared?

—Superocupada. Intento hacer esto una vez al día por lo menos.

—Siento interrumpir —contestó, y empezó a darse la vuelta.

—¿Qué pasa? —Me aparté de la pared y fui a toda prisa hacia él. Calculé mal cuánto sobresalía la cama y me golpeé la pantorrilla con la pata—. ¡Ay!

—Mierda, he oído eso. —Dio un paso hacia mí con los ojos de color azul claro muy abiertos—. ¿Estás bien?

—Sí —murmuré—. Bueno, ¿qué pasa?

Ví la duda reflejada en su cara.

—Nicolai quiere verme. Pensé que querrías venir conmigo.

—¿En serio? —pregunté, y abrí mucho los ojos.

—Claro —contestó, y estaba lo bastante cerca como para ver una leve sonrisa—. Me preguntaste si podrías conocer a Jasmine o Danika. Ahora es el momento perfecto. No puedo garantizar que las dos estén allí, pero estoy seguro de que una sí que estará.

—No... —Me interrumpí, pues me di cuenta en ese momento de que no lo había creído cuando me dijo que podría conocerlas. Ni siquiera estaba segura de por qué había pensado que no hablaba en serio—. Vale. ¿Voy bien vestida así? —Me miré. Unas mallas negras y una camiseta larga sin mangas podrían resultar demasiado informales—. Puedo cambiarme.

—Estás bien. —Se rio entre dientes—. Solo vamos al complejo, no a la ópera.

Agarré el móvil y clavé la mirada en su espalda, con los ojos entrecerrados, mientras salía del cuarto.

—Solo quiero causar buena impresión. A ver, no quiero que me miren y piensen: «¿Quién es esta tía con esas pintas?».

Zayne soltó una risita mientras se acercaba a la isla y recogía las llaves.

—No tiene gracia. —Al darme la vuelta, encontré a Cacahuete acomodado sobre el saco de boxeo. Sacudí la cabeza—. ¿Y si no les caigo bien?

Zayne me miró por encima del hombro con el ceño fruncido.

—No veo por qué no ibas a caerles bien, pero ¿por qué habría de importarte caerles bien o mal? No son tu clan, Trinity. A estas alturas, apenas son el mío.

El trayecto hasta el complejo de los Guardianes transcurrió en silencio en su mayor parte mientras yo reflexionaba sobre lo que había dicho Zayne. No me molestaba que dijera que esas personas no eran mi clan. Era cierto, y ¿quién sabía cuándo volvería a verlos? Lo que me preocupaba era lo que había dicho sobre sí mismo. ¿No se sentía parte de su clan..., de su familia? No supe qué decir al respecto mientras miraba por la ventanilla. En cierto sentido, entendía cómo se sentía, porque sabía cómo era vivir con un clan pero no formar parte de él, aunque no era una Guardian. Que él se sintiera así era un asunto muy grave.

Jugueteé con el dobladillo de la camiseta mientras nos acercábamos a un puente. A lo lejos, vi algo alto y blanco contra el cielo azul. Entrecerré los ojos.

—¿Eso es... el Monumento a Washington?

—¿Qué? Sí. Así es.

—Caray —susurré, y deseé poder verlo con más claridad.

—¿Es la primera vez que te fijas en él? Deberías haberlo visto todas las noches mientras hemos estado patrullando.

—Supongo que no presté atención —mentí, y hundí los hombros—. Un día de estos, cuando recuperemos a Misha, me encantaría verlo de cerca y tal vez visitar los museos.

Zayne mantuvo una mano en el volante mientras me miraba.

—Te diría que creo que sería divertido, pero tengo la sensación de que Misha no me querría cerca mientras exploras D.C.

Eso me hizo sonreír.

—Creo que acabarás cayéndole bien.

—¿En serio?

—Sí, a mí me pasó. —Lo miré—. A pesar de que a veces eres un cretino.

Zayne negó con la cabeza.

—No sé yo. Creo que, aun así, tendría un problema conmigo.

—¿Por lo del alma? —señalé, y deseé que no llevara puestas las gafas de sol para poder verle los ojos—. Misha lo superará. Creo que os llevaríais bien. A los dos os gusta intentar mangonearme.

—Y no nos haces caso a ninguno de los dos, así que tenemos eso en común.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Bueno, ¿qué se supone que debo decir si me preguntan quién soy?

—Nicolai ya les ha contado que estás aquí, que has venido de la sede regional y estás buscando a un amigo. Eso es lo único que necesitan saber.

Alcé las cejas.

—Esa explicación no suena nada sospechosa.

—Bueno, pueden sospechar todo lo que quieran, pero da igual. —Giró a la derecha y se adentró en una frondosa zona boscosa, y por fin sentí que podía respirar hondo a medida que la presencia constante de los demonios disminuía—. Pero los miembros del clan son buenas personas. Se les puede confiar la verdad de lo que eres.

Mamá y yo habíamos creído que Ryker era una buena persona, pero las buenas personas hacían cosas malas.

Nos acercamos a una verja que se abrió cuando nos aproximamos. Más adelante, vi el enorme edificio de ladrillo de varios pisos de alto. Me recordó tanto a la casa de Thierry que me dolió el pecho.

—De perlas —murmuré, y me miré las palmas de las manos.

Tenía la piel roja, pero no raspada. Me di cuenta de que alguien se había unido a nosotros al pie de los escalones. Levanté la vista y abrí mucho los ojos detrás de las gafas de sol al contemplar a una preciosa Guardiana de pelo oscuro que no podía ser más que unos pocos años mayor que yo.

—Eres muy guapa —le espeté.

Ella sonrió mientras le echaba un vistazo a Zayne, que seguía detrás de mí, sujetándome por los brazos, como si temiera que volviera a caerme.

—Me cae bien, Zayne.

—No me cabe duda —contestó él con ironía—. Danika, esta es Trinity.

—¡Hola! —La chica me ofreció la mano—. Me preguntaba cuándo podría conocerte.

Zayne me soltó entonces y le estreché la mano.

—Por lo general, intento causar una mejor primera impresión.

Danika se rio mientras agitaba la mano.

—No te preocupes por eso. —Me apretó la mano antes de soltarla—. Siento mucho lo de tu amigo. Espero que lo encuentres.

—Gracias —contesté, y lo decía en serio.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Zayne mientras me rodeaba.

No sabía decir cuál de los dos fue primero hacia el otro, pero se abrazaron, y fue un abrazo real, lleno de afecto. Noté una opresión en el pecho de nuevo, porque era el tipo de abrazo que Jada y yo nos dábamos..., el tipo de abrazo que Misha y yo compartíamos.

—Bien. —Danika se apartó y lo agarró de los brazos—. ¿Y a ti?

—Genial.

Ella ladeó la cabeza como para sugerir que no se lo creía, pero luego se volvió hacia mí.

—Espero que estés procurando que Zayne no se meta en líos.

—Esto..., bueno, probablemente sea al revés.

Danika sonrió con picardía mientras le dirigía a Zayne una larga mirada que no pude descifrar. Empezamos a subir los escalones.

—Cuando Nicolai dijo que ibais a venir, me emocioné muchísimo.

—¿Estás tan aburrida? —comentó Zayne mientras yo los seguía con cuidado por los escalones para asegurarme de no volver a caerme.

—Dios, sí. —Se rio y se echó el brillante pelo negro por encima del hombro—. Además, a Izzy y a Drake les están saliendo los dientes, así que estoy a punto de tirarme por la ventana.

Los bebés gárgola daban mucho trabajo. Los bebés gárgola a los que les estaban saliendo los dientes probablemente fueran una pesadilla.

Zayne se adelantó y abrió la puerta mientras Danika me miraba por encima del hombro.

—¿Qué te parece la ciudad hasta ahora?



—Está bien, por lo que he visto —contesté, y entonces me quedé enseguida sin nada más que decir. Por lo general, no era tan torpe, pero hoy no parecía yo misma—. Quiero decir que me gustaría ver más algún día.

—Deberías llevarla a dar una vuelta, Zayne. —Danika le dio un empujón al pasar a su lado—. ¿La tienes encerrada en tu piso?

Alcé una ceja mientras observaba el amplio vestíbulo circular. Había un montón de puertas.

—A todas horas del día y de la noche —respondió Zayne.

—En realidad, eso suena bastante entretenido. —Danika soltó una risita cuando él sacudió la cabeza—. Creo que Dez y Nicolai están...

De pronto, una mancha borrosa de color gris vino directamente hacia mi cara. Retrocedí un paso a trompicones, ahogué una exclamación y levanté los brazos por reflejo al mismo tiempo que alguien gritaba:

—¡Izzy, no!

Unas manos y unas alas se estrellaron contra mí y, cuando quise darme cuenta, estaba sujetando a una gargolita que se retorció. Era muy pequeña, pero pesaba como una tonelada y me golpeaba los brazos con los puñitos. Sus facciones se aunaron. Estaba en su forma de Guardian, su cara regordeta era de color gris pizarra y unos cuernitos separaban una masa de rizos pelirrojos. Me rodeó con los brazos y me abrazó tan fuerte como lo haría un amigo al que no veía desde hacía mucho tiempo.

Me quedé inmóvil por el asombro mientras la gargolita murmuraba cosas incomprensibles y se mecía en mis brazos mientras se aferraba a mí con todas sus fuerzas. Miré a Danika y a Zayne por encima del batir de una alita. Los dos nos miraban boquiabiertos mientras yo le daba torpes palmaditas a la niña en la espalda, entre las alas.

—Hola —dije, y apreté los brazos alrededor de la pequeña cuando esta echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita desenfrenada. Dirigí la mirada más allá de ella, hacia Zayne y Danika. Ambos nos miraban atónitos—. Supongo que esta debe ser Izzy.

Zayne asintió.

—Pues sí —contestó Danika—. Así es... Y esta es mi hermana, Jasmine.

Un momento después, una mujer que se parecía muchísimo a Danika se acercó a toda prisa.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho. En realidad, Izzy estaba durmiendo la siesta y, de pronto, echó a volar, y aquí está. —Jasmine estiró las manos hacia su hija y la agarró por la cintura, pero la niña siguió aferrada a mí—. ¡Oh! Lo siento. Izzy, suéltala.

Izzy no me soltó, y ahora me había agarrado el pelo con los puños.

—Creo que le gusto.

—Yo también lo creo —coincidió Jasmine.

Bajé la mirada y me di cuenta de que había un niño de la misma edad que Izzy aferrado a la parte posterior de la pierna de Jasmine. Se asomaba por detrás de su madre y me observaba con sus grandes ojos azules.

—Hola.

Volvió a esconderse de golpe. Un segundo después, vi aparecer un enorme ojo azul detrás de la pierna de Jasmine.

Sonreí.

—Izzy, si no sueltas a esta pobre chica, no te daré pudín para merendar.

La pequeña me soltó de inmediato y rodeó el cuello de su madre con los brazos.

—Vaya, qué rápido ha funcionado.

Jasmine sonrió.

—Esta niña solo se comporta a cambio de pudín y nada más. Una vez más, lo siento mucho.

—No pasa nada. —Sonreí—. Ha sido un bonito recibimiento.

—Me alegra que pienses eso. —Jasmine se volvió hacia donde se encontraban Danika y Zayne—. Danika, ¿puedes hacerme un gran favor y agarrar a Drake para que no me tropiece con él?

—Por supuesto. —Se apartó de Zayne y agarró en brazos al niño, que hundió la cara enseguida en el cuello de su tía—. Drake es un poco tímido.

—Y, como puedes ver, Izzy no. —Jasmine sonrió mientras retrocedía—. Estos dos no podrían ser más diferentes.

—¿Los dos han aprendido a transformarse ya? —le pregunté.

—Izzy puede transformarse por completo y mantenerse así, pero, de momento. Drake solo puede transformarse en parte —respondió Jasmine mientras la niña se retorció hacia mí en los brazos de su madre—. Izzy prefiere estar en su forma de Guardiania.

—Drake simplemente se lo piensa demasiado, ¿no es así? —Danika le alborotó el pelo al niño, que levantó la cabeza y le dedicó una pequeña sonrisa antes de volver a enterrar la cara—. Izzy no se piensa nada dos veces. Si quiere hacer algo, simplemente lo hace.

—Mi tipo de chica —dije mientras jugaba con la mano de Izzy, que había estirado los brazos de nuevo hacia mí.

—Y la nuestra también. —Danika y su hermana intercambiaron una mirada—. Pero le provoca un ataque al corazón a su papá cada cinco segundos.

Solté una carcajada y, al mirar a Zayne, vi que estaba apoyado contra la pared, con los tobillos cruzados y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Tenía una leve sonrisa en la cara y la mandíbula, que normalmente mantenía apretada, estaba relajada. Me llamó la atención lo mucho que me recordó a aquel día en casa de Roth y Layla.

Zayne estaba ahí, pero no formaba parte de eso.

Mi sonrisa vaciló cuando él inclinó la cabeza hacia mí.

Se oyó el sonido de unas voces masculinas procedente de una de las habitaciones cerradas y luego se abrió una puerta. Un Guardián salió al pasillo. Estaba demasiado lejos para poder distinguir su cara, pero reconocí la voz de Dez cuando habló.

—¿Isabella ha vuelto a atacar a alguien?

—No. —Jasmine se rio—. Estaba contentísima de ver a Trinity.

—¿Ah, sí? —Dez bajó con aire decidido por el pasillo y se detuvo para recoger a su hijo de los brazos de Danika—. Hola —me saludó mientras se colocaba a Drake debajo del brazo.

—Hola —contesté, y agité la manita de Izzy en dirección a Dez, y la niña soltó una carcajada.

—¿Cómo han ido las cosas? —Dez le dirigió esa pregunta a Zayne.

—Bien. Nada que contar aparte de la información que ya os he pasado —contestó mientras se apartaba de la pared—. ¿Y por aquí?

—Normal, pero tenemos noticias. —Dez me miró—. Esto es algo que Trinity querrá oír, así que me alegro de que la hayas traído. Vamos a ver a Nicolai.

Zayne me miró. Desenredé mis dedos de los de Izzy mientras Danika recibía a Drake de manos de su padre. Fui a reunirme con ellos.

—Recuérdale a Nicolai que tiene treinta minutos —dijo Danika—. O me voy sin él.

Dez fulminó a su cuñada con la mirada, pero ella simplemente le sonrió, y dos cosas me resultaron extrañas. En primer lugar, lo de marcharse sin el líder del clan, una amenaza que ni siquiera le había oído hacer a un Guardián del sexo masculino, y, en segundo lugar, ¿Danika iba a salir? ¿Del complejo? ¿Sola?

La mirada de Danika se encontró con la mía y mis pensamientos debieron reflejarse en la cara.

—Izzy ha salido a su tía —me explicó, y Jasmine asintió con la cabeza—. Hago lo que me da la gana.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba.

—Me caes bien.

Danika me guiñó un ojo.

—Vamos. —Dez nos hizo un gesto para que lo siguiéramos—. Antes de que Danika y tú os pongáis a charlar, porque tengo el presentimiento de que saldrán cosas muy malas de eso.

—Ahora sí que estoy deseando hablar con ella —dijo Danika.

—No estoy seguro de cuál de las dos sería la peor influencia —comentó Zayne, y lo miré con las cejas enarcadas—. Tú o Danika.

—Añade a Layla, y toda la casa quedará reducida a cenizas —opinó Dez.

—¡Te he oído! —gritó Danika desde el vestíbulo.

Le eché un vistazo a Zayne, pero no mostró ninguna reacción ante el nombre de Layla ni ante el hecho de que uno de los miembros del clan la hubiera mencionado. Yo desconocía los detalles sobre quién se había vuelto contra ella y quién no.

Dez abrió la puerta y, de inmediato, percibí un ligero aroma a tabaco. Al entrar, divisé a Nicolai detrás de un escritorio amplio y grande. Levantó la vista de los papeles que estaba hojeando mientras yo entraba lentamente en la habitación. Dez se adelantó y pisó una alfombra tejida con colores brillantes.

—Danika quería que te recordara que, si no estás listo en treinta minutos, se irá sin ti.

Nicolai suspiró, pero, cuando habló, su voz estaba cargada de cariño.

—Cómo no. —Se recostó en la silla—. Bueno, pongámonos manos a la obra para que no tenga que perseguirla por todas las calles de D.C.

Abrí la boca para preguntar si de verdad Danika tenía permitido deambular por la ciudad, pero me di cuenta de que Zayne no estaba con nosotros. Miré detrás de mí y vi que se había detenido en la entrada del despacho. Parecía más pálido de lo normal mientras recorría despacio la habitación con la mirada, como si lo asimilara todo.

Entonces lo comprendí.

Ese había sido el despacho de su padre.

Se me rompió el corazón y empecé a girarme hacia él, pero entonces avanzó por fin, con esos ojos pálidos fijos en mí. Esperé hasta que estuvo a mi lado y luego susurré:

—¿Estás bien?

—Siempre —repitió, y luego se volvió hacia Nicolai—. ¿Tienes novedades para nosotros?

Si Nicolai o Dez notaron su vacilación, no lo mencionaron, pero entonces Nicolai soltó la bomba.

—Vieron a Bael anoche.

—¿Qué? —exclamé con un grito ahogado al mismo tiempo que Zayne daba un paso adelante —. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Cal lo vio anoche cuando estaba de patrulla, alrededor de las ocho, cerca de Franklin Square —respondió Nicolai.

Se me aceleró el corazón. Esa era una noticia de suma importancia..., una noticia que no me esperaba.

—¿Cal está seguro de que vio a Bael? ¿Sin ninguna duda? —preguntó Zayne.

Dez asintió mientras se echaba hacia atrás y agarraba algo del escritorio.

—Pudo sacarle una foto con el móvil. La imprimimos. —Se la pasó—. ¿Crees que es él?

Me acerqué a toda velocidad a Zayne y observé detenidamente la imagen un tanto borrosa de un hombre alto y de pelo oscuro que estaba de pie junto a una limusina negra. Iba vestido con un traje gris y llevaba el pelo negro peinado hacia atrás. Estaba mirando hacia arriba, e incluso vi la extraña luz amarilla que se había reflejado en sus ojos.

—Es él —afirmé, y la esperanza cobró vida—. Ese es Bael.

—Así es. —Zayne levantó la mirada mientras yo prácticamente le arrebatava la foto de las manos—. ¿Sabemos quién va en el vehículo?

Entrecerré los ojos. Había... alguien en el asiento trasero.

—Todavía no estamos seguros, pero le pedimos a nuestros contactos en la policía que comprobaran la matrícula. Está registrado a nombre de una empresa de la zona que alquila vehículos con conductor. Estamos esperando información sobre quién era el conductor y a quién llevaba. En cuanto nos enteremos, os avisaremos.

Bael estaba en la ciudad.

—Es una buena noticia —dije, y miré a Zayne—. ¿Verdad? En cuanto averigüemos con quién está, con suerte podremos encontrarlo.

Él asintió con la cabeza.

—No solo eso. Ahora sabemos por dónde empezar a patrullar.

## Veintiocho

—¿Estás segura de que no corres peligro aquí arriba? —me preguntó Zayne, que me ofreció la mano cuando llegué a la cima de la escalera de incendios del edificio que daba a Franklin Square.

Me lo quedé mirando con una ceja levantada. Estaba en su forma de Guardián y suponía una vista hermosa y primaria con el cabello rubio separado por los temibles cuernos. Coloqué mi mano en la suya, que estaba cálida y dura.

—Hablas como Misha.

—En otras palabras, ¿estoy haciendo preguntas razonables?

Me levantó con un brazo, y ni siquiera sé qué pasó. O bien Zayne subestimó su fuerza o sobreestimó cuánto esfuerzo haría falta para levantarme, pero terminé pasando muy por encima de la cornisa. Sin poder tocar la azotea de cemento con los pies, caí hacia delante, contra Zayne. Él me soltó la mano y me atrapó rodeándome la cintura con los brazos.

—Caray —dijo, y se rio, mientras me depositaba sobre mis pies—. ¿Y se supone que no debe preocuparme que estés aquí arriba?

—Eso no fue culpa mía. —Eché la cabeza hacia atrás. La plateada luz de la luna le iluminaba la cara—. Eres como el increíble Hulk.

—No sé yo.

Suponía que me soltaría y retrocedería un paso para mantener una distancia respetable como siempre, pero, cuando no lo hizo, deseé poder verle los ojos y saber qué estaba pensando. No estábamos tan cerca como en el metro, pero podía sentir el calor de su cuerpo.

Realicé una inspiración rápida y poco profunda mientras apoyaba las manos en sus brazos.

—No tienes que preocuparte de que esté aquí arriba. En serio.

—No puedo evitar preocuparme por ti, cuando estamos a más de sesenta metros de altura. — Sus brazos se aflojaron y sus manos se deslizaron hasta la parte baja de mi espalda—. Eres una tía dura, Trinity, pero no creo que salgas bien parada si resbalas y te caes.

—No me voy a caer. Y puedo hacer unos saltos bastante impresionantes. —Me aparté y me liberé de sus manos, pues ahora me sujetaba con poca fuerza—. Puedo demostrártelo si quieres...

—Va a ser que no. —Me tomó la mano y me acercó de nuevo hacia él—. No necesito una demostración. Hemos subido aquí arriba a patrullar, no a presumir.

—Pero yo quiero presumir —protesté mientras tiraba de mi mano, pero me agarró con más fuerza—. Puedo saltar por encima del callejón e ir de azotea en azotea. Es probable que incluso pueda cruzar la calle si tomo suficiente carrerilla.

—Te sugiero que no intentes hacer eso.

—¿Y qué se supone que debo hacer si vemos a un demonio o a Bael abajo? ¿Tú saltarás sin más y se supone que yo debo ir lentamente hacia la escalera de incendios y bajar por ella?

Zayne me llevó hacia el centro de la azotea, con las alas plegadas.

—Puedes bajar rápidamente por la escalera de incendios.

—Así seré muy útil si necesitas ayuda —repuse, y puse los ojos en blanco.

—Prefiero que estés viva a que seas útil. —Me soltó la mano entonces—. Además, ha estado tranquilo el último par de noches.

Tenía razón en eso.

Pero esa noche parecía diferente porque ahora sabíamos que Bael había estado ahí.

Mientras yo deambulaba y me alejaba del centro del edificio, Zayne iba justo detrás de mí, como una sombra..., como Misha. Levanté una mano al notar una opresión en el corazón y me froté el centro del pecho.

Echaba tanto de menos a Misha que era como un dolor físico y me pregunté cómo Zayne podía haberse distanciado tanto de su clan. Me giré hacia él.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Sabes?, pensaría que te pasa algo si no tuvieras alguna pregunta que hacerme.

Resoplé.

—Bueno, así te darás cuenta si alguna vez me poseen.

—Cierto. —Sus alas se extendieron detrás de él y casi taparon la luz de la luna—. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Con qué frecuencia ves a tu clan?

Se produjo un instante de silencio.

—¿Por qué?

—Simple curiosidad.

—Es algo extraño por lo que sentir curiosidad.

—¿Y bien? Simplemente responde a la pregunta.

—Me pongo en contacto con ellos a menudo.

Me acerqué un poco más a él.

—Teniendo en cuenta cómo reaccionaron Danika y Jasmine, parecía que hubieran pasado semanas, si no más.

—Bueno, hacía un tiempo que no los veía, y a veces hablo con Nicolai o Dez por teléfono o aquí, en la ciudad.

—Entonces, ¿cuánto tiempo hace que no ibas a casa? —insistí, y él echó las alas hacia atrás de golpe, pegadas al cuerpo. Me crucé de brazos—. ¿Qué pasa? Esa es tu casa, Zayne.

—A mí no me lo parece. Ahora que mi padre ya no está y... —Se interrumpió, luego se dio la vuelta y se dirigió con aire decidido hacia la cornisa—. Hacía un tiempo que no iba allí.

—¿No...? ¿No los echas de menos? A ver, yo no llevo mucho tiempo fuera y los echo tanto de menos a todos que me duele.

—No es lo mismo. —Se subió a la cornisa de un salto y se quedó allí encaramado mientras contemplaba la ciudad desde lo alto—. Mi clan sigue aquí, en esta ciudad, y puedo verlos cuando quiera.

—Sí, así es —dije, y apreté los puños—. Debe estar bien tener ese privilegio.

Giró la cabeza hacia un lado y transcurrió un largo momento.

—No lo entiendes. Al volver allí..., en lo único en lo que puedo pensar es en mi padre, en que no pude salvarlo y en que no pude evitar que... que le hicieran daño a Layla. Ese lugar solía guardar buenos recuerdos. Recuerdos estupendos, pero ahora... ya no tanto.

Me quedé mirando su forma en la penumbra.

—Sé lo que se siente, Zayne, ¿o lo has olvidado?

Él soltó una maldición.

—No, claro que no. Lo siento...

—No te disculpes. Simplemente... escúchame. Me dijiste que yo no era la responsable de la muerte de mi madre, y no pretendo sonar como una imbécil arrogante, pero soy más fuerte que tú. Podría haber acabado con la vida de Ryker en un abrir y cerrar de ojos, pero no lo hice. Tú no podías salvar a tu padre...

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

Se puso en pie con fluidez y se volvió.

—Estaba distraído con mierdas personales, Trinity. Tenía la cabeza en otro sitio. De lo contrario, podría haber detenido el ataque.

No estaba segura de si eso era cierto o no, pero tenía la sensación de que no era tan simple.

—Así que ¿simplemente andabas por ahí deprimido sin hacer nada cuando murió?

—No. Estaba luchando contra un espectro.

Levanté las manos en el aire.

—Mira, puede que estuvieras distraído, pero tampoco es que no estuvieras haciendo nada. Su muerte no fue culpa tuya, y no tengo ni idea de lo que pasó con Layla, pero estoy segura de que tampoco tuviste la culpa de eso.

—Oh, eso fue únicamente culpa mía. —Bajó a la azotea—. Casi hago que la maten, pero no se trata solo de eso. Hay más. —Suspiró y miró por encima del hombro hacia la calle—. Los echo de menos. De verdad. Pero necesito espacio. Por eso me mudé. Por eso no me hice cargo del clan.

—¿Porque sientes que le fallaste a tu padre?

—Porque no estoy seguro de si... si puedo hacerlo. —Estaba delante de mí, con las alas extendidas—. No sé si podría liderar al clan cuando ya no creo que lo que están haciendo sea lo correcto.

Abrí mucho los ojos al oírle admitir eso.

—¿Lo de matar demonios indiscriminadamente?

Asintió.

—Solo porque nos digan que algo está bien no significa que lo esté.

No supe cómo responder a eso. El hecho de que Zayne estuviera poniendo en duda todo eso de «todos los demonios son malvados» ya se consideraría bastante malo, pero supuse que a los Alfas no les haría nada, pero nada de gracia enterarse de eso.

Al igual que a mi padre.

Pero, después de conocer a Roth, Layla y, sí, incluso a Cayman, pensé que Zayne podría tener razón. Me estaban ayudando cuando, al principio, mi propio clan quería que yo simplemente... pasara página.

—Eso es digno de admiración —dije por fin.

—¿El qué?

—Tú —contesté, y asentí—. Es digno de admiración que te permitas ver lo que es probable que vea menos del uno por ciento de los Guardianes.

Él ladeó la cabeza.

—¿Y qué opinan los Sangre Original?

Me encogí de hombros.

—Creo... creo que tengo mucho que aprender sobre..., bueno, todo.

—Ya.

—Pero...

—No quiero seguir hablando de esto. —Cuando abrí la boca, añadió—: En serio.

Cerré la boca de golpe y luego asentí. Me sorprendía que me hubiera contado todo eso. Me sentía como si hubiera escalado la muralla de una fortaleza. Cuando la cálida brisa me levantó el fino pelo de la nuca, pensé en el día en el que Zayne y su clan habían llegado.

—En casa, yo solía trepar a los edificios cuando Misha se subía a uno a descansar. Ahí estaba cuando os vi aparecer... en el tejado del Gran Salón. No sé si te lo había contado o no. En fin, Misha lo odiaba, siempre le preocupaba que alguien me viera o que me cayera —comenté mientras me acercaba a la cornisa—. Pero a mí me encantaba... estar tan alto y tan cerca de las estrellas. No puedo volar, así que esto es... Esto es lo más cerca que puedo llegar.

Zayne maldijo en voz baja cuando salté a la cornisa y aterrizó rápidamente a mi lado, y situó su enorme cuerpo de tal forma que pudiera atraparme si perdía el equilibrio.

Sonreí mientras daba media vuelta sobre la cornisa y me alejaba de él. Mi visión periférica no consistía más que en sombras y de noche no veía prácticamente una mierda, pero mi equilibrio era magnífico. Más adelante, podía ver dónde terminaba el edificio. Antes, cuando estábamos en el callejón, el espacio entre los edificios me había parecido de unos seis metros.

Zayne se mantuvo justo detrás de mí.

—¿A qué viene esa fascinación por las estrellas?

Volví la mirada hacia él mientras me mordía el labio inferior y luego la alcé hacia el cielo.

—¿Puedes ver las estrellas? ¿Ahora mismo?

No respondió de inmediato, y supuse que era porque no se había esperado esa pregunta.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Porque Dios tiene un sentido del humor muy retorcido? —Solté un profundo suspiro, a punto de hablar de algo de lo que hablaba incluso menos que de la muerte de mi madre. No quería hacerlo, pero había conseguido que Zayne se abriera un poco, así que tal vez era... Era mi turno —. Mi padre es un ángel..., un arcángel, Zayne. Es tan poderoso y... la mayoría de la gente le tiene tanto miedo que ni siquiera me gusta decir su nombre. Su sangre corre por mis venas, su ADN, pero también el de mi madre y su familia. Resulta que no tienen unos genes demasiado buenos, y algunos de esos genes defectuosos acabaron en la mezcla.

—¿A qué te refieres?

—Tengo algo llamado retinosis pigmentaria, y, no, no me pidas que lo deletree. Es probable que ni siquiera lo esté pronunciando bien. Es una... enfermedad ocular degenerativa que, por lo general, acaba causando ceguera parcial o total —le expliqué de manera bastante objetiva—. Suele ser hereditaria, pero a veces puede aparecer sin más. Una de mis bisabuelas la tenía, luego se saltó un par de generaciones y acabó tocándome a mí tener una vista de mierda. Tengo poca visión lateral. Por ejemplo, si miro al frente, ni siquiera puedo verte. No eres más que una masa



borrosa de sombras. Es como llevar esas anteojeras que les ponen a los caballos —añadí mientras colocaba las manos a ambos lados de mi cabeza—. Y mi percepción de la profundidad es horrible.

—Un momento. ¿Por eso te he visto dar un respingo si algo se te acerca a la cara?

Asentí.

—Sí, si algo se me acerca por un lado, a menudo no puedo verlo hasta que está... justo ahí, en mi visión central. Mis ojos no se adaptan bien al pasar de la luz a la oscuridad, y la luz superbrillante es igual de mala que las zonas superoscuras. Veo... puntitos negros, como si fueran moscas volantes, que a estas alturas son fáciles de ignorar, pero ya tengo cataratas. Es un efecto secundario de los colirios con esteroides que tuve que ponerme cuando era más joven. —Me encogí de hombros y empecé a caminar de nuevo por la cornisa—. Por eso, al mirar la luna, me parece que en realidad hay dos lunas, una encima de la otra, hasta que cierro el ojo derecho.

Me detuve con las manos en las caderas y bajé la mirada hacia el parque para compararlo con la calle. Los árboles no eran más que formas de oscuridad más densa que se recortaban contra sombras más claras, a pesar de que el parque estaba iluminado.

Zayne me tocó el brazo y, al mirarlo, vi que había regresado a su forma humana.

—¿Qué significa eso exactamente? ¿Te vas a quedar ciega?

Encogí un hombro de nuevo.

—No lo sé. ¿Probablemente? El hecho de que no sea del todo humana complica las cosas, y la enfermedad requiere cierto mapeo genético para ver cuál podría ser el pronóstico... Supongo que entiendes por qué eso es imposible. Pero la enfermedad no es predecible, ni siquiera en humanos. A mi edad, algunas personas están completamente ciegas. Otras no manifiestan síntomas hasta pasados los treinta. Tal vez mi pérdida de visión se ralentice debido a la sangre angelical que llevo dentro, o tal vez se detenga por completo, pero ha ido empeorando, así que no creo que mi lado angelical esté sirviendo de mucho. Simplemente no lo sé. Nadie puede responder a eso. Nadie puede responder a eso ni siquiera respecto a muchos humanos que padecen esta enfermedad.

Zayne me escuchaba en silencio, así que continué.

—Cuando mi madre se dio cuenta de que me chocaba con las cosas con más frecuencia y tenía problemas para orientarme cuando había mucha luz fuera, Thierry y ella me llevaron a un oculista, que les echó un vistazo a mis ojos y me envió a un especialista. Tras un montón de pruebas latosas, se confirmó la enfermedad. Decir que fue un *shock* sería quedarme corta. —Me reí—. A ver, venga ya. Soy una Sangre Original. Pelear teniendo estas enormes lagunas en mi campo de visión no es precisamente fácil. Así que ¿cómo pasó esto? Pero es... lo que hay.

—Me había dado cuenta de algunas cosas, como los respingos que dabas y que tus pasos parecían vacilantes por la noche, pero nunca lo habría adivinado —dijo Zayne—. Jamás.

—Ya, supongo que igual que la mayoría. ¿Sabes? La mayoría de la gente solo piensa en los ciegos y los que ven, y no entienden ni se imaginan todo lo que hay en medio. Yo no oculto que tengo esta enfermedad. —Lo miré—. Simplemente he aprendido a compensarla, hasta tal punto que a veces incluso yo misma me olvido... Pero entonces me choco con una puerta o una pared, y eso me lo recuerda enseguida.

—¿Y las estrellas?

Una leve sonrisa me tiró de los labios al recordar lo que me había preguntado una vez el oculista de Morgantown.

—En mi última cita, hace como un año, mi oculista me preguntó si todavía podía ver las estrellas por la noche. Me extrañé cuando me lo preguntó, porque tuve que pensarlo y me di cuenta de que no podía responder a la pregunta. No había mirado las estrellas desde hacía... una eternidad, y caí en la cuenta de pronto, ¿sabes? De que un día levantaría la mirada y no vería ninguna estrella, y eso sería todo. Nunca podría ver algo tan... hermoso y simple otra vez. Hasta ese momento, lo había dado por sentado. Así que cada noche levanto la vista para comprobar si puedo ver las estrellas.

Zayne no respondió, pero sentí su intensa mirada sobre mí. Empecé a retorcerme el pelo mientras encogía un hombro, sin saber qué más decir.

—Pues eso...

Transcurrió un momento.

—¿Puedes ver las estrellas ahora?

Eché la cabeza hacia atrás y levanté la mirada. Era una noche despejada y el cielo parecía una oscura mancha de petróleo salpicada de puntitos diminutos.

—Sí. Son muy tenues. —Levanté la mano y señalé dos estrellas, una encima de la otra—. Justo ahí. Hay dos. —Cerré el ojo derecho y las dos manchitas blancas borrosas se convirtieron en una—. Ah, espera. —Me reí—. Ahí solo hay una estrella.

—Sí —murmuró Zayne y, cuando me giré hacia él, vi que estaba mirando hacia donde yo había señalado—. Ahí hay una estrella. —Se volvió hacia mí y nuestras miradas se encontraron—. ¿Ves más?

Aparté la mirada con gran esfuerzo, pues me sentía un poco mareada y tonta. Volví a escudriñar el cielo.

—Un par. ¿Por qué? ¿Hay muchas estrellas?

Cuando no respondió, le eché un vistazo y descubrí que me estaba observando una vez más, con la cabeza ligeramente ladeada, lo que hacía que un mechón de pelo rubio le rozara la mejilla.

Seguí retorciéndome el pelo a medida que mi nerviosismo crecía como si un grupo de pájaros despertaran y echaran a volar. Aparté la mirada.

—Supongo que el cielo está lleno de estrellas, ¿no?

—Sí, pero las únicas que importan son las que tú ves.

Mi mirada se dirigió bruscamente hacia la suya.

Me sonrió.

—Eres... Eres increíblemente fuerte.

El comentario me pilló desprevenida.

—¿Qué?

—Estás ahí de pie hablando de perder la vista como si no fuera nada. Como si no fuera gran cosa, y es algo enorme. Y lo sabes. —Estiró el brazo y colocó su mano sobre la mía, lo que me sobresaltó. Me desenredó los dedos del pelo con suavidad—. Pero estás lidiando con ello. Viviendo con ello. Si esa no es la definición de fortaleza, no sé cuál será.

Los pájaros se trasladaron a mi pecho.

—No creo que sea fortaleza.

Me hizo apartar la mano del pelo.

—Trin...

Sonrojándome al oírle usar mi apodo por primera vez y darme cuenta de que me gustaba que me llamara así, volví de nuevo la mirada hacia las dos estrellas que en realidad eran una.

—Lo que quiero decir es que no creo que eso sea ser fuerte. No puedo cambiar lo que va a pasar. Puede que un día haya una cura y funcione para mí, pero, hasta entonces, tengo que aceptarlo y no puedo obsesionarme con ello, porque da miedo..., da muchísimo miedo pensar en que todo esto desaparecerá y tendré que aprender a vivir de manera diferente con las expectativas de quién soy y lo que soy, pero no me queda más remedio que lidiar con ello. Y lo hago al no dejar que me defina ni consuma cada momento de mi vida. Eso no es fortaleza. Eso no me convierte en alguien especial. —Me encogí de hombros—. Solo significa que estoy... haciéndolo lo mejor que puedo.

Zayne seguía sosteniéndome la mano, y me la apretó.

—Como he dicho, la definición de fortaleza.

Como si no tuviera control sobre mi cuerpo, me encontré mirándolo de nuevo a los ojos, pensando que iba a ser un asco que un día no pudiera ver las estrellas, pero iba a ser una verdadera lástima no poder volver a ver aquellos ojos de lobo de color azul pálido.

—No me puedo creer que no me lo hayas contado hasta ahora.

—No te lo tomes como algo personal. No suelo hablar mucho de ello, porque... no lo sé. No quiero que la gente me trate de forma diferente por eso. —Me volví hacia él—. No quiero que tú me trates de forma diferente.

—Nunca lo haría. —Se acercó a mí, con cuidado, pues seguíamos sobre la cornisa—. Vale. Eso no es del todo cierto. Te admiro muchísimo, pero ya te admiraba. Así que ahora te admiro más.

Intenté dejar de sonreír, pero no pude, mientras bajaba la mirada hacia donde él todavía me sostenía la mano. Con la luz de la luna, podía verlo.

—¿Qué vas a hacer si empeora?

Puede que me busque una gárgola lazarillo.

Zayne soltó una risita.

—Puedo encargarme yo.

—Ya, bueno, me parece que te aburrirías mucho.

—No lo creo. —Me rodeó la barbilla con los dedos para hacer que volviera a mirarlo. El aire se me quedó atascado en la garganta—. No creo... que me aburra ni un segundo contigo.

—¿Ah, no? —Necesitaba un poco de espacio después de hablar de algo tan personal, así que me solté y retrocedí—. Qué bien. Apuesto a que no puedes atraparme.

Giré sobre mis talones y eché a correr por la cornisa. Lo oí gritar mi nombre, pero el sonido se perdió en el aire a medida que yo tomaba velocidad. El viento me levantó el pelo de los hombros y lo hizo ondear a mi espalda. Llegué al borde de la cornisa a una velocidad vertiginosa y no hubo ni un momento de vacilación ni miedo. Salté, rodeada únicamente por el aire, y, en esos breves segundos, justo antes de empezar a caer, me volví ingrávida y supe que eso era lo que se sentía al volar.

Llegué a la cornisa del edificio situado al otro lado del callejón, me agaché y rodé para frenar. Volví a ponerme en pie de un salto mientras se me dibujaba en la boca una sonrisa desenfrenada.

Zayne aterrizó un segundo después de mí. Se había transformado por completo de nuevo y tenía las alas levantadas y desplegadas. Esa azotea estaba más iluminada, así que pude ver la expresión atónita grabada en sus facciones.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada mientras Zayne venía hacia mí hecho una furia y completamente transformado.

—Deberías verte la cara ahora mismo. Ay, Dios mío, hasta pareces haberte quedado sin habla. —Me aparté de él—. No sabía que eso pasara de verdad...

Zayne se me echó encima en un instante.

Dejé escapar un chillido cuando me agarró, me levantó los pies del suelo y me sujetó contra su pecho. Dio media vuelta y me apretó de espaldas contra el frío metal de una caseta de mantenimiento. Como aquella noche en el metro, no había espacio entre nosotros, y no estaba segura de cuándo exactamente le había rodeado la cintura con las piernas, pero lo había hecho y me gustaba.

Mucho.

—Tú... —Me fulminó con la mirada y pude ver las puntas de sus colmillos—. Tú...

—¿Qué?

Me aferré a sus hombros. Me faltaba el aliento, pero no tenía nada que ver con el salto, sino con lo cerca que estábamos.

—Eres exasperante —dijo, y se pegó más, y un latido profundo hizo que me bajara un escalofrío por la espalda.

Me lo quedé mirando con los ojos muy abiertos. Ni siquiera estaba segura de si él era consciente de lo que estaba haciendo. Estaba furioso. Eso era evidente, pero algo más intenso y denso acompañaba a esa ira.

—Estás loca.

Una mano se apartó de mi cintura, se deslizó por mi cadera y bajó hasta mi muslo. La mano se contrajo y las garras afiladas se engancharon en la fina tela de las mallas.

Vale. Zayne sabía lo que estaba haciendo.

—Eres tremendamente imprudente y completamente impulsiva —continuó. Incliné la cabeza hacia atrás, contra la caseta, pues sentí que me resultaba difícil introducir aire en los pulmones—. Si vuelves a hacer algo así...

—¿Qué? —Le apreté los hombros mientras sus alas se levantaban y luego descendían y nos envolvían. Antes, la completa oscuridad me había provocado pánico, pero ahora me volvió audaz, como si pudiera hacer cualquier cosa en el refugio que habían creado sus alas—. ¿Qué vas a hacer?

—Algo.

Noté sus palabras calientes contra el cuello, lo que hizo que se me tensaran todos los músculos. Le rocé las puntas del pelo con los dedos.

—Vas a tener que darme algunos detalles más. Porque puedes dar por sentado que voy a volver a hacerlo.

—Voy a tener que buscarte una correa.

Zayne se movió y todo mi cuerpo pareció dar un respingo ante la inesperada dureza que noté entre sus caderas.

«Ay, Dios mío».

El corazón me latía con fuerza al mismo tiempo que el calor se iba acumulando.

—Si me buscas una correa, te estrangularé con ella.

Su risita ronca me quemó los labios.

—Seguro que lo harías.

—Sí —contesté, coincidí con él y le di permiso para algo que él no había pedido, pero que yo quería darle. Algo que me parecía que él quería darme a mí.

Se quedó muy quieto y muy callado, y luego dijo:

—En cuanto me besaste en la sala de entrenamiento, supe que ibas a traerme problemas.

—¿Por eso huiste de mí?

—Ahora no estoy huyendo de ti. Ahora parece que te estoy persiguiendo.

Entonces, el leve roce de sus labios contra los míos hizo que todo mi cuerpo se arqueara. Separé los labios para darle acceso y noté la traviesa punta de un colmillo contra el labio. Me estremecí contra Zayne y él dejó escapar un gemido profundo y gutural que casi me desarmó.

—No deberíamos... —Se interrumpió mientras deslizaba aquel colmillo afilado por mi labio inferior—. No deberíamos estar haciendo esto.

A mí no se me ocurría ni una puñetera cosa que deberíamos estar haciendo ahora aparte de eso.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Sentí su risa baja y suave contra mis labios—. ¿Además del hecho de que esto complica las cosas?

—Me gustan las complicaciones.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Apoyó la frente contra la mía—. Has pasado por mucho, Trin. Tienes muchas cosas en la cabeza, y yo no...

Un repentino alarido hendió el aire y nos obligó a separarnos. Zayne me dejó sobre la azotea y se dio la vuelta para plegar las alas sin golpearme en la cabeza con una.

No los vi al principio, hasta que las dos criaturas aterrizaron en la azotea. Parecían murciélagos..., murciélagos enormes que caminaban. La luz de la luna se filtraba a través de sus finas alas casi traslúcidas.

—Imps —suspiró Zayne.

Desenfundé mis dagas y me preparé. Los imps no tenían fama de listos, pero compensaban la falta de inteligencia con sus tendencias violentas.

—¿No suelen estar en cuevas?

—Por lo general. Supongo que han salido a hacer turismo.

—¿Crees que me están buscando?

—Bueno, estamos a punto de averiguarlo.

Una de las criaturas soltó un chillido y se lanzó hacia Zayne. La otra remontó el vuelo y aterrizó con agilidad delante de mí. Estaba demasiado oscuro para arriesgarme a lanzar las dagas, así que esa pelea iba a ser mano a... ¿ala de murciélago?

Se me escapó una risita.

—¿Quiero saber por qué te estás riendo por ahí? —me preguntó Zayne mientras agarraba al imp del cuello.

Sonreí y retrocedí rápidamente cuando el imp me atacó. Me agaché para pasar por debajo de los brazos extendidos del demonio y me incorporé de un salto detrás de él, luego giré y le hundí la

daga de hierro en la espalda.

La criatura dejó escapar un grito agudo antes de estallar en llamas. Me giré a tiempo para ver cómo al otro demonio le estaba ocurriendo lo mismo. Entonces me dispuse a ir hacia Zayne...

Algo tiró bruscamente de mí hacia atrás. Casi se me escaparon las dagas de las manos cuando unas garras me agarraron por la camiseta. Un tenso instante después, me levantaron en el aire. Chillé cuando el imp echó a volar. La tela de mi camiseta empezó a desgarrarse.

Zayne se giró hacia donde yo colgaba a varios metros de la azotea.

—Dios mío.

Levanté las dagas y las blandí hacia atrás para trazar arcos amplios y altos que impactaron contra las patas traseras del imp. Las afiladísimas dagas atravesaron la piel y el hueso de la criatura. Un calor húmedo se esparció por el aire. El imp gritó y aquel sonido me recordó a un bebé enfadado... si un bebé enfadado también fuera parte hiena. El demonio me soltó, y caí.

Hacia la nada.

El rugido del viento y el aire nocturno se alzaron a mi encuentro. Ni siquiera pude gritar cuando el terror estalló en mis entrañas a medida que caía.

«Ay, Dios. Ay, Dios». Ay, Dios, eso iba a doler. Eso iba a doler mucho...

Unos brazos me rodearon la cintura, me levantaron y me apretaron bruscamente contra un pecho duro. El impacto me dejó sin respiración, pero sabía que se trataba de Zayne.

Me había atrapado.

El aire se sacudió a nuestro alrededor cuando sus alas se extendieron para frenar nuestra caída. Zayne aterrizó en cuclillas y el impacto me sacudió hasta la médula.

—Joder —susurré, y parpadeé rápido. El pelo se me había soltado del moño y se me había pegado a la cara. Los mangos de las dagas parecían haberseme incrustado en las palmas de las manos—. Joder, no he dejado caer las dagas.

—¿Estás bien? —La voz de Zayne sonó más tensa de lo normal cuando me soltó, y me giré rápidamente hacia él—. ¿Trinity?

—Sí. —Enfundé las dagas y me revisé los hombros—. No me ha arañado. Creo que intentaba llevarme a otro sitio. Gracias. —Lo miré—. Probablemente me hayas salvado la vida.

—Creo que evidentemente te he salvado la vida.

—Evidentemente —asentí. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos en el callejón, cerca de la escalera de incendios—. ¿Estás bien?

—Me hirió en el pecho —contestó Zayne, que bajó la mirada y soltó una maldición.

El estómago me dio un vuelco mientras estiraba las manos hacia él con inquietud.

—¿Es muy grave?

—No demasiado —me aseguró mientras se alejaba de mí—. Pero deberíamos regresar. Voy a tener que limpiarme esto.

Acepté de inmediato, preocupada, e intenté desesperadamente ignorar la repentina gelidez que desprendía Zayne.

## Veintinueve

La fina franja de luz que salía de la puerta del baño me despertó y me alertó del hecho de que me había quedado dormida sin Zayne.

Después de regresar a su piso, él se había limpiado en el baño y luego había anunciado que se iba a acostar temprano. Las luces de la sala de estar se habían apagado, un claro indicio de que quería estar solo, y yo me había quedado en el dormitorio, completamente confundida. A diferencia de todas las noches anteriores, él no entró en mi cuarto, y tardé una eternidad en quedarme dormida por fin.

Pero o bien él o Cacahuete estaban en el baño.

Me senté y saqué las piernas de debajo de la manta. Noté el suelo de cemento frío bajo los pies cuando me acerqué al baño sin hacer ruido. Coloqué las manos sobre la puerta.

—¿Zayne?

—Lo siento —fue la áspera respuesta, un poco después—. No pretendía despertarte. Vuelve a la cama.

Las comisuras de los labios se me curvaron hacia abajo. Sonaba... raro, tenía la voz seca y tensa, más de lo normal.

—¿Estás bien?

—Sí —me espetó.

Me mordí el labio. ¿Estaba dolorido? Cuando regresamos, estaba pálido, pero había insistido en que se encontraba bien, y yo le había hecho esa pregunta como media docena de veces. Aunque sabía que probablemente no debería hacerlo, no dudé y abrí la puerta del baño.

Lo que vi fue sangre por todas partes. Zayne estaba delante del espejo, sin camiseta, y estaba... Se estaba arrancando algo del pecho con... ¿unas pinzas? Había toallas ensangrentadas sobre la encimera y algo de aspecto lechoso en un tarro.

—¡Dios Santo! —exclamé.

—Maldita sea, Trinity —gruñó mientras me daba la espalda, y volvió a emplear mi nombre completo—. ¿Es que nunca haces caso?

«Casi nunca».

—Estaba preocupada.

—Estoy bien.

—Pues no lo parece. —Tenía la piel de un cadavérico tono gris y los dedos, resbaladizos por la sangre, le temblaban al sujetar las pinzas plateadas—. ¿Qué ha pasado?

—No es nada —gruñó, y se volvió de nuevo hacia el espejo.

—No parece que no sea nada. —Me acerqué un poco más a él, agradecida de que ver sangre no me diera repelús, pero lo que él estaba intentando hacerse en el pecho sí que me lo dio—. ¿Puedo ayudarte?

—Sí. Puedes ayudar volviendo a la cama. —Me miró de nuevo, sorprendido—. ¿Llevas la cara de Elmo en los *shorts*?

—No te metas con mis *shorts*. —Eran un regalo de Jada, un regalo de broma, pero eran los *shorts* más cómodos que había tenido nunca—. Mira, no me apetece nada que te desmayes o te mueras por intentar operarte a ti mismo. Así que deja de comportarte como un estúpido macho alfa y déjame ayudarte.

Se le tensó la espalda y luego me miró por encima del hombro.

—¿Acabas de llamarme «estúpido macho alfa»?

—Sí. Así es.

Una comisura de la boca se le curvó hacia arriba mientras bajaba la cabeza y se miraba el pecho. Varios mechones de pelo cayeron hacia delante y le ocultaron la cara.

—Ese maldito imp me hirió en el pecho.

—Ya lo sé, pero deberías estar curándote...

Zayne agarró la toalla y limpió la sangre que le goteaba del pecho.

—Ya, bueno, una de sus garras se rompió dentro de mí. He sacado la mayor parte.

Se me heló la sangre.

—¿Tienes... una garra de imp clavada dentro?

—Sí, de ahí las pinzas.

No estaba segura de si yo sería de mucha ayuda teniendo en cuenta mi vista, pero eso debía ser preferible a que él siguiera escarbándose su propia piel.

—Dame las pinzas. Hay que sacártela. Ya.

Zayne giró la cabeza bruscamente hacia mí y me miró como si me hubieran salido dos cabezas.

—¿Qué pasa? Puedo sacarte la garra. Que yo lo intente tiene que ser preferible a que tú sigas escarbándote el pecho.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo?

Entorné los ojos.

—Puede que esté medio ciega, pero, sin lugar a dudas, lo haré mejor de lo que tú lo estás haciendo en este momento.

Se me quedó mirando tanto rato que pensé que simplemente iba a decirme que volviera a la cama, y, si hacía eso, puede que le pegara un puñetazo, pero entonces gruñó:

—Vale.

Se volvió de nuevo hacia el lavabo, abrió el agua y metió las pinzas debajo del chorro.

—La garra solo mide unos dos centímetros y medio de largo. Es negra.

¿Solo dos centímetros y medio? Dios mío. Agarré las pinzas que me ofreció y luego le inspeccioné el pecho abiertamente. La zona que había estado escarbándose estaba encima del pezón derecho, que me quedaba justo a la altura de los ojos.

Entrecerré los ojos, pero no conseguí ver nada más allá de la carne desgarrada.

—Voy a tener que...

—Ya sé lo que tienes que hacer. —Noté su cálido aliento en la frente—. Hazlo de una vez.



Realicé una inspiración corta, coloqué los dedos a cada lado del corte profundo y luego separé los extremos. Cuando Zayne inspiró bruscamente, levanté la cabeza de golpe. Tenía las pupilas verticales de nuevo.

—Lo siento —susurré.

—No pasa nada.

Me incliné hacia él e intenté ignorar el aroma a menta que se mezclaba con el olor metálico de la sangre mientras buscaba esa garra de dos centímetros y medio de largo.

—¿Cuánto tardaste en darte cuenta de que tenías una garra clavada?

—Más o menos cuando me levanté y pensé que iba a vomitar. Entonces me di cuenta de que no me estaba curando. Así que hace como una hora.

—¿Llevas una hora escarbándote esto?

—Sí.

—¡Qué horror! —Cuando lo miré, vi que tenía la mandíbula tensa. Deslicé la mano por su piel y tiré un poco más de la herida—. Lo siento.

—Deja de disculparte.

—Eso es un poco difícil cuando te estoy abriendo el tórax.

Él soltó una risa seca.

—No me estás abriendo el tórax.

Un segundo después, vi un fragmento negro alojado en medio de la carne rosada.

—Entonces... eh..., ¿sigues cabreado conmigo?

—¿Cabreado contigo por qué?

—¿Por saltar del edificio?

Agarré bien las pinzas.

—Intentaba olvidarme de eso —contestó con tono frío.

Levanté la mirada hacia él. Quería preguntarle si también estaba intentando olvidar lo que pasó después. La pregunta me quemaba en la punta de la lengua, pero me la tragué.

—No estoy cabreado contigo, Trin.

Inspiré brevemente, más animada por el hecho de que volviera a usar mi apodo. Me concentré en la garra, alineé las pinzas y recé una pequeña oración.

—Esta noche no has entrado a darme las buenas noches... ni nada de eso.

Zayne se quedó callado un momento y luego dijo:

—No fue porque estuviera cabreado contigo. —Inspiró bruscamente cuando introduje las pinzas—. Tienes la mano muy firme.

—Sí. —Me mordí el labio—. Entonces, ¿por qué no has venido?

Cerré el extremo puntiagudo de las pinzas alrededor del borde de la garra rota.

—No estoy seguro de querer hablar de eso cuando estás escarbando en mi pecho.

A pesar de lo que eso pudiera significar, sus palabras me hicieron sonreír mientras tiraba del fragmento de garra. Las pinzas resbalaron y Zayne dio un respingo.

—Lo siento.

Él realizó una inspiración larga y lenta.

—No te preocupes.

Lo intenté de nuevo y conseguí atrapar la garra con las pinzas.

—Me sorprende bastante que un imp te pusiera contra las cuerdas.

—Gracias por señalarlo.

—Solo lo comentaba.

—Estaba algo distraído.

—No fue culpa mía.

Tiré de nuevo y sentí que la garra empezaba a ceder.

—Diré que fue, en parte, culpa de los dos.

Se puso tenso. La maldita garra no se movía.

—¿Estabas muy distraído?

Zayne vaciló.

—Creo que pudiste... sentir lo distraído que estaba.

Dejé la mano inmóvil y levanté la mirada hacia él.

—Sí, así es.

El centro de las mejillas se le tiñó de un tenue tono rosado.

—Bueno, ahí tienes tu respuesta.

Una lenta sonrisa me tiró de los labios.

—Te estás poniendo colorado.

Él cerró los ojos.

—¿Sabes?, la mayoría de la gente no lo comentaría.

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

—Ya me he dado cuenta. —Se le dibujó una sonrisita burlona—. Todavía no he averiguado si eso es algo bueno o malo.

—Vaya —murmuré, y luego tiré fuerte. La garra se liberó al mismo tiempo que Zayne maldecía entre dientes—. La tengo.

Retrocedí un paso y sostuve la garra en alto mientras arrugaba la nariz.

—Qué asco.

—Gracias.

Zayne exhaló con fuerza y estiró la mano hacia las toallas, pero yo fui más rápida. Dejé las pinzas a un lado, agarré la toalla y detuve el nuevo flujo de sangre que brotaba de su pecho. La espantosa herida ya se estaba cerrando.

Dejó caer de nuevo las manos a los costados mientras le limpiaba la sangre. Yo me curaba rápido, pero la rapidez con la que se recuperaban los Guardianes era una pasada. El color ya le estaba volviendo a la cara.

—Tienes mucha mejor pinta.

—Me siento mejor. —Su mirada se encontró con la mía y la apresó, y luego descendió. Sentí la intensidad de su mirada hasta la punta de los pies, antes de que Zayne volviera a mirarme a los ojos. Me rodeó la muñeca con la mano—. Tienes las manos manchadas de sangre.

No dije nada cuando me quitó la toalla de las manos ni me resistí cuando la dejó a un lado y me llevó hacia el lavabo.

—Puedo lavarme las manos sola.

—Ya lo sé. —Dejó correr el agua y luego abrió un cajón y sacó un bote de jabón de manos—. ¿Has podido dormir algo?

—Un poco.

Levanté la mirada y nos vi en el espejo. Él tenía la cabeza agachada y el ceño fruncido en un gesto de concentración mientras me aplicaba jabón en las manos.

Me perdí un poco observando nuestros reflejos, él mucho más alto y más ancho que yo, rubio y dorado mientras que yo era más oscura. Mi mirada se posó en nuestras manos mientras él deslizaba las suyas sobre las mías. El agua formaba burbujas rosadas y rojas antes de descender por el desagüe formando remolinos. Me lavó las manos hasta que no quedó ni rastro de sangre en ellas y luego sacó una toalla limpia de otro cajón.

Me secó las manos mientras me hacía darle la espalda al espejo.

—Lo que me preguntaste antes... —Sus manos se apartaron de mis muñecas y subieron por mis antebrazos—. Sobre por qué no he venido a verte esta noche...

Se me aceleró el ritmo cardíaco mientras asentía con la cabeza.

—No he podido porque creo que no sería capaz de acostarme a tu lado después de lo que ha pasado en esa azotea. —Su voz sonó más profunda, más ronca, cuando me agarró por la parte superior de los brazos. Me levantó con facilidad y me sentó en el borde de la encimera—. Y no tocarte.

El calor que había sentido antes regresó y me danzó por la piel.

—¿Y si...? ¿Y si quería que me tocaras?

Sus ojos brillaron con un intenso azul pálido.

—Y, ¿lo ves?, ese es el problema.

—¿Por qué?

Alzó las manos y hundió los dedos en mi pelo mientras me apartaba los mechones de la cara.

—Porque no deberíamos hacerlo, Trin. Complicará las cosas. Fíjate en lo que ha pasado esta noche... No estábamos prestando atención. El imp podría haberte atrapado. Podrías haber resultado herida.

—Pero no me hirió.

—A mí sí, y eso no debería haber pasado. —Su mirada sondeó la mía—. Debería ser más sensato, Trin. Sé bien lo que pasa cuando tengo la cabeza en otra parte. Formamos un buen equipo...

—Así es —lo interrumpí mientras rodeaba el borde de la encimera con los dedos—. Formamos un equipo bueno de narices.

—Y por eso esto sería mala idea.

—Yo creo que eso hace que sea una idea buena de narices.

Su risa fue tensa.

—Me lo suponía, pero no se trata solo de eso.

—Yo no soy tu padre...

—Dios, eso espero.

Entorné los ojos.

—Ni tampoco soy Layla —añadí, y algo descarnado se reflejó fugazmente en su cara, pero desapareció antes de poder saber lo que era—. Solo necesitas aprender a ser multitarea.

—¿Eso es todo? —preguntó, y se rio.

Asentí.

—Aunque aprendiera a hacer eso, has pasado por muchas cosas. —Una de sus manos me subió por el cuello y trazó la línea de mi mandíbula con las yemas de los dedos—. Soy mayor que

tú.

—Oh, venga ya. Apenas eres mayor que yo.

Sus densas pestañas descendieron mientras me recorría el pómulo con los dedos, lo que me provocó un leve estremecimiento.

—Viniste a buscar a Misha, y confías en que te mantenga a salvo mientras lo haces. Esto es...

—Lo correcto —sugerí, esperanzada—. Porque eso es lo que yo siento. Como si hubiera estado... —Me sonrojé—. Es lo correcto, Zayne. ¿Me estás diciendo que sientes que está mal?

—No. No estoy diciendo eso. —Sus pestañas se alzaron, y había intención en la forma en la que aquellos ojos pálidos se clavaron en los míos, en las sombras que se formaron alrededor de su boca—. Quieres besarme otra vez, ¿verdad?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron.

—Sí. Quiero...

Zayne me besó.

Fue un beso muy suave y bonito al principio. Sus labios rozaron los míos una vez, luego otra, y entonces el beso se volvió más profundo y no hubo ni rastro de dudas ni vacilación en él. Fue un beso abrasador, exigente y arrollador, una combinación pura de necesidad reprimida y deseo explosivo.

Zayne tiró de mí hasta el mismo borde de la encimera mientras avanzaba y presionó con su cuerpo entre mis piernas, y, cuando me besó de nuevo, me dejó sin aliento y expuesta como un cable eléctrico. Le rodeé la parte baja de la espalda con las piernas mientras deslizaba una mano por su pecho y procuraba tener cuidado con la herida en proceso de curación. Su mano pasó por debajo de mi brazo y bajó por mi espalda, y pensé que podría estar emborrachándome con sus besos.

Y entonces me levantó del lavabo y caminó de espaldas mientras yo me aferraba a sus hombros y luego a los suaves mechones de su pelo. Chocó con la pared mientras me mordisqueaba los labios, y me reí contra su boca, y él me gruñó a modo de respuesta. De algún modo, conseguimos llegar al dormitorio, y luego me tumbó sobre la cama y me siguió mientras sostenía su cuerpo grande y cálido encima de mí.

Con la luz del cuarto para guiarme, extendí la mano y le toqué la cara. Él se giró hacia la caricia y restregó la cara contra la palma de mi mano mientras se estremecía. Cuando abrió los ojos, habría jurado que brillaban.

Ninguno de los dos se movió ni dijo nada durante un largo momento, y le juré a Dios que, si Cacahuete decidía presentarse ahora, encontraría la manera de devolverlo a la vida solo para poder matarlo después.

Cacahuete no apareció, pero la inmovilidad de Zayne estaba empezando a preocuparme.

—¿Zayne?

Su garganta se movió al tragar saliva.

—Hay algo que debería decirte.

—¿El qué?

Examiné su cara con la mirada mientras deslizaba los dedos por la curva de su mejilla. Él giró la barbilla y me besó las yemas de los dedos.

—No... No he hecho esto nunca.

Mis dedos se quedaron inmóviles. Todo mi cuerpo se quedó inmóvil mientras asimilaba sus palabras.

—¿Quieres decir que... no has hecho esto?

—Bueno, sí que he hecho esto. He hecho... cosas, pero no me he acostado con nadie. —Su mirada se encontró con la mía y se le dibujó una pequeña sonrisa—. Ahora eres tú la que parece haberse quedado sin habla.

Parpadeé.

—Lo siento. No es mi intención, pero es que estoy asombrada. A ver, eres... eres tú. Eres guapo e inteligente. Eres amable y divertido y...

—E insufrible.

—Sí, eso, pero...

—Y autoritario.

—Y eso también, pero...

—Pero no lo he hecho.

—¿Por qué? —le pregunté, y de inmediato me sentí como una imbécil por hacerlo—. Lo siento. No debería haber preguntado eso.

—No pasa nada. Simplemente... no lo he hecho.

Estaba asombrada, pero también me sentía... aliviada, en cierto sentido.

—Yo tampoco.

Una sonrisa lenta y conmovedora tiró de sus labios. Una real, y era el tipo de sonrisa que podía romper corazones y reconstruirlos.

—No sé adonde nos llevará esto —le dije mientras trazaba la curva de su hombro—. Solo sé que me gustas, Zayne. Me gustas mucho, y eso no tiene nada que ver con todo lo que está pasando. Te deseo, pero... no tenemos que hacer eso.

—Sí, tienes razón. —Bajó la cabeza y me besó la comisura de la boca antes de volver a hablar—. Pero hay otras... cosas que podemos hacer.

Y esa vez, cuando me besó, Zayne bebió de mis labios, se tragó mis gemidos mientras deslizaba el pulgar por mi mejilla y seguía el hueso. Sus caricias eran suaves como una pluma, pero yo me agitaba inquieta. La lujuria me hizo arder la piel cuando deslizó las yemas de los dedos por mi garganta, sobre mi hombro. Se me escapó un pequeño suspiro.

No había mentido cuando había dicho que me gustaba..., que me gustaba mucho, y saber eso, sentir eso, me asustaba un poco. Él era el primer chico por el que me había sentido atraída de verdad, pero se trataba de mucho más que eso. Se trataba de su fuerza y su amabilidad, sus convicciones, incluso las que me habían asombrado al principio, y su ingenio. Se trataba de sus innatos instintos protectores, e incluso cuando dudaba de sí mismo, de algún modo eso lo hacía... humano para mí.

Algo más rondaba en los márgenes de mis pensamientos, una sensación de familiaridad con él, de muchas piezas móviles que por fin encajaban en su sitio.

Simplemente sentía que era lo correcto.

Sentía que Zayne era lo correcto.

Bajó la mano despacio por el centro de mi pecho.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo pensando en esto —me dijo.

Coloqué la mano en su costado, la desplacé hacia su espalda y masajé los abultados músculos. Él llevó la mano a mi cadera y tiró de mí hacia abajo, a lo largo de la cama. Luego se incorporó encima de mí y usó un brazo para sostener su peso. Utilizó un muslo para separar los míos y luego bajó el cuerpo. Líneas duras presionaron contra otras blandas y, cuando Zayne se apretó contra mí con un movimiento lento y ondulante, jadeé y me quedé rígida debido a la descarga de placer que me recorrió.

—¿Te parece bien? —me preguntó.

—Oh, sí. Desde luego que sí.

Soltó una risita contra mi boca al mismo tiempo que mecía las caderas de nuevo. Siguiendo su ejemplo, levanté las mías mientras él movía la cabeza y deslizaba los labios por la mejilla que había acariciado momentos antes.

—¿Has pensado en esto? ¿En nosotros? ¿Preguntándote cómo sería?

—Sí —susurré, y separé más las piernas para acunar su cuerpo—. Lo he pensado.

Su otra mano me subió por la cadera, por el estómago. Se detuvo justo debajo de mis pechos y rozó la curva con el pulgar. Me quedé sin aliento cuando sus besos llegaron de nuevo a la comisura de mi boca. Volví la cabeza ligeramente. Nuestros labios se rozaron.

—No tienes que preocuparte de que esto vaya demasiado lejos —me aseguró.

Mis dedos se curvaron contra su piel.

—No estoy preocupada. ¿Y tú?

—Siempre —murmuré, y, antes de que pudiera preguntarle a qué se refería con eso, bajó la cabeza hacia el espacio entre mi cuello y mi hombro. Desplazó las manos hasta mis caderas mientras me mordisqueaba el cuello. Dejó que su mano ascendiera un poco más y casi llegó a la cima de mi pecho.

No me moví, no dije nada. Simplemente esperé..., esperé a ver qué iba a hacer.

—Dime cuándo parar y lo haré.

—Lo sé. —Mi voz sonó áspera, cruda—. Yo... confío en ti.

Zayne se quedó inmóvil y luego se apartó. Durante un momento, me preocupó haber dicho lo que no debía, pero entonces sus manos agarraron el dobladillo de mi camiseta.

—Me gustaría verte, tocarte..., saborearte.

Sus palabras me provocaron un misterioso estremecimiento.

—Sí.

Me levantó la camiseta y yo me incorporé sobre los codos temblorosos mientras él me la quitaba y luego hacía lo mismo con los *shorts*. Su brusca inspiración se perdió entre los fuertes latidos de mi corazón. Me volví a tumbar, con solo unas bragas finas puestas, sabiendo que, con sus ojos de Guardián, él podía verlo todo, y contuve el impulso de cubrirme el pecho.

—Eres preciosa, Trinity.

A continuación, bajó la cabeza y deslizó la lengua por una zona especialmente sensible, lo que me hizo gemir y aferrarle los hombros. Se rio contra la piel de mi pecho, pero la risa se convirtió rápidamente en un gemido cuando mis manos se aventuraron más abajo y se apretaron contra la parte baja de su estómago. Su piel era como satén extendido sobre roca, y me cautivó la forma en la que sus músculos se tensaban bajo mis manos.

Alcé la mirada mientras mis dedos recorrían cada dura ondulación.

—Y tú eres perfecto.

—¿Mmm? —Presionó hacia abajo y desplazó la mano y luego la lengua hasta mi otro pecho —. ¿Quieres que pare?

—No. Para nada. De ningún modo.

—Lo mejor que he oído en todo el año.

Mi risa terminó en una exclamación ahogada cuando Zayne me colocó encima de él y luego se sentó. Mis rodillas se deslizaron a ambos lados de sus caderas cuando tiró de mí hacia su regazo. Jadeé al notar la parte más blanda de mi cuerpo presionando contra la parte más dura del suyo. Él todavía llevaba puesto el pantalón del pijama y yo, las bragas, pero podía sentir cada centímetro de él.

Sus dedos se hundieron en mi pelo y su mano se curvó alrededor de mi nuca. Llevó mi boca hacia la suya y me besó mientras yo le apretaba los hombros y me acomodaba encima de él. Su gemido de respuesta me provocó ondas expansivas por todo el cuerpo.

—Esto parece impropio de un Guardián —le susurré.

Una mano me apretó la cadera.

—Te asombrarían todas las cosas impropias de un Guardián que se me están pasando por la cabeza en este momento.

Me estremecí y me sentí mareada, cálida y viva.

—Pues enséñamelo.

Y eso hizo.

Eché la cabeza hacia atrás y respiré con jadeos cortos. Sus manos y su boca eran codiciosas, y me encantó. La parte inferior de mi cuerpo empezó a moverse en pequeños círculos y, Dios mío, me pareció que podía sentir el pulso de Zayne a través del algodón del pijama.

No recordaba haberme sentido nunca así, con Clay no, desde luego, ni cuando me tocaba a mí misma. Eso era... Dios, eso era mucho más, era como si me corriera lava fundida por las venas. El deseo se arremolinaba en mi interior y me dejaba fuera de control y aturdida.

Mi cuerpo se arqueó contra el suyo, lo anhelaba de tal forma que casi me asustaba, pero confiaba en él. Se lo confiaría todo.

Y, cuando su boca tiró de mi pecho y su lengua me raspó la piel, dejé de pensar. Solo se trataba de sentir, de las sensaciones puras y exquisitas que se acumulaban en mis entrañas y me calentaban y me humedecían.

Mis manos acariciaron los planos y las curvas de sus abdominales. Mis caderas se balancearon contra las suyas y, cuando me susurró al oído, su voz sonó áspera, ronca. Jadeé contra su boca y me temblaron los dedos cuando los deslicé sobre su piel y agarré el elástico del pantalón del pijama. Él también se había llevado la mano al pantalón y tiró de él mientras se incorporaba lo suficiente para bajárselo hasta los muslos, y entonces no hubo nada entre nosotros.

—Dios mío —gruñó contra mi boca.

Su mano me apretó la cadera y me instó a moverme, a tomar lo que deseaba, aunque no hacía falta que me alentara. Mi cuerpo se movió contra el suyo y él se movió contra mí. El calor de su cuerpo, la fricción y la humedad, y su forma de mordisquearme la boca..., todo era demasiado y, al mismo tiempo, no era suficiente. La tensión que notaba entre las piernas aumentó rápidamente y me dejó sin aliento, lo que me asombró. La espiral de sensaciones se tensó en el fondo de mi ser y nuestros movimientos se volvieron casi frenéticos. Su gruñido de aprobación me abrasó la piel y

encendió el fuego, y estallé con una fuerza cegadora, tensando y aflojando los músculos al mismo tiempo. Nunca, jamás, había sentido algo tan potente, tan deliciosamente arrasador.

Zayne me siguió enseguida, y el ronco grito que pareció salirle del alma sofocó los míos mientras el orgasmo nos hacía estremecer, y luego su boca se posó sobre la mía y me besó, y siguió besándome como si no solo quisiera saborearme, sino devorar todo mi ser, y yo... yo quería ser devorada.

Ni siquiera sabía que fuera posible que te besaran así.

No sé cómo, pero acabamos tendidos de costado, con las caras a apenas unos centímetros de distancia, las piernas enredadas y uno de sus brazos bajo mis costillas, rodeándome, y el otro alrededor de mi cintura. Mientras estábamos allí tumbados, con el corazón todavía martilleándome en el pecho, creí que nunca volvería a respirar con normalidad.

—Ha sido... —Carraspeé—. No sabía que se pudiera sentir eso sin llegar a..., ya sabes, hacerlo.

Zayne apretó los brazos y me arrimó a su pecho, piel contra piel.

—Yo tampoco.

Sonreí y, cuando volvió a besarme la comisura de los labios, mi sonrisa se hizo más amplia. Guio mi cabeza hacia el espacio debajo de su barbilla y me rodeó su calor.

No sabría decir cuánto tiempo transcurrió, pero sentí que la tentación de dormir se iba apoderando de mí.

—¿Vas...? ¿Vas a quedarte conmigo esta noche?

Sus labios me rozaron la frente.

—Duérmete, Trin. No voy a irme a ninguna parte.



## Treinta

—¿Alguna novedad? —me preguntó Jada por teléfono mientras yo hurgaba entre la ropa que había metido en la maleta para buscar algo apropiado que ponerme para reunirme con los brujos.

Tenía la sensación de que necesitaba algo oscuro y que me diera pinta de tía dura.

—Vieron a Bael hace dos noches. —Sujeté el móvil con el hombro. No le había dicho a Jada que íbamos a ver a unos brujos esa noche ni que estábamos trabajando con demonios. No creí que lo entendiera cuando apenas lo entendía yo misma—. Estamos esperando información que nos dirá dónde encontrarlo. Eso espero, al menos, porque no puedo imaginarme...

Me eché hacia atrás sobre las rodillas y cerré los ojos.

—Lo entiendo —dijo Jada en voz baja—. La buena noticia es que todavía sientes el vínculo, ¿verdad?

—Sí.

—Así que todavía está vivo, y eso es lo único que importa ahora mismo.

Carraspeé mientras abría los ojos.

—¿Cómo está Ty? ¿Y Thierry y Matthew?

—Ty está estupendo, como siempre —respondió después de un momento de silencio—. Thierry y Matthew están bien, pero te echan de menos.

—Y yo a ellos. ¿Ty no me echa de menos?

Jada se ríe.

—Claro que sí, tonta.

—Más le vale. ¿Todavía no ha habido más ataques ni nada por el estilo?

—Todo ha estado supertranquilo —me aseguró, y fruncí el ceño cuando Cacahuete atravesó la pared y mi maleta y agitó la ropa—. Tan aburrido como siempre.

No pude evitar que se me formara una sonrisa.

—Qué putada... para ti.

—Y para ti, cuando vuelvas —me recordó.

Noté una extraña punzada en el pecho mientras le echaba un vistazo a la puerta abierta del cuarto.

—Qué putada para mí, entonces.

—¿Cómo está Zayne?

Me mordí el labio inferior al pensar en la noche anterior, en la forma en la que me había tocado y me había hecho sentir, en cómo me había abrazado durante toda la noche. Me puse

colorada ante los ardientes recuerdos y, de inmediato, me sentí agradecida de que Jada y yo no estuviéramos hablando por FaceTime.

Zayne se había quedado conmigo toda la noche, y no solo eso, esa mañana me había besado... Me había besado con tanta dulzura que con solo pensar en ello ahora me sentía como si tuviera un globo inflado en el pecho.

Y luego me hizo el desayuno: gofres y beicon, y me dieron ganas de quedármelo para siempre.

—¿Trinity?

—Está bien —contesté, y mantuve la voz baja porque él estaba en el baño, duchándose.

—Apuesto a que sí.

Solté una risita, pues deseaba contárselo todo, pero sabía que ese no era el momento adecuado. Además, sabía que Jada me haría preguntas a las que yo no podía responder. Por ejemplo, ¿lo de anoche significaba que habría más noches como esa? ¿Significaba que ahora estábamos juntos? No estaba segura. No habíamos llegado a tener esa conversación.

—Cierra el pico... Espera un momento. —Bajé el teléfono al ver al fantasma dirigiéndose hacia el baño—. ¡Cacahuete! ¡Ni se te ocurra!

Él levantó los brazos, se dirigió hacia la cama agitándolos y se lanzó encima. Se hundió en ella y desapareció.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó Jada.

—Comportándose como un maldito pervertido.

—No soy un pervertido. —La voz apagada de Cacahuete provenía de algún lugar de la cama—. Pero tengo que usar el baño.

—Cacahuete, en primer lugar, aquí hay dos baños; pero, lo que es más importante, estás muerto, por el amor de Dios, y no usas el baño.

—Tal vez debería colgar —dijo Jada, y suspiré—. Llámame mañana, ¿vale?

—Vale. Hablamos pronto. —Dejé caer el móvil en la cama al mismo tiempo que la cabeza de Cacahuete reaparecía—. Pórtate bien.

Me dedicó una amplia sonrisa, aunque en realidad fue solo una mueca que dejaba a la vista todos sus dientes.

Sacudí la cabeza y volví a concentrarme en mi ropa. Escogí una camiseta negra sin mangas. Era de esas asimétricas, más corta por delante y más larga por detrás.

—¿Qué te parece esta? —le pregunté.

El fantasma ladeó la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que yo sabría qué ropa elegir para reunirse con unos brujos?

—No lo sé.

Suspiré y me dejé caer sentada.

—No me puedo creer que los brujos sean reales. —La cabeza de Cacahuete seguía siendo lo único visible—. Tampoco me puedo creer que todavía haya algo que me sorprenda.

—Lo mismo digo.

—Tampoco me puedo creer lo que estabais haciendo anoche.

Bajé la voz y abrí mucho los ojos.

—¿Nos estabas espiando?

—No. Venga ya. Eso sería asqueroso. —Hizo una pausa—. Pero, literalmente, no había ningún sitio de este piso donde no pudiera oírlos.

«Ay, Dios mío».

La puerta del baño se abrió y miré por encima del hombro justo a tiempo para ver salir a Zayne sin camiseta mientras se pasaba una toalla por el pelo mojado. Llevaba unos pantalones de chándal que estaban húmedos en... lugares interesantes, lo que me hizo pensar que no se había molestado en secarse bien.

Me echó un vistazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Buscando algo que ponerme esta noche. —Levanté la camiseta sin mangas y me esforcé por comportarme como si todo fuera completamente normal—. ¿Esto te parece apropiado?

Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

—Puedes ponerte lo que quieras, Trinity.

—Me gusta su forma de decir tu nombre —comentó Cacahuete.

Así que yo no era la única que pensaba que pronunciaba mi nombre de una forma muy interesante.

—Ya, pero no quiero llamar la atención.

—No creo que puedas evitarlo.

Bajé la camiseta mientras sonreía como una idiota. Cuando se dio la vuelta para dirigirse al armario, me lo estaba comiendo con los ojos de tal modo que Cacahuete soltó una risita.

—¿Tienes bien el pecho? —le pregunté.

—Sí, me apliqué un poco de esa cosa esta mañana por si acaso, pero está bien. —Sacó una camiseta negra del armario y se la puso. Eso fue todo. Para los tíos, escoger qué ponerse era muy sencillo—. Se me ocurrió que podríamos tomárnoslo con calma esta noche, después de tu reunión.

—¿De verdad?

¿En qué consistía «tomárnoslo con calma»? Le eché un vistazo a la cama y sentí que se me sonrojaba todo el cuerpo.

Necesitaba controlarme urgentemente.

Zayne se dirigió hacia la puerta con unos vaqueros en la mano.

—Sí, podemos ir a comer algo.

Me invadió la emoción. Iba a ir a ver a unos brujos y podría salir a cenar con Zayne como una persona normal, como...

Me interrumpí antes de terminar de darle forma a ese pensamiento. Bajé la mirada y doblé la camiseta.

—Eso estaría genial, pero, si los brujos nos dan información, entonces...

—Actuaremos de inmediato —me aseguró.

Me permití sonreír.

—Vale.

—Bien. —Zayne vaciló en la puerta—. ¿Estarás lista pronto?

Asentí.

—Te estaré esperando —me dijo, y cerró la puerta tras él.

En cuanto se marchó, me dejé caer hacia delante, de cara, sobre la maleta.

—Creo que te gusta —susurró Cacahuete.

Solté un gruñido.

—Creo que te gusta mucho.

—Cierra el pico —le espeté, y cerré los ojos.

—Creo que te gusta muchísimo —canturreó Cacahuete, y no pude decir nada, porque evidentemente era verdad.

Me gustaba Zayne.

Me gustaba muchísimo.

El trayecto hasta Bethesda duró más de lo esperado debido al tráfico entre las dos ciudades. Cuando llegamos, había anochecido y Roth nos estaba esperando en el aparcamiento, vestido todo de negro. No estaba solo.

Layla estaba con él.

Había decidido ponerme las mallas con calaveras estampadas, que me parecieron la mar de adecuadas para reunirme con unos brujos, y la camiseta negra sin mangas, pero, al ver a Layla con un vestido azul pálido, suelto y floreado, deseé haber escogido algo más... bonito.

Suspiré. Ya era demasiado tarde.

Y, además, no podría ocultar mis dagas en un vestido como ese.

—Pero ¿qué diablos...? —masculló Zayne mientras apagaba el motor.

Abrió la puerta y salió, y yo hice lo mismo. Roth y Layla se acercaron a nosotros agarrados de la mano mientras Zayne rodeaba la parte delantera del Impala.

—Hola —dije, y saludé a los demonios con un gesto torpe de la mano.

Roth me dedicó una amplia sonrisa mientras que la de Layla fue breve y tensa.

—Me voy a quedar aquí fuera —anunció Layla, que le sonrió a Zayne con inocencia—. Para hacerte compañía.

Oh-oh.

Zayne no dejaba de apretar la mandíbula y me dio la sensación de que estaba a punto de partirse alguna muela.

—Para que estéis avisados, vieron a Bael hace dos noches, en Franklin Square. Estuvimos patrullando por allí, pero no lo vimos.

—Iba con alguien, pero todavía no estamos seguros de quién era —añadí—. Estamos esperando a averiguarlo.

—Qué raro que estuviera allí —comentó Layla, y miró a Zayne con el ceño fruncido—. Creo que nunca vi demonios por esa zona cuando patrullaba.

—¿Tú patrullabas?

Layla asintió con la cabeza.

—Solía... identificar demonios para que los Guardianes pudieran encontrarlos fácilmente cuando cazaban.

Me la quedé mirando, boquiabierta.

—Tengo muchas preguntas.

—La habilidad de Layla para ver las almas también significa que, si toca a un demonio, lo ilumina para que los Guardianes podamos verlo. Le proporciona una especie de resplandor —contestó Zayne, con los brazos cruzados—. Me pregunto si podrías verlo.

—No lo sé.

—No funciona con demonios como Roth —me explicó Layla—. Pero sí con muchos de niveles inferiores. Yo los identificaba y Zayne los cazaba luego.

—Ah, los viejos tiempos —ronroneó Roth con una sonrisa—. ¿Verdad?

Layla estaba mirando fijamente a Zayne, que tenía la mirada clavada en algún lugar por detrás de Roth.

—¿Solías cazar demonios? —pregunté, superconfundida, porque, bueno, aunque era mitad Guardian, también era mitad demonio.

—Sí. Solía identificar a todos con los que me cruzaba, sin importar lo que estuvieran haciendo —me explicó—. Todavía patrullo. Roth y yo vamos juntos, pero ahora solo identifico demonios cuyo comportamiento demuestre que son malvados.

—En realidad, yo no patrullo, porque me importa un bledo lo que hagan los demonios —aclaró Roth con una amplia sonrisa—. Solo voy para asegurarme de que Layla esté bien. En fin, deberíamos ponernos manos a la obra.

Yo todavía no tenía ni idea de lo que pasaba entre Zayne y Layla, pero presentía que él no estaba nada contento de que ella estuviera allí, así que estiré la mano y le toqué el brazo para llamar su atención. Cuando hablé, mantuve la voz baja.

—¿Estás bien?

Me miró un momento y luego asintió con la cabeza bruscamente.

—Siempre.

Sin estar segura de si creérmelo, miré a Layla y Roth y descubrí que ambos nos estaban observando atentamente. Roth parecía estar divirtiéndose, pero Layla parecía... indecisa y como si quisiera... apartarme la mano del brazo de Zayne.

—No pasa nada —me aseguró Zayne.

Sondeé su mirada y luego asentí.

—Bueno, que os divirtáis, supongo.

Roth alzó las cejas.

—Probablemente lo mejor sea acabar con esto lo antes posible.

A continuación, giró el cuerpo hacia Layla, le rodeó la mandíbula con los dedos y le inclinó la cabeza hacia atrás. Entonces la besó, y, madre mía, cómo la besó. Sentí que me ponía colorada y desvié la mirada hasta que Roth dijo:

—¿Estás lista?

Vacilé, pues tenía la sensación de que debería decirle algo a Zayne antes de irme, pero ¿qué? No tenía ni idea, y tampoco iba a besarlo de esa forma ni él a mí, aunque habría estado bien, así que me di la vuelta y me dirigí hacia donde Roth estaba esperando.

—Trin, espera un momento —me llamó Zayne.

Mi estúpido corazón me dio un brinquito en el pecho cuando giré sobre los talones y lo vi venir hacia mí dando grandes zancadas.

—¿Sí?

—¿Llevas las dagas? —Cuando asentí, su mirada me examinó la cara—. ¿Y recuerdas lo que te dije?

—Que use la gracia si es necesario —susurré, plenamente consciente de que era probable que Layla y Roth todavía pudieran oírme.

—Bien. —Inspiró hondo mientras dirigía la mirada hacia donde estaba Roth y luego de nuevo hacia mí—. Ojalá pudiera entrar ahí contigo.

—Lo mismo digo —murmuré.

Abrió la boca como si quisiera decir algo más y luego me dedicó una sonrisa ladeada antes de centrar su atención detrás de mí.

—Cúbrole las espaldas, Roth.

—Ya lo sé —fue la respuesta del príncipe demonio.

—Debería irme ya —le dije, un poco decepcionada por no recibir ni siquiera un abrazo, aunque al mismo tiempo sabía perfectamente que teníamos público—. Volveré pronto.

Zayne me dejó alejarme un paso y luego me tomó de la mano y me hizo retroceder. Me quedé sin aliento. Antes de poder adivinar qué se proponía, bajó la cabeza y me susurró:

—Cuídate.

Entonces sentí sus labios en la sien y cerré los ojos con fuerza durante un instante. Fue un beso dulce y rápido, pero significó algo para mí. Cuando abrí los ojos y retrocedí, vi la calidez en sus ojos pálidos. Pensé que tal vez también podría haber significado algo para él.

Asentí mientras me sentía ridículamente mareada, y luego me volví y fui a toda prisa hacia Roth.

El príncipe demonio me miró con las cejas arqueadas y después dio media vuelta con elegancia.

—Sígueme, santurrona.

Miré su espalda con el ceño fruncido, pero le seguí el ritmo mientras salíamos del aparcamiento. Las calles estaban iluminadas por brillantes farolas.

—Entonces, ¿vamos a un club? —le pregunté al darme cuenta de que estábamos cruzando la calle en dirección a un hotel.

—Más bien a un restaurante. Uno privado. —Llegó a la puerta antes que yo y la mantuvo abierta—. Probablemente no sea lo que te esperas.

No lo estaba siendo ya.

Al entrar en el vestíbulo del hotel, levanté la mirada hacia las plateadas lámparas del techo que iluminaban el suelo de mármol negro con un resplandor que me recordó a la luz de la luna. Roth me guio hacia un ascensor, que se abrió antes de que llegáramos. Miré al demonio.

—Qué espeluznante —dijo con una sonrisa.

Entorné los ojos y él soltó una risita mientras entrábamos. Cuando presionó el botón del piso trece, me quedé sorprendida. Me volví hacia él.

—Creía que los hoteles no tenían un piso trece.

—Este sí.

Vale. Eso era espeluznante, pero, cuando las puertas se cerraron, eché un vistazo hacia la esquina donde Roth se había retirado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué pasa entre Zayne y Layla?

Él alzó las cejas.

—¿Qué te hace pensar que pasa algo entre ellos?

—¿Aparte de la reunión evidentemente superincómoda en tu casa y lo que acaba de pasar ahí fuera? Daba la sensación de que Zayne preferiría emparejarse con un puercoespín que esperar con ella.

Roth parpadeó despacio.

—Bonita imagen.

Sacudió la cabeza y cruzó los brazos, y entonces me fijé en que tenía un tatuaje en el bíceps. Entrecerré los ojos. Parecía un... ¿gatito acurrucado formando una bolita? No podía ser eso. ¿Demonios con tatuajes de gatitos? Mis ojos estaban empeorando mucho.

—¿Qué sabes de ellos? —me preguntó.

Noté una intensa sensación de inquietud en el estómago.

—Sé que crecieron juntos y que él... se siente mal por no haber aceptado nunca su lado demoníaco.

—¿Él te dijo eso?

Asentí.

—Y me contó lo que le pasó a Layla... Lo que hizo su clan y que era culpa de él.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Roth.

—¿Te dijo qué fue lo que lo causó?

Negué con la cabeza.

—Solo que se siente responsable.

—Por supuesto que no —murmuró, y entonces el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron—. Deberíamos terminar esta conversación luego.

—Pero...

—Luego —repitió mientras salía al pasillo—. Vamos, Trinity. Debemos estar concentrados y, si tenemos esta conversación, vas a tener la mente en otro sitio.

Quise insistir, pero él tenía razón, así que lo dejé por el momento. El pasillo por el que íbamos era largo y estrecho y, cuando giró a la derecha, vi lo que parecía ser un restaurante abarrotado de formas humanoides.

Roth me dirigió una rápida sonrisa.

—Te dije que no es lo que te esperabas.

—Tenías razón, desde luego —murmuré mientras dirigía mi atención hacia una mujer joven que se encontraba detrás del atril de la zona para recibir a los clientes.

La mujer apenas me miró y se centró en Roth, y apretó tanto los labios, ya de por sí finos, que casi le desaparecieron.

—Tú otra vez.

—Rowena, ¿me echabas de menos? —Roth sonrió mientras apoyaba los antebrazos en el atril—. Yo a ti sí.

—No —contestó ella, y se apartó un paso—. No te echaba de menos. ¿Has venido a ver a Faye?

Roth asintió mientras se enderezaba.

La mujer suspiró tan fuerte que era posible que se hubiera roto una costilla en el proceso.

—Seguidme.

Rowena nos guio a través del laberinto de mesas y dejamos atrás personas que parecían..., bueno, personas normales. Todos se quedaron mirando a Roth como si supieran exactamente qué

era y a ninguno pareció hacerle demasiada gracia mientras movían sus sillas y se apartaban lo máximo posible de él.

No estaba segura de qué me había esperado. Vale. Me esperaba mujeres con largos vestidos negros y hombres con túnicas, entonando palabras místicas y hogueras..., muchas hogueras. No me esperaba gente con vaqueros y vestidos de verano comiendo calamares fritos.

Estaba un tanto decepcionada.

Llegamos a un reservado redondo que estaba ocupado por una mujer joven y guapa con el pelo corto y oscuro. La mujer levantó la vista cuando Rowena nos dejó allí y la sorpresa se reflejó en su cara, seguida rápidamente por el recelo.

—Hola, Faye —dijo Roth.

—Roth. —Comenzó a ponerse de pie—. Qué sorpresa... ¡Oh!

Pasó algo.

Algo muy raro.

Una especie de... sombra se desprendió del cuerpo de la mujer y se dividió en un millón de puntitos negros que cayeron al suelo y giraron juntos, se arremolinaron y se alzaron de nuevo y se unieron para formar...

—Joder.

Me aparté de un salto y me llevé la mano al pecho mientras la gracia despertaba en mi interior. Una serpiente enorme, de como mínimo tres metros de largo y tan ancha como yo, apareció a no más de treinta centímetros de distancia.

La serpiente se lanzó hacia Roth, ondulaba y meneaba el grueso cuerpo mientras apoyaba su cabeza en forma de diamante en el hombro del demonio y su lengua roja asomaba y volvía a desaparecer rápidamente, agitándose.

La serpiente no intentaba matarme.

No intentaba matar a Roth.

Me quedé boquiabierta. Me recordó a un perro feliz... si un perro feliz fuera una maldita serpiente gigante, pero esta no paraba de retorcerse y daba golpecitos con el rabo en el suelo. Un momento. ¿Las serpientes tienen rabos? No tenía ni idea, pero me pareció que necesitaba sentarme con urgencia.

—Hola, chica, ¿me echabas de menos? —Roth le rascó la cabeza a la serpiente gigante—. Ya lo sé. Ha pasado mucho tiempo.

Parpadeé despacio.

—Eso es... una serpiente gigante.

—Así es. —Roth le besó el morro—. Esta es Bambi.

—¿La serpiente se llama Bambi? —pregunté con voz aguda.

—Tengo debilidad por Disney —contestó, y eso pareció aún más perturbador—. Es una de mis familiares, pero, actualmente, se la he prestado a esta bruja...

—Ese no fue el trato —repuso Faye, y luego cerró la boca cuando Roth le lanzó una mirada que no pude ver.

¿Un familiar? Madre mía, había leído sobre ellos, pero, naturalmente, nunca había visto ninguno. Parecían tatuajes cuando estaban en reposo, pero se desprendían de la piel y cobraban vida al invocarlos. Solo los tenían los demonios de Nivel Superior más poderosos.



Dirigí rápidamente la mirada hacia el brazo de Roth. El tatuaje del gatito seguía allí. ¿También era un familiar? ¿Un gatito?

—Bambi, esta es Trinity. Es una amiga —continuó mientras la serpiente ondulaba y luego retorció su cuerpo largo y grueso hacia mí.

Abrí mucho los ojos.

—¿Y qué hacemos con los amigos? —añadió Roth—. No nos los comemos, Bambi.

—¿Se... come a la gente?

—Come todo tipo de cosas. A veces demonios, a veces personas. No se ha comido a ningún ángel. Todavía. Tambor, por el contrario, ha frito a un Alfa —respondió Roth.

—¿Tambor?

Se levantó un lado de la camiseta con una amplia sonrisa y, a lo largo de su firme cintura, dibujado con vibrantes tonos azules y dorados, había...

—Ay, Dios mío, ¿eso es un dragón? —susurré.

El demonio me guiñó un ojo.

—Así es. —Se soltó la camiseta—. Siéntate. Trinity.

Manteniéndome alejada de Bambi, me senté en el reservado, frente a Faye, y Roth se sentó a mi lado. Un segundo después, Bambi se dejó caer en su regazo, y yo me aparté todo lo que pude mientras la serpiente me miraba fijamente con unos impíos ojos rojos.

—¿En qué puedo ayudarte, Roth? —preguntó Faye, que me miraba con curiosidad.

—Necesitamos información —contestó él mientras frotaba la parte superior de la cabeza de Bambi con aire distraído.

—Me lo suponía. —La mujer se apartó un corto mechón de pelo de la oreja—. Lo siento. No pretendo ser maleducada, pero ¿tú quién eres?

—Una amiga de Roth —dije, y pensé que esa era una frase que nunca había creído que llegaría a pronunciar, y, basándome en la sonrisita de suficiencia del demonio, a él le había encantado esa afirmación—. Estoy buscando a un amigo. Un Guardián al que capturó un demonio.

—Un demonio que, de repente, se ha vuelto muy activo en la ciudad —añadió Roth—. Se llama Bael.

—Ya sabes que casi nunca... nos asociamos con demonios.

Cuando Faye agarró su copa de vino tinto, la mano le tembló ligeramente.

Estaba nerviosa.

—Sé que os asociáis con demonios y con todo tipo de cosas cuando beneficia al aquelarre —repuso él con soltura—. Así que déjate de gilipolces místicas y políticas acerca de que sois brujos buenos que veneran a los árboles y se dan la mano cantando el kumbayá.

Alcé las cejas.

—Tú y yo sabemos que no es así. —La sonrisa burlona se le había borrado de los labios—. Un grupo numeroso de humanos atacó un asentamiento de Guardianes. Trabajaban con Bael, y es imposible que él los poseyera a todos.

—Lo que plantea la pregunta de cómo podría un demonio reunir a un pequeño ejército de humanos dispuestos a morir por él —intervine—. Me parece que sé la respuesta.

Faye se puso rígida.

—Y yo también. —Roth se inclinó hacia delante—. ¿Tal vez tu aquelarre ha ayudado a cierto demonio con un hechizo de posesión? ¿Puede que uno que te permite controlar a humanos? Y no

finjamos que no existe tal hechizo.

La mujer frunció los labios.

—Sí que existe ese... hechizo. No se suele usar y normalmente está prohibido.

Me distraje un momento al oír el sonido de un motorcito a mi lado. Bajé la mirada hacia Bambi. ¿La serpiente estaba... ronroneando?

Bambi me miró y enseñó su lengua bífida.

Pues vale.

—Pero a vosotros os gusta hacer lo que está prohibido —respondió Roth—. ¿Ayudasteis a Bael con un hechizo así?

Faye tomó un trago de vino y luego negó con la cabeza mientras tragaba con dificultad.

—No eres una Guardiania —me dijo.

—No.

—Bueno, ¿y por qué te importa un ataque a un asentamiento de Guardianes? —le preguntó a Roth.

—¿He dicho que me importe?

Lo fulminé con la mirada.

—¿Tu aquelarre ayudó a Bael con ese hechizo? —insistió el príncipe demonio.

—Si lo hicimos, y no estoy diciendo que fuera así, no somos responsables de lo que él hiciera con el hechizo.

Fruncí el ceño bruscamente.

—¿Que no sois responsables? Eso es como si le prendes fuego a un arbusto y te marchas, y luego ese fuego se propaga a un edificio de apartamentos y lo arrasa todo. No era tu intención que pasara eso, pero sigues siendo el responsable. ¿Qué creáis que iba a hacer con ese hechizo? ¿Usarlo para convencer a un grupo de humanos para que hicieran obras benéficas? —le espeté.

Roth resopló.

La mano de la bruja se tensó alrededor de la copa de vino.

—Me estoy hartando de esta conversación, Faye. —Roth se echó hacia atrás—. ¿Tu aquelarre ha estado en contacto con Bael?

La mujer se quedó callada un buen rato.

—¿Comprendes cómo podría volverse esto en nuestra contra si llega a saberse que estamos divulgando... las actividades de otros?

Roth me miró mientras continuaba acariciando la cabeza de Bambi y sonrió.

—¿Y tú comprendes que eso me importa una mierda? Debería preocuparte más no tocarme las narices.

—Bueno, sí, por supuesto, pero...

—Pero lo que no comprendes es que, sin ninguna duda, no quieres tocarle las narices a ella —continuó, y yo levanté una mano y agité los dedos—. Responde a la maldita pregunta.

Faye me observó un rato y luego se estremeció.

—Para que lo sepáis, le aconsejé al aquelarre que no deberíamos ayudar a nadie con un hechizo como ese, pero perdí la votación. No fue un demonio quien vino a vernos hace dos meses.

La esperanza había brotado en mi pecho y luego se apagó.

—¿No fue un demonio? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Fue un humano quien vino pidiendo ese hechizo.

Miré a Roth mientras me preguntaba si la mujer estaría diciendo la verdad o no.

—¿Quién era el humano?

Faye apretó los labios mientras sacudía ligeramente la cabeza.

—Fue... Se llama Josh Fisher.

Ese nombre no significaba nada para mí.

—¿Josh Fisher? —repitió Roth—. ¿Te refieres por casualidad al senador Josh Fisher, el líder de la mayoría en el Senado? ¿Ese Josh Fisher?

Sentí que el corazón me daba un vuelco cuando Faye asintió.

—Ese mismo.

—¿Por qué diablos querría un senador un hechizo de ese tipo? —pregunté, perpleja—. ¿Y no lo usaría para..., yo qué sé, influir en las votaciones o algo así?

—No sé por qué lo necesitaba...

—¿Viene mucha gente buscando ese hechizo? —exigió saber Roth.

Faye se puso tensa.

—Bueno, no. Esta fue la primera...

—Así que podemos asumir con total seguridad que este encantamiento se usó para convertir a humanos prácticamente en carne de cañón.

—Vieron a Bael con alguien hace dos noches. No sabemos quién era ni si esa persona era un humano o no —le comenté a Roth—. Pero el senador tendría que conocer a algún demonio para saber que los brujos podrían hacer algo como esto, ¿verdad?

—Sí. —Roth miró a Faye—. A menos que él fuera brujo, pero voy a arriesgarme y decir que no era un brujo, ¿no?

—No —murmuró Faye.

Me incliné hacia delante y apoyé los brazos sobre la mesa.

—¿Sabéis para qué quería el hechizo?

—No se lo preguntamos. —Apuró el vino—. Es mejor no saber algunas cosas. Nos ofreció una suma bastante grande de dinero.

—Qué conveniente —masculló Roth—. No irás a decirme que a ninguno de vosotros le preocupó ni un poquito lo que haría un maldito senador con un hechizo como ese, ¿no? ¿Necesitabais dinero con tanta urgencia?

—Dinero no es lo único que nos ofreció —repuso ella, y se cruzó de brazos—. Nos ofreció otra cosa sumamente codiciada... Algo que ninguno de nosotros tiene.

—¿El qué?

—Un nefilim —susurró.

Me quedé inmóvil mientras miraba fijamente a la bruja.

—¿Y para qué querríais a un nefilim? —le pregunté, aunque una parte de mí ya lo sabía.

—Hay muchos hechizos que requieren... partes de un nefilim —contestó ella—. Huesos, tejido, pelo...

Me invadió la ira mientras fulminaba con la mirada a aquella mujer que hablaba de partes de mi cuerpo como si fueran condimentos para un pastel.

—¿Y por qué creéis que un senador tendría acceso a una criatura que fue exterminada hace un milenio? —le preguntó Roth.

En ese momento, a dicha criatura le estaba dando golpecitos en el muslo una puñetera serpiente gigante. Bajé la vista y Bambi me miró con unos grandes y esperanzados ojos rojos.

Faye miró a su alrededor antes de decir:

—Porque nos contó que sabía que había uno vivo y que sabía cómo conseguirlo.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Dijo que tenía al Protector del nefilim.

La piel me hormigueó debido a la necesidad de estirarme por encima de la mesa y darle un puñetazo en la cara a la bruja.

—Por casualidad, ¿os dijo dónde tenía a ese... Protector?

Ella negó con la cabeza.

—Lo único que nos contó es que esperaba tener al nefilim antes de que acabe el solsticio.

—El solsticio es dentro de unos días —apunté mientras Bambi me daba otro golpecito.

—Así es —contestó ella, que se encogió de hombros—. Así que en breve averiguaremos si puede cumplir su parte del trato.

—No podrá. —Bajé la mano y rocé apenas la parte superior de la cabeza de Bambi. Las escamas eran ásperas y estaban frías al tacto—. Eso puedes darlo por descontado, así que espero que el dinero compensara esas vidas humanas inocentes.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Faye.

—¿Solo habéis tratado con este senador? —le preguntó Roth—. ¿No con Bael?

Ella asintió con la cabeza.

—Eso es.

—Vosotros podéis averiguar dónde tienen a ese Protector, ¿verdad? —sugerí—. ¿Los brujos no pueden hacer... hechizos de localización?

—No funcionan con Guardianes ni demonios —contestó ella—. Solo con humanos.

—No nos hace falta eso para encontrar al senador —me indicó Roth.

Bambi se apretó contra la palma de mi mano. Era evidente que no estaba satisfecha con mi falta de esfuerzo. Hice una mueca mientras presionaba un poco la cabeza de la serpiente, que emitió un zumbido a modo de respuesta.

—¿Puedes contarnos algo más? —preguntó Roth.

Faye dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Sé que no estaba trabajando solo. Cuando vino a vernos, estuvo hablando constantemente por teléfono con alguien que parecía darle las órdenes. Eso es todo lo que sé.

Eso era una novedad, y nada buena. Tener que lidiar con un demonio de Nivel Superior ya era bastante malo, pero ¿y si era posible que hubiera más?

Me desplomé contra el reservado.

—Gracias por ser tan útil —dijo Roth con un dejo de sarcasmo—. Creo que ya es hora de irnos.

Le dio un golpecito a la serpiente y se echó hacia atrás mientras el familiar levantaba la cabeza de mi pierna y se apartaba del reservado para permitirnos ponernos en pie.

—Hasta pronto. —Roth le dio una palmadita a Bambi en la cabeza y luego señaló a Faye con la barbilla—. Vuelve con ella.

La serpiente se meneó y luego soltó un suspiro que sonó muy humano antes de descomponerse en puntos que formaron una sombra densa. La masa flotó de nuevo hacia Faye y se grabó en el

brazo de la bruja.

—Roth —lo llamó Faye mientras nos alejábamos del reservado—. Nos iremos pronto. Tú deberías hacer lo mismo.

Un escalofrío me bajó por la espalda cuando el príncipe se volvió hacia ella.

—Todo el aquelarre se va a ir —añadió la bruja.

Se me erizó el vello de la nuca.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Hay algo aquí, y no queremos tener nada que ver con eso. —Su mirada oscura se deslizó hacia mí—. Pero tengo la sensación de que no tardaréis en descubrir de qué se trata.

—Bueno, eso da mal rollo y no es nada útil, pero gracias —dije, y sacudí la cabeza mientras me daba la vuelta. Roth me siguió hacia el pasillo—. ¿Crees que se refería a ese demonio que está matando a Guardianes y a otros demonios?

Roth encogió un hombro.

—No creo que sea un demonio.

—Entonces, ¿qué podría ser?

Me miró con curiosidad.

—Es que no lo entiendo. —Me detuve en el centro del pasillo—. ¿Por qué se involucraría un senador en esto? ¿Qué cree que puede conseguir? No puede tratarse de dinero. Y, si el senador ya ha negociado la mayor parte de mi cuerpo, entonces, ¿qué planea hacer Bael conmigo? ¿Simplemente matarme?

—Bueno, es un demonio. A los demonios les gusta matar cosas, sobre todo... —Se inclinó hacia mí y susurró—: Cosas angelicales.

Puse los ojos en blanco.

—No puede tratarse de eso. No puede ser algo tan simple y estúpido.

—Algunos demonios son así de simples y estúpidos. Igual que muchos humanos. A veces, la respuesta más evidente es la más estúpida.

Me lo quedé mirando un momento. Eso había sido tan útil como las palabras de la bruja.

—Aunque esto es una buena noticia. Si descubrimos dónde está el senador, deberíamos poder averiguar dónde está Bael, ¿no?

—Es posible —respondió Roth—. Si Bael ha permitido que el senador sepa dónde está. El senador podría estar poseído.

—No seas aguafiestas.

—Solo pienso en todas las posibilidades. Podría haber un montón de callejones sin salida, Trinity. Si Bael está utilizando a este senador para que le haga el trabajo sucio, es muy probable que sea lo bastante listo para tomar precauciones. Puede que esto no sea tan sencillo como ir a la casa de este senador y obtener todas las respuestas que quieres.

—Ya lo sé.

Roth inclinó la cabeza.

—¿De verdad?

Era consciente de eso, pero esperaba que fuera así de fácil. Di media vuelta y me dirigí al ascensor mientras reflexionaba sobre lo que nos había contado la bruja y la espeluznante advertencia que presentí que tenía que ver con lo que fuera que estaba matando tanto a Guardianes como a demonios. Puede que esa reunión no me hubiera proporcionado todas las respuestas que

quería, pero no había sido un fracaso absoluto. Teníamos otra pista, y podría ser un callejón sin salida, como había sugerido Roth, pero iba a averiguarlo. Estiré la mano hacia el botón para llamar al ascensor.

Roth habló entonces. Pronunció cuatro impactantes palabras:

—Zayne quiere a Layla.

## Treinta y uno

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo.

—¿Qué?

—Ha estado enamorado de ella desde que eran niños. Y Layla también lo quiere. Lo ha querido desde que era una niña. Incluso estuvieron juntos un tiempo.

Me giré despacio hacia el príncipe demonio. Estábamos lo bastante cerca como para distinguir su expresión. No había una sonrisa de suficiencia ni de diversión en sus labios, ni animosidad en sus ojos color ámbar, ni intención maliciosa.

—Pero Layla me quiere más a mí. Y sé que, si Layla y yo nunca nos hubiéramos conocido, Zayne y ella estarían juntos. Joder, a veces me sorprende que no lo escogiera a él en lugar de a mí. —Suspiró—. Él es mucho mejor hombre de lo que yo jamás podría aspirar a ser.

Lo que me estaba contando me había dejado tan desconcertada que no supe qué contestar. Lo único que pude decir cuando conseguí que mi boca se moviera fue:

—¿Está enamorado de ella?

Roth se apoyó contra la pared.

—Sí. Bueno, hace seis meses, sí. No me creo que esa clase de amor..., ya sabes, querer a alguien durante años y años y años, se haya desvanecido tan rápido.

Una pequeña grieta se abrió en mi pecho y me demostró cuánto había acabado gustándome Zayne, cuánto me gustaba sin haberme dado cuenta siquiera.

¿Por qué debería resultar tan sorprendente?

Por eso había confiado tanto en él la noche anterior. Por eso no podía apartar los ojos de él cuando lo tenía cerca. Por eso le había contado lo de mi vista y le había hablado de mi madre.

Tal vez no fuera amor, pero sin duda era algo potente y poderoso y que podía sufrir, porque, fuera lo que fuera, ahora mismo estaba sufriendo.

Roth apoyó la cabeza contra la pared y dejó escapar un suspiro.

—Zayne te gusta, ¿verdad?

Me estaba esforzando tanto por mantener la boca cerrada que tenía la mandíbula apretada.

—Es probable que tú también le gustes. Le gustaba Stacey.

Parpadeé, confundida.

—¿Quién es Stacey?

—La mejor amiga de Layla. —Inclinó la cabeza hacia mí—. Zayne y ella estuvieron muy unidos después de..., bueno, todo lo que pasó entre Layla y él. No eran pareja. Bueno, a ver, yo procuro no meterme en su vida privada, pero creo que solo intentaban... distraerse mutuamente.

—¿De qué?

—Del dolor que sentían. Hay muchas cosas que no sabes, Trinity. Por ejemplo, no sabes que el motivo por el que el clan de Layla la atacó y casi la mató fue porque Zayne la besó y ella le arrebató una parte de su alma.

Realicé una inspiración entrecortada.

—Y no sabes que él se castiga a sí mismo todos los días por eso —continuó Roth—. ¿Por qué, si no, se iría a vivir solo? ¿Por qué, si no, se negó a ocupar el puesto de poder de su padre?

—Me dijo que era porque necesitaba espacio y que no estaba de acuerdo con lo que estaba haciendo su clan.

—Y estoy seguro de que te dijo la verdad. Simplemente, no te la dijo toda. —La expresión de Roth se suavizó—. Me sorprende que su clan no lo mencionara cuando entraste en escena y te fuiste a vivir con él.

—¿Por qué habrían de hacerlo? Dudo que le hablen de sus... relaciones anteriores a cualquier desconocido.

—Sí, pero eres una Sangre Original y hay que protegerte a toda costa, ¿no? —No había burla en su tono—. Y él te pasaría por encima y entregaría su vida por ella en este mismo instante.

Inspiré bruscamente y noté el dolor que me provocaron esas palabras. Cuando aparté la mirada de él, mi pecho subía y bajaba con dificultad mientras me esforzaba por no darle importancia a lo que me estaba diciendo e intentaba convencerme a mí misma de que Roth era un demonio y solo se estaba burlando de mí, pero... ¿por qué iba a hacer eso?

Y yo había visto cómo se comportaba Zayne con Layla, había oído cómo hablaba de ella y cómo evitaba hablar de ella a toda costa.

Roth no estaba mintiendo.

Cerré los ojos.

—Sí, te gusta. ¿Os habéis acostado?

Volví la cabeza de golpe en su dirección.

—¿Cómo dices?

—Solo lo pregunto porque sé que no hizo eso con Stacey. Estuvieron tonteando, pero no..., ya sabes, no pasaron al siguiente nivel.

—¿Cómo rayos sabes tú eso?

—Por desgracia, he oído demasiadas conversaciones entre Layla y ella —respondió con tono seco—. Se lo cuentan todo. Y bien, ¿lo hizo? Ya sabes, ¿pasar al siguiente nivel? Porque, si lo hizo, entonces solo estoy diciendo gilipolleces y estoy a punto de dar una fiesta, porque, créeme, nadie quiere ver a Zayne pasar página más que yo.

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—No hay fiesta.

—Mierda —suspiró Roth—. Mira, como te acabo de decir, nadie quiere verlo con alguien más que yo..., verlo de verdad con alguien, pasando página y viviendo su puta vida al máximo, pero estás perdiendo el tiempo con él.

Se apartó de la pared y se acercó a mí. Pasó el brazo a mi alrededor y pulsó el botón del ascensor.

—Así que eso es lo que pasa entre Zayne y Layla. Diez años de amar lo que nunca podrías tener y luego perderlo tras darte cuenta de que siempre había estado a tu alcance.



El ascensor emitió un pitido para señalar su llegada.

Roth y yo permanecemos en silencio mientras bajábamos en el ascensor y salíamos al húmedo aire nocturno. Me sentía aturdida por lo que me había contado, pero una parte de mí sabía que no debería estar tan sorprendida. Las señales habían estado ahí, pero no conocía a Zayne lo bastante bien como para interpretarlas.

Sentí una fuerte punzada de dolor en el pecho al comprenderlo. Creía que había llegado a conocerlo bien, sobre todo después de todas las noches que habíamos pasado hablando de todo un poco, pero, en realidad, casi todo lo que me había contado eran cosas superficiales.

Ninguno de los dos habló mientras entrábamos en el aparcamiento, y el corazón me latía con fuerza cuando rodeamos una columna y vi a Zayne y Layla de pie delante del Impala. Los separaban unos sesenta centímetros y tenían las cabezas inclinadas el uno hacia el otro, como si estuvieran hablando de algo muy importante. El estómago me dio un vuelco cuando levantaron la mirada.

—Bueno, Trinity, a ambos nos espera una noche divertida. —Se desvió hacia Layla..., hacia la chica de la que Zayne estaba enamorado—. Hola, enana.

Mis pasos se volvieron más lentos y, a medida que me acercaba, pude leer la expresión de Zayne, que tenía la mirada clavada en el suelo. No parecía enfadado ni tan irritado como cuando me había marchado. Simplemente parecía... triste.

Noté una presión en el pecho, y no supe si era por mí o por él o por toda esa situación.

Zayne levantó la barbilla y reprimió lo que fuera que estuviera sintiendo mientras su mirada se encontraba con la mía. Entonces lo vi. Un velo se deslizó sobre su cara y ocultó todo lo que sentía. No mostraba ninguna emoción, nada más allá de la superficie.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Layla, y su voz sonó más ronca de lo que recordaba, como si necesitara carraspear.

—Hemos descubierto que fue un senador quien fue a ver a los brujos para conseguir el hechizo —explicó Roth mientras yo me quedaba allí plantada e intentaba reorganizar mis pensamientos—. Josh Fisher, nada menos que el líder de la mayoría en el Senado. Le ofreció al aquelarre un Sangre Original, básicamente en trozos, a cambio del hechizo, y afirmó que tenía al Protector del Sangre Original.

—Pero ¿qué diablos...? —exclamó Zayne mientras se giraba hacia mí.

—Y que lo digas. —Roth le rodeó los hombros a Layla con el brazo—. Así que estamos seguros de que Bael está trabajando con el senador.

—Si encontramos al senador Fisher, tal vez encontremos a Bael. —Zayne seguía mirándome—. Es una buena noticia.

Asentí despacio, encontrando al fin la voz.

—Haré algunas llamadas. Gideon, uno de los miembros de nuestro clan, prácticamente es un genio de la tecnología y conseguirá descubrir la dirección del senador —dijo Zayne, y eso era una buena noticia. Ya se había llevado la mano al bolsillo e hizo una llamada rápida—. Deberíamos tener algo en un par de horas.

—¿Iréis a su casa cuando consigáis la información? —preguntó Layla.

—Sí —contesté, e ignoré la repentina intensidad que se reflejó en la cara de Zayne—. Deberíamos...

—Esperad hasta mañana por la noche —sugirió Roth—. Layla y yo tenemos que ocuparnos de algunas cosas esta noche, pero seremos vuestros refuerzos si conseguís su dirección y decidís ir.

Abrí la boca, pero Zayne se me adelantó.

—Creo que no será necesario.

—Creo que me da igual —respondió Roth.

Layla se apartó y golpeó al demonio en el pecho, y luego se concentró en nosotros..., en Zayne.

—No tenéis ni idea de a qué os vais a enfrentar. Podría ser solo el senador. O podría haber seguridad humana y, en ese caso, nos necesitáis...

—Porque yo me encargaré de los humanos y no me sentiré mal en absoluto por ello —explicó Roth—. Ya sabéis, si los humanos nos suponen un problema.

Cerré la boca de golpe.

—No solo por eso. —Layla fulminó a su novio con la mirada, y él simplemente sonrió—. Pero tengo la impresión de que el clan no os está ayudando con esto, no de manera activa, y deberíais contar con refuerzos por si las cosas se tuercen.

—Ella tiene razón. Los dos tienen razón —dije, y crucé los brazos—. Sería una estupidez hacer esto sin ayuda.

Zayne suspiró y luego asintió.

—Cuando tenga noticias de Gideon, os enviaré un mensaje con la dirección e iremos mañana. ¿Os parece bien a las ocho?

—Perfecto. —Roth le tomó la mano a Layla—. Hasta entonces. —Empezó a darse la vuelta, pero luego se detuvo y me miró—. Siento que no consiguieras todas las respuestas que buscabas.

Inspiré bruscamente, pues sabía que no se refería solo a Bael o Misha. Se refería a Zayne. Asentí y luego me giré para dirigirme hacia el lado del acompañante del Impala.

Zayne me siguió y me abrió la puerta.

Tan cortés.

Siempre caballeroso.

—Gideon podrá conseguirnos la información que necesitamos —dijo, y percibí un dejo distante en su voz.

—Lo sé.

Zayne se apoyó contra la puerta del acompañante y se pasó una mano por el pelo.

—Ya tenemos alguna pista, pero, si Bael se ha asociado con un senador, eso también podría significar malas noticias a largo plazo.

—Así es. —Suspiré y me sentí tremendamente frustrada y demasiado estresada emocional y mentalmente mientras lo miraba—. Pero estamos más cerca de encontrar a Misha. Eso es algo.

Zayne se quedó callado y giró la cabeza para mirar en la dirección por la que habían desaparecido Layla y Roth.

—Tengo la sensación de que... se nos está escapando algo. Que lo tenemos justo delante de nuestras narices, pero no lo estamos viendo.

—Ya, bueno, Roth cree que es porque Bael simplemente me quiere muerta. Que descubrió que yo existía y se puso en plan: «Tomemos todas estas rebuscadas medidas para matarla».

Zayne alzó las cejas.

—Pero eso no tiene sentido, porque ¿por qué mantener vivo a Misha? Con el vínculo, soy más fuerte. Él es más fuerte. Y, si saben lo suficiente sobre Misha y lo que es, entonces ¿por qué no lo han matado?

—No lo sé. —Zayne retrocedió un paso—. Pero no vamos a encontrar las respuestas aquí. No, no las encontraríamos ahí.

Me abroché el cinturón mientras él cerraba la puerta y rodeaba trotando la parte delantera del coche antes de sentarse al volante. Aunque sabía que debería centrarme en lo que había dicho la bruja, en lo único que podía pensar mientras salíamos del aparcamiento era en lo que me había contado Roth.

El corazón comenzó a acelerárseme de nuevo al echarle un vistazo a Zayne, cuyas facciones estaban envueltas en sombras. Miré por la ventanilla y busqué una forma de sacar el tema, porque necesitábamos hablar de eso. Si no hubiera pasado lo de anoche, tal vez no haría falta, porque no habría sido asunto mío, pero ahora sí lo era.

—¿Estás bien? —le pregunté. Me sorprendió descubrir que tenía las manos húmedas y me las froté contra las rodillas.

—Sí. —Me miró—. ¿Por qué?

¿Que por qué? Parpadeé despacio.

—Estás muy callado.

—¿Ah, sí?

—Sí —confirmé, aunque me pregunté si el distanciamiento que notaba en su tono era real o solo era mi imaginación—. ¿Cómo...? ¿Cómo te fue con Layla?

—Bien.

Arqueeé una ceja.

—¿Bien?

—Sí, me fue bien.

—No lo parece.

Me lanzó otra mirada rápida, pero no respondió.

Mi frustración aumentó, pero también lo hicieron las náuseas repentinas que sabían a amargura y miedo en el fondo de mi garganta. Levanté las manos. No planeaba soltarlo de golpe, pero pasó sin más.

—Roth me lo contó.

Zayne no respondió de inmediato, así que me giré en el asiento hacia él. Estaba concentrado en la carretera, con la mandíbula apretada.

—¿Qué te contó, Trinity?

—Lo... tuyo con Layla.

No hubo respuesta. Ninguna. Ni siquiera una breve mirada ni destello de emoción que yo pudiera percibir.

—Me dijo que estás enamorado de ella.

Eso provocó una reacción, no la que me esperaba, pero era algo. Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica mientras sacudía la cabeza despacio.

—¿Te dijo eso?

—Sí —susurré, y esperé a que él dijera algo, cualquier cosa, pero no dijo nada—. ¿Es verdad? ¿Estás enamorado de ella?

Zayne exhaló mientras mantenía una mano en el volante. Transcurrió un momento, un momento tan largo que ya tenía mi respuesta.

La misma respuesta que tenía antes incluso de hacer la pregunta.

Me puse tensa y me concentré en la borrosa oscuridad que se extendía al otro lado de la ventanilla. Abrí la boca y luego la cerré, porque había tantas cosas que quería decir que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Siempre... le tendré cariño —dijo Zayne en voz baja—. Siempre.

Me estremecí mientras el aliento se me quedaba atascado en la garganta.

—No tienes que responder. Ya lo sé. Ni siquiera sé por qué lo he preguntado.

—¿Qué te dijo?

—Lo suficiente para... Qué sé yo. Que no me hiciera ilusiones, supongo —murmuré—. ¿Qué fue lo de anoche?

«Ay, Dios».

En el mismo instante en que esa pregunta salió de mi boca, quise atraparla y volver a tragármela, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué te dijo, Trinity? —repitió.

—Me dijo que... que estás enamorado de Layla, y que has estado enamorado de ella durante años. Me dijo que estuvisteis juntos y que ella te arrebató una parte de tu alma.

En cuanto empecé, no pude detenerme.

—Incluso me habló de una chica llamada Stacey y de que... —Me interrumpí antes de decir nada más—. Me contó lo suficiente.

—Madre mía —masculló Zayne—. ¿Por qué te molestas en preguntarme lo que siento o lo que pienso cuando, al parecer, él ya te ha contado toda mi vida?

—Ya, claro, como si te hubieras mostrado muy comunicativo cada vez que te preguntaba por Layla —le espeté mientras la ira reemplazaba al dolor. Me aferré a ella. La ira era mejor, era más fácil lidiar con ella—. Anoche, cuando enumeraste todas las razones por las que no deberíamos hacer lo que hicimos, no mencionaste que la más importante es que todavía estás enamorado de alguien a quien no puedes tener.

—No sabía que tú y yo fuéramos tan en serio —contraatacó Zayne, y giré la cabeza hacia él.

Mis labios se separaron al realizar una inspiración brusca que no llegó a ninguna parte mientras volvía a experimentar aquella punzada ardiente, más intensa que antes. Tenía de nuevo un nudo en la garganta y, de repente, me sentí tan incómoda en ese asiento, en mi propia piel, que deseé estar muy lejos de ahí. En cualquier sitio. En la calle. Junto al río. En una guarida de demonios hambrientos. En cualquier sitio. Se me tensaron los hombros mientras apartaba la mirada despacio de él.

—Mierda —dijo Zayne entre dientes—. Trin, no pretendía que sonara así. Yo no...

—En este momento, preferiría no hablar —lo interrumpí.

—No, tenemos que hablar. Me encuentro en... Me encuentro en una situación extraña ahora mismo. No esperaba que ella estuviera aquí esta noche ni... ni toda esa mierda que viene con ella. No esperaba que Roth se pusiera a cotillear como una maldita vieja. No esperaba que anoche...

—Ya, bueno, yo tampoco, Zayne. No esperaba que me gustara alguien que está enamorado de otra. —Hundí los dedos en las rodillas—. Y, en serio, no quiero seguir hablando de esto.

—Tú no lo entiendes.

—Tienes razón —contesté, y parpadeé para contener las estúpidas lágrimas..., lágrimas que me negué a derramar. No era tan débil. Era una maldita guerrera entrenada. No lloraría—. Nunca he estado enamorada de nadie. Así que no, no lo entiendo.

—Trin...

—No quiero hablar de esto. ¿Qué parte de eso no entiendes? No quiero. ¿De acuerdo? Estoy cansada y quiero irme a casa... A tu casa, digo.

Un instante de silencio.

—Creía que te apetecía ir a comer algo.

Ya no.

—No tengo hambre. Solo quiero volver.

—Vale. Podemos volver.

Y eso hicimos, en un perfecto y puñetero silencio... Un silencio que nos siguió hasta el ascensor y terminó cuando entré en su piso y me dirigí hacia la puerta del dormitorio con paso airado.

—Hay comida en la nevera si cambias de opinión —me dijo.

Despacio, me giré de nuevo hacia él.

—¿Vas a algún sitio?

—Sí. Fuera.

Di un paso hacia él, pues me di cuenta de que no quería que se fuera... ni quería que se quedara. Quería que me obligara a mantener esa conversación y, a la vez, no quería hablar sobre ello, y esas invasivas emociones contradictorias me dejaron completamente confundida.

—¿Adonde? —solté.

—No lo sé.

Se encaminó hacia el ascensor y luego se detuvo y se volvió hacia mí. Durante un momento, ese muro se derrumbó y pude verlo todo. Tristeza. Enfado. Decepción. Más que nada, un sentimiento que yo reconocería en cualquier parte: anhelo. Entonces, me dio la espalda.

—Lo siento, Trinity. Solo necesito... Lo siento.

Y entonces se marchó.

Yo sabía por qué se había ido y sabía por qué había estado tan callado en el trayecto de regreso. Y ahora sabía por qué nunca había tenido relaciones sexuales y por qué no había insistido en hacerlo conmigo.

Era porque había estado enamorado de Layla desde que era niño y era evidente que todavía seguía enamorado de ella.

Inspiré y el aire se me quedó atascado en el nudo que se me había formado de repente en la garganta. Me miré las manos y las vi cerrarse, sin apretar los puños. El pecho... me dolía como si me hubieran dado un puñetazo justo en el centro, y no sabía por qué me sentía estúpida y tonta, pero eso era lo que sentía mientras miraba fijamente aquellas puertas, porque en lo único que podía pensar era en que él había hecho esas cosas conmigo la noche anterior, me había tocado así, me había abrazado así, mientras seguía estando enamorado de Layla..., enamorado de una chica mitad Guardiania y mitad demonio que estaba enamorada del Príncipe Heredero del Infierno.

¿Acaso me había visto anoche? ¿Me había sentido? ¿O había visto a Layla en mi lugar, fingido que yo era...?

Una risa estrangulada escapó de mis labios.

—Dios mío.

No sabría decir cuánto tiempo permanecí en el centro del piso, con la mirada clavada en las puertas cerradas del ascensor. Podrían haber transcurrido minutos u horas antes de que me acercara al sofá y me sentara, entumecida hasta la médula.

Cacahuete flotó hacia mí, procedente de a saber dónde.

—¿Trinnie?

Negué con la cabeza, pues no me veía capaz de hablar.

—¿Estás bien? ¿Dónde está Zayne?

Abrí la boca, pero ¿qué podía decir? No tenía ni idea de dónde estaba.

—Todo es...

Las puertas del ascensor emitieron un pitido y la voz de Zayne llenó de pronto el silencioso piso.

—¿Sabes qué, Trin? A la mierda. Tenemos que hablar de esto.

—Bueno, ahí está —anunció Cacahuete.

Me puse en pie bruscamente, con los ojos como platos, me di la vuelta, y, sí, allí estaba Zayne, cruzando la sala de estar a grandes zancadas. Lanzó las llaves sobre la isla de la cocina.

—Roth no debió entrometerse y contarte eso —dijo mientras rodeaba el sofá—. No era asunto suyo. Puede que él crea que lo sabe todo sobre mí, pero no sabe una mierda...

—Tenemos compañía —lo interrumpí.

Zayne cerró la boca de golpe y miró a su alrededor mientras Cacahuete lo saludaba con la mano, invisible para él.

—¿El fantasma?

—El fantasma tiene nombre —le recordé—. Cacahuete.

—Cacahuete. Vale. —Se pasó una mano por el pelo y aquellos mechones volvieron a deslizarse de inmediato por su mejilla—. Cacahuete, ¿puedes darnos un poco de intimidad?

El aludido bajó las manos y me miró.

—¿Está...? ¿Está hablando conmigo?

—Sí. Está hablando contigo.

—¿En serio? —Una expresión de asombro invadió la cara del fantasma—. Nadie habla conmigo salvo tú, incluso cuando saben que estoy aquí.

—Bueno, pues él está hablando contigo ahora. —Le eché un vistazo a Zayne—. ¿No es así?

Zayne asintió.

—Sí, Cacahuete, estoy hablando contigo. ¿Puedes dejarnos un rato solos?

Me volví hacia el fantasma.

—Por lo general, me encantaría quedarme a presenciar lo que sin duda va a ser una conversación superincómoda, pero, como me lo pide él, os voy a dar intimidad —dijo, y me pareció que era un tanto retorcido que lo hiciera porque se lo pedía Zayne y, sin embargo, nunca lo hacía por mí—. Os daré un poco de intimidad e iré a comprobar qué está haciendo Gena.

—Vale. Se marcha... Un momento. ¿Quién es Gena?

—Una niña supermaja del cuarto piso que puede verme. Ha estado viendo un maratón de *Strcinger Things* conmigo —contestó el fantasma, y yo simplemente parpadeé—. ¡Me las piro, vampiro!

—¡Espera! —Estiré las manos hacia él, pero Cacahuete se desvaneció. Me volví hacia la puerta—. Ay, Dios, ha estado pasando el rato con una niña del cuarto piso que puede verlo. No sé si es algo bueno o malo, pero eso explica por qué no ha estado mucho por aquí.

—Tal vez sea una pariente lejana tuya —comentó Zayne con ironía.

Lo fulminé con la mirada mientras me apartaba el pelo de la cara.

—Tendré que averiguar qué hacer al respecto luego. —Respiré hondo mientras levantaba la mirada hacia él y aquellos pálidos ojos azules atraparon los míos. De repente, me sentí exhausta y dejé escapar un suspiro entrecortado—. ¿Qué querías decirme?

Sus ojos sondearon los míos.

—Roth debería haber mantenido la boca cerrada.

—¿Por qué? ¿Para que continuáramos con lo que sea que estamos haciendo sin que yo tuviera ni idea de que deseabas a otra? —Oí de nuevo las palabras que había pronunciado antes: «No sabía que tú y yo fuéramos tan en serio». Retrocedí un paso mientras una aguda punzada de inquietud me atravesaba el pecho y luego me senté en el borde del sofá—. Eso es muy retorcido.

—No, no es por eso. No debería haberse entrometido porque no es de su incumbencia...

—Yo se lo pregunté. Él no sacó el tema. Le pregunté qué pasaba entre vosotros dos. Y me respondió.

—Aun así, no era asunto suyo.

Levanté la mirada hacia él. Sí, tal vez Zayne tuviera razón. Tal vez no era asunto de Roth, pero no cambiaba lo que me había dicho ni el hecho de que yo sabía la verdad. Tragué saliva con dificultad mientras apartaba la mirada.

—Roth no debería habértelo contado, porque yo no quería que ocurriera esto. Con todo lo que está pasando, lo último que quería era hacerte daño.

«Dios mío».

¿Por qué esas palabras me hacían sentir peor?

—No me has hecho daño. —Eso era mentira. Me sentía como si tuviera una garra de imp clavada en el pecho—. No..., no sé en qué estaba pensando anoche. —Me rodeé las rodillas con las manos mientras posaba la mirada en el televisor apagado—. No es que creyera que estabas locamente enamorado de mí ni nada de eso. A ver, de todas formas supongo que te irritó demasiado para eso, pero no sabía que hubiera otra.

—No hay otra.

—¿Ah, no? Puede que no estés con Layla, pero estás enamorado de ella, y eso significa que hay otra con la que preferirías estar, y eso significa que yo soy... un segundo plato. Soy...

—No eres un segundo plato, Trin. —Zayne suspiró y sentí una opresión en el corazón—. Sé que esto te hace daño. Mierda. Oírte decir esto me está matando.

—¿En serio? —Ladeé la cabeza—. ¿Por qué te está matando exactamente, Zayne?

—Porque me importas. Porque lo de anoche fue...

—¿Un error?

—No. No fue un error para mí. ¿Lo fue para ti?

Una gran parte de mí quería contestar que sí, para desquitarme, pero lo único que pude hacer fue negar con la cabeza mientras me miraba las manos y me preguntaba cómo había acabado en esa situación.

—¿Anoche...?

—¿Qué?

Volví a negar con la cabeza. El corazón me palpitaba con fuerza y notaba un nudo en la garganta cuando levanté la mirada hacia él.

—¿Anoche querías hacer eso conmigo o estabas pensando en ella?

Zayne abrió mucho los ojos.

—Dios mío, ¿me lo estás preguntando en serio?

—La primera vez que te besé, te apartaste de mí a la velocidad del rayo y, cada vez que hemos vuelto a estar cerca, tú te has alejado. No es que anoche te abalanzaras sobre mí precisamente. Tuve que... Tuve que convencerte —susurré. Se me retorció el estómago al darme cuenta de que era cierto y no pude mirarlo—. Enumeraste todas esas razones y yo...

—No tuviste que convencerme. Lo que siento por Layla..., lo que haya sentido por ella no tuvo nada que ver con lo de anoche. Para nada. Lo que compartimos fue casi perfecto, joder —continuó.

Sentí que el sofá se movía cuando se sentó a mi lado. Di un respingo al sentir sus dedos debajo de la barbilla.

—Lo siento —murmuró mientras me hacía volver a mirarlo—. No me arrepiento ni de un puto momento de anoche.

Simplemente parpadeé.

Zayne me sostuvo la mirada un momento más y luego miró hacia otro lado.

—He conocido a Layla durante prácticamente la mitad de mi vida. Más, en realidad. Era... Solo era una niña al principio, que me seguía a todas partes, y era..., bueno, un incordio. Supongo que algo muy parecido a lo tuyo con Misha.

Cerré los ojos con fuerza mientras realizaba una inspiración entrecortada. Quería que se callara. Quería que siguiera hablando. Quería...

No sabía lo que quería.

Pero Zayne siguió hablando.

—Cuando creció, y yo también, me di cuenta de que se había encaprichado de mí, y me fue fácil ignorarlo al principio, porque ella era más joven, pero luego ya no lo fue, y empezó a asistir al instituto público, algo que le había rogado y suplicado a mi padre que le permitiera hacer, y yo estaba deseando que volviera a casa cada día y me contara cómo le había ido el día. Estaba seguro de que yo le gustaba, pero ninguno de los dos dio el paso.

—¿Porque no era una Guardiana de sangre pura? —pregunté, y abrí los ojos.

Él seguía mirándose las manos cuando dejó escapar una risa áspera.

—No. Porque las habilidades de su madre se manifestaron de manera diferente en ella. Ya conoces algunas de ellas, pero Layla no puede besar a ningún ser con alma. Se alimentaría si lo hiciera.

Abrí mucho los ojos.

—Eso haría que intentar mantener una relación resultara... complicado, pero yo confiaba en ella. Nunca me dio miedo que me hiciera daño. Pero ella no confiaba en sí misma —prosiguió, y echó la cabeza hacia atrás. Se le movió la garganta al tragar saliva—. No sé exactamente cuándo me di cuenta de que lo que sentía por ella no tenía nada de... fraternal. Fue antes de que apareciera Roth. Eso sí que lo sé, y salí con otras chicas, pero simplemente nadie me atraía debido a ella. Yo solía coquetear con ella, pero ella nunca creyó que la viera de ese modo. Por



muchas veces que coqueteara con ella o le insinuara que me... me atraía, que sentía lo mismo, ella no se daba cuenta. Y entonces llegó Roth.

—Me... Roth me dijo que estuvisteis juntos en cierto momento.

Él bajó la barbilla y asintió con la cabeza.

—Así es. Lo intentamos. Es una larga historia, pero Roth la apartó de él porque mi padre lo amenazó para que se mantuviera alejado de ella. Roth obedeció por miedo a lo que podría pasarle a ella, y fue mi oportunidad..., fue nuestra oportunidad de intentar que funcionara. Ambos nos dimos cuenta y la aprovechamos, pero no duró.

—¿Porque intentaste besarla? —le pregunté, y pensé que no poder besarse sería un asco, pero había todo tipo de cosas que se podían hacer que no implicaban el contacto boca con boca.

—En realidad, podíamos besarnos. Creíamos que se debía a que era capaz de controlar sus habilidades, pero Layla tenía al familiar de Roth con ella en ese momento y eso alteró sus habilidades...

—¿Bambi? ¿U otro?

—Bambi. —Me miró—. ¿Cómo lo sabes?

—La conocí esta noche. La tenía aquella bruja.

—Acabé cogiéndole cariño a esa maldita serpiente. —Una leve sonrisa apareció en su cara y luego se esfumó—. Cuando mi clan le hizo daño a Layla, estuvo a punto de morir. Los brujos tenían una cura y Roth hizo un trato para conseguirla. Querían a Bambi a cambio, y se la entregó. Me han dicho que perder a un familiar es como perder una parte de ti mismo, pero eso demuestra cuánto quiere a Layla.

—Oh —murmuré.

—En fin, la última vez que la besé, Bambi no estaba con ella y Layla se alimentó de mí por accidente. Solo me arrebató una pequeña parte de mi alma, pero eso no fue lo que acabó con nuestra relación. Layla eligió a Roth, y, todo el tiempo que estuvo conmigo, en realidad lo deseaba a él. Me quería. Todavía me quiere, pero... sencillamente lo quiere más a él.

Me estremecí. Eso era lo mismo que había dicho Roth.

—Después, me cabreeé. Me sentía como si me hubiera utilizado y luego desechado. —Un músculo le palpitó en la mandíbula—. Estuve enfadado con ella durante mucho tiempo.

—Da la impresión de que todavía estás enfadado con ella.

Zayne me miró.

—Ya no.

—¿En serio?

—Sí. En todo caso, me enfada la situación, porque no solo perdí una relación con ella, perdí a alguien que era básicamente mi mejor amiga. Las cosas cambiaron. Cambiaron para ella. Y también para mí. Y sé que ha dado la sensación de que estoy enfadado con ella, y lo he estado, pero no porque cortara conmigo. Sino porque todavía intenta tratarme como si no hubiera cambiado nada. Como si tuviera derecho a exigir saber qué está pasando en mi vida y con quién estoy. Estuve viendo a una chica, y Layla se entrometió.

—¿Stacey?

—Dios, ¿hay algo que no te contara Roth?

—Lo siento —murmuré—. Dio a entender que Stacey había perdido a alguien.

—Sí. A su novio. También era amigo de Layla. —Se pasó una mano por el pelo—. Stacey y yo somos amigos. Nos... enrollamos un par de veces. Las cosas se volvieron un poco incómodas después, porque los dos estábamos muy unidos a Layla. Hace tiempo que no la veo. —Encogió un hombro—. En fin, Layla cree que le debo... Qué sé yo. ¿Aceptación? Ya he aceptado que está con Roth. ¿Perdón? Me costó un tiempo llegar hasta ahí, pero ya lo he conseguido. ¿Que las cosas vuelvan a ser como antes, como si nada de esto hubiera pasado? No estoy seguro de si eso va a ser posible alguna vez, y es un tanto retorcido que espere eso de mí.

—¿Un tanto? —repetí—. A mí me parece superretorcido, para serte sincera. A ver, no fue hace tanto tiempo, ¿no?

—En diciembre. No hace una eternidad, pero no fue ayer.

—No. —Estudié su perfil, sin tener claro cómo me sentía después de escuchar toda esa historia. Eso había pasado hacía siete meses, no seis, y no estaba segura de cuánto tiempo hacía falta para superar que te rompieran el corazón—. No sé qué decir en este momento.

Y era cierto, porque saber eso me ayudaba a comprender, pero no aliviaba el dolor que notaba en el pecho. Ni los celos que me bullían en las entrañas, porque quería... lo que Zayne sentía por Layla, que él sintiera eso por mí.

¿Cómo era posible que Layla no hubiera escogido a Zayne?

Era leal y amable. Era inteligente y divertido. Era fuerte y protector. Era el chico bueno con un lado muy travieso, a juzgar por lo de la noche anterior.

Zayne no era perfecto, pero, maldita sea, se acercaba bastante.

—Roth debería haber mantenido la puta boca cerrada, porque ¿cómo diablos se supone que va a saber él cómo me siento o lo que quiero si ni siquiera lo sé yo?

Me agarré las rodillas.

—¿Qué quieres decir?

Zayne negó con la cabeza.

—Creía... creía que lo sabía. Joder. Durante los últimos siete meses, creí que solo desearía a una persona de verdad. Desear estar con ella de verdad, y me sentí así hasta que me tiraste de culo en la sala de entrenamiento. Te deseé entonces. Justo allí, sobre las malditas colchonetas. No tienes ni idea de cuánto tuve que contenerme para no... —Cerró la mano sobre el regazo y los nudillos se le quedaron blancos—. Creo que a ella nunca la deseé así. Fue como un maldito puñetazo en las tripas.

Se me separaron los labios.

—Me quedé asombrado. Por eso me aparté de ti de golpe. Nunca he sentido... una reacción tan cruda hacia alguien. No... no sé lo que hago cuando se trata de ti. Cuando estoy contigo, no pienso en ella, y desde luego que no la veo. Solo te veo a ti. Pero no sé qué significa eso. Lo único que sé es que nunca quise hacerte daño.

Le creí.

Asentí con la cabeza mientras las lágrimas se me acumulaban en la garganta. Le creí y, de algún modo, eso me hizo querer echarme a llorar. Aparté la mirada, pues no tenía ni idea de dónde me dejaba eso..., dónde nos dejaba eso.

No, era mentira.

Sí que lo sabía.

—Me gustas, Trin, y me importas. En serio, y sé que eso significa algo. —Cuando no lo miré, sentí que sus dedos me rodeaban la mandíbula y me hacían echar la cabeza hacia atrás hasta que nuestras miradas se encontraron—. Y te deseo. Joder, te deseo tanto que me estoy volviendo loco, y me siento... conectado contigo. Es de lo más raro. Como si supiera en qué parte de la habitación estás sin tener que mirar. Cuando en el complejo del Potomac te dije que sentía que ya te conocía, no era una gilipollez. Me siento así y... no puedo explicarlo.

Pero...

Había un «pero» rondando entre nosotros.

Yo le gustaba a Zayne. Le importaba. Me deseaba. Pero él había sufrido. Mucho. Había una fortaleza a su alrededor que no tenía que ver solo con Layla, sino también con su padre y el tener que lidiar con las responsabilidades de su clan. Zayne no sabía qué necesitaba.

Puede que yo no supiera lo que era estar enamorada ni querer a alguien como lo había hecho él, pero creía que... Creía que, si te gustaba alguien de verdad, lo sabías, que, si había posibilidades de que pasara, aunque no vieras a esa persona durante semanas, meses o años, simplemente lo sabías. Y, si sabías que te gustaba alguien de verdad, te aferrarías a ese sentimiento. Lo perseguirías.

Y yo sabía que Zayne me gustaba de verdad, y sabía que, a pesar de lo desastrosas que eran las cosas en ese momento, si él sentía lo mismo, me aferraría a ese sentimiento. Lo perseguiría.

Pero estaba bastante segura de que, a pesar de todo lo que me había dicho, él no iba a recorrer ese camino conmigo. Él no iba a aferrarse a nada ni perseguirlo. No estaba preparado.

—Está bien —dije, y me obligué a sonreír, aunque eso no me parecía bien.

Me parecía horrible.

Los dedos de Zayne se extendieron sobre mi mejilla y se me cerraron los ojos.

—Trin...

Me empezó a flaquear la sonrisa y supe que era el momento de poner algo de distancia entre nosotros. Todo tenía que estar bien. Necesitaba la ayuda de Zayne. Él iba a necesitar la mía, y que me pusiera a llorar no iba a hacer que todo fuera bien ni resultara menos incómodo.

Su pulgar se deslizó por mi barbilla, justo debajo del labio, lo que me hizo realizar una inspiración corta. Noté el efecto de la suave caricia hasta las puntas de los pies.

—¿Todo va bien de verdad?

Asentí con la cabeza y abrí los ojos.

—Sí, lo entiendo.

La duda nublaba sus hermosos ojos, pero sonrió mientras bajaba la barbilla y presionaba los labios contra el centro de mi frente. El beso fue como el que me había dado en el aparcamiento, dulce y suave, y completamente devastador.

Me aparté, me solté y me puse en pie con las piernas temblorosas.

—Creo que... estoy cansada. Estoy cansada, digo. Me voy a la cama. —Ni siquiera eran las once todavía—. Gracias por hablar conmigo.

Zayne abrió la boca, pero me dio la impresión de que no sabía qué decir. Al final, consiguió contestar con aspereza:

—Por favor, no me des las gracias ahora mismo.

El pecho se me contrajo mientras asentía. Me di la vuelta antes de hacer algo... impulsivo e imprudente, como mandar a la mierda el sufrimiento real y profundo que sin duda me aguardaba

por ese camino y lanzarme a sus brazos, porque pensé que él me permitiría hacerlo.

Que lo aceptaría gustoso.

Pero no podía hacer eso... porque ya estaba empezando a enamorarme de él, y no podía dejar que eso pasara.

No podía ser tan tonta.

No sería tan tonta.

Porque por fin había encontrado a alguien a quien deseaba, a quien anhelaba, y no iba a ser un segundo plato frente a un pasado que él todavía no había superado.

Rodeé con rapidez el sofá, fui directamente hacia el dormitorio y me detuve en la entrada.

—Buenas noches, Zayne.

Él se quedó en el sofá y, cuando comencé a cerrar la puerta, dijo:

—Buenas noches.

Cerré la puerta.

Y pasé la llave.

## Treinta y dos

No lloré.

Quería hacerlo, pero las lágrimas se acumularon más y más y no fueron a ninguna parte mientras yo permanecía tumbada de espaldas y deseaba estar mirando las estrellas.

No recordaba la última vez que me había permitido llorar. ¿Cuándo murió mamá? No. Joder, incluso entonces me lo había guardado dentro. Había sentido el ardor de las lágrimas en la garganta y en los ojos, claro, pero nunca las había dejado salir.

Ni podía dejarlas salir ahora.

No dormí mucho. Cada vez que me quedaba dormida, me despertaba de golpe después de lo que me parecían solo minutos para escapar de pesadillas en las que veía a Misha ensangrentado y moribundo o sueños en los que seguía a Zayne, pero nunca podía alcanzarlo, por muy rápido que corriera o por muchas veces que lo llamara. Toda la noche transcurrió así, de modo que, cuando por fin me desperté muy temprano y vi la tenue luz del amanecer filtrándose bajo las gruesas persianas, desistí de intentar seguir durmiendo.

Me giré hacia el otro lado y agarré el libro ajado que descansaba sobre la mesita de noche. Rodeé la frágil cubierta con los dedos, me la acerqué al pecho y la mantuve allí mientras cerraba los ojos.

Tenía que enderezar mi vida.

Eso fue lo que comprendí durante esas primeras horas del día, mientras yacía en la cama de Zayne y sostenía el libro de mi madre contra el pecho. Pensé en lo que había pasado la noche anterior entre Zayne y yo. Pensé en lo que la bruja nos había contado a Roth y a mí, y pensé en lo que le podía estar pasando a Misha en ese preciso momento.

No creía ni por un segundo que Bael solo quisiera capturarme, matarme y luego venderme por trozos al aquelarre. Tenía que haber algo más detrás de eso, y eso era en lo que necesitaba concentrarme. No en lo que hubiera pasado entre Zayne y yo.

Iba a encontrar a Misha, y luego ayudaría a Zayne y a su clan a encontrar a lo que los estaba matando, y luego Misha y yo nos iríamos a casa. Zayne... solo sería un recuerdo. Con suerte, cuando pusiera cierta distancia de por medio, sería un buen recuerdo; pero, aunque siguiera siendo un recuerdo triste, no importaría, porque tendría a Misha y a Jada. Tendría mi misión... Misha y yo tendríamos nuestra misión.

Pero ¿y si lo de esa noche no nos llevaba a ninguna parte?

El demonio se había llevado a Misha para llegar hasta mí. Ya había enviado a Sicarios Infernales e imps a por mí. ¿Y si la única forma de encontrar a Misha era darle a Bael lo que

quería?

A mí.

Apreté el libro contra el pecho mientras el estómago me daba un vuelco y se me revolvía. Eso era... descabellado e imprudente, pero estaría dispuesta a hacerlo. Si no conseguimos respuestas esa noche...

Debí quedarme dormida otra vez, porque, al despertar, me encontré con Cacahuete sentado en el borde de la cama y el libro de mi madre metido debajo del pecho.

—Buenos días —me dijo mientras balanceaba sus piernas transparentes—. Bueno, es casi por la tarde. Deberías levantarte y, qué sé yo, hacer algo productivo.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Y puede que quieras levantarte pronto, porque creo que don gárgola sexi y taciturna está preparando beicon.

¿Beicon?

Me levantaría y me enfrentaría a Zayne completamente desnuda por un poco de beicon.

Me tumbé de espaldas, saqué el libro y lo coloqué en la mesita de noche.

—¿Qué hora es?

—Hora de que espabiles.

Puse los ojos en blanco.

—Es casi mediodía —contestó—. ¿Va todo bien entre Zayne y tú? Cuando volví, no estabais acurrucados y acaramelados.

Ni siquiera quería pensar en el hecho de que nos había visto juntos, y tampoco quería reconocer la forma en la que se me contrajo el pecho.

—Todo va bien —dije por fin.

—Pues anoche no lo parecía.

—Hablando de anoche... —Me senté y me aparté el pelo de la cara—. ¿Quién es esa niña con la que has estado hablando?

—¿Gena? Oh, es estupenda. Me vio hace un par de días cuando fui a explorar el vestíbulo. Me hizo ver *Stranger Things* y yo a ella *Star Wars*. Ya sabes, la trilogía original, que es la única que cuenta.

No estaba segura de cómo me hacía sentir que otra persona pudiera ver a Cacahuete.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Catorce? ¿Creo? Es genial. Te caería bien. Debería presentaros.

El estómago me dio un vuelco.

—¿No le habrás dicho nada sobre mí? ¿Sobre lo que soy?

El fantasma puso los ojos en blanco.

—Qué va. No. No soy tonto. Pero, si puede verme, ¿eso no significa que es como tú?

—No exactamente. —Me puse en pie—. Es probable que tenga algún antepasado angelical en algún punto de su árbol genealógico, pero no es lo mismo. Yo soy...

—¿Única y especial?

Lo fulminé con la mirada.

—No. Soy de primera generación. Me gustaría conocerla en algún momento, pero ahora mismo me voy a duchar y a empezar a enderezar mi vida.

—Ya era hora.

Hice caso omiso de eso, entré en el baño y me di una ducha rápida, y dejé que el agua caliente se llevara lo que parecía una capa de melancolía. Cuando terminé, me desenredé el pelo con un peine y me puse unas mallas y una camiseta ligera y cómoda con una cara feliz en el centro del pecho.

Cacahuete se había ido del cuarto. Me detuve en la puerta y respiré hondo para calmarme.

«Puedo hacer esto».

Podía salir ahí fuera, ver a Zayne y comportarme... comportarme como debía. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Así que lo hice.

Cuando abrí la puerta, el aroma del beicon hizo que me gruñera el estómago. Zayne estaba en la isla de la cocina sacando las tiras crujientes de la sartén. Mis pasos se ralentizaron cuando levantó la cabeza y me miró. Aunque no podía verle los ojos desde ahí, sentí la intensidad de su mirada.

Noté un hormigueo de reconocimiento en la piel mientras me obligaba a seguir caminando hacia él.

—Buenos días —murmuré—. O tardes.

Zayne colocó un par de tiras de beicon en un plato y, al acercarme, vi una leve sonrisa en sus labios mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Estaba a punto de ver si estabas despierta.

—Ya estoy despierta —contesté, y luego me di cuenta de lo estúpido que había sonado eso. Fui hacia la nevera y saqué la botella de zumo—. ¿Has dormido bien?

—Sí. —Se dio la vuelta, colocó las pinzas en la sartén y dejó caer las manos sobre la isla—. En realidad, eso es mentira. Esta noche he dormido fatal.

Mi mirada se posó en la suya y realicé una inspiración vacilante.

—Yo tampoco he dormido muy bien.

—Lo siento —murmuró, y bajó la mirada—. Espero que el beicon y las noticias que tengo para ti lo compensen.

—El beicon lo arregla prácticamente todo. —Me senté en el taburete y coloqué los pies descalzos en el travesaño—. ¿Qué noticias tienes?

—Gideon ha llamado esta mañana —contestó, refiriéndose al Guardián de su clan—. Nos ha conseguido la dirección de ese senador. Su dirección principal está en Tennessee, pero tiene una casa al otro lado del río, cerca del restaurante donde nos reunimos con Roth.

—Qué bien. Entonces, ¿vamos a ir a comprobarlo esta noche?

Pude sentir la mirada de Zayne sobre mí mientras mordisqueaba mi beicon.

—Sí, pero también tengo otra noticia. —Esperó hasta que lo miré—. Gideon pudo rastrear la limusina en la que vieron a Bael. Lo condujo hasta una empresa de alquiler de vehículos con conductor que solo trabaja con funcionarios del Gobierno y diplomáticos. Se puso en contacto con el conductor y, tras convencerlo, pudo conseguir una lista de las personas a las que llevó ese día. Solo había una.

—Déjame adivinar. ¿El senador Josh Fisher?

—Pues sí. —Agarró una tira de beicon y me señaló con ella—. Así que ya lo sospechábamos antes, pero ahora sabemos con certeza que el senador Fisher y Bael están conectados.

La esperanza brotó en mi interior.

—Dios. Sé que no debería alegrarme oír esto, pero es...

—Es una pista clara. Una conexión.

Asentí y dejé escapar un suspiro tembloroso.

—Esta noche podría ser...

Me interrumpí antes de dejarme llevar por la esperanza. Pero Zayne se dio cuenta.

—Podrías encontrar a Misha esta noche. O tal vez encontremos información sobre dónde está.

—Se alejó de la isla—. Está bien tener esperanza.

—¿Tú crees? —Me limpié las manos con el papel de cocina que había aparecido delante de mí como por arte de magia—. Porque ¿y si no encontramos nada?

—Podría pasar. —Rodeó la isla y me puse tensa cuando se detuvo a mi lado y giró el cuerpo para situarse entre el otro taburete y yo. Estaba tan cerca que podía sentir el calor que desprendía—. Pero no hay nada de malo en tener la esperanza de que todo acabará saliendo bien.

Pensé que tal vez tener demasiadas esperanzas no te causara más que sufrimiento, pero me lo guardé mientras bajaba la mirada. Acabé mirándole el pecho. Zayne llevaba una camiseta de algodón gris en la que no había ni una sola salpicadura de grasa. Consideré que para eso se requería mucha habilidad friendo beicon.

Realicé una inspiración lenta y profunda y percibí aquel leve aroma a menta fresca. Tragué saliva.

—Gracias por el desayuno. Te... te diría que un día de estos te devolveré el favor, pero no creo que te gustara el resultado.

—¿Por qué?

—Ni siquiera sé preparar huevos duros.

Él se rio entre dientes.

—Estoy seguro de que no es para tanto.

—Oh, no, sí que lo es. Una vez intenté hacer un sándwich de queso fundido y conseguí que el pan y el queso se pegaran a la sartén —le dije mientras jugaba con la servilleta—. Y en otra ocasión casi le prendí fuego a la casa de Thierry, porque estaba convencida de que podía preparar pollo frito. Soy un desastre en la cocina.

—Puedo enseñarte a hacer un sándwich de queso fundido —sugirió, y mi mirada se posó en la suya. Ví una calidez en sus ojos en la que quise sumergirme—. Mañana podríamos almorzar eso, ¿qué te parece?

Mi estúpido estúpido corazón dio un brinquito de alegría, y, si lo hubiera tenido delante, le habría dado un puñetazo. Me miré las manos.

—No lo sé.

Zayne me agarró un mechón de pelo y tiró de él con suavidad.

—Aprender a preparar un sándwich de queso fundido te cambiará la vida.

Contra mi voluntad y a sabiendas de que era un error, mi mirada ascendió hasta la suya.

—Tú di que sí, Trin.

Debería decir que no, pero, como era una masoquista de primera, asentí con la cabeza.

Él sonrió entonces, y fue como una recompensa, lo que me hizo querer darle un puñetazo a él. Sin embargo, se le borró la sonrisa mientras deslizaba los dedos por mi pelo húmedo.

—Anoche cerraste la puerta con llave.

Me quedé inmóvil.



Zayne me soltó el pelo.

—Ojalá... no lo hubieras hecho.

El aire se me quedó atascado en la garganta.

—Pero probablemente fue buena idea.

Zayne había intentado ir a verme la noche anterior. O bien porque no podía dormir o tal vez porque me había oído despertarme una y otra vez.

Pero, aun así, había intentado venir a verme después de todo, y yo no sabía qué pensar al respecto, aparte de que seguramente él tuviera razón.

Probablemente fue buena idea que cerrara esa puerta con llave.

Exhalé despacio y aparté la mirada del denso olmedo. Había anochecido y nos dirigíamos a la casa del senador Fisher, en las afueras de Bethesda.

Ya habíamos dejado atrás varias casas tan grandes que incluso yo pude verlas, pero, durante el último kilómetro y medio más o menos, solo había visto árboles.

El teléfono de Zayne, que tenía apoyado sobre el muslo, sonó y él contestó.

—Es Roth —me dijo, y luego respondió—. ¿Qué pasa?

Lo observé y vi que le palpitaba un músculo en la mandíbula, probablemente en respuesta a algo que decía el demonio.

—Claro. Nos vemos en unos minutos. —Cortó la llamada y colocó el teléfono en la ranura de la puerta—. Vamos a parar aquí e ir caminando el resto del camino. Roth y Layla casi han llegado.

Asentí con la cabeza.

—Me parece bien.

Zayne aparcó fuera del antiguo camino de grava. Los árboles ocultaban el coche de la vista de cualquiera que pasara por el camino y, al bajarme, me sentí agradecida de inmediato de llevar una camiseta suelta cuando la humedad me golpeó en la cara.

Zayne rodeó la parte delantera del Impala y se acercó a mí.

—Gideon dijo que fuéramos al oeste, a través del bosque, y deberíamos llegar a una verja. Roth y Layla se reunirán con nosotros allí.

Asentí mientras sentía el peso de las dagas atadas a las caderas y, al apartarme de la grava, resbalé por el pequeño terraplén. Escudriñé los árboles. Con el crepúsculo dando paso a la noche con rapidez, eso no iba a ser divertido precisamente.

—¿Estás bien? —me preguntó Zayne, unos pasos por delante de mí.

Me dispuse a decir que sí, porque no quería ser un estorbo, pero no podía ver una mierda delante de mí y el terreno era completamente desconocido.

—No... Yo no... No puedo ver mucho.

Más adelante, Zayne se detuvo y se volvió hacia mí. Un segundo después, estaba justo a mi lado. Me tomó de la mano, sin mediar palabra, y me sonrojé.

—El terreno es... como rocoso. Además, hay un montón de árboles y ramas caídos.

—Vale —susurré, entre avergonzada y agradecida—. Por lo general, no me cuesta tanto. En casa puedo correr por el bosque como si nada, porque estoy familiarizada con el lugar. Lo siento...

—No te disculpes. —Me apretó la mano—. No es para tanto.

—Tienes que llevarme de la mano —señalé mientras me hacía rodear algo grande que había en el suelo: una roca o una rama.

—No tengo que hacerlo. Quiero hacerlo. —Agarró una rama baja y la mantuvo apartada mientras nos agachábamos para pasar por debajo—. Y recuerda que te dije que sería tu gárgola lazarillo siempre que me necesitaras.

Sacudí la cabeza y me reí.

—Bueno, ahora lo estás haciendo muy bien.

—Oh, planeo sobresalir en eso.

Apreté los labios, sin saber cómo tomarme su tono ligero y bromista. Decidí que podía estresarme por eso luego, porque Zayne aflojó el paso.

Habíamos llegado a la valla.

Liberé mi mano mientras observaba las columnas de cemento iluminadas y la verja cerrada. Respiré hondo y saboreé el aire fresco que se mezclaba con el vigorizante aroma a menta de Zayne, y...

—Qué raro —comenté.

—¿Qué? —me preguntó Zayne mientras giraba el cuerpo hacia el mío.

—No siento ningún demonio. Las únicas veces que no he sentido demonios ha sido cuando estábamos en el complejo de tu clan... y aquí. —Miré hacia la verja—. Supongo que esperaba sentirlos aquí.

—Debe costarte mucho lidiar con eso en una ciudad como D.C., sentirlos constantemente.

—Me estoy acostumbrando a los diferentes niveles. —Levanté una mano y me pasé la palma por la frente—. Pero, si el senador está compinchado con Bael, ¿no debería haber demonios aquí?

—En realidad, eso no significa nada —respondió, y dirigí la mirada hacia él. Transcurrió un largo momento mientras a nuestro alrededor todo se sumía más en las sombras—. Trin, yo...

Entonces los sentí.

Y Zayne también.

Un aliento cálido en la nuca y una pesadez repentina en el aire que nos rodeaba. Ambos nos giramos al mismo tiempo que una forma salía de las sombras, al otro lado de la verja.

—Roth —dijo Zayne mientras daba un paso adelante.

El príncipe demonio se detuvo y, al entrecerrar los ojos, vi a otra persona detrás de él. Supuse que sería Layla.

—Exploramos un poco la casa primero. Parece que no hay nadie.

—Mierda —murmuré.

—No son malas noticias —repuso Layla—. Podemos entrar y echar un vistazo a ver si encontramos algo.

Tenía razón en eso.

—Y es probable que el senador regrese en algún momento de la noche —añadió Zayne, y yo asentí—. Bueno, vamos a allanar moradas.

Colocó las manos en el centro de la verja y las giró. El metal chirrió y luego cedió. Las puertas de la verja se separaron y se abrieron. Zayne se hizo a un lado y me dijo:

—Después de ti.

—Fantasma —murmuré.

Él se rio entre dientes.

—¿Qué pasa? ¿Tú no puedes hacer eso?

—Soy fuerte —contesté, y asentí con la cabeza hacia la dirección aproximada en la que se encontraban Roth y Layla—. Pero no tan fuerte.

—Había una alarma en la casa, pero la desactivamos antes de venir aquí —nos informó Layla, y me pregunté cómo se lograba eso sin alertar a la compañía de alarmas. Supuse que habría sido cosa de Roth—. Todavía no hemos entrado.

—Vale —dije mientras echábamos a andar por el camino de acceso, que por suerte era plano.

Zayne se situó a mi lado y acomodó su paso al mío mientras Layla comentaba:

—¿Habéis buscado información sobre ese senador? Nosotros lo hemos hecho hoy, y es probable que sea la última persona que creerías que estaría involucrada en algo demoníaco.

—O la primera, en mi opinión —intervino Roth—. El ilustre senador participa en un montón de obras benéficas a favor de jóvenes en riesgo. Va a la iglesia todos los domingos. Procede de un largo linaje de pastores baptistas. Solo se ha casado una vez, con su novia del instituto, que falleció de cáncer de mama hace dos años. Desde entonces, también se ha implicado en la reforma de la asistencia sanitaria y en los servicios de atención a las mujeres.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo.

—¿Por qué crees que sería la primera persona?

—Porque, por experiencia, siempre son de los que menos sospechas. Los que esconden sus almas oscuras en lugar de mostrarle al mundo la mierda que son —contestó, y yo sacudí la cabeza—. Y por el hecho de que, a pesar de participar en todas esas buenas obras, votó en contra de todas las reformas o proyectos de ley que habrían ayudado de verdad a las personas necesitadas.

—Ah.

Bueno, esa última parte me convenció.

—Si no conseguimos conocer al senador esta noche, Layla va a intentar encontrarlo para que podamos echarle un vistazo a su alma, pero tengo la sensación de que ya sabemos cuál va a ser el resultado.

Aceleramos el paso cuando la amplia casa de un piso y de estilo rural apareció a la vista. Los focos se encendieron e hice una mueca ante el repentino e intenso resplandor. Roth y Layla rodearon la casa en dirección a la parte trasera.

El corazón me latía con fuerza mientras recorríamos un pasillo exterior techado. Roth se acercó a la puerta trasera, giró el pomo y partió la cerradura en dos.

—¿Quién está siendo un fantasma ahora? —comentó Layla.

—Yo —bromeó Roth—. Siempre yo.

Respiré hondo y miré a Zayne. Me invadió el nerviosismo mientras entraba en la casa en penumbra detrás de Roth y Layla.

Zayne iba detrás de mí.

—Todavía no he visto ninguna cámara, pero estad atentos.

—Claro, jefe —respondió Roth.

Comenzamos a abrir puerta tras puerta y encontramos un dormitorio vacío tras otro, y, con cada habitación vacía y de aspecto normal, más se apoderaba de mí la decepción. Cuando terminamos de comprobar todos los dormitorios, la sala de estar, una cocina y un estudio, supe que Misha no estaba ahí.

No creía que Misha hubiera estado nunca ahí, y, si hubiera sido sincera conmigo misma desde el momento en que averiguamos lo del senador, habría sabido en el fondo de mi ser que no estaría ahí. Habría sido demasiado fácil.

—Aquí hay un despacho —anunció Layla desde la otra ala mientras yo permanecía en el centro de una gran sala de estar construida a un nivel más bajo que el resto de la casa.

Había fotografías enmarcadas en las paredes y, cuando me acerqué a ellas, pude comprobar que eran de una familia. Sus caras solo eran manchas borrosas, pero supuse que la sala de estar del senador sería como otros millones más. Levanté la mano y toqué el marco negro y mate de una foto. El polvo me cubrió la yema del dedo.

—¿Trin? —me llamó Zayne a mi espalda.

Me giré, con los brazos a los costados, mientras abría la boca, la cerraba y luego intentaba de nuevo encontrar las palabras.

—No están aquí. Ni Misha. Ni el senador. Nadie. Creo que hace tiempo que no viene nadie por aquí.

—Trin —dijo Zayne con voz suave, y se acercó a mí—. Lo...

—No lo digas. —Levanté la mano—. Por favor, no te disculpes ahora mismo. Esto solo es otro callejón sin salida, y Misha está ahí afuera, en alguna parte, probablemente siendo torturado hasta la muerte, ¿y qué estamos haciendo nosotros?

—Estamos intentando encontrarlo.

—¿Y si nunca lo encontramos? ¿Y si no lo encontramos a tiempo?

El corazón me latía demasiado rápido cuando me di la vuelta. No llegué muy lejos.

Zayne me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él. Protesté, pero me envolvió con sus brazos y me colocó una mano en la nuca. Me estremecí al notar el contacto y, cuando sentí su aliento en la frente, cerré los ojos con fuerza.

—Vamos a encontrarlo —me aseguró—. Lo conseguiremos.

Apoyé la mejilla contra su pecho, pero no expresé lo que estaba empezando a comprender. Que la única forma de llegar a Misha era usándome a mí misma de cebo.

—Eh. —La voz de Roth se inmiscuyó—. Layla ha encontrado algo que creo que vais a querer ver.

Zayne se separó despacio, pero no me soltó. Seguía rodeándome la nuca con la mano.

—Lo conseguiremos, Trin.

Tragué saliva con dificultad y asentí.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Zayne mientras apartaba la mano de mi cabeza.

—Seguidme.

Conseguí que mis pies se pusieran en movimiento e ignoré la mirada de curiosidad que me dirigió Roth. Lo seguimos hasta un despacho iluminado por una lámpara de escritorio. Las paredes estaban llenas de libros. Había un globo terráqueo con base. Más fotos de lo que supuse que sería la familia del senador. Layla estaba detrás del escritorio y su pelo era casi blanco a la luz de la lámpara. Estaba observando lo que parecían ser unos papeles grandes que cubrían casi toda la longitud del escritorio. Roth se acercó al globo terráqueo y comenzó a hacerlo girar mientras Zayne se reunía con Layla.

Noté una extraña punzada en el pecho al verlos juntos, pero la ignoré, porque sentir eso estaba mal, muy mal. Crucé los brazos y fui hacia el escritorio.

—¿Qué es eso? —pregunté, ya que no podía distinguir nada.

—Parecen... —Zayne le dio la vuelta a un papel—. ¿Planos para un colegio?

Layla echó un vistazo.

—Sí. —Señaló varias marcas—. Esto son aulas... y allá hay dormitorios. ¿Qué es...?

Zayne se inclinó para ver mejor.

—¿Una guardería?

El globo terráqueo dejó de girar.

—¿Qué clase de colegio tiene una guardería? —preguntó Roth.

Noté un hormigueo de inquietud bajo la piel.

—Buena pregunta.

Zayne sacudió la cabeza mientras levantaba una fina hoja de papel.

—Aquí pone el nombre de una empresa. Industrias Cimerias. ¿Habéis oído hablar de ellos?

—No. Pero la palabra «cimerio»...

Roth giró la cabeza bruscamente hacia un lado, y entonces lo sentí.

Noté una presión entre los omóplatos y levanté la cabeza de golpe al mismo tiempo que Roth alzaba la barbilla y ensanchaba las fosas nasales.

—¿Demonios? —pregunté mientras me llevaba las manos a las dagas.

—¿Puedes sentirlos? —me preguntó mientras Zayne y Layla dejaban de revisar los papeles—. ¿Y sabes que no nos estás sintiendo a nosotros?

Asentí.

—Os siento a vosotros dos, pero esto es más... intenso.

Roth inclinó la cabeza hacia mí, y juraría que hizo un mohín.

—¿Yo no te parezco intenso?

—Vaya, Roth. Eres un poquito susceptible, ¿no? —comentó Zayne.

Apoyó una mano sobre el escritorio, saltó por encima y aterrizó en cuclillas. Cuando se puso en pie, se transformó. La camiseta gris se le rajó por el centro y por la espalda mientras el tono de su piel pasaba de dorado a gris oscuro y sus alas se desplegaron detrás de él.

Tenía un aspecto bastante impresionante.

Pero me obligué a apartar la mirada de Zayne y a posarla en Roth.

—Lo que quiero decir es que puedo sentirlos a Layla y a ti, pero también siento la presencia de... algo más.

Esa respuesta pareció apaciguar a Roth.

—Layla, ¿llevas el móvil encima? —le preguntó Zayne mientras se dirigía a grandes zancadas hasta donde me encontraba yo.

—Sí —contestó ella.

—¿Puedes sacar fotos de todo eso rápido? ¿Y enviármelas?

Layla se sacó el móvil del bolsillo.

—Estoy en ello.

Me acerqué a las ventanas con paso decidido mientras rodeaba los mangos de las dagas con los dedos. No pude ver nada al otro lado. Desenfundé las armas.

—¿Crees que el senador, y puede que Bael, han regresado? —pregunté, aunque no me parecía que eso tuviera mucho sentido. No se veían faros ahí fuera. Ningún vehículo se acercaba por el camino de acceso—. O es otra cosa.

—Si es Bael, está a punto de llevarse la sorpresa de su vida —gruñó Zayne—. Fíjate en esto. ¿Puedes verlo? —me dijo mientras se volvía hacia mí.

Entrecerré los ojos al ver lo que parecía una especie de... niebla que se extendía por el camino de acceso y el jardín delantero, tan densa que era como una masa de nubes de tormenta en el suelo.

—Puedo verlo.

—Esto no puede ser bueno —opinó Zayne con las alas plegadas.

—Tengo las fotos. —Layla rodeó el escritorio mientras se guardaba el móvil en el bolsillo—. No veo ningún coche acercándose por el camino ni he visto ni una sola cámara por ninguna parte.

—Bueno, lo que se nos viene encima es un puto montón de demonios —anunció Roth en voz baja—. Y no creo en las coincidencias.

—La bruja que os habló del senador... —dijo Zayne—. ¿Hay alguna posibilidad de que haya puesto sobre aviso al senador o a Bael? ¿Qué nos haya vendido a los demonios?

—Si lo hizo, no solo es una bruja estúpida, será una bruja muerta —gruñó Roth, y lo vi transformarse.

Su piel se volvió más fina al mismo tiempo que brotaba de ella una oscuridad aceitosa que hizo que el tono de su tez pasara de aceitinado a obsidiana. Sus alas eran casi tan amplias como las de Zayne, pero él no tenía cuernos.

—Joder —susurró Layla—. ¿Cuántos hay?

El corazón me dio un vuelco mientras me esforzaba por ver algo a través de la niebla del exterior.

—Yo no veo nada... —Me interrumpí cuando varias formas comenzaron a distinguirse en la densa niebla—. Ay, mierda.

Había... docenas de ellos, algunos altos y otros bajos. Algunos caminaban. Otros se arrastraban. Incluso había algunos en el aire. Nunca había visto a tantos demonios en un mismo sitio.

Me volví hacia Zayne.

—¿No habías dicho que no había muchos demonios por los alrededores?

—Sssííí —contestó él, arrastrando la palabra—. Así era.

—Pues creo que ahora están todos aquí —opinó Roth mientras le echaba un vistazo a Layla—. Si las cosas se ponen feas, quiero que te largues de aquí. Vuelve a casa con Cayman...

—¿Estás colocado? —le soltó Layla—. Si las cosas se ponen feas, voy a patear unos cuantos culos.

—Layla...

Ella levantó una mano.

—No olvides que soy una tía dura.

—Hay más de cuarenta demonios ahí fuera.

¿Más de cuarenta? Dios mío.

Zayne se irguió sobre mí mientras me decía:

—Si necesitas usar tu gracia, hazlo. ¿Entendido? Si te cansas después, me aseguraré de que nada se interponga entre tú y yo.

Asentí, y el corazón me martilleaba en el pecho.

—Entendido.

—Si te vas a quedar, deberías prepararte, Layla —le aconsejó Zayne mientras las criaturas que había en la niebla se detenían a unos tres metros de la casa.

Layla se transformó entonces, lo que captó mi atención, y no entendí lo que vi. Tenía el mismo aspecto de siempre, salvo porque tenía alas..., alas negras y emplumadas.

—Plumas. Tienes plumas en las alas —dije, estupefacta.

—Pues sí. —El ala izquierda de Layla se movió mientras ella me dedicaba una amplia sonrisa—. Es una larga historia, pero lo esencial es que casi me muero y, bueno, esto es lo que pasa ahora cuando me transformo.

Me la quedé mirando.

—Pareces un... un ángel. Si un ángel tuviera alas negras, claro.

—No soy un ángel. —Encogió un hombro—. Simplemente soy... única.

—Y que lo digas, nena —respondió Roth mientras extendía la mano hacia ella. Layla la agarró y se situaron delante de la ventana, uno al lado del otro. Él se inclinó y le susurró—: Ya sé que eres una tía dura. Nunca lo olvidaré.

Aparté la vista de ellos justo a tiempo para ver cómo una de las formas altas se acercaba a la ventana. Se detuvo demasiado lejos para poder distinguir ningún detalle.

—Es un demonio de Nivel Superior —me explicó Zayne, pues era consciente de que las facciones solo eran una mancha borrosa para mí—. No es Bael. Nunca he visto a este. ¿Y tú, Roth?

—Como dije antes, no soy amigo de todos los demonios.

Zayne resopló.

—¿Hola? —llamó el demonio que había fuera de la casa, como si hubiera venido a vender galletas de las *girl scouts* o algo por el estilo—. Sabemos que estáis ahí dentro. —Levantó un brazo y nos saludó con la mano—. ¡Eh! ¿Qué tenemos aquí? Una... hija mestiza de Lilith. Un príncipe demonio que ha sido muy muy malo. Un Guardián que se junta con extrañas compañías, y una auténtica... ¿Sangre Original, vivita y coleando?

—Bueno —comenté mientras alzaba las cejas—. ¿Hay una variedad de demonios con rayos X en los ojos?

—No que yo sepa —murmuró Roth.

—¿Os estáis preguntando cómo lo sabemos? —gritó el demonio, y puse los ojos en blanco—. Os lo contaré con mucho gusto, y espero que podamos hacer que esta sea una experiencia agradable para todos los involucrados. Empezaré presentándome. Soy Aym, pero algunos me conocen como Haborym. Soy un diablillo muy guapo, pero no os dejéis engañar por mi cara bonita y mi encantadora manera de ser. Soy un Gran Duque del Infierno, comando veintiséis legiones de demonios, y la mitad de ellos están aquí conmigo esta noche —ronroneó—. He arrasado castillos y ciudades enteras sin dejar nada más que ceniza y muerte a mi paso cuando no consigo lo que quiero. Solo es un aviso.

Roth bostezó.

—Oh, y podéis considerarme... el asistente personal de Bael —continuó Aym—. Así que, ahora que sabemos quién soy, ¿tenéis alguna pregunta?

—Sí —gritó Zayne—. ¿Por qué nos han encasquetado un demonio tan hablador? Eso hace que matarte lleve mucho más tiempo.

—Por una vez, Rocosó, tú y yo estamos de acuerdo en algo —dijo Roth, que se rio.

Una carcajada profunda y retumbante sacudió las ventanas, lo que me hizo abrir mucho los ojos.

—El Guardián habla primero. Qué interesante. ¿No quieres charlar? Vale. Hemos venido a por la Sangre Original.

—Joder, no me digas —murmuró Roth.

—Entregádnosla y dejaremos que los demás os marchéis tan campantes. —Aym hizo una pausa—. Palabrita de honor.

—Ni de coña —respondió Zayne—. Más te vale pasar a la opción B.

—Bueno, la opción B es que todos muráis. Empezando por ti, Guardián. Os voy a quemar vivos.

Se me revolvió bruscamente el estómago, pero Zayne no parecía afectado en absoluto. Di un paso al frente y grité:

—¿Qué quieres de mí? ¿Cortarme en pedazos y dárselos a los brujos?

—Puj —murmuró Layla.

—Para nada, mi querida nefilim —repuso Aym con tono zalamero, y me puse rígida—. Solo queremos amarte y abrazarte y convertirnos en tus mejores amigos.

—Caray. —Apreté las manos alrededor de las dagas mientras Layla y Roth intercambiaban una mirada—. ¿Dónde está Misha?

—¿Tu Protector? Vaya, pero si está aquí mismo, esperándote.

El corazón prácticamente se me detuvo en el pecho. Sentí que me quedaba paralizada una eternidad, y luego reaccioné sin pensar ni dudar.



## Treinta y tres

Todo ocurrió muy rápido.

Zayne se giró y lo oí gritar mientras se lanzaba hacia mí. Roth y Layla se dieron la vuelta, pero ninguno de ellos era tan rápido como yo. Sobre todo, cuando no quería que me detuvieran.

Llegué a la puerta que conducía al exterior antes de que ninguno de ellos pudiera alcanzarme. No sentí ningún tipo de reservas cuando agarré el pomo, lo giré y rompí la cerradura en pedazos al abrir la puerta de golpe.

El húmedo aire nocturno me envolvió cuando salí a toda velocidad y escudriñé la línea de demonios. No vi a Misha, aunque, claro, tampoco habría podido verlo en medio de una niebla que ni siquiera la luna llena lograba penetrar.

—¿Dónde está? —grité mientras me giraba hacia Aym.

El demonio apareció de repente delante de mí. Era atractivo, alto y rubio, e iba acicalado de manera impecable.

—Dijo que eras impulsiva —comentó el demonio, y me quedé sin aliento—. Magníficamente impulsiva.

Intentó agarrarme al mismo tiempo que algo grande se estrellaba contra él y lo hacía retroceder hacia la niebla.

«Zayne».

Se produjo un inmenso cambio en el aire a medida que la niebla se dispersaba. Los vasallos demoníacos atacaron, tantos y tan rápido que me quedé atónita un momento.

Trepadores Nocturnos.

Sicarios Infernales.

Imps.

Demonios Feroces.

Era una maldita fiesta de demonios.

Roth pasó a mi lado como una exhalación y atrapó lo que parecía ser un Sicario Infernal. Se elevó en el aire con la criatura y luego la lanzó contra un lado de la casa. Layla apareció de pronto junto a un demonio Feroz y lo agarró por los hombros mientras levantaba la rodilla hacia la barbilla del ser, le echó el cuello hacia atrás y se lo rompió. Un Trepador Nocturno cargó contra ella. Layla se giró, pero él era rápido.

Pero yo era más rápida.

Lancé la daga y alcancé al Trepador Nocturno en la cara y lo tumbé de espaldas. No era más que cenizas cuando cayó al suelo.

Layla se giró hacia mí.

—Joder, gracias.

Me lancé hacia delante, pero no pude ver la daga en la hierba. Estaba demasiado oscuro y no tenía tiempo para buscarla.

—¡Misha! —grité, y crucé el césped a la carrera, directa hacia un Sicario Infernal.

La criatura intentó agarrarme, pero pasé por debajo de su brazo y luego me di la vuelta y le clavé la daga en la espalda. Un chorro de sangre caliente me salpicó mientras me giraba.

Unos densos zarcillos de niebla se dispersaron al mismo tiempo que Zayne salía despedido hacia atrás y chocaba contra el suelo con tanta fuerza que tropecé. Al girarme, lo vi ponerse en pie de un salto.

Me lanzó una mirada rápida.

—Este demonio es tan insufrible como pensaba. Encuentra a Misha y vete de aquí.

—No sin ti.

Zayne me agarró por el hombro y me acercó a él mientras bajaba la cabeza de modo que mis ojos quedaron a la misma altura que aquellos otros feroces y de color azul pálido.

—Encuentra a Misha y lárgate de aquí. Te encontraré. Adondequiera que vayas, te encontraré.

Dejé escapar un suspiro entrecortado mientras nuestras miradas se fundían. Afloraron demasiadas palabras calladas. Necesitaba decirle demasiadas cosas, pero no había tiempo.

Sus garras se engancharon en mi camiseta y luego Zayne me soltó y me apartó de un empujón mientras se lanzaba hacia delante para enfrentarse a Aym, que se había transformado por completo, y asestarle un puñetazo en el estómago, lo que hizo que el demonio se doblara en dos.

El demonio... El demonio tenía dos cabezas.

Me di la vuelta y golpeé a un demonio Feroz en la rodilla. La criatura se abalanzó hacia mí, con la boca abierta y chasqueando los dientes, mientras yo retrocedía de un salto. Finté a la derecha, luego di media vuelta y hundí la daga en el pecho sin pelo del ser.

Liberé la daga de un tirón y, al girarme, vi que un Trepador Nocturno se dirigía hacia Roth. Otro cruzó por delante de mí y corrió hacia el príncipe demonio. Un Trepador Nocturno saltó por encima de mí y se lanzó a por Layla. Ella se elevó, sus alas la alzaron hacia el cielo...

Las garras del Trepador Nocturno la alcanzaron en el vientre. La criatura giró y la lanzó de lado. Layla gritó mientras caía de espaldas y aterrizó sobre un ala con un crujido que me revolvió el estómago.

«No».

Un rugido de rabia sacudió el suelo cuando Roth se elevó en el aire. Me giré al mismo tiempo que Zayne se daba la vuelta. Vi el momento en el que se dio cuenta de que Layla estaba herida. Apretó la mandíbula y luego se volvió de nuevo hacia Aym mientras Roth aterrizaba detrás del Trepador Nocturno. Roth me recordó a una cobra atacando. Su mano salió disparada y atravesó la espalda del demonio. Cuando echó el brazo hacia atrás, el Trepador Nocturno se plegó sobre sí mismo y se arrugó como una bola de papel.

Los imps chillaron mientras bajaban en picado en dirección a Zayne. Grité su nombre y él se giró. Lanzó a Aym por encima del hombro mientras se elevaba rápidamente en el aire y atrapaba a un imp por el cuello.

En el suelo, varios demonios Feroces pasaron corriendo a mi lado, hundieron las garras en la tierra y la lanzaron por los aires mientras iban a por Roth y Layla. Los imps trazaban círculos

como si fueran buitres.

Había demasiados.

Rodearon a Roth y Layla, se apiñaron a su alrededor mientras él intentaba que Layla se pusiera en pie. Uno de los imps enganchó el ala de Roth. Él se los quitó de encima, pero siguieron viniendo. Dos volvieron a agarrarle las alas y empezaron a tirar. El príncipe demonio aulló mientras Layla intentaba incorporarse.

Decidí que tenía que hacer algo.

Layla y Roth eran demonios, pero no podía permitir que pasara eso. No podía. Si los imps le desgarraban las alas a Roth, lo dejarían fuera de combate, y Layla... Dios, ella ya no podía seguir luchando. Una densa oscuridad le cubría los brazos y sus alas habían desaparecido. Había recuperado su forma humana, y ahora era tan vulnerable como un gatito recién nacido.

Di un paso atrás, levanté la mano izquierda y deslicé la daga por el centro de mi palma. Dejé escapar un silbido cuando se me abrió la piel. La sangre brotó. Apreté el puño mientras el corazón me palpitaba a un ritmo furioso.

Supe el momento exacto en el que olieron mi sangre en el aire.

Los imps se quedaron inmóviles. Los Sicarios Infernales se detuvieron dando un patinazo y se giraron despacio. Los Trepadores Nocturnos echaron las cabezas hacia atrás y olfatearon el aire. Mi sangre hizo lo que yo pretendía. Los demonios ahora estaban centrados en mí, no en Roth y Layla.

Sonreí.

—Hora de cenar.

Aym dio media vuelta y volvió a adoptar su forma humana. Su boca se abrió de par en par y se alargó, se ensanchó y se deformó mientras el demonio soltaba un gemido que me puso de punta todo el vello del cuerpo.

—¡No! —aulló. O tal vez fue Zayne. No estaba segura, pero sin duda fue el demonio quien gritó—: ¡Hay que capturarla con vida!

Bajé la mano ensangrentada, pues sabía que los demonios de nivel inferior ya no obedecerían la orden de Aym. Los imps soltaron las alas de Roth y volaron hacia mí. Pero estaba preparada. Aferré la daga mientras corría hacia el primero. Salté en el aire y giré mientras hundía la daga en el pecho del imp. La criatura chilló y caímos juntos en medio de una maraña de brazos y alas de demonio.

Rodé, me quité al demonio de encima y luego me puse en pie de un salto.

—¡Saca a Layla de aquí, Roth! —le grité mientras me agachaba y esquivaba por los pelos las patas con garras de un imp—. ¡Sácala de aquí ya!

Roth no dudó.

Tomó a Layla en brazos, se agachó y luego salió disparado como un misil y desapareció en el cielo mientras yo me daba la vuelta para enfrentarme a lo que sonaba como una manada.

Todos los demonios venían ahora a por mí.

Envainé la daga y me rendí a la adrenalina que me corría por las venas a medida que la gracia me tensaba al máximo, exigiendo que la dejara salir..., y le permití tomar el control.

La luz me llenó, me hormigueó por las venas mientras una llamarada blanca ardía en los bordes de mi vista. Los músculos se me tensaron cuando una luz pura de color blanco dorado brotó de mi brazo y formó la espada. En cuanto la empuñadura se formó contra la palma de mi

mano, grité y blandí la espada en alto, golpeé al Sicario Infernal más cercano en la cintura y lo corté por la mitad. Giré y hundí la espada en el pecho de otro demonio. La liberé de un tirón, giré sobre mis talones y herí a un Trepador Nocturno en los muslos, y lo corté en dos.

Me rodeó un ciclón de violencia y sangre a medida que el mundo se contraía con cada golpe que asestaba, cada golpe que recibía mientras los demonios intentaban llegar hasta mí. Los cuerpos se fueron amontonando a mi alrededor, morían unos encima de otros antes de estallar hasta quedar reducidos a nada más que fuego y cenizas. No sentía nada más que rabia justificada mientras acababa con un demonio tras otro y la sangre se mezclaba con el sudor...

Noté un intenso dolor en el costado y me tambaleé hacia delante. La espada parpadeó y se desvaneció cuando perdí el contacto con la gracia. Me giré hacia el demonio responsable del dolor que me hacía arder el costado.

La mujer demonio iba vestida de cuero rojo de pies a cabeza. Llevaba el largo pelo rubio recogido en una coleta alta. Cuando nuestros ojos se encontraron, su boca se abrió y se estiró de forma grotesca. El espeluznante aullido hizo que un escalofrío me recorriera la espalda. Pero, más que nada, ver a la mujer demonio me dejó de piedra. Se trataba de un demonio de Nivel Superior y, evidentemente, se había sentido atraída por mi sangre.

Arremetió contra mí, me golpeó con la mano en el estómago con una rapidez sorprendente y me dejó sin aliento.

Pues vale. Si quería una pelea de gatas, la iba a tener.

—No te conviene hacer esto, cielo.

Ella ladeó la cabeza mientras caminaba a mi alrededor.

—Te voy a comer viva, zorra.

—Por muy fascinante que suene eso, no eres mi tipo.

Me lancé hacia delante, me agaché para pasar por debajo de su brazo extendido y le arreé un puñetazo en la mandíbula.

La mujer demonio retrocedió unos cuantos pasos a trompicones y escupió sangre oscura.

—Eso no ha sido muy amable.

Se movió rápido, me golpeó en el pecho y me tiró al suelo. Noté que la espalda me palpitaba, pero apenas era una pizca de dolor desde el punto de vista general. Me puse en pie, giré y le planté el pie en el estómago. Intercambiamos y esquivamos golpes. La mujer demonio era feroz, combativa y no le importaba rebajarse a tirar del pelo.

Me agarró bien del pelo y me lanzó al suelo. Muy cabreada ahora, me puse de pie a toda prisa y le devolví el favor mientras me goteaba sangre de la nariz. Así la coleta rubia y tiré de la cabeza hacia delante mientras levantaba la rodilla. El consiguiente y espantoso crujido cuando se le rompió la nariz me llenó de una alegría inmensa.

—Como te dije —comenté mientras volvía a estrellar la cara de la tía contra mi rodilla—. Esto no te conviene.

—Vete a la mierda —me espetó.

Dejándome de juegos, la solté y desenvainé rápidamente la daga para asestar el golpe final con una profunda puñalada en el pecho. Extraje la daga, jadeando, mientras la mujer demonio se desplomaba sobre sí misma.

—¡Trinity! —gritó Zayne, y apareció a mi lado un momento después.

Me rodeó la cintura con un brazo y me hizo retroceder al mismo tiempo que una barrera de llamas se alzaba a unos treinta centímetros por delante de mí. Me agarré a su brazo con una mano y solté una exclamación ahogada, y Zayne me hizo darme la vuelta y agacharme mientras las llamas rugían sobre nuestras cabezas. Sus alas descendieron a ambos lados de mi cuerpo y se clavaron en el suelo.

—Es Aym —gruñó—. Está matando a los otros demonios.

Aunque eso resultaba sorprendentemente útil, no se debía a un acto de benevolencia. Aym me necesitaba viva, y estaba dispuesto a matar a los de su propia especie para asegurarse de ello.

En cuanto las llamas se retiraron, Zayne se levantó y me ayudó a ponerme en pie. El olor a tierra y ozono quemados me asaltó los sentidos mientras mi vista se centraba en el demonio rubio.

—No tenéis ni idea de lo que está a punto de pasar —se burló Aym, de cuyos dedos salían llamas mientras avanzaba con paso amenazante. Las chispas alcanzaron los árboles, que se incendiaron como si no fueran nada más que ramitas secas—. Pero lo vais a descubrir.

Zayne reaccionó y, puesto que estaba a mi lado, no lo vi hasta que fue demasiado tarde. Echó el brazo hacia atrás y me agarró por la cintura y me empujó, al mismo tiempo que el demonio nos atacaba.

Me deslicé hacia atrás por el jardín hasta detenerme contra la pared de la casa mientras Zayne remontaba el vuelo y se estrellaba contra el demonio, del que brotaron llamas.

—Maldita sea —grité, y me aparté de la pared.

Agarré la daga, pero, como los dos se retorcían y giraban, me era imposible lanzársela a Aym sin herir a Zayne.

Eran como dos titanes enfrentándose, mano a mano, puñetazo a puñetazo. El demonio también se había transformado, ahora su piel era de un tono granate oscuro y, con cada golpe que asestaba, salían llamas, y un olor a carne carbonizada se esparció por el aire.

El fuego... El fuego estaba quemando a Zayne.

—No —susurré, y se me cayó el alma a los pies.

Me lancé hacia delante, pero frené cuando una barrera de llamas se alzó frente a mí ardiendo intensamente y me obligó a retroceder antes de que se apagaran y dejaran el suelo calcinado.

Mientras luchaban, no eran más que una mancha borrosa de cuerpos furiosos que se retorcían y luego, de repente, Zayne salió despedido hacia atrás y se estrelló contra la casa. Entonces me giré y le lancé la daga al demonio. Le di en el hombro, lo que lo hizo retroceder tambaleándose mientras Zayne se ponía en pie. Le eché una mirada rápida. Tenía una de las alas completamente ennegrecida y la mitad del cuerpo...

Oh. Dios, no. «No».

Tenía que sacarlo de ahí. Tenía que...

Aym se elevó en el aire y vino directo hacia mí. La gracia despertó en mi interior una vez más mientras yo permanecía allí de pie, más que dispuesta a acabar con ese estúpido hijo de...

Zayne agarró al demonio y los dos cayeron detrás de mí, se deslizaron por el suelo y chocaron contra la pared. Di media vuelta y entonces vi la expresión de asombro grabada en la cara del demonio, y a Zayne echándole la cabeza hacia atrás bruscamente, con los cuernos y las garras chorreando sangre.

—Maldita sea —dijo Aym con voz entrecortada y, un segundo después, Zayne le desgarró el cuello.

La cabeza fue en una dirección y el cuerpo en la otra. Ambas partes estallaron en llamas antes de caer al suelo.

Y fue... Fue impresionante.

Asqueroso.

Pero impresionante.

Zayne estaba apoyado sobre una rodilla, y me di cuenta de que intentaba ponerse de pie. Las alas se plegaron a su espalda, desaparecieron en las hendiduras situadas encima de los omóplatos y cerraron la piel que de repente tenía un tono rosado en algunas zonas y... y negro rojizo en otras.

Ay, Dios mío.

Me lancé hacia delante, pero no llegué hasta él a tiempo. Zayne cayó de lado, contra la pared, completamente en su forma humana.

—¡Zayne! —grité mientras me agachaba a su lado. El horror se apoderó de mí mientras lo miraba. Le tomé la mano—. ¡Zayne!

—Creo... creo que me he pasado un poco tomando el sol.

Me atraganté con una carcajada que sonó húmeda.

—Un poquito. Ay, Dios, ¿en qué estabas pensando? Yo podría haber...

—Su fuego... te habría quemado..., te habría matado.

Era cierto. Su piel de Guardián lo había protegido, pero solo hasta cierto punto, porque las manchas blancas entre la piel carbonizada me indicaron que tenía quemaduras de tercer grado. El horror me invadió las entrañas.

—Zayne...

—No... pasa nada. —Se estremeció y apretó los ojos con fuerza—. Todo... saldrá bien.

Era imposible que eso saliera bien. No había ninguna manera. Ninguna. Era algo espantoso y el pánico me clavó sus garras mientras el agotamiento inundaba todos los poros de mi piel. Zayne estaba gravemente herido.

—Voy a sacarte de aquí. Llamaré a Nicolai o a Dez y conseguiré...

—Misha —gimió Zayne.

Negué con la cabeza mientras el corazón me latía con fuerza.

—Lo encontraremos luego, pero ahora tú eres la prioridad. Te...

—No. —Cerró los ojos y los volvió a abrir y fijó la mirada detrás de mí—. Misha.

—Aquí huele a barbacoa... A barbacoa de Guardián.

Me quedé inmóvil.

Mi corazón se quedó inmóvil.

Todo se quedó inmóvil.

Casi como si me moviera en un sueño, me volví hacia el sonido de aquella voz familiar, una voz que no tenía sentido. Escudriñé el jardín y a quien vi no podía estar allí. Era imposible.

Porque vi a Misha ahí de pie bajo la luz de la luna.

—Sabía que siempre podríamos contar con tu impulsividad.

## Treinta y cuatro

Era Misha: su rizado pelo castaño rojizo que parecía oscuro a la luz de la luna, su rostro tan atractivo como siempre y su conocida postura, con las piernas separadas y los hombros echados hacia atrás, como si pudiera desafiar a alguien simplemente con su forma de colocarse.

«Misha».

Me quedé paralizada durante lo que me pareció una eternidad, incapaz de moverme mientras observaba cómo Misha daba un paso hacia delante, y luego la euforia me invadió con tanta intensidad que grité al mismo tiempo que empezaba a ponerme de pie a toda prisa...

La mano de Zayne apretó la mía.

—No —gimió, con voz áspera y baja—. Algo... Algo no va bien...

Me giré bruscamente hacia él, confundida.

—Es Misha. Es...

—Probablemente deberías hacerle caso, Trin —comentó Misha—. Sobre todo, ya que no parece que le quede mucho tiempo.

Un escalofrío me bajó por la espalda mientras me giraba de nuevo hacia él.

—¿Qué?

—Pareces tan sorprendida... —Se detuvo como a un metro de mí y bajó la barbilla. Los árboles en llamas proyectaban un brillo rojizo sobre su cara. Estaba... Estaba sonriendo—. Ojalá pudieras verte la cara ahora mismo.

—No... No lo entiendo. —Me quedé de rodillas al lado de Zayne mientras levantaba la otra mano y me apretaba la palma contra el pecho para contener el impulso de correr hacia Misha..., de echármele encima y tocarlo, abrazarlo, porque no... no entendía eso—. ¿Cómo escapaste...?

—¿Escapar? —Tocó las cenizas de Aym con la bota y sonrió con suficiencia—. Y eso es lo que él dijo que pensarías.

—¿Quién? ¿Aym?

Bajé la mirada hacia Zayne y vi que tenía los ojos abiertos. Permanecía en silencio y me agarraba la mano con menos fuerza, pero yo sabía que era consciente de lo que estaba pasando. Le apreté la mano y luego la solté antes de ponerme en pie con las piernas temblorosas.

Misha soltó una carcajada.

—Ese idiota no. Dios, es evidente que quienquiera que nos dijo que los demonios eran inteligentes y maquinadores no había conocido a la mitad de ellos.

La inquietud se propagó por mi interior mientras liberaba mi mano de la de Zayne.

—¿Qué está pasando, Misha? ¿Te escapaste? —Pero, si era así, ¿por qué no nos había ayudado a mí ni a Zayne?—. ¿Qué...?

—¿Qué estoy haciendo aquí? —dijo mientras extendía las manos—. Yo tengo una pregunta mejor. ¿De verdad creías que eras la única especial?

—¿Qué?

—¿Qué? —se mofó, y ladeó la cabeza—. Lo creías, ¿verdad? Durante todo este tiempo, siempre te has creído la elegida... la Sangre Original a la que algún día convocarían, y yo era el Protector, tu jodida sombra fiel que te seguía a todas partes.

Atónita, empecé a caminar hacia él, pero me detuve cuando estuve lo bastante cerca como para ver el odio que retorció sus facciones.

Retrocedí, con un nudo en el estómago.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te ha hecho?

—Él me eligió —contestó Misha—. Eso es lo que hizo. Me eligió a mí.

—¿Quién? ¿Bael? ¿De quién...?

—Dios, no deberías ser tan tonta. Sé que no lo eres.

Lo miré fijamente mientras el corazón me palpitaba con fuerza.

—Vale. No sé qué diablos te pasa, pero podemos resolverlo. Juntos. Es evidente que el demonio te hizo algo...

Misha se lanzó hacia delante y su mano salió disparada, me asestó una bofetada que me dejó la cara ardiendo y me hizo retroceder un paso.

—¡No me hizo nada! Bael solo es una herramienta para llegar a este momento. Lo único que me hacía falta era que él creara una distracción. Que entrara y nos atrapara a ti y a mí, pero metió la pata. Igual que la metió Aym esta noche.

Volví a girar la cabeza despacio hacia él y noté el sabor de la sangre en la boca.

—¿De verdad me acabas de dar una bofetada?

—Te haré cosas mucho peores.

Respiré muy hondo mientras lo miraba a los ojos. Algo... algo horrible le había pasado. ¿Estaba poseído? Sus ojos eran normales, de un azul vibrante. Parecía el Misha al que yo conocía, el Misha al que quería, pero no hablaba como él.

—¿Sabías que el vínculo de un Protector se puede romper sin que muera el Sangre Original? —me preguntó, y se rio cuando vio que se me ensanchaban los ojos—. No lo sabías, ¿verdad? Nadie nos lo enseñó. Claro que tu padre nunca nos enseñó nada en realidad.

El instinto se hizo cargo, y retrocedí para mantener suficiente espacio entre nosotros para que Misha no se situara en mis puntos ciegos.

—Lo único que hace falta para romper el vínculo es que un Protector mate a un inocente. No te voy a matar, Trinity. Ahora no. Pero, con el tiempo, voy a tener que romper este vínculo, porque vas a morir.

Se me heló la sangre a medida que me invadía el horror.

—Misha, tú no eres así. Tú no hablas de matar gente inocente..., de matar a alguien como si no tuviera importancia. ¡Tú no eres así!

—No creo que no tenga importancia —admitió mientras le palpitaba un músculo en la mandíbula—. Pero tengo que hacerlo. Él me mostró el camino. Me lo enseñó todo cuando me eligió. Me enseñó a mantenerlo oculto, y funcionó. Llevo años planeando esto.



«¿Años?»

Sacudí la cabeza, aturdida por lo que me estaba contando y aterrorizada de que fuera la verdad, y de que ese fuera él, y de que tuviera razón: nunca me había dado cuenta. Porque, si era así, no podría arreglar eso..., a él.

—¿Quién crees que estaba detrás de Ryker? Nunca antes había venido a las salas de entrenamiento, pero ¿lo hizo la única vez que decidiste mostrar tu gracia? —Soltó una risita al ver reflejarse el horror en mi cara—. ¿Quién crees que incitó su miedo y su rabia? ¿Quién crees que manejaba esos hilos?

El corazón me dio un vuelco mientras negaba con la cabeza.

—No.

—Sí.

—No —susurré—. ¡No! No pudiste hacerlo. Él mató a mi madre. La mató...

—Ella tenía que desaparecer —me espetó, y me puse tensa al percibir el odio que desprendían cada una de sus palabras—. Se estaba dando cuenta de que Thierry había cometido un error. Tú nunca lo viste, pero, claro, tampoco me sorprende. Todo ha girado siempre en torno a ti: la vida que no tenías, que te aburrías o que te sentías sola y nunca encontrarías a alguien si te quedabas en la comunidad. Siempre se trataba de asegurarse de que estuvieras a salvo y protegida. Siempre se trataba de lo importante que eras y lo que querías y necesitabas, ¡y nunca se trataba de mí! —rugió, e hizo temblar el suelo.

La veracidad de sus palabras me hizo estremecer, porque yo era así. Ay, Dios, era justo así.

—Nunca se trató de mí hasta que él me eligió y me mostró el camino. Y sabe que tendré éxito porque tú... no me matarás. No puedes. —Su pecho se elevó cuando respiró hondo—. Así que, por una vez en tu vida, me vas a hacer caso y vas a venir conmigo. Si no obedeces, te obligaré, y no te va a gustar cuando lo haga.

Un sonido estrangulado me atascó la garganta.

—¿Y Clay?

—Oh, yo no tuve nada que ver con eso. Solo era un gilipollas que está claro que quería ajustar cuentas contigo. No creo que pretendiera matarte. Creo que solo quería asustarte. La máscara fue un detalle interesante. Se la copié.

El estómago se me retorció aún más.

—Misha, por favor... Tú no puedes estar detrás de esto. Alguien te ha trastornado. Alguien te ha...

—¡Mostrado lo importante que soy para variar! —chilló, y di un respingo.

Me estremecí.

—¿Quién es «él»?

—El Herald —contestó con una sonrisa—. Ya ha estado aquí. Es lo que están cazando y nunca encontrarán. Me mostró lo que se avecina, Trinity. —Sacudió la cabeza—. Y tú vas a formar parte de ello.

—¿Cómo? —exigí saber mientras realizaba inspiraciones profundas—. ¿Cómo voy a formar parte de ello? ¿Y luego qué? ¿Rompes el vínculo y después me matas? ¿Qué pasará contigo, Misha? ¿Vas a poder vivir contigo mismo después de todo esto? Yo confiaba en ti. Te quiero, ¿y tú puedes hacer esto? ¿A mí? ¿A nosotros?

—Puedo y lo haré —me aseguró, y levantó la barbilla—. Y, Trin, nunca ha habido un «nosotros». Solo estabas tú.

Eso fue peor que una bofetada. Fue una puñalada en el corazón.

—Es hora de una nueva era.

—¿Una nueva era? —Negué con la cabeza—. ¿Te has vuelto loco?

Misha se abalanzó sobre mí y no me quedó lugar a dudas de que tenía toda la intención de hacer todo lo que había afirmado. Y tal vez se debiera al asombro. Tal vez se debiera al hecho de que no acababa de creerme lo que tenía justo delante, pero, en cualquier caso, no me moví.

El primer golpe me tumbó de culo y me dejó aturdida. El segundo golpe, una patada en la espalda, me despertó de repente. Me puse en pie rápidamente y el tercer golpe nunca dio en el blanco, ya que me aparté de un salto, jadeando.

—Estás agotada. Usaste tu gracia. No deberías haberte levantado.

—Y tú deberías conocerme mejor.

En sus labios se dibujó una expresión desdeñosa.

—Que así sea.

Entonces se transformó. La camiseta se le desgarró y la piel se le endureció hasta convertirse en piedra. Se me echó encima, rápido y con fuerza, con tal brutalidad que me quedé atónita.

Pelear con Misha era como pelear conmigo misma... si yo fuera una Guardiana cayendo en una espiral de rabia sin control. Desvió casi todos los golpes que le lancé y sus puños se estrellaron contra partes de mi cuerpo más veces de las que pude contar. Era un enfrentamiento salvaje y descarnado, y pude sentir todo el odio que Misha llevaba dentro y había mantenido enterrado hasta ahora con cada puñetazo y patada, la última de las cuales me hizo caer de rodillas.

Me chorreaba sangre de la nariz y la boca. Notaba el labio raro. Partido. Escupí la sangre que me llenaba la boca y me puse en pie apoyándome en brazos temblorosos. Me negué a mirar hacia donde Zayne se había desplomado, pues sabía que no podía permitirme esa distracción, y me enfrenté a Misha una vez más.

Me lanzó un furioso golpe y por poco me clavó las garras en el vientre. Me atacó con rapidez, me cortó y me golpeó hasta que me hizo retroceder contra la pared de la casa.

Mientras ocurría, no dejaba de oír sus palabras en mi mente, palabras que me había repetido una y otra vez durante los años de entrenamiento.

Pelear es simplemente anticipar el siguiente ataque. Localiza el temblor muscular. Fíjate hacia dónde mira tu oponente..., dónde coloca el cuerpo... Él te dirá dónde va a atacar a continuación sin necesidad de palabras.

Pero no fue suficiente.

Misha contaba con mi fuerza y conocía todos mis movimientos, todas mis debilidades. Supe que podría derrotarme.

Me asestó una patada giratoria en la mandíbula que me hizo echar la cabeza hacia atrás y me derribó una vez más. Me puse de costado, gimiendo, mientras parpadeaba para aclararme la vista borrosa. Intenté sentarme, pero el dolor me hizo volver a caer sobre la hierba chamuscada. Jadeé, respirando con dificultad, e intenté que mis pulmones se expandieran. El dolor me perforó el pecho. Algo... algo parecía estar roto. ¿Una costilla? ¿Varias? No estaba segura. Se me cerraron los ojos.

—No te levantes. —Misha pasó por encima de mis piernas—. Voy a acabar con el sufrimiento de este tipo.

«No».

—De eso nada —gruñó Zayne y, al abrir los ojos, lo vi inclinarse hacia delante mientras se esforzaba por ponerse de pie. Me incorporé sobre el codo, jadeando—. Te voy a arrancar la garganta.

—¿En serio? —Soltó una risita mientras se arrodillaba al lado de Zayne—. Se suponía que ibas a ser tú.

Yo no tenía ni idea de a qué se refería, pero daba igual. Tenía que ponerme de pie. Tenía que... Tenía que detener a Misha, porque mataría a Zayne.

Y no podía permitir..., no permitiría que pasara eso.

Me puse de pie, tambaleándome, mientras mi gracia despertaba dentro de mí una vez más, me hacía arder las venas y los músculos, los huesos y los tejidos e iluminaba cada célula. Las llamas recorrieron mi cuerpo a toda velocidad cuando invoqué la espada y la sentí responder, caliente y pesada en la mano.

Yo no era más que furia y tormenta cuando di un paso adelante. Misha me miró y se puso de pie.

—Te quiero —le dije, y él abrió mucho los ojos.

Vi un atisbo de sorpresa en su expresión, casi como si no pudiera creerse que fuera a hacerlo, y, durante un breve segundo, no supe qué quería Misha de mí, qué esperaba. ¿No me conocía en absoluto? ¿No sabía que era imposible que le permitiera matar a Zayne?

¿Que le permitiera llevarme con él?

¿Por qué no se daba cuenta de eso?

Estiró los brazos hacia mí.

Pero levanté la espada en alto mientras el arma escupía fuego blanco.

Unos gritos me llenaron los oídos y ahogaron todo lo que había a mi alrededor y en mi interior, y una parte distante de mi cerebro comprendió que era yo quien hacía esos sonidos, era yo quien gemía mientras blandía la espada contra Misha.

Las llamas blancas ardieron con fuerza, y me pareció que hubo un momento en el que nuestras miradas se encontraron, un momento en el que vi al chico con el que crecí mirándome con esos hermosos y conocidos ojos azules, pero entonces las llamas engulleron a Misha y, un instante después, había desaparecido. No quedaba nada de él más que cenizas...

Una repentina sensación gélida se extendió por mi pecho y me dejó sin aliento. Di un paso, pero se me doblaron las piernas y caí de rodillas, sin ni siquiera notar el dolor.

«Ay, Dios».

Un estremecimiento me sacudió, pasó de los huesos a los músculos, y, cuando se desvaneció, se llevó la frialdad con él, no pude...

No pude sentirlo.

Levanté una mano temblorosa y la presioné contra el centro de mi torso, justo debajo de los pechos. No pude sentir... el vínculo.

Ya no estaba, se había roto, y eso significaba que Misha se... Se había ido de verdad.

## Treinta y cinco

La gracia retrocedió y volvió a sumergirse en el fondo de mi ser. La espada se replegó y los bordes de mi vista se oscurecieron mientras yo miraba fijamente el lugar donde había estado Misha. Abrí la boca, pero no pude emitir ningún sonido, como si se me hubiera sellado la garganta. Notaba un inmenso vacío dentro de mí, un agujero...

Misha se había ido.

Doblé la cintura y realicé una inspiración corta que me dolió. El aire no fue a ninguna parte, se me quedó atascado en la garganta ardiente. Me temblaban las manos. Me temblaba todo el cuerpo mientras un dolor crudo e insoportable me invadía y las preguntas me asediaban. ¿Cómo podía haber pasado eso? ¿Cómo pudo Misha hacer eso? ¿Cómo pudo perderse de esa forma, sin que yo me diera cuenta? Levanté las manos y me las quedé mirando. Me temblaban los dedos. Igual que las piernas. Todo mi cuerpo se sacudía.

Había matado a Misha. Había tenido que hacerlo, pero lo había matado y...

«Zayne».

Me aparté del borde del abismo, me puse en pie rápidamente y me tambaleé hacia él. Cada parte de mí se centró en él. Zayne estaba ahí. Lo habían herido. De gravedad. Tenía que ayudarlo. Él era la prioridad. No Misha. Ni yo. Zayne. Caí de rodillas a su lado. Estiré la mano hacia él, pero me detuve, sin saber dónde podía tocarlo.

—Ay, Zayne —susurré.

Durante un impactante momento, no supe qué hacer. Él tenía los ojos cerrados, y sentí un miedo atroz. Fue tan intenso que un pánico desenfundado me invadió y solo se alivió un poco cuando vi por fin que su pecho se movía.

No estaba en su forma de Guardián, parecía haberse quedado sin fuerzas para volver a transformarse. La mitad de su cuerpo estaba... carbonizado, enrojecido y negro. Tenía un espantoso tajo en el pecho, lo bastante profundo como para dejar a la vista los músculos que había bajo la piel. Las heridas que yo pudiera tener, que parecían ser muchas, no eran nada en comparación con lo que le habían hecho a Zayne.

Lo que se había hecho a sí mismo para protegerme.

—Tengo que buscar ayuda —le dije mientras le rozaba la mejilla izquierda, donde no estaba quemado. Realicé una inspiración temblorosa—. ¿Crees que podrás...?

—Lo siento. —Su voz sonó ronca cuando habló—. Lo siento mucho.

Negué con la cabeza. Deseaba tocarlo más, pero me daba miedo hacerle daño.

—¿Por qué te disculpas? Tú...

—Misha —gimió y entreabrió los ojos—. Lo siento mucho.

Si pensaba que mi corazón era incapaz de romperse en más pedazos, me equivocaba. Se resquebrajó mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

—No —susurré mientras le apartaba el pelo de la cara con suavidad—. No te disculpes por él.

—Sé... —Exhaló de forma trabajosa y se le tensó el rostro—. Sé cuánto... significa él para ti y no... no deberías haber tenido que hacer eso.

Su cara se volvió borrosa mientras yo me esforzaba por reprimir las lágrimas.

—Gracias... —Se me quebró la voz.

—Te... te hizo daño —dijo, y se estremeció.

—Me pondré bien.

Y era cierto, pero él...

—¿Crees que puedes levantarte? ¿O transformarte por lo menos?

—Me... parece que no —dijo, y eso era malo.

Si conseguía transformarse, su capacidad para curarse se pondría en marcha; pero, si permanecía en su forma humana, seguiría empeorando hasta que...

Interrumpí ese pensamiento.

—No voy a dejar que te mueras, Zayne. Me irritas demasiado para dejar que te mueras.

Una risa jadeante y dolorida brotó de él.

—Eso no... tiene ningún sentido.

—Tiene mucho sentido. Tienes que transformarte.

—Y tú... tienes que irte antes de que... aparezcan más demonios —repuso mientras su pecho subía y luego se hundía—. Estás sangrando mucho. Lo huelo. Helado.

—No pienso dejarte, Zayne. Necesito que te concentres y te transformes. Si no..., vas a morir virgen. ¿Quieres morir virgen?

Su risa terminó con un sonido ahogado que hizo que se me cayera el alma a los pies.

—No me puedo creer que hayas dicho eso.

—Yo tampoco, pero, vamos, Zayne. Por favor. Dios. Por favor, no me hagas esto. Me... —«Me gustas mucho». Incluso podría ser algo más profundo. Incluso podría estar... enamorándome de él, y no podía perderlo. Ahora no. Ni nunca—. Me gustas mucho, Zayne.

—Creo que... eso quedó bastante claro hace un par de noches.

A pesar de todo lo que había ocurrido y todo lo que aún podía ocurrir, me sonrojé mientras le agarraba la mano y sentí ese cosquilleo que siempre se producía cuando nuestra piel entraba en contacto.

—Te necesito, Zayne. Así que no voy a dejar que te mueras. Te vas a transformar y luego vamos a salir...

Entonces lo sentí, el aliento caliente en la nuca. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron mientras giraba la cintura, preparada para destrozarse a cualquiera o cualquier cosa...

Algo salió del humo y el fuego y tomó forma. Hasta que no estuvo a un par de metros de mí no me di cuenta de que se trataba de Roth.

Me relajé.

Un poco.

—Joder —masculló Roth, que fue directo hacia Zayne. Se arrodilló junto al Guardián y estiró las manos hacia él, pero se detuvo y rodeó el aire vacío con los puños—. Regresé en cuanto pude. Yo...

—Está herido. Está muy grave. Tenemos que sacarlo de aquí y conseguirle ayuda.

Roth me miró entonces con un brillo en sus ojos color ámbar, y la mirada que me dedicó me dejó sin aliento. Todo lo que no se atrevía a decir se reflejó en su... su expresión afligida. Todo lo que yo temía se encontraba allí.

Demasiado tarde.

Esa fue la mirada que me dirigió Roth.

Era demasiado tarde.

—No —susurré, temblando.

Los labios de Roth se separaron.

—Lo...

Algo ocurrió justo entonces.

Comenzó con un resplandor, como si las luciérnagas hubieran invadido el jardín. Se me puso todo el vello de punta al mismo tiempo que Zayne levantaba la cabeza de la pared. Al mirar a mi alrededor, vi miles de luces titilantes, como si las estrellas hubieran descendido del cielo. Las llamas que nos rodeaban parpadearon y luego se apagaron.

El miedo me invadió las entrañas. No por mí. Ni por Zayne. Sino por el príncipe demonio que no se parecía en nada a un demonio, que quería a Layla y se preocupaba lo bastante por Zayne como para regresar.

Giré la cabeza bruscamente hacia donde Roth estaba agachado al lado de Zayne, que había vuelto a cerrar los ojos.

—Tienes que irte —le dije—. Ya.

Ahora Roth estaba observando las luces con los ojos muy abiertos.

—¿Ese es...?

—Sí. —Se me secó la boca—. Si te quedas, te matará. Lo sabes, ¿no? No puedes derrotarlo. Nadie puede. Tienes que irte. Nosotros estaremos bien. —Eso esperaba, al menos—. Pero tú no.

Durante un momento, pensé que Roth protestaría y diría algo arrogante, pero el sentido común se impuso. Pareció comprender que no se trataba de un Alfa al que su familiar pudiera tragarse entero. Lo que se acercaba supondría su muerte. Me miró, asintió con la cabeza y luego se volvió hacia Zayne.

—No te mueras —gruñó—. Layla se pondría triste.

Y entonces Roth desapareció y se movió tan rápido que ni lo vi. Dejé escapar un suspiro tembloroso y me concentré en las luces titilantes.

—¿Estoy...? ¿Estoy viendo eso? —me preguntó Zayne.

No estaba segura de si se había dado cuenta de que Roth había estado allí.

—Sí —contesté, y tragué saliva.

Le agarré la mano con más fuerza mientras una cegadora luz blanca se extendía por el jardín, goteaba de los árboles quemados y se deslizaba por las paredes de la casa. Era tan brillante que me ardieron los ojos y tuve que apartar la mirada.

Yo sabía quién era.

Sabía quién venía.

Zayne se echó hacia delante con gran esfuerzo y me cubrió con un brazo mientras movía su amplio cuerpo para que yo quedara parcialmente oculta. Incluso herido de una forma tan atroz, intentaba protegerme. Quise decirle que no pasaba nada, pero entonces sonaron las trompetas e hicieron vibrar las paredes y nuestros tímpanos. Hice una mueca y me cubrí los oídos con las manos cuando las trompetas resonaron una vez más. Cuando se detuvieron y la luz se desvaneció, Zayne tenía la mirada clavada en el centro del jardín, con la espalda rígida.

—Jod... —Se interrumpió.

Levanté la cabeza mientras bajaba las manos y miré en la misma dirección que él.

El recién llegado se encontraba de pie en el centro del camino de acceso, con sus largas piernas separadas y enfundadas en cuero y el torso y el pecho protegidos por una armadura de batalla dorada. Llevaba los brazos al descubierto y su piel desprendía un resplandor luminoso que hacía que resultara difícil saber de qué tono era exactamente. El pelo rubio le rozaba los hombros y, por lo que pude distinguir de sus facciones, no parecía mayor que Nicolai, aunque yo sabía que no tenía edad.

El aire se agitó cuando sus alas se alzaron detrás de él, blancas y con plumas, y se extendieron tres metros como mínimo a cada lado de su cuerpo.

A Miguel, mi padre, sin duda le gustaba entrar a lo grande.

—Qué desperdicio —comentó el arcángel mientras observaba lo que quedaba de Misha.

Sus palabras me hicieron estremecer.

Se acercó a nosotros e hizo temblar el suelo bajo su peso, y comprendí de inmediato por qué estaba allí.

El horror me invadió las entrañas. Pasé por debajo del brazo de Zayne y me situé entre mi padre y él.

—No —dije mientras levantaba la mirada hacia mi padre—. Por favor, no lo obligues a hacer esto.

Mi padre se detuvo.

Tragué saliva al ver la expresión de su rostro, que indicaba que le asombraba que osara poner en duda sus acciones o detenerlo.

—Ya viste lo que pasó cuando impusiste este vínculo a la fuerza. Por favor, no se lo hagas a Zayne. —Me tembló la voz—. Por favor, no lo obligues a aceptarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Zayne, que estaba apoyado sobre un costado.

—Te va a obligar a convertirte en mi Protector, como le hizo a Misha —le expliqué mientras me ponía en cuclillas delante de él—. No lo permitiré. No permitiré que te...

—Tú no vas a permitir nada —me interrumpió mi padre, cuyos ojos completamente blancos palpitaban—. Y das demasiado por sentado.

Levanté la barbilla.

—No doy por sentado...

—Das demasiado por sentado simplemente con hablar —me cortó de nuevo y se centró en Zayne. Mi padre torció el gesto—. No me impresionas.

—Es bueno saberlo —dijo el aludido, que gimió mientras se obligaba a sentarse.

Retrocedí rápidamente y sostuve su peso mientras él le hacía frente a la mirada hostil de mi padre.

El arcángel continuó mirándolo con aire despectivo.

—Tu fe en algunos demonios me perturba profundamente.

—Me... lo imagino —respondió Zayne—. Visto lo visto...

A mi padre se le borró la expresión desdeñosa de la cara.

—Pero aquí estamos, como ya deberíamos haber estado. El error se cometió hace diez años. No se cometerá de nuevo.

—¿Error? —De inmediato, recordé lo que Thierry y Matthew habían dicho, lo que Cacahuete había oído. Habían hablado de un error. Lo mismo que Misha había dicho que mi madre había estado a punto de descubrir—. ¿Qué error?

No creí que fuera a contestarme, pero luego dijo:

—Los Protectores están predestinados desde que nacen, conectados con aquellos a su cargo antes incluso de que se conozcan. Creyeron que se trataba de Misha basándose en lo rápido que te encariñaste con él cuando os conocisteis. Pero se equivocaron.

—¿Quiénes?

—Los que te han cuidado. Thierry. Matthew. —Sus ojos completamente blancos se posaron en Zayne—. Tu padre.

—¿Mi padre?

—Se suponía que tu padre debía ir a buscarla a ella —explicó mientras inclinó la barbilla hacia mí—. No a la medio demonio.

Me quedé boquiabierta.

Zayne negó con la cabeza, y el movimiento lo hizo gemir.

—No... No lo entiendo.

—Yo tampoco. A ver, lo pillo. Estás diciendo que se suponía que no debía estar vinculada a Misha, así que ¿por qué me vinculaste a él? —Mis pensamientos iban a toda velocidad—. ¿Por qué no interviniste? ¿Por qué...? Deberías haber...

—No era asunto mío intervenir, ni a ti te corresponde poner en duda lo que yo debería haber hecho o dejado de hacer. —En sus ojos centelleó una luz blanca—. No me di cuenta de que se había cometido el error hasta después de que estuvierais vinculados. Y decidí ver qué pasaría.

Me quedé estupefacta.

—¿Decidiste... ver qué pasaría?

—Después de todo, debe haber formado parte del gran plan —respondió, y luego se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa, y lo único que pude hacer yo fue quedarme mirándolo mientras un estremecimiento me recorría el cuerpo.

Ni siquiera le importaba.

No le importaba que se suponía que Misha nunca debió estar vinculado a mí, ni que ahora estuviera muerto. Sencillamente, no le importaba.

¿Y de qué me sorprendía? Los ángeles no tenían emociones. Ni siquiera tenían alma, a diferencia de los humanos.

Mi padre enderezó los hombros.

—Guardián, ¿aceptas este vínculo y renuncias a todos los demás y todos los deberes para convertirte en su Protector hasta que la muerte rompa este vínculo?

Me quedé sin aliento.

—Sí —gimió Zayne—. Sí, me convertiré en su Protector.

Me entró el pánico. Esto estaba pasando demasiado rápido.



—Zayne...

—Entonces, que así sea.

Mi padre colocó la mano en un lado de la cara destrozada de Zayne, lo que le hizo ahogar una exclamación de dolor. Colocó la otra mano sobre la mía, y entonces lo sentí.

Una oleada de calor brotó de la palma de su mano, entró y salió de mí, fluyó a través del arcángel y se hundió en Zayne. Su cuerpo se dobló y la gracia lo llenó y lo conectó a mí de manera irrevocable. Una luz celestial inundó a Zayne y lo volvió completamente indistinguible. Apenas pude respirar al sentir cómo el calor se extendía por mi pecho y reemplazaba el vínculo que antes mantenía con Misha, borrando el profundo vacío que había dejado tras de sí.

El dolor..., ay, Dios, el dolor de la traición de Misha seguía ahí, pero... pero Zayne también estaba ahí. Podía sentirlo en el fondo de mi ser, echando raíces, mientras su esencia se fundía con la mía.

Entonces sentí algo más.

Dos latidos en lugar de uno. El mío. El suyo. Juntos. Y eso... eso era algo que nunca había sentido con Misha.

Cuando la luz se desvaneció, Zayne se desplomó con las manos plantadas contra el suelo. Las quemaduras y los desgarros que tenía en la piel y el pecho se le habían curado.

Ver eso, saber que Zayne iba a estar bien, fue casi más de lo que pude soportar. Empecé a temblar.

Mi padre se inclinó y le susurró algo al oído. No pude oír qué le dijo, pero, fuera lo que fuera, hizo que Zayne abriera mucho los ojos y dirigiera la mirada hacia mí. En su cara se reflejó una expresión de creciente comprensión. No tuve ocasión de preguntar qué le había dicho.

—Levantaos. —Miguel apartó las manos de nosotros—. Pues lo que comenzó hace un milenio está ahora a las puertas. El Heraldo ha llegado. —Su voz se hizo más profunda, retumbó como un trueno, y las palabras que pronunció me provocaron un escalofrío que me llegó hasta la médula—. El fin se cierne sobre nosotros. Detenedlo o toda la humanidad está perdida.

## Treinta y seis

—Trin.

Me despertó el suave roce de las yemas de unos dedos contra la mejilla. Abrí los ojos y me encontré mirando los de Zayne, de color azul pálido y rodeados de densas pestañas marrones. Su piel dorada estaba intacta, no quedaba ni el más leve rastro rosado donde se había quemado. Era casi como si nunca lo hubieran herido. Casi como si lo de la noche anterior no hubiera ocurrido. Como si no hubiéramos ido a la casa de ese senador y hubiéramos acabado rodeados de demonios. Casi como si Misha no hubiera aparecido y yo... no hubiera tenido que matarlo. Todo aquello parecía una pesadilla, una muy mala que te perseguía durante todo el día, entrando y saliendo de tu conciencia cuando menos te lo esperabas.

Pero notaba una calidez en el pecho, una bola de luz junto a mi corazón que latía al compás del de Zayne.

Lo de la noche anterior había ocurrido, y Zayne era ahora... Era mi Protector.

Durante los diez años que había estado vinculada a Misha, nunca había sentido lo que sentía ahora. Con Misha, había consistido en una conexión, pero con Zayne era como si una parte de él existiera dentro de mí.

Y eso era raro.

Realicé una inspiración corta mientras me sentaba y sacaba las piernas de debajo de una colcha con los colores del arcoíris con la que no me había quedado dormida. El pelo me cayó sobre la cara cuando aparté la mirada de la de Zayne y observé la habitación desconocida. Se trataba de una pequeña habitación ovalada y había unos parques para bebés enfrente del sofá en el que había estado durmiendo. Me encontraba en el complejo de D.C. Habíamos ido ahí anoche después de... todo y, mientras Zayne se reunía con Nicolai y el resto de su clan, yo me había ido a llamar a Thierry y a Jada. De algún modo, había deambulado hasta acabar en esa pequeña habitación mientras Zayne le contaba a su clan lo que había pasado la noche anterior..., lo que había hecho Misha, lo que había insinuado y de lo que nos había advertido mi padre.

No quise estar presente para la narración pormenorizada de lo que ya había vivido, y tenía asuntos más urgentes. Necesitaba llamar a casa.

Contárselo a Jada, Thierry y Matthew había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en toda mi vida. Jada y Matthew habían llorado, y Thierry había mantenido un silencio sepulcral, un silencio que yo sabía que provenía de un sentimiento de gran conmoción y culpa, porque, al igual que yo, no podía creérselo y no podía entender cómo no lo había visto. La

llamada había terminado cuando Matthew anunció que venía hacia aquí, y prometí volver a casa para ver a Jada lo antes posible.

No tenía ni idea de cómo me había quedado dormida, pero, después de usar la gracia dos veces, no debería sorprenderme, a pesar de que mis heridas se habían curado cuando mi padre le había devuelto la salud a Zayne.

—¿Estás bien? —me preguntó Zayne mientras levantaba la mano con movimientos exagerados. Me rozó la mejilla con las yemas de los dedos mientras me echaba el pelo hacia atrás para apartármelo de la cara—. Llevas durmiendo varias horas. He venido a comprobar cómo estabas un par de veces.

Eso explicaba la colcha que me habían colocado encima. Apoyé las manos en los cojines, a ambos lados de mi cuerpo. Asentí, aunque no estaba segura de lo que sentía.

—¿Has tenido noticias de Roth o Layla? —le pregunté entonces.

Él asintió con la cabeza.

—Los dos están bien. Roth me dijo que te aseguraste de que se marchara antes de que apareciera tu... tu padre.

—Sí.

Transcurrió un momento de silencio y luego añadió:

—Layla está bien. Descansando. Gracias a ti. Probablemente le salvaste la vida.

—Yo no diría tanto.

Zayne ladeó la cabeza.

—Trin, ella asegura que si no hubieras...

—Me alegro de que esté bien —dije, interrumpiéndolo, y entonces lo sentí. Un estallido de frustración que me supo a pimienta en el fondo de la garganta. No era yo. Era él—. Sientes frustración.

—Bueno, sí. Ahora mismo estoy sintiendo muchas cosas. Frustración es una de ellas...

—Puedo sentirlo. Puedo sentir que estás frustrado. ¿Tú me sientes a mí? ¿Sientes algo de lo que estoy sintiendo?

Zayne se sentó a mi lado y, cuando lo miré, vi que su pelo rubio era una masa de mechones despeinados. Bajó la mirada y luego, sin mediar palabra, me agarró la mano situada más cerca de él. Se la llevó al pecho, al corazón. El aire se me quedó atascado en la garganta. Él sabía lo que le estaba preguntando.

—Lo siento —me dijo mientras mantenía mi mano contra su pecho—. Te siento, pero he sentido algo desde la primera vez que te vi. Como si te conociera desde siempre. Ya hablamos de eso, pero pensaba... pensaba que simplemente era algo raro. Tal vez las imaginaciones de ambos haciendo horas extras, pero también estaba este... cosquilleo que sentía cada vez que nos tocábamos.

—Yo también lo sentía. —Me incliné hacia él—. Con Misha no era así. A ver, podía sentirlo. Sabía que estábamos conectados, pero era más bien algo mental. No físico. No como esto.

Zayne bajó nuestras manos unidas hasta el espacio que había entre nosotros.

—Tal vez es porque... esto estaba predestinado.

Cerré los ojos. Predestinado. Él. Yo. Protector. Sangre Original.

—Dios mío. —Zayne soltó una breve carcajada—. Si lo que dijo tu padre es cierto... y, puesto que es el puñetero Miguel, supongo que sí, entonces se suponía que ibas a ser tú. Se

suponía que mi padre debía traerte a ti aquí en vez de...

En vez de a Layla.

Tragué saliva y sacudí ligeramente la cabeza mientras abría los ojos.

—Es que no lo entiendo. No entiendo cómo pudo haber pasado nada de esto ni por qué.

—Bueno, puede que obtengamos algunas respuestas pronto. Vine a despertarte. Matthew ha llegado. Está con Nicolai. ¿Estás lista para verlo?

En realidad no lo estaba, pero asentí, y, cuando Zayne se puso en pie, me hizo levantarme con él.

En cuanto vi a Matthew, fue como si volviera a tener diez años y lo único que conseguiría hacerme sentir mejor sería uno de sus abrazos.

Solté la mano de Zayne y no me importó quién estuviera en la habitación. Corrí hacia él como si sostuviera un plato de pastelitos. Me le lancé encima y él me atrapó y me rodeó con los brazos y, cuando respiré hondo, su olor me recordó... Me recordó a mi hogar.

—Pequeña —me dijo mientras me levantó los pies del suelo durante un breve segundo—. Lo siento muchísimo.

Hundí los dedos en la parte posterior de su camisa y me aferré a él con todas mis fuerzas, porque Matthew... representaba el antes para mí. Antes de venir aquí con Zayne. Antes de que Misha... hiciera lo que hizo. No quería soltarlo, así que no lo hice, durante lo que me pareció una eternidad.

Matthew tuvo que desprenderse de mis brazos como si fuera un pulpo. Cuando me condujo a una silla, vi que Nicolai estaba en su despacho, detrás del escritorio, y Zayne... estaba justo a mi lado, allí de pie, como un centinela.

Como si siempre hubiera estado ahí.

Matthew se sentó en la silla situada frente a la mía y lo miré, lo miré de verdad. Tenía sombras bajo los ojos hinchados y líneas tensas en las comisuras de la boca. Empecé a hablar.

—Fue un error —dije mientras colocaba las manos sobre las rodillas—. Eso es lo que dijo mi padre. ¿Que se suponía que debía estar vinculada a Zayne todo este tiempo?

—No lo sabíamos, Trin. Creíamos que estábamos haciendo lo correcto. —Miró a Nicolai y luego a Zayne. Transcurrió un largo momento—. Se suponía que tu madre debía traerte a ver a Abbot. Eso fue lo que ella nos contó y, hasta el día de hoy, Thierry y yo no tenemos ni idea de por qué no lo hizo. Tal vez simplemente se sentía segura con Thierry... y conmigo, y tú te llevabas tan bien con... —Se recostó en la silla y realizó una inspiración entrecortada—. Te llevabas tan bien con Misha... Creímos que era él. Empezamos a entrenaros juntos, y se os vinculó. Nos olvidamos del tema hasta que... llegó él.

Levanté la vista hacia Zayne y, aunque su cara era sorprendentemente estoica, pude sentir su confusión mezclándose con la mía.

—Fue como si os encontrarais el uno al otro de inmediato —continuó Matthew—. Tú estabas allí para verlo llegar y él... él supo que estabas en el Gran Salón cuando ninguno de nosotros se dio cuenta. Te encontró la noche que resultaste herida. Él lo supo, y Misha no.

—Es cierto —intervino Nicolai, atrayendo nuestras miradas. Estaba mirando fijamente a Zayne—. Estábamos sentados juntos y, de repente, te pusiste inquieto. Dijiste que necesitabas aire

fresco. Apenas llevábamos fuera un par de minutos cuando nos encontramos con ella.

Zayne asintió despacio y luego me miró.

—No sabía que estaba herida. Simplemente sentí la necesidad de salir y seguir caminando.

—Los Protectores son elegidos al nacer. Eso es lo que nos han dicho, y parece ser verdad. Por eso, a pesar de que no estabais vinculados, pudiste sentirla. —Una leve sonrisa apareció y desapareció mientras Matthew se pasaba la mano por la cara—. Entonces nos dimos cuenta de que eras tú. Pero no sabíamos qué hacer, y tu padre...

—No aclaró nada. Simplemente permitió que pasara todo esto. —Realicé una inspiración brusca—. Misha no era mala persona. Estoy segura. Tú tienes que saberlo, Matthew. Era bueno y normal y...

—Y no se suponía que debía ser tu Protector. Cometimos un error, Trinity, y los errores... —Negó con la cabeza—. Todavía no sé cómo llegué a este punto. Creo que... tal vez el vínculo lo trastornó, lo hizo susceptible a la influencia de Bael, le hizo sentir y pensar eso. —Matthew inclinó la cabeza—. Es lo único que tiene sentido.

Tal vez fue así.

Tal vez Matthew tenía razón y ese vínculo, impuesto al Guardián equivocado, lo había envenenado lentamente, pero yo no estaba tan segura. Las cosas que había dicho... Había dicho que el Herald estaba ahí, al igual que mi padre.

Matthew lo sabía. Y también Nicolai. Yo se lo había contado a Matthew y Thierry por teléfono y Zayne se lo había repetido todo a su clan. Era más fácil pensar que la causa había sido el vínculo. Quise pensar que se trataba de eso, porque, si había sido Misha..., si había sido él desde el principio, no estaba segura de cómo se suponía que debía procesarlo.

¿Cómo se suponía que debía superar eso?

Caminé por el bosque desconocido al anochecer siguiendo el sendero desgastado en el suelo. No tenía ni idea de adonde conducía, pero supuse que Zayne me encontraría cuando terminara la reunión dentro del complejo.

Matthew seguía allí y estaban hablando de lo que habíamos encontrado en la casa del senador. Acabábamos de enterarnos de que dicha casa había quedado arrasada por completo esa mañana. Salió en todas las noticias, y la gente decía que era una suerte que el senador estuviera en Tennessee, su estado natal, durante lo que creían que había sido un insólito incendio eléctrico.

Evidentemente, el senador era una mala persona, y teníamos que averiguar cómo estaba conectado exactamente con Bael y qué planeaba hacer con ese colegio.

Yo debería estar allí dentro con ellos, pero no pude quedarme sentada más tiempo. Necesitaba espacio, porque...

Todavía no había llorado.

Ni una lágrima.

No sabía por qué. Sentía que me pasaba algo malo, porque no se trataba de que intentara evitar procesar lo que había ocurrido. Estaba en ello. Le daba vueltas en la cabeza. Me obsesionaba reviviendo casi cada día de las vidas que Misha y yo habíamos compartido, y me daba cuenta de que había habido indicios de infelicidad en él... Pero ¿eso? Su descontento lo había hecho susceptible a la influencia, porque tenían que haberlo manipulado.

Misha lo había sido todo para mí, y yo ni siquiera lo conocía. No de verdad, y eso me resultaba tan difícil de aceptar como su traición. Pero todavía no había llorado y no lo entendía...

Tropecé con un tronco caído, pero conseguí recobrar el equilibrio.

Me enderecé con un suspiro y seguí caminando mientras el bosque se volvía más denso y aparecían más luciérnagas, cuyas luces titilantes se encendían y apagaban constantemente. Misha solía llamarlas bichos de luz. Cuando éramos más jóvenes, las atrapábamos con las manos y nos perseguíamos el uno al otro sujetándolas.

Me dolía el pecho cuando rodeé un árbol grueso y me topé con... ¿una casa del árbol?

Sí. Era eso.

Una casa del árbol con lo que parecía una enorme plataforma de observación. Miré por encima del hombro en dirección a la casa principal. Todavía me encontraba en la propiedad, así que deduje que la habían construido hacía tiempo para Zayne. Para Zayne y Layla.

Ahora el pecho me dolía todavía más, porque Zayne me gustaba muchísimo y, si las cosas ya eran complicadas antes, ahora sin duda eran un jodido lío, porque los Protectores y los Sangre Original...

Eso era un «NO» con mayúsculas.

Y entonces lo sentí, un ardor en el fondo de la garganta y detrás de los ojos. Me cubrí la cara con las manos y respiré hondo varias veces, pero fue como si esas inspiraciones avivaran el espantoso y descarnado barullo de emociones que se expandían en mi pecho, que aumentaron más y más, hasta que ya no pude contenerlas. No pude tragármelas ni hacerlas a un lado. No pude empujarlas al fondo de mi mente. Me arañaron y desgarraron y se abrieron camino hasta la superficie.

Las yemas de los dedos se me humedecieron, las mejillas se me mojaron y, cuando abrí la boca, el grito que escapó estaba lleno de ira, tristeza y rabia. Hizo que los pájaros de los árboles que me rodeaban echaran a volar y solo terminó cuando mi voz cedió y la garganta me ardió. Di un paso, y ya no pude dar otro más. Me desplomé en la abundante hierba, debajo de la plataforma, y me cubrí todavía la cara con las manos. Me tumbé de espaldas y me acurruqué de costado, y acerqué las piernas todo lo posible al pecho.

Echaba de menos a mi madre... Quería uno de sus abrazos, justo en ese momento, más de lo que nunca había querido nada en mi vida, y echaba de menos a Misha. Dios, echaba de menos a Misha... Al Misha al que conocía y quería, no al que me odiaba. No al Misha al que había tenido que eliminar.

A ese no.

Quería volver atrás y demostrarle una y otra vez que él era especial y su vida importaba y... odié esa sensación. Joder, cómo la odié, porque yo no le hice esto. No hice que acabara así. No lo convertí en eso. No fue culpa mía.

Pero lo parecía, y grité de nuevo, aunque no salió ningún sonido a pesar de que, aun así, me desgarró la garganta, porque no estaba llorando solo por Misha.

Por fin estaba llorando por mi madre..., rindiéndome a la pena que se había ido acumulando durante más de un año. El dolor y la rabia de su pérdida se vieron agravados por el hecho de saber que el causante había sido Misha. Siempre había sido él, y quise odiarlo. Lo odiaba, pero quería odiarlo más, porque tal vez así no me dolería tanto.

No sentí el vínculo calentándose en mi pecho. Estaba tan absorta en la vorágine de emociones que no sentí acercarse a Zayne. Solo lo sentí cuando se agachó a mi lado, me levantó en brazos y me acomodó en su regazo tras rodearme los hombros con sus fuertes brazos.

La pena y el dolor manaron de mí en grandes y horribles sollozos, y me dolió..., todo aquello me dolió, y creí que nunca se detendría. Sin embargo, Zayne me abrazó con fuerza en todo momento, tan cerca que, incluso si ese nuevo y extraño vínculo no le indicara lo que estaba sintiendo, él lo habría sabido.

Simplemente me abrazó, me rodeó con un brazo y deslizó el otro de arriba abajo por mi espalda, con movimientos lentos y relajantes, y por fin... por fin los temblores se calmaron y las lágrimas se secaron.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero, cuando todo acabó, me dolía la parte posterior de la cabeza y tenía la garganta irritada.

Y no solo le había desgarrado a Zayne la parte delantera de la camiseta al tirar tan fuerte, también se la había empapado.

Qué incómodo.

Solté la tela y me aparté. Aunque Zayne no me dejó ir demasiado lejos.

—Lo siento —dije, y luego carraspeé e hice una mueca.

—No te disculpes.

Agradecí que estuviera demasiado oscuro para poder verle la cara, pero sentí su mano en mi cuello. Subió la mano despacio hasta mi mejilla, atrapó los mechones enredados que había allí, los reunió y me los apartó de la cara.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó con voz suave.

—No —murmuré—. Sí.

—¿Cuál de las dos?

—No lo sé. —Inspiré y espiré un par de veces—. Me siento mejor. Esa es la respuesta correcta.

—Me da igual la respuesta correcta, Trin. Solo quiero la verdad.

Extendí las manos contra su pecho.

—Me... sentía como si me estuviera asfixiando y... ya no me siento así.

—Bueno, es un comienzo.

Me apartó el pelo del otro lado de la cara.

Transcurrieron unos cuantos minutos mientras Zayne continuaba abrazándome, cubriéndome un lado de la cabeza con la mano y deslizando el pulgar de un lado a otro por mi pómulo.

—Fui una egoísta. Él tema razón sobre muchas cosas. Todo giraba siempre en torno a mí. Yo siempre estaba pensando en mí y...

—No eras egoísta. Él sí. Era egoísta y probablemente deliraba. Lo que hizo fue culpa suya... suya y de nadie más.

—Quiero odiarlo, Zayne. Una parte de mí lo odia, pero...

—Lo sé. Lo entiendo. De verdad. —Pasó un momento y luego sentí sus cálidos labios contra la frente, y eso se prolongó un buen rato, más de lo que debería—. Te vas a poner bien.

Sí.

Lo sabía.

Me pondría bien.

Eso iba a doler, y me iba a perseguir como un fantasma, pero me... Me pondría bien.

Y necesitaba poner algo de distancia entre Zayne y yo antes de hacer algo impulsivo y que sin duda tendría consecuencias.

Me bajé de su regazo, manteniendo el equilibrio, y me senté en la hierba a su lado. Nuestros muslos se tocaban, al igual que nuestros brazos. No me alejé más. Era como si... tuviera que estar lo bastante cerca como para tocarlo, y no tenía ni idea de si se debía al vínculo o era cosa mía.

Zayne carraspeó.

—Me fui cuando...

Encorvé los hombros.

—¿Cuándo me sentiste?

—Sí.

—Este vínculo va a ser muy... inoportuno.

—No en este momento —repuso él—. Me necesitabas, y yo necesitaba estar aquí.

Sus palabras se abrieron camino hasta mi corazón, aunque yo sabía que debía ser más sensata..., porque esas palabras provenían del vínculo y no de su corazón. Lo sabía y, sin embargo, se estaban grabando en mis músculos y en mi piel.

—¿Qué dijeron? —le pregunté para centrarme en las cosas importantes. Conversaciones enteras de las que me había escabullido—. Sobre el Herald.

Zayne se recostó contra el tronco del árbol.

—Están preocupados. Sea lo que sea esa cosa, lleva un tiempo trabajando en esto y, si Misha estaba implicado, te quería a ti, y todavía sigue ahí fuera.

Me estremecí mientras me apoyaba contra el tronco.

—No creo que sea un demonio.

—Yo tampoco —contestó, y sentí que giraba la cabeza hacia mí—. Ni Nicolai.

Y eso nos llevaba a la gran pregunta. ¿Qué podría ser?

—¿Sabes? —dije, cansada, mientras dejaba que se me cerraran los ojos—. Mi padre podría habernos puesto al corriente. Proporcionarnos alguna pista. Puede que un *spoiler*. Algo.

Zayne guardó silencio un momento, y recordé haber visto que mi padre le susurraba al oído. Giré la cabeza hacia la suya y me di cuenta de que nuestras bocas estaban apenas a unos centímetros de distancia.

—¿A ti te dijo algo?

—Nada sobre el Herald. —Su aliento se deslizó sobre mis labios mientras hablaba—. Podemos con esto, Trin. Solo tenemos que impedir el fin del mundo con casi ninguna información.

—No es para tanto.

Él soltó una risita y mis labios se curvaron hacia arriba al oírla y sentirla.

—En absoluto.

Los dos nos quedamos callados, aunque quedaban muchas cosas por decir entre nosotros, pero sentí a través del vínculo lo que no expresamos con palabras. Lo que estaba cobrando vida en el fondo de mi ser también lo hacía en él. Lo notaba allí. Deseo, necesidad y... anhelo.

Había anhelo de algo más. Lo notaba allí a pesar de que no estaba segura de lo que significaba, a pesar de que su corazón todavía podía pertenecerle a otra, y lo notaba allí a pesar de que ahora era mi Protector.

Aun así, lo notaba allí.



—¿Trin?

—¿Sí?

—Ya sé que tenemos que detener un apocalipsis y todo eso, pero he estado pensando en algo que dijiste.

—Quién sabe qué será.

Soltó otra risita y sonreí, pues sabía que él probablemente podría verlo.

—Dijiste que te gustaba estar en los tejados de los edificios, porque así te sentías cerca de las estrellas y era lo más parecido a volar que podías experimentar. También dijiste que volar era lo único que envidiabas.

—Sí, así es.

—¿Quieres volar?

Me aparté del árbol y me giré hacia él, a pesar de que no podía verlo. Apoyé las manos en sus rodillas.

—¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo?

—¿Quieres ver las estrellas? —me preguntó Zayne.

Asentí enérgicamente, pues sabía a qué se refería, y, cuando me tomó la mano, cerré los dedos sobre los suyos igual que el día que me marché de la comunidad. Sentí que empezaba a transformarse y su piel se endureció bajo la mía.

—Entonces, agárrate fuerte, Trin. Voy a acercarnos lo máximo posible.

## Agradecimientos

Escribir *Furia y tormenta* me resultó excepcionalmente difícil. No fue porque se tratara de un *spin-off* de una serie que no había visitado desde hacía tiempo, aunque eso nunca es fácil. No fue porque estuviera expandiendo el mundo, reescribiéndolo en cierto sentido. Fue porque Trinity compartía la misma enfermedad ocular progresiva que yo.

La retinosis pigmentaria consiste en un grupo de trastornos genéticos bastante raros que implican la descomposición y, al final, la muerte de las células de la retina. La padecen menos de doscientas mil personas. Se trata de una enfermedad progresiva que por lo general acarrea una constricción significativa del campo visual (visión en túnel) o ceguera. No existe cura ni tratamiento en este momento. Si te diagnostican R. P., recibes una charla. La charla de «qué esperar en el futuro». Te dicen que tu campo visual continuará reduciéndose hasta que solo veas por un agujerito o nada en absoluto. No sabrás cuándo pasará. Cuánto tardará ni cuándo te quedarás ciego, pero sabes que se avecina. Da miedo. No miento. Cuando me la diagnosticaron, a los treinta y pocos años, me costó creérmelo. Lo ignoré al principio. Bueno, lo ignoré durante años, hasta que mi médico del Wilmer Eye Institute me preguntó: «¿Todavía puedes ver las estrellas por la noche?». Y, ¿sabes qué?, no pude responder a la pregunta. No recordaba la última vez que me detuve a mirar las estrellas, y eso fue un toque de atención para mí. Porque una noche, cuando levantara la mirada hacia el cielo nocturno, lo único que vería sería oscuridad, y ni siquiera sabría la última vez que había visto las estrellas. No quería que pasara eso. La negación es tan mala como la autocompasión. Tuve que enfrentarme al hecho de que me estaba quedando ciega, que estaba pasando, y que necesitaba hacer ajustes, y quería que la gente supiera más sobre la R. P.

Al igual que le ocurre a Trinity, la R. P. no define quién soy. Solo es una parte de mí y, a través de este personaje, esperaba poder concienciar a la gente sobre enfermedades como esta. Enfermedades silenciosas y no siempre visibles. Cuando la gente me mira y se relaciona conmigo, muchas veces no se da cuenta de que apenas puedo verla. Cuando les pido ayuda a desconocidos, suelen ignorarme, porque no parece que me pase nada «malo». Espero que, después de saber lo que es la R. P., la gente se vuelva más empática con todo lo que hay entre los ciegos y los que ven. Y tal vez, con suerte, algún día habrá una cura.

Quiero darle las gracias a mi agente, Kevan Lyon; a mi agente de derechos subsidiarios, Taryn Fagerness; a Tashya Wilson y todo el equipo de Inkyard Press; a mi publicista, Kristin Dwyer; a Margo Lipschultz; a mi ayudante y amiga, Stephanie Brown; a Stacey Morgan (que me dijo que la primera versión de este libro era un asco, y era cierto); a Andrea Joan; a Vilma González; a Jen

Fisher y a Lesa y Andrew Leighty. Las siguientes personas siempre suponen una inspiración en muchos frentes diferentes: Sarah J. Maas, Jay Crownover, Cora Carmack, KA Tucker, Kristen Ashley, JR Ward y muchas más.

Gracias, Liz Berry y Jillian Stein, por asegurarnos de que siempre veré las estrellas.

Un agradecimiento especial para todos mis J. L. Anders y para quienes escriben reseñas de mis libros, y para ti, lector. Este libro no sería posible sin ti. Te lo debo todo.



JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.